



BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS

JOSE
ANTONIO
SACO



OBRAS
(Volumen II)



IMAGEN CONTEMPORANEA



BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS



**JOSE
ANTONIO
SACO**



OBRAS

(Volumen II)



CASA DE ALTOS ESTUDIOS DON FERNANDO ORTIZ
UNIVERSIDAD DE LA HABANA

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS CUBANOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA
Juan Vela Valdés

DIRECTOR
Eduardo Torres-Cuevas

SUBDIRECTOR
Luis M. de las Traviesas Moreno

EDITORA PRINCIPAL
Gladys Alonso González

DIRECTOR ARTÍSTICO
Luis Alfredo Gutierrez Eiró

ADMINISTRADORA EDITORIAL
Esther Lobaina Oliva



Esta obra se publica con el coauspicio
de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.



BIBLIOTECA DE
CLASICOS CUBANOS

**JOSE
ANTONIO
SACO**



OBRAS

(Volumen II)



Ensayo introductorio,
compilación y notas
Eduardo Torres-Cuevas



IMAGEN CONTEMPORANEA

LA HABANA, 2006

Responsable de la edición:

Gladys Alonso González

Diseño gráfico:

Deguis Fernández Tejeda

Realización y emplane:

Viviana Fernández Rubinos

Composición de textos:

Equipo de Ediciones IC

Todos los derechos reservados

© **Sobre la presente edición:**

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2006;
Colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, No. 13

ISBN 959-7078-22-8 obra completa

ISBN 959-7078-24-4 volumen II

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, L y 27, CP 10400, Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba



José Antonio Saco
(1797-1879)

*La forma vigorosa, agresiva a veces, altiva siempre,
y desdeñosa en no pocas ocasiones, con cierta ostentación
de superioridad intelectual que campeaba en los escritos
de Saco, lo convertían en el adalid de la causa cubana, ídolo
admirado de sus amigos y de la juventud.*

Ramiro Guerra y Sánchez

COLECCIÓN DE PAPELES CIENTÍFICOS, HISTÓRICOS
Y POLÍTICOS Y DE OTROS RAMOS
SOBRE LA ISLA DE CUBA
YA PUBLICADOS, YA INÉDITOS
POR DON JOSÉ ANTONIO SACO

A la memoria de Domingo del Monte
consagra el segundo tomo de sus obras
José Antonio Saco

**OBSERVACIONES SOBRE UN COLEGIO
DE EDUCACIÓN FUNDADO EN LA CIUDAD
DE PUERTO PRÍNCIPE, EN LA ISLA DE CUBA
(Publicadas en La Habana en el número 6°
de la Revista Bimestre Cubana en 1832.)**



Esta institución,* cuyo anuncio hemos leído en la *Gaceta* de aquella ciudad de 28 de marzo de este año de 1832, y cuya apertura debió haberse hecho en abril, está a cargo de don Santiago Atanasio Fernández, ex catedrático del colegio imperial de San Isidro de Madrid, y de don Emilio Peyrellade, profesor de primeras letras en Puerto Príncipe. Los ramos que se enseñarán los indica el artículo 1° del reglamento formado. Dice así:

“Artículo 1° Se admitirán alumnos a pupilo y externos, a los que se darán lecciones de doctrina cristiana, lectura, escritura, aritmética, gramática, teneduría de libros, geografía, historia antigua y moderna, matemáticas, filosofía moral, retórica, oratoria, latín, francés, griego, dibujo, música vocal, y baile.

”En el mismo establecimiento se darán clases de los idiomas inglés e italiano y de música instrumental a los alumnos que los soliciten; para cuyos ramos ofrecen los directores valerse de individuos de acreditado mérito e idoneidad, en el concepto de que sólo en éstos habrá profesores auxiliares, pues los demás ofrecen desempeñarlos por sí mismos”.

Vivamente interesados en los progresos de la juventud, mal podríamos asomar ni aun la más remota idea que se encaminase a entibiar el celo de los padres de familia, ni el fervor de los hijos de aquel suelo; y si a nuestro pesar hacemos algunos reparos, es solamente impulsados del sano deseo que nos anima, esperando que se mirarán, no como una censura maligna sino como unos consejos inocentes, dictados por la franqueza y el patriotismo.

* Esta obra se tomó de Biblioteca Básica de Cultura Cubana, Editora del Consejo Nacional de Cultura, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1962. (*N. del E.*)

Chócanos sobremanera que, debiendo enseñarse a todos los alumnos a pupilo, medio pupilo y externos, nada menos que 18 ramos, se quiera recomendar como un mérito que éstos serán desempeñados por los mismos profesores sin necesidad de auxiliares. ¿Quién que sepa, no ya lo que es enseñar, pero aun siquiera aprender, podrá figurarse que dos personas solas podrán desempeñar la enorme tarea que se imponen los dos directores del colegio de Puerto Príncipe? De los 18 ramos que se anuncian, hay unos que exigen varias subdivisiones y clases particulares, y otros, que aunque menos extensos y complicados, necesita cada uno de por sí, de un profesor, para que los discípulos puedan aprender y el público quedar bien servido. Yo creo que los señores Fernández y Peyrellade están penetrados de esta verdad; y que si no hubieran cedido al espíritu de imitación, el catálogo de los ramos de su enseñanza hubiera sido más corto, pero también más perfecto. Cayeron, a nuestro entender, en el vicio común del día. Raro es el maestro o director que no se empeñe en captar el favor público por medio de grandes promesas, y muchos se consideran deslucidos, si no suenan los nombres rimbombantes en que pretenden fundar la bondad de sus establecimientos. La *calidad* más que la *cantidad* debe ser la norma de todos ellos. Si ambas pueden reunirse, hágase enhorabuena; pero cuando no pueden conciliarse, límitese la enseñanza para que así sea útil. Vale más sentarse a una mesa frugal, cuyos pocos platos estén bien sazonados, que no a un banquete donde relumbrando la vajilla, los alimentos están crudos o muy mal condimentados.

Otro de nuestros reparos es, que se omiten algunos ramos, y que a otros se da una prelación que no merecen. Se enseñará filosofía moral, matemáticas, oratoria, etc., pero ni una palabra se dice acerca de la lógica, ciencia necesaria para dirigir nuestras ideas, y que si se enseñara como debe, podría ponerse al alcance de los discípulos, pues si bien es complicada y atormentadora en los libros, es sencilla en la boca de un buen maestro. Se enseñará oratoria en aquel colegio; ¿pero se podrá enseñar bien, si el discípulo no sabe todavía el modo de arreglar las ideas, sin las cuales no puede orar? Algo diríamos sobre el estudio de la oratoria en estos colegios; pero la naturaleza de este artículo nos prescribe un estrecho límite.

El griego, el baile, la música vocal, y otros ramos se enseñarán también a todos los alumnos del colegio; pero el inglés, el italiano, y la música instrumental sólo a quienes lo soliciten. Quisiéramos que estos tres últimos ramos, y principalmente el inglés, se sustituyesen a los tres primeros; porque, en realidad, ¿de qué provecho puede ser el estudio del griego a un joven de Puerto Príncipe? Quizá no sacará otro en todo el curso de su vida, que el de la lectura de algunos clásicos de la Grecia; pero en la marcha de los negocios de aquella ciudad no se le encontrará

aplicación. El inglés, por el contrario, es la lengua del comercio y de uno de los pueblos más grandes de la tierra; y aun cuando prescindieramos de estas consideraciones, el estado particular de Puerto Príncipe debe inducir a sus habitantes a darle la preferencia, porque casi todo su comercio está en poder de los norteamericanos, cuyas relaciones se irán aumentando cada día. ¿No se enseña en el colegio la teneduría de libros? ¿No indica esto que se les quieren dar rudimentos para que sigan la carrera del comercio? Y siendo así, ¿por qué se les escasea con mezquina mano el conocimiento de una lengua, que puede llamarse *mercantil* por esencia? El italiano, aunque no tan necesario para nosotros como el inglés, ocupa un lugar mucho más preferente que el griego, pues la riqueza de su literatura, la variedad de sus descubrimientos científicos y su armonía y delicadeza para el canto, son otros tantos motivos que tenemos para cultivar una de las lenguas más hermosas y sonoras. Y si a la enseñanza del griego debe anteponerse la del inglés e italiano, ¿no deberá también preferirse el estudio de estas dos lenguas al del baile? Éste es un adorno, que de puro común, nada tiene de particular; y no ofrece carrera ni ocupación aun a los más aventajados, pues dos o cuatro maestros de baile bastan para satisfacer las necesidades de un pueblo numeroso.

Si nuestros colegios han de ser el plantel donde se forme la juventud, es menester organizarlos conforme a nuestras necesidades. ¿Qué importa a los padres de familia, que después de haber tenido a sus hijos cuatro o seis años en uno de esos establecimientos, y gastado en ellos centenares o millares de pesos, salgan traduciendo a Demóstenes y Homero, o bailando una gavota, si cuando llegue el día de darles alguna carrera, de nada les sirve lo que aprendieron? Bastante tiempo han perdido los hombres. Largo ha sido el divorcio entre las ideas y los hechos, entre la teoría y la práctica.

Mil veces se ve que un pueblo sabe una cosa, conoce su utilidad, y, sin embargo, no la aplica, aun cuando tenga medios para ello. Tal conducta proviene en mucha parte del sistema de la educación, pues enseñándose una muchedumbre de cosas que no se pueden jamás realizar, el entendimiento se acostumbra a un plan de teorías; y como el hombre forma su carácter mucho más temprano de lo que generalmente se cree, las ideas que recibió en la juventud, extienden su influjo a la mayor edad. En ningún pueblo se debe trabajar más que en el nuestro para lograr la feliz asociación de la teoría con la *práctica*. Por desgracia siempre tenemos un proyecto entre manos; lo discutimos, lo reglamentamos; pero cuando de las palabras se pasa a la ejecución, todo se suspende y se difiere para un término indefinido. Hablemos menos y operemos más. Por largos años hemos sido los hombres de las *teorías*; empecemos ya a ser los hombres de los *hechos*.

**ANÁLISIS POR DON JOSÉ ANTONIO SACO DE UN
PAPEL INTITULADO: *STATE OF THE COMMERCE OF
GREAT BRITAIN WITH REFERENCE TO COLONIAL
AND OTHER PRODUCE, FOR THE YEAR 1831.*
PUBLISHED IN LONDON BY TRUEMAN AND COOK
(Estado del comercio de la Gran Bretaña
con referencia a los productos coloniales y de otra
especie, para el año 1831. Publicado en Londres
por Trueman y Cook.)**



(El análisis se imprimió en 1832, en el número 6° de la *Revista Bimestre Cubana*.)

El título del pequeño cuaderno que tenemos a la vista, basta por sí solo para llamar la atención de nuestros lectores cubanos. Trátase en él nada menos que de la importación, exportación y consumo de azúcar, café, algodón, añil, etc., en estos últimos cuatro años. No todos estos frutos merecen entre nosotros la misma consideración; pero, pues, se habla de azúcar y café, a ellos más que a los otros debemos dedicar las páginas de este artículo.

Las importaciones de azúcar hechas en la Gran Bretaña, han sido en los cuatro años siguientes:

	1828	1829	1830	1831
	<i>Toneladas</i>	<i>Toneladas</i>	<i>Toneladas</i>	<i>Toneladas</i>
De las colonias británicas	198 400	195 230	185 600	183 500
Isla Mauricio	18 570	14 580	23 740	25 100
Bengala	6 635	8 700	10 180	7 870
Siam y Manila	1 175	1 600	5 600	3 870
Cuba	1 900	5 300	6 060	6 610
Brasil	4 940	4 680	5 480	20 960
Azúcar quebrado, extraído de la miel de purga	13 010	9 950	5 620	8 920
Toneladas	244 630	240 040	242 340	256 830

Las exportaciones de azúcar en bruto hechas por la Gran Bretaña en los mismos cuatro años, fueron

	1828	1829	1830	1831
Toneladas	18 550	16 300	19 550	25 090

Agregando a estas sumas las cantidades de azúcar refinada, se obtiene un total de exportación:

	1828	1829	1830	1831
Toneladas	59 080	27 720	66 550	71 540

Los sobrantes que al fin de cada año quedaron en los depósitos de la Gran Bretaña, ascendieron

	1828	1829	1830	1831
Toneladas	53 635	65 325	60 200	63 980

De estos datos resulta que el consumo de la Gran Bretaña fue

	1828	1829	1830	1831
Toneladas	177 880	168 670	179 270	181 510

Aunque el consumo de 1829 fue menor que el de 1828, el de 1830 y 31 ha excedido a los dos anteriores. Sin los graves derechos que paga el azúcar en aquella nación, su consumo habría sido mucho mayor; pero, a pesar de esto, se ha aumentado considerablemente, pues de casi 100 000 toneladas a que llegaba en 1800, hoy sube a más de 180 000; y los revisores de Edimburgo opinan, que, a no haber sido por los derechos tan excesivamente opresivos, su consumo ascendería hoy por lo menos a 250 000 toneladas. Subiendo a períodos anteriores, nos encontramos con el dato importante de que siendo el consumo de la Gran Bretaña en 1700 de 10 000 toneladas, ya en 1830 se había elevado a 179 000; esto es, a casi 17 veces más que en aquel años; mientras que de entonces acá, la población solamente se ha aumentado uno y medio, pues el Reino Unido tenía en 1700 poco más o menos de 9 millones, ahora cuenta de 22 a 23. Los derechos impuestos sobre el azúcar han subido, durante los 130 años indicados, de 3 300 libras esterlinas a 4 576 000.

Las importaciones de las Antillas inglesas en 1831, comparadas con las de 1830, presentan un déficit de 2 160 toneladas; y las de las Indias

Orientales, de 4 040; formando una baja de 6 200 toneladas. Ésta ha sido compensada con la importación de la isla Mauricio que excedió a la del año anterior en 1 360 toneladas; con la de Cuba, y principalmente del Brasil, en 16 030; y con la del quebrado extraído de la miel de purga, que ascendió a 3 300 toneladas. De todo esto resulta, que el año de 1831 tuvo sobre el de 1830 un aumento de 14 490 toneladas.

Las convulsiones políticas que han agitado la Europa, y el terror infundido por el *cólera morbo*, han disminuido allí las importaciones de 1831 respecto de las del año anterior, en 19 350 toneladas; y aunque se aumentaron en la Gran Bretaña, todavía no fueron suficientes para llenar el vacío que se advierte en las importaciones del continente. Éstas ascendieron en toda Europa:

	<i>Toneladas</i>
En 1830 a	488 340
1831 a	483 480
Déficit	4 860

Las cantidades que quedaron en depósito en 1831, fueron 12 480 toneladas menos que en 1830. Así se comprueba, examinando los estados siguientes:

<i>Importación</i>						
	<i>Gran Bretaña</i>	<i>Francia</i>	<i>Alemania y Báltico</i>	<i>Países Bajos y Holanda</i>	<i>Medi- terráneo</i>	<i>Total</i>
	<i>Toneladas</i>	<i>Toneladas</i>	<i>Toneladas</i>	<i>Toneladas</i>	<i>Toneladas</i>	<i>Toneladas</i>
1828	244 630	93 500	82 000	35 000	19 000	474 430
1829	240 040	102 500	70 000	44 000	23 500	480 040
1830	242 340	100 000	85 000	33 000	28 000	488 340
1831	256 830	99 000	65 640	29 060	32 950	483 480
<i>Cantidades que quedaron en depósito</i>						
1828	53 635	20 000	24 500	4 800	6 200	109 135
1829	65 325	22 000	16 600	11 000	6 400	121 325
1830	60 200	34 000	30 800	5 000	13 800	143 800
1831	63 980	29 000	23 140	5 280	9 920	131 320

Los autores del cuaderno que examinamos, conocen la dificultad de dar una idea exacta del azúcar que necesita el mundo para su consumo. Presentan, sin embargo, respecto de Europa los datos siguientes.

	<i>Toneladas</i>
Gran Bretaña e Irlanda	185 000
Francia	64 000
Idem azúcar de remolacha	6 000
Mediterráneo y mar Negro	40 000
Países Bajos y Holanda	47 000
Alemania	43 000
España, Portugal, etc.	10 000
Rusia y puertos del Báltico	18 000
Dinamarca, Noruega y Suecia	8 000
	421 000

Juzgan también que la América necesita más de 70 000 toneladas; y aunque no determinan cantidades respecto del golfo Pérsico, de la Nueva Gales del Sur, Tierra de Van Diemen y otros países, dicen que el consumo no deja de ser considerable. En medio de la incertidumbre que ofrece la tabla anterior, no podrá menos de notarse, que siendo la población de la Gran Bretaña de 22 000 000 y la de Francia de 33 000 000, el consumo de aquélla asciende a 185 000 toneladas, y el de ésta, sólo a 70 000.

Aumentado considerablemente el consumo, no sólo en la Gran Bretaña, sino también en las demás naciones, parece natural que el precio del azúcar, lejos de haber bajado, debiera haber subido. Tal habría sido el resultado, si los productos no hubiesen excedido las necesidades generales; pero aquéllos se han aumentado tanto, que países que antes, o no daban o producían poco azúcar, hoy derraman cantidades considerables en varios puntos del globo; y aunque el abatimiento del precio ha puesto este fruto al alcance de muchos que antes no podían consumirlo, el equilibrio está tan alterado, que sin más consumo o menos producción, su precio no podrá levantarse.

No falta quien piense, que éste aún tiene que bajar; y cuando contemplamos la rapidez y extensión que su elaboración va tomando, no sería extraño que así sucediese. Veinte años ha que la Luisiana apenas producía azúcar; pero de entonces acá ha sido su aumento tan considerable, que Nueva Orleáns exportó en los años de

	<i>1827 a 28</i>	<i>1828 a 29</i>	<i>1829 a 30</i>	<i>1830 a 31</i>
Bocoyes	60 000	85 000	48 200	90 000
Id. de miel de purga	25 000	38 000	19 200	34 000

La producción de 1831 a 1832 no ha sido tan abundante como la de 30 a 31, porque las lluvias excesivas, y los vientos recios del año próximo pasado, causaron mucho estrago en la Luisiana.

Demerara casi ha duplicado su producción en nueve años, pues en 1816 rindió 323 443 quintales, y en 1824, 613 990. Todavía este aumento ha sido mayor en Berbice durante el mismo período, pues habiendo dado en 1816, 15 308 quintales, su producto fue cuádruplo en 1824, a saber 64 608. No tenemos datos positivos para fijar las cantidades que de entonces acá ha producido; pero bástanos saber que su aumento ha continuado. La isla Mauricio exportó 4 630 toneladas en 1825, y 30 000 en 1830. La de Java, 960 toneladas en 1825, y 4 400 en 1830. Manila, Filipinas, Siam y Bengala han aumentado también su producción. El Brasil la ha más que duplicado en 17 años, y Cuba ha tenido también un aumento considerable.

No tememos equivocarnos, si decimos que toda su producción no llegó en 1800 a 200 000 cajas; mientras que en 1830, si no excedió, por lo menos subió a 600 000; es decir, que en el espacio de 30 años se ha más que triplicado. Para dar una idea de sus progresos, recordemos, que de 1760 a 1767 la extracción de La Habana fue por término medio anual, de 13 000 cajas; pero cajas cuyo peso era, no como las de hoy, sino mucho menos. Si subimos a los años anteriores, veremos que en la época de la *Compañía de la Habana*, fundada por Real Cédula de 18 de diciembre de 1840, la exportación era tan miserable, que en un cuatrienio no alcanzaba ni aun a 21 000 arrobas. La tabla siguiente contiene el número de cajas exportadas por La Habana desde fines del pasado siglo hasta el año de 1831.

Años	Cajas	Años	Cajas	Años	Cajas
1786	63 274	1802	204 404	1818	207 378
1787	61 245	1803	158 073	1819	192 743
1788	69 221	1804	193 955	1820	219 593
1789	69 126	1805	174 544	1821	236 669
1790	77 896	1806	156 510	1822	261 795
1791	85 014	1807	181 272	1823	300 212
1792	72 854	1808	125 375	1824	245 329
1793	87 970	1809	238 842	1825	207 919
1794	103 629	1810	186 672	1826	271 014
1795	70 437	1811	150 268	1827	264 940
1796	120 374	1812	118 312	1828	268 586
1797	118 066	1813	173 940	1829	260 857
1798	134 872	1814	176 352	1830	315 757
1799	165 602	1815	214 111	1831	275 001
1800	142 097	1816	200 487		
1801	159 841	1817	217 009		

Cuando se considera la extensión que todavía se puede dar al cultivo de la caña en los países mencionados, entonces se conoce el fundamento que tienen algunos para decir “*que aunque la demanda de azúcar fuese diez veces mayor que la cantidad presente, bien podrían venderse sin ningún aumento material en el precio*”.

Las alteraciones que ha experimentado la producción del azúcar en 17 años son tan extraordinarias, que la siguiente tabla comparativa se leerá con interés.

	<i>En 1814</i>	<i>1830</i>
Colonias británicas. Toneladas	190 000	185 000
Isla Mauricio	6 000	30 000
Colonias francesas	60 000	95 000
Colonias holandesas y dinamarquesas .	35 000	30 000
Cuba	50 000	90 000
Brasil	30 000	70 000
Norteamérica	10 000	38 000
Posesiones británicas y de otras naciones en la India	20 000	25 000
Azúcar de remolacha	«	6 000
Toneladas	401 000	569 000

Esta tabla manifiesta, que desde la terminación de la guerra europea, ha habido un aumento de 168 000 toneladas. Cuba, en este período, casi ha duplicado su producción; pero el Brasil nos ha excedido proporcionalmente, pues de 30 000 se ha elevado a 70 000 toneladas. Las posesiones de la India solamente han aumentado un quinto; mas, la isla Mauricio ha quintuplicado su producción en el mismo tiempo. Débese esta diferencia, a que los ingleses pueden establecerse libremente en Mauricio, mientras que las restricciones que existen en el vasto territorio de la compañía de la India, cierran la puerta a la industria británica, dejando la producción de aquel precioso artículo en manos de los pobres, indolentes e ignorantes naturales. El día que la Inglaterra rompa las trabas que hoy detienen el progreso de su industria colonial en las fértiles regiones de la India, se abrirá una nueva fuente a los mercados de Europa, y las copiosas avenidas de este fruto causarán algunas alteraciones en la balanza mercantil de los pueblos.

“Pero el punto más importante que ofrece esta tabla, dicen los autores del cuaderno que revisamos, es que mientras se ha producido tanta azúcar en las posesiones extranjeras, se ha disminuido en nuestras colonias. Este contraste manifiesta claramente, cuan perjudicial debe haber sido al hacendado británico la continuación del comercio de esclavos por otras naciones: y de los documentos presentados últimamente a

la Cámara de los Comunes aparece, que mientras un esclavo cuesta en las colonias británicas 87 libras esterlinas, un africano recién importado se compra en Cuba, el Brasil, etc., por casi 45 libras”.

Sin negar que esta causa haya influido algún tanto en los males que se lamentan, juzgamos que se le da más influjo del que realmente ha tenido. Es cierto que los africanos importados en Cuba se han vendido en estos últimos años a precios muy baratos; pero también lo es, que ella ha progresado, aun en circunstancias en que el valor de los esclavos era subido. Disposiciones anteriores a la abolición del tráfico africano, y nacidas de una política equivocada, son las causas principales que hoy amagan la existencia de las Antillas británicas. La importancia política de estas islas, el riesgo inminente que corren, y los 150 millones de capital que se suponen invertidos en ellas por súbditos ingleses, han despertado al fin la atención pública y dirigídola a investigar el origen de sus males.

El abatimiento en que hoy se hallan las colonias inglesas, no depende, como piensan algunos, del estado floreciente de la isla de Cuba, del Brasil y otros países que producen azúcar, sino de su exclusión de los mercados más baratos donde podrían comprar sus víveres y maderas, y de los exorbitantes derechos que pagan sus frutos, cuando son importados en la Gran Bretaña. Antes de la guerra de la independencia de los Estados Unidos, éstos proveían enteramente a las colonias inglesas de maderas, harina, caballos, carne y otros artículos que no sólo eran allí mucho más abundantes y baratos que en el Canadá, sino que su flete era también menos costoso, por ser mucho más corta la distancia. Siguiendo este sistema, nos dijo Bryan Edwards desde el siglo pasado, que el azúcar y el ron de las colonias se aumentaron maravillosamente, y que las rentas, navegación y comercio general de la Inglaterra se multiplicaron y extendieron. Pero emancipados los Estados Unidos, se les privó de comerciar en buques propios con las colonias; y so pretexto de favorecer el comercio nacional y la exportación de harinas y maderas canadienses, se dio a las Antillas un golpe mortal. Heridas profundamente, alzaron el grito hasta la metrópoli, y penetrado Pitt de la justicia de sus clamores, presentó un *bill* para restablecer las interrumpidas relaciones entre las colonias y Norteamérica. El sórdido interés de los comerciantes y navieros canadienses, y la animosidad nacional que entonces reinaba contra los Estados Unidos, prepararon sus armas para calumniar a los habitantes de las colonias, y destruir los planes que trazaban la justicia y la sabiduría. Destruyéronlos en efecto, y desechado al *bill* que Pitt presentó al Parlamento, las colonias se vieron condenadas a sufrir las tristes consecuencias de un mezquino monopolio.

A los males ocasionados por la política se juntaron los de la naturaleza. Las tierras de Jamaica y de otras Antillas inglesas no son tan fértiles como las de Cuba y del Brasil, y cansadas además por un largo

trabajo, es evidente que en igualdad de circunstancias han de producir menos. Por otra parte, los furiosos huracanes que azotan a las Antillas, las reducen casi siempre a la escasez, y a veces también al hambre. Ante que sus puertos no estuviesen cerrados para los Estados Unidos, apenas llegaban a ellos la triste noticia de alguno de estos accidentes, cuando veleras naves volaban a darles pronto socorro; mas, luego que cambiaron las circunstancias, el único consuelo que les quedaba, ya no podía venirles sino de países lejanos, y cuya navegación está obstruida por los hielos en mucha parte del año. Tremendos huracanes soplaron en Jamaica de 1780 a 1787; y la miseria fue tan grande, que 15 000 negros murieron víctimas del hambre y de los malos alimentos. ¿Pero tantos sacrificios redundaban a favor de la Gran Bretaña, ni se comparaba con ellos la exclusión del comercio entre las colonias y los Estados Unidos? No, que no podían: porque incapaces los canadienses de abastecer las necesidades de aquellos mercados, tuvieron que ocurrir a Norteamérica para obtener los frutos que habían de llevar a las colonias, las cuales venían, al fin, a proveerse por un medio indirecto y a caros precios, de los artículos norteamericanos, que tan pronto como baratos hubieran debido recibir directamente.

Los revisores de Edimburgo piensan, que tan violento estado no hubiera podido subsistir por largo tiempo sin la catástrofe de Santo Domingo; pero habiendo desaparecido repentinamente del consumo la gran masa de azúcar que producía aquella isla, pues que entonces era la fuente principal que abastecía los mercados, sus precios se levantaron a tal altura, que a despecho de la ruina con que el monopolio amenaza a las colonias, pudieron sacar por algún tiempo ventajas considerables; ¡cuán cierto es, que la prosperidad temporánea de los países no siempre es el resultado de las disposiciones de los gobiernos, sino de contingencias que el hombre o no prevé, o no puede evitar! De las ruinas de Santo Domingo salió el impulso con que Cuba y otros pueblos han volado rápidamente, y estableciéndose una competencia productora, los altos precios que enriquecieron a algunos hacendados, empezaron a bajar hasta que, en 1806, volvieron a su antiguo nivel. Sintieron otra vez los males; pero los colonos ingleses, lejos de buscar el verdadero remedio, trataron de forzar los precios con medidas inconducentes, echando sobre ajenos hombros la carga que los oprimía. Así continuaron las cosas hasta 1821, en que empezando los ministros de la Gran Bretaña a dudar de la bondad del sistema establecido, lograron que se hiciesen algunas modificaciones. Tratose de nuevo esta materia importante en 1825, y nos complacemos en repetir lo que M. Huskisson dijo en su discurso al Parlamento:

“Yo conozco claramente, que el sistema de exclusión y monopolio ha impedido la prosperidad de las colonias... todo lo que se dirige a aumen-

tar la prosperidad de las colonias, no puede menos por última consecuencia, que adelantar en igual grado los intereses generales de la madre patria... A excepción de algunos artículos que será necesario prohibir, tales como armas de fuego, pertrechos de guerra, azúcar, ron, etc., yo propongo que haya un comercio libre entre todas nuestras colonias y los otros países". Estos esfuerzos no produjeron ningún efecto saludable, porque, aunque se permitió la importación de artículos extranjeros en las colonias, fueron enormes los derechos, que el sistema anterior, si bien fue abolido nominalmente en muchas partes, quedó íntegro en realidad. Mandose que las contribuciones se empleasen en beneficio de las colonias; pero su resultado fue tan pequeño, que habiendo ascendido el año de 1829, último a que alcanza la liquidación de estas cuentas, a 75 340 libras esterlinas, los gastos de su recaudación importaron 68 028, que es decir un 90 %; quedando, por consiguiente, a favor de las colonias el residuo miserable de 7 312 libras.

Resentidos los norteamericanos del sistema británico, continuaron un comercio indirecto con las colonias, enviando sus efectos a las islas neutrales, y principalmente a San Tomás, transbordándolos de allí a buques ingleses, y llevándolos últimamente a Jamaica, donde entraban recargados de los gastos inherentes a tantos manejos y demoras. Tan graves son los prejuicios ocasionados por este sistema, que, según los papeles presentados al Parlamento, ascienden anualmente a más de un millón de libras esterlinas. "El hecho es, usando del lenguaje de un célebre periódico inglés, que nosotros no tenemos sino una alternativa, *o abolir enteramente el sistema del monopolio, o abandonar las islas que hacen azúcar...*". Pero no basta destruir las cadenas que oprimen al comercio colonial. "Lo que inmediatamente debe hacerse, continúa el mismo periódico, *es disminuir los derechos del azúcar* y de otros artículos coloniales. La cortísima reducción de 27 a 24 chelines por quintal ha producido en el consumo del semestre que acaba el 5 de julio de 1831, un aumento de 33 936 000 libras de azúcar, comparado con el semestre correspondiente al año anterior".

Al concluir esta parte de nuestro artículo, relativa al azúcar, no podemos menos que transcribir un párrafo en que la *Revista de Edimburgo* del próximo diciembre, hablando de los intereses coloniales, se expresa así: "Los hacendados de nuestras colonias ansían con extremo, que si es posible, se ponga un término a las importaciones de negros en Cuba, el Brasil y otros países. Su ansiedad en este punto no es por cierto mayor que la del gobierno; pero nosotros no podemos dar la ley a otros pueblos, y si hemos de obtener algún resultado, debe ser por medio de negociaciones. Sin embargo, debemos de esperar, que miras más exactas y menos limitadas acerca de sus propios intereses, inducirán a todas las naciones, dentro de un período no distante, a abolir este tráfico infame,

así en el hecho como en el nombre, concediéndose mutuamente el derecho de registrar los buques, y de tratar como piratas a los que hicieren este comercio. Nada menos que esto es lo que conviene hacer; y confiamos en que una medida de esta especie será universalmente adoptada”. ¡Quiera Dios que los habitantes de la isla de Cuba lean estos renglones con toda la atención que merecen; y que penetrados de la fuerza de su sentido, vayan haciendo con prudencia las reformas que ya pide el tiempo, y arranca la necesidad. No hay que alucinarnos con quimeras. El interés seductor levantará su engañosa voz para adormecernos, pero el amor a la patria debe despertarnos, para que empleando desde ahora nuestros esfuerzos, aseguremos la felicidad de nuestros hijos, y la existencia del país que nos dio el ser.

Pasando del azúcar al café, se encuentran en el cuaderno que examinamos algunos datos interesantes. Desde fines de 1830 se presagió, que el precio de este fruto adquiriría un aumento considerable, y la experiencia ha venido a confirmar tan halagüeña conjetura. Nivelado el consumo con la producción, y abatido el precio a tal punto que ya no recompensaba los gastos y fatigas del hacendado, razón había para esperar la feliz mudanza que hemos visto.

Las importaciones de café en Europa han sido menores en 1831 que en 1830. Así lo indica la tabla siguiente:

		<i>Gran Bret.</i>	<i>Amberes</i>	<i>Hamburgo</i>	<i>Bremen</i>	<i>Amsterd.</i>	<i>Roterd.</i>
1830	Toneladas	18 285	21 200	20 250	4 960	9 000	4 500
1831		19 355	5 130	17 380	4 330	10 700	11 740
		<i>Francia</i>	<i>Mediterr.</i>	<i>S. Petersb.</i>	<i>Copenhague</i>	<i>Total</i>	
1830	Toneladas	15 000	12 100	500	1 100	10 6895	
1831		10 000	6 430	1 200	1 570	87 835	

Aparece, pues, que aunque la importación en la Gran Bretaña fue en 1831 mayor que en 1830, hubo, sin embargo, en la importación total de aquel año un déficit de 19 060 toneladas. Esta diferencia depende principalmente de las grandes cantidades que fueron llevadas a los Estados Unidos, pues los norteamericanos compraron en Batavia mucha parte de la cosecha; y de las 17 000 toneladas que se exportaron de La Habana y Matanzas en 1821, los norteamericanos embarcaron para su país 11 900; siendo así que de las 14 200 de 1830, solamente sacaron 4 200. A fines del año pasado se habían ya extraído de Río Janeiro 28 000 toneladas, y de este número, 8 000 fueron exportadas para Norteamérica; mientras que durante el mismo período de 1830, aún quedaba por extraer la mitad de la cosecha que ascendía a casi 30 000 toneladas.

Entre los países que producen café, la isla de Java que tanto medra en otros ramos, va disminuyendo su cultivo. Por noticias oficiales sabemos que su exportación fue desde 1825 en los términos siguientes:

En	<u>1825</u>	<u>1826</u>	<u>1827</u>	<u>1828</u>	<u>1829</u>	<u>1830</u>
Toneladas	16 500	20 190	23 690	24 800	17 810	6 300

Este déficit no procede de malas cosechas, como pudiera creerse equivocadamente, sino de que los habitantes de Java se dan con preferencia al cultivo de la caña y del añil.

Desde que la Gran Bretaña disminuyó los impuestos sobre el café, su consumo se ha aumentado considerablemente, pues habiendo sido de 1 100 000 libras en 1807, ya en 1825 fue de 22 millones; y las rentas de este ramo han subido de 160 000 libras esterlinas a 600 000. Si se rebajasen los 58 chelines que paga todavía por quintal, que es decir, un 150 % el de inferior calidad, y un 100 % el de buena, no cabe duda en que su uso se extendería extraordinariamente. Mas, a pesar de esto, y de la alza que han experimentado los precios, su consumo se ha aumentado, pues en 1829 ascendió a 7 985 toneladas; en 1830, a 9 695; y en 1831, a 9 865. No correspondiendo la exportación a la importación que se hace en los Estados Unidos, es preciso que el consumo sea considerable.

Efectivamente, si comparamos el de 1821 con el de 1831, veremos que se ha triplicado en el término de diez años, pues en aquél fue de 6 680 toneladas, y en éste se cree que llegó a 20 000. Este aumento procede, en gran parte, de la reducción de 5 a 2 centavos por libra. El consumo general de café en Europa durante el año 1831 aún era desconocido a los autores del cuaderno que nos ocupa.

Respecto de los sobrantes que quedaron en Europa los dos años anteriores, se observará por la tabla siguiente que en 1831 hubo 11 700 toneladas menos que en 1830.

		<i>Gran Bret.</i>	<i>Ambres</i>	<i>Hamburg</i>	<i>Bremen</i>	<i>Ams-terd.</i>	<i>Ro-terd.</i>
1830	Toneladas	13 420	4 000	10 700	2 000	5 800	3 600
1831		12 530	2 750	7 370	1 800	5 070	4 600
		<i>Fran- cia</i>	<i>Medi- ter.</i>	<i>S. Pe- tersb.</i>	<i>Copen- hague</i>	<i>Total</i>	
1830	Toneladas	5 300	4 300	300	850	50 270	
1831		2 000	960	1 000	490	38 570	

No soltaremos la pluma sin tirar algunos rasgos sobre el cultivo del añil en la isla de Cuba. Muchos años ha, que se están haciendo ensayos

entre nosotros para extraer la tinte preciosa de esa planta, y abrir con ella una nueva fuente de riqueza pública. No es del momento trazar la historia de estos ensayos, ora felices, ora desgraciados; pero sí lo es, hacer algunas indicaciones que sirvan para conocer si el cultivo del añil en Cuba será útil o perjudicial.

Para que los capitales se empleen en la producción de algún fruto, no basta contar con la capacidad del terreno, ni con la influencia favorable del clima, sino que es preciso, además, atender a las circunstancias en que se hallan otros países respecto del mismo cultivo. Sabemos que la calidad del añil de la isla de Cuba no es igual a la del de la India o Guatemala; pero aun suponiendo que lo sea, ¿bastará esto para que nos presentemos como rivales en los mercados de Europa? Reflexionemos por un instante que Guatemala, la isla de Java, Madras y otros puntos de la India Oriental producen añil; pero este ramo lejos de florecer en todos ellos, unos han sido de tal manera perjudicados por la concurrencia de otros, que su cultivo ha ido decayendo en Guatemala y Madras. Este país ha reducido su producción en los tres últimos años a menos de la cuarta parte, pues habiendo sido de 3 000 cajas en 1829, ya en 1830 fue de 2 000 y en 1831 solamente llegó a 700. Guatemala que se hizo célebre por sus añiles, exportó a fines del siglo pasado una cantidad mucho mayor que en todos los años del presente. En el decenio de 1791 a 1800 produjo 8 752 562 libras; mas, en el decenio de 1809 a 1818 ya la producción estuvo reducida a casi la mitad, a saber, 4 594 078. Y tal ha sido de entonces acá el impulso dado a los añiles de la India con la abolición parcial del monopolio que absolutamente rigió en aquellas posesiones hasta el año de 1814, que la tinte preciosa de Guatemala se vio despreciada en los mercados de Europa. “Todo el comercio y manufactura del añil,¹ que produce una exportación de casi dos millones al año, es una creación del sistema libre. Él es casi el único ramo de industria que a los ingleses se ha permitido ejercer en la India; y la consecuencia ha sido, que con los adelantos notables introducidos en esta manufactura, por su habilidad, capitales y energía, el añil ha tenido tales mejoras, que el artículo americano casi ha sido expulsado del mercado, y nuestro comercio se ha extendido sobre las bases más seguras”.

Nada importa decir que la disminución del añil de Guatemala proviene de las disensiones políticas que la han agitado; porque además de que su producción empezó a disminuir considerablemente desde mucho antes de la revolución, esta causa solamente habría influido en la menor cantidad de sus producciones, y no en el abatimiento de los precios europeos. Éstos, al contrario, deberían haberse levantado, pues que disminuidas las cosechas americanas, la concurrencia general era menor.

1 *Revista de Edimburgo* perteneciente a diciembre de 1828.

¿Pero qué importa, se dirá, qué importa que otros países se hayan perjudicado? ¿Está Cuba por ventura en las circunstancias que ellos? Cabalmente por no estarlo, nos parece arriesgado este cultivo. La India, que sería nuestro rival formidable, ofrece un campo inmenso, donde pueden escogerse los mejores terrenos y comprarse a precios muy baratos; está regada de ríos caudalosos por donde puede conducir fácilmente sus frutos; y tiene muchos brazos, cuyos jornales son muy bajos. Un país que se presenta con tantas ventajas, ¿qué esperanza puede dejar al que carece de ellas como el nuestro? Si los excelentes añiles de Guatemala se han visto menospreciados en Europa por la concurrencia de los de la India, ¿qué sería de los nuestros, que ni probablemente serán buenos, ni se podrán producir con menores o iguales gastos? Ni serían los países fabricantes de añil nuestros únicos enemigos, pues que existen sustancias vegetales y preparaciones químicas con que puede suplirse el color de aquella planta.

Tales son los obstáculos con que, a nuestro entender, tropezaría el hombre que acometiese la empresa del cultivo del añil; mas, no por esto se crea que pensamos desalentar a los que de buena fe y por el bien de la patria quieran hacer algunos ensayos. Desearíamos de corazón que este cultivo produjese un resultado feliz, y que elevándose a la altura de los otros que forman nuestra riqueza, emplease grandes capitales, y diese ocupación a tantos brazos como hoy la necesitan.

**I.— MEMOIRE SUR LE SUCRE DE BETTERAVES,
ADRESSÉ A M. D'ARGOUD, MINISTRE
DU COMMERCE ET DES TRAVAUX PUBLICS,
PAR LE SIEUR ARÍSTIDES VINCENT, FABRICANT,
ETC. AOUT 1831.**

**(Memoria sobre el azúcar de remolacha, dirigida
a M. D'Argoud, ministro de Comercio y de Trabajos
Públicos, por el señor Arístides Vincent, fabricante,
etc. Agosto 1831.)**

**II.— ARTÍCULO DEL LUCERO DE LA HABANA
DEL 6 DE AGOSTO DE 1832 INTITULADO: "AGRICULTURA
Y COMERCIO DE LA ISLA; PRECIOS CORRIENTES
DE LOS FRUTOS, E INFLUJO QUE EN ELLOS PUEDE
TENER EL ESTABLECIMIENTO DE UN BANCO"**



Cuando al principio del siglo que corremos, oímos por la vez primera que Francia se empeñaba en sacar azúcar de la remolacha, ¿quién había de decirnos que un suceso feliz coronaría sus esfuerzos, y que en el transcurso de pocos años, esta raíz, al parecer tan miserable, habría de entrar en competencia con las doradas cañas de los trópicos? ¿Quién había de decirnos, que el incremento de su cultivo daría ocasión a los fundados temores de los hombres más sensatos, y que el cristal precioso de nuestros ingenios sería sustituido en algunos mercados de Europa por el tosco grano de la remolacha? No son estas preguntas hijas de un vano recelo, ni de un cerebro exaltado; son sí, la inspiración de la verdad, que franca y sencilla viene a hablarnos, para que, conociendo nuestra situación, sepamos dirigirnos en la crisis que nos amenaza.

Después de hacer el autor de la Memoria que nos ocupa algunas breves observaciones sobre la agricultura en general, pasa a dar la historia del azúcar de remolacha, y a exponer el estado en que se halla su fabricación en Francia. Achard, resucitando los planes de Margraff, hizo sus primeros ensayos en Castelnaudary, y de vuelta a su patria anunció

el éxito de sus experiencias. “Es innegable, así se expresa el señor Vincent, que si Napoleón hubiera apreciado menos la utilidad de este descubrimiento para la Francia, y no hubiera obligado a los sabios y fabricantes a crear esta nueva industria para la Europa, las aserciones de Achard aún se tendrían por quimeras, y este descubrimiento correría la misma suerte de tantos otros sepultados en el olvido. Pero gracias a la enérgica voluntad del grande hombre, la fabricación del azúcar se estableció en Francia, y se desenvolvió maravillosamente, cuando los acontecimientos de 1814 y 1815 vinieron a destruir todas las esperanzas que se habían podido concebir. La concurrencia, formidable entonces, de los azúcares coloniales, haciendo imposible la lucha, abatió el precio del azúcar, y la industria indígena sucumbió. En 1820, las pocas fábricas que aún no se habían arruinado, se preparaban para cerrarse, cuando en 1823, M. Crespel, hábil fabricante de Arras, poniendo más cuidado en las operaciones, desplegando más actividad, y haciendo algunas recificaciones, volvió la vida a esta industria moribunda”.

El año de 1823 abrió una nueva era para la fabricación del azúcar. Personas muy inteligentes se dedicaron a estudiar este ramo importante; abandonaron algunas de las prácticas establecidas; adoptaron el método de la cochura del jugo; emplearon el carbón animal; e hicieron otras innovaciones y reformas, económicas en los medios, y provechosas en sus resultados. A ellas se debe, según dice el autor, que el azúcar de calidad superior casi tan hermoso como el refinado se obtiene al mismo precio que el azúcar bruto.

Francia contaba el año pasado más de 200 fábricas de azúcar de remolacha, y la producción ascendió a 25 millones de libras.¹ La remolacha contiene de 8 a 9 % de azúcar en peso; pero la cantidad que se extrae de ella, solamente llega a 5 %. Trátase, pues, de perfeccionar los instrumentos para aprovechar los 3 o 4 % de azúcar que se pierden en el estado actual de las fábricas. Un cilindro a manera de sierra, con dientes en la superficie exterior, y que se llama *râpe*, es el instrumento de que se ha usado en Francia hasta ahora. Para operar con él, se le hace girar rápidamente, y empujada la remolacha contra el cilindro, se desbarata y convierte en una pasta blanda que se comprime en fuertes prensas hidráulicas. Si de este modo no extrae todo el jugo, es porque la remolacha se compone de unas esferas infinitamente peque-

1 El número de fábricas en actividad desde el principio de la zafra en 1857 hasta fin de diciembre del mismo año fue en Francia de 338, con un aumento de 45 respecto de igual período en 1856. Las fábricas que no trabajaron en 1857 fueron cinco, y todas se hallan en el departamento del Paso de Calais (Pas-de-Calais). El del Norte es el que tiene más fábricas, y después vienen los del Paso de Calais, del Aisne, y del Somme.

La cantidad de azúcar que se hizo en 1857, ascendió a 82 451 625 kilogramos, o sea, 28 471 759 más que en 1856.

ñas, cuyo tamaño las hace resistir a una presión muy fuerte. El jugo que contiene es de 98 % en peso, pues las capas o parenquimas de la remolacha solamente forman un 2 %. “Cuando se supiere, pues, extraer, así nos habla el señor Vincent, todo el jugo de la remolacha, se pueden conseguir 2 o 3 % más de azúcar que hoy, sin aumentar los gastos de fabricación. Aun cuando no se obtuviere sino 1 %, esto sería un beneficio, y el precio del azúcar bajaría a seis y medio, o siete sueldos de libra. Se debe esperar que no está lejos la época en que podremos venderla a cinco sueldos de libra.² No tiene nada de quimérica la suposición que hago aquí; M. Clement ha obtenido todo el jugo de la remolacha, o sea 98 %, pasándola por una rueda de molino. No siendo esto imposible, estoy autorizado para pedir al gobierno que ofrezca recompensas a los mecánicos que la hicieren practicable”.

El autor hace un paralelo entre el azúcar de la remolacha y el de la caña en las Antillas francesas, y cree que aquélla bien puede luchar ventajosamente con ésta. Dos son los puntos en que se apoya para probar su aserción.

1° Una hectárea³ de tierra en las Antillas no contiene sino de 1 650 a 1 700 kilogramos⁴ de azúcar; y de esta cantidad solamente se pueden extraer 1 500 kilogramos; pero el mismo espacio de tierra, sembrado en Francia de remolacha, contiene 2 300 kilogramos de azúcar, y aunque no rinde sino 1 500, bien podrá dar, cuando se rectifique el método de su extracción, de 2 000 a 2 500.

2° La caña ocupa exclusivamente el terreno durante 15, 18 y aun 20 meses; mas, la remolacha solamente lo ocupa seis. Nace de aquí, que en un año se pueden obtener dos cosechas de remolacha; que mientras en las Antillas se consigue una de caña, en Francia se logran, además de las dos de remolacha, otra de cereales; y que una hectárea de tierra sembrada de remolacha en Francia produce doble cantidad de azúcar que el mismo terreno plantado de caña en las Antillas, pudiendo llegar al rendimiento de aquélla hasta el triple, luego que se introduzcan las mejoras que pide el estado de su elaboración.

¿Mas, podrá la remolacha dar a la Francia todo el azúcar que necesita para su consumo? He aquí una pregunta interesante. Ella consumo anualmente 60 millones de kilogramos. El producto del terreno es muy varia-

2 Veintisiete años han transcurrido, y todavía no se ha realizado esta esperanza. El pueblo francés se daría por muy contento si pudiera comprar la libra de azúcar, no en las fábricas, sino en el mercado, a diez o doce sueldos, y la de buena calidad jamás la he visto pagar en París y en otras ciudades de Francia a menos de 15 o 16 sueldos.

3 Es un cuadrado de 100 metros por lado.

4 El kilogramo equivale a más de dos libras castellanas: aquél tiene 1 000 grammas; y la libra, 460 09 grammas.

ble. Una hectárea rinde de 10 000 a 80 000 kilogramos de raíces. El resultado ordinario es de 25 a 30 000 kilogramos. Estos 30 000 dan 1 500 kilogramos de azúcar; de suerte que para obtener los 60 millones de kilogramos que la Francia consume anualmente, se necesitarán 40 000 hectáreas sembradas de remolacha; o sea, una superficie de casi 18 leguas. Este terreno, lejos de perder con el cultivo de la remolacha, producirá cosechas de cereales más ricas que antes.

Es importante saber cuáles son los capitales, rendimientos y brazos empleados en el cultivo de la remolacha. Las 200 fábricas que había en Francia el año pasado, necesitaron para su creación de un desembolso de 30 millones de francos; de los cuales, 10 000 se invirtieron en los gastos de cultivo y de los jornaleros. El número de éstos asciende a 14 000, y las 8 000 hectáreas sembradas de remolacha ceban casi 15 000 bueyes o vacas. Las 200 fábricas rinden casi 12 millones de kilogramos de azúcar, y las más útiles son las que producen de 50 000 a 225 000 kilogramos al año. Las primeras necesitan de 70 jornaleros, esto es, un hombre para cada 750 libras de azúcar; mientras que, en las colonias francesas, un negro produce 500 libras. Supuesto que el consumo anual de Francia se computa en 60 millones de kilogramos, será preciso emplear, para obtenerlos, 80 000 jornaleros por el espacio de siete a ocho meses al año, y construir 1 000 fábricas de la especie que hemos mencionado, en las cuales se podrán cebar 75 000 bueyes. Este ramo de industria ofrece la gran ventaja de ocupar a muchas mujeres y muchachos, que teniendo poca ocasión de trabajar para ganar la vida, se entregan a la vagancia.

¿Pero qué capital se necesita para establecer las 1 000 fábricas que hayan de producir los 60 millones de kilogramos de azúcar que consume la Francia anualmente?

El autor de la Memoria cree que se deben emplear 150 millones de francos distribuidos en el orden siguiente:

	<i>Millones</i>
Edificios, casi	40
Calderas y otros utensilios	30
Gastos de cultivo	15
Salarios de jornaleros	12
Tierras	20
Compra de ganado	30
Otros gastos	3
	150

“Estos 150 millones, dice el señor Vincent, darían un interés que racionalmente se puede valuar en 15 %, o sea 22 500 000 francos, representando un capital de 450 millones con que se enriquecería la nación”.

A esas ventajas se agregan las que gana la agricultura francesa con el cultivo de la remolacha. Según el lenguaje del autor, al paso que esta raíz se va extendiendo, las tierras que no daban sino cosechas medianas de cereales, ya las producen muy abundantes; y el valor de las tierras y su arrendamiento suben mucho, porque los productos del arrendatario y del propietario aumentan. Multiplicando las plantas nutritivas, Francia se pondrá al abrigo de las escaseces ficticias que la amenazan cada siete u ocho años: se criará y alimentará mayor número de ganado, y los franceses cesarán de ser tributarios de la Alemania en cuanto a los animales, bajando, por consecuencia, el precio de ellos de tal manera, que los habitantes del campo que en las dos terceras partes de la Francia nunca comen carne, podrán alimentarse con ella. El ejército tampoco necesitará de comprar los caballos alemanes; ni la nación de surtirse de cueros en los mercados de Buenos Aires y del Brasil.

Para fomentar la fabricación del azúcar de remolacha en Francia, y hacer bajar el precio de este fruto de 8 o 10 sueldos a 5 o 6 la libra y aún más, propone el autor varias medidas; y entre ellas es la

1° Que el gobierno fije prontamente y de un modo invariable la suerte de esta industria nacional, mandando por una ley, que los derechos de entrada impuestos sobre el azúcar no se alteren sino cuando la fabricación estuviere nivelada con el consumo, o cuando las mejoras hechas permitan bajar el precio del azúcar indígena, y, por consiguiente, los derechos en una suma equivalente.

2° Que las nuevas fábricas que se establecieren, queden exentas de impuestos por el espacio de cinco años.

3° Que el gobierno dé un premio de 20 000 francos a todo hombre industrial que estableciere una fábrica en un departamento donde no haya ninguna.

4° Que el gobierno proponga un premio de 10 000 francos para el artesano que hiciere un instrumento que, sin exceder del precio de 1 000 francos, pueda extraer casi todo el jugo de la remolacha, o sea, un 95 %, en el mismo tiempo que los instrumentos actuales, y sin alterar en nada la calidad del jugo.

5° Que el gobierno dé un premio de 50 000 francos al fabricante que encontrare el medio de convertir en grano el azúcar de remolacha valiéndose de la evaporación continua, de manera que sea tan buena, y tan idéntica al azúcar de caña como la obtenida por el método de la cochura y del filtro de Dumont; o al que encontrare el principio a que las azúcares formadas por la evaporación continua, deben la insipidez y sabor desagradable que las distingue de las de caña.

6° Que el gobierno dé un premio de 10 000 francos al que encontrare una materia común más barata que el carbón animal, y que tenga las mismas propiedades químicas y mecánicas.

Los habitantes de las colonias francesas claman enérgicamente contra toda medida que se encamina a proteger la fabricación del azúcar de remolacha. Si así lo hacéis, tal es su lenguaje, vais a arruinar completamente las colonias que habitadas por franceses, no son sino departamentos franceses que sacrificáis a los otros. Al mismo tiempo sacrificáis la marina, porque si no tenéis ya colonias, vuestra marina mercante, ya débil, será reducida a la nada, y cuando entraréis en guerra, no tendréis marineros con que armar los buques que hayan de defender la nación. Por otra parte, las colonias no producen sino azúcar y café; los colonos sacan de Francia las sustancias y los productos manufacturados de que necesitan: por tanto, renunciáis a un ramo de vuestro comercio de exportación, las colonias ofrecen en tiempo de paz grandes facilidades al comercio, y en tiempo de guerra un asilo a los buques de guerra. Las colonias, pues, y la marina se prestan mutuo socorro.

El autor de la Memoria responde a estas objeciones, y empieza preguntando si la Francia tiene colonias. Confiesa, que sí las tiene, y da como prueba de ello los 30 millones de francos que su administración y su tarifa le cuestan anualmente; pero niega que las posee, si se trata de las ventajas que recibe. No se equivoca en pensar, que no pudiendo ni queriendo las colonias resistir a la primera guerra marítima con Inglaterra, llegarían a ser presa suya el día que esta nación lo proyectara. La experiencia de las últimas guerras ha probado que el interés de las colonias es hacer causa común con la Inglaterra. “Ellas pues, así se expresa, son una propiedad inglesa que nosotros nos complacemos en alimentar y proteger”.

No niega que las colonias están habitadas por franceses; ¿pero por cuántos?, interroga. Dice que todos los blancos no poblarían un departamento de Francia y que el interés de los 86 de que se compone la nación, no debe sacrificarse a uno solo. Él cree, que con buenos gobernantes, siempre habrá buques y marineros. Cita el ejemplo de los Estados Unidos que sin una pulgada cuadrada de colonias, poseen una marina mercante mucho más respetable que la francesa: sus naves flotan en todos los mares, y su comercio está más desenvuelto y tanto o más protegido. “En fin, así concluye, me parece que si debemos hacer sacrificios por alguno, es más bien por el habitante de nuestro propio suelo que divide con nosotros el peso de las cargas sociales, que no por hombres medio extranjeros. Es tan irracional establecer un privilegio en favor de las colonias, como dar a uno o muchos departamentos el monopolio de la producción del trigo, del vino, de las maderas, etc. La distancia, lejos de legitimar el monopolio, es una razón para destruirlo; y así,

no sólo debemos dejar luchar el azúcar indígena con la colonial, sino fomentar por todos los medios posibles la fabricación indígena, pues la de ultramar puede faltarnos a la primera apariencia de guerra”.

No negaremos que el autor lleva fundamento en algunas de las razones que alega; pero sin entrar a discutir la fuerza que puedan tener, es preciso confesar, que habla como un hombre apasionado a quien arrastra su interés. ¿Pues qué? ¿Porque Francia gaste 30 millones en sus colonias, ya se infiere que le son onerosas? ¿No podrá recibir su equivalente o en las utilidades comerciales, o en las ventajas políticas que le da su posesión, conservando sino la preponderancia, al menos alguna influencia en las grandes cuestiones que presenta el Nuevo Mundo? ¿No puede apostar en ellas sus escuadras, y hacerlas salir de allí para que recorran nuestros mares, e infundan respeto a los que pretenden ultrajar el pabellón tricolor?

Pero dejemos esta materia, y ya que hablamos de azúcar, no perdamos la ocasión de decir alguna cosa, aunque sea brevísimamente, sobre un artículo intitulado “Agricultura y comercio en la isla; precios corrientes de los frutos e influjo que en ellos puede tener el establecimiento de un banco”, publicado en el *Lucero de la Habana* del 6 de agosto del presente año. Nuestras observaciones serán concisas, y esperamos que los redactores de ese periódico, que son los autores del artículo, no interpretarán siniestramente nuestros reparos, pues la discrepancia de opiniones en puntos controvertibles, lejos de irritar los ánimos, debe ser el medio de conciliarlos, encontrando juntos la verdad.

Se afirma en aquel periódico, que el precio del azúcar ha tenido este año un aumento de más de 30 %. Esta aserción nos parece exageradísima, y quisiéramos que en vez de haberla indicado, se le hubiese dado todo el grado de evidencia que exige una materia de tanta importancia. En nuestro concepto, no habrá llegado al 14 %, porque aunque es verdad que algunas partidas de calidad superior comparadas con las de inferior han tenido en arroba un aumento de 2 rs. o 2½, esto nada prueba contra la verdad constante de que el hacendado que más ventaja ha logrado, ha sido la de 1½ rs. en arroba.

Cualquiera que oiga que el precio del azúcar ha subido más de un 30 %, creerá, y con razón, que ya cesaron nuestros trabajos; pero aun suponiendo que fuese cierto este soñado incremento, todo se reduciría a que el ingenio que nada produjo a su amo el año anterior, en éste rendiría el 2 % del capital; infiriéndose de aquí, no que su condición sea próspera, sino menos triste que el año pasado. Para saber si el hacendado se halla en circunstancias ventajosas o desfavorables, debe atenderse a las ganancias que logre, después de deducidos todos los gastos de su finca; pero no a la diferencia de precio que puede haber de un año respecto de otro, porque este dato por sí solo conduciría a resultados muy erróneos. Supongamos que el dueño de

un ingenio necesita para sostener su finca, y sacar alguna utilidad, de vender su fruto a diez. Si un año tiene la desgracia de venderlo a seis, es claro que sufre un quebranto considerable; y aunque al año siguiente pueda venderlo a nueve, que es decir un tercio más, no por eso se considerará feliz, pues el aumento de precio en el último año, apenas alcanza para indemnizarle de sus pérdidas anteriores. Y ya que sin atender a los gastos de producción se quiere decidir en abstracto de la felicidad de nuestros hacendados, considerando solamente el precio de nuestros frutos, ¿por qué se toma el corto transcurso de un año, y no se tiende la vista a épocas anteriores, para compararlas después con estos últimos años calamitosos? Entonces se conocería que la suerte de los hacendados ha cambiado mucho, y que el cuadro de su felicidad es una ilusión muy funesta.

Las causas de la subida del precio del azúcar en este año no son las que designan los redactores, sino las muy notorias de las revoluciones del Brasil y Jamaica, y las cortísimas cosechas de las islas inglesas de Barlovento y Nueva Orleáns; pero, a pesar de esto, se ve que el aumento de precio ha sido tan pequeño, que sentimos no poder lisonjearnos con el *Lucero* de sus anuncios anteriores. Estas causas siendo extraordinarias, nunca pueden tomarse como base de nuestros cálculos futuros.

No convenimos tampoco en que el precio del azúcar se mejore por el aumento del consumo. Esto sería cierto si la producción se disminuyese o quedase estacionaria; ¿pero será probable que suceda alguna de las dos cosas? A juzgar por lo pasado diríamos positivamente que no, pues a pesar de que muchos años ha, que el precio del azúcar va bajando, la producción ha ido siempre subiendo; y tanto, que desde el año de 1815 a 1831 ha tenido casi 40 % de aumento. Podrá venir el día, o haya llegado ya si se quiere, en que por falta de producción desaparezcan de los mercados del mundo algunas cantidades de azúcar; pero esta falta será siempre efímera, y mil fuentes obstruidas por algunos momentos, se abrirán de nuevo, y correrán a rebosar los pequeños vacíos que se formaron. No podemos menos que transcribir aquí lo que dijimos en el número 6, de la *Revista Cubana*.

“Aumentado considerablemente el consumo, no sólo en la Gran Bretaña, sino también en las demás naciones, parece natural que el precio del azúcar, lejos de haber bajado, debiera haber subido. Tal habría sido el resultado, si los productos no hubiesen excedido las necesidades generales; pero aquéllos se han aumentado tanto, que países que antes, o no daban, o producían poca azúcar, hoy derraman cantidades considerables en varios puntos del globo, y aunque el abatimiento del precio ha puesto este fruto al alcance de muchos que antes no podían consumirlo, el equilibrio está tan alterado, que su precio solamente se podrá volver a levantar, si acaecimientos desgraciados borrasen del catálogo de la

producción agrícola a alguno de los países que más azúcar envían a los mercados de Europa”.

Efectivamente, cuando se considera el estado presente de la elaboración de azúcar, y el aumento que todavía puede darse al cultivo de la caña en los países donde se dedican a esta planta, entonces se conocerá el fundamento que tienen para decir los revisores de Edimburgo, *que, aunque la demanda de azúcar fuese diez veces mayor que la cantidad presente, bien podría venderse sin ningún aumento material de precio.*

En cuanto al café también se comete una grave equivocación, suponiendo que su precio ha subido 1 %, cuando si se toma un término medio, apenas llegará al 50. El *Lucero* nos da la enhorabuena de haber visto cumplidas sus predicciones acerca del aumento que tendría el valor del café; pero ya mucho antes, todos lo sabíamos por los interesantísimos datos y noticias que publicaron los corredores de Londres, y esperábamos con seguridad la resurrección de este importante ramo de nuestra agricultura.

Celebramos todo lo que dicen los señores redactores con respecto al influjo de un banco en los precios; ¿pero habrá quien desconozca las ventajas de semejante establecimiento? Todos están persuadidos de ellas; y así, lo que debe hacerse, es presentar los medios de vencer las dificultades que la fundación de los bancos ha encontrado hasta ahora en los dominios españoles. Entonces sí, se hará al país un verdadero servicio, y la pluma de la *Revista Cubana* será también entonces la primera que pagará su deuda de gratitud a los autores de este trabajo.

**ANÁLISIS POR DON JOSÉ ANTONIO SACO
DE UNA OBRA SOBRE EL BRASIL, INTITULADA:
NOTICES OF BRAZIL IN 1828 AND 1829 BY REV
R. WALSH AUTHOR OF A JOURNEY FROM
CONSTANTINOPLE, ETC.
(Noticias del Brasil en 1828 y 1829 por el presbítero
R. Walsh, autor de un viaje a Constantinopla, etc.)¹**



Los dos volúmenes que componen esta obra, fueron escritos durante la residencia del autor en el Brasil, en calidad de capellán de la embajada que el gobierno británico nombró cerca de aquella corte en 1828, para ajustar las diferencias que existían entre el Brasil y Portugal, acelerando la ratificación del matrimonio, que por poder había celebrado don Miguel con su sobrina doña María de Gloria, hija del emperador don Pedro. El doctor Walsh, valiéndose de las ventajas de su posición política, se propuso recoger cuantas útiles noticias llegaran a su alcance para trasmitirlas a un amigo suyo residente en Inglaterra; y supo sacar de ellas tan buen partido, que si bien su obra no puede compararse en el plan ni en sus consecuencias a los célebres viajes de Humboldt y de Volney, todavía ha escrito un libro que es para nosotros de mucha importancia. De sentir es que, en todo el discurso de la obra no nos haya dicho ni una sola palabra acerca del cultivo de la caña, ni la elaboración del azúcar; pero en medio de este silencio, nos revela, por otra parte, noticias tan interesantes, que despertando nuestra atención, nos anuncia que Cuba tiene en el Brasil su rival más formidable. Parécenos, pues, que será aceptable a nuestros lectores el bosquejo político y económico de un país, que saliendo del abatimiento en que yacía, se ha elevado en el transcurso de pocos años al rango de un imperio poderoso, y que si el genio fatal de la discordia no destruye los elementos de su grandeza, figurará antes de mucho, entre los grandes pueblos de la tierra.

A la casualidad, madre de tantos descubrimientos, se debe también la del Brasil. Cuando Vasco de Gama regresó a Europa en 1499, creyó

1 Aquí fue donde por primera vez se trató la grave cuestión del contrabando de esclavos africanos en Cuba, y a su examen se dedicó casi la tercera parte de este artículo.

que había encontrado la suspirada navegación a la India, y Manuel, rey de Portugal, despachó al año siguiente varios buques al mando de Pedralvez Cabral, para que hiciese un tratado de comercio con el rey de Calicut. La escuadra, por huir de las calmas, hizo rumbo hacia el oeste, y hallándose a fines de abril a la latitud de 17 grados al sur, su comandante se asombró de ver ciertas plantas flotantes que eran en su concepto señales de tierra. Al anochecer del siguiente día descubrió en el horizonte una montaña elevada; y si el genio y la intrepidez de Colón no hubieran surcado el Atlántico, ocho años antes que el navegante portugués, Pedralvez Cabral guiado por la estrella de la fortuna, habría descubierto el Nuevo Mundo, y privado de sus timbres y laureles a uno de los hombres más grandes que honran la especie humana.

El 3 de mayo, día de la Santa Cruz, desembarcó Cabral en Puerto Seguro, y levantando en la playa el signo de nuestra redención, hizo celebrar una misa al pie de él. He aquí la razón por qué se llamó aquel país *Terra Nova da Vera Cruz*, Tierra Nueva de la Veracruz; y he aquí también el nombre con que solamente fue conocida de Camoens.

“co o páo vermelho nota,
Da Sancta Cruz o nome lhé poreis”.

Cam. Cant. X. V. 140.

Encontrase en aquellos bosques un árbol muy abundante, que por asemejarse al fuego en su color, se le llamó *Palo de Brasas*, y también *Fernambuco*, por haber sido de este puerto, denominado hoy Pernambuco, de donde salió para Europa en 1815 el primer cargamento de esta madera, que con el tiempo vino a dar su nombre al país que la producía, perdiéndose poco a poco el dictado de *Santa Cruz* en el de *Brasas* o *Brasil*.

Nitherohy, llamaron los naturales al puerto de Río Janeiro, descubierto por Martín Alfonso de Souza el 1° de enero de 1531; y como le tomase equivocadamente por la boca de un río caudaloso, le dio la denominación de *Janeiro*, palabra derivada de la latina *Januarius*, con alusión al mes que lo descubrió. Esto nos indica cuan erróneo es juzgar siempre de la exactitud de las cosas por sus etimologías, pues los nombres dependen muchas veces del capricho, de la ignorancia, y de otros motivos que no tienen relación con el objeto a que se aplican. Muchos años corrieron sin que este hermoso puerto hubiese llamado la atención de Portugal. Francia, deseosa de adquirir posesiones en el Sur de América, envió en 1558 a Villegagnon para que ocupase aquel punto, y habiendo cumplido este marino con las órdenes de su gobierno, se trató de convertir a Río Janeiro en asilo de los hugonotes. Vino en efecto una

colonia de protestantes; pero las persecuciones que éstos experimentaron de parte de Villegagnon, y los esfuerzos de los portugueses para arrojar a los extranjeros que usurpaban su territorio, acabaron con la nueva raza de pobladores, ahogando las esperanzas de los protestantes que pensaron introducir desde entonces la reforma en los países del Nuevo Mundo.

Fundose después de estos acontecimientos la ciudad de Río Janeiro. Sus progresos fueron lentos por muchos años; pero erigida en obispado en 1676, empezó a tomar incremento; y a principio del siglo pasado, ya tuvo riquezas capaces de excitar la codicia de algunas naciones. Francia proyectó de nuevo otra expedición en 1710, y confiándola al general Clerc, sus resultados fueron tan funestos como los de la primera. No sucedió así con el famoso corsarista Du Guay Trouin, pues aprovechándose de circunstancias favorables, atacó y tomó la ciudad, cuya posesión mantuvo hasta que fue rescatada por sus habitantes, quienes todavía recuerdan con horror aquella época calamitosa. Bahía fue la capital de Brasil hasta 1763 en que los virreyes trasladaron su residencia a Río Janeiro, y dando entonces nuevo impulso a las ventajas naturales de esta ciudad, llegó a ser la primera de toda la colonia.

“Pero la circunstancia, dice el doctor Walsh, que influyó más que ninguna otra en sus adelantamientos, fue la emigración de la familia real de la metrópoli al Brasil. Desde entonces empezó la carrera de su actual prosperidad, pues cesando de ser provincia, adquirió nombre y carácter nacional. La idea de trasladar la corte al Brasil, como asilo de un gobierno débil contra la opresión de sus vecinos más fuertes, fue concebido por el marqués de Pombal desde 1761, en cuya época se hicieron preparativos para verificarlo, pero desvanecidos los temores de la invasión, el proyecto se reservó para cuando se renovasen otras críticas circunstancias. Éstas ocurrieron en 1807, pues invadido el país por un ejército extranjero, la corte resolvió por fin abandonar la Europa”.

Como este acaecimiento ha formado una época muy señalada en la historia del Nuevo Mundo, nos detendremos a referir algunas de sus principales circunstancias.

“El bergantín *Guerra Volador*, así dice Walsh, anunció en Río Janeiro, que los franceses y españoles habían entrado en Portugal, con el objeto de apoderarse de la persona del Príncipe regente, y que éste se había embarcado en Lisboa el 29 de noviembre con toda la familia real para establecer su corte en Río Janeiro. Esta noticia se recibió allí con una mezcla extraordinaria de tristeza y alegría: de tristeza, por las calamidades que debían oprimir a la madre patria, a la que el buen pueblo brasileño aún estaba gustosamente unido, y de alegría, porque un augusto monarca de quien tenían las ideas más exaltadas y extravagantes, se dignaba visitar a su humilde país, y fijar en

él su residencia... El 17 de enero se anunció que la escuadra estaba sobre la costa; pero asaltada y dispersa por una tempestad, el único buque que llegó, fue el que traía algunas personas de la familia real. Esto acaeció la noche de la festividad del patrón S. Sebastián, en que se acostumbra iluminar la ciudad; y en conmemoración de tan feliz acontecimiento, se continuó la iluminación por tres noche más, tocándose también rogativas por la seguridad del monarca y demás personas, cuya suerte aún se ignoraba. En este estado de suspensión, los personajes reales permanecieron un mes a bordo de su buque, para no violar la etiqueta ni el respeto debidos al Príncipe regente, desembarcando primero que él, y aun hubieran estado más tiempo, si una barca de Bahía no hubiese traído la agradable noticia de que la escuadra había escapado de la tempestad, y refugiándose en aquel puerto”.

Poco habría importado a la prosperidad del Brasil la pompa y esplendor de la nueva corte, si el monarca que venía a regir sus destinos, no hubiese quebrantado las cadenas que por tantos años habían detenido la marcha de sus progresos. Apenas pisó las playas de su nuevo imperio, cuando abolió el odioso sistema colonial, abriendo por su decreto del 28 de enero de 1808, los puertos del Brasil a todas las naciones amigas; y después de haber ejecutado este gran acto de justicia y de política, se despidió de Bahía para Río Janeiro, en donde entró el 7 de marzo, en medio de los aplausos de un pueblo entusiasmado.

El segundo paso que marcó su conducta en beneficio del país, fue el decreto de 1° de abril del mismo año, por el cual se permitió a todos los brasileños, toda especie de industria, ya en grande, ya en pequeño, sin reserva ni excepción alguna ¡Que contraste entre este decreto y las disposiciones anteriores! Tanta era su dureza, que apenas se permitía al habitante del Brasil, manufacturar con algodón indígena, muy pocos artículos de tejido grosero para el uso de los esclavos.

En el mismo año se estableció también una imprenta, de cuyas ventajas había carecido el país hasta entonces. “El mayor bien, así se expresa el autor, que el buen Príncipe regente pensó hacer a su nuevo pueblo, fue el de introducir este medio de ilustrarlos acerca de sus intereses, con respecto a las artes, ciencias, agricultura, manufacturas y todos los demás beneficios que deseaba concederles. Por tanto, el día en que entró en sus 41 años, lo celebró, estableciendo una imprenta real, y publicando por la vez primera una gaceta en el Brasil. Nada puede marcar más decididamente el deplorable estado de oscuridad e ignorancia en que se hallaba este hermoso país, o los rápidos progresos que ha hecho después, que esta notable circunstancia. Casi no es posible concebir que en un país, donde ha 20 años que no se permitía ni una sola gaceta, haya hoy una ciudad en que existan, circulen y se lean nada menos que 11 periódicos.

Inmediatamente después hizo establecer una fábrica de pólvora y la historia, por segunda vez, viene a presentarnos la extraña asociación de dos cosas tan contrarias entre sí, pues que en Europa también aparecieron casi simultáneamente el arte de la imprenta y la invención de la pólvora. Fundó también una escuela de medicina, anatomía y cirugía, y un laboratorio de química: abrió una biblioteca pública con las obras de su pertenencia que trajo de Portugal: construyó un lazareto y un hermoso teatro; introdujo la vacuna no sólo en la capital, sino en varias provincias; y tomó medidas tan enérgicas como juiciosas, ya para civilizar a unas tribus de indios, ya para reprimir a otras, que feroces y caníbales como los botecudos, difundían la desolación y la muerte en las fértiles regiones de Río Dulce.

El 16 de diciembre 1815 es uno de los días que harán época memorable en los fastos del Brasil. En él apareció el decreto por el que cesando de ser provincia, fue elevado a la dignidad de reino, formando con los de Europa, la monarquía conocida bajo el nombre de *Reino Unido de Portugal, los Algarves y el Brasil*. Esta determinación fue aprobada por todos los monarcas que formaron el congreso de Viena; de manera que la condición del Brasil quedó también sancionada por los votos de una asamblea diplomática que tanto influjo ha tenido en los destinos de Europa.

Los brasileños celebraron con demostraciones de júbilo el feliz decreto que elevaba su país al rango de nación; y cuando todo parecía anunciar un porvenir halagüeño, la inestabilidad de las cosas humanas, como si se complaciera en desbaratar los proyectos mejor concertados, arrebató para siempre de entre los mortales a la reina doña María primera.

El Brasil había gozado hasta entonces de tranquilidad; mas, apareciendo ya síntomas de descontento, el 5 de marzo de 1817 estalló una insurrección en Pernambuco con el objeto de establecer una república en las provincias del Norte; pero no encontrando apoyo en la generalidad de los brasileros, sus planes fueron destruidos, y condenados a muerte los caudillos principales.

El 5 de febrero de 1818 fue el Príncipe regente aclamado primer rey del Brasil. Este modo de coronar por aclamación es uno de los usos más antiguos de los portugueses. Cuando se celebraba esta ceremonia, el candidato se ponía en pie sobre un escudo, y alzándole los soldados por encima de sus cabezas, le proclamaban monarca. De esta manera, don Alfonso Heriquez, que a principios del siglo XII gobernó a Portugal bajo el título de Príncipe, fue aclamado rey por sus soldados después de la victoria que alcanzó sobre los moros en el campo de Ourique. Tiempo ha que fue abolido el uso del escudo, pero la aclamación aún se conserva.

El último acto con que don Juan cerró su carrera en el Brasil, fue el juramento que prestó al nuevo código fundamental hecho por las Cor-

tes portuguesas; y su hijo don Pedro que ya empezaba a figurar, tomó en este suceso una parte muy distinguida.

Este personaje, no menos célebre por los acaecimientos políticos del Brasil, que por la influencia que puede tener en la suerte de Portugal, nació en Lisboa el 12 de octubre de 1798. Hijo segundo de don Juan VI y de Carlota Joaquina, hermana de Carlos IV, rey de España, llegó a ser heredero presunto de la corona de Portugal por la muerte prematura de don Antonio, su hermano primogénito. Aunque de temperamento débil, cuando niño, dio desde muy temprano señales de aquella vivacidad de carácter que le ha distinguido en varias ocasiones. Educado por el padre Antonio de Arrabida, eclesiástico instruido, recibió desde su tierna edad los sentimientos religiosos que aún se cree que conserva; pero su instrucción, según se expresa el doctor Walsh, en nada fue notable sino en que adquirió algún conocimiento del latín. Amenazada la existencia de la casa de Braganza por el poder del hombre extraordinario que subyugó la Europa, don Juan pensó enviar al Brasil a su hijo don Pedro, bajo el título de Príncipe de Beira; pero al aproximarse a la capital las tropas francesas mandadas por Junot, logró el lord Strangford, embajador inglés cerca de Lisboa, persuadir al mismo regente don Juan a que se embarcase con su familia, y buscarse un asilo en sus posesiones del Brasil. En estas circunstancias, nos representan a don Pedro, como un muchacho vivo y resuelto, que se complacía en asistir a los trabajos del buque, con una actividad y destreza mecánica, que todavía le caracterizan. En los ratos desocupados se le observaba a solas, al pie del palo mayor, leyendo en Virgilio el viaje de Eneas, cuya suerte, decía, era semejante a la suya. Diez años contaba de edad, cuando saltó en las playas del Nuevo Mundo. Púsole entonces su padre bajo el cuidado de Juan Rademack, hombre de conocimientos, y que hablaba con facilidad muchas lenguas de Europa; pero muerto repentinamente, el pupilo quedó privado de su buen preceptor; y su padre con una apatía tanto más culpable, cuanto recaía en un hijo, a quien la fortuna llamaba a ceñirse la diadema de un gran pueblo, abandonó su educación, dejándole seguir los impulsos de su naturaleza. Por fortuna desplegó mucho gusto por las artes mecánicas, y aun se conservan muestras de su precoz ingeniosidad; tales son el modelo de un buque de guerra y una excelente mesa de billar. Pero la música es el ramo a que más se dedicó desde la niñez, pues no sólo aprendió a tocar varios instrumentos, sino que compuso muchas piezas, distinguiéndose entre todas un himno patriótico, que así por los sentimientos que expresa, como por ser la letra obra suya, ha sido en el Brasil la más popular de las canciones. Ni pasaba su vida entregado a estos tranquilos entretenimientos, que también daba muchos ratos de ella a los violentos y peligrosos ejercicios de la caza y la carrera. Habiendo llegado a la edad en que los príncipes deben casarse,

y proporcionándole la paz de Europa la feliz ocasión de escoger una buena esposa, su padre pensó enlazarle con la archiduquesa Leopoldina, hija de Francisco I, emperador de Austria, y hermana de María Luisa, la mujer de Napoleón. Ajustado el matrimonio por el marqués de Marialva, embajador portugués cerca de aquella corte, se celebró por poder el 13 de mayo de 1817, y el 5 de noviembre del mismo año llegó a Río Janeiro la Princesa austriaca, menos llena de gracias que de virtudes; pero virtudes que supo conservar hasta la muerte, a pesar de la indiferencia con que su esposo la trató.

En 1820 estalló la revolución de Portugal, y produciendo una sensación profunda en el Brasil, don Pedro, que se había identificado con todas las mudanzas políticas de este país, tomó un partido decisivo en su favor. Débiles los ministros, no tenían resolución ni firmeza en sus deliberaciones; y el rey, tímido y sin un hombre que le aconsejara lo que pedían las circunstancias, se contentó con anunciar que tomaría en consideración el nuevo orden de cosas, y que enviaría a su hijo don Pedro a Lisboa para que conferenciase con las Cortes. Pero esta medida tan problemática como dilatada no pudo restablecer la calma ni la paz. Un movimiento causado por la división auxiliar portuguesa puso a la capital el 25 de mayo de 1821 al borde de un precipicio espantoso. Cuando en Pernambuco se dio el grito revolucionario, el gobierno del Brasil acudió por tropas a Portugal; y, en consecuencia, llegaron a Río Janeiro en octubre de 1817 cuatro batallones de línea, uno de infantería ligera, y una brigada de artillería. Oigamos la descripción que nos hace el autor de la obra que revisamos:

“El movimiento revolucionario de Pernambuco, había sido sofocado antes de la llegada de las tropas, y sin hacer ningún servicio al país ni al gobierno, tomaron un aire insolente de superioridad, trataron como desafectos a todos los habitantes entre quienes vivían, y se manejaron con ellos como si solamente hubiesen venido a humillarlos y oprimirlos. Exigieron que los oficiales brasileños que pasaban del grado de capitán, fuesen licenciados y reemplazados solamente por portugueses: los soldados se presentaban en las paradas, y hacían guardias, vestidos con ricos uniformes, mientras que los naturales, empleados en el mismo servicio, aparecían andrajosos, y con pedacitos de madera en la llave de los fusiles, como si se desconfiara de que llevasen pedernales. En efecto, todo anunciaba al pueblo que esta división auxiliar trataba de extinguir los sentimientos que los habitantes habían fomentado desde que el Brasil fue erigido en reino, y de reducirles otra vez al estado de insignificancia de que acababa de salir. Continuamente se oían quejas de una parte y otra, y el descontento se convirtió en enemistad declarada. Los soldados entonces se armaron en sus cuarteles, grupos tumultuarios del pueblo recorrían las calles en el mayor grado de agitación, y todo

parecía anunciar un próximo rompimiento. Los ministros consternados se retiraron al palacio de S. Cristóbal a conferenciar con el rey que se hallaba entonces allí; pero don Pedro, montando a caballo, se dirigió inmediatamente a los cuarteles, hizo deponer las armas a los soldados, recorrió las plazas y calles, arengó a la gente reunida, y logró por fin que se retirase. Después de haber llenado tan importante deber con sólo sus esfuerzos personales, se presentó en el palacio para anunciar que todo estaba tranquilo”.

Al día siguiente, las tropas auxiliares salieron de sus cuarteles, se apoderaron de la plaza del Rocío, en la que está situado el teatro, y todo por segunda vez amenazaba una explosión en la ciudad. La Cámara se reunió en el salón del teatro, y el pueblo ocupó las calles. Los brasileños y las tropas deseaban con ansia la nueva ley establecida en Portugal, y se creía que si el rey la aceptaba, todos los partidos quedarían reconciliados. Así lo manifestó el príncipe a su padre en los términos más enérgicos; y el bien intencionado monarca, que parece no deseaba sino la verdadera utilidad de sus súbditos, autorizó a su hijo para que obrase en las actuales circunstancias según tuviese por conveniente. Éste al instante corrió a caballo a la plaza del Rocío; anunció a todos que el rey estaba pronto a deferir a sus deseos; arregló las cosas de manera, que las tropas brasileñas, las auxiliares y el pueblo se reunieron y nombraron una diputación para que suplicara al rey que mudase el ministerio, y jurase el nuevo código; conferenció otra vez con su padre; eligiéronse nuevos ministros; salió al balcón del teatro; proclamó sus nombres a la faz del pueblo; le manifestó la aquiescencia del rey, y prestando el juramento en su nombre, éste le ratificó después. El pueblo y el ejército entusiasmados clamaron entonces por verle; don Pedro corrió al palacio para suplicarle que se presentase, y el tímido y sencillo monarca accedió a los deseos del público y de su hijo; pero como al ir a la plaza del Rocío, viese que algunos quitaban los caballos del coche, y se unían a él para tirarlo, e ignorase por otra parte el objeto de esta ceremonia, se alarmó sobre manera. Yo he oído decir a los que se hallaban presentes, que se puso tan pálido como la muerte, y que casi se desmayó de susto. Los horrores de la Revolución Francesa estaban delante de sus ojos, y temía correr la misma suerte que el desgraciado Luis XVI, a quien se asemejaba en irresolución y bondad.

”No así don Pedro: él mostró durante toda esta crisis un ardor y una energía que marcaron su carácter decidido e intrépido. Corrió con espada en mano de un lugar a otro, tomó el mando de las tropas, y se le cayeron muertos dos caballos entre las piernas. Cualesquiera que hubiesen sido sus sentimientos particulares, esta conducta pública fue la única que debió seguir. Entonces era imposible contrarrestar el torrente de la opinión; y así obró con mucha prudencia, dirigiéndola y hacién-

dose el ídolo del pueblo. Movimientos populares de la misma especie acaecieron también en Bahía y otras ciudades principales, y en corto tiempo el nuevo gobierno de Portugal fue reconocido con aparente entusiasmo en todo el Brasil”.

Acostumbrado don Juan a gobernar en medio del silencio de la paz y de la mansedumbre de sus súbditos, su espíritu se atribuló al contemplar las borrascas que habían de combatir la nave del Estado; y sin fuerza para dirigirla en los peligros que la amenazaban, aceptó gustoso la invitación que le hizo el Congreso de Lisboa, para que volviese al seno de su patria. Nuevas revueltas causadas por cobardes asesinos hicieron derramar la sangre brasileña en el santuario mismo de las leyes. El angustiado monarca, tan conolido de los males que pesaban sobre su país adoptivo, como incapaz de remediarlos, apresuró su partida, y dejando a su hijo de Príncipe regente con un consejo de tres ministros, y a la princesa Leopoldina de sucesora, para el caso en que aquél muriese, se hizo a la vela el 24 de mayo de 1821 acompañado de muchos nobles y opulentos, que llevaron consigo más de 50 millones de cruzados.

Nada puede, según el lenguaje del doctor Walsh, formar un contraste más fuerte que la entrada de don Juan VI en el Brasil y su partida. Recibiónle sus súbditos con el entusiasmo de respeto y amor que inspiraba la persona de su rey, y con la compasión que excita la suerte de un desterrado. Todos sus primeros actos fueron reconocidos como los dones generosos de un ser benéfico; y ciertamente que pocas naciones deberán más a sus monarcas que el Brasil a don Juan VI por los justos y saludables decretos que señalaron los primeros años de su residencia entre los brasileños. Él fue echando gradualmente los cimientos de la existencia política de que ahora gozan, y los preparó por una serie de actos que se encaminaron a mejorar y enriquecer el país; pero tan suave de carácter, como tímido e irresoluto en sus medidas, no pudo contener ni dirigir el espíritu revolucionario. Echáronse en olvido sus bondades, su capacidad mental puesta en ridículo, y sus disposiciones, desatendidas y burladas. La aureola de respeto y veneración que rodeaba a su persona, se disipó como el humo, y los tristes días que le quedaron, sólo fue para ver que sus súbditos le perseguían, y se empeñaban en detenerle como a un ladrón fugitivo.

Ausentose para siempre el rey don Juan de las playas del Nuevo Mundo; y a pocos días después de su partida se empezó a debatir la cuestión de cortar de una vez los lazos políticos que unían al Brasil con Portugal. Luego que la noticia de estos sucesos se supo en Lisboa, las Cortes expidieron dos decretos: uno, mandando organizar un gobierno provisional que redujese el Brasil al estado de provincial; y otro, ordenando que el Príncipe regente volviese cuanto antes a Portugal, para que viajase por Europa con el objeto de ilustrarse. El Príncipe aparen-

tó que estaba dispuesto cumplir estos decretos, y para dar a sus ficciones el aire de verdad, mandó preparar la fragata *Unión* para su partida. Entonces fue cuando los síntomas y movimientos parciales se hicieron tan generales, que todos los brasileños parecían animados de un mismo espíritu, y poniéndose a la cabeza los paulistas y mineros, dirigieron al Príncipe una representación, suplicándole que no saliese del país, ni consintiese en viajar a Europa, rodeado de ayos y espías. La Cámara de Río Janeiro le hizo también una representación concebida en los mismos términos; y el Príncipe respondió, que accediendo al voto general, estaba dispuesto a permanecer entre ellos. Este paso era comprometido, pues habiéndolo dado sin sondear primero el espíritu de las tropas portuguesas, se exponía a las consecuencias de una revolución militar. Efectivamente, luego que ellas supieron cual fue la conducta del Príncipe, no sólo la desaprobaban, sino que considerándose obligadas a cumplir con las órdenes de Portugal, formaron el plan de sorprenderle en el teatro, y embarcarlo inmediatamente para Europa; pero desconcertados sus proyectos, se vieron a su vez compelidas a abandonar el país, cediendo al valor y actividad que desplegó don Pedro en aquellas circunstancias.

Libre ya el Brasil de soldados portugueses, era de esperar que reinase la tranquilidad; pero las Cortes de Lisboa insistiendo en sus ideas trataron de sembrar la discordia entre los brasileños, y para mejor conseguirlo, enviaron tropas a Bahía, cuya ciudad fue ocupada por ellas en febrero de 1822. La conducta de don Pedro, así en proporcionar auxilios para repeler al enemigo exterior, como en reprimir los movimientos parciales que agitaban el país, le granjearon del pueblo el honroso título de *“Príncipe regente constitucional y defensor perpetuo del Brasil”*. Irritadas cada día más y más las Cortes de Portugal, renovaron sus decretos, mandando que don Pedro volviese a Europa perentoriamente dentro de cuatro meses, y declarando traidores a todos los comandantes militares que obedeciesen sus órdenes. Cuando él recibió estos documentos, permaneció por algún tiempo absorbido en la más profunda meditación y volviendo después en sí, prorrumió en estas palabras: *“Separación eterna o muerte”*, cuya exclamación fue repetida por todos los que le rodeaban. Arrojada ya la máscara que le cubría, no le quedaba más partido que obrar abiertamente. Así fue, que al punto convocó, a propuesta del consejo que había reunido, una asamblea general constituyente, y proclamado por el pueblo, emperador constitucional el 12 de octubre de 1822, quedó desde aquel día levantada también por la política la barrera eterna con que la naturaleza separó al Brasil de Portugal.

No vendremos aquí a discurrir acerca de las consecuencias que haya producido la conducta política de don Pedro; pero cuando la consideramos en sí misma, aparece llena de duplicidad y mala fe, e indigna de un

hijo respetuoso a un padre. Desde que éste partió para Europa, aquél mantuvo con él una correspondencia constante en que le informaba de todos los acontecimientos del Brasil. Las cartas de don Pedro fueron presentadas a las Cortes por don Juan, y como corren impresas, en algunas se encuentran pruebas evidentes de la aserción que acabamos de hacer. En la de 21 de septiembre de 1821 se lamenta con hipocresía de los embrazos de su situación, y encarecidamente le ruega que le llame a Portugal. Oigámosle. “Yo he suplicado a V.M. por todo lo que hay de sagrado en el mundo, que me exima de las penosas funciones que gravitan sobre mí, pues acabarán con mi vida. Pinturas horribles me rodean continuamente: siempre las tengo delante de mí. Ruego a V.M. me permita ir con la brevedad posible a besar su real mano, y a sentarme a los pies del trono, pues solamente deseo una tranquilidad feliz”. En otra carta de 4 de octubre del mismo año se expresa así: “Ellos desean, y dicen que desean proclamarme emperador. Yo protesto a V.M. que nunca *seré perjuro*; que nunca seré falso con V.M., y que si alguna vez cometieran esa locura, no será sino después que *me hayan destrozado* a mí y a todos los portugueses. *Yo he escrito con mi sangre* este solemne juramento; *juro ser siempre fiel a V.M., a la nación portuguesa y a la constitución*”.

Pero habiendo llegado al término de sus deseos, y rendido homenaje a la nueva ley fundamental hecha por la asamblea constituyente del Brasil, restábase tan sólo que su padre renunciase a los derechos que tenía sobre este pueblo. Es muy probable que el influjo poderoso de alguna potencia europea hubiese allanado todas las dificultades que se presentaron, pues sin emplear las armas de la guerra, ni las artes de la intriga, vemos que el padre y el hijo se dan un ósculo de paz, y reconcilian en una hora dos pueblos, que ligados por los fuertes vínculos de origen, religión, idioma y costumbres, parecen destinados a vivir en perpetua amistad. Estrecháronse estos nudos por el tratado que se hizo en agosto de 1825, y reconociendo D. Juan la independencia del Brasil, se reservó el derecho de gobernar como emperador; declaró a D. Pedro sucesor a la corona, y le exigió por vía de remuneración la cantidad de casi 9 millones de pesos.

Luego que tan felices nuevas llegan al Brasil, y se extienden por sus vastas regiones, la tranquilidad se restablece como por encanto, y soltando los disidentes de Pernambuco y Ceara las armas de las manos, se echan gustosos en los brazos de su monarca. Desde entonces, “los grandes recursos y creciente prosperidad del país, fueron tan apreciados en Europa, que sus fondos llegaron a ser una seguridad favorita para invertir capitales; y muchos espectadores emplearon en ellos su dinero, no sólo con preferencia a los otros Estados del Sur de América, sino aun al suyo propio, pues estando, por una parte, más seguros, daban, por otra, un interés más subido”.

Pero la ambición que muchas veces ciega a los hombres encargados de regir los destinos de las naciones, precipitó al Brasil en una guerra injusta, cuyas consecuencias fueron no menos contrarias a su honor nacional que a sus adelantamientos internos. La banda oriental, de la que fue y es hoy cabeza Montevideo, perteneció desde el principio al virreinato de Buenos Aires; y cuando éste fue erigido en obispado en 1620, toda la banda oriental se le agregó, de manera, que tanto en lo civil como en lo eclesiástico, dependía del gobierno de Buenos Aires. Así continuó por espacio de dos siglos, y cuando estalló la revolución en aquellos países, la banda oriental fue declarada parte integrante de ellos. El general Elío ocupaba a la sazón a Montevideo con una fuerza respetable; pero derrotado por Artigas en la batalla de las Piedras, y reunido éste con Rondeau, puso sitio a aquella ciudad. En el conflicto en que se hallaba, Elío recurrió al gobierno de Río Janeiro, y entonces fue cuando los portugueses concibieron el proyecto de incorporar en sus vastas posesiones esta parte del territorio español. Cuatro mil hombres fueron enviados por el Brasil para socorrer a Elío; pero habiendo aceptado éste proposiciones de paz, se convino en que ambas partes se retirasen y dejaran solos a los habitantes de la banda oriental. Luego que el nuevo gobernador Vigodet recibió refuerzos de España, se renovó la guerra; pero volviendo Artigas a sitiar a Montevideo, y rindiéndose las tropas que lo ocupaban, el territorio fue evacuado por segunda vez.

En estas circunstancias, los brasileños determinaron apoderarse de él, y so pretexto de que Buenos Aires había enviado emisarios a las provincias fronterizas y a las misiones de los indios para atizar la revolución, marcharon sobre Montevideo con un ejército de 10 000 hombres, entraron en la ciudad el 20 de enero de 1817, y declararon a la banda oriental parte integrante del imperio brasileño. Nunca los hijos de ella fueron adictos a los nuevos conquistadores, y la conducta que éstos siguieron en su gobierno, les fue granjeando cada día mayor número de descontentos. Fructuoso Rivera, aunque portugués, fue el primero que enarbó el estandarte de la revolución; y auxiliado por Lavalleja con 300 hombres de Buenos Aires, sitió a Montevideo, y recorrió en poco tiempo casi toda la provincia. El pueblo formó entonces un gobierno provisional, anuló el decreto por el cual la banda oriental había sido agregada al Brasil, y manifestó que su deseo era reunirse a Buenos Aires. Ya se deja conocer la satisfacción que experimentarían este país al recibir la noticia de unos acontecimientos en que sordamente había influido. El Congreso declaró a la banda oriental parte integrante de la república Argentina, pidió su restitución, y empezó a prepararse para sostener con las armas sus pretensiones, caso que no pudiesen lograrse pacíficamente. El Brasil, dispuesto a mantener su conquista, envió refuerzos, y no oyéndose ya desde entonces más voz que la de la guerra,

los dos países se vieron envueltos en todas las desgracias que ella necesariamente acarrea. Como los Estados beligerantes no tenían grandes recursos de que disponer, jamás presentaron ejércitos numerosos en los campos de batalla, ni tampoco cubrieron sus mares con escuadras formidables. Escaramuzas, marchas y contramarchas, encuentros parciales y fugas precipitadas que mancillaron las glorias del Brasil, fueron los medios que empleó su emperador para sostener la injusticia de sus proyectos.

Oprimido el país con pesadas contribuciones, derramada la sangre inocente del pueblo, y amenazada la existencia del trono, don Pedro comprometió también con naciones extranjeras las relaciones amistosas de su imperio. Con una corbeta, dos bergantines armados y algunas lanchas cañoneras declaró a principios de 1826 en estado de bloqueo riguroso una costa de 20 grados de latitud; pero la insuficiencia misma de los recursos con que contó para llevar a efecto esta medida, la hacía nula y despreciable a los ojos de las naciones que comerciaban con Buenos Aires. Así fue, que Francia, Inglaterra, y particularmente los Estados Unidos de Norteamérica, alzaron el grito contra un bloqueo que tan abiertamente violaba el derecho de gentes.

Fermentando en las provincias meridionales del Brasil cierto espíritu democrático, privado el emperador de un número considerable de las tropas con que podía continuar la guerra, a causa de la insurrección de los soldados alemanes e irlandeses acuartelados en la capital, y cansados ambos países de una lucha tan incierta, empezaron a negociar la paz. El comisionado de Buenos Aires traspasando sus facultades, celebró un tratado en que reconoció a Montevideo como parte integrante del Brasil; mas, no aprobándolo aquel gobierno, las hostilidades se renovaron; pero sin recursos para continuar la guerra, los Estados beligerantes concluyeron la paz en 1828, reservando su ratificación definitiva para cinco años después, y dejando a la banda oriental en libre facultad de constituirse por sí sola, a reserva de agregarse, si quisiese, pasados los cinco años, al Brasil o a Buenos Aires. Así terminó una guerra dictada por la ambición, sostenida por la temeridad, y fenecida bajo los auspicios más tristes para el país que la provocó. Ella, como dice muy bien el doctor Walsh, detuvo los progresos de la población y agricultura, suspendió la propagación de los conocimientos útiles, retardó la formación del carácter nacional, y distrajo la atención del pueblo de todos los proyectos útiles que estaban preparados; empobreció al país, causó una enorme deuda nacional, extrajo de la circulación todos los metales preciosos, y sustituyó una moneda de papel y cobre, de las cuales la última no corría, sino a un descuento espantoso; envolvió al gobierno en serias disputas con Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, a quienes tuvo que pagar sumas considerables por los perjuicios

que les ocasionó con el absurdo ensayo de bloquear el río de la Plata; y degradó, en fin, el carácter militar del pueblo, puesto que la sola ciudad de Bueno Aires con una población que no llega a la mitad de la de la capital del Brasil, pudo burlar todos sus esfuerzos, y hacer que un gran imperio sucumbiese a un puñado de soldados y marineros argentinos. La muerte de D. Juan acaecida el 10 de mayo de mayo de 1826 fue un suceso de mucha trascendencia para los negocios del Brasil y Portugal. La noticia oficial llegó allí el 25 de abril, y al día siguiente D. Pedro tomó el carácter de rey de Portugal; y confirmó el nombramiento de regente que su padre había hecho en la infanta Isabel. Publicó también una amnistía para la nación portuguesa, hizo una carta constitucional que su padre había prometido desde 1823, expidió 77 patentes para la creación de una cámara de pares, y después de haber sido monarca de Portugal tan sólo por seis días, abdicó el 2 de mayo a favor de su hija doña María de Gloria. Todos estos documentos fueron llevados a Europa por el caballero inglés Carlos Stuart que se hallaba entonces de embajador en Río Janeiro. “Esto, dice el doctor Walsh, dio margen a la conjetura de que la carta constitucional fue formada con intervención, y promulgada con la cooperación del ministerio inglés; pero aunque éste pudiera aprobar sus principios, no aparece que hubiese tenido en este asunto más parte que la de la cortesanía accidental del embajador cerca del Brasil, pues para que llegase con más seguridad y prontitud, la llevó a Europa en el buque de guerra que le conducía”. Las cortes de Lamego que se reunieron a mediados del siglo XII, y cuyas decisiones llegaron a ser las leyes fundamentales de la nación portuguesa, establecieron desde entonces, que siendo heredero del trono la primogénita del rey, se casara con un portugués, para que la corona no pasase a las sienes de un extranjero². Deseoso don Pedro de cumplir con este antiguo estatuto y de dar a su hermano una prueba de su aprecio, determinó enlazarle con su primogénita doña María.³ No fue éste un proyecto nuevo; antes parece que le concibió desde el nacimiento de su hija, según lo indica la carta

2 Tales son las palabras de la ley que en el rudo latín de aquellos tiempos se expresa así: *“Sit ista lex im sempiternum, quod prima filia Regis accipiat maritum de Portugalle, ut non veniat Regnum ad estraneos, et si casaverit cum Principe estraneo, non sit Regina”*. Guárdese por siempre esta ley, que la hija primera del rey reciba marido portugués, para que el reino no pase a los extraños; y si casare con príncipe extranjero, no sea reina.

3 Nació el 4 de abril de 1819, siendo su padre príncipe de Beira; y diéronla por nombre el siguiente almanaque: María de Gloria, Juana, Carlota, Leopoldina de la Cruz, Francisca Javiera de Paula, Isidora, Micaela, Gabriela, Rafaela, Gonzaga. Además de esta hija Don Pedro tiene a doña Yanuaria, que nació el 11 de marzo de 1821. Doña Paula Mariana, el 17 de febrero de 1823. Doña Francisca Carolina, el 2 de agosto de 1824. Don Pedro Alcántara, actual emperador del Brasil, el 2 de diciembre de 1825.

que con fecha 19 de junio de 1822 escribió a su padre; dice así: “Suplico a V.M. que permita venir aquí a mi querido hermano Miguel del modo que juzgue más a propósito; porque está muy querido en este país y los brasileños desean que me ayude a servir al Brasil; *y a su tiempo oportuno casará con mi linda hija María*”. Todavía dio don Pedro a su hermano otras señales de afecto. El conflicto de las opiniones que reinaban en Portugal, tenían agitada la nación; y don Pedro, así para tranquilizarla, como para dar a su hermano una nueva prueba de su estimación, le nombró regente del Reino por el decreto de 3 de julio de 1827, confiéndole todas las facultades que le pertenecían como a rey de Portugal y los Algarves. Todos saben cuál fue entonces, y cuál ha sido después la conducta de don Miguel; pero aun cuando fuese desconocida, no podríamos seguirla sin introducir un largo episodio en este artículo, y olvidarnos del Brasil.

Ni eran los negocios de Portugal los únicos que inquietaban el ánimo de don Pedro. La condición interna del Brasil iba siendo más crítica cada día, y todo se preparaba para acelerar la caída de su emperador. Sonó, en fin, para él la hora fatal, la voz terrible de la opinión le hizo descender del trono, y confiando el cetro a las débiles manos de su hijo Pedro Alcántara, poco ha que le vimos surcar los mares, y presentarse en Europa más bien como un campeón de los derechos de su hija, que como un rey destronado y aborrecido del pueblo que antes le amaba. La Europa, entretanto, espera con ansiedad el éxito de la lucha que pronto va a decidir los destinos de Portugal; y la América, con los ojos clavados en el Brasil, contempla los elementos contrarios que encierra en su seno, y teme que haciendo una violenta explosión, se vea sumergido en los horrores de una guerra civil espantosa.

Después de haber trazado rápidamente el bosquejo histórico del Brasil, tiempo es que volvamos nuestra atención a su estado civil o doméstico; y sin seguir paso a paso al autor, entresacaremos aquellos pasajes que inspiren más interés, o que tengan más analogía con el país que escribimos.

Divídese el clero del Brasil en secular y regular, y está gobernado por un arzobispo, seis obispos y dos prelados que son obispos *in partibus*. Las rentas que éstos disfrutan son tan escasas, que a no ser por los derechos que perciben en los tribunales de sus diócesis respectivas, no se podrían sostener ni aun con mediana decencia. “Aquellos, dice el doctor Walsh, a quienes he tenido el gusto de visitar, me parece que viven con mucha moderación y sencillez; y lejos de abundar en superfluidades, creo que no gozan ni aun de lo que en Inglaterra se considera necesario, para los hombres de rango”.

Si tal es la situación de los obispos, ya se infiere cuál será la de los simples sacerdotes: y ella no proviene, como se pudiera pensar, de la

escasez de los diezmos, sino de causas que nacieron al principio de la colonización del Brasil. El clero se sostenía entonces del mismo modo que en Portugal; pero siendo muy corta la población, el producto de los diezmos también lo era para llenar las atenciones de la Iglesia. Hízose, pues, un tratado entre las cortes de Roma y Portugal, cediendo aquélla todos los diezmos del Brasil, y comprometiéndose ésta por vía de compensación, a sostener el clero, señalando a cada cura 200 pesos al año. Esta cantidad reunida a los derechos parroquiales de bautismos, entierros, y matrimonios, fue bastante en aquellos tiempos para que viviesen con toda comodidad; pero aumentada la población, y encarecidas las subsistencias, el clero en general se halla hoy en la pobreza, pues que los 200 pesos apenas le alcanzan para cubrir sus necesidades.

Si volvemos la vista a lo que pasa en Cuba, observaremos, que aunque los diezmos han bajado considerablemente, el clero por fortuna no presenta una condición tan lastimosa, pues además de la congrua que tiene cada uno de sus individuos, muchos gozan de bienes patrimoniales; y aun respecto de los que se han ordenado a título de curatos, la disminución de la renta decimal ha sido en muchos casos superabundantemente compensada con el rápido incremento de la población, que ha influido en el mayor número de bautismos, matrimonios, etc. Las personas que no estén en datos, creerán que los diezmos se han aumentado; y así lo estampó erróneamente el barón de Humboldt en su *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, y para comprobarlo, inserta las tablas del producto de las rentas decimales en el obispado de La Habana durante 15 años, a saber:

	<i>Años</i>	<i>Pesos</i>
De	1789 a 1792	792 386
	1793 a 1796	1 044 005
	1797 a 1800	1 595 340
	1801 a 1804	1 864 464

Pero si el ilustre barón hubiera avanzado hacia los años posteriores, puesto que publicó su obra en 1826, entonces habría conocido su disculpable equivocación. Efectivamente, se ha observado de algunos años a esta parte, que cuanto mayores han ido siendo entre nosotros los progresos de la agricultura, tanto más se han disminuido los diezmos, y este fenómeno que, a primera vista, parece tan contradictorio, depende de causas harto sencillas. Si se recuerda que el añil, café y algodón se declararon desde 1792 exentos de este tributo por el término de diez años, que esta gracia temporal se hizo perpetua en 1804, y que en el mismo año se extendió también al azúcar; que los ingenios existentes en

aquella época fueron los únicos que entonces quedaron sujetos a su pago, pero sólo en los aumentos que tuviesen sus zafras posteriores comparadas con las del año de 4; que en 1805 se eximió al tabaco de esta contribución; que mientras algunos de los ingenios viejos han sido demolidos,⁴ otros rinden ya poco por estar sus tierras cansadas; que el precio de nuestros frutos ha sufrido una disminución considerable de algunos años a esta parte; y, finalmente, que muchos hacendados y arrendatarios se creen moralmente autorizados a negar la contribución que se les exige, entonces a nadie se ocultarán los verdaderos motivos que han traído los diezmos a tanto abatimiento. Helo aquí demostrado en la tabla siguiente, la cual manifiesta el total de la gruesa de diezmos, distribuida entre los partícipes de este obispado.

<i>Años</i>	<i>Pesos</i>	<i>Rs</i>	<i>Ns</i>	<i>Os</i>
En el de 1789	198 096	4	«	«
En 1790	198 096	4	«	«
En 1791	198 096	4	«	«
En 1792 ⁵	198 096	4	«	«
En 1793	259 456	«	«	«
En 1794	260 082	«	«	«
En 1795	261 561	«	«	«
En 1796	262 906	1	«	«
En 1797	397 835	«	7	2
En 1798	399 431	7	«	7
En 1799	401 022	«	3	3
En 1800	401 022	«	3	3
En 1801	466 143	«	7	3
En 1802	466 143	«	7	4
En 1803	466 143	«	7	4
En 1804	466 143	«	7	4
En 1805	392 030	«	1	4
En 1806	389 487	5	1	3
En 1807	377 276	«	1	3
En 1808	386 264	7	«	3
En 1809	352 458	7	4	«
En 1810	367 727	5	«	«

4 Desde el año de 1800 hasta 1824 inclusive se demolieron en el obispado de La Habana 49 ingenios.

5 El producto del cuatrienio de 1789 a 1792 ascendió a 792 386 pesos, que repartidos en los cuatro años, dan para cada uno de ellos la cantidad media anual de 198 096 pesos 4 reales.

En	1811	379 874	3	«	«
En	1812	382 429	5	«	«
		<hr/>	<hr/>	<hr/>	<hr/>
		8 327 823	5	8	3
En	1813	336 752	«	«	«
En	1814	384 816	«	4	«
En	1815	409 322	4	«	«
En	1816	429 407	5	1	«
En	1817	449 587	3	2	«
En	1818	405 208	1	6	«
En	1819	359 164	5	«	«
En	1820	341 013	3	6	«
En	1821	337 432	6	2	«
En	1822	347 074	3	6	«
En	1823	338 583	1	2	«
En	1824	357 974	1	2	«
En	1825	288 872	5	2	«
En	1826	212 400	1	4	«
En	1827	226 173	2	«	«
		<hr/>	<hr/>	<hr/>	<hr/>
		13 551 605	2	«	3

Lo mismo ha sucedido en el arzobispado de Santiago de Cuba. El último cuatrienio de 1827 a 1830 ha sido la mitad menos que el de 1819 a 1822: aquél ascendió a 39 595 pesos, y éste, a 79 010.

En el afligido estado en que se halla nuestra agricultura, ni la lengua de ningún patricio, ni la pluma de ningún escritor debe emplearse en proponer medidas que se encaminen a aumentar el enorme peso que oprime a nuestros productos coloniales; pero si los diezmos han de existir, forzoso es cimentarlos bajo de otras bases. Quizá convendría extenderlos a toda clase de fines rurales, pues de esta manera crecería en masa total; se aligeraría la contribución, reduciéndola al 2, o al 1 %, y aun a menos si posible fuese; y el clero, o mejor dicho, los párrocos tendrían con que sostenerse decentemente sin reclamar de los fieles los derechos que hoy les exigen. Pudieran también las haciendas viejas quedar exentas de todo diezmo, o pagar proporcionalmente una contribución menor que las nuevas, pues no siendo ya tan productivas, y habiendo estado sujetas por tantos años a las cargas decimales, imploran hoy la protección del gobierno.

No es numeroso el clero del Brasil. Muchos de sus miembros son ancianos, y como, según una ley que no ha mucho tiempo se publicó, nadie puede tomar órdenes sin licencia del gobierno, la cual no se con-

cede fácilmente, resulta que muchos curatos van quedando sin pastores. El obispado de Río que se compone de las cuatro provincias Río Janeiro, Espíritu Santo, Santa Catalina y Río Grande del Sur, es el que está mejor provisto de pasto espiritual, pues para una población de 800 000 personas hay casi 1 000 eclesiástico. El doctor Walsh dice, que este número es escaso; mas, nosotros le juzgamos suficiente, pues casi a cada 800 personas puede asignársele un ministro del culto. No hay ningún pueblo donde haya más religión, o por lo menos más ostentación de ella que en los Estados Unidos de Norteamérica; y, sin embargo, el clero se halla en una proporción menor. El número de sus individuos se computa en 13 000, y como la población de aquel país llega a 13 millones, resulta, que a cada 1 000 personas cabe un eclesiástico. Cooper en sus elementos de economía política, señala a cada uno de ellos, siguiendo un término medio, 1 000 pesos de renta anual; es decir, que el gasto total del clero asciende anualmente en los Estados Unidos a 13 millones de pesos. Esta suma se saca toda entera de las limosnas que voluntariamente se dan, pues no reconociendo el Estado ninguna religión preferente, se desconocen diezmos y todo género de impuestos en beneficio del culto religioso.

El clero regular del Brasil es todavía mucho más corto que el secular. Los religiosos que existen son franciscos, antiguos y reformados, capuchinos misioneros, carmelitas, y benedictinos. Estos dos últimos son los más ricos, principalmente los benedictinos, pues sólo en Río Janeiro tienen 700 casas. La fama de sus riquezas es un peligro que los amenaza; la opinión pública del país no los favorece; y así generalmente se considera como justo y necesario el aplicar sus bienes a las urgencias del Estado.

De la ilustración del clero brasileño habla Walsh con una imparcialidad que honra sus sentimientos. Si en general, sus miembros no son instruidos, no lo atribuye a causas vergonzosas, sino a falta del estímulo en la carrera eclesiástica, a la escasez de medios para ilustrarse, pues a excepción de la capital carecen de seminarios donde puedan recibir la educación que conviene a las altas funciones de su ministerio. Alejadas las personas de mérito, los candidatos que se presentan, son por lo común hombres indignos de pisar los umbrales del templo, contándose a veces en este número aun negros y mulatos, sin virtudes ni talento. Este hecho, que bajo de otras circunstancias pudiera mirarse como prueba de la sensatez de los brasileños, identificando las partes heterogéneas de su población, y afirmando para siempre las bases de su existencia política, no viene a darnos aquí sino un síntoma fatal de la postración en que ha caído la carrera santa del sacerdocio.

El abandono en que yace la educación eclesiástica, no se extiende por fortuna a la primaria y científica de las otras clases del Estado.

Todas las ciudades del Brasil tienen escuelas, y casi todas una o más clases de latinidad. En Río Janeiro apenas hay calle donde no se encuentre alguna escuela dotada en 300 pesos al año, y en que gratuitamente no se enseñe a leer, escribir y las primeras reglas de aritmética. Hay además otras muchas, en que los discípulos también aprenden de balde las gramáticas castellana y francesa, y toda la aritmética. En punto a establecimientos científicos, hay un seminario en Mariana, una universidad en San Pablo, y otra en Pernambuco, ambas de muy reciente fundación. En Río Janeiro existen instituciones literarias que ya nos daríamos el parabién de tener en nuestra Habana, donde tanto se necesitan, y donde por desgracia se han mirado con bastante indiferencia. Un habanero esclarecido,⁶ que en todos tiempos ha hecho servicios señalados al país que le dio el ser, más de tres años ha que elevó al Gobierno Supremo el plan general de estudios que se le mandó formar para la isla de Cuba; pero pendiente su ejecución de causas que no le es dado remover, aún suspiramos por el día en que se empiece a realizar. ¡Ojalá que la enumeración de las instituciones literarias del Brasil pueda encender el espíritu público de los buenos cubanos, y proporcionar a la patria las ventajas de la ilustración!

Tiene aquella capital dos seminarios eclesiásticos en que se enseñan latín, griego, francés, inglés, retórica, filosofía y teología. Una academia naval, de la que salen los alumnos al cabo de tres años para embarcarse; y otra militar, en que se dan por espacio de siete años, cursos de matemáticas, fortificación y otros ramos. Los alumnos de ambas academias son examinados anualmente, y si no quedan bien, pueden repetir los mismos estudios por otro año; pero si todavía no respondieren con lucimiento, entonces serán despedidos como incapaces. Cuando son aprobados desde el primer examen, y desean incorporarse en el ejército o en la marina, llegan a ser aspirantes, reciben una pensión mensual, y después son promovidos en el orden que corresponden. El rasgo más noble que caracteriza estas academias, es que no están exclusivamente destinadas a recibir cierta clase de individuos, sino que todos los blancos pueden entrar en ellas, y adquirir gratuitamente los conocimientos necesarios para ser útiles algún día.

La gran escuela médico-quirúrgica se halla en el hospital de la Misericordia. Anteriormente, los cirujanos eran los únicos que estudiaban en el país, pues los médicos se graduaban en Portugal en la Universidad de Coimbra. Existe en el Brasil una costumbre que también quisiéramos ver más generalizada. Mandose por un edicto particular, que las recetas se escribiesen en lengua nativa, y que la cantidad del medica-

⁶ Este gran habanero, cuyo nombre no menté cuando escribí este artículo, es el ya difunto don Francisco Arango y Parreño.

mento se expresase en letras y no en números. Nunca hemos podido encontrar razones suficientes que autoricen la práctica contraria; antes siempre nos ha parecido ridículo que se compela a los médicos a usar de un lenguaje misterioso, cuyos signos solamente pueden entender aquellos a quienes es permitido conversar con sus oráculos.

Los alumnos de la escuela médica tienen que estudiar cinco cursos de ocho o nueve meses cada uno; y no pueden matricularse, sin saber antes el francés. Esta disposición nos parece mucho más racional que la que seguimos en nuestras universidades, obligando a los jóvenes a que estudien el latín; pues sin oponernos a que se adquiriera el conocimiento de esta hermosa lengua, nadie, sin estar muy preocupado, negará que un estudiante de medicina saca incomparablemente más ventajas del francés, en cuyo idioma quizá se encuentran las mejores obras sobre esta ciencia, que no del latín, cuyo uso está ya relegado de los buenos libros de medicina. Al fin de cada curso, sufren los discípulos un examen por todos los profesores, y después de concluidos los estudios, son examinados por la facultad médica, la que si los encuentra capaces, les da, no grados, sino un diploma o licencia para que inmediatamente empiecen a ejercer su profesión. No sucedía antes así, pues era necesario obtener un permiso del médico o cirujano mayor del imperio, pagándole ciertos derechos, pero abolidos estos dos empleos, en el año de 1827 o 28, se cerró la puerta a los abusos que existían.

En 1824 se fundó en Río Janeiro una Academia de Bellas Artes, en que se enseña la pintura, escultura y arquitectura. Abrióse bajo los auspicios del emperador, y por eso se le honró con el nuevo título de *Fundador y protector de la Academia Imperial de Bellas Artes*. Aunque la instrucción es gratuita, el número de alumnos es muy corto; pero entre ellos se cuentan algunos, que prometen mucha esperanza. Imposible no es proseguir, sin volver la vista a nuestra decadente Academia de Dibujo. Decadente digo, no porque se haya apagado en su digno director el entusiasmo que por muchos años ha ardido en su pecho, ni entibiándose en los alumnos el fervor con que emprendieron un estudio tan útil como agradable. Decadente es, porque sin recursos para sostenerse, necesita de auxilios que la socorran, y libren de la muerte que la amenaza. ¿En dónde está la generosidad de los habaneros, que ven perecer a sus ojos una de las instituciones que más gloria y honor dan al suelo en que nacieron? ¿Dirá la historia algún día, que nuestros grandes y ricos hombres niegan con mezquina mano un corto donativo a la patria menesterosa? ¡Ah, no! Nosotros no podemos figurarnos que el historiador cubano esté condenado a conseguir en sus obras una relación tan vergonzosa.

A la Academia de Bellas Artes de Río Janeiro está unido el museo nacional, que contiene una colección de cuadrúpedos, aves, pescados,

conchas y minerales, con otros objetos de curiosidades europeas y americanas. Existen también en la capital cátedras de Filosofía, Botánica, Química y Mineralogía, y dos bibliotecas públicas, una situada en el convento de San Bento, y otra en un edificio público. Ésta consta de 70 000 volúmenes en todas lenguas antiguas y modernas, con estampas, cartas, mapas y manuscritos; pero se distingue particularmente por una colección de *Biblias*, la más extensa quizá que se encuentra en todo el mundo. Hállase entre ellas un ejemplar de la primera que se imprimió. Está en vitela muy hermosa, y perfectamente conservada. La impresión se hizo en la ciudad de Metz, y se concluyó en 1492. “Yo pasé, dice el autor que revisamos, mucha parte de mi tiempo en este establecimiento, y aunque tiene menos libros que algunos de los de Europa, creo que no es inferior a ninguno de ellos en punto a comodidad y a la liberalidad que lo distingue. No sólo se admite a toda clase de personas, sino que éstas son invitadas a entrar y leer. La subida se hace por una ancha escalera de piedra, decorada con hermosas pinturas del Vaticano; y la pieza de lectura es un hermoso salón de bóveda que se extiende de un extremo a otro del edificio, y que siempre está ventilado por las brisas que lo refrescan. Junto a una larga mesa, cubierta con un paño verde, y que tiene recado de escribir, como en el Museo Británico, se sienta el lector; y los bibliotecarios que se hallan en distintos puntos del salón, están prontos para darle el libro que pide. En ella se reciben todos los periódicos que se publican en la capital y en las provincias: está abierta desde las 9 de la mañana, excepto los días festivos; y yo no sé si hay algún paraje donde el calor meridiano se pueda pasar con más agrado o provecho, que en este fresco, silencioso y elegante retiro”.

¡Con cuánta envidia no leerá estos renglones un cubano aplicado! ¡Y con cuánto sentimiento no contemplará el contraste que ofrecen la biblioteca imperial de Río Janeiro y la de la Sociedad Patriótica de La Habana! Pero mientras no se haga un esfuerzo generoso para elevarla a la altura que debe tener, nos veremos reducidos a la triste suerte de desear y sufrir. “¿No es pues, así prosigue nuestro autor, no es pues, amigo mío, la cosa más injusta el acusar a los católicos de enemigos de los conocimientos? Aquí existe una noble y pública institución literaria, llena de libros de todas clases, fundada por un rígido católico monarca, atendida y manejada por eclesiásticos católicos, bajo un plan aún más liberal y menos exclusivo que todos los establecimientos de esta especie, que existen en nuestro país protestante”.

Antes que don Juan VI hubiese declarado francos a todos los puertos del Brasil por su benéfico decreto de 28 de enero de 1808, no se veían en Río Janeiro otros buques extranjeros sino los poquísimos que so pretexto de hacer viveres o de reparar averías, traficaban por contrabando. Pero los efectos saludables de aquella medida fueron tan

repentinos, que en 1809 entraron 760 portugueses y 90 extranjeros; y en 1810, 1 240 portugueses y 422 extranjeros. Ignoramos cuál fue el número de buques que llegaron a aquella capital en los cuatro años posteriores; mas, este vacío no existe desde 1815 hasta 1828 inclusive, pues el autor nos presenta datos con que llenarlo, según se ve en la tabla siguiente:

Buques extranjeros que entraron en Río Janeiro

<i>Años</i>	<i>Ingleses</i>	<i>Americanos</i>	<i>Franceses</i>	<i>Suecos</i>
1815	80	«	«	«
1816	130	«	«	9
1817	147	«	«	14
1818	160	«	«	8
1819	153	62	29	16
1820	173	73	31	12
1821	204	77	38	19
1822	190	99	37	21
1823	224	104	23	15
1824	249	159	41	30
1825	222	93	35	29
1826	156	118	37	16
1827	211	138	39	24
1828	266	151	39	14

La entrada de los buques de los Países Bajos y de otras naciones es casi igual a la de los suecos.

Cuando la noticia de la libertad del comercio brasileño llegó a la Gran Bretaña, fue tal la sensación que produjo, que muchos capitalistas, sin atender a las circunstancias del clima, ni a las necesidades del Brasil, enviaron cargamentos de cuantos efectos había en las fábricas y almacenes ingleses. “Así fue, que cuando se abrieron en las aduanas las cajas que los contenían, los brasileños quedaron asombrados a la vista de cosas tan extrañas como se les presentaron, cosas que solamente podían ser útiles para los canadienses o groelandeses, o para las regiones polares. Entre los raros artículos que se enviaron, había un surtido de calentadores de cama; y para llegar al término del absurdo, tampoco se olvidaron los patines con que los brasileños habían de divertirse sobre el hielo en un país donde nunca se ha visto ni la escarcha ni la nieve”.

Después que pasaron estos delirios del espíritu mercantil, los ingleses limitaron sus giros a los efectos que se podían introducir con utilidad; y como los manufacturados son los que forman la parte principal

del comercio de importación en el Brasil, no es extraño que, teniendo los ingleses tantas ventajas, así por la perfección de sus fábricas, como por sus relaciones políticas con aquel país, sean los que introduzcan mayor cantidad de manufacturas. Estas ascendieron en Río Janeiro, en 1828, a unos 14 millones de pesos; y de esta suma, más de 9 millones fueron de artefactos ingleses.

Hay también otros artículos que alimentan el comercio de importación. Tales son la harina, cuyo consumo anual en Río Janeiro y sus dependencias es de 80 a 90 000 barriles, procedentes casi todos de los Estados Unidos de Norteamérica: la cera de la costa de África, que se consume en gran cantidad en las iglesias: el pescado seco, que casi todo es introducido por los ingleses: el jabón, pues es el del país generalmente de tan mala calidad, que parece arcilla blanda amarilla: el cáñamo y cordelería rusos, el hierro sueco, mucho vino catalán, y algunos efectos de la India. Estos últimos solamente podían ser importados por los brasileños; pero desde 1827 quedó abolida toda restricción. El aceite de ballena, cuya introducción estaba reservada a una compañía de naturales, cesó de estar bajo las trabas del monopolio, y todas las naciones fueron convidadas a gozar de la libertad que se les concedía.

Los principales artículos de exportación consisten en café, azúcar, cueros, tabaco, algodón, cuernos e hipecacuana. El café se cosecha dos veces al año; a saber, en febrero y agosto. Los hacendados lo venden a ciertos traficantes intermedios, de quienes lo compran los comerciantes en unos sacos de 160 libras. Es tanta la probidad con que se hacen estas ventas, que jamás ha ocurrido un caso en que se haya descubierto algún engaño, y aun la aduana cobra sus derechos sin pesar el fruto.

El azúcar es de dos calidades, una de Campos en el norte, y otra de Santos en el sur. Se guarda en cajas y barriles: aquéllas son de 20 a 80 arrobas portuguesas;⁷ éstos de 6 a 8. Sentimos que no sean completos los estados que vamos a insertar; pero siendo los únicos que trae el autor, y escaseando mucho las noticias de esta especie respecto del Brasil, esperamos que no dejarán de leerse con algún interés.

Exportación de Río Janeiro

CAFÉ

<i>Años</i>	<i>Libras</i>
1818	11 874 304
1819	8 600 548
1820	14 910 240

7 La arroba portuguesa tiene 32 libras, o poco más de 14 kilogramos.

1821	16 861 892
1822	24 318 304
1823	29 599 168
1824	36 688 673
1825	29 291 664
1826	41 600 000
1828	58 871 360

AZÚCAR

	<i>Cajas de 50 arrobas</i>	<i>Ídem de 20 a 25</i>	<i>Barriles</i>
1823	24 185	«	«
1825	21 538	1 650	«
1826	19 855	1 348	«
1828	19 126	465	13 867

CUEROS

	<i>Cueros</i>
1823	273 540
1825	261 910
1826	384 178
1828	207 277

TABACO

	<i>Rollos de 75 libras</i>
1823	26 896
1825	21 165
1826	27 064
1828	24 620

ALGODÓN

	<i>Serones de 128 libras</i>
1823	8 898
1825	3 401
1826	4 449
1828	2 440

ZAFRA DE AZÚCAR EN SANTOS

	<i>Arrobas de 32 libras</i>
1824	450 000
1825	550 000
1826	600 000

EXPORTACIÓN DE AZÚCAR POR EL PUERTO DE BAHÍA

	<i>Cajas⁸</i>
1819	29 775
1820	38 688
1821	48 814
1822	35 660
1823	10 272

El medio circulante del Brasil consiste en cobre, plata, oro y papel moneda. Las cuentas se ajustan por medio de una moneda pequeña nominal, llamada *rei*, de la que un duro español contiene 800; pero cuando éste pasa por la casa de moneda y se le imprime el cuño brasileño, ya entonces vale 960 *reis*. Hubo un tiempo en que circuló en Portugal una moneda de valor tan bajo, que solamente llegaba a *rei* y medio; mas, hoy ha desaparecido casi totalmente, porque los pobres a quienes se daba la limosna, la arrojaban al Tajo. El cobre está dividido en monedas que valen 10, 20, 40 y 80 *reis*. La plata, en media *patacca*, una *patacca*, dos *pataccas*, y un *pataccan*: el valor de la media *patacca* es de 160 *reis*; el de la *patacca*, de 320; el de las dos *pataccas*, de 640; y el del *pataccan* de 960. El oro consta de una pieza que vale 4 000 *reis*; de media onza que contiene 6 400 *reis*; y de una onza que asciende a 12 800 *reis*. Cuando Walsh residía en el Brasil, eran tan escasos el oro y la plata, a pesar de estar prohibido su extracción, que el medio circulante era cobre. El papel moneda corría también; pero su circulación estaba limitada a la provincia de Río Janeiro, y andaba con tanto descrédito, que su cambio por plata, cuando ésta podía encontrarse, sufría un descuento de un 60 %; y de 25 y aun 50 % si se permutaba por cobre.

Aunque el Brasil se considera como país saludable, está, sin embargo, expuesto a ciertas enfermedades en la estación calurosa; tales son las fiebres biliosas remitentes, la disentería y la inflamación del hígado. Las viruelas, llamadas por el pueblo *vegigas*, causan a veces muchos estragos. La vacuna no se introdujo hasta el año de 1811; pero no con-

8 Las cajas de Bahía tienen 40 arrobas.

servada en su pureza, ni difundida por todo el país, la peste atacó en 1828 a las provincias de Ceara y Espíritu Santo, quedando casi despo- blados algunos distritos, y pereciendo aun muchos de los que fueron inoculados con el virus de la capital.

Pero la enfermedad más repugnante a la vista es la que causa unas inflamaciones locales, a manera de elefancia. Es muy común en Río Janeiro, y parece que es peculiar a los linfáticos: a veces empieza con un desorden en el sistema, y otras, con dolores en la parte que ha de ser afectada, seguidos de síntomas febriles. Cuando ataca alguna de las pier- nas, casi siempre se descubre primero en el tobillo interno, y se extien- de prontamente por toda la pierna y muslo hasta las glándulas inguinales, corriendo en la dirección de los vasos linfáticos, los cuales se ponen muy sensibles al tacto, y aparecen señalados por una línea roja. Hay casos en que la enfermedad empieza más arriba, y entonces se extiende a las glándulas axilares que se hinchan y supuran. Cuando la inflamación cede, deja, ya las piernas hinchadas, ya un tumor enorme en forma de hidroceles, ya una cosa y otra, cuyas tristes reliquias generalmente acom- pañan al enfermo en el resto de sus días: bien que no le dejan otra pen- sión, sino la de cargar una masa enorme de carne, que parece ser linfa coagulable, arrojada por los vasos cuando fueron excitados; pero ya iner- tes e insensibles.

Nada se exagera en decir que al paso que esta enfermedad ataca en forma de hidroceles a la décima parte de la población de Río Janeiro, es casi desconocida en las altas regiones del interior. Los corpulentos tenderos de la capital, hombres de vida sedentaria y de disposiciones indolentes, están más expuestos a ella que ninguna otra clase de la sociedad. El doc- tor Walsh refiere varios casos de tumores, pero ninguno tan extraordina- rio como el que vio en el hospital de la Misericordia. Oigámosle con sus mismas palabras. “Era un negro de casi 25 años, y sin ningún motivo o causa aparente que explicase la enfermedad. El tumor empezó a crecer, y continuó sin mucho dolor hasta llegar al suelo. Cuando el paciente se po- nía de lado, el saco que cubría el tumor; aparecía tan grande como el resto de su cuerpo; y cuando se volvía de espaldas, ocultaba sus piernas aunque las tenía enormemente hinchadas. De la cintura para abajo presentaba el espectáculo más extraordinario que puede ofrecer la naturaleza humana; pero de la cintura arriba era muscular y bien proporcionado, y de aspecto sano y alegre. Hallábase libre de otros achaques, y tan contento que siem- pre estaba cantando y danzando. De esta manera soportaba el peso de una excrecencia de más de 30 libras”.

En las alturas del Brasil padecen los habitantes con mucha frecuen- cia, una enfermedad que llaman *paperas*, y que en los Alpes se conoce bajo el nombre de *goître*, derivado del latín *guttur*, garganta. En Euro- pa se atribuye al agua de nieve que se bebe; pero esta causa no puede

producirla en el Brasil, porque las personas atacadas jamás han visto, y puede decirse que ni aun tienen idea del hielo, ni la nieve. Creen, por tanto, algunos brasileños que procede de alguna mala calidad del agua; pero otros opinan, con más fundamento, que proviene de la falta de sal, pues las personas ricas que se proveen de este artículo, no padecen la enfermedad; y aquí aun se refieren varios casos de personas curadas con sólo retirarse a las costas, y beber el agua del mar. Los naturales aplican al tumor una cataplasma de calabazas, y toman el agua que se halla sobre el polvo térreo, formado en las cuevas de las hormigas. Esta agua tiene una calidad ácida derivada de una secreción glutinosa del insecto, que parece le comunica su virtud medicinal.⁹

La historia natural del Brasil ofrece un vasto campo a las investigaciones del filósofo; pero ni el autor de los viajes que revisamos, se detiene mucho en ellas, ni aun cuando lo hiciese, nosotros dejaríamos correr la pluma libremente sobre una materia que de suyo pide un artículo. Nos limitaremos, pues, a indicar algunos de los objetos que nos parecen más dignos del conocimiento público.

Abunda en el Brasil una especie de garrapata venenosa, y los brasileños están expuestos a las peligrosas consecuencias de sus picadas. Está armada de seis garras agudas y corvas, con las cuales prende prontamente los objetos que se le acercan, y tiene un hocico compuesto de un manojito de cerdas, endentado hacia dentro, y de un aguijón con que penetra la carne de cualquier animal. Luego que introduce la cabeza en la herida que hace, las cerdas se abren en forma de triángulo, cuya base queda hacia dentro, oponiendo a su extracción una resistencia a veces insuperable. Si al tiempo de extraerle, no se le saca la cabeza, se origina una inflamación violenta que degenera en una úlcera peligrosa; y si se le deja sin tocar, se alimenta con sangre, hasta que se infla y llega a un tamaño enorme. Sucede, con frecuencia, que la mera punzada produce inflamación, y absorbido el veneno por las glándulas de los miembros, éstas se hinchan y causan dolores muy agudos. “Estos insectos horribles son, según el autor, una plaga tan mala como cualquiera de Egipto, y abundan a veces tanto, que matan rebaños de ganado. Son tan elásticos, que no se les puede reventar, tan llenos de vitalidad que no se ahogan en el agua, y tan adherentes que no se les puede arrancar de la piel”.

Diez y ocho especies de murciélagos se conocen en el Brasil, y nueve de ellos son chupadores de sangre. Los hay tan voraces, que de noche se

⁹ Las *paperas* o *goître* son muy comunes en la Saboya, en el bajo Valais, en los valles de los Alpes, y en otras partes. Hoy se cree, que esta enfermedad proviene del uso de alimentos indigestos, del agua de nieve, caliza, magnesiana, o selenitosa, y más generalmente, de las sustancias que carecen de yodo. Éste, y la pomada de hidriodato de potasa son los remedios más eficaces que hasta ahora se han empleado contra el *goître*.

pegan al dedo pulgar de la mano, o al grueso del pie, de la persona que duerme, y batiendo blandamente sus alas para impedir que despierte, le chupan la sangre, pudiendo a veces ocasionarle la muerte. Ni es el Brasil la patria exclusiva de estos vampiros: existen también en Colombia y otras partes de América; y bien sabido es el suceso de Cabeza de Vaca, que cuando en 1543 andaba explorando los orígenes del Paraguay, fue atacado una noche por uno de ellos en el dedo grueso del pie, y cuando despertó ya tenía la pierna acalambrada y fría, y la cama llena de sangre.

Existen en el Brasil algunas serpientes muy venenosas, y como remedio eficaz contra sus picadas se recomienda la flor de las especies del embeaporba, llamadas *Cecropia pellata* y *palmata*. Pero el antídoto más acreditado en aquel país contra las mordeduras de la serpiente *jacaraca*, es cierta haba (*Favila cordifolia*) que se encuentra en los bosques. Los naturales la llevan, con frecuencia, para el triste caso en que se vean obligados a usarla.

Hay una planta llamada *congonha*, que es el mate del Paraguay, y se usa generalmente en lugar del té. Crece en los lugares pantanosos, y llega a la altura del naranjo. Las hojas se secan o tuestan al fuego, y así se guardan en jarros o botellas. Los mineros del Paraguay lo toman con abundancia para neutralizar los efectos dañosos de los vapores de las minas; mas, en el Brasil no se le atribuye esta propiedad. No ha muchos años que el rey don Juan hizo introducir en Río Janeiro el té de la China con una colonia de naturales de aquel país para que lo cultivasen; mas, a pesar de que el clima y el terreno son favorables a su propagación, la planta está abandonada sin producir los resultados ventajosos que pudieran sacarse de ella.

Tiene el Brasil minas de oro, hierro y otros metales; pero dados los brasileños a la explotación del oro, jamás trataron de trabajar el hierro, que en cambio de aquel metal, recibían del extranjero. Entre los grandes beneficios que el rey don Juan dispensó al Brasil, se recordará siempre con gratitud el establecimiento de una fundición en 1818, dirigida por mineros suecos, que como expertos en estos trabajos, procuró aquel monarca atraer a sus dominios.

Se encuentran también piedras preciosas. Los diamantes se consideran como parte del tesoro público. Se trabajan en un edificio abierto, y en donde se admite a todo el mundo sin ningún reparo. Con razón dice el doctor Walsh: “me parecía extraordinario, que un establecimiento donde existen tantas y tan preciosas riquezas, estuviese tan abierto como un mercado público, se permitiese a todos entrar, y pasearse por él, coger los diamantes, y aun se les convidase a examinarlos mientras los trabajaban; y todo esto sin la menor sospecha o interrupción”. El gobierno los suele vender en bruto; pero el pueblo casi siempre prefiere

comprarlos ya pulidos, porque entonces se descubren mejor las imperfecciones que puedan tener.

Encierra también el Brasil minas de topacio, cuya calidad es la mejor que se conoce en el mundo. Los hay blancos, oscuros y azules. Éstos son muy raros y, por consiguiente, muy apreciados.

Las piedras calizas son muy escasas en el Brasil. Un alemán descubrió una cantera; pero no habiéndosele permitido beneficiarla sino bajo de gravosas condiciones, se volvió a Europa sin indicar el paraje en que la encontró.

Las noticias que nos da el autor acerca de la población del Brasil, no concuerdan con las que hemos adquirido por otros conductos. Él supone que en 1829 constaba de 3 350 000 habitantes, a saber:

Blancos	850 000
Mulatos libres	430 000
Negros libres	160 000
Esclavos	1 910 000
	<hr/>
	3 350 000

Es decir, que la población de color excede a la blanca en razón de tres a uno.

El célebre Correa de Cerra juzga que los habitantes del Brasil debieron de llegar en 1776 a 1 900 000. Según los padrones formados por los capitanes generales y gobernadores de las provincias en los años 1816, 1817 y 1818, la población ascendió a 3 617 900 almas, a saber:

Blancos	843 000
Indios de diversas tribus	259 400
Negros libres	159 500
Libres de sangre mezclada	426 000
Negros esclavos	1 728 000
Mulatos esclavos	202 000
	<hr/>
	3 617 900

Comparando este censo con el cálculo que el doctor Walsh hizo para el año de 1829, resulta a favor de aquél una diferencia de 267 900 almas; y si se atiende al aumento que ha tenido la población en estos últimos años, así por el exceso de los nacidos sobre los muertos como por la introducción de europeos y africanos, entonces aparecerá más clara la equivocación que comete. Es verdad que él omite el número de indios; pero ascendiendo éstos según los censos de 1816, 17 y 18 a 259 400,

resulta que aun cuando los rebajáramos de ellos, la población del Brasil en los años indicados habría sido de 3 358 500, que comparada con los 3 350 000 a que supone Walsh que ascendió en 1829, todavía da una diferencia de 8 500 almas; cosa que no se puede concebir en un país que, como el Brasil, ha tenido desde 1818 hasta 1829 aumentos tan considerables en su población. El barón de Humboldt confiesa que en su *Ensayo político* sobre Nueva España exageró mucho la población del Brasil; mas, piensa, que fundado en los datos que le comunicó el veneciano Adriano Balbi, sería en 1823 de 4 000 000 de habitantes. Saint Hilaire calculó la población del Brasil para el año 1820 en 4 396 132 almas; pero él mismo dice, que el número de los indios y de las personas libres está muy exagerado, al paso que el de los esclavos está disminuido.

En medio de datos tan divergentes, el observador no encuentra punto alguno donde fijarse, pues, aunque haya algunos censos y cálculos que inspiren menos desconfianza que otros, todos, sin embargo, distan de la verdad. Si en países donde la población está reconcentrada, donde el gobierno se empeña en saber exactamente su número, donde las comunicaciones son fáciles y baratas, y donde los habitantes no temen que violentas contribuciones vayan a caer sobre sus personas y bienes, se escapan muchas faltas, y se padecen errores, ¿qué no sucederá en los pueblos donde todo conspira a frustrar esta especie de investigación?

Ni se limita esta incertidumbre a la población general del Brasil, pues también se extiende a la capital. En 1648 era tan escasa que solamente se computaba en 2 500 almas. En 1811 se hizo un censo, y de él aparece que había:

Blancos	22 780
Indios	4 701
Negros y mulatos libres	9 888
Mulatos y negros esclavos	14 276
	<hr/>
	51 645

Por el patrón de 1825 se dio a Río Janeiro una población de 130 000 almas; pero este cálculo es quizá más defectuoso que el anterior, porque hallándose entonces el Brasil en guerra con Buenos Aires, los habitantes tenían interés en evadirse del servicio militar. El doctor Walsh, partiendo de datos menos falibles, computó la población para 1829 en 150 000 almas, de cuyo número, dos tercios son gentes de color. Tales son las noticias que tenemos acerca de la población del Brasil; y ya que hemos tocado esta materia importante, permítasenos detener algunos momentos en la breve historia del comercio de esclavos que aquel país, o mejor dicho, su madre patria, ha tenido con las costas africanas.

Los portugueses empezaron desde temprano a esclavizar a los naturales de aquellas regiones. El historiador Barros dice, que habiendo Dionisio Fernández armado un buque, salido en 1445 a descubrir tierras en África, y encontrado unas barcas de negros pescadores más abajo del río Senegal, les dio caza, y alcanzó una de ellas con cuatro negros, que fueron los primeros que llegaron a Portugal. Otros afirman que esta raza infeliz fue introducida en aquella nación tres años antes de este suceso. Oigamos como se expresa Bryan Edwards en el cap. 2.º, lib. 4.º, tom. 2.º de su historia de las Antillas inglesas. “Mientras los portugueses andaban explorando la costa de África en 1442 bajo los auspicios de su célebre príncipe Enrique, Antonio González que dos años antes había cogido algunos moros cerca del *Cabo Bajador*, volvió por orden de aquel príncipe a llevar a África sus prisioneros; y habiéndolos desembarcado en *Río del Oro* recibió de los moros por vía de rescate una cantidad de oro en polvo y diez negros, con los cuales regresó a Lisboa. El suceso de González, no solamente excitó la admiración, sino que estimuló la avaricia de sus paisanos, quienes en el transcurso de pocos años equiparon nada menos que 37 buques para hacer un comercio tan lucrativo. En 1481 construyeron los portugueses un fuerte en la Costa de Oro; otro, poco después, en la isla de Arguin, y otro en Loango de San Pablo en la costa de Angola; tomando por último el rey de Portugal el título de señor de Guinea”.

Si los portugueses fueron los primeros que en los tiempos modernos mancharon su memoria con el horrible comercio de carne humana, dicho sea en honor de la verdad, ellos fueron también los primeros que alzaron su voz contra él. En vano repetirá la Inglaterra el grato nombre del filántropo Wilberforce: en vano se empeñará en disputar la palma a naciones que mucho antes ciñeron su frente con ella; la historia imparcial, haciendo severa justicia, siempre la adjudicará al benemérito portugués, Manuel Ribeiro.¹⁰ Este virtuoso eclesiástico, atacando con denuedo, más bien los viles intereses de especuladores infames que las preocupaciones generales de la nación en que vivía, publicó en Lisboa en 1758 una obra intitulada *Etiopía Resgatada*; o sea, *África Redimida*. En ella pintó con vivos colores las atrocidades del comercio africano, y a fin de impedir su continuación, propuso que se castigase como crimen de piratería; pero corrieron años y más años, y no se hizo alteración alguna en materia de tan gran momento hasta el 23 de enero de 1815 en que se firmó en Viena un tratado, por el cual se prohibió a los

10 Cuando yo escribí este artículo en 1832, pocos conocimientos tenía acerca de la historia del comercio de esclavos africanos; pero habiendo profundizado después este asunto, debo decir, que ni los portugueses fueron los primeros europeos que hicieron el tráfico, ni Manuel Ribeiro el primero que alzó su voz contra él.

portugueses el comercio de esclavos en todos los puntos hacia el norte del Ecuador, reservándose para otra época su completa abolición. El 18 de julio de 1817 se celebró otro tratado con el objeto de impedir que se continuase el tráfico en los lugares ya prohibidos; y, en consecuencia, se autorizó a los buques de guerra para que pudiesen registrar a los mercantes sospechosos, y caso que encontrasen esclavos en ellos, detenerlos y enviarlos a una de las dos comisiones, que compuestas de igual número de ingleses y portugueses, debían de residir en el Brasil y en los dominios que la Gran Bretaña tiene en la costa de África.

Cuando el Brasil se separó de Portugal, el emperador de aquella nación y el rey de la Gran Bretaña renovaron los compromisos existentes para poner término al comercio de esclavos; y el 3 de noviembre de 1826 celebraron en Río Janeiro un tratado por el cual se convino que al expirar tres años contados desde el día en que se canjearan las ratificaciones, cesase enteramente el tráfico so pena de ser considerado como pirata el súbdito brasileño que lo hiciese. El Parlamento inglés confirmó este tratado el 2 de julio de 1827, y desde el 23 de marzo de 1830 quedó abolido para siempre en el Brasil un comercio que, degradando a la especie humana, ha destruido ya una de las Antillas, y puesto a otras al borde de su ruina.

Firmado que fue este tratado, los brasileños se sobresaltaron, en gran manera, al contemplar las consecuencias que recaerían sobre su país. De aquí fue, que en el corto tiempo que les quedó, emplearon capitales enormes en el comercio de esclavos; y de aquí también el crecido número de los que introdujeron últimamente. La tabla que insertamos, manifiesta el total de los importados en el puerto de Río Janeiro en el transcurso de algunos años.

<i>Años</i>	<i>Esclavos</i>
1817	18 032 ¹¹
1818	19 802
1819	«
1820	15 020
1821	24 134
1822	27 363
1823	20 349
1824	29 503
1825	26 264
1826	33 999

11 En 1817 entraron en la ciudad de Bahía 6 070 esclavos. La importación de 1806 ascendió en todo el Brasil a 38 000 africanos.

1827	29 787
1828	43 555
1829	13 459
	<hr/>
	301 267

Si en los tres primeros meses de 1829 entraron en Río Janeiro más de 13 000 esclavos, bien puede suponerse que su número en los nueve restantes del año no sólo guardaría proporción con los tres primeros, sino que se aumentaría, pues que, tocando ya este comercio a su término, es muy natural que los brasileños hubiesen redobrado sus esfuerzos para abastecer de negros todas sus heredades. Mas, aun concediendo, que en los últimos nueve meses de 1829 no hubiese entrado en Río sino un número proporcional al de los tres primeros, resultará, que el total de aquel año asciende a más de 52 000 esclavos. Esta superabundancia hizo bajar tanto los precios, que los negros se llegaron a vender muy baratos y a diez años de plazo, quedando, por consiguiente, arruinados muchos de los empresarios.

No se crea que los brasileños se limitaron a los puntos meridionales del África en que aún les estaba permitido el tráfico, sino que contraviendo a sus tratados con la Gran Bretaña, se extendieron al norte del Ecuador. El capitán inglés Arabin, que estuvo cruzando tres años sobre aquellas costas, dice que de agosto de 1826 a mayo de 1829 encontró a bordo de los buques que reconoció 3 894 negros; y que en 14 de ellos, a saber, nueve con bandera brasileña, tres con española, uno con portuguesa, y otro con francesa y holandesa, apresó 2 465 esclavos que fueron enviados como libres a Sierra Leona. De los informes presentados al Parlamento británico consta, que desde junio de 1819 hasta julio de 1828 los cruceros ingleses han apresado y dado libertad a 13 281 africanos que por término medio son 1 475 al año.

Para abolir de una vez el tráfico clandestino, desean algunos, que el mutuo acuerdo de reconocimiento concedido por los tratados a los cruceros ingleses, españoles, portugueses, holandeses y brasileños, se extienda también a los de otras naciones. Como los buques negreros solamente pueden ser apresados, cuando tienen a bordo su cargamento, resulta que permanecen anclados en la boca de los ríos, o en otros parajes, y teniendo escondidos a los negros cerca de la costa, acechan en el momento en que pueden embarcarlos y hacerse a la vela, burlando la vigilancia de los cruceros. Los interesados en impedir estos fraudes, desean también que se adopten las medidas establecidas en el artículo adicional al tratado que Inglaterra celebró con los Países Bajos en 1818. Por él se mandó, que todo buque que estuviere cruzando la costa de África dentro de un grado al oeste, y entre los 20 grados al norte y 20 al

sur de la línea, o que, anclado en alguna bahía, río, o cala tuviere las escotillas enrejadas y no cerradas, y más divisiones que las necesarias a la calidad del buque, o se encontraren en él grillos, esposas, o cadenas, tablas para una segunda cubierta, gran batería de cocina, o una cantidad de agua, harina o arroz mayor que la que puede consumir la tripulación de un buque, se considere como actualmente empleado en el comercio de esclavos, y se haga buena presa, aunque no los tenga a bordo.

Y ya que estamos tratando de una materia que tanto nos interesa, ¿no sería reparable que diésemos todo nuestro tiempo a la contemplación de los pueblos extranjeros, y que nos olvidásemos de la Isla en que vivimos? Si tal hiciéramos, nosotros mismos no podríamos perdonarnos tan culpable omisión. Rompamos pues el silencio, y trazando con mano breve la historia fatal de nuestro comercio africano, descubramos nuestra condición presente, fijemos la vista en el cercano porvenir, y conjuremos la tempestad que ya se oye tronar en nuestra zona.

Ahora importa poco saber, cuándo se introdujeron los primeros negros en la isla de Cuba, y harto probable nos parece, que los pobladores que vinieron de Santo Domingo, donde ya abundaban los africanos por aquellos tiempos, trajesen consigo algunos. Consta a lo menos, de documentos oficiales, que en 1515 ya se habían introducido en Cuba algunos negros esclavos, y que continuaron llevándose a ella, ya en virtud de las licencias que el gobierno empezó a conceder desde 1513, ya por contrabando. Otros, además, fueron importados conforme a los cuatro asientos que se ajustaron en el siglo xvi, para proveer a la América de esclavos: el primero, con unos genoveses en 1517; el segundo, con unos alemanes en 1528; el tercero, con Gaspar Peralta en 1586; y el cuarto, con Pedro Gómez Reynel en 1595.¹²

El siglo xvii puede llamarse el siglo de los asientos, pues en él se celebraron 19 con los portugueses; y Cuba fue uno de los puntos de América donde se introdujeron.

Apenas se hubo sentado Felipe V en el trono de España, cuando ya la compañía francesa de *Guinea* alcanzó el privilegio de importar negros en las colonias españolas, y durante la guerra de sucesión, Cuba recibió algunos en cambio de tabaco. Hecha la paz, este privilegio pasó a los ingleses, y la *Compañía del mar del Sud* formada al efecto, se comprometió, con exclusión absoluta de españoles y extranjeros, a introducir anualmente en las colonias hispano-americanas 4 800 negros, por el espacio de 30 años consecutivos.

12 En el bosquejo histórico que estoy trazando, he alterado gran parte de lo que escribí en 1832. Siento que los límites de este artículo no me permitan dar a este asunto la extensión que merece; pero me consuelo con la esperanza que podré hacerlo, si no soy muy desgraciado, cuando publique la *Historia de la esclavitud desde la Antigüedad hasta nuestros días*, que tengo ya casi concluida.

Según la representación que don Martín de Aróztegui hizo a la Corte contra los asientos, en 1739, la Isla contaba entonces unos 50 000 esclavos; pero debiendo de ser criollos muchos de éstos, tan precioso dato no puede servirnos para computar el número de los importados en tiempos anteriores. Fundose en 1740 la *Compañía Mercantil de la Habana*; diósele permiso para introducir algunos negros, y Arrate que escribió la historia de esta ciudad en 1761, nos dice, que el número de los importados ascendió entre grandes y pequeños a 4 986. En 1762 cayó La Habana en poder de los ingleses, y durante el año que la ocuparon, introdujeron muchos negros en la Isla.

En 1764, 65 y 66, recibió La Habana por cuenta de la Compañía 4 957 negros. Según la contrata con el marqués de Casa Enrile se introdujeron 14 132 en los seis años corridos de 1773 a 1779. Declarose entonces la guerra entre España y la Inglaterra, interrumpiose el tráfico de negros, celebrese la paz en 1783, hízose una contrata con Baker y Dawson, y de 1786 a 1789 se importaron 5 786 negros. Estas tres partidas forman la suma de 24 875 africanos, introducidos todos por el puerto de La Habana. La importación en la parte oriental de la Isla, durante los 25 años contados desde 1764 a 1789, se puede calcular, a lo menos, en 6 000 negros.

Permitiose el comercio libre de éstos en 1789, y antes de expirar el término de su concesión, fue prorrogado según Real Cédula de 22 de abril de 1804, por 12 años para los españoles y seis para los extranjeros, contados unos y otros desde el día de su publicación.

En 1814 hizo la Inglaterra sus primeras tentativas con el Gobierno español para que aboliese el tráfico de esclavos africanos; pero todo lo que entonces obtuvo, fue que se prohibiese a los españoles la introducción de negros en países extranjeros. En 1816 renovó aquella nación sus negociaciones con España; y el 23 de septiembre de 1817 se concluyó y ratificó en Madrid entre los dos gobiernos un tratado, por el cual el inglés se comprometió a pagar al español 400 000 libras esterlinas, y éste a renunciar para siempre al comercio de esclavos africanos hacia el norte del Ecuador, y a prohibirlo en todos sus dominios desde el 30 de mayo de 1820. Las 400 000 libras esterlinas no eran para el Gobierno español como muchos creen equivocadamente, sino para indemnizar a los comerciantes de los perjuicios que debía ocasionarles la cesación del tráfico africano. Los documentos oficiales de La Habana nos ofrecen un estado interesante del número de negros que por este puerto se introdujeron desde 1790 hasta principios de 1821. Es muy digno de copiarse aquí.

<i>Años</i>	<i>Negros</i>	<i>Años</i>	<i>Negros</i>
1790	2 534	1806	4 395
1791	8 498	1807	2 565
1792	8 528	1808	1 607

1793	3 777	1809	1 162
1794	4 164	1810	6 672
1795	5 832	1811	6 349
1796	5 711	1812	6 081
1797	4 552	1813	4 770
1798	2 001	1814	4 321
1799	4 949	1815	9 111
1800	4 145	1816	17 733
1801	1 659	1817	25 841
1802	13 832	1818	19 902
1803	9 671	1819	15 147
1804	8 923	1820	17 194
1805	4 999	1821	4 122

240 721

Esta tabla demuestra, que las importaciones se aumentaron extraordinariamente en los últimos cinco años, pues ascendieron a 95 817 esclavos. El número de éstos, registrados en las aduanas en 1821, es muy corto, porque solamente se compone de los cargamentos de los buques que, habiendo salido de la Isla en tiempo hábil, no pudieron rendir hasta entonces sus expediciones. Así que, para computar el número de negros introducidos clandestinamente, se debe empezar desde aquel año.¹³

Si las introducciones lícitas hechas por los puertos de Trinidad y Santiago de Cuba, los descuidos que pudieron haberse cometido en las aduanas, y las importaciones por contrabando, se computan, según piensan algunos prudentemente, en la cuarta parte de los 240 721 negros introducidos en La Habana desde 1790 hasta principios de 1821, tendremos durante este tiempo un aumento de 60 180. Formando un resumen de los datos anteriores y de otros que poseo, se puede decir, que Cuba ha recibido aproximadamente en el transcurso de tres siglos los esclavos siguientes:

Importación en toda la isla desde su colonización	
hasta 1595	12 000
De 1595 a 1740	40 000
De 1740 a 1789	46 684
Por el puerto de La Habana desde 1790 hasta	
principios de 1821	240 721

13 Aunque algunos de estos datos se hallan en las páginas 160 y 161 del tomo I, me ha sido preciso reproducirlos aquí, dándoles más exactitud.

Contrabando, omisiones de las aduanas e importación lícita por los demás puertos de la Isla desde 1790 hasta principios de 1821	60 000
Total	399 405

Si el tráfico de esclavos hubiera cesado desde que se prohibió, ya podríamos saber, si no con exactitud al menos aproximadamente, el número de los introducidos en toda la Isla; pero continuado clandestinamente, con desprecio de las leyes, con ultraje de la humanidad y con riesgo inminente de la patria, carecemos de datos fijos en que fundar nuestros cálculos.

Para el fin que nos proponemos, es necesario considerar los progresos que en épocas anteriores han tenido las clases que componen la población de la isla de Cuba.

<i>Años</i>	<i>Blancos</i>	<i>Esclavos</i>	<i>Libres de color</i>	<i>Total de color</i>	<i>Total general</i>
1775	96 440	44 333	30 847	75 180	171 620
1791	133 559	84 590	54 152	138 742	272 301
1811	274 000	212 000	114 000	326 000	600 000
1817	239 830	199 145	114 058	313 203	553 033
1825	325 000	260 000	130 000	390 000	715 000
1827	311 051	286 942	106 494	393 436	704 487

La población de los años 1775, 1791, 1817 y 1827 es la que aparece de los censos hechos en dichos años: la de 1811 es el resumen de los cálculos formados por las corporaciones de La Habana, cuando en aquel año elevaron a las Cortes una representación, sobre el tráfico y esclavitud de los negros;¹⁴ y la de 1825 es el cómputo hecho por el barón de Humboldt en vista de los censos anteriores y de otros documentos sobre la materia. No es del caso discutir la exactitud relativa de estos cálculos y padrones; pero teniendo motivos suficientes para desconfiar de éstos, damos la preferencia a aquéllos, pues que fueron formados bajo circunstancias que favorecen, sino un resultado cierto, al menos muy cercano a la verdad. A bien que no importa mucho, a nuestro propósito, el saber a punto fijo, cuál ha sido la población cubana en los años mencionados; bástanos tener una idea aproximada de su totalidad y de las oscilaciones que han experimentado las distintas clases de que se

14 El autor de esta importante representación, acompañada de documentos, fue el gran patricio cubano don Francisco Arango y Parreño.

compone. Establezcamos, pues, las proporciones en que éstas se han encontrado.

<i>Años</i>	<i>Blancos</i>	<i>Esclavos</i>	<i>Libres de color</i>	<i>Total de color</i>
1775	56 p. %	26 p. %	18 p. %	44 p. %
1791	49	31	20	51
1811	45 ½	35 ½	19	54 ½
1817	43	37	20	57
1825	46	36	18	54
1827	44	41	15	56

Por esta tabla se ve, que en 1775 la población blanca excedía en más del duplo a los esclavos, y que éstos reunidos a todos los mulatos y negros libres, todavía no igualaban a los primeros, pues que los blancos formaban un 56 %, y toda la gente de color un 44 solamente, pero ya desde 1791 aparece que los blancos perdieron su preponderancia numérica, porque no llegan sino a 49 %, y mientras que la población de color sube a 51 %: y al paso que venimos descendiendo a los últimos años, se observa dolorosamente que la gente de color ha ido ganando sobre la blanca; y ganando en tales términos que ya en 1827 los blancos y los esclavos casi se balancearon, llegando aquéllos a 44 %, y éstos a 41. No se me oculta, que este censo no contiene todo el número de nuestros blancos; ¿pero habrá quien se atreva a decir que ha inscrito en sus columnas a todos los esclavos? Las negligencias que se advierten en él son mucho mayores respecto de la población de color que de la blanca, y basta para comprobarlo fijar la vista en la partida de los negros y mulatos libres, pues suponiéndose equivocadamente que sólo forman un 15 %, ofrece un resultado mucho más bajo que el de todos los años anteriores. Aun a pesar de esto, si comparamos el total de blancos con el de la gente de color en 1827, aquél es de 44 %, y éste, de 56. En nuestro concepto, la isla de Cuba pasa hoy de 800 000 almas, y no tememos equivocarnos si aseguramos, que el número de esclavos no baja de 350 000, y el de libres de color, de 140 000; es decir, que en una población donde hay pocos más de 300 000 blancos, se cuenta casi 500 000 personas de color.

Estas indicaciones son por sí bastantes para conocer que nos hallamos gravemente enfermos, y que si no aplicamos el remedio con mano firme, la muerte puede sorprendernos en medio de la aparente felicidad de que gozamos.

Todavía nuestra situación será más comprometida, si volvemos los ojos al horizonte que nos rodea. Con ellos vemos ya el humo y el fuego que se levantan de los volcanes que han reventado; y el horrendo com-

bustible que devora las entrañas de las Antillas, amenaza una catástrofe general en el archipiélago americano. Leed, compatriotas, leed la historia del porvenir en los padrones que sometemos a vuestro examen, y después de haberlos meditado con la detención que merecen, decidnos si no oís los profundos quejidos de la patria agonizante.

Estado de la población de las Antillas inglesas en 1791

	<i>Blancos</i>	<i>Esclavos</i>
Jamaica	30 000	250 000
Barbada	16 167	62 115
Granada	1 000	23 926
San Vicente	1 450	11 853
Dominica	1 236	14 967
Antigua	2 590	37 808
Monserrate	1 300	10 000
Nieves	1 000	8 420
San Cristóbal	1 900	20 435
Las Vírgenes	1 200	9 000
Bahamas	2 000	2 241
Bermudas	5 462	4 919
	65 305	455 684

Edwards computó en 10 000 el número de libres de color de Jamaica, y en otros 10 000 el de todas las demás islas. Estas sumas agregadas a las anteriores dan para las islas inglesas un total de 540 989 almas.

Según los juiciosos cálculos de Humboldt, las Antillas inglesas tenían en 1823 el total de 776 500 almas; y comparando la población de este año con la de 1791, se obtienen los resultados siguientes:

	<i>En 1791</i>	<i>En 1823</i>
Blancos	65 305	71 350
Esclavos	455 684	626 800
Libres de color	20 000	78 350
Total	540 989	776 500

De estos estados aparece, que prescindiendo de pequeñas fracciones, había en 1791 en las Antillas inglesas, 12 % de blancos, 84 % de esclavos, y 3 % de libres de color; mas, en 1823, los blancos formaban 9 %, los

esclavos 81 %, y los libres de color 10 %. Es pues evidente, que durante las dos épocas, los blancos se han disminuido; y si bien los esclavos han bajado un poco, los libres de color han subido en una proporción muchísimo mayor.

De todas las Antillas inglesas, Jamaica es la que más nos interesa conocer: y ¿cuál es la marcha que ha seguido su población entre los períodos indicados? Veámoslo aquí.

	<i>1791</i>	<i>1823</i>
Blancos	30 000	25 000
Esclavos	250 000	342 000
Libres de color	10 000	35 000

Resulta, pues, que los blancos han disminuido una sexta parte, los esclavos aumentado numéricamente en 90 000, y los libres adquirido un incremento dos veces y media mayor.

En el estado siguiente aparece la población que tuvieron las Antillas francesas en varios años del siglo pasado.

<i>Islas</i>	<i>Años</i>	<i>Blancos</i>	<i>Libres de color</i>	<i>Esclavos</i>	<i>Total general</i>
Sto. Domingo ¹⁵	1779	32 650	7 055	249 098	
Martinica	1776	11 619	2 892	71 268	
Guadalupe	1779	13 261	1 382	85 327	
Sta. Lucía	1776	2 397	1 050	10 752	514 847
Tabago ¹⁶	1776	2 397	1 050	10 752	
Cayena	1780	1 358	«	10 539	
		63 682	13 429	437 736	

Si de esta tabla rebajamos a Santo Domingo, la población de las demás islas quedará reducida a

Blancos	31 032
Libres de color	6 374
Esclavos	188 738
	<hr/> 226 144

15 Aquí se habla de la parte francesa solamente.

16 Se supone que tiene la misma población que Santa Lucía.

Comparemos ahora la población de estas islas (excepto Santo Domingo) en los diversos años ya mencionados del siglo pasado con la de 1823, según el cálculo de Humboldt.

	<i>Años del siglo pasado</i>	<i>1823</i>
Blancos	31 032	23 000
Esclavos	188 738	178 000
Libres de color	6 374	18 000
	226 144	219 000

Esta tabla manifiesta que el total de la población ha disminuido en más de 7 000 almas; que los blancos han experimentado una baja de 8 000 personas, y los esclavos de más de 10 000; pero la de estos últimos ha sido más que compensada con el aumento de 11 626 mulatos y negros libres. De aquí resulta que la población de color ha permanecido casi estacionaria, pues habiendo llegado en varios años del siglo anterior a 195 112 almas, en 1823 fue de 196 000; pero si incluimos a Santo Domingo, entonces obtenemos un resultado espantoso. Comparemos, pues, la población de esta isla en los años de

	<i>1779</i>	<i>y</i>	<i>1823</i>
Blancos	32 650		30 000
Esclavos	249 098		«
Libres de color	7 055		790 000
	288 803		820 000

Estas sumas, reunidas a la población de las demás Antillas francesas, dan para los años ya mencionados del siglo pasado, el total de 514 847 almas, y para fines de 1823, el de 1 039 000; esto es, más del duplo: ¡pero qué duplo, gran Dios! 63 000 blancos, y 451 000 personas de color entre libres y esclavos tenían todas las Antillas francesas a fines del siglo pasado; mas, en 1829, incluyendo aun la parte española de Santo Domingo, ya esos blancos estaban reducidos a 53 000, y la gente de color elevada al terrible número de 986 000.

Si volvemos la vista a las Antillas dinamarquesas y suecas, observaremos, que, aunque su población no es tan numerosa como la de las inglesas y francesas, los blancos forman una parte muy pequeña. Nos fijaremos en el año de 1823, así porque los datos que corresponden a él

son más generales y menos falibles que los posteriores, como por reducir los cálculos a un mismo año, en todas las Antillas.

Islas dinamarquesas y suecas en 1823

Blancos	16 150
Esclavos	61 300
Libres de color	7 050
	84 500

Humboldt publicó en su *Ensayo político sobre la isla de Cuba* un resumen de la población de todo el archipiélago americano. Nosotros no podemos menos que insertarlo aquí.

DIVISIÓN	Población total	Esclavos	Libres	Blancos
		negros y algunos mulatos	de color mulatos y negros	
Antillas españolas	943 000	281 400	319 500	342 100
Haití	820 000	«	790 000	30 000
Antillas inglesas	776 500	626 800	78 350	71 350
Antillas francesas	219 000	178 000	18 000	23 000
Antillas holandesas	«	«	«	«
Dinam. y suecas	84 500	61 300	7 050	16 150
Total de Antillas	2 843 000	1147 500 (40 %)	1 212 900 (43 %)	482 600 (17 %)

Aparece, pues, que en 1823 había 40 % de esclavos, 43 de libres de color, y 17 de blancos; es decir, que para cada 17 de éstos ya teníamos 83 de color!!!

Y si tal fue entonces la población del archipiélago americano, ¿cuál no será en el porvenir? Mucho se engaña quien piensa, que por haber cesado ya el tráfico de esclavos en casi todas las Antillas, la raza africana retrocederá o quedará estacionaria. Esto tal vez sucederá en una u otra isla pequeña; pero la masa general de la población del archipiélago irá en aumento cada día. No debe juzgarse de los tiempos presentes por los pasados: entonces se cuidaba poco de los esclavos, porque los amos podían reparar sus pérdidas en un mercado abundante; pero ya que han cambiado las circunstancias, el interés, más que la humanidad, los ha obligado a tratarlos con menos rigor.

La proporción en que se hallan los sexos en muchas de las islas, contribuirá también a su conservación. De los 627 000 esclavos que con-

taban las Antillas inglesas en 1823 había 308 000 varones, y 319 000 hembras, cuyo exceso respecto de aquéllos es de $3 \frac{1}{5} \%$: y este número no se halla acumulado en dos o tres puntos, sino esparcido en todos, a excepción de Trinidad, Antigua y Demerara, donde hay más hombres que mujeres. Jamaica tenía en aquel año 170 466 esclavos varones, y 171 916 hembras, y aunque antes de la abolición del tráfico en las colonias inglesas, las pérdidas anuales llegaban en aquella isla a $2 \frac{1}{2} \%$, después de aquella época han sido nulas o casi nulas. En años anteriores se computaba el decrecimiento anual de los esclavos en algunas de las pequeñas islas británicas de 5 a 6 %; y en las Antillas francesas todavía era mayor; pero estas pérdidas, además de haber sido reparadas por el aumento de los mismos esclavos en otras islas, y por el de los libertos, cada vez irán siendo menores, ya con la suavidad del trato, ya con las reformas que piden la fuerza de las circunstancias y la ilustración del siglo. Estas consideraciones reunidas a la certeza en que estamos de que los libres de color abundan en algunas islas, y de que su número ha de aumentar, así por la tendencia de las disposiciones europeas, como por no influir en ellos las causas que disminuyen la población esclava, deben alejar de nuestro pecho una esperanza tan engañosa como funesta. Consultemos a la experiencia, y ella nos dirá, que en vez de entregarnos a delirios agradables, la población blanca ha disminuido, y la de color aumentado en algunas de las Antillas.

Poco nos importaría que la raza africana se minorase con la abolición del tráfico en algunos islotes del archipiélago: lo que sí nos importa mucho, es saber si se multiplica en nuestra vecindad, pues desgraciadamente nos hallamos casi en contacto con las islas más grandes y populosas de estos mares. Cuando en 1808 quedó cerrada la puerta para la introducción de negros en las colonias inglesas,¹⁷ Jamaica tenía en su seno 323 817 esclavos; pero este número, en vez de disminuir, ya en 1823 había subido a 342 382. Aunque ignoramos a cuanto ascendió la gente de color en 1808, podemos asegurar que se ha aumentado, pues en 1823 subió a 35 000, y hoy no baja de 40 000. Como a nuestras manos no ha llegado censo alguno en que se hable de la población de Jamaica en estos últimos años, no podemos ofrecer cantidades determinadas.

En 1789 tenía Santo Domingo, según Moreau de Saint-Mery, 452 000 esclavos: según Bryan Edwards, 480 000; y según la opinión de Prieur, emitida en la Asamblea Nacional de Francia en aquel año, 500 000. Pero

17 El Parlamento británico estuvo discutiendo este punto desde 1788 hasta el 23 de marzo de 1807. Entonces mandó que desde el 1° de mayo de aquel año no saliese de los dominios británicos ningún buque en solicitud de esclavos, y que ninguno de éstos pudiera ser introducido en las colonias inglesas, desde el 1° de mayo de 1808.

tomando un término medio, fijaremos la población esclava en 476 000 que agregada a los 30 000 blancos, y a los 24 000 mulatos y negros libres que existían entonces, dan el total de 530 000 almas en la parte francesa. Juntando a éstas los 15 000 esclavos y 110 000 personas libres de la parte española, resulta que la isla entera tenía al principio de la Revolución Francesa 655 000 almas. Hízose un censo general en 1824, y de él aparece, que no obstante la guerra desastrosa y las facciones sangrientas que por largos años despedazaron la isla, su población llegó a 935 335 habitantes,¹⁸ en cuyo número apenas se cuentan 30 000 blancos. Y si a pesar de tantas causas contrarias ha tenido un aumento tan extraordinario en el espacio de 35 años, ¿a dónde no llegará, cuando trocadas ya las circunstancias, todo parece que conspira a darle un vuelo más rápido? Inferidlo, vosotros, cubanos que mi pluma tiembla al contemplarlo.

Y como si no bastara tener en nuestras puertas 900 000 haitianos y 400 000 jamaicanos, la república de Norteamérica, el país más libre de la tierra, presentando una de las anomalías más extrañas, viene a ofrecernos también por complemento de nuestros temores una población de color casi toda reconcentrada en sus Estados meridionales, que son los más cercanos de nosotros. Un país que desde su descubrimiento hasta el día solamente ha recibido 300 000 negros de las costas africanas, cuenta ya 2 011 320 esclavos, y 339 360 libres de color: y cuando se considera la rapidez con que se propagan, nuestra ansiedad debe aumentarse, más por el influjo que podrán ejercer en los años venideros, que por la fuerza numérica que hoy tienen. Según los cálculos de Alberto Galatín, los esclavos ascendieron en 1770 a 480 000, y por los censos hechos después de la independencia norteamericana consta que la población era la siguiente:

<i>Años</i>	<i>Blancos</i>	<i>Libres de color</i>	<i>Esclavos</i>	<i>Total</i>
1790	3 172 461	59 466	697 897	3 929 827
1800	4 304 489	108 395	893 041	5 305 925
1810	5 862 004	186 446	1 191 364	7 239 814
1820	7 872 711	238 197	1 543 688	9 654 596
1830	10 537 378	319 559	2 009 043	12 866 020

De la tabla anterior aparece el aumento que han tenido en 40 años los blancos, los libres de color, y los esclavos; y la proporción relativa de estas tres clases, en cada censo, es como sigue:

¹⁸ *Revista de Edimburgo*, 1825.—Hoy dudo de la exactitud de aquel censo, pero 100 000 negros más o menos nada influyen en la verdad de las observaciones que hice.

<i>Años</i>	<i>1790</i>	<i>1800</i>	<i>1810</i>	<i>1820</i>	<i>1830</i>
Esclavos	17,8	16,4	16,4	16	15,6
Libres de color	1,5	2,1	2,1	2,5	2,5
Blancos	80,7	81,1	81	81,5	81,9

Debe advertirse, que a excepción de 30 000 negros que adquirieron los Estados Unidos en 1803 con la venta de la Luisiana, y de otros 30 000 que de 1804 a 1808 fueron introducidos en la Carolina del Sur por un permiso fatal que concedió su legislatura, todo el incremento que ha habido de 1790 a 1830, procede exclusivamente de la reproducción de los mismos esclavos.¹⁹

Hasta ahora solamente hemos considerado la fuerza numérica de la población de color que nos rodea. ¿Cuál no sería el cuadro que pudiéramos trazar, si considerásemos esta enorme masa sometida al influjo de causas políticas y morales, presentando al mundo un espectáculo desconocido en la historia de los tiempos? No lo haremos por cierto; pero seríamos reos de lesa patria, si nos olvidáramos de los esfuerzos que se están haciendo para producir un cambio social en la condición de la raza africana. Leyes filantrópicas dictadas por algunas naciones europeas; sociedades compuestas de bretones distinguidos; periódicos exclusivamente consagrados a tratar de esta materia; elocuentes debates parlamentarios cuyos ecos resuenan incesantemente en este lado del Atlántico; predicaciones, a veces imprudentes, de algunas sectas religiosas; principios políticos que con la fuerza del rayo se proclaman en ambos mundos; y recientes conmociones en varios puntos del archipiélago, todo, todo viene a despertarnos del sueño profundo en que yacemos, y a decirnos con voz solemne que salvemos a la patria. Pero si esta madre querida nos preguntara, cuáles son las medidas que tomamos para sacarla del peligro, ¿qué le responderían los que se precian de buenos hijos? El horrendo tráfico de carne humana prosigue a despecho de las leyes, y hombres que quieren usurpar el título de patriotas cuando no son más que parricidas, inundan nuestro territorio de víctimas encadenadas; y como si tanto no bastara, una apatía criminal deja vivir en nuestro seno a los africanos que redimidos del cautiverio por la política in-

19 Según el censo de 1840, la población de los Estados Unidos fue la siguiente:

Blancos	14 189 555	= 83,1 %
Libres de color	386 348	= 2,3 %
Esclavos	2 487 355	= 14,6 %
Total	17 063 353	

Siento no tener a la vista el censo de 1850; pero sé que hubo entonces 3 204 489 esclavos, y hoy su número debe pasar de 3 millones y medio.

glesa, arriban a nuestras costas. ¡Qué conducta tan contraria no siguen nuestros vecinos los norteamericanos! A pesar del vuelo prodigioso que ha tomado su país; a pesar de que su población blanca ha sido siempre cuatro quintas partes mayor que la de color, y que para balancear sus 2 millones de esclavos cuenta hoy 10 y medio de blancos; a pesar de que la importación de aquéllos está prohibida de un extremo a otro de la república,²⁰ y que es muy numerosa la inmigración de europeos; a pesar de que los pueblos limítrofes casi no tienen esclavos que puedan infundirles temor, organizan sociedades, reúnen fondos, compran terrenos en la costa de África, establecen allí colonias, fomentan la emigración de gente de color, y redoblando siempre sus esfuerzos, si no han conseguido cuanto desean, han hecho todo lo que pueden para merecer el título de amigos de la humanidad y de la patria. Y no contentos con estas medidas generales, son tantas las precauciones que toman algunos Estados, que el de la Luisiana prohibió en diciembre de 1831 aun la introducción de esclavos procedentes de otros Estados de la misma Unión Norteamericana.²¹

Ved aquí los pasos de un gran pueblo que busca su conservación, y ved aquí también el modelo que debiéramos imitar. Pero en vano os empeñáis, así nos dirán muchos, en vano acrimináis nuestra conducta: nuestras heredades necesitan de brazos; y si sólo encontramos negros, ¿a quién hemos de recurrir? Lejos de nosotros la intención de ofender a una clase tan digna de consideración y respeto, y entre cuyos miembros se hallan algunos a quienes tenemos el honor de dar el dulce nombre de amigos. Indulgentes en muchos casos, nunca lo somos tanto como en las actuales circunstancias. Las ideas y los ejemplos recibidos desde la infancia, justifican en muchos la conducta que siguen; y la utilidad inmediata, y el remoto peligro autorizan en otros lo que no quisiéramos se practicara. Salvando, pues, la intención de los hacendados, nuestras funciones se reducen a decir que es forzoso adoptar otro partido, pues en la marcha que llevan los negocios políticos, el comercio ilícito de esclavos no puede continuar por largo tiempo. Todos saben los esfuerzos que por interés y humanidad ha hecho y hace la Inglaterra para llevar sus tratados a efectivo cumplimiento. Ya no es ella sola la encargada de trabajar en la abolición del tráfico, pues la Francia se empeña también en extin-

20 Virginia, siendo ya Estado independiente, prohibió el comercio de esclavos africanos desde 1778. Los Estados de Pensylvania, Connecticut, Rhode Island y Massachusetts, lo abolieron también en 1780, 1787 y 1788. El congreso llamado antes, *Americano Continental*, y el tercero de los Estados Unidos (cuyo nombre se dio a esta asamblea por la Constitución federal), prohibió desde el siglo pasado el tráfico de esclavos.

21 De cuando escribí este artículo a hoy, la opinión, lejos de haber avanzado en los Estados del Sur, ha retrocedido tanto, que se trata de restablecer el abolido tráfico de esclavos negros.

guirlo. Los Estados Unidos se presentarán antes de mucho en la palestra a vindicar los derechos de la humanidad, y en consorcio de aquellas naciones, dictarán medidas fuertes, y perseguirán con rigor a los piratas negreros. ¿Cuál de ellos podrá escapar entonces a la vigilancia de enemigos tan activos y tan poderosos? Y dado que algunos puedan, ¿cuál será el precio del fruto de su piratería? Es innegable, que siendo entonces muy corto el número de negros introducidos, y muy arriesgada su importación, el valor de ellos será muy alto; de manera que cesarán los motivos que hoy impelen a los hacendados a usar de brazos comprados. Aconséjanos, pues, nuestro bien entendido interés, que tratemos desde ahora de suplir de otro modo a nuestras necesidades, porque si continuamos como hasta aquí, nos exponemos a una paralización repentina, cuyas consecuencias podrán ser funestas. Si los sexos estuvieran balanceados en los esclavos de los campos, y el tratamiento se mejorara, a esto podría fiarse no sólo la conservación, sino aun el aumento de brazos en nuestras fincas; pero siendo tan desigual el número entre varones y hembras, no debemos entregarnos a tan lisonjera esperanza. Mucho lograremos, sin embargo, renunciando a ciertas prácticas del día, y estableciendo un sistema más compatible con los buenos principios que deben regirnos.

¿Y no convendría que fuésemos haciendo algunos ensayos para ver la diferencia que hay entre el cultivo de la caña por esclavos, y los métodos que podamos adoptar en adelante? Porque en este punto no hay más obstáculo que el interés; y si nuestros hacendados se pudieran convencer de que sin esclavos sacarían mayores o iguales ventajas, no cabe duda en que voluntariamente abrazarían cualquier partido que se les presentase. Desearíamos, pues, que algunos dueños de ingenio destinasen uno, dos, o más cañaverales, que desde la preparación del terreno para sembrar la semilla hasta el envase del azúcar producido por ellos, corriesen a cargo de hombres asalariados, y tomando en cuenta el tiempo que se emplea, la inversión e interés de los capitales, y todos los demás elementos que entran en cálculos de esta especie, se formara entre los dos métodos un paralelo, que ora adverso, ora favorable, nos diera resultados ciertos. Pero ¿quién querrá aventurarse a perder parte de su cosecha con experimentos, que si son felices, redundarían también en beneficio de otros, y si perjudiciales, recaerían solamente sobre el hacendado que los hiciese? Para salvar estos inconvenientes, fórmese un fondo por las corporaciones o por los buenos patricios, y confiando su inversión a manos puras, sáquense de él todos los gastos que puedan redundar en quebranto de los hacendados que se dediquen a este género de ensayos.

Y sin necesidad de pagar jornales, ¿no podría también repartirse todo o parte del terreno de los ingenios entre hombres libres, que com-

prometiéndose a cultivar la caña, se diese a cada uno cierta cantidad del azúcar producido? Este método se sigue en algunas partes del Asia, y nos parece preferible al de salarios, pues dividida la tierra en pequeñas suertes, el cultivo será más perfecto; si el año es malo, ahorrará el hacendado los jornales que de otra manera pagaría; y el agricultor, identificado en interés con el dueño de la heredad, se empeñará en aumentar el rendimiento de la caña que cultiva. Si todos nuestros hacendados se pudieran penetrar de la importancia de esas ideas, entonces los veríamos dedicados a promover la introducción de hombres blancos, y a impedir la de africanos; y formando juntas, reuniendo fondos, y trabajando con calor en un objeto tan eminentemente patriótico, removerían los obstáculos que se oponen a la colonización de extranjeros, y convidarían a éstos con la garantía de las leyes y la protección del país.

Mas, no faltará quien diga que los métodos propuestos son teorías impracticables. A los que así piensen, responderemos, que son ensayos muy fáciles de realizar; que de ellos resultarán grandes ventajas y no perjuicios, pues que si los hay, serán reparados con el fondo que al efecto se formará; y que si ahora no los practicamos voluntariamente, día podrá venir en que, o los hagamos a la fuerza, o nos veamos en la terrible necesidad de abandonar el cultivo de la caña. El marino, que navegando en un mar proceloso, se prepara para conjurar la tempestad, raras veces perece en ella; pero el que improviso se entrega a la fuerza de los elementos, casi siempre es víctima de las olas enfurecidas.

¡Qué imprudentes habéis sido, así gritarán muchos, qué imprudentes, en haber tomado la pluma para escribir sobre un asunto que siempre debe estar sepultado en el más profundo silencio! Ved aquí la acusación que generalmente se hace a todo el que se atreve a tocar esta materia. Por desgracia se ha formado entre nosotros una opinión funesta que llamaremos de *silencio*. Todos sienten los males, todos conocen los peligros, todos quieren evitarlos; pero si alguno trata de aplicarles el remedio, mil gritos confusos se lanzan a un tiempo, y no se oye otra voz que la de *callad, callad*. Tal conducta se parece a la de ciertas personas tímidas, que atacadas de una enfermedad, la ocultan y corren a la muerte, por no oír de la boca de los médicos la relación de sus males, ni el medio de curarlos. Cuando tenemos a la vista un precipicio espantoso, y nos paramos en la carrera para retroceder del abismo que nos va a tragar; ¿quiénes son los imprudentes? ¿Aquellos que levantan la voz para advertir el peligro, o los que tímidos y *silenciosos* ven correr un pueblo a su ruina? Si nuestros males fueran incurables, entonces no despegaríamos nuestros labios, pues privaríamos a muchos del consuelo de tener una muerte tranquila; pero cuando el enfermo, a pesar de su gravedad, tiene un temperamento vigoroso, y a merced de remedios fáciles de aplicar, puede sacudir sus dolencias, crimen y crimen imperdonable

sería en nosotros permanecer espectadores tranquilos. Digan de nosotros lo que quieran los egoístas; censúrennos los que se precian de discretos; acúsennos los parricidas: nada, nada de eso nos importa. Nosotros cedemos a consideraciones de un linaje muy elevado; y honrando la noble misión de escritores, no nos cansaremos de repetir, que *salvemos a la patria, salvemos a la patria*.

Doce años después de publicado en La Habana el artículo anterior, imprimí otro en París, que por el íntimo enlace que tiene con él, lo inserto a continuación, y cuyo título es el siguiente.

**LA SUPRESIÓN DEL TRÁFICO DE ESCLAVOS
AFRICANOS EN LA ISLA DE CUBA, EXAMINADA
CON RELACIÓN A SU AGRICULTURA
Y A SU SEGURIDAD, POR DON JOSÉ ANTONIO SACO¹**



Advertencias

I

En 1837 publiqué en Madrid una Memoria intitulada *Mi primera pregunta*, con el objeto de probar que la abolición del comercio de negros no podía arruinar, ni atrasar la agricultura de la isla de Cuba. Accediendo gustoso a los deseos de un amigo, e ilustrado compatriota,² que juzga oportuna su reimpresión, la he examinado de nuevo, y después de quitarle y añadirle lo que me ha parecido conforme a las actuales circunstancias, he formado el papel que ahora doy a la prensa.

II

Bajo tres aspectos principales se puede considerar la abolición del tráfico de negros en Cuba: agrícola o material, moral, y político. En cuanto a éste, sin examinarle de lleno, me contentaré con hacer aquellas reflexiones que basten para despertar la atención de España y de su gobierno sobre los peligros que amenazan a Cuba. Acerca del moral, guardaré un profundo silencio: he preferido combatir el interés con el interés, pues siendo esta arma la que más hiere el corazón, el triunfo es más seguro.

-
- 1 En honor de la justicia y la verdad debo decir, que este papel circuló libremente en Cuba, con expreso consentimiento del capitán general don Leopoldo O'Donnell.
 - 2 Este amigo y compatriota fue don Domingo del Monte, quien tuvo la generosidad de costear la impresión de ese papel.

III

Todos saben que, en punto a esclavos, hay *dos* especies de *abolición*: una del *tráfico* con la costa de África, y otra de la misma *esclavitud*. Aunque ambas tienen relación entre sí, jamás deben confundirse, y bien puede la primera tratarse, y aun lo que es más, realizarse, con absoluta independencia de la segunda. Aquélla empezó a debatirse en el Parlamento británico desde 1788, y largos años corrieron sin que se agitase la segunda. Dinamarca y los Estados Unidos de Norteamérica condenaron el comercio africano desde los fines del pasado siglo, y en la centuria que corre, condenáronle también Francia, Suecia, Holanda, y el Brasil. Esto no obstante, esas naciones se hallan todavía en plena posesión de sus esclavos. Pero esta distinción, tan marcada por la historia contemporánea, no basta siempre en Cuba para poner a cubierto de los tiros de la calumnia, al hombre honrado, al patriota puro, que levanta la voz para advertir los peligros que amenazan a la patria. El criminal interés de unos, aprovechándose de la credulidad de otros, confunde e identifica las dos cuestiones; y no pudiendo defender el tráfico de negros, porque los tratados y las leyes lo prohíben, y la ilustración del siglo lo resiste, hacen aparecer a quien lo ataca como *abolucionista de la esclavitud cubana*, como *conspirador sanguinario*, que empezando por dar de un golpe la libertad a todos los esclavos acabará por degollar a los blancos de su propia raza, y proclamar la independencia. La mano que ahora traza estos renglones, escribió en La Habana en 1832 un artículo³ en que probó la necesidad de dar fin a tan degradante y peligroso comercio. Pocos fueron los que entonces supieron leerlo con imparcialidad. La opinión del país, dolorosamente extraviada, alzó el grito contra su autor; vióse éste calumniado y perseguido; maquinose la venganza, buscáronse pretextos con que cohonestarla, y en castigo de sus sanas intenciones recibió al fin los honores de la expatriación. Pero el tiempo y la verdad, más poderosos que el hombre y la mentira, se encargaron de su desagravio; y hoy, corporaciones e individuos, cubanos y europeos, todos, con muy raras excepciones, todos desean lo mismo que pidió, 12 años ha, el proscrito autor del artículo de la *Revista*. Mas, a pesar de estos deseos generales; a pesar de las voces que recabo de San Antonio; a pesar de la saludable tendencia de este papel, y de la templanza con que le he escrito, tales son las circunstancias de Cuba, y tanto puede ser el rencor de algún contrabandista negrero, que nada tendría de extraño, que comprando éste un vil denunciante o dos testigos falsos,

3 Publicose en el número 7 de la *Revista Bimestre Cubana*. Éste es el artículo que en esta *Colección* precede al presente.

sorprendiese algún tribunal, y me formasen causa por *conspirador abolicionista*.⁴

IV

Aunque el fin principal de este papel es ilustrar la opinión en España, me alegraría que también circulase en Cuba entre la clase respetable de los hacendados; pero quisiera que esta circulación no fuese furtiva, sino consentida por la autoridad. Y debo esperar que lo será, porque su prohibición sólo podría recaer, o sobre la naturaleza del asunto, o sobre el modo de tratarlo. La naturaleza del asunto, lejos de merecer censura, es digna de todo elogio. Pues que: cuando el Gobierno español ha condenado el tráfico de esclavos por dos tratados solemnes con Inglaterra, uno en 1817, y otro en 1835; cuando el mismo anatema ha lanzado en varias leyes y reales órdenes, publicadas algunas en Cuba desde 1818; cuando en sus respectivas notas al gabinete británico ha protestado a la faz de Europa contra la continuación de esa maldad; cuando, en fin, por el mundo andan impresas las reiteradas circulares, en que a los gobernadores de Ultramar recomienda el puntual cumplimiento de los tratados, y las leyes contra el tráfico de esclavos; ¿cómo se podrá impedir la circulación de un papel que envuelve a un tiempo la defensa de los principios proclamados por el gobierno, y el laudable deseo de salvar la más preciosa de las colonias españolas? Tal prohibición, pues, ya no podría recaer sino sobre el modo de tratar asunto tan importante; pero acerca de esto, cuanto tengo que observar es, que delante tienen el papel, que lo lean, y después me digan si es posible escribirlo con más imparcialidad, ni con más moderación.

V

Época es la presente de regeneración para España, y ¿cuál puede ser más propicia para que Cuba también se regenere, dando fin a un comercio que mancha nuestro carácter, y conduce nuestra Antilla a una situación que nos puede ser muy funesta? Ruego, pues, a todos los periodistas nacionales, de cualquier opinión política que sean, que den treguas por un momento a sus disputas de partido; que se ocupen en este asunto con un interés verdaderamente español, y que abriéndole francamente las columnas de sus periódicos, suplan y enmienden con sus luces las faltas y los errores en que yo pueda haber incurrido. De este modo harán a la patria un servicio señalado, y a mi persona un favor que siempre agradeceré.

París, y diciembre 23 de 1844.

4 Cuando escribí esta frase en 1844, gemían bajo el peso de la acusación más infame algunos distinguidos cubanos; pero la calumnia era tan patente que el tribunal militar proclamó su inocencia.

LA SUPRESIÓN, ETC.



Al ver que prohibida la importación de esclavos negros de África en todos los dominios españoles desde el 30 de mayo de 1820, ha continuado en la isla de Cuba sin interrupción, forzoso es admitir que algún gran interés la ha sostenido en el transcurso de tantos años. Pero ¿cuál puede ser este interés? ¿Será el de la agricultura? ¿Será el de la seguridad de aquella Isla? Yo probaré en la primera parte de este papel⁵ que la agricultura cubana no necesita del comercio de negros esclavos, y en la segunda, que su continuación, lejos de afianzar la seguridad de Cuba, la hace correr grandes peligros.

PARTE PRIMERA. LA ABOLICIÓN DEL TRÁFICO DE NEGROS NO PUEDE ARRUINAR NI ATRASAR LA AGRICULTURA CUBANA

Caña de azúcar, tabaco y café son los ramos principales que hoy la constituyen. Harto fácil y sencillo es el cultivo de las dos últimas plantas, y en ellas no me detendré, puesto que en Cuba todos saben y confiesan, que bien pueden conservarse y extenderse sin el auxilio de negros. Mas, no sucede así con respecto al azúcar. Propietarios honrados, aunque por fortuna en corto número, piensan todavía como pensaron sus mayores; y apegados al funesto sistema que durante tres siglos ha dominado en las Antillas, creen que la última hora del tráfico africano será también la de la existencia de sus ingenios. Estos hombres, por lo mismo que son de buena fe, merecen todo mi respeto; y de su justicia espero que, no porque tengamos ideas diferentes, consideren las mías como contrarias a sus intereses o a la felicidad positiva del país.

Cuando subo a las fuentes de donde se ha derivado tan fatal preocupación, descubro que son tres los errores que han influido en el extravío de la opinión: 1º calidad del trabajo en los ingenios, por sí tan duro, que

⁵ Este papel fue traducido en francés por los redactores de la *Revue Coloniale* de París, e inserto en ella íntegramente en 1845.

sólo pueden resistirlo los esclavos africanos; 2° que éstos son los solos, que destinados a esas tareas pueden soportar el clima de Cuba; 3° que en esta Isla son muy caros los jornales. Examinemos detenidamente cada uno de estos puntos.

1° DUREZA DEL TRABAJO EN LOS INGENIOS

Este trabajo debe dividirse en dos partes: *agrícola*, o sea, el cultivo de la caña; y *fabril*, que consiste en el conjunto de las operaciones necesarias para la elaboración del azúcar. La primera es un trabajo igual a muchos, y aún más fácil que otros de los cultivos en que se ocupa la gente blanca en Cuba: y el hecho más victorioso que se puede alegar es, que no solamente hubo desde los tiempos pasados, sino que también hay hoy muchos labradores blancos, dedicados a sembrar, cortar y vender esa misma caña para el consumo abundante que de ella se hace en todos los pueblos de la Isla, donde se come como otros vegetales. De manera que, en cuanto, a la primera parte, lejos de haber imposibilidad o dificultad, existe una prueba en contrario. Respecto de la segunda, ninguno que conozca el arte de la fabricación del azúcar, se atreverá a decir que es tan penoso como se le supone; pues la decantada dureza de sus operaciones más bien procede del abuso que algunos hacen, recargando demasiado a los esclavos, que de su difícil naturaleza. ¿Habrán quien pueda negar, que las herrerías, la construcción de caminos, puentes y canales, la preparación de ciertos productos químicos, la explotación de las minas, etc., son trabajos mucho más recios que la elaboración del azúcar? Y si todo esto se hace en todos los países, incluso la isla de Cuba, por hombres blancos, ¿por qué también no han de poder éstos ocuparse en las fáciles y sencillas tareas de un *ingenio*? Y tanto más fáciles y sencillas, cuanto la introducción de nuevos instrumentos y máquinas, y los progresos que se van haciendo en la fabricación del azúcar, simplificarán más y más cada día un arte que de suyo no es penoso.

Ni es esto la única ventaja que tiene a su favor. Hállase también exento de los peligros y enfermedades que regularmente acompañan a otros trabajos, pues ni la influencia nociva de la humedad, ni los rigores de la intemperie, ni el contacto fatal de sustancias venenosas, ni la acción mortífera de gases y vapores que atacan la máquina animal, jamás comprometen la vida, ni quebrantan la salud de los fabricantes de azúcar.

Yo no puedo omitir aquí una reflexión importante. El hábito del trabajo, adquirido desde la infancia, es un elemento que nunca debe olvidarse al calcular el éxito de las operaciones industriales. No es del caso entrar en la cuestión de si la fortaleza física del negro africano es mayor o menor que la del hombre de otros países; pero, por más robusto y bien constituido que a aquél se suponga, preciso es confesar que carece de la

práctica del trabajo, de aquel trabajo pacífico, fruto exclusivo de la civilización. Verdad es que el africano, a la manera de otros salvajes, sabe correr y saltar, y vencer también en los combates a sus semejantes y a las fieras; pero, cuando cesan los gritos del hambre, y se calma el furor de sus pasiones, entonces se entrega a la más profunda y estúpida indolencia. Y si tal es la mísera condición en que yace, ¿podrán sus esfuerzos industriales entrar en paralelo con los del hombre acostumbrado desde sus primeros años a las fatigas del trabajo, y cuando le estimula a vencerlas, ya el interés personal, ya otros incentivos poderosos, que no tienen influencia alguna en el abatido africano? El largo aprendizaje que éstos tienen que hacer después de su arribo al Nuevo Mundo, y la desesperación en que muchos caen, arrancándose la vida, son pruebas incontestables de esta dolorosa verdad.

Si vuelvo la vista a otros países donde también se hace azúcar, encuentro muchos ejemplos que ilustran esta materia. Sin esclavos africanos se elabora en varias partes del Asia, y no en corta, sino en grande cantidad. Las posesiones inglesas de la India exportan anualmente para la Gran Bretaña millones de arrobas.⁶ La isla de Java, que cuando los holandeses acabaron de conquistarla en 1831, casi nada producía, diez años después llegó a exportar 1 138 000 quintales; o sea, 56 millones de kilogramos. El mismo impulso se prepara bajo la administración holandesa en las Molucas, Célebes y Sumatra.⁷ La exportación de Manila en 1843 ascendió a 356 141 pecules.⁸

Si del Asia pasamos a Europa, vemos que sin esclavos africanos también se extrae de la remolacha, y con más trabajo que de la caña. Prusia tiene como 100 fábricas. Según las memorias de la Sociedad de Agricultura de Moscou, había en Rusia en 1840 no menos que 158, las que rindieron 3 millones de kilogramos. La Asociación de Aduanas de los Estados de Alemania contaba en el mismo año 141 fábricas cuya producción llegó a 12 168 000 kilogramos.

<i>Años</i>	<i>Cantidad en kilog.</i>	<i>Años</i>	<i>Cantidad en kilog.</i>	<i>Años</i>	<i>Cantidad en kilog.</i>
1815	6 379 948	1824	13 804 441	1834	3 890 611
1816	6 451 701	1825	7 413 626	1835	5 145 588

6 Importante es conocer no sólo las cantidades exportadas en estos últimos años, sino las fluctuaciones que ha experimentado esta misma exportación en los anteriores. Los datos que publico, son sacados de los documentos impresos por orden del Parlamento.

7 *Java, Sngapore et Manile*, par Maurice d'Argout, París, 1841. —Este viaje se hizo por orden del Gobierno francés.

8 El *pecul* equivale a 133 libras y 1/3.

1817	6 392 847	1826	7 920 968	1836	7 730 189
1818	8 246 418	1828	6 739 623	1837	15 065 360
1819	10 436 661	1829	8 837 548	1838	21 777 206
1820	14 077 638	1830	10 841 225	1839	26 351 012
1821	13 668 046	1831	8 215 138	1840	24 518 412
1822	11 495 119	1832	4 481 695	1841	57 851 064
1823	11 150 272	1833	5 673 700	1842	47 361 100

(*) El kilogramo equivale a 2 libras, 2 onzas, 12 adarmes y 15 granos de Castilla.

Mucho mayor cantidad que ésta elabora Francia anualmente. De la caña, en fin, también la sacaron sin el auxilio de negros las provincias de Málaga y Granada, y a pesar de las desgracias de España, todavía se conservan vestigios de sus fábricas en Vélez, Torró, Almuñecar, Frijiliana y Nerja.

La América también nos presenta pruebas incontestables de la fabricación del azúcar sin esclavos africanos. El coronel Flinter, en un opúsculo que publicó en Londres en 1834⁹ sobre la isla de Puerto Rico, dice que en 1832 había 300 ingenios servidos por esclavos, y 1 277 plantíos pequeños de caña con trapiches, o molinos de madera, cultivados casi todos por hombres libres. Dice también que Puerto Rico hizo en aquel año 414 663 quintales de azúcar, y que de esta cantidad, 80 000, a lo menos, fueron producto del trabajo libre. Después acá su exportación ha crecido considerablemente, y como se han importado pocos esclavos, es evidente que gran parte del aumento procede de brazos libres, nacidos en el país.

Los primeros ingenios de Méjico fueron casi coetáneos a la conquista. Hernán Cortés, en la cláusula 40 del testamento que otorgó en Sevilla en 18 de agosto de 1548, hace mención de unas tierras que años antes había cedido a su criado Bernardino del Castillo, para que hiciese, como efectivamente hizo, un ingenio cerca de Cuyoacán. López Gomara, al describir el estado de las colonias españolas a mediados del siglo XVI, dice que ya Méjico producía tanta azúcar, que de Veracruz y Acapulco se exportaba para España y el Perú. Si no todas, por lo menos la mayor parte de aquellas haciendas se fomentaron con negros esclavos introducidos de África, y yo tengo noticias de una, cuyo número subió casi a 200: tal fue el ingenio de *San Nicolás Tolentino*, situado en la jurisdicción de Izucar, que compró en 1808 el habanero don José del Cristo. Éste, en carta que original conservo, escrita en 9 de junio de 1831, al benemérito cubano don Francisco Arango, le asegura que de antiguos avalúos hechos por los dueños primitivos, consta que el ingenio había tenido como 200 negros esclavos; pero que, cuando él lo adquirió, ya sólo había tres o cuatro viejos, a quienes dio inmediatamente la liber-

9 *An account of the present state of Puerto Rico.*

tad. Desde entonces este ingenio, que era uno de los principales de Méjico, quedó enteramente servido por brazos libres mejicanos.

No sucedió allí como en Cuba. En esta Isla, los ingenios se multiplicaron en razón directa de la introducción de esclavos; mas, en Méjico se fomentaron al paso que éstos disminuían. En 1793 el número de esclavos negros no llegó a 6 000 en toda la Nueva España. Por entonces caeció la catástrofe de Santo Domingo; y elevándose los precios del azúcar a una altura prodigiosa, construyéronse en Méjico nuevos ingenios, así en las tierras *calientes*, como en las *templadas*. En la intendencia de Puebla llegaron algunos a producir anualmente más de 20 y 30 000 arrobas, y después de abastecer todo aquel virreinato, cuyo consumo se calcula como en 2 millones de arrobas, todavía se exportaron los sobrantes por Veracruz; sobrantes que, en 1802, subieron a 439 122 arrobas; en 1803, a 490 292, y en 1804, a 381 509. Pero no es lo más notable, que casi todo este azúcar hubiese sido producto del trabajo libre; esto sí, que se hubiesen fomentado sin esclavos grandes ingenios, y que los que se fundaron y crecieron con sólo el auxilio de tales brazos, ya desde la segunda mitad del siglo XVIII, hubiesen renunciado a ellos, y servídose casi exclusivamente de libres jornaleros.

Si Méjico no elabora hoy el azúcar que a los fines del pasado siglo y a los principios del presente, debe atribuirse, no a la falta de esclavos negros, sino al envilecimiento de los precios de aquel fruto, a la carestía de los transportes, y a los trastornos políticos que agitan las entrañas de aquella república. Pero, pues produce todavía azúcar, y en otro tiempo la ha producido en gran cantidad, ofrecemos una prueba evidente de que su fabricación no necesita de brazos africanos. Aun pudiera citar nuevos ejemplos; pero los hasta aquí presentados bastan para demostrar la verdad que he sentado. Y cuando en tantos países, así del viejo, como del nuevo continente, se fabrica azúcar sin negros esclavos, y en la mayor parte de dichos países se obtiene la caña, y bajo latitudes y climas semejantes a los de las Antillas, ¿serán los habitantes de Cuba tan desgraciados, que no puedan hacer lo que otros hacen, y que no lo puedan, tan sólo por la *dureza del trabajo de los ingenios*? Yo apelo a la conciencia de mis lectores, y confiado en que me darán una respuesta favorable, paso a combatir el segundo error.

2° SÓLO LOS NEGROS AFRICANOS PUEDEN RESISTIR LOS RIGORES DEL CLIMA DE CUBA

Para fundar esta proposición, que es falsa en todas sus partes, se invocan la analogía y los hechos. África es un país caliente. Cuba también lo es; he aquí la analogía. Los habitantes de climas fríos están expuestos a la fiebre amarilla, pero los hijos de África no; he aquí los hechos.

Si los negros de aquella región transportados al Nuevo Mundo, solamente tuvieran que luchar con los efectos del clima, seguro es que entonces la analogía podría servir de argumento; pero sometidos al mismo tiempo al imperio de circunstancias físicas, políticas y morales, que neutralizan y destruyen la influencia favorable que sobre ellos pudiera ejercer el clima, la analogía no puede tener fuerza alguna. ¿Qué importa que el calor no fatigue al africano, si, por otra parte, le asaltan causas de otro linaje, que no le es dado resistir? Ciertamente es que la fiebre amarilla no ataca los negros africanos; ¿mas, esto, acaso es un privilegio de que gozan exclusivamente? ¿No están exentos también de ella todos los cubanos, los naturales de las demás Antillas, los de gran parte de la América española, y de otros países, cuyo clima es semejante al de Cuba? Aun respecto de los mismos que han nacido y habitado en temperamentos fríos, es preciso hacer algunas consideraciones, pues la fiebre en Cuba, ni es tan general como vulgarmente se dice, ni tan destructora como se supone. 1ª Ya no debe infundir tanto temor como en tiempos anteriores, porque conociéndose mucho mejor, también se sabe curar mejor. 2ª No reina en la mayor parte del año, sino en los meses más calurosos. 3ª Hay años, como el presente de 1844, en que es menos maligna, no sólo porque aparece con pocas fuerzas, sino porque empieza muy tarde, y acaba muy temprano.¹⁰ 4ª El peligro no es indefinido, pues pasado el primer estío, es probable que no ataque en el segundo, y si tampoco invade en éste, ya entonces deben cesar los temores, pues es rarísimo el caso que ocurre en tales circunstancias. 5ª La mayor parte de los extranjeros recién llegados en la estación calurosa no padecen la enfermedad, y de los invadidos solamente mueren muy pocos. 6ª Aun esta corta mortandad no tanto proviene de la naturaleza del clima, cuanto del género de vida de los recién llegados, pues muchos se visten de paño,

10 El año de 1857 será memorable en La Habana por la extraordinaria duración de la fiebre amarilla, pues se prolongó hasta los meses de invierno. Esto forma contraste con lo acaecido en el estío de 1794, en que la fiebre cesó enteramente con el huracán del 28 de agosto, conocido allí con el nombre de *tormenta de San Agustín*, por ser ese el día en que la Iglesia católica celebra la fiesta de tan insigne Doctor. Es de creer, que el terrible sacudimiento que entonces experimentó la atmósfera, la purificó de las miasmas que producían la enfermedad. Igual efecto observó Moultrie, en la Carolina, con la variación repentina de la temperatura atmosférica, pues la epidemia de fiebre amarilla que la desolaba en 1745, desapareció con el frío intenso que sobrevino el 21 de septiembre de aquel año. Si ella cesó en La Habana, en 1794 desde fines de agosto, según el respetable testimonio del médico distinguido y elocuente escritor doctor don Tomás Romay, él también nos dice en papel que publicó en el *Aviso* de La Habana en junio de 1800, que en este año fue cuando por primera vez se observó en aquella ciudad la aparición de la fiebre amarilla desde el mes de marzo, yo no sé, si él se refiere a sus propias observaciones o a las de épocas anteriores; pero de cualquier modo que sea, es útil para la historia de la medicina consignar aquí estos datos.

aun en los días más calientes, se exponen al sol a todas horas, y se dan a bebidas fuertes y otros excesos, que, ya en más, ya en menos grados, son dañosos en todos los países. Cuando se evitan estos desórdenes, entonces hay mucha probabilidad de que el mal no invadirá. 7ª y última. La fiebre está confinada a una estrecha faja alrededor de las costas, pues alejándose un poco de ellas, el mal desaparece. Aun la villa de Guanabacoa, que apenas dista media legua de la famosa bahía de La Habana, ha servido algunas veces para preservar de la fiebre a las tropas enviadas de España; y entre los casos favorables que se pueden citar, mencionaré uno muy notable, que recuerdo haber leído en un diario de La Habana de 1802. Llegaron a ella en aquel año los regimientos llamados, *Irlanda*, *Sevilla*, *España* y *Navarra*. Los dos primeros se encerraron en La Habana, y sufrieron mucho de la fiebre; mas, los dos últimos fueron acuartelados en Guanabacoa, y todos se salvaron. Los cubanos saben por una larga experiencia, que la fiebre amarilla es enfermedad exclusiva de algunos puntos de las costas, y que no se conoce en el interior de la Isla. Esta consideración, por sí sola, es de gran importancia; porque debiendo establecerse los colonos, no en los pueblos marítimos, sino fuera del espacio fatal en que se aspiran las semillas de la fiebre, no hay temor de que perezcan.

Examinemos ahora la cuestión bajo de otro punto de vista. Si es verdad que los negros no padecen de fiebre amarilla, también lo es que están expuestos a otras enfermedades, que ya les sean peculiares, ya comunes a los demás hombres, causan siempre en ellos más estragos que en la raza blanca. ¿Qué cubano ignora, que la disentería es una de las plagas que atormentan a los esclavos africanos, y que sacrificados por ella, perecen en los buques y en los *barracones*?¹¹ ¿Quién no sabe que son muy propensos a las bubas, a las llagas, a ciertos males cutáneos de un carácter pernicioso, al vicio de comer tierra, y a la erupción venérea conocida en algunas Antillas con el nombre de *pian*, y que los nosologistas llaman *framboésia*? Cuando el cólera invadió a Cuba, allí fuimos tristes testigos de la crueldad con que se cebó en los infelices africanos; y al recordar sus horrores, yo llamo desde la distancia que me separa del suelo patrio, yo llamo a los hacendados cubanos para que me digan de buena fe, si en aquellos aciagos días, en que la muerte asolaba sus campos, no lloraron con amargas lágrimas el sistema de esclavitud que los había traído a tanta desventura.

Tan importante como curioso sería tener un censo de todos los blancos y negros que durante medio siglo han entrado en la isla de Cuba, y también el de todos los que han muerto de uno a dos años de su llegada.

11 Así se llaman los edificios (grandes *barracas*) donde se depositan hasta su venta los negros recién importados de África.

Entonces se vería cuánto se inclina la balanza hacia los africanos, no sólo en el número absoluto, puesto que su introducción ha sido incomparablemente mayor que la de blancos, sino en el relativo a las entradas de unos y otros. Ni puede ser de otra manera, porque los individuos de raza blanca que se establecen en Cuba, emigran voluntariamente de su país; no sufren en la navegación las privaciones que los esclavos africanos, y trabajando después que llegan por sí, y sólo para sí, son más solícitos de su interés y de su vida. La mortandad, que es inseparable del tráfico de negros, ha aumentado desde que las leyes lo prohibieron. En tiempos que era permitido, cada cinco esclavos ocupaban el espacio de dos toneladas; los cargamentos que llegaban, se sometían al régimen severo de una policía sanitaria; vacunábanse los negros para preservarlos de la viruela; curábaseles en sus enfermedades; y si había temores de que el mal se propagase, se les dejaba en cuarentena. Estas medidas contribuían a que se diese a los esclavos durante la navegación un trato menos riguroso, y a que, por consiguiente, su mortandad disminuyese, pues no pasaba de 10 a 15 %. Mas, todo esto se acabó con la prohibición del tráfico. Desde entonces, el contrabandista negrero sólo trató de amontonar en sus buques el mayor número posible de esclavos, y surcando con ellos los mares, los lleva hasta América, con una mortandad en sus cargamentos de 25 y a veces de más de 33 %. Pero si muchos expiran en la navegación, muchos perecen también tendidos en las playas de Cuba, porque arribando clandestinamente, no se toma ninguna precaución sanitaria; y quedando expuestos a la viruela y a otras enfermedades, mueren en gran número por hallarse destituidos de los socorros que encontraban en tiempo del comercio lícito.

Ni son los males físicos los únicos enemigos de los esclavos africanos. Las preocupaciones religiosas y el terror que les infunden sus brujos y hechiceros, son también origen de muchas desgracias. *Obeah*, u *Obia*, es el nombre que dan los negros a esas prácticas supersticiosas; y el que quiera convencerse de sus funestas consecuencias, puede consultar la historia de las Antillas. Si los males procedentes de esta causa se hubiesen observado con más atención, ya se vería todo el influjo que ejerce; pues de ella ha provenido en varios casos una mortandad, que o no se ha podido explicar, o que equivocadamente se ha atribuido a otros principios.

Y ya que tanto se pondera la resistencia de los negros africanos al clima de Cuba, bueno será traer a la memoria lo que allí se ha visto con frecuencia, y lo que por lo mismo nadie podrá negar. ¿No emigran a Cuba a centenares los isleños de Canarias? ¿No llegan en cargamentos después de una larga travesía? Y ¿cuántos mueren en ella? ¿Cuántos en los primeros días, después de su arribo, aun en la estación más calurosa? ¿Cuántos después que se entregan al cultivo de los campos, o a otras ocupaciones? Un número cortísimo, un número insignificante comparado

con el de los esclavos africanos. Y si tenemos este dato irrefragable, ¿por qué se empeñan algunos en repetir que el clima cubano se opone a que las tareas de un ingenio sean desempeñadas por otros brazos que esclavos africanos? La observación que he hecho respecto de los canarios, es todavía más aplicable a los mismos blancos cubanos, porque, además de estar exentos de la fiebre amarilla, nada es más común que verlos en los campos, sufriendo día y noche los rigores de la intemperie, y vencidos todos con una fortaleza superior a la del más robusto africano.

Ensanchando el círculo de estas reflexiones, aun podemos preguntar: ¿Acaso impide el clima que millares de españoles europeos, de norteamericanos, franceses, ingleses, alemanes, y otros habitantes de fríos, fijen en Cuba su domicilio, y se dediquen al comercio y a las artes, o a otras profesiones lucrativas? ¿No van casi todos ellos a establecerse en los puertos de mar, y particularmente en La Habana, que es el punto de la Isla donde en la estación calurosa están más expuestos a los ataques de la fiebre? Fiebre hay también en otras Antillas; y hablando de las francesas, un escritor¹² que residió muchos años en ellas, y que ciertamente no es partidario de sus climas, se ve forzado a reconocer la aptitud de los europeos para los trabajos coloniales. Oigámosle:

“Hemos visto en Santo Domingo, en la Guadalupe y en Martinica, al principio de este siglo, cuerpos de tropas blancas, siempre alertas y en movimiento, ejecutar en escala mayor fortificaciones de campaña, y concluir estas faenas con tanta prontitud y con tan buen éxito como si hubieran vivido bajo el cielo de Europa. Ellas resistían a la invasión de las enfermedades tropicales, aun mucho mejor que los soldados de las guarniciones que vivían en el descanso y la ociosidad”.

Todavía es más concluyente lo que en otra parte refiere.

“En 1807, como impidiese el bloqueo de los puertos de la Martinica proveer de víveres la isla, fue preciso ocurrir a recursos extraordinarios para alimentar su guarnición. Diose a los soldados, cuyo servicio no era de absoluta necesidad, licencia para ir a trabajar en los campos por su cuenta. A pesar de las críticas circunstancias de aquel tiempo, su salario mensual, según los ajustes que hicieron, no bajó de 12 pesos fuertes además de la manutención, y para un gran número fue mucho más considerable. Los hacendados quedaron tan satisfechos de su buena conducta y de su trabajo, que los pedidos que hacían de nuevos trabajadores, excedían en mucho al número de los que se les podían conceder”.

No ya de la aptitud, sino aun de la superioridad de los blancos sobre los negros para ciertos trabajos recios tropicales, nos dan un ejemplo los vapores del Gobierno inglés, que sirven de correos entre diversos

12 *Recherches statistiques sur l'exclavage colonial*, par M. Alex. Moreau de Jonnés, París, 1842.

puntos de las Indias occidentales. Creyose al principio, que los europeos empleados, en los climas fríos, en atizar el fuego de las calderas de las máquinas de vapor debían ser reemplazados por negros; pero la experiencia demostró que la organización del blanco resiste mejor que la del africano a la alta temperatura de aquellas máquinas.

A las transiciones del calor al frío en las Antillas son los negros mucho más sensibles que los blancos. Acostumbrados a los rigores del ardiente sol de su país, echan de menos su acción en las Antillas, y a pocos grados que baje el termómetro, en los meses que en ellas se llaman impropriamente de invierno, andan encogidos y trémulos, y en las horas que no duermen o trabajan, se les ve colocados junto al fuego. Y esto debe acontecer en Cuba con más frecuencia que en otras Antillas, porque estando situada en el límite septentrional de la zona tórrida, y sólo separada del continente por el estrecho canal de Florida, está expuesta durante algunos meses a los vientos fríos del norte y del noroeste.¹³

Las preocupaciones a que el comercio de negros ha dado origen contra el clima de las Antillas, se refutan también victoriosamente con su colonización primitiva, y con las oscilaciones que en ellas ha experimentado la raza blanca. Se ha visto que ésta, en las mismas

13 Léanse los resultados que varios observadores han obtenido acerca de la temperatura de algunas Antillas, en parajes situados al nivel del mar. Todas las observaciones están reducidas a la escala del termómetro centígrado.

	<i>Temp. máxima</i>	<i>Temp. mínima</i>	<i>Temp. media en todo el año</i>
Jamaica (Kingston)	32°, 78	20°, 56	26°, 67
Jamaica en las costas	32, 22	20, 56	27, 22
Trinidad	33, 89	25, 37	«
Barbadas	27, 59	22, 18	26, 37
Dominica	33, 33	26, 00	«
Puerto Rico	35, 00	18, 75	«
Martinica	35, 00	20, 56	27, 24
Guadalupe	39, 30	18, 50	27, 51
Sto Domingo (en Cabo Fran- cés)	35, 00	20, 00	27, 22
Cuba (en La Habana)	32, 03	10, 00*	25, 55

(*) En el pueblo de Ubajay, a cinco leguas de La Habana, y a 38 toesas sobre el nivel del mar, observó Robredo en 1801 que el termómetro centígrado había bajado a 0°. En la tabla inserta se notará, que la temperatura mínima es en Cuba más baja que en todas las Antillas citadas, y que, a excepción de Barbadas, la máxima es menor que en las demás. No inferiré, por esto, que Cuba sea más templada que aquellas islas, pues los términos extremos no son los que constituyen el clima de un país; pero sí podré afirmar que lo es, fundándome en las temperaturas medias, pues de la tabla aparece que es menor en Cuba que en las demás Antillas.

islas, ora ha menguado, ora ha crecido, ora ha quedado casi estacionaria, y todas estas alternativas han acaecido con absoluta independencia del clima.

Cuando Francia extendió su imperio a las Antillas, en la primera mitad del siglo XVII, no se valió de negros para fundar sus primeros establecimientos. De la Normandía pasaron a centenares los colonos, que por algunos años se destinaron a todos los trabajos de las islas francesas; y como se comprometían a servir por tres años, llamóseles *engagés a 36 mois*. Andando el tiempo, aquellos campos dejaron de cultivarse exclusivamente por gente blanca: mas, esto acaeció, no porque el clima lo resistiese, sino por los desórdenes de la administración, por la crueldad con que se trataba a los colonos, y por el ejemplo de otras colonias, en que ya se empleaban negros africanos, que producían grandes ganancias a hacendados y traficantes. Sin este fatal aliciente, la inmigración europea hubiera continuado, pues su enemigo mortal no ha sido el clima de las Antillas, sino el tráfico de esclavos.

Poca gloria cupo a los ingleses en la colonización de aquellas islas. Casi todas las que hoy poseen, las conquistaron de otras naciones; pero las pocas que poblaron ellos, recibieron por primeros cultivadores, no negros africanos, sino colonos europeos.

España, a quien se debe el descubrimiento del Nuevo Mundo, fue también la primera que dio el ejemplo de la colonización blanca. Con el brazo de sus hijos paseó triunfante por aquellas vastas regiones el estandarte de Castilla; con ese mismo brazo desecó lagos, enfrenó ríos, abrió caminos y levantó ciudades y fortalezas; y con él también descujó los bosques, y rompió las tierras, que en su seno recibieron las primeras semillas de las plantas europeas. Algunos años después de la conquista se importaron los primeros negros; pero debe observarse que esta introducción fue para aliviar a los indios, y no porque se considerase a los españoles incapaces de resistir el clima americano. Cuando el gran Bartolomé de las Casas pidió en 1517 algunos negros para Santo Domingo, pidió igualmente que se enviasen *labradores de Castilla*: prueba bien clara de que en aquellos tiempos, en que el clima de las Antillas debía ser aún menos salubre que hoy, la raza europea se miraba como muy útil para las faenas de la agricultura. Contemporáneamente a Las Casas, también clamaron por negros los pobladores, los empleados civiles y militares, y aun las comunidades religiosas de aquellas islas. Pero jamás se fundaron en la insalubridad de su clima, sino en la falta de brazos que se experimentaba con la muerte de los indios: y lejos de considerar su influencia como perniciosa, la isla de Santo Domingo, alarmada por los negros, pidió al gobierno desde 1520, que dejase pasar a ella gente de cualquier nación.¹⁴

14 Herrera: Década II, lib. IX, cap. 2.

Las alternativas que en algunas de dichas islas ha experimentado la población blanca, no se pueden explicar por la influencia del clima.

Inglaterra se apoderó de Jamaica en 1655. Ignórase cuál fue entonces su escasa población blanca; pero sábese que menguó mucho con la guerra y con la emigración de las familias españolas que la habitaban. Los trastornos de la Gran Bretaña después de la muerte de Cromwell, y los temores de sus partidarios al ver desde 1560 los síntomas ciertos de la restauración de los Estuardos, hicieron pasar a Jamaica muchos súbditos británicos. Con este impulso, la población blanca llegó a los siete años de la conquista a 4 500. Al mismo tiempo, la isla se convirtió en guarida de los piratas, que al paso que infestaban el mar de las Antillas, saqueaban también las colonias españolas. Afluyendo a ellas las riquezas, los blancos aumentaron; y según carta escrita por Tomás Lynch, su gobernador, al lord Arlington, ministro de Estado, ascendieron en 1673 a 7 786. Mas, habiendo cesado enteramente la piratería, la población blanca perdió el estímulo que entonces la fomentaba, y menguando más bien que creciendo en los 60 años posteriores, todavía en 1734 no bajó de 7 644. Encendida la guerra entre Inglaterra y España en 1739, las escuadras y los cruceros británicos renovaron sus ataques contra los buques y los establecimientos españoles; y volviendo Jamaica a enriquecerse, la población blanca cobró nuevas fuerzas, elevándose en 1742 al total de 14 000.¹⁵ Reanimose también con la independencia de los Estados Unidos; pues algunos de los ciudadanos que se mantuvieron fieles a la madre patria, se fijaron en aquella isla. Con estos auxilios, la población blanca subió en 1791 como a 30 000.¹⁶ Yo no sé si después tuvo algún aumento, pero lo cierto es que, abandonando muchos blancos la Jamaica, su número no llega hoy a 16 000. ¿Y se atribuirán al clima tantas oscilaciones en los números de la raza blanca? ¿No es claro que solamente han provenido de causas políticas, y que si éstas hubiesen sido siempre favorables, aquélla habría prosperado rápida y constantemente?

Los blancos de Granada y las Granadinas ascendieron en 1700 a sólo 251. Eleváronse a 1 262 en 1753, y a más de 1 600 en 1771. Pero desde entonces empezaron a disminuir en tales términos, que en 1827 estaban reducidos a 834. “Si esto se debe atribuir, dice Bryan Edwards, a los acontecimientos de la guerra, a las disensiones domésticas, o a las calamidades enviadas por la mano de la Providencia, yo no lo sé; pero aparece que la población blanca de Granada y las Granadinas ha disminuido considerablemente desde la primera vez que estas islas cayeron en poder de los ingleses”.¹⁷ Si este historiador hubiera escrito después de la Revolución

15 Montgomery Martin: *History of the British Colonies*, vol. II.

16 *History of the West Indies*, vol. II, lib. III, cap. 2.

17 Montgomery Martin: *History of the British Colonies*, vol. II.

Francesa, no habría vacilado en afirmar que las desgracias de Granada procedieron inmediatamente de la mano del hombre y no de la Providencia. Otro historiador de las colonias británicas, después de mencionar la insurrección que allí duró desde marzo de 1795 a julio de 1796, asegura, que los asesinatos y devastaciones que causaron los rebeldes, dieron a la isla un golpe tan tremendo, que nunca más se ha podido reponer.¹⁸ Vese, pues, como la población blanca creció en los dos primeros tercios del pasado siglo, y como de entonces acá ha menguado mucho, sin que en esto haya tenido el clima influencia alguna.

San Cristóbal empezó a ser colonizada por los ingleses en 1624. A pesar de las invasiones y otras desgracias que sufrió en el siglo XVII, su población blanca fue de algunos millares; mas, decreciendo gradualmente, apenas llegó en 1832 a 1 612. ¿Y se hará al clima responsable de esta disminución, cuando en tiempos anteriores no se opuso al aumento de los blancos, y cuando aquella isla tiene fama de ser en extremo seca y saludable?¹⁹

Los ingleses ocuparon la Dominica en 1759, y su posesión les fue confirmada por el Tratado de París, concluido en febrero de 1763. A sólo 600 llegaron entonces los blancos. El Parlamento concedió a la isla franquicias mercantiles; repartiose la mitad de sus tierras, y a los compradores se impuso la condición de que empleasen en su cultivo cierto número de blancos. De aquí resultó, que éstos subieron diez años después, o sea, en 1773, a 3 350. Pero invadida la isla por los franceses, y dominada por ellos hasta la paz de 1783, en que la restituyeron a la Gran Bretaña, muchos colonos emigraron, y ya por aquellos tiempos la población blanca quedó reducida a 1 236. He aquí como influyeron causas políticas por sí solas, ora en aumentar, ora en disminuir la raza europea.

Si no temiera ser difuso, yo recorrería una por una las Antillas inglesas para probar, que prescindiendo del clima, la población blanca ha crecido en todas, siempre que se le ha fomentado, y disminuido cuando se la ha contrariado. Mas, ya que las paso en silencio, permítaseme por lo menos detenerme algunos momentos en las Barbadas, pues ésta fue en otro tiempo la Antilla británica más importante por su comercio y su población blanca.

Empezaron los ingleses a colonizarla en 1624. Con la revolución de Inglaterra, muchos buscaron un refugio en las Barbadas, y tan grande fue la emigración, que en 1650 se computó que había 20 000 hombres blancos, de los cuales 11 000 se hallaban en estado de tomar las armas. En el entretanto, las tierras se repartieron, abriose un vasto comercio con Holanda y otros países, y libre la isla de trabas y restricciones, pues

18 Bryan Edwards: *History of the West Indies*, vol. I, lib. II, cap. 5.

19 Montgomery Martin, vol. II.

que no obedecía al gobierno recién instalado en la metrópoli, llegó a un alto grado de prosperidad. “Que el suelo de esta isla es naturalmente muy fértil [así se expresa Bryan Edwards],²⁰ debemos necesariamente reconocerlo, si damos crédito a las noticias que han llegado hasta nosotros acerca de su antigua población y opulencia. Se nos ha asegurado que por los años de 1670 las Barbadas tenían 50 000 blancos, y más de 100 000 negros, cuyos trabajos, según se dice, empleaban 60 000 toneladas en la exportación. Yo sospecho que esta noticia es muy exagerada. Sin embargo no puede dudarse que los habitantes de esta isla han menguado con una rapidez pocas veces conocida en ningún otro país”. Efectivamente, los blancos habían bajado en 1724 a 18 295, y los negros en 1753 a 69 870. En 1786 aquéllos estaban reducidos a 16 167, y éstos, a 62 115. Y esta disminución acaeció cabalmente en la época en que el comercio de esclavos que hacían los ingleses con la costa de África, se hallaba en el estado más floreciente.

Pero, ¿en qué consistió tan grande decadencia? Tres fueron sus causas principales. 1^a Destruída la república inglesa, y sentado Carlos II en el trono de sus mayores, se impuso a la colonia en 1663 una contribución permanente a favor de la corona de 4½ % en dinero, sobre el producto neto de todos los frutos que exportase. Este grave tributo, afectando de año en año los intereses de la agricultura, no pudo menos que producir desastrosos resultados. 2^a Debiose a la república el origen de la famosa *acta de navegación*, y Carlos II no sólo la adoptó, sino que también amplió sus disposiciones. De aquí fue que la isla de las Barbadas, que hasta entonces se había servido de la marina holandesa para exportar sus frutos a Europa, vio interrumpido su comercio; y los colonos, en los gritos de desesperación que lanzaron, predijeron con bastante acierto que aquella *acta*, acompañada de la funesta contribución del 4½ %, causaría grandes males a la población y agricultura. 3^a La superficie de aquella isla sólo es de 106 470 acres de tierra; y dados casi todos al cultivo desde el siglo XVII, no hubo ya espacio suficiente para los ingenios que entonces se empezaban a fomentar. Encarecidas las tierras, algunos pequeños propietarios vendieron sus suertes a un precio muy elevado, y trasladándose a otros países donde podían comprarlas más barato, contribuyeron también a disminuir el número de los blancos. Así fue como éstos, sometidos siempre a la influencia de un mismo clima, crecieron y menguaron extraordinariamente en las Barbadas.

Si echamos una rápida ojeada sobre las Antillas francesas, veremos que la población blanca de Guadalupe y de sus dependencias (las Santas, San Martín, la Deseada, y Mari-Galante) ascendió en 1700 a 3 825. Fue aumentando paulatinamente hasta 1819, en que subió a 14 143,

²⁰ *History of the West Indies*, vol. II, lib. III, cap. 1.

máximo de su incremento. Después acá empezó a bajar, y en 1835 ya no había sino de 11 a 12 000 blancos.

Éstos llegaron, en Martinica, en 1700, a 6 597. Suben a su más alto punto, o sea, a 12 450, en 1767. De aquí menguan hasta 1784: vuelven a subir un poco hasta 1790; y desde entonces han ido disminuyendo constantemente: de manera, que en 1835 estaban ya reducidos a menos de 9 000. ¿Y proceden acaso del clima tantas alternativas? Las invasiones extranjeras, las vicisitudes del comercio, las disensiones intestinas, la mayor o menor fertilidad de las tierras, la facilidad o dificultad de adquirirlas, y los rivales que han encontrado sus frutos aun en los mercados de Francia; tales son las causas que han influido en las oscilaciones de la población blanca.

Lleguemos, por fin, a las Antillas españolas. La población blanca de Cuba ascendió en 1841 a 418 291. Y tan considerable número, ¿no es producto exclusivo de la colonización europea? ¿No es verdad que si ésta hubiese sido mayor, también lo habría sido aquél? El clima que hoy nos da 418 000 blancos, ese mismo nos daría una cifra muy superior, si nuestro suelo no se hubiera contaminado con la inundación de tantos africanos. Aquí es de hacerse una reflexión de muy consoladora esperanza. La colonización de Cuba empezó en 1511, y desde aquel año hasta 1775, en que se hizo el primer censo, todos los blancos no llegaron sino a 96 000. Hemos visto que éstos ascendieron en 1841 a más de 418 000; pero el espacio transcurrido de 1511 a 1775 es de 264 años, mientras el de 1774 a 1841 es sólo de 66. De modo, que en este último período aparece la población blanca más de cuatro tantos mayor que en todo el primero. ¿Y de dónde provienen tan notables diferencias? ¿Nace por ventura del clima el lento progreso de los blancos en los primeros 264 años? Y si se dice que sí, ¿cómo es que ese mismo clima no se ha opuesto a su rápido incremento en los últimos 66?

Subamos a otras causas, y desaparecerán las contradicciones. Desde la conquista hasta 1778, Cuba estuvo gimiendo bajo el monopolio de los negociantes de Sevilla y Cádiz; y en ese largo período muy poco pudo adelantar. Mas, en aquel año se le abrió una nueva era. El gobierno ilustrado de Carlos III, renunciando a la política mezquina de sus antecesores, derogó los monstruosos privilegios de aquel monopolio, habilitando 13 puertos de España, para que comerciasen con América. Aumentáronse después las franquicias, y Cuba, o más mañosa o más afortunada que las otras colonias hispanoamericanas, logró al fin que se le permitiese abrir relaciones directas con los países extranjeros. Desde entonces, a pesar de que no se fomentó la colonización blanca, a pesar de que el enemigo más formidable de ésta siempre ha sido la *trata* de los negros, pues que sin ella, el número de blancos se hubiera aumentado mucho más; la influencia vivificadora del comercio ha sido tal, que

la población blanca cubana, que en el último tercio del pasado siglo sólo llegó a 96 000, en poco más de media centuria se ha levantado al alto número de 418 000. Este ejemplo no necesita de comentarios, y la historia de lo pasado nos anuncia el porvenir.

Por los años de 1509 asentaron los españoles su primera colonia en Puerto Rico; y en los 285 que corrieron hasta 1794, los blancos sólo llegaron a 30 000. Para el objeto que me propongo, es muy importante conocer el progreso de la población, y en la tabla que inserto, se leerá el resultado de los censos hechos desde aquel año.

<i>Años</i>	<i>Blancos</i>	<i>Mulatos lib.</i>	<i>Negros lib.</i>	<i>Esclavos</i>	<i>Total</i>
1794	30 000	«	«	17 500	«
1802	78 281	55 164	16 414	13 333	163 192
1812	85 662	63 983	15 833	17 536	183 014
1820	102 432	86 269	20 191	21 730	230 622
1827	150 311	95 430	25 057	31 874	302 672
1830	162 311	100 430	26 857	34 240	323 838
1836	188 869	101 275	25 124	41 818	357 086

Haciendo abstracción de la gente de color, y contrayéndome sólo a los blancos, aparece, que éstos en los 18 años de 1794 a 1812 adelantaron casi dos veces más que en los 285 anteriores; y que en los últimos 24, esto es, de 1812 a 1836, tuvieron un aumento mucho mayor que en los 303 que corrieron desde la conquista. Este resultado asombroso, sea cual fuere la causa por la que se quiera explicar, nos demuestra del modo más victorioso que la raza europea se puede propagar rápidamente en el archipiélago de las Antillas. Y antes de alejarme de Puerto Rico, observemos, aunque sea de paso, que siendo esta isla donde la población blanca ha crecido proporcionalmente más que en todas las otras, también es donde proporcionalmente los esclavos han aumentado menos.

Citaré, por último, un país situado al noroeste de Cuba, y cuyo clima es mucho peor que el de la más insalubre de las Antillas. La Luisiana ocupa un territorio muy bajo, expuesto a las frecuentes inundaciones del caudaloso Misisipi, y en muchas partes siempre cubierto de aguas estancadas y corrompidas. En medio de estos parajes que exhalan la muerte, reina endémicamente la fiebre amarilla, y su capital Nueva Orleáns experimenta sus estragos en ciertos meses del año. La primera colonia europea establecida en la Luisiana, fue en la primera mitad del siglo XVII; y desde entonces al año de 1800, los blancos no llegaron sino a 18 850. ¿Y tan escasa población se atribuirá a la insalubridad del clima? Los hechos responden que no. Los Estados Unidos compraron la Luisiana en 1803, y a los siete años, o sea, en 1810, ya la población blanca casi había duplica-

do, pues ascendió a 34 311. En 1830, ésta llegó a 89 441; en 1840, a 158 457; y la ciudad de Nueva Orleans, que al principio del siglo contaba un cortísimo número de habitantes, ya en 1840 tuvo 102 193. Es pues inconcuso, que la marcha, ora lenta, ora rápida de la población blanca de la Luisiana no ha dependido del clima, sino de causas puramente políticas y económicas.

De los datos hasta aquí presentados, y del estudio imparcial de la historia del archipiélago americano aparecen dos grandes verdades: una, que la población blanca de las Antillas extranjeras ha sido mayor en tiempos anteriores que en nuestros días; otra, que mientras en ellas menguaba, en las españolas crecía. Pero ¿de dónde provienen tan contrarios resultados? Además de las causas particulares que ya tengo explicadas, existen otras generales, que es preciso exponer.

Si se exceptúa la Jamaica, todas las demás Antillas extranjeras son muy pequeñas. Cuando en tiempos pasados se fomentó en ellas la colonización, los europeos estaban seguros de encontrar tierras vacantes en que establecerse; pero después que todas fueron repartidas, o que las que quedaron, eran de mala calidad, necesariamente hubo de atajarse la corriente de la emigración. Es cierto que ésta, aun siendo mayor de lo que fue, pudo haber cesado más tarde; pero el tráfico de esclavos plantando negros en aquellas tierras, quitó a los europeos el puesto que hubieran podido ocupar. Por otra parte, las destinadas a la agricultura desde el primer siglo de la colonización, tiempo ha que están muy cansadas, o al menos la ciencia de los que las labran, es incapaz de fertilizarlas incesantemente; y no habiendo otras en que renovar los cultivos con ventaja, la población blanca ha debido encontrar en su progreso obstáculos poderosos. No así en Cuba y Puerto Rico. Ambas tienen, y sobre todo la primera, una vasta superficie, que excede, incluida Haití, al conjunto de todas las Antillas extranjeras. Sus terrenos son fertilísimos; la mayor parte de ellos están esperando todavía el primer golpe de la mano del labrador, y todo el que quiera dedicarse a la agricultura, puede hacerlo con tanta facilidad como provecho.

También debe considerarse la posición respectiva de las metrópolis europeas. Francia, además de los puntos que ocupa en África y en Asia, posee la Guayana en el continente de América; ha conquistado a sus puertas todo el territorio de Argel, y aun empieza a dominar algunas islas del mar Pacífico. La Gran Bretaña, no cabiendo en el estrecho recinto dentro del cual la encerró la naturaleza, se ha extendido con una fuerza prodigiosa, llevando su poder y su civilización hasta los confines de la tierra. Dilatada la esfera colonial de estas dos grandes naciones, los franceses y los ingleses en vez de correr hacia las Antillas, se han desviado de ellas, esparciéndose por anchos y nuevos canales. Otra ha

sido la suerte de España. Señora un tiempo de las más vastas y opulentas colonias del mundo, sus hijos se derramaban por las inmensas regiones de América; mas, habiéndose éstas separado de su metrópoli, las dos Antillas que siempre se han mantenido fieles, no sólo sirvieron de refugio a muchos españoles, que abandonaron aquel continente, sino que desde entonces se ha reconcentrado en ellas gran parte de la emigración de España. Finalmente, hay todavía otra razón de más alta trascendencia. En general, los europeos que han pasado a las Antillas extranjeras, no han tenido otro objeto que adquirir fortuna, para volver a Europa a gozar de ella. Considerándose siempre como transeúntes, han huido al matrimonio; y cegada, por una parte, la fuente más legítima, al par que más fecunda de la reproducción humana, y existiendo, por otra, una constante emigración, es imposible que la raza blanca haya podido prosperar. Al contrario en Cuba y Puerto Rico. Muchos de los europeos que a ellas van, se casan, se arraigan, y puede decirse con mucha verdad, que son pocos los que después de haberse enriquecido, o ganado una cómoda subsistencia, vuelven a pasar los mares en pos de la antigua patria.

Si el número a que llegó en otros tiempos la población blanca de las Antillas extranjeras, si la disminución que éstas han experimentado después, y si el aumento constante que aquélla ha tenido en las españolas, se han de explicar por la influencia del clima, forzoso es caer en dos absurdas consecuencias. La primera, que mientras el clima de todas las Antillas es contrario a la raza blanca, sólo le es favorable el de Cuba y Puerto Rico, puesto que en estas dos es donde únicamente ha hecho progresos considerables. La segunda, que hubo un tiempo en que el clima de todas las Antillas extranjeras fue benéfico a la raza blanca, pues que la dejó crecer, y otro en que le fue maléfico, pues que la ha hecho menguar. A estos errores, o mejor dicho imposibles, nos arrastra la teoría de los climas, cuando se quiere aplicar a las oscilaciones de la población blanca en el archipiélago americano. Acabemos, pues, de desengañarnos, y reconozcamos de una vez, que el clima cubano no se opone a la introducción de hombres blancos, ni menos a que éstos se ocupen en los trabajos de los ingenios. Cuba encierra en su seno tesoros envidiables, y sus campos vírgenes llaman a todas horas al colono industrioso; pero el contrabando africano le ahuyenta de nuestras playas, llevándole a fecundar con el sudor de su frente otros países americanos, o forzándole a morir de miseria en la excesivamente poblada Europa. Círrense para siempre las puertas a todos los negros: ábranse libremente a todos los blancos; y Cuba tendrá en recompensa una prosperidad duradera, y España, la gloria de poseer una de las más brillantes colonias a que puede aspirar metrópoli europea.

3° CARESTÍA DE LOS JORNALES

De cuantos motivos se alegan para continuar el contrabando africano, éste es el único que tiene alguna apariencia de verdad; y no vacilo en confesar francamente, que al bajo precio en que se venden en Cuba los esclavos introducidos de África, el hacendado saca más provecho del trabajo de ellos que del de libres jornales. Pero en la crisis a que han llegado las cosas, ¿se funda acaso ese provecho en una base firme y permanente? ¿No es por el contrario un bien fugaz y engañoso, una ilusión fatal, que sorprendiendo los sentidos, desconcierta la razón, y no la deja percibir sus verdaderos intereses? ¿Quién será el hombre sensato, que prefiera ganar hoy diez, para perder mañana toda su fortuna, y aun su vida y la de su familia, a contentarse con una ganancia menor, pero del todo segura, y por lo mismo trasmisible a su posteridad? Aun sin fijar la vista en el porvenir, y contrayendo la cuestión a sólo el pecuniario interés del momento, yo demostraré que a pesar de la carestía de los jornales en Cuba, bien puede continuarse ventajosamente la elaboración del azúcar.

1° En la sola enunciación de las palabras *carestía de jornales* se descubre un sofisma que alucina, pues se toma como origen lo que no es sino efecto de los daños que produce el comercio de negros. ¿Por qué son caros en Cuba los jornales de los labradores? Porque hay pocos que se dedican al cultivo de los campos en clase de jornaleros. ¿Y de dónde proviene que haya pocos? Proviene de que no habiéndose necesitado nunca por estar previstos de esclavos todos los ingenios y cafetales, las personas libres que hubieran podido hallar ocupación en ellos, han tenido que emplearse en tareas de otra clase. Luego, la carestía de los jornales nace de la escasez de jornaleros; y la de éstos, de la introducción de esclavos africanos destinados al cultivo de los campos; luego, mientras continúe el comercio de negros, continuarán también los mismos inconvenientes; y si se desea removerlos, es menester atacar el mal en su raíz. Los hechos vienen en apoyo de este raciocinio. En Puerto Príncipe de la isla de Cuba bajaron en 1841 los salarios de los labradores blancos, con sólo haber llegado de Cataluña 200 colonos; y alquilábanse en aquella ciudad y en los campos de su jurisdicción hasta por seis y siete pesos al mes.

2° De que los jornaleros de brazos libres sean algo más caros que el servicio de los esclavos, no se infiere absolutamente que sin ellos ya no se puede hacer azúcar. Para esto debería probarse, que los jornales son tan crecidos, que necesariamente han de arruinar al hacendado; y mientras no se suministre esta prueba, la cuestión cambia de naturaleza, viniendo a quedar reducida, no a la ruina inevitable del hacendado, sino a la mayor o menor utilidad pecuniaria que momentáneamente sacará según que emplee, ya esclavos, ya jornaleros.

3° Cuando se trata de decidir si alguna empresa es útil o gravosa, no basta atender a uno solo de sus elementos: es preciso, además, que se pesen todas las circunstancias que puedan influir, bien sea de un modo favorable, bien contrario. Los hacendados, que para calcular la utilidad de los ingenios sólo toman en cuenta el valor de los jornales, parten de un principio equivocado, pues se figuran que, porque éstos no sean baratos, ya no se podrá encontrar en ninguno de los otros elementos de la producción ahorro alguno que compense su carestía. Afortunadamente hay en Cuba muchos medios a que se puede recurrir para balancear esta causa; causa que no se debe considerar como constante, sino meramente transitoria, pues que con la afluencia de colonos se restablecerá muy pronto el equilibrio, y las cosas tomarán una marcha más sentada. Los siguientes son algunos de los arbitrios que se pueden adoptar.

Aligérense, o del todo suprimáense los impuestos que gravitan sobre el azúcar y otros frutos cubanos.

Exímense de toda contribución ciertos artículos de que el hacendado se sirve para el consumo de sus operarios.

Extiéndase igual protección a todas las máquinas e instrumentos que se puedan emplear en la agricultura, y en la elaboración del azúcar.

Simplifíquense, y perfecciónense las operaciones agrícolas e industriales de los ingenios, ya introduciendo máquinas, que reemplacen el trabajo de tantos negros como hoy se emplean, ya mejorando la calidad del fruto, ya aprovechando los desperdicios de que sabe sacar partido un buen sistema de economía.

Facilitéense, en fin, los medios de comunicación, no sólo construyendo caminos en toda la Isla, sino rompiendo las trabas que impiden la libre navegación de sus costas. Si en Cuba hubiera caminos, ¡cuán diferente no sería la suerte de sus hacendados! ¡Cuánto no ahorrarían en el porte de sus frutos a los puntos de su embarque! Antes de la construcción del ferrocarril de La Habana a Güines, cuya distancia es de 12 leguas, los amos de los ingenios situados en aquel partido pagaban por la conducción de cada caja de azúcar a la capital 3½ pesos fuertes, y a veces más. Si un ingenio fabricaba 2 000 cajas, el porte de éstas podría costar de 7 a 8 000 pesos; mas ahora, con el camino de hierro se pueden ahorrar de 5 a 6 000, cantidad bastante para mantener con mucha decencia una familia respetable.

Estas ideas se corroboran, observando lo que pasa en otros países, donde, aunque no se hace azúcar por jornaleros, sino por esclavos, el precio de éstos es tan subido que excede en mucho al importe de aquéllos. En los ingenios de la Luisiana solamente se emplean esclavos, y su valor es tan alto, que sobrepuja al de los de Cuba en el triple, y aún más.²¹ Pues a

21 De 1844 a 1858, el valor de los esclavos ha más que duplicado en La Habana; y, por consiguiente, el salario de los que se alquilan para las tareas del campo, ha crecido extraordinariamente.

pesar de esto; a pesar de que el clima mata la caña, y que es preciso resembrarla anualmente; a pesar de su escaso rendimiento y de la mala calidad del azúcar; todavía ésta ha podido, no por otra razón, sino por la facilidad de las comunicaciones, y por la protección que aquel gobierno supo dispensarle. Hágase otro tanto en Cuba, y sus ingenios subsistirán, sean cuales fueren los brazos que los sirvan.

Compensación de la carestía de jornales que se encuentra también en ciertas ventajas que ofrece el servicio de colonos blancos, y que en vano se buscarían en el de esclavos.

1ª La mayor inteligencia de aquéllos, y el mayor interés con que trabajan, les dan gran preponderancia sobre los esclavos africanos.

2ª Cuando una hacienda está servida por libres, si alguno de éstos adquiere vicios, contrae alguna lesión, o se vuelve perezoso en el trabajo, el hacendado puede despedirle, reemplazándole con brazos útiles, o dejarle en su finca, haciendo un nuevo ajuste que le sea menos gravoso. Pero cuando los labradores son esclavos, el amo está condenado a sufrir los mismos gastos, sin poder disfrutar de los mismos servicios.

3ª La indolencia, y a veces la perversidad de los esclavos, es causa de muchos quebrantos en un ingenio. El animal que se suelta, y estropea el sembrado, el caballo que se pasma, el buey que se desnucan, la chispa que salta y quema el cañaveral, o incendia todo el ingenio, son males que acaecerán con menos frecuencia, cuando las haciendas no estén entregadas a salvajes africanos. En estos últimos meses se ha visto en el ingenio San Francisco, de Hernández, situado en la jurisdicción de Matanzas, que los negros, en vez de apagar el fuego que se había prendido, lo fomentaban, corriendo de un cañaveral a otro con haces encendidos de hojas secas de caña. Todo el ingenio, menos la casa de purga, fue devorado por las llamas.

4ª Con la fidelidad y responsabilidad personal de los colonos blancos se evitarán robos de azúcar y de víveres, que en un ingenio grande equivalen al año a centenares, y aun a millares de pesos.

5ª Las enfermedades, fugas, capturas, bautismos, matrimonios y entierros son gastos que recaen sobre el amo de los esclavos, y que, en una hacienda de 100 negros, bien pueden calcularse por lo bajo de 500 a 600 pesos. Nada tendrá que pagar el hacendado, el día que emplee labradores libres.

6ª Las sublevaciones de los esclavos llevan consigo pérdidas que no afectan al que se sirve de libres. El número de negros que perecen en la contienda, y los gastos del procedimiento judicial, o las gratificaciones para impedirlo, son cargas que gravitan sobre el amo de los esclavos. Con la reciente conspiración, la pérdida de cada hacienda en la jurisdicción de Matanzas se puede calcular en tres negros por término medio. Los severos castigos han inutilizado a muchos; y los grillos y la maza

que se han impuesto a otros, ya por sentencia judicial, ya por voluntad de sus amos, privan a éstos de su trabajo.

7ª Por miedo al tráfico y a sus consecuencias, ¿no se han resentido considerablemente todas las haciendas, y señaladamente los ingenios y cafetales? ¿Y cuál no sería el valor a que subirían, si, en vez de esclavos, estuviesen servidas por brazos libres? ¿No hay muchos hacendados que tienen fondos en los bancos extranjeros? ¿No es verdad que esos capitales les rinden un interés muy bajo, respecto del que les producirían en Cuba? ¿No han perdido algunos millones de pesos con las quiebras de los bancos de los Estados Unidos de Norteamérica? Y todo esto, ¿no es un grave quebranto, que están sufriendo por el fundado temor que les infunde la continuación del tráfico de negros? Yo ruego a los hacendados, que fijen la mente en estas consideraciones, y que, cuando computen el gasto que les ocasionan sus esclavos, nunca olviden aquellas pérdidas, ni el costoso seguro que están pagando a los países extranjeros.

Yo estoy tan íntimamente penetrado de los inmensos beneficios que ha de producir a Cuba la abolición del tráfico africano, que lejos de temer que con ella mengüen nuestros frutos, firmemente creo que aumentarán. Cerrada que sea la puerta a la introducción de esclavos, los colonos que vayan a Cuba, si se les deja, como siempre debe dejárseles, la libre facultad de aplicarse a lo que quieran, se dedicarán a la profesión que más ventajas les ofrezca. Pero entre tantas como Cuba presenta, la agricultura se llevará la preferencia, pues a ella convida la fertilidad de sus campos, y el premio con que paga las fatigas del labrador industrioso. Inculca yace todavía la mayor y mejor porción de las tierras cubanas: sus propietarios, imbuidos hasta aquí en el error de que sin negros no se pueden cultivar, y careciendo muchos de medios para comprarlos, ningún beneficio sacan de ellas. Con otro sistema de agricultura, estos propietarios no esperarían que África les enviase sus míseros labradores: pedirían los suyos a la culta Europa, a la América y al Asia; y con muy corto capital, y a veces sin ninguno, podrían destinar sus campos improductivos a las más pingües cosechas. No faltarán entonces, si conocen que les conviene, quienes den algunas suertes al cultivo de la caña; y ora hagan azúcar en grande, ora en pequeña cantidad, no por eso será menos cierto el provecho personal que saquen, y el público beneficio que dejen. Hay en Cuba, por desgracia, una prevención general contra la elaboración del azúcar en pequeño. Acostumbrados a ver grandes ingenios, parece a muchos que sin ellos ya no será posible fabricarla; pero en la India, en la China, y en otras partes del Asia, la caña se ha cultivado y cultiva en pequeño, y el azúcar se hace también en pequeño. En grande y en pequeño se elabora también en las colonias francesas. Martinica tiene para 60 ingenios grandes 335 muy pequeños. Mayor es el número de éstos en Guadalupe, y mucho mayor todavía en

Borbon. Esta isla contaba en 1838, según un estado presentado al gobernador de ella por el consejo colonial, los ingenios siguientes:

De 400 a 500	esclavos	3
De 300 a 400	—	4
De 200 a 300	—	31
De 100 a 200	—	17
De 50 a 100	—	141
De 20 a 50	—	462
De 10 a 20	—	688
De 1 a 10	—	4 063
Total		
			5 409

En Puerto Rico también se fabrica en grande y en pequeño. Y Cuba misma, sin salir de su recinto, nos ofrece la demostración más patente. ¿Cuál fue el origen del azúcar? ¿Cuántos negros hubo en los primeros ingenios de La Habana y Matanzas? Con ocho, con seis, y aun con menos, así empezaron esas haciendas, y sirvieron de modelo a las colosales que hoy se admiran. Y si nos paseamos por el interior de la Isla, encontraremos hoy mismo en Puerto Príncipe, Bayamo y otros puntos, muchos hacendados que con cinco o seis negros, no sólo hacen azúcar, sino que al mismo tiempo destinan sus tierras a varias culturas y al pasto de ganado. ¿Por qué, pues, no se ha de poder reducir todavía a una esfera más estrecha la siembra de la caña, y la elaboración del azúcar? ¿No lo está entre nosotros la del tabaco, y la de otras muchas semillas? Lejos de haber inconvenientes, se obtendrán grandes ventajas, porque cultivándose las tierras con más economía y esmero, rendirán más utilidad. El labrador, sin ocuparse exclusivamente en la caña, podrá dedicarse a otros cultivos; y no dependiendo su fortuna de una sola granjería, hallará en los otros frutos una compensación de las pérdidas que el envilecido precio del azúcar pudiera ocasionar. No se diga, pues, por más tiempo que, para hacer mucha azúcar, es menester trabajarla en grande. Haya muchos que se empleen en ella, y no importa que estén reunidos o separados.

Cuando abogo por la producción del azúcar en pequeño, no es porque yo tema que sin esclavos no se haga en grande. Creo, por el contrario, que habrá propietarios que a ella se dedicarán, bien sea pagando jornales, bien limitándose a construir las fábricas y máquinas necesarias para su elaboración, y dejando a colonos el cuidado de cultivar la caña de su cuenta. Este último sistema se sigue en varios países, y casos habrá en que sea entre nosotros preferible al primero; porque dividida la tierra en pequeñas suertes, la cultura será más perfecta: si el año es

malo, ahorrará el hacendado los jornales, que de otra manera pagaría; y como el interés del colono no está limitado por un salario fijo, se empeñará en cultivar mejor para que la caña rinda más, pues que este rendimiento será la medida de sus ganancias.

Así es como las colonias que Holanda tiene en Asia, han prosperado rápidamente, en estos últimos años. Oigamos lo que dice un hombre digno de fe:²² “En Batavia, donde los propietarios son ricos, y han hecho establecimientos considerables, las propiedades que se componen de 300 acres y aún más, están arrendadas por chinos que residen allí. Éstos subdividen las propiedades en suertes de 50 o 60 acres, y las subarriendan a trabajadores libres bajo la condición de sembrarlas de caña; los cuales reciben una cantidad determinada por cada *pecul* de azúcar que producen. De este modo, el arrendador sabe con certeza lo que le costará cada *pecul*; no necesita de inquietarse pensando en el trabajo que otros han de hacer; y cuando la caña está en sazón, operarios empleados al efecto vienen a cortarla y a conducirla al molino o trapiche. Entonces no quedan en la hacienda, durante siete meses del año, sino los labradores que preparan la cosecha siguiente”.

En la isla de Java también están separadas las funciones de agricultor y de fabricante. Cultívase allí casi toda la caña de cuenta del gobierno holandés,²³ quien la da a los fabricantes para que la muelan; y éstos, por un precio moderado, le entregan después el azúcar elaborada.

Porter refiere también lo que sucede en las Indias orientales. “A veces, dice, el fabricante compra directamente las cañas al labrador; otras, éste recibe por ellas, según el convenio que hace, una parte del producto. Ésta es de dos tercios, si el labrador lleva la caña al molino; pero si su porte es de cuenta del fabricante, entonces sólo se le da la mitad. Hay casos en que el labrador recibe una parte de los productos accesorios, el ron por ejemplo; pero esto no es lo común: semejantes pormenores son objeto de convenios particulares”.

En las provincias de Málaga y Granada, las fábricas y los molinos no pertenecen a los que cultivan la caña. Del azúcar que se hace, se paga al fabricante la mitad en unas partes, y en otras una porción diferente. Por lo menos, así era, cuando en 1835 viajé por aquellos puntos de España.

Aunque en las colonias francesas, lo mismo que en Cuba, las funciones de agricultor y fabricante están reunidas bajo una sola mano, hay, sin embargo, casos en que, si un hacendado francés no puede acabar su

²² Porter: *On the culture of sugar cane*.

²³ No pertenece al gobierno el cultivo de la caña, ni tampoco la propiedad del azúcar, en las tierras libres repartidas por los ingleses durante su dominación en aquella isla. Los príncipes indígenas que no han sido depuestos, también conservan el derecho de cultivar caña, hacer azúcar y venderla libremente. —*Java, Singapore et Manille*, par Maurice d'Argout, París, 1842.

cosecha por cualquier accidente, lleva el resto de la caña al ingenio de su vecino, quien la muele por la mitad del producto. Lo mismo hacen algunos hacendados hortelanos (*habitants viviers*; en Cuba *sitieros*) que cosechan caña, pues muelen en el ingenio más inmediato la porción que les queda, dando la mitad del azúcar elaborada.²⁴

Finalmente, en las Antillas inglesas empieza ya a introducirse este sistema; y en Santa Lucía está ya establecido. Una de las ventajas que produce, es el ahorro de capitales en la elaboración del azúcar. La comisión nombrada por el Gobierno francés para examinar las cuestiones relativas a la esclavitud y a la constitución política de sus colonias, se expresa en los términos siguientes por el órgano respetable del duque de Broglie, su digno presidente, y autor del informe presentado a aquel gobierno en marzo de 1843.

“En efecto, si debemos atenernos a los hombres de la profesión, a los hombres experimentados en semejantes materias, ilustrados por los inmensos progresos que ha hecho entre nosotros la industria del azúcar indígena (de remolacha), una fábrica bien montada, cuyos edificios son de un tamaño regular, y las máquinas de una fuerza media, puede elaborar fácilmente cada año de 1 a 2 millones de kilogramos de azúcar. La Martinica fabrica anualmente casi 24 millones, y la Guadalupe casi 37. Veinte fábricas, pues, bien montadas, bastarían cumplidamente a la Martinica, y 30 a la Guadalupe. La primera tiene hoy 494 ingenios y la Guadalupe 518: en otros términos, existen en cada colonia tantas fábricas, cuantas son las heredades en que se cultiva caña. Desde luego salta a la vista la considerable pérdida que debe causar semejante estado de cosas. ¡Qué cuantiosa suma de *capital fijo* debe hallarse absorbido *inútilmente* en terrenos, edificios, máquinas, y aparatos de toda especie! ¡Qué enorme cantidad de *capital circulante* debe hallarse *inútilmente* disipada cada año en reparación, en conservación, en salarios personales, y en gastos generales de toda clase! ¡Qué enorme cantidad de *trabajo humano* en cada hacienda debe sustraer *inútilmente* la fabricación a la labranza! —Renuncien pues en fin los hacendados a este sistema ruinoso y añejo; entiéndanse entre sí, asóciense en grupos de 20, 30, 40, más o menos, reúnan su crédito y sus capitales para sustituir a esa muchedumbre de fábricas dispendiosas y mezquinas, de *trenes* anticuados, en que todavía hoy hacen el azúcar como se hacía 150 años ha, un corto número de fábricas bien situadas, bien construidas, provistas de todos los aparatos que la ciencia ha inventado, y la industria ha perfeccionado. Para esto bastará una reunión de capitales que no exceda de algunos millones (de *francos*) en cada colonia”.

24 *Question coloniale sous le rapport industriel*, par Paul Daubré, París, 1841.

El autor del informe, cuyas palabras he transcrito, dice que si los hacendados de las colonias francesas, para instalar las nuevas fábricas, y dirigir la elaboración del azúcar según el método que hoy se emplea, mandan buscar a Europa algunos centenares de buenos obreros, de obreros inteligentes en la fabricación del azúcar de remolacha, no sólo podrán restituir al cultivo los vastos terrenos ocupados por edificios inútiles, sino que ahorrarán anualmente más de la mitad de los gastos que hoy hacen improductivamente, y que obtendrán de la caña un rendimiento doble del que hoy consiguen.

Aunque la perspectiva no sea tan risueña para los hacendados de Cuba, porque no se hallan en tan tristes circunstancias, pueden, sin embargo, alcanzar grandes ventajas, y muchas más todavía, los que en lo sucesivo se dediquen a la granjería del azúcar, pues que no han hecho los gastos que hoy gravitan sobre los actuales amos de ingenios.

Aquí pudiera levantar la mano, y cerrar la primera parte de este papel; pero no debo proseguir, sin antes desvanecer ciertas dudas y temores que pudieran asaltar a algunos que, deslumbrados con lo que pasa en las colonias inglesas, temen ligeramente iguales consecuencias entre nosotros, si se pone término a la *trata*. Un momento de reflexión bastará para disipar estos temores y tranquilizar los ánimos atribulados. En aquellas colonias, la ley de emancipación ha introducido una novedad esencial, y cambiado enteramente la posición de los hacendados; mas, en Cuba, *como que no se trata de EMANCIPAR LOS ESCLAVOS, SINO SÓLO DE ABOLIR EL CONTRABANDO AFRICANO*, es inconcuso, que no se pueden aplicar a ella los mismos resultados. En las colonias inglesas, las tierras no son tan fértiles como en Cuba, y siendo muy desiguales los productos, las circunstancias en que el hacendado inglés se pierde, el cubano se enriquece. Lo que sí debe llamar fuertemente la atención, es que todas las dificultades con que ahora lucha el colono británico, son efecto de la *ley de emancipación*, o mejor dicho, *de la precipitación con que se dictó*, pues no se tomaron medidas que asegurasen, o los mismos brazos que hasta entonces se habían empleado, u otros nuevamente introducidos. De aquí nació, que en muchas islas los negros abandonaron a millares las haciendas, para establecerse en las ciudades, o trabajar de su cuenta en tierras que compraron muy baratas. La escasez repentina de brazos produjo la carestía repentina de salarios, y esta carestía, las consecuencias que hoy se deploran. Pero las islas donde no hubo ese trastorno, ni esa dislocación de brazos de los campos a los pueblos, éstas han seguido una marcha firme, y aun aumentado sus productos.

En Antigua, la producción de azúcar de 1827 y 1833, últimos siete años de esclavitud, ascendió a 1 009 851 quintales; mas, en los siete primeros de completa libertad, esto es, de 1834 a 1840, llegó a 1 258 750. En las Barbadas también se ha fabricado más azúcar después de la

emancipación que antes de ella. La isla Mauricio exportó en los ocho últimos años de esclavitud, contados desde 1826 a 1833, la cantidad de 158 677 040 kilogramos de azúcar, y en los ocho primeros de libertad, a saber desde 1834 a 1841, 234 008 207 kilogramos. Verdad es que entraron bastantes colonos en este período; pero el aumento de azúcar no ha sido proporcional a su número, y aun cuando lo hubiese sido, esto siempre probaría que la emancipación no ha sido funesta en Mauricio. Y si tal es el próspero resultado que nos presentan algunas de las colonias inglesas que han pasado por la prueba difícil de la emancipación, ¿cuál no será el de Cuba, que se halla en pleno goce de todos sus esclavos? Éste es el punto cardinal de la cuestión, y encerrándome dentro de sus límites, probaré, que *en las colonias inglesas y francesas se hizo más azúcar después de la abolición del TRÁFICO DE NEGROS que antes de ella.*

El gobierno inglés prohibió el comercio de esclavos de África en 1807; y sus colonias de las Indias occidentales exportaron en los seis años anteriores las siguientes cantidades de azúcar:

Años	Kilogramos
1801	208 838 784
1802	230 712 160
1803	163 822 400
1804	165 681 040
1805	163 646 280
1806	205 690 072
Total 1 138 390 736 ²⁵	

Después de *abolido el tráfico*, continuaron los colonos ingleses en la posesión de sus esclavos hasta el año de 1834. Veamos ahora el azúcar que exportaron en los tres sexenios; o sea, en los 18 años que precedieron a la emancipación.

Años	Kilogramos	Años	Kilogramos	Años	Kilogramos
1817	186 837 495	1823	191 619 752	1829	210 879 946
1818	191 713 746	1824	199 821 941	1830	198 715 749
1819	198 405 128	1825	177 795 049	1831	208 388 222
1820	191 413 077	1826	203 243 193	1832	192 163 961

²⁵ Este estado, que se sacó de los registros de la aduana de Londres, se halla en el *Rapport sur les questions coloniales*, por Jules Lechevalier; impreso en la imprenta real de París en folio imperial, por orden del Ministro de Marina y Colonias de Francia.

1821	198 395 784	1827	180 315 616	1833	185 631 977
1822	174 432 398	1828	219 035 975	1834	195 210 711
	<hr/>		<hr/>		<hr/>
	1 141 197 628		1 171 831 526		1 190 990 566 ²⁶

Aparece, pues, de estos estados que las colonias de la América inglesa, a pesar de no haber recibido esclavos de ningún país del mundo, ni colonos de ninguna especie, aumentaron la producción de azúcar con sólo el trabajo de los negros que les quedaron después de abolido el tráfico.

Si de las colonias británicas pasamos a las francesas, cuales son la Martinica, Guadalupe y sus dependencias, Guayana y Borbon, encontramos un resultado igualmente satisfactorio. La trata clandestina no cesó en ella hasta 1832; y comparando la exportación de su azúcar, en los siete años anteriores, con los siete que siguieron, se obtiene la prueba más concluyente.

<i>Años</i>	<i>Kilogramos</i>	<i>Años</i>	<i>Kilogramos</i>
<hr/>	<hr/>	<hr/>	<hr/>
1825	53 616 523	1832	77 307 799
1826	73 266 291	1833	75 597 243
1827	65 828 406	1834	83 049 141
1828	78 474 978	1835	84 249 890
1829	80 996 914	1836	79 326 022
1830	78 675 558	1837	66 535 563
1831	87 872 404	1838	86 992 808
	<hr/>		<hr/>
	518 731 074		553 058 466 ²⁷

Queda, pues, demostrado, que las colonias francesas hicieron en el segundo septenio de 1832 a 1838, 34 327 392 kilogramos más que en el primer septenio de 1825 a 1831, en que aún se introducían negros de África.²⁸

26 Este estado se publicó por orden del Parlamento, y se insertó, haciendo la reducción de quintales a kilogramos, en el informe citado del duque de Broglie.

27 *Notices statistiques sur les colonies françaises*, imprimées par ordre du Ministre de la Marine et des Colonies. *Appendix* a la 4^o partie, Paris, 1840.

28 Las mismas colonias francesas exportaron:

En 1839	87 664 893 kilogramos
1840	75 543 696
1841	85 850 823

Pero supóngase que sin la introducción de nuevos esclavos africanos no sea posible sembrar caña ni en grande ni en pequeño. Dos consecuencias resultarán de aquí: una, que no por eso se atrasará la agricultura cubana, pues se emprenderán nuevos cultivos, y se extenderán y perfeccionarán los ya establecidos. Además, en el estado de abatimiento en que se halla el precio del azúcar, y en la rápida extensión que este ramo está tomando en el Asia y otros países, no es acertado continuar en Cuba como hasta aquí, lanzándose a ciegas en la construcción de tantos y tan costosos ingenios. La prudencia aconseja que se haga una pausa para dar tiempo a que aclare el horizonte, dedicándose a otros cultivos, que sin necesitar de tan considerables capitales, dejen un provecho mayor y más seguro.

La otra consecuencia es, que la abolición del tráfico, lejos de perjudicar a los actuales hacendados, debe serles favorable. Favorable, digo; porque no tratándose de privarles de sus esclavos, continuarán con sus ingenios, mientras a los demás habitantes se les impida hacer otros nuevos. De esta manera, siendo ellos solos los que pueden producir azúcar, pues que, según su falsa creencia, no se puede hacer sin esclavos, se establece, por decirlo así, un monopolio en su favor, cuyo efecto necesario ha de ser el alzamiento del precio de aquel fruto: y tanto más alto será, cuanto este monopolio no se circunscribe a la isla de Cuba, sino que se extiende a todas las colonias inglesas; porque si es verdad que en las Antillas no se puede hacer azúcar sin esclavos africanos, abolida ya la esclavitud en las británicas, y estando para abolirse en las francesas, claro es que quedará un vacío enorme en la producción del azúcar; vacío que llenarán en parte los actuales hacendados de Cuba, sacando grandísimo provecho. Aun les resultará otra ventaja, y es que, cesando el contrabando africano, los esclavos existentes adquirirán una estimación considerable; y el hacendado que haya empleado en ellos 20 000 pesos, por ejemplo, dentro de muy poco tiempo verá duplicar y aun triplicar su valor. Así ha sucedido en la Luisiana, donde hay esclavos que se venden hasta en 2 y 3 000 pesos.

Pero te engañas, replicarán: dentro de breves años perecerán nuestros esclavos, y nuestra ruina es inevitable. ¡Vanos temores! La historia de lo que no ha pasado en los países donde hace mucho tiempo que se prohibió el comercio africano, y donde las leyes han sido observadas sobre este particular, debe infundir aliento a nuestros temerosos compatriotas. Abriendo esa historia, sus páginas nos descubren una verdad importante. Ésta es, que si en unas partes ha disminuido la población esclava, en otras ha aumentado; y que esta misma disminución ha sido tan pequeña, y tan dependiente de causas que hubieran podido evitarse, que no hay riesgo que comprometa la fortuna del hacendado.

Disminución general de los esclavos en las colonias inglesas de América

Muy importante sería saber el número de esclavos que éstas tenían al tiempo de la abolición del tráfico, pues comparando entonces los estados de aquella época con los posteriores, se formaría un cuadro completo. Pero no existiendo tan preciosos documentos, me reduciré a establecer una comparación entre los primeros censos que se hicieron después de abolido el tráfico, y los últimos que se publicaron antes de la emancipación.

Colonias	<i>Años</i>	<i>Esclavos</i>	<i>Años</i>	<i>Esclavos</i>
Antigua	1817	32 269	1831	29 537
Barbadas	1817	77 493	1832	81 500
Bermudas	1822	5 242	1831	3 915
Berbice.....	1818	24 549	1831	20 645
Demerara y Esequibo	1817	77 867	1829	69 467
Dominica	1817	17 959	1831	14 232
Granada	1817	28 029	1831	23 604
Jamaica	1808	323 827	1829	322 421
Monserrate	1817	6 610	1828	6 262
Nieves	1817	9 602	1831	9 142
San Cristóbal	1817	20 168	1831	19 085
Santa Lucía	1815	16 285	1831	13 348
San Vicente	1817	25 218	1831	22 997
Tabago	1819	15 470	1832	12 091
Trinidad	1808	21 985	1831	21 302
Las Vírgenes	1818	6 899	1828	5 399
Bahamas	1822	10 888	1831	9 705
		720 360		684 652

Esta tabla indica una disminución de 35 708 esclavos. Mas, ¿deberá considerarse como el exponente verdadero de la mortandad? Para no caer en graves errores, es preciso rebajar el número de libertos que ha habido entre las dos épocas; pues es innegable que, no habiendo perecido, sino pasado a otra clase, no pueden contarse en el número de esclavos muertos. Nada diré de los libertos que hubo en Jamaica desde 1808 hasta 1817, y en la isla de Trinidad desde el mismo año de 1808 hasta 1815, porque no he podido encontrar ningún dato ni noticia; y aunque pudiera calcular aproximadamente este número, prescindiré de ellos, pues de este modo se conocerá mejor cuán distante estoy de incurrir en exageraciones. Contrayéndome, pues, a los años posteriores, esto es, empezando a contar

desde 1815 para unas colonias, y desde 1817 para otras, y sin pasar nunca de 1832, resulta que hubo 19 582 libertos. Rebajándolos del total 720 360, quedan 700 778, cuya cantidad, comparada con la de 684 652, da una diferencia de 16 126, que es el exponente verdadero de la mortandad. He dicho que los esclavos ascendieron según los primeros censos a 20 360; y como la mortandad que hubo desde entonces hasta la formación de los últimos, fue de 16 126, aparece que la disminución solamente ha sido, en todo este intervalo, de 2,23 %, número que, si se prorratea entre cada uno de los 17 años transcurridos, viene a dar 13 centésimos, fracción insignificante en cálculos de esta especie.

Mas, por corta que sea esta disminución, aun pudo ser menor, o no haberla habido absolutamente, si todos los hacendados hubiesen puesto más empeño en la administración de sus heredades; pero entregándolas muchos al cuidado de administradores, y retirándose a vivir en Europa, los esclavos sufrieron lo que la presencia del amo no hubiera permitido. Observaré también, que casi todas las colonias que han tenido más mortandad, son cabalmente aquellas donde se ha recargado a los esclavos de un trabajo excesivo. ¿No es verdad, que si se hubiera adoptado otro sistema, la disminución habría sido casi nula? ¿No hubieran podido aumentar también los esclavos? Cuando en algunas colonias ha sucedido así, no hay razón para negar que en las demás pudiera haber sucedido lo mismo.

Aumento que han tenido los esclavos en varias colonias, después de abolido el tráfico

Empezando por las francesas, dice una autoridad irrecusable:²⁹ “La abolición de la trata, suprimiendo todo reclutamiento exterior, ha hecho mucho en favor de la población negra: ha sido preciso tratarla mejor, tener gran cuidado con las mujeres en cinta, y con los niños pequeños. Así es que esta población, que hasta poco ha disminuía cada año casi un 3 %, hoy se mantiene naturalmente, y aun parece que ya empieza a aumentarse”.

Entre las colonias británicas hubo algunas que, aunque en la apariencia tuvieron disminución, en realidad sucedió lo contrario. Cuando Inglaterra proscribió el tráfico en 1807, Jamaica contaba 319 351 esclavos. Mas, ¿a cuánto ascendió su número según los censos de 1829? A 322 421, es decir que, en vez de haber disminuido en los 22 años corridos, hubo aumento de más de 3 000 esclavos. Dirase que provendría de los que se introdujeron de África en todo el año de 1807, pues

²⁹ *Rapport fait au ministre de la marine et des colonies françaises par la commission instituée pour l'examen des questions relatives a l'esclavage*, p. 131. —París, 1843.

la prohibición no empezó a tener fuerza hasta 1808. Aun concediendo esto, siempre se obtiene un dato muy satisfactorio, porque habiendo llegado los esclavos en 1808 a 323 827, todavía en 1829 su número no bajó de 322 421, o lo que es lo mismo, su disminución en los 21 años fue solamente de 1 406. Pero si se atiende a los que adquirieron la libertad durante ese período, y a los que fueron llevados a otras islas, entonces se llega a diferentes resultados. Yo no he podido averiguar a cuántos subió el número de unos y otros en los primeros nueve años de la abolición del tráfico; pero empezando a contar desde 1817 hasta 1829, aparece, que en estos 12 años hubo 755 exportados y 6 030 libertos; o sea, un total de 6 785. Es pues claro, que la muerte por sí sola no fue bastante a menguar la población esclava, y que sin las manumisiones y exportaciones, habría llegado en 1829 a 329 206; esto es, a 5 379 más que en 1808.

De los censos de la isla de Dominica en 1817 y 1826, consta que en la primera época hubo 17 959, y en la segunda, 15 392. Esta diferencia no fue causada por la muerte, pues habiéndose liberto 400 esclavos en los nueve años transcurridos, y exportándose a otros países 2 182, estas dos cantidades reunidas a los 15 392 dan la suma de 17 974, suma a que habrían llegado los esclavos en 1826, a no haber sido por las manumisiones y exportaciones; y aunque de ellas se rebajen cuatro negros que fueron introducidos de otras islas en dichos nueve años, siempre queda para 1826 un total de 17 970; o sea, 11 esclavos más que en 1817.

En este mismo año contaba las Barbadas 77 493 esclavos; mas, en 1829, ya se habían elevado a 81 902. Este aumento no puede atribuirse a las importaciones de otras colonias inglesas, puesto que en el intervalo de los 12 años solamente se introdujeron 91 esclavos, y rebajados que sean, queda todavía un total de 81 811. Si a él se agregan los 1 400 libertos y los 248 exportados que hubo en aquellos 12 años, resulta para 1829 la suma de 83 459; o sea, un aumento de 5 966.

Las islas de Bahamas tenían en 1825, 9 284 esclavos; mas, en 1831 llegaron a 9 705. Todo este aumento provino de la reproducción natural, pues los nacidos durante este tiempo excedieron en gran número a los muertos y libertos.

Los ingleses se apoderaron por segunda vez de cabo de Buena Esperanza en 1806, cuya colonia tenía entonces 29 119 esclavos. Cesó el tráfico, y su número se ha ido aumentando, en virtud de su propia reproducción. En 1810 había 30 421, y en 1833 llegaron a 33 622, sin contar con los prófugos y libertos que hubo en todo ese intervalo.

A los Estados Unidos se les computaron en 1770, 480 000 esclavos; y los censos hechos después de la independencia prueban el rápido incremento que han tenido:

En	1790	697 897	En	1820	1 543 688
	1800	893 041		1830	2 009 043
	1810	1 191 364		1840	2 847 355 ³⁰

Aparece, pues, que el aumento de esclavos de

	1790 a 1800	fue de 27,96 %
De	1800 a 1810	de 33,40 «
	1810 a 1820	de 29,57 «
	1820 a 1830	de 30,75 «
	1830 a 1840	de 23,81 «

Dirase, empero, que en Cuba, en vez de aumentar, los esclavos menguarán, y que su disminución no será tan pequeña como en algunas colonias inglesas, puesto que los sexos no se hallan en la debida proporción. No negaré, que si estuviesen balanceados como en aquéllas, la reproducción sería mayor de lo que podrá ser; pero aun con esta desventaja, creo que si su número no se aumenta, puede muy bien conservarse. No es, por cierto, la desproporción de los sexos la que ha disminuido los esclavos en algunas colonias. El exceso de trabajo y la falta de cuidado, éstos son, si no los únicos, por lo menos los motivos principales de su mortandad. Por eso es que, examinando los estados de la población esclava, se encuentran algunas colonias en que habiendo más hembras que varones, los esclavos, sin embargo, han disminuido; y por el contrario, otras en que han aumentado, a pesar de haber menos hembras.

Disminución de la población esclava con más hembras que varones; y aumento, con más varones que hembras

Cuando en las colonias francesas menguaba constantemente la población esclava, Martinica y Guadalupe tenían más hembras que varones. Así consta del censo de 1835, con respecto a los esclavos de 14 a 60 años.

	<i>Varones</i>	<i>Hembras</i>
Martinica	23 435	25 398
Guadalupe	30 018	31 482
Total	53 453	56 880

30 Acerca de la población de los Estados Unidos, véase la página 73 de este tomo.

Acerca de la colonias inglesas, he formado la tabla siguiente:

	<u>Años</u>	<u>Varones</u>	<u>Hembras</u>	<u>Total</u>	<u>Años</u>	<u>Total</u>
Granada	1817	13 737	14 292	28 029	1831	23 604
Monserrate	1817	3 047	3 563	6 610	1828	6 262
Nieves	1817	4 685	4 917	9 602	1831	9 142
San Cristóbal ...	1817	9 685	10 483	20 168	1831	19 085
Santa Lucía	1815	7 394	8 891	16 285	1831	13 348
Bermudas	1822	2 620	2 622	5 242	1831	3 915
Tabago	1819	7 633	7 837	15 470	1832	12 091
Virgenes	1818	3 231	3 668	6 899	1828	5 399
Antigua	1817	15 053	17 216	32 269	1831	29 537

Lo contrario ha sucedido en los Estados Unidos. En 1820, tenían 1 543 688 esclavos; a saber, 752 723 hembras, y 790 965 varones. Mas, a pesar de la preponderancia de éstos, el total de esclavos en 1830 pasó de 2 millones, y hoy excede de 2 millones y medio.

En el cabo de Buena Esperanza, el número de varones siempre ha sido muy superior al de las hembras; pero esto no ha impedido que los esclavos hayan aumentado por la sola reproducción.

	<u>Varones</u>	<u>Hembras</u>	<u>Total</u>
En 1806 hubo	18 956	10 163	29 119
1810	19 821	10 600	30 421
1833	19 378	14 244	33 622

Aún hay colonias donde, a pesar de haber disminuido la totalidad de los esclavos, su número, sin embargo, creció en unas haciendas, mientras menguó en otras. Demerara, antes de la emancipación, ofrece casos muy particulares, y con ellos se prueba incontestablemente, que la mortandad de los esclavos procede, en gran parte, del modo con que se los trata. En las haciendas de crianza de ganado fue de un 2, y aun de 1½ %; en los cafetales de 3 1/10 %; en algunos ingenios, de 5½ %. Pero en los algodonaes, en vez de disminuir, tuvieron un aumento de 1 1/16 %; siendo de notar, que mientras en estas últimas haciendas los varones excedían a las hembras en más de 5 %, en los ingenios las hembras excedían a los varones en la misma proporción. Demuéstrase, pues, como no es la preponderancia del sexo femenino la que aquí influyó en el incremento de los esclavos, porque cabalmente hubo disminución donde había más hembras, y aumento donde más varones. Ingenios hubo en aquella misma colonia, y tales son los del partido de *Ana Regina*, donde

siendo el número de varones mayor que el de las hembras, los esclavos tuvieron en los años de 1829, 1830 y 1831, un aumento de 2 %.

Y sin andar buscando ejemplos extraños, la misma isla de Cuba nos da una lección importante. Haciendas de primer orden hay allí, y yo pudiera mentarlas, en las que, a pesar de la desproporción de los sexos, los esclavos han aumentado sin nuevas introducciones. En general, la mortandad anual de las haciendas es menos que en tiempo anteriores, pues los hacendados, entendiendo ya mejor sus intereses, están persuadidos de que el modo de producir mucho, es tratar bien a sus esclavos. ¿Qué habitante de la isla de Cuba no se alegra al contemplar el cambio feliz de la opinión, de algunos años a esta parte, y que a él debe atribuirse la grande diferencia que se toca entre la mortandad de hoy y la de los tiempos pasados? Y más grande podrá ser todavía, si se reflexiona que, recayendo casi todas las pérdidas sobre los negros recién importados, se disminuirán considerablemente con la abolición del tráfico, pues aclimatados los unos, y nacidos en el país los otros, están exentos de los peligros que corren los nuevamente introducidos.

Considerando, pues, las cosas en su curso ordinario, no hay temor de que mengüen los esclavos; pero aun cuando menguasen, esto no puede comprometer la fortuna de ningún propietario. Si la mortandad fuese de un golpe, entonces sí podrían ser muy dolorosas sus consecuencias; mas, como en caso de haberla, no ha de venir sino con mucha lentitud, sobrado tiempo queda, y sobrada facilidad hay para reponer sin ningún quebranto las levisimas pérdidas que vayan ocurriendo. ¿No fueron muy graves las causadas por el cólera en 1833? ¿Cabe alguna comparación entre la muerte repentina de tantos negros, y la lenta cuanto incierta disminución que el fin de la trata pudiera producir? Y si pudiésemos salvarnos de aquel terrible naufragio, ¿con cuánta más confianza no debe abrirse nuestro corazón a un venturoso porvenir? Si pérdidas puede haber, serán pérdidas pequeñas, insignificantes, o mejor dicho, aparentes. Quizás, que no lo temo, dejarían de hacerse por dos o tres años un corto número de cajas de azúcar; pero si tal fuere, ellas serán la ofrenda más aceptable que quemaremos en las aras de la patria para alcanzar nuestra salvación.

Yo he probado que ni la calidad del trabajo de los ingenios, ni el clima de Cuba, ni la carestía de los jornales en ella, pueden servir de pretexto para continuar el comercio africano, ni menos impedir la colonización de labradores blancos. He probado también, que en las colonias inglesas y francesas, la producción del azúcar ha crecido después de la abolición del tráfico de esclavos: y he probado, por último, que, si éstos han sufrido en algunos países una lenta y casi imperceptible disminución, en otros han aumentado a pesar de la desproporción de los sexos, y que lo mismo puede suceder en Cuba si se adoptan medidas conservadoras.

Pero, aun suponiendo que ninguna de estas cosas sea lo que es; aun suponiendo que, sin nuevos esclavos africanos, Cuba ya no pueda adelantar, ni tampoco sostener el rango que hasta aquí ha ocupado en la escala de los pueblos agricultores, tal es la fuerza irresistible de las circunstancias, que España se halla en el dilema, o de acabar para siempre con el contrabando de negros, o de comprometer la existencia de la más hermosa de sus colonias. Y este punto interesante, elevando la cuestión a una esfera política, formará el complemento de este papel.

SEGUNDA PARTE. LA SEGURIDAD DE CUBA CLAMA URGENTÍSIMAMENTE POR LA PRONTA ABOLICIÓN DEL TRÁFICO DE ESCLAVOS

En demostración de esta verdad, ni diré todo lo que pudiera, ni aun lo mismo que diré, será en el tono que algunos esperarán. No siendo mi ánimo hablar a las pasiones, sino sólo a la razón, mis ideas irán revestidas de toda la templanza que conviene a una materia, que se debe discutir con calma y sin prevención.

Dos cosas es preciso contemplar en Cuba: su situación *interna*, y su situación *externa*. Si para el examen de la primera, se consultan los censos allí formados, al primer golpe se descubre que los elementos de su población se han ido invirtiendo, y que, en los últimos 50 años, los blancos han perdido la ventaja numérica que desde la conquista tuvieron sobre la raza africana. Leamos los guarismos que nos dan aquellos documentos.

<i>Años</i>	<i>Blancos</i>	<i>Esclavos</i>	<i>Libres de color</i>	<i>Total de color</i>	<i>Total general</i>
1775	96 440	44 333	30 847	75 180	171 620
1791	133 559	84 590	54 152	138 742	272 301
1817	239 830	199 145	114 058	313 203	553 033
1827	311 051	286 942	106 494	393 436	704 487
1841	418 291	436 495	152 838	589 333	1 007 624 ³¹

Los dos últimos censos son más defectuosos que los anteriores, con respecto a la población de origen africano. Hecho el de 1827 bajo los fundados temores de una nueva contribución que se pensaba derramar entre los propietarios, no aparecen en él todos los esclavos que entonces contenía la Isla. Tampoco se inscribió en sus columnas el número

³¹ Este total representa la población permanente: la eventual se computa en toda la Isla en 38 000 individuos, que, reunidos a la primera, dan 1 045 624.

verdadero de la gente libre de color. Baste decir que, habiendo llegado ésta en 1817 a 114 058, en 1827 la vemos descender a 106 494, sin que, en este intervalo, hubiese sufrido más mortandad que la ordinaria, sin que tampoco hubiese emigrado, ni menos interrumpido la marcha progresiva de sus aumentos. Si en la formación del censo de 1841 no influyeron temores de contribución, hubo motivos políticos para rebajar la suma de los esclavos. Mas, prescindiendo de estas inexactitudes, y aun dando por cierto el resultado de los censos, veamos cuáles son las proporciones en que están las distintas clases que componen la población de Cuba.

<i>Años</i>	<i>Blancos</i>	<i>Esclavos</i>	<i>Libres de color</i>	<i>Total de color</i>
1775	56 %	26 %	18 %	44 %
1791	49	31	20	51
1817	43	37	20	57
1827	44	41	15	56
1841	41 ½	43 ½	15	58 ½

Aparece, pues, que en 1775 la población blanca era muy superior a toda la raza africana. En 1791, aquélla empieza a perder su preponderancia numérica. En 1817 ya se rompe todo equilibrio, pues que la gente de color llega a 57 %. Sigue la desproporción en 1827; y viose entonces por la vez primera que los esclavos, por sí solos, casi igualasen a los blancos. Y tanto se ha ido inclinando la balanza hacia aquéllos, que ya éstos se hallan hoy reducidos a una dolorosa minoría.³²

Estas simples consideraciones nos indican cuan violento y peligroso es el estado de un pueblo en que viven dos razas numerosas, no menos distintas por su color que por su condición, con intereses esencialmente contrarios, y por lo mismo, enemigas irreconciliables. Y cuando para alejar el conflicto, que a todas horas las amenaza, hubiera debido ponerse el más constante empeño en dar un vigoroso impulso a la población blanca, ¿llega nuestro delirio hasta el punto de mantener abierto nuestro seno para recibir en él las arpías que más tarde pudieran desgarrarlo?

³² Según el censo de 1850, los blancos ascendieron a 479 491; los libres de color, a 171 733; y los esclavos, a 322 519. El total, pues, fue de 973 743, que agregados a las 50 000 almas en que se calculó la población flotante, se obtiene la suma de 1 023 743.

Si estos número fueran exactos, resultaría: 1° Que la población cubana, ora se cuente, ora se excluya la flotante, fue menor en 1850 que en 1841. —2° Que en esos nueve años, los blancos aumentaron; mas, los esclavos disminuyeron 113 976, excediendo aquéllos a éstos en 156 272. —3° Que los libres de color también aumentaron, y que reunidos a los esclavos, formaron el total de 494 252; es decir, 95 081 menos que las dos clases juntas en 1841. —4° y último, que a pesar de esta disminución, la población de color en 1850 todavía excedió a la blanca en 14 761.

Más previsión que nosotros, tuvieron nuestros mayores. Desde la primera mitad del siglo xvi, el emperador Carlos V, temiendo la muchedumbre de negros en sus posesiones del Nuevo Mundo, mandó que su número no superase la cuarta parte de la población, y que los blancos además estuviesen bien armados. El interés quebrantó tan saludable ordenanza; y los africanos, transportados a millares, siguieron cubriendo las tierras de América. Un siglo después deploró esta calamidad el entendido jesuita fray Alonso de Sandoval en su obra *De instauranda Æthiopum salute*, impresa en Sevilla, por la primera vez, en 1627; y en la parte I, libro 1, capítulo 27, se leen las siguientes palabras que yo quisiera ver grabadas en el corazón de todos los cubanos:

“No hay duda, sino que en las repúblicas cristianas se pueden permitir esclavos; lo que se pretende, es que las que tratan de buen Gobierno, deban atender a que el número de ellos no crezca demasadamente; porque, siendo excesiva la cantidad, ella misma provoca el alboroto, como les sucedió a los romanos, que por estar tan llenos de ellos, no pudieron impedir que se les levantasen 60 000 debajo del dominio de Espartaco, aunque los venció tres veces en batallas campales. Y el recelo que tuvo Faraón del pueblo de Dios, por verle multiplicar con tanto extremo, es argumento de que, por floridos que sean los reinos, no se deben tener por seguros de guerras serviles, mientras no procuraren sujetar los esclavos, y no estar a su cortesía. Por lo cual deberían poner tasa los magistrados, a quien toca, a la codicia de los mercaderes, que ha introducido en Europa, y no menos en estas Indias, caudalósísimos empleos de esclavos, en tanto grado, que se sustentan y enriquecen de irlos a traer de sus tierras, ya por engaño, ya por fuerza, como quien va a caza de conejos o perdices, y los trajinan de unos puertos a otros como holandas o cariseas. De aquí se sigue el daño muy considerable, de que se hinchen las repúblicas de esta provisión, con peligros de alborotos y rebeliones. Y así como la cantidad moderada se puede tratar sin estos escrúpulos, y con notables utilidades, comunes a esclavos y señores, el exceso es muy ocasionado a cualquier desconcierto”.

Estas palabras son una triste profecía de lo que ha sucedido en la vecindad de Cuba. La muchedumbre de esclavos, amontonados por un tráfico sin límites, perdieron a Santo Domingo, y Jamaica ha estado muchas veces al borde de su ruina. Sin detenerse en las largas y sangrientas lides que esta Antilla sostuvo contra sus negros en los siglos xvii y xviii, en sólo el primer tercio del xix ha experimentado cinco grandes insurrecciones. En la de 1832, que fue la última, murieron 200 personas en el campo de batalla, y casi 500 negros fueron ajusticiados. Los gastos y quebrantos sufridos ascendieron a más de 6 millones y medio de pesos fuertes, y el Parlamento inglés tuvo que votar un empréstito de 500 000 libras esterlinas a favor de los propietarios arruinados. Ja-

maica, en medio de sus desgracias, pudo consolarse con los auxilios que su rica metrópoli le proporcionó; pero, ¿quién enjugaría las lágrimas que Cuba derramase en sus horas de tribulación? España, enflaquecida con tantos desastres como ha experimentado, ningún socorro pecuniario podría dar a su colonia; y ésta en vano lo imploraría de países extranjeros, porque comprometida su existencia, todos la abandonarían, dejándola entregada a su fatal destino.

Bien conozco (al menos tal es mi juicio) que por alarmante que sea el número a que ya suben los negros en Cuba, si se les deja aislados y reducidos a sus propios recursos, no pueden destruir la raza blanca ni enseñorearse de la Isla, como sucedió en Santo Domingo. En nuestro favor están más de 400 000 blancos, un ejército valiente, una marina que puede prestar señalados servicios, los castillos y las plazas fuertes, el saber, la riqueza, la influencia que siempre da un gobierno organizado... en una palabra, todo el poder político, reunido a una gran fuerza material; y si, lo que Dios nunca permita, los dos elementos chocasen alguna vez, la victoria no sería dudosa. Pero esta misma victoria es la que debemos evitar, porque ella ocasionaría nuestra ruina. Las víctimas que cayeran bajo la metralla del cañón, esclavos nuestros serían; y nuestros campos, privados repentinamente de los únicos brazos que hoy los fecundan y enriquecen, tendríamos que llorar nuestra miseria sobre la misma arena del triunfo.

Aun sin apelar a las armas, ni dirigir sus ataques contra la vida de los amos, ¿no pueden fácilmente los esclavos, arrastrados de sus propios instintos, incendiar en una noche los hermosos campos de Cuba? Y después que los hayan convertido en cenizas, ¿se repararan los daños con el castigo? ¿No se agravan, por el contrario, con el suplicio de los mismos criminales?

Si el tráfico de negros continúa, ya en Cuba no habrá paz ni seguridad. Alzamientos de esclavos se han visto allí en todos tiempos; pero siempre han sido parciales, reducidos a una o dos haciendas, sin plan ni fin político, y sólo a impulso de la desesperación, o la venganza de un amo despiadado o un cruel administrador. Muy distinto es el carácter de los levantamientos que de 1842 a 1843 se han sucedido a muy cortos intervalos; y la última conspiración descubierta es la más horrible que nunca se ha tramado en Cuba, ya por sus vastas ramificaciones entre los esclavos y la clase libre de color, ya por el principio de donde nació, y por el término a que se encaminaba. Una feliz casualidad nos salvó de las desgracias que hoy lamentarían Cuba y España; pero ciertamente tendremos que deplorarlas, si no se da pronto término al contrabando africano. No es menester que los negros se levanten de un golpe en toda la Isla: no es menester que sus campos ardan todos de un extremo a otro en un solo día: movimientos parciales, repetidos aquí y allá, bastan

para destruir el crédito y la confianza. Entonces empezará la emigración, huirán los capitales, la agricultura y el comercio menguarán rápidamente, bajarán las rentas públicas, el vacío de éstas y las nuevas necesidades que impone un estado continuo de alarma, harán crecer las contribuciones; y aumentadas, por una parte, los gastos y disminuidas, por otra, las entradas, la situación de la Isla se irá complicando, hasta que llegue a su más terrible desenlace.

Los temores que nos inspira nuestra *situación interna* adquieren una magnitud espantosa, si volvemos la vista al horizonte que descubrimos.

Examinando las tablas de la población de las Antillas extranjeras en la última media centuria, aparece que, mientras los blancos han menguado, la raza africana ha crecido. Dejemos que hablen los números:

	<u>Años</u>	<u>Blancos</u>	<u>Disminución</u>
Antillas francesas ³³	1788	54 015	«
	1835	21 000	33 015
Antillas inglesas	1788	59 843	«
	1832	51 962	7 881 ³⁴
	Disminución total		40 896

Funesto es para Cuba este resultado, y mucho más lo será, cuando se contemple el cuadro de la raza africana en aquellas mismas Antillas.

	<u>Años</u>	<u>Libres de color</u>	<u>Esclavos</u>	<u>Total de raza africana</u>	<u>Aumento</u>
Antillas francesas	1788	31 293	673 487	704 780	«
	1835	799 000	174 398 ³⁵	973 398	268 618

33 Bajo este nombre incluyo a la Martinica, Guadalupe con sus dependencias, una parte de Santo Domingo, y a Santa Lucía, ocupada entonces por la Francia.

34 Esta disminución habría sido mayor, si la población blanca no se hubiese engrosado con la conquista de varias islas, que hizo Inglaterra después de 1791.

35 La gran disminución de esclavos y el gran aumento de libres provienen de que, con la revolución de Santo Domingo, los primeros pasaron a la clase de los segundos. Cuando acaeció aquella catástrofe, los esclavos llegaron, según *Moreau de Saint-Mery*, a 452 000; según *Byran Edwards*, a 480 000; y no faltó diputado en la *Asamblea Nacional*, que los elevase a 500 000. El censo que se hizo en 1824 en la parte francesa de aquella isla, dio un resultado de 935 335 negros. Júzgole muy exagerado; y reduciéndole, a pesar del tiempo transcurrido, a sólo 750 000, se conocerá que si en esto hay algún error, es más bien en menos que en más.

Antillas inglesas	1788	12 960	467 353	480 313	»
	1832	118 888	573 120	692 008	211 695
				Aumento total	480 313

Para dar a esta materia todo el grado de importancia que merece, presentaré en resumen una tabla de la población de todas las Antillas extranjeras en estos últimos años.

	<i>Blancos</i>	<i>Esclavos</i>	<i>Libres de color</i>	<i>Total de raza africana</i>
Antillas francesas	21 000	174 398	799 000	973 398
— inglesas	51 962	«	692 008	692 008
— holandesas	4 000	20 500	9 900	30 400
— dinamarquesas	3 000	30 000	3 000	33 000
— suecas ³⁶	1 000	6 500	1 500	8 000
Parte española de Santo Domingo ³⁷	26 000	«	110 000	110 000
Isla Margarita en 1820	1 500	12 000	3 500	15 500
	108 462	243 398	1 617 908	1 862 306

Si a este total formidable de 1 862 306 se agrega la numerosa población de color esparcida en el litoral de la antigua Colombia, y los 170 000 negros de las Guayanas inglesa, francesa y holandesa, y del golfo de Honduras, la situación de Cuba se presenta bajo un aspecto más alarmante. Y como si tanto no bastara, la república de Norteamérica, nos ofrece, en medio de sus libres instituciones, la dolorosa anomalía de tener reconcentrados en sus regiones meridionales, y como si dijéramos, a las puertas de Cuba, casi 3 millones de negros, de cuyo número yacen 2 millones y medio en dura esclavitud.³⁸

¿Quién, pues, no tiembla al considerar que la población de origen africano, que circunda a Cuba, se eleva a más de 5 millones? Aun limitando nuestros cálculos a las Antillas, con inclusión de Puerto Rico, su número pasa de 2 millones. Pero no es esto lo peor; esto sí, que habiendo los ingleses manumitido a sus esclavos, esta circunstancia reagrava

36 Moreau de Jonnés, en sus *Recherches statistiques sur l'esclavage colonial*, eleva la población de origen africano en las islas holandesas, dinamarquesas y suecas a guarismos mayores que los que yo ofrecí; pero como él confiesa que los censos de donde sacó sus datos, además de no ser exactos, algunos son de fecha remota, y como los esclavos han menguado en ellas de entonces acá, me ha parecido conveniente, para acercarme a la verdad, reducir aquellos números según las noticias más fidedignas que he podido recoger.

37 Ésta es la población que había en 1819. Ignoro si después se ha hecho otro censo.

38 Ya he dicho que hoy debe de haber más de 3 millones y medio de esclavos.

el estado de Cuba, no sólo por la importancia política que aquellos libertos van adquiriendo, sino por el aumento que han de tener; aumento que procede de dos causas: una, de la misma libertad en que se hallan, pues su nueva condición, al paso que les impone menos trabajo, les proporciona más medios de subsistencia. ¡Ojalá que Santo Domingo y otras Antillas no probasen superabundantemente esta verdad! La otra causa es la introducción de negros libres de la costa de África. La vez primera que los pidieron los colonos de algunas Antillas, el Gobierno inglés se opuso, fundándose en que este permiso fomentaría el comercio de esclavos en lo interior del África.³⁹ Pero arrastrado por el impulso de las sectas religiosas, ya en 30 de diciembre de 1840 tuvo que ceder, y en 1841 dictó tales medidas, que los negros libres de Sierra Leona, se hallaron en la alternativa, o de emigrar a las Indias occidentales, o de no percibir en lo adelante los socorros que hasta entonces les había suministrado aquel gobierno.⁴⁰ Posteriormente se han expedido nuevas órdenes para remover algunos obstáculos que se oponían a la fácil emigración africana.⁴¹ Los misioneros encontrando en los negros más docilidad, y por lo mismo más elementos de dominación religiosa que en los colonos blancos, dan la preferencia a la inmigración de origen africano. En los países españoles no se concibe hasta qué punto influyen, entre los ingleses, los principios religiosos. Hay una Inglaterra política, y una Inglaterra religiosa; y en muchos casos, aquélla se ve forzada a ceder a las exigencias de ésta. Mas, si dos grandes principios que mueven la Gran Bretaña, en vez de combatirse, se reúnen y conspiran a un mismo fin, entonces sus efectos serán proporcionales a la fuerza irresistible con que obran. Si las sectas religiosas hallan su interés en fomentar en las Antillas la introducción de libres africanos, el Gobierno británico también podrá hallar el suyo en favorecerla, pues que, de este modo, compromete más la existencia de las islas extranjeras, y aumenta los temores de los Estados del sur de la confederación norteamericana.

Tengamos, pues, por cierto que los negros han de crecer en aquel archipiélago, y que Cuba, para hacer frente al porvenir, no sólo debe terminar al instante, y para siempre, todo tráfico de esclavos, sino proteger con empeño la colonización blanca. Y esta colonización es preciso derramarla por toda aquella Antilla, dando la preferencia a los puntos que demandan mayor número de brazos para el cultivo, y a los que es-

39 Véase el despacho de lord Normanby, ministro de las colonias británicas, al gobernador Light, en 15 de agosto de 1839, inserto en el *Rapport sur les questions coloniales*, por Lechevalier, parte II, cap. VII, p. 236.

40 Despacho de lord John Russell al gobernador de Sierra Leona, en 20 de marzo de 1841.

41 Despachos del lord Stanley, ministro de las colonias, al gobernador de Sierra Leona, en 5 de junio y 10 de diciembre de 1843, y en 10 de febrero de 1844.

tán más amenazados de un enemigo exterior. Por esto debemos apresurarnos a fundar poblaciones en las costas del Norte, Este, y Sur del departamento oriental. En pocas horas se cruza el canal que separa esta región de Jamaica y Santo Domingo, islas que además de ser, después de Cuba, las más grandes de aquellos mares, son también las que tienen mayor número de negros, y más medios de aumentarlos. Mientras Jamaica cuenta hoy 362 000, y Santo Domingo 900 000, el departamento oriental de Cuba no puede contraponer a tan formidables números, sino 600 000 blancos.

Santo Domingo no ha ejercido hasta ahora una influencia política, proporcional a los altos números que representa su población. Las potencias europeas que poseen colonias en aquellos mares, miraron su revolución como un ejemplo peligroso; y temiendo el contacto de los rebeldes con los esclavos de sus islas, les cortaron toda comunicación, encerrándolos, por decirlo así, dentro de su propio territorio. Pero habiendo cambiado de política la nación más preponderante, y la que por su mayor número de esclavos tenía también más que perder, salvadas están para siempre las barreras que contenían a los haitianos; y establecidas ya relaciones mercantiles entre ellos y los negros de las Antillas inglesas, se ha comenzado una nueva era en los fastos del archipiélago americano.

Dicta, pues, la prudencia, que nos aprovechemos de las circunstancias en que hoy se encuentra aquel país, para neutralizar, con política previsora, en cuanto sea dado al Gobierno español, la influencia de la raza negra dominicana en la tranquilidad futura de nuestra Isla.

Partida en dos la de Santo Domingo desde el siglo xvii, la parte francesa consumó, a fines del pasado, la funesta revolución que todos conocen. La parte española, a pesar de las vicisitudes que sufrió, se mantuvo fiel a su metrópoli, hasta el año de 1822, en que proclamó su independencia; pero esta independencia fue nominal, porque su peligroso vecino, mucho más fuerte que ella, le hizo sentir muy temprano su precaria condición. Con las nuevas revueltas de la parte francesa, la española ha sacudido el yugo que aquélla le impusiera, y proclamado por segunda vez su independencia. España, que no la ha reconocido todavía, tiene un derecho incontestable a someterla con la fuerza. ¿Pero es de su interés el hacerlo? Aunque en la parte española hay más negros que blancos, éstos fueron los que se alzaron en años anteriores, y los que ahora también se han puesto a la cabeza de la nueva insurrección. Esta circunstancia le da un carácter de suma trascendencia, porque la isla, no sólo queda dividida en dos gobiernos independientes, sino en dos gobiernos de origen contrario, pues que uno representa el principio *blanco*, y otro el principio *negro*. Si España, en vez de hostilizar, deja tranquila, y protege con su reconocimiento tácito, o expreso, la parte española, el go-

bierno de ésta se podrá consolidar, y la raza blanca adquirir con el tiempo una fuerza material y política, de que hoy carece. De este modo se presenta a la parte francesa un rival que, ya por la diversidad de razas, ya por la diferencia de lenguas, podrá inquietarla, mantenerla en continuo sobresalto, y alejar los temores de cualquier tentativa que contra Cuba pudiera concebir. Pero si se sigue una conducta contraria, no sólo se debilita la parte española, sino que se corre el riesgo de que se eche en los brazos de su vecina para buscar en ellos amparo y defensa contra España. Con este paso se fortificaría a nuestro enemigo, se establecería la unidad donde hoy reina la división; y como las hostilidades, por una parte, engendrarían en el corazón de aquellos isleños odio contra el Gobierno español, y, por otra, se trataría de impedir que éste las renovase, la tranquilidad de Cuba pudiera verse gravemente comprometida.

La política colonial de 1844 no es la que regía al principio de este siglo. Desde que Inglaterra abolió la *trata*, todas las metrópolis europeas debieron prever la trascendencia de esta medida, y prepararse con tiempo a la mutación que tarde o temprano había de acaecer. Las bases de la propaganda que aquella potencia empezó a predicar, se asentaron con firmeza en el Congreso de Viena; y de entonces acá, las naciones europeas y americanas, unas voluntariamente, otras con más o menos repugnancia, todas han condenado el comercio de esclavos africanos; y tal ha sido la fuerza de este impulso arrastrador, que hasta el *bey* de Túnez le ha abolido ya en sus Estados.

Si a la cesación de la trata se hubieran limitado los esfuerzos de la Gran Bretaña, la continuación del contrabando de negros en Cuba no iría acompañada de los graves males que hoy pesan sobre sus destinos. Pero aquella nación, ora movida por sentimientos religiosos, ora combinando éstos con sus futuros intereses, dio en 1834 un golpe tan atrevido, que mientras ella consolidó su dominación en sus Antillas, hizo temblar por los cimientos muchos países americanos, que de repente se encontraron entre los peligros del ejemplo que se les presentaba, y la enorme dificultad de imitarlo.

Francia lucha por salir de la posición desventajosa en que se halla, no tanto por principios de humanidad, cuanto por una política previsora; y a pesar de que sus esclavos, en América, no llegan a 200 000, y de que cuenta con inmensos recursos para someterlos en caso de rebelión, lejos de aumentarlos con nuevas introducciones, ya se prepara a seguir las huellas de su rival. Dentro de poco tiempo, la tribuna francesa nos ofrecerá un solemne debate, y sus ecos penetrantes resonarán hasta en las playas y en los montes del Nuevo Mundo⁴² Por la misma senda se

42 La emancipación de los esclavos de las Antillas francesas se decretó violentamente, poco después de haberse proclamado la República en 1848.

dispone a marchar la Dinamarca. En el entretanto, las sociedades abolicionistas se extienden, y redoblan sus esfuerzos. Además de las que existen en la Gran Bretaña y en Francia, se ha establecido una en la isla de Malta para propagar sus máximas en los pueblos septentrionales del África. En Holanda se han fundado dos, una en La Haya y otra en Rotterdam, con el fin de llevar la emancipación a las colonias holandesas. Años ha que el germen de estas ideas fermenta en los Estados Unidos. Las provincias del Norte predicán la libertad, las del Sur sostienen a todo trance la bandera de la esclavitud, y el mundo espera con ansia el desenlace del drama que se prepara en aquella confederación.

Acogidos estos principios por las naciones más ilustradas y poderosas de la tierra, y difundidos por la prensa, el comercio, el entusiasmo religioso, los cálculos de la política, y aun por el vano espíritu de la moda, precisamente, han de ensanchar la esfera de su acción. Y cuando tenemos delante perspectiva tan horrible, ¿osaremos todavía con codicia tan ciega que ya toca en estupidez, importar nuevos esclavos africanos en nuestra Cuba? ¿Nos esforzaremos en internarnos más en la senda misma de donde el mundo todo va retrocediendo?

En 1817 juramos poner fin a la *trata*, desde el 30 de mayo de 1820; y sellamos nuestro juramento con el nuevo tratado de 1835. Ligados por este doble vínculo, y aun por las leyes del honor nacional, ¿podremos eximirnos del cumplimiento de tan sagrados deberes? ¿Quién responde que Inglaterra, armada con el derecho indisputable que le hemos dado de reclamar las infracciones de esos mismos pactos, siempre se encerrará dentro de los límites de la estricta justicia? ¿No podrá abusar de él, asestando contra Cuba las formidables baterías con que puede destruirla en una hora? Pensemos día y noche, pensemos a cada instante, que tenemos que haberlas con la nación más poderosa en la guerra, y acaso la más hábil en la diplomacia; y que no nos es dado resistirla, ni en los campos de batalla, ni en las intrigas del gabinete.

A España interesa sobremanera la conservación de Cuba, no sólo por los millones de duros que de ella recibe anualmente, y las ventajas que saca su comercio y navegación, sino por la influencia política que puede ejercer en el continente americano. Véase a cuánto ascendió en los tres últimos quinquenios el comercio en bandera española con la isla de Cuba.

		<u>Año común</u>	<u>Aumento</u>
Quinquenio de 1826 a 1830	Importación	1 810 000 duros	«
	Exportación	1 779 000	«
de 1831 a 1835	Importación	7 198 000	298 %
	Exportación	3 056 000	41
de 1836 a 1840	Importación	10 956 000	52
	Exportación	4 378 000	43

Veamos ahora cuál fue la navegación en buques españoles de España a Cuba, y de Cuba a España.

En el quinquenio de 1826 a 1830:		
entraron en año común	323 buques	
Su porte en toneladas	26 734	
Buques que salieron	306	
Su porte en toneladas	22 367	
		<i>Aumento</i>
Quinquenio de 1831 a 1835 en año		
común, entraron buques	710	120 %
Su porte en toneladas	70 149	163
salieron buques	622	103
Su porte en toneladas	65 426	192
Quinquenio de 1836 a 1840 entraron		
buques en año común	825	16
Su porte en toneladas	90 740	29
Salieron buques	758	22
Su porte en toneladas	83 052	27

Con la independencia de América, las Antillas han adquirido una importancia política que antes no tenían, pues los nuevos Estados que han nacido en aquel continente, están llamados por la Providencia a ocupar un alto puesto entre las naciones del globo. Inglaterra, Francia, Holanda, Suecia y Dinamarca están representadas en aquellas regiones por medio de las islas, y otros puntos que ocupan. España todavía conserva un resto precioso del grande imperio que allí perdió; y apoyada en Cuba, podrá aumentar y proteger el vasto comercio que abrirá con las que fueron sus colonias. Al paso que España se vaya robusteciendo, podrá ir desplegando su influencia en aquellos nuevos Estados; y como la posesión de Cuba le pone en las manos la llave del golfo mejicano, podrá cerrar la entrada en aquellas aguas, y aun extender su acción al Sur y al Norte del continente. Pero si pierde a Cuba, pérdida que llevará consigo la de Puerto Rico, quedará privada de las ventajas que hoy disfruta, y de los inmensos beneficios del porvenir. Y mientras otras naciones se disputarán las riquezas de América, desde las colonias que allí poseen, España, confinada a Europa, pasará por el tormento de verse excluida, para siempre, del espléndido teatro que ella misma abrió a los ojos del mundo, y en que, por más de tres siglos, ostentó su gloria y su poder.

Si Cuba fuera menos interesante, no debería temerse tanto por ella; pero sus riquezas naturales, sus puertos magníficos, y más que todo, su

situación geográfica, la hacen muy envidiable. De aquí los sordos manejos y oscuras maquinaciones que se pueden urdir para arrancársela a España; mas, de aquí también el empeño que ésta debe poner en conservarla. ¿Y acaso se logra este fin, haciéndola cada día más y más vulnerable a los ataques de sus adversarios? ¿Se consigue, fomentando los elementos de discordia, y engrosando el número de los que siempre estarán dispuestos a reunirse con los enemigos de España?

Aun dejando a Cuba tranquila, el choque entre algunas potencias puede agravar terriblemente su condición. Una guerra entre Francia y la Gran Bretaña puede causar graves trastornos en las Antillas francesas. Un rompimiento entre los Estados Unidos y su antigua metrópoli puede dar origen a la sublevación de los esclavos de aquella república. Y estos funestos ejemplos producirán en Cuba perniciosas consecuencias.

Afortunadamente, ninguna guerra amenaza hoy a España. En amistosa relación está con todos los pueblos; pero el mar político es muy proceloso, y el deseo de vivir en paz no siempre basta para disfrutarla. Suspirando por ella, hay casos en que una nación se ve forzada a la guerra. Mil incidentes imprevistos pueden nacer, 1 000 pretextos se pueden buscar para arrastrar a España a los combates. ¿Y cuál no sería su consternación por la suerte de Cuba, si se hallase en una lucha con Francia, y particularmente con Inglaterra? Ésta invadiría aquella Antilla desde Jamaica, y las tropas invasoras serían por su color y por su origen, las que encontrasen las simpatías de más de 600 000 habitantes de Cuba. ¡Cuán cierto es que, si esta Isla depende de España, esta misma dependencia, por el estado actual de las cosas, es hasta cierto punto la esclavitud de su metrópoli, pues su política con las potencias fuertes tiene que atemperarse, y aun someterse a los temores que le inspira la condición de Cuba!

Muchos se alucinan con la idea del equilibrio político, creyendo encontrar su seguridad en que ni los Estados Unidos podrán apoderarse de Cuba, porque Inglaterra y Francia lo impedirán, ni tampoco ninguna de estas potencias, porque las otras dos se opondrán. Yo confieso que a mí no me tranquiliza esta idea. Cuba es de tal importancia, que su posesión bien vale una guerra; y no me parece muy exacto el pensar que, si desgraciadamente se turbase la paz entre Inglaterra y España, aquélla dejaría de hostilizar a Cuba, y aun de hacer tentativas para ocuparla, tan sólo por temor a los Estados Unidos, que son los que tienen en la cuestión un interés mucho más grande que Francia. No sería improbable, que Inglaterra trabase nueva lucha con ellos, y siendo Cuba el campo donde se librarán los combates, su destrucción sería inevitable. Perdida entonces para los cubanos y para España, ¿qué importa a ésta, ni a aquéllos, que el deseado equilibrio se conserve, o que Cuba caiga en poder de cualquiera de las naciones beligerantes? Dos casos muy dife-

rentes hay que distinguir aquí: uno, que la Isla pase de la dominación de España a la de otra potencia; y otro, que sin pasar a la de ninguna, deje de pertenecer a ella. Lo primero es más difícil; porque, según acabamos de decir, la nación conquistadora podría encontrar resistencia de otros rivales: pero lo segundo no presenta tantos obstáculos. Protestando solemnemente la nación enemiga, dando garantías a los gabinetes interesados de que no se ocupará la Isla, sino que solamente se reducirá a hostilizar a España, derrocando allí su poder, y que después que lo haya conseguido, Cuba se declare *país hanseático*, o se someta al *protectorado* de las principales naciones marítimas, en este caso también, Cuba se pierde para España.

Aun, sin que truene el cañón europeo, y cubriéndose con el velo de la amistad, una nación que quiera perder a Cuba, ¿no podría sordamente influir en que ya por este, ya por aquel motivo, alguno de los gobiernos de América provocase a España hasta el extremo de una guerra, para que Cuba fuese la víctima, no apoderándose de ella, sino dando la mano a sus enemigos internos? Dos años ha que el Gobierno español envió contra Haití las fuerzas marítimas del apostadero de La Habana, para exigirle reparación del ultraje que un buque de aquella república había hecho al pabellón castellano. Por fortuna, Haití estaba de buena fe; pero si hubiese sido instigada a cometer aquel insulto por alguna potencia; si, obedeciendo al mismo impulso, se hubiese resistido a toda satisfacción; y si, llevando adelante el proyecto de dañarnos, hubiese redoblado sus insolentes agresiones, ¿en qué aprieto tan terrible no se habría encontrado Cuba? No nos engañemos con la debilidad actual de los Estados americanos. En el caso a que aludo, no faltaría quien les diese auxilios,⁴³ y aun sin ellos, siempre podrían hacernos un mal incalculable, porque contra Cuba, tal cual la han parado sus íntimas relaciones con Guinea, hasta los más débiles, son fuertes y terribles.

La continuación de la *trata* es un proceso criminal, abierto contra Cuba. Hasta ahora, Inglaterra sólo ha desempeñado el oficio de fiscal; pero de un día a otro puede revestirse del carácter de juez, y de juez inexorable. De esta transformación ya vimos una sombra en los memorables acontecimientos de 1840. En 25 de mayo de aquel año, el gabinete inglés mandó a su embajador en Madrid, que pasase al Gobierno español una nota, pidiéndole que ampliara las facultades de la *comisión mixta*, residente en La Habana, para que procediese a la pesquisa y libertad de todos los negros introducidos en Cuba desde el 30 de octubre de 1820. Igual instancia renovó en 17 de diciembre del mismo año; y

43 La exactitud de esta reflexión acaba de confirmarse con las tristes desavenencias ocurridas entre Méjico y España, pues los Estados Unidos desean un rompimiento para mezclarse en la cuestión, y hostilizar a España, cubiertos con el pabellón mejicano.

en 20 de enero de 1841, contestó el gobierno de Madrid que, siendo el asunto de muy grave naturaleza, debía oír, antes de resolverlo, a las autoridades de Cuba. Estas ocurrencias causaron en La Habana una sensación profunda; y como no hay cosa que reúna más las opiniones que la identidad de intereses, los blancos todos, de aquende y allende el mar, formando una masa compacta, no sólo se opusieron a las pretensiones británicas, sino que, *entre los mismos europeos*, hubo algunos muy influyentes y acaudalados que concibieron el proyecto de emancipar a Cuba, si la metrópoli asentía a los deseos del inglés. Cumple a mi propósito transcribir aquí las notables palabras de un Ayuntamiento tan fiel como el de La Habana, en la representación que elevó al Gobierno Supremo en aquellas críticas circunstancias:

“Esa dependencia será perpetua, si se conservan los elementos de orden, que por fortuna existen en la inviolabilidad de las propiedades; será perpetua, cuando el gobierno ilustrado de España extienda su mano protectora a este país; y si sus habitantes han sabido resistir al ejemplo, y aun a las sugerencias de otros puntos de América; si han sabido, en defensa del gobierno, derramar su sangre, e invertir cuantiosas sumas de pesos, no sólo en Europa, sino en las vecinas provincias de los que antes eran sus hermanos, no podrá haber temor alguno de que desmientan su acrisolada fidelidad sino en el caso, *imposible en justicia*, de que hayan de ceder a la imperiosa ley de su propia conservación”.

El gobierno conocerá cuán peligroso es que en un país donde nadie piensa en independencia, porque todos conocen que no puede haberla, se formen tales planes, bajo cualquier pretexto que sea; y mucho más, que estos planes sean engendrados en el corazón de opulentos peninsulares. El cielo sabe cuán distante estoy de acriminar la intención de sus autores; pero del error en que cayeron, y del funesto ejemplo que presentaron, la causa debe atribuirse a la tenaz y escandalosa continuación del tráfico de negros. Sin este contrabando, el gabinete inglés jamás habría pasado aquella nota, ni Cuba sufrido tanta angustia ni consternación. Sé muy bien que en este particular se atribuyen miras siniestras a los ingleses. Lejos de encargarme de su defensa, detesto con toda la indignación de mi alma las tentativas criminales de los malvados que pensaron inundar en la sangre de mis hermanos el suelo en que nací. Si en Cuba hay una humanidad *negra*, también hay otra humanidad *blanca*, muy superior a la primera por muchos títulos sociales, y por lo mismo más digna de la vida y bienestar.

Pero volvamos a la nota del Gobierno inglés, que es punto que interesa, y empecemos por preguntar: Si el ministerio que entonces gobernaba en Inglaterra no hubiese caído, y si, como es de presumir, se hubiese empeñado en llevar a cabo su pretensión; o si, aun después de caído, el de su sucesor la hubiese renovado, ¿qué sería hoy de la isla de

Cuba? ¿Y qué será, vuelvo a preguntar, si aquel gabinete revive su primer proyecto, y se propone realizarlo? Y no se piense que ésta es una suposición sin fundamento. Persuadido estoy a que, si la *trata* cesa, el Gobierno inglés se dará por satisfecho, y el negocio quedará sepultado en el olvido; pero también creo que si el tráfico sigue, aquella pretensión podrá renacer con más fuerza, y bajo de una forma más peligrosa. Queridos compatriotas, cuando me hallo en este momento con la pluma en la mano defendiendo vuestros intereses, no es posible que yo os engañe; y mi conciencia me grita que lo haría, si no os revelase toda la verdad. Permitid, pues, que la diga, no para su desahogo, sino para vuestro provecho, un hombre que ha dado un adiós eterno a su cara patria, y que está resignado a morir en la tierra extranjera. No penséis que aquella borrasca se ha deshecho ya; aun corre sobre vuestras cabezas la espantosa nube que os lanzó aquel rayo; y si dudáis de mis palabras, oíd las que el Ministro de Estado de la Gran Bretaña dirigió al embajador español en Londres en la nota de 12 de febrero de 1842:

“El infrascrito [lord Aberdeen] suplica al general Sancho que manifieste a S.A., el regente, que el gobierno de S.M. *no trata al presente* [do not intend at present] de apremiar al gobierno de España acerca de la cuestión de un tratado con el objeto de examinar en general la condición de los negros en Cuba, etcétera”.

Las palabras *no trata al presente*, descubren los planes que abriga el gabinete de Saint James, y a efecto los llevará, si obcecados los españoles siguen marchando por la senda que hasta aquí. Pero se me dirá que, aun cuando la *trata* continuase, España jamás accedería a las aspiraciones de Inglaterra; y que si accediese, entonces es llegado el caso de que todos los blancos reunidos proclamen la independencia de Cuba.

Que el Gobierno español opondrá la más firme resistencia a las pretensiones británicas, sinceramente lo creo, pues que su consentimiento envolvería desastrosos resultados. Pero, ¿no podría Inglaterra suscitar a España dificultades y embarazos hasta conducirla a una crítica situación? ¿No podría escoger el momento de un gran conflicto, en que, aun a los ministros más leales, fuese moralmente imposible resistir? No olvidemos que la misma España, y también Francia y Portugal se negaron por algunos años a la abolición de la *trata*, y que todas al fin prestaron su consentimiento, ya por las urgentes instancias del gabinete inglés, ya por el cambio en las ideas de aquellos mismos gobiernos. Pero admitamos que España se mantenga inflexible en su oposición, y que la *trata* no haya cesado todavía: ¿no es muy probable que, irritado el orgullo de la poderosa Albión, y prevalida del derecho que le dan los tratados, dicte a España un *ultimatum terrible*, en que le diga: *O accedes a lo que te pido, o te declaro la guerra?* ¿Qué hará entonces el Gobierno español? ¿Persiste en su resistencia? He aquí la guerra, y con ella la ruina inevi-

table de Cuba. ¿Cede, por evitarla? Mas, Cuba, ¿qué partido tomará en este caso? ¿Obedecerá a España? Su prosperidad recibe un golpe mortal, y las consecuencias políticas pueden ser de funesta trascendencia. ¿Resistirá, y se declarará independiente? Mas, los que han concebido este plan, ¿piensan que así se salvan del naufragio? ¿No ven que semejante paso es el medio más infalible que los lleva a su perdición? Porque, prescindiendo de lo ominoso que sería proclamar una independencia a nombre de la esclavitud, y teniendo sólo por móvil la esclavitud, a España ninguna nación puede disputarle el derecho de reconquistar a Cuba. Si careciera de recursos, el gabinete inglés se los proporcionaría en abundancia; la Isla se vería invadida por su misma metrópoli; y encendida la guerra, España se mataría con su propia mano, clavando en las entrañas de Cuba el puñal con que la armara la astuta Inglaterra.

En conclusión de todo lo dicho se deduce, que, si los habitantes de la isla de Cuba quieren conservar los esclavos que hoy poseen, es preciso que para siempre se abstengan de todo tráfico africano. Cerrando las puertas a nuevas introducciones de negros, quedan abiertas para los blancos; y con ellos, al paso que aumentaremos el número de nuestros amigos, disminuirémos el de nuestros enemigos. Cumplamos religiosamente los tratados que nos ligan con la Gran Bretaña, pues que a ello nos impelen, más que nuestro honor, nuestra conservación. Con esta prueba de lealtad, desarmaremos la cólera del gabinete que hoy turba nuestro reposo; y libres de su peligrosa intervención, si el tiempo nos llamare alguna vez a resolver un gran problema, entonces, apoyados en el gobierno de nuestra metrópoli, y entregados a nuestras propias inspiraciones, podremos hacerlo con prudencia y con acierto, consultando sólo nuestro bien y la honra de nuestra patria.

APÉNDICE



París, 15 de febrero de 1845.

I

Estando ya en prensa este papel, llegaron a mis manos los periódicos de Madrid de fines de enero y principios de febrero, que contienen el interesante debate del Congreso español sobre el proyecto de ley penal contra los traficantes de esclavos de la costa de África.⁴⁴ No entraré en el examen de esta discusión; pero la justicia exige que felicite al gobierno de S.M., y en particular al señor ministro de Estado don Francisco Martínez de la Rosa, no sólo por ser autor de aquel proyecto, sino porque ésta es la vez primera que, en cuestión tan importante como la de la *trata*, el gobierno español, comprendiendo los verdaderos intereses de la isla de Cuba, ha condenado *francamente* el contrabando africano, como contrario a la religión y a la filosofía, y como incompatible con la seguridad de aquella Antilla. Llevado del mismo sentimiento de justicia, aplaudo y recomiendo el acertado y luminoso discurso que el señor Olivan pronunció en la sesión del 29 de enero. Igual elogio quisiera tributar sin reserva al informe que el señor Pacheco, uno de los miembros más distinguidos de las Cortes, leyó en la sesión de 24 de enero, a nombre de la comisión encargada de dar su dictamen acerca del mencionado proyecto. Pero si bien encuentro ideas que celebrar en aquel notable documento, también hallo otras en que no convengo; y dejarías correr todas en silencio, si no considerase que algunas de ellas son de mala trascendencia, ya para la historia del tráfico, ya en sus aplicaciones a Cuba. Mis observaciones, sin embargo, serán muy breves, y sólo les daré la extensión de que son susceptibles, si alguno las pusiere en duda.

1^a Equivócase la comisión, cuando dice, que el venerable fray Bartolomé de las Casas fue el promovedor del comercio de negros en Indias. Mucho se ha disputado sobre este punto; pero la verdad se ha puesto ya en claro, y la historia ha absuelto a Las Casas del pecado que se le impu-

44 Véase el apéndice II.

taba: baste decir, que los primeros negros no se llevaron a Indias, sino a fines del siglo xv; que continuaron introduciéndose en los años posteriores, y que fray Bartolomé no propuso que trasladasen algunos a ellas, sino en 1517. Las Casas, pues, no fue el promovedor del tráfico, y su pecado sólo consistió en pedir que entrasen en aquellas partes algunos negros más, después de establecido aquel comercio.

2ª Es muy sensible, que personas tan ilustradas como las que componen la comisión, hayan calificado las ideas, emitidas en el Congreso de Viena contra el tráfico africano, de *teoría trastornadora, que lanzó la alarma y la destrucción en la sociedad de las Antillas españolas*. Con términos, no menos duros, reprueba el tratado concluido entre España e Inglaterra en 23 de septiembre de 1817, y, según su lenguaje, la comisión quisiera que aun continuase la trata. Verdad es que pide que cese; pero lo pide, no por un sentimiento sublime de religión y de moral, sino por ser una triste necesidad, emanada de los tratados pendientes, los cuales deben deplorarse como una calamidad para las colonias hispanoamericanas. ¡Cuán distinta y cuán noble es la actitud que ha tomado el gobierno en este solemne debate! Preséntase a combatir el tráfico, no sólo en cumplimiento de compromisos diplomáticos, sino a nombre de un principio más elevado, a nombre de la justicia y de la humanidad: véase lo que dijo el digno órgano del gabinete español en la sesión del 27 de enero: “Ahora en general, señores, cuando se habla de la abolición del tráfico de negros, cuando se habla de disposiciones adoptadas por otras potencias, nuestra suspicacia se dirige a buscar un móvil político e interesado, una mira ulterior. Pero si esto es exacto, es necesario también reconocer y confesar, que todos los principios de justicia y de beneficencia, que todas las luces de la filosofía y el espíritu del siglo están conformes en esta cuestión. Puede decirse que la abolición del tráfico de negros no nació de una idea interesada; fue el resultado de las luces de la filosofía, fue el resultado de los principios regeneradores que tanta influencia ejercieron en aquella época en la Europa, y que vinieron a introducirse hasta en la misma España”. Un celo laudable por la suerte de las colonias españolas extravió, sin duda, a la comisión en punto tan esencial; pero no habiendo tenido tiempo suficiente para enterarse a fondo en la materia; ignorando, por lo mismo, todas las atrocidades que se cometen en el tráfico africano, y de las que hizo una breve pintura el señor Olivan; y creyendo, aunque infundadamente, que sin nuevos esclavos Cuba y Puerto Rico perecerían, no sólo es disculpable, sino bajo ciertas consideraciones plausibles, la equivocación que padeció.

3ª Afirma la comisión, que desde 1713 hasta nuestros días el Gobierno inglés ha gozado de la *prerrogativa y exclusión* del tráfico de negros en las colonias españolas, en virtud del tratado de Madrid de 26 de marzo de aquel año, prorrogado posteriormente en estipulaciones particulares.

Permítame la comisión que le observe, que el tratado a que alude, después de haber tenido algunas interrupciones, a causa de las guerras entre Inglaterra y España, cesó por otro que se celebró en Madrid el 5 de octubre de 1750, y que nunca después se prorrogó aquel monopolio a favor del Gobierno inglés, ni de ninguna compañía inglesa. Aun desde 1740, la *Compañía Mercantil de La Habana* obtuvo permiso para introducir negros, y siguió importándolos en Cuba de tiempo en tiempo, hasta el año 1766. En este intervalo, también el Gobierno español ajustó varios *asientos* con súbditos españoles, y en 1773 se hizo la contrata con el marqués de Casa Enrile. Concluida que fue, Carlos III facultó a sus súbditos de América, para que se surtieran de negros de las colonias francesas: y hasta 1784 no volvemos a oír sonar el nombre de ninguna contrata inglesa, en cuyo año se permitió a Baker y Dawson, comerciantes de Liverpool, no un asiento como el de 1713, sino sólo introducir 4 000 negros en dos puntos de América; permiso que fue renovado con más extensión en 1786 y 1788. Ya desde 1789 se concedió indistintamente a españoles y extranjeros la libre facultad de introducir negros, por dos años, la que fue prorrogada repetidas veces, hasta que, al fin, se declaró libre del todo el comercio de esclavos africanos. Estos simples datos manifiestan que la comisión no tuvo fundamentos para decir, que el Gobierno inglés ha gozado desde 1713 hasta nuestros días de la *prerrogativa y exclusión* del tráfico de negros en las colonias españolas.

4ª Para suplir la falta de brazos en Cuba y Puerto Rico, la comisión propone, como eficaz recurso, la inmigración de negros libres. Yo no puedo negar el asombro que me causa semejante propuesta. ¿Ignora la comisión las disposiciones vigentes acerca de este asunto? Y si a su noticia llegaron, ¿por qué no se dignó de tomarlas en consideración, ya que su voto es tan contrario a ellas?

Desde las revueltas de Santo Domingo, los capitanes generales de Cuba empezaron a dictar algunas medidas, y tan grandes fueron sus temores, que se extendieron aun a los esclavos. El bando publicado en La Habana en 25 de febrero de 1796 prohibió bajo de ciertas penas la introducción de esclavos que hubiesen vivido en las colonias extranjeras. Igual prohibición renovó el general Vives por la circular de 9 de julio de 1829, que fue aprobada por Real Orden de 8 de octubre del mismo año. Reiteráronse las prohibiciones en 6 de agosto de 1831, y en 28 de julio de 1832, a consecuencia de la alarma que difundió en Cuba la situación de Jamaica. Creciendo siempre los temores, la Real Orden de 12 de marzo de 1837 recomendó que por ningún motivo ni pretexto se introdujesen negros libres en Cuba. Práctica había sido hasta entonces, que todos los de esta clase que allí llegaban, de cualquier nación que fuesen, bien como pasajeros, ya como marineros o criados de los buques, se pusiesen en custodia en un lugar seguro, hasta la salida del

barco que los condujo; pero una circular del general Ezpeleta, en 12 de junio de 1838, mandó, además, que el capitán o el consignatario del buque, a cuyo bordo se encontrase algún negro o mulato *libre*, prestase una fianza de 1 000 pesos, de que éste no desembarcaría; y en caso de no otorgarla, se procediese como antes, poniéndolo en arresto, hasta que saliese del puerto en la misma nave que lo importó.

Pero supongamos que no existiese ninguna prohibición: ¿será buena política introducir en Cuba gente libre de color? Aunque a esta pregunta responde toda la SEGUNDA PARTE de este papel, quiero dar todavía un paso más adelante. ¿Ignora la comisión, que los peligros de Cuba, no tanto provienen de los esclavos, cuanto de la muchedumbre de negros y mulatos libres? ¿Ignora que algunos de éstos han sido los principales instigadores de los últimos acontecimientos de Cuba? ¿Ignora que el gobierno de esta Antilla acaba de lanzarlos, a decenas de su territorio? La comisión no indica los lugares de donde se han de importar en Cuba los negros libres. ¿Será de África? Y puestos en contacto con los esclavos, sus compatriotas, ¿no se establece un contraste revolucionario entre hombres que, a la semejanza de color reúnen la comunidad de origen, de usos y costumbres, y aun en muchos casos la identidad de idiomas? ¿Será la procedencia de las colonias extranjeras? El mal es infinitamente más grave, pues aquellos negros son más ilustrados que los africanos, llevan en su corazón el germen de la *propaganda*; y pueden emplearse eficazmente para sublevar los esclavos de Cuba. Ya que se cita el ejemplo de Inglaterra, tratemos de imitarla. Si ella introduce hoy negros libres en sus colonias, es porque ya no tiene esclavos en ellas; pero mientras los tuvo, nunca abrió la puerta a aquéllos, y bien supo impedirles toda comunicación con Santo Domingo. Igual prohibición existe también en algunos de los Estados de la Confederación Norteamericana, en que hay esclavitud. Lo que se debe extrañar es, que siendo el pontón inglés en La Habana, a los ojos de la comisión, un principio perdurable de alarma, no para el tráfico de negros, sino para la esclavitud interior de la Isla, puesto que su tripulación se compone de negros libres, aunque *incomunicados* con los de tierra, esa misma comisión, sin embargo, pida que se introduzcan allí hombres de esta especie, en absoluto contacto con los esclavos.

Aun prescindiendo de principios, este punto presenta en la práctica dificultades tan grandes, que rayan en lo imposible. Todos los indicios que bastan para apresar un buque como sospechoso de hacer el contrabando africano, esos mismos, o casi todos se encontrarán en otro cualquiera que se emplee en el transporte de negros libres. Si el uno lleva muchas camas o tarimas, muchos víveres, muchas pipas de agua, grandes calderas para cocinar, etc., el otro también lleva los mismos artículos. ¿Cómo, pues, distinguir entre el buque que navega furtivo y de contrabando, y el que surca los mares en pos de libres africanos? Y aun cuando esta distinción pudiera

hacerse, ¿cómo se convence al Gobierno inglés de que los negros que se embarcan para Cuba, son enteramente libres, y que emprenden el viaje por su propia voluntad? ¿Cómo inspirarle la confianza de que tales colonos no podrán ser esclavizados en Cuba? Tan difícil, tan escrupuloso es aquel gobierno en esta materia, que véase aquí lo que sucedió en idénticas circunstancias. Holanda acostumbraba sacar de la costa de África algunos negros para destinarlos al servicio de las armas en sus posesiones del Asia, no como esclavos, sino en calidad de libres: pues a pesar de esto, y de que jamás redujo a esclavitud ni a uno solo de estos africanos, el gabinete inglés, fundándose en que la *prima* o recompensa que Holanda pagaba en África, era una venta o un verdadero tráfico, reclamó tan repetidas veces, desde 1836, que al fin aquella nación renunció en 1841 al sistema de reclutar africanos. Aún hay más. La vez primera que los hacendados de las Antillas inglesas, después de haberse proclamado en ellas la ley de emancipación, pidieron negros libres de África, el gobierno se opuso alegando que la exportación de ellos sería un medio de fomentar la trata. Y si esto hizo respecto de sus mismos súbditos y de sus mismas colonias, ¿qué no hará respecto de los extraños? Ciertamente es, que por último accedió a los deseos de aquellos hacendados; pero fue después de haber tomado precauciones, para que en ningún caso se exportase africano que no fuese completamente libre, y gozase de la misma libertad en la colonia donde fuese introducido. La comisión desea, con un patriotismo que la honra, que el pabellón español recobre su antigua independencia; pero ella debe conocer que, pidiendo negros libres para Cuba, no hace otra cosa que complicar más las cuestiones, aumentar los compromisos, y dar margen a que la intervención de Inglaterra no sólo se ejerza en los mares, sino que se extienda con nuevas pretensiones hasta nuestro territorio cubano.

II

En el artículo 2º del tratado concluido en 28 de junio de 1835 entre el Gobierno español y el inglés para poner término al contrabando de esclavos africanos, se estipuló, que dos meses después del canje de las ratificaciones se promulgaría en todos los dominios españoles una ley que castigase severamente a todos los súbditos de S.M. Católica, que bajo de cualquier pretexto tomasen parte alguna en ese contrabando. Muchos años pasaron sin que la tal ley se hubiese promulgado; y cuando trató de hacerse, a instancias del gabinete inglés, el Gobierno español nombró al efecto una comisión en 1843, la que opinó, que antes debía oírse al Capitán General de la Isla de Cuba. Pidióse entonces a éste, que informase, por Real Orden de 2 de junio de aquel año; pero él a su vez quiso explorar la opinión de algunas de las personas más influyentes del país “a fin de que [tales son sus palabras], con la reunión de estos datos

que dirigiré a S.M. recaiga la resolución más conveniente a los intereses y prosperidad de esta Isla”.

Entre los informes que entonces se le presentaron, es muy notable por sus sólidos razonamientos y por su franqueza contra el tráfico africano, el de 2 de marzo de 1844, firmado por el señor don Domingo Aldama, uno de los hacendados más opulentos de Cuba. Debiose su redacción a la pluma de su hijo político el señor D. José Luis Alfonso, otro también de los más ricos propietarios de aquella Antilla, y hoy, digno representante del esplendor habanero en París. Estos sentimientos en hombres, cuya fortuna casi toda consiste en ingenios, hónrales sobremana, y ofrecen gratas esperanzas al porvenir de la patria. Yo sé que piensan como ellos muchos ricos hacendados de Cuba; y entre las pruebas que tengo de esta verdad, puedo citar la exposición que 94 de los vecinos más influyentes de Matanzas hicieron al capitán general D. Leopoldo O'Donnell, contra el tráfico africano, en 29 de noviembre de 1843. Otra por igual estilo, y extendida también por el mismo señor Alfonso en 26 de diciembre de aquel año, debió de presentarse al mismo señor Capitán General, firmada por 50 o 60 de los principales hacendados de La Habana; pero tan laudable proyecto se frustró, no por culpa de ninguno de ellos, sino por tristes ocurrencias que no me es dado referir aquí.

Dulce es para los buenos cubanos y amigos de la humanidad el contemplar el cambio feliz de la opinión, en el transcurso de 11 años. En 1843 ya todos clamaban en Cuba contra el tráfico de esclavos africanos; pero cuando en 1832 publiqué en la *Revista Bimestre Cubana* el artículo que aparece en este tomo, desde la páginas 28 a la 75, poquísimas fueron, según he dicho ya, las personas que simpatizaron en La Habana con mis sentimientos. La *Comisión Permanente de Literatura* me había confiado, por acuerdo de 7 de abril de 1832, la redacción de aquel periódico. El presidente de aquella corporación, no participando de mis ideas, seguía el torrente de la opinión extraviada, y aun me insinuó que renunciase a la redacción. Yo le respondí: “*yo no me tizno con mis propias manos; quítenme la Revista si quieren; pero yo no la renuncio en estas circunstancias*”.

El artículo a que aludo, a pesar de haber sido publicado con expresa aprobación de la primera autoridad de la Isla, fue la causa fundamental de mi expatriación en 1834; y si ésta no se verificó desde 1832, debiose a los altos respetos del benemérito D. Francisco Arango, quien manifestando la rectitud de mis intenciones al general Ricafort que entonces gobernaba en Cuba, desbarató la conjuración que muchos cubanos y europeos de gran valer habían formado contra mí. Entrambos personajes han muerto ya; y de las maquinaciones que entonces se urdieron para lanzarme de mi tierra, exactas noticias tuve en La Habana por el primero, y en Barcelona por el segundo; en diciembre de 1834.

RENUNCIA POR SACO A LA DIRECCIÓN DEL COLEGIO DE BUENA-VISTA, ESTABLECIDO EN LA HABANA



La Sección de Educación de la Real Sociedad Patriótica de La Habana me confirió en 1832 la dirección del colegio de Buena-Vista. Pocos meses después ocurrió un suceso muy desagradable entre un profesor y uno de los alumnos. Éste, no sólo ofendió a aquél de palabra, sino que le dio una bofetada, la que el profesor le devolvió inmediatamente. El padre del discípulo era hombre de influencia, y valiéndose de ella, se presentó criminalmente ante un tribunal para que se castigase al profesor. Mi declaración y la de todos los que presenciaron el hecho, fueron favorables a éste, y conociendo entonces el acusador el falso terreno en que se hallaba, tuvo la cordura de retirar su demanda; pero antes que hubiese dado este paso, yo renuncié a la dirección de aquel colegio, así por este motivo, como por otros que no quería que el público trasluciese. Esto dio margen a la correspondencia que entonces se publicó en el *Diario de la Habana* del 1° de diciembre de 1832, y que es la siguiente.

Real Sociedad Patriótica Inspección del colegio de Buena-Vista

En el *Noticioso* y *Lucero* de ayer se insertó el siguiente artículo:

“Tengo el honor de anunciar al público, que me he separado de la dirección del colegio de Buena-Vista. Si desagradables circunstancias me compelieran a manifestar las causas que me mueven a dar este paso, el público sabrá entonces el fondo de la verdad. Entretanto, bástame decir, que yo no podría continuar en el colegio de Buena-Vista sin comprometer mi decoro, y faltar a mi conciencia y a mi patria. —JOSÉ ANTONIO SACO”.

Y deseando salvar la mala inteligencia que puede haberle dado el público, se dan a luz el oficio y contestación siguiente con una protesta de mi parte, de que no he sospechado en el señor don José Antonio Saco, miras hostiles contra el colegio de Buena-Vista, porque teniendo de él una opinión muy distinguida, yo hubiera faltado con tal sospecha a

mis propios sentimientos. Mi único objeto es el que explica mi citado oficio, con el cual y su respuesta, creo que se desvanecerán las especies que circulan sobre un particular en que el colegio no ha debido padecer.

—JUAN AGUSTÍN DE FERRETI.

Por el oficio que usted se sirvió dirigirme ayer, me impuse de que había determinado separarse de la dirección del colegio de Buena-Vista. De acuerdo con el señor presidente de la Sección de Educación, vi a usted esta mañana, interesándole en que desistiera de aquel propósito, toda la vez que, según usted me manifestaba, no tenía quejas ni del propietario del colegio, ni de sus inspectores, ni de la Sección de Educación; pero usted, asegurándome que, conservaría su amistad al establecimiento, cuya marcha no podía menos que seguir perfectamente por la excelencia de los profesores que en él están empleados, concluyó diciendo, que ya había mandado el anuncio de su separación a las imprentas, que su ánimo era deliberado, y que pensaría, dándome aviso, en alguna persona que pudiese ocupar la dirección.

Después de esto, y no sabiendo yo que usted hubiese tenido para resolverse más causas que la de un disgusto entre un alumno y un ayudante del colegio, me ha sorprendido el anuncio publicado en el *Lucero* y *Noticioso* de este día, porque la reticencia con que está escrito, ha llamado la atención del público en perjuicio de Buena-Vista, puesto que según usted se explica, no podía continuar dirigiéndolo sin *falta a su decoro, a su conciencia y a su patria*.

En tal supuesto suplico a usted se sirva decirme en contestación las causas que le han impulsado a separarse, en el concepto que mi objeto es publicarlas en el momento para salvar, si me es posible, la impresión que ha hecho en el público el anuncio de que he hablado, el cual si no se aclara, podrá perjudicar al colegio, a sus inspectores, y aun a la Sección de Educación.

Espero que usted no considerará esta paso como una de las *circunstancias desagradables* que le obliguen a instruir al público del fondo de la verdad de lo ocurrido, sino que, penetrado de la consideración que me merece, se servirá atribuirlo a un justo deseo de que el colegio de Buena-Vista no padezca en su crédito, y a la obligación que como uno de sus inspectores he contraído con la Sección de Educación de la Real Sociedad Patriótica que me honró con este encargo.

Dios guarde a usted muchos años. Habana 28 de noviembre de 1832.

—JUAN AGUSTÍN DE FERRETI.—señor D. JOSÉ ANTONIO SACO.

Contestación de don José Antonio Saco al oficio anterior

Anoche a las 7 y media llegó a mis manos el oficio que V.S. se sirvió dirigirme, y a cuyos particulares contestaré con mucho gusto.

Cuando publiqué el aviso de mi separación del colegio de Buena-Vista, nada distó tanto de mis ideas como perjudicar este establecimiento. Identificado con él, aunque por muy corto tiempo, unido por relaciones de afecto con su honrado empresario y con el digno sujeto que desempeña las funciones de su gobierno económico; y persuadido a que algún día puede ser un monumento de gloria para nuestra patria, ¿cómo puede haber quien diga sin injusticia, que yo tengo miras hostiles contra un colegio que por tantos títulos debe interesarme? No: yo me complazco en repetir a V.S. lo que ayer dije verbalmente "*Soy un amigo del colegio de Buena-Vista*".

De mi respeto a la Sección de Educación y de mis consideraciones a V.S. creo que tengo dadas algunas pruebas. Tratar de reproducirlas, sería ofenderme a mí mismo.

Al suplicarme V.S. que le exponga las causas de mi separación, para salvar, si le es posible, la impresión que mi anuncio ha hecho en el público, también me dice que no sabe, tuviese yo para mi separación más motivo que el de un disgusto entre un alumno y un ayudante. Y ¿piensa V.S. que este acaecimiento no ha sido por sí solo bastante para obligarme a renunciar la dirección? V.S. sabe que el ruido de este suceso no quedó encerrado dentro de las paredes de Buena-Vista: V.S. sabe que se dieron pasos, cuya tendencia debía ser funesta, no sólo al colegio contra quien se daban, sino a todos los establecimientos de educación de la isla de Cuba: V.S. sabe en fin estas y otras cosas; y si V.S. las medita todas hasta llegar a sus últimas consecuencias, V.S. convendrá conmigo en que tuve sobrada razón para decir, que *yo no podía continuar en el colegio de Buena-Vista sin comprometer mi decoro, y faltar a mi conciencia y a mi patria*.

Que son excelentes los profesores que hoy enseñan en ese colegio, es una verdad que no me cansaré de repetir. Entre ellos se cuentan algunos que me honran con su amistad; y a su buena conducta reúnen todos una vasta capacidad para llenar sus funciones. Yo los tuve por compañeros de mis tareas, y esto basta para probar que merecieron mi confianza.

Espero que V.S. quedará penetrado de la franqueza de mis sentimientos, y de las consideraciones con que siempre le he mirado.

Dios guarde a V.S. muchos años. Habana y noviembre 28 de 1832.
—JOSÉ ANTONIO SACO.—Señor intendente honorario de provincia don Juan Agustín de Ferreti, inspector del colegio de Buena-Vista.

**PARA EL ÁLBUM DE UNA SEÑORITA
DE LA HABANA EN 1832.
LA MUJER**

Débil por naturaleza, constantemente aspira a ser más fuerte que el hombre: siempre ligera e inconstante, se gobierna por el capricho y no por la razón: desprecia a quien la ama, y ama a quien la desprecia: besa la mano que la ofende, y escupe la que la colma de favores: la dulzura y el buen trato la irritan y envanecen: la aspereza y el desdén la sosiegan y la humillan: sin fe y sin palabra, su profesión es mentir y burlarse de sus promesas: el artificio es su elemento, y su arma la hipocresía: tan interesada como ingrata, jamás se duele de la miseria, ni estima los beneficios: la envidia y la venganza son dos monstruos, que siempre alberga en su pecho; y cuando estas furias la agitan, es más cruel que todas las fieras.—¡Ah!...! La mujer es un demonio!

¡Pero no, sexo amable y encantador! ¡No, numen benéfico y celestial! Perdona, sí, perdona los extravíos de mi razón, y escucha propicia la voz humilde de un joven que se prosterna ante tus altares. La mujer es la criatura más interesante a los ojos de la naturaleza. Inocente, cándida como la paloma, desconoce la maldad y las viles artes de la intriga. Tan modesta como delicada, su alma es susceptible de las impresiones más profundas: la impudicia le repugna: la virtud la encanta: el crimen la horroriza: la injusticia la desespera; y el infortunio la hace verter lágrimas sobre la tumba del desgraciado. Firme y resuelta en su propósito, no la acobarda el temor, ni la espanta dificultades. Tan prudente como osada, sabe medir los peligros para evitarlos o acometerlos; y lanzada al torbellino, antes muere que retrocede. Rodeada de aduladores y fementidos amantes, se burla de unos y otros; pero sensible y constante en sus afectos, su amor es invariable. Fiel compañera del hombre, se desvive por complacerle; y olvidándose aun de sí misma, identifica su corazón con el del ídolo a quien adora. Con él ríe, y con él canta: con él solloza y suspira; por él recorre la tierra; por él navega los mares; y si en ellos no le encuentra, gustosa se sacrifica en las aras del amor. Sin más poder que su belleza y encantos, arrebatada al hombre de las manos el cetro que le dio naturaleza; y postrado a sus pies el rey de la creación, rinde adoraciones al ser que le avasalla. ¡Ah! La mujer es una deidad!

CARTA SOBRE LA CÓLERA MORBO ASIÁTICO
(Escrita por don José Antonio Saco a un amigo suyo
residente en la isla de Cuba, e impresa en La Habana,
en el número VIII de la *Revista Bimestre Cubana*,
perteneciente a julio de 1833.)



Por fin, caro amigo, por fin llegó a nuestras playas el azote que ha recorrido tantos pueblos. La Habana ha sido el primer punto de la Isla, asaltado por el *cólera*, y los millares de víctimas que ha arrastrado al sepulcro, nos han traído el funesto desengaño de que no hay sexo ni edad, estado ni condición, a quien perdone esta epidemia asoladora. Con razón, mi buen amigo, desea V. tener noticias acerca de una enfermedad tan misteriosa: y ya que el campo es vasto y la materia interesante, yo quebrantaría las leyes de la amistad, si en esta vez dejase de complacerle. Recogeré, pues, cuantos datos han podido venirme a la mano; y mezclándolos con mis reflexiones, los derramaré en el papel con el orden posible y claridad. No espere V., sin embargo, que yo me propase a caracterizar la enfermedad, ni tampoco a exponer métodos curativos que exclusivamente pertenecen al imperio de la medicina: queden reservadas estas cosas para los facultativos, que ni yo lo soy, ni menos me siento dispuesto a dar a V. imperfectas nociones de lo que ya está consignado en tantas obras como sobre la materia se han escrito. Mi plan es otro, y V. lo verá desenvuelto en el progreso de esta carta.

Origen del cólera morbo asiático pestilencial

Desde tiempo inmemorial existe en el Asia y en otros países cierta enfermedad llamada *cólera morbo*: nombre compuesto de la palabra latina *morbus* que significa enfermedad, y de la griega *cholé* que quiere decir bilis; de suerte que siguiendo la etimología de las palabras, *cólera morbo* no es otra cosa que *enfermedad biliosa* o *de la bilis*. La semejanza de algunos de sus síntomas con la epidemia que hoy está asolando el género humano, dio ocasión para que se pusiese un mismo nombre a enfermedades del todo diferentes. La que ahora se denomina *cólera*

asiático pestilencial, apareció por la vez primera en las posesiones británicas del Indostán, en el año de 1817. Acerca del punto y mes hay divergencia de opiniones. Dicen unos, que estalló en junio, en los confines orientales de la India, sobre las márgenes del río Burhampouter o Brahmapoutra; que ya por entonces reinaba en Nuseerabad, así como en Patna y Dinapore desde la primera mitad de julio; y que desde principios de agosto asolaba a Dacca y a Behar. Pero la opinión más acreditada es, que su cuna fue Jessora, ciudad plantada en el delta del Ganges, poco más de 30 leguas al nordeste de Calcuta. Descubriose allí el primer enfermo el 17 de agosto de 1817, y confundido el médico que le asistía al aspecto de síntomas tan extraños y horrorosos, los atribuyó a un envenenamiento. Pero repitiéndose los casos, y cundiendo el mal por otras partes, muy pronto se conoció que el mundo empezaba a gemir bajo un azote hasta entonces desconocido. No es muy fácil de decidir si esta enfermedad es del todo nueva, o si existió en los siglos anteriores; y a tomar las opiniones de los hombres por la verdad de las cosas, no dudaríamos concluir, que el género humano la ha padecido en otras épocas. Montbrion piensa, que es la misma que hizo perecer desde Dan hasta Ber-sabée 70 000 súbditos del rey David; y cree también encontrar vestigios de ella en la historia hebrea de Josefo, y en las obras de Hipócrates y de Areteo de Capadocia, diciendo que de ella murió el emperador Trajano en el año 177. La *peste negra* que recorrió en el siglo XIV el antiguo continente, matando según unos la tercera parte, y según otros las tres quintas de los hombres, es en concepto de algunos autores el mismo *cólera asiático* que hoy padece la presente generación. De este sentir es también el célebre doctor Broussais, quien enunciando su opinión como muy probable, se contenta con citar el testimonio de Villani historiador italiano. Aunque poco se me alcanza en materias de medicina, pues que nunca me he dado a este género de estudios, todavía me atrevo a disentir de la opinión de profesor tan distinguido; y llevando por antorcha la historia de los tiempos en que apareció la *peste* o *muerte negra*, describiré sus síntomas, para que cotejados con los del *cólera morbo*, a primera lectura se conozca que no hay identidad entre las dos enfermedades. Oigamos a Sismondi en su *Historia de las repúblicas italianas de la edad media*.

“En 1348 la peste infestó toda la Italia, excepto Milán y algunos cantones al pie de los Alpes donde apenas se sintió. El mismo año salvó las montañas, se extendió a Provenza, Saboya, el Delfinado, Borgoña, y por Aigues-Mortes penetró en Cataluña. En el mismo año abrazó todo el resto de Occidente hasta los ríos del mar Atlántico, la Berbería, España, Inglaterra y Francia. Sólo el Brabante pareció salvarse, pues apenas sintió el contagio. En 1350 avanzó hacia el Norte, e invadió a los frisones, alemanes, húngaros, dinamarqueses y suecos. Entonces fue,

cuando la república de Islandia quedó destruida, pues fue tan grande la mortanda en esta isla glacial, que esparcidos los habitantes dejaron de formar cuerpo de nación.

”Los síntomas no fueron por todas partes los mismos. En el Oriente, la sangre por la nariz anunciaba la invasión de la enfermedad, y al mismo tiempo era el presagio cierto de la muerte. En Florencia aparecía al principio, en las ingles y en el sobaco, una hinchazón más grande que un huevo. Esta hinchazón que se llamó *gavócciolo* (bubon), se presentó después indiferentemente en todas las partes del cuerpo. Luego más tarde, los síntomas mudaron, y el contagio se anunció las más veces por manchas negras o lívidas, grandes y raras en unos, pequeñas y abundantes en otros, manifestándose al principio en los brazos o las piernas, después en el resto del cuerpo, y que como el *gavócciolo* eran el inicio de una muerte próxima. El mal se burlaba de todos los recursos del arte: la mayor parte de los enfermos morían al tercer día, y casi siempre sin fiebre, o sin ningún accidente nuevo”.

¿Y habrá quién diga que hay, no ya identidad, pero ni semejanza entre el cólera asiático y la peste negra del siglo xiv? Pero veamos si puede encontrarse alguna en el Boccacio y en otros autores contemporáneos, que así lo describen.

“Los síntomas del mal variaban según los países. En Oriente experimentaban un flujo de sangre por la nariz: en Florencia, una hinchazón en las ingles y en los sobacos que se llamaba *gavócciolo*, y este tumor apareció en lo sucesivo en las demás partes del cuerpo. Los indicios o señales precursores de la enfermedad variaban aun en los países de poca extensión, pero generalmente el contagio se daba a conocer por cierto número más o menos grande de manchas negras o lívidas. Los enfermos sufrían al principio laxitudes, desmayos y desganos; continuos vómitos les trastornaban el estómago; y, finalmente, la sangre de los vasos salía por la nariz, por los pulmones, por los intestinos y por la vía de la orina”.

Según esta descripción, ya se ve claramente, que los vómitos son el único síntoma en que convienen las dos enfermedades; ¿pero basta esto para tenerlas por idénticas ni semejantes? ¿No aparecen vómitos en dolencias de distinto género? ¿No dice el mismo Broussais que a la epidemia reinante se le dio el nombre de *cólera* por la semejanza que tienen algunos de sus síntomas con otra enfermedad distinta de ella? Pues entonces, ¿por qué uno solo, tan vago y tan común como el vómito, ha de servir de fundamento para confundir dos epidemias, cuyos síntomas son tan iguales?

Si recorriendo la historia de las pestes, encuentro alguna que sea, no idéntica, sino que tal vez se asemeje a la muerte negra, es la que desoló la tierra en el siglo vi de la era cristiana, cuando el emperador Justiniano

ocupaba el trono de Oriente. Gibbon la describe en su *Historia de la decadencia del imperio romano*, y sus palabras son dignas de traducirse:

“La fatal enfermedad apareció primero en el año 542, en las cercanías de Pelusio entre el pantano Serboniano y el canal oriental del Nilo. De allí, trazando dos caminos, se extendió al Este, pasando por la Siria, Persia y las Indias y penetró al Oeste a lo largo de la costa de África y del continente de Europa. En la primavera del segundo año, Constantinopla fue invadida de la peste por el espacio de tres o cuatro meses; y Procopio que observó sus progresos y síntomas con los ojos de un médico, compitió con la habilidad y diligencia de Tucídides en la descripción de la plaga de Atenas. La infección se anunciaba algunas veces por las visiones de una imaginación desordenada, y la víctima desesperaba al punto que oía la amenaza, y sentía el golpe de un espectro invisible. Pero el mayor número era sorprendido en sus camas, en las calles y en sus ocupaciones ordinarias por una fiebre ligera; pero tan ligera, que ni el pulso ni el color del paciente daban ningún indicio del próximo peligro. Al primero, al segundo o al tercer día se declaraba por la inflamación de las glándulas, particularmente las de la ingle, sobaco y debajo de las orejas; y cuando estos bubones o tumores se abrían, se encontraba un carbón o sustancia negra del tamaño de una lenteja. Si llegaban a hincharse enteramente y supuraban, el paciente se salvaba por medio de esta suave y natural salida del humor morbífico; pero si continuaban duros y secos, inmediatamente se seguía un dolor, y el quinto día era comúnmente el término de la vida. La fiebre iba acompañada muchas veces de letargo o delirio; el cuerpo de los enfermos se cubría de pústulas o carbunclos negros, síntomas de una muerte inmediata; y en las constituciones muy débiles para producir una erupción, al vómito de sangre seguía dolor en las entrañas. La plaga fue generalmente mortal para las mujeres: sin embargo, un niño fue sacado vivo de su madre muerta, y tres madres sobrevivieron a la pérdida de sus tres fetos infestados. La juventud era la edad más peligrosa, y el sexo femenino era más susceptible que el masculino; pero todas las clases y profesiones fueron atacadas indistintamente con furor, y muchos de los que escaparon, fueron privados del uso de la palabra, sin quedar seguros de que el mal no volvería a invadirlos. Los médicos de Constantinopla eran hábiles y celosos; pero su arte quedaba burlado con la variedad de síntomas y vehemencias de la enfermedad: los mismos remedios producían efectos contrarios, y el éxito burlaba caprichosamente sus pronósticos de vida o muerte”.

Tales son los síntomas de la peste que asoló la tierra en los días de Justiniano: ¿y no es verdad que tiene más semejanza con la peste negra, que no ésta con el cólera morbo? Por lo menos, en la peste del siglo VI y también en la del XIV, vemos tumores en las ingles y en los sobacos, que

parece constituían el síntoma principal de la enfermedad, habiendo también en algunos casos vómitos de sangre.

Mejores fundamentos tiene el médico Casas para asegurar, que habrá siglo y medio que el cólera se padeció en las islas Filipinas, pues las memorias de este país describen una epidemia bastante mortífera que iba acompañada de vómitos y evacuaciones abundantes, dolores en las entrañas, frialdad en el cutis, y muerte pronta.

Si consultamos a los médicos de la India Oriental acerca del origen del cólera del siglo XIX, ellos confiesan que no pueden dar una razón satisfactoria; pero en medio de la oscuridad que los envuelve, han encontrado algunos documentos, de los cuales se infiere que existió en tiempos muy remotos.

Marcha o historia geográfica de la enfermedad

Nacido el cólera en el Indostán en 1817, mató 6 000 personas en Jessora, una de las dos cunas que se le dan; y extendiéndose por varios puntos, llegó en septiembre a Calcuta, capital de las posesiones británicas. Allí permaneció algunas semanas, y como la ciudad es muy populosa, hubo día de sacrificar 500 habitantes. En su marcha, corrió por un rumbo hasta los montes de Himalaya, subiendo a la altura de 8 000 pies sobre el nivel del mar; y por otro siguió la dirección de los caminos, y el curso de las aguas del Ganges y otros ríos tributarios. Las grandes ciudades de Behar quedan despobladas por la muerte y la fuga: Benares, la ciudad santa de la India, pierde 15 000 habitantes: Allahabad, la mitad de los 20 000 de su población; y Lucknow, Agra, Delhi y otros pueblos se ven furiosamente atacados. Remite algún tanto sus fuerzas en la provincia de Bareilly, pero como si las reservara para saciarse en nuevas víctimas, asalta a mediados de noviembre el centro del ejército inglés, primero en Mundelah, y después en los distritos de Jubbulpore y Saugor. Tan horrible fue la mortandad en 12 días, que de los 10 000 hombres de que constaba, perecieron 3 000 por el cálculo más bajo; y mientras algunos computan la pérdida en 5 000, otros la elevan hasta 8 000. Ved aquí una pintura que traducimos de aquella escena espantosa:

“Después de haberse arrastrado por algunos días en su manera insidiosa entre los que seguían el campamento, ganó en un instante nuevo vigor, y de golpe estalló en todas direcciones con una violencia irresistible. Viejos y jóvenes, europeos y naturales, todos, todos estaban expuestos a sus ataques, y todos caían igualmente bajo sus garras. Del 14 al 22 la mortandad fue tan grande, que abatió a los espíritus más fuertes. Los enfermos eran ya tan numerosos, y aun continuaban cayendo en todas partes, que aunque los médicos estaban día y noche en sus

puestos, no podían dar abasto a las necesidades. Todo el campo tomó el aspecto de un hospital. El ruido y bullicio casi inseparable de las grandes masas de gente reunidas, apenas se percibía; nada se vía sino individuos que ansiosamente pasaban de una división a otra del campo para inquirir por la suerte de sus compañeros muertos o moribundos, y los grupos melancólicos de los indios que llevaban al río los féretros de sus difuntos parientes. Al fin, aun quedaron privados de este consuelo; porque la mortandad llegó a ser tan grande, que no habiendo manos ni tiempo para retirar los cadáveres, se arrojaban a la quebrada inmediata, o se enterraban a la carrera en el sitio en que expiraban, y aun alrededor de las tiendas de los oficiales. Todos los negocios habían cedido al cuidado de los enfermos. Ni podía atreverse una sonrisa, ni escucharse más sonido que los lamentos de los moribundos, y el llanto sobre los cadáveres. Especialmente durante la noche, reinaba un triste y universal silencio, interrumpido solamente por los acentos dolorosos de los infelices que gemían bajo los síntomas del mal. Muchos de los enfermos morían antes de llegar al hospital; y aun sus camaradas, mientras los llevaban de los puestos avanzados, para darles socorro, caían también repentinamente atacados. Los naturales, creyendo que sólo podían hallar su seguridad en la fuga, empezaron a desertar en gran número; y los caminos reales y los campos por muchas millas alrededor quedaron regados con los cadáveres de los que habiendo abandonado el campo, ya invadidos de la enfermedad, sucumbían prontamente bajo sus efectos destructores”.

De allí pasa a Nagpore, corre atrozmente por el Dekkan, hace en Hussingabad estragos horrorosos, se escapa por el río Nerbuda, derrámase por varias ciudades y distritos, entra en Panwel, y por fin llega a la costa occidental de la India, presentándose en Bombay a principios de septiembre de 1818, un año después de haber aparecido en Calcuta. Pero como si ya estuviera cansado de tanta mortandad, aquella ciudad que contaba 140 000 habitantes, pierde entonces un número poco considerable.

Mientras esto sucedía, la peste también avanzaba hacia el extremo meridional del Indostán; y siguiendo el rumbo de las costas orientales, llega a Madras en octubre de 1818, pasa a Pondichery donde ataca la mitad de las 40 000 personas que entonces formaban su población, y de allí se extiende casi hasta el cabo de Comorin, término de la península. Recorrida toda ella en el espacio de un año, la epidemia que había viajado sin cesar desde su primera irrupción, abatió algún tanto sus fuerzas con la entrada de la estación impropriadamente llamada invierno en aquellas regiones; pero reanimada con los calores del verano de 1819, invadió nuevos lugares del Indostán, y repitió sus ataques en otros que ya había visitado.

Como el delta del Ganges fue el foco primitivo de esta enfermedad, también se fue propagando por la costa oriental de la bahía de Bengala. En 1819 entró en Aracan; de allí pasó a la península de Malaca: en 1820 acometió al reino Birmán, y Bangkok su capital perdió 40 000 personas. En el imperio Birmán le introdujeron las tropas inglesas que marcharon contra él. Sucesivamente fueron invadidos los países de Cambodja y Cochinchina; que estando cercanos al imperio de la China, abrieron la puerta para que la enfermedad penetrase en sus vastos territorios. Cantón se vio ferozmente asaltado en 1820; y radicándose la peste al paso que cundía por varios puntos de aquella nación, Nankín y Pekín fueron en 1823 el teatro de la más horrible mortandad. A los estragos del cólera en la China, dice un célebre periódico inglés, atribuyeron los comerciantes rusos en 1825 la disminución del comercio de Kiachta, emporio ruso-chino; y una carta del 27 de abril de 1827 escrita allí por el director ruso de las aduanas, asegura, que la epidemia había atravesado la gran muralla china, e invadido a los habitantes de la ciudad de Cocu-Choton situada en el gran desierto de Cobi.

Ni se limitaron al continente los estragos de la peste: que también fueron progresivamente atacadas muchas islas del océano Índico. Infestadas desde 1818 las costas de Coromandel, el cólera pasó el estrecho de Manaar. En enero de 1819 apareció en la isla de Ceilán; y de aquí fue llevado a la de Francia o Mauricio por la fragata inglesa *Topacio*, donde estalló en Puerto Luis en noviembre de 1819. Sus habitantes fueron atacados con tanta violencia, que personas sanas y robustas espiraban en las calles dentro de pocos minutos. Los partes enviados al Parlamento británico por el gobernador Farquhar, fijan la mortandad en el número de 7 000 personas, que es casi la deudécima parte de la población de la isla; pero hay también quien asegura como testigo ocular, que murieron 20 000 personas; o sea, la cuarta parte de la población.

De la isla Mauricio fue introducido en la de Borbón por un buque que desembarcó en enero de 1820 un contrabando de negros cerca de la ciudad de San Dionisio; pero tan prontas y saludables fueron las medidas que se tomaron por el gobernador francés Milius, que solamente fueron atacadas en toda la isla 256 personas, y de este número no murieron sino 178, que es decir, un individuo, por cada 1 500 de los que componían entonces la población.

De varios puntos del continente se difundió en el espacio de pocos años a otras muchas islas. Singapur y Penang fueron invadidas en 1819, y la última, según dicen algunos, perdió en tres semanas las tres cuartas partes de su población. ¡Mortandad espantosa, y que para creerse necesita de pruebas más sólidas que el simple testimonio de los viajeros! Sumatra, Java y Borneo sufrieron la peste por la vez primera en

1821. Java perdió más de 100 000 personas, y Batavia, su capital, más de 17 000. Su primera invasión en Filipinas fue en 1820, y el 4 de octubre se presentaron en Manila los primeros casos a orillas del río caudaloso que divide la ciudad y sus extramuros. A los siete días, ya se había propagado por toda ella y los pueblos inmediatos; y siguiendo con fuerza en todo aquel mes y parte de noviembre, se retiró, internándose en las demás islas, y robando a Manila en 14 días 15 000 habitantes. En fin, Macao, Amboina, Molucas y otras islas fueron cayendo a su vez bajo el azote de la epidemia.

Después de haber recorrido los países orientales del Asia, veamos cuáles invadió en vuelta del occidente.

En marzo de 1821 reinaba otra vez en Bombay; y en junio del mismo año apareció en la guarnición inglesa de las islas de Ormus y Kismé puestas a la entrada del golfo Pérsico. En julio fue atacada la ciudad de Mascate en al costa oriental de Arabia. Opínase que allí murieron 10 000 personas; y si damos fe al testimonio de algunos marinos ingleses, no habiendo ya brazos suficientes para enterrar los cadáveres, muchos fueron conducidos al mar y sepultados en sus olas. Mientras de Mascate se extendía a otros pueblos de la Arabia, situados sobre la costa de aquel golfo, e invadía la isla de Bahrein, punto de gran concurrencia para la pesca de perlas; también se propagaba por la banda de la Persia, haciendo en julio de 1821 su entrada en Bender-Abouschir, Kosrom o Gombroom, emporio de las mercancías de aquella nación y de la India británica. Después de haber matado allí la sexta parte de los habitantes, y apareciendo cada vez más y más sediento de víctimas, tendió sus brazos para internarse a un tiempo por la Persia, y seguir su carrera a lo largo de las costas de Bassora. Shiras que contaba 40 000 habitantes, perdió 16 000 en menos de 20 días. Yerd, Tabres y otras ciudades grandes y pequeñas de la Persia fueron cayendo sucesivamente bajo la plaga destructora; pero en medio de la desolación general, Teherán, la moderna capital del reino, cortando toda comunicación con las comarcas vecinas, se salvó por entonces de los estragos de la peste. Incansable en su carrera, llega a las orillas del mar Caspio en el verano de 1823, y asolando muchos de sus pueblos, se presenta en Astracán, ciudad plantada en la embocadura del Volga. Consternada la Rusia con la aparición de tan formidable enemigo en las fronteras de su territorio, dictó las providencias más acertadas, y ahogado el mal, por aquella vez al favor de un crudo invierno, cargó de nuevo sobre el oriente, derramándose por los anchos espacios de Tartaria.

Entretanto que iba recorriendo las regiones de la Persia, nunca detuvo su marcha por las costas de aquel golfo. Las provincias turco-asiáticas son invadidas en 1821. De sus 60 000 personas pierde Bassora más

de 16 000 en 14 días. En Bagdad sucumbe la tercera parte de los habitantes que parece llegaban a 80 000. Subiendo por el Éufrates, llegó a la ciudad de Anah, situada en los confines del desierto que aparta la Arabia de la Siria; pero aproximándose el invierno, durmió hasta el verano de 1822. Entonces despertó con nuevo furor en las inmediaciones del Tigris y del Éufrates, se desvía del desierto, toma el derrotero de las caravanas, atraviesa la Mesopotamia, traspasa la frontera de Siria, rompe por Alepo, inunda aquella parte de la Turquía hasta la Palestina, y resollando en 1823 por varios puertos del Mediterráneo, levanta la cabeza para infundir terror a la Europa. Con la peste ya en sus cercanías, Egipto viose también peligrosamente amenazado; mas, establecidas las reglas sanitarias que por la mediación del cónsul francés recibió de Francia el virrey Mehemet-Alí, conjuró por aquella vez la tempestad que tan cerca tenía de sus fronteras.

Por aquella vez, digo, porque ocho años después fue invadido con furor. En mayo de 1831 azotaba la epidemia las provincias de Siria y Arabia. Congregados en ésta los millares de peregrinos que de África, Turquía, Persia y otros puntos van anualmente a la Meca, para cumplir con los preceptos de la religión de Mahoma, la peste hizo en ellos estragos espantosos; y aterrados con las tremendas escenas de Arafat, Medina y la Meca, huyeron a sus hogares derramando el contagio y la muerte por los pueblos donde pasaban. Por pronto que anduvo Mehemet-Alí en cerrar las puertas de Egipto, ya la peste había entrado en su territorio, pues el 1° de agosto de aquel año habían muerto más de 100 personas en el istmo de Suez. A mediados del mismo mes se presentó en El Cairo; y esta capital que no bajaba entonces de 200 000 personas, perdió 32 000. Según el testimonio de personas fidedignas, hubo día en que la mortandad llegó a 1 400: número que si bien es asombroso, no por eso improbable, pues Volney hablando de la peste de Levante acaecida en El Cairo en 1783, dice, que se vieron sacar por sus puertas 1 500 cadáveres en un día. Horrorizados sus moradores con los estragos de la enfermedad, se dan a la fuga, y conducidos por las aguas del Nilo, llevan el mal a rumbos opuestos del Egipto, pues Roseta y Damietta, asentadas en las embocaduras de aquel río, son no menos invadidas que las regiones de Syut. Mas, dejémosle sepultado por ahora en este punto africano; y apresurándonos a llenar el vacío que se advierte en el discurso de esta narración, pasemos a trazar los progresos de la epidemia en los países europeos.

Errante por las naciones asiáticas, repetía sus ataques en los pueblos ya invadidos; pero encerrada en aquellos límites, luchaba por abrirse un nuevo teatro donde ensayar su fuerza destructora. Rompió al fin las barreras que la contenían, y haciendo su irrupción por tres puntos diferentes de la Rusia, entró primero por Oremburgo a fines de agosto de 1828. Extendiose a toda la provincia de este nombre; pero las medidas

sanitarias que tomó el Gobierno ruso, y más que todo, los rigores de un crudo invierno, lograron apagar aquel incendio e impedir sus estragos.

El segundo punto fue por las riberas del mar Caspio. En junio de 1830 reinaba el cólera en las provincias de Mazanderan y Chirvan: corrió por la costa meridional y occidental de aquel mar: en Tauris mató 5 000 habitantes: cruzó el río Aras, penetró en la nueva Georgia, entró en Tiflis, donde de 30 000 personas perecieron 5 000, y atravesando el Cáucaso, encontró ya un vasto campo donde esparcirse.

Astracán, invadida algunos años antes, fue el tercer punto que le abrió las puertas de Europa. Apareció en aquella capital en julio de 1830, y al mes ya habían muerto en ella más de 4 000 personas, y en la provincia de su nombre más de 24 000. De allí se propagó a las provincias internas de la Rusia, y recorriéndolas con rapidez, llegó a Moscú el 28 de septiembre a los dos meses de haber entrado en Astracán. Aquella antigua capital del imperio ruso contaba entonces 300 000 habitantes, y desde el día de la aparición de la epidemia hasta mediados de noviembre ya habían sido atacados 8 130, y muerto de este número 4 385; pero como el mal durase allí largo tiempo, se computó la mortandad en 10 000.

El cólera se encaminaba sin cesar por distintos rumbos hacia los confines del imperio, y en el discurso de todo el año de 1830 recorrió las provincias que se extienden hasta las fronteras de Austria, Polonia y Prusia; invadió los puertos del Báltico, entró en el gran Ducado de Finlandia, y llegó hasta Arcángel sobre las aguas del mar Blanco. San Petersburgo fue atacado el 13 de junio de 1831, y esta hermosa capital, que según el censo hecho en el mismo año tenía 448 221 habitantes, perdió 9 258.

Prusia, Polonia, Austria y algunas provincias septentrionales de la Turquía europea fueron invadidas desde los dos primeros tercios de 1831. Es opinión común que las tropas rusas procedentes de países ya infestados, introdujeron el cólera en Polonia, y lo comunicaron el 10 de abril al ejército polaco en la sangrienta batalla de Imania. El entusiasmo guerrero que ardía en el pecho de estos valientes soldados, hizo pelear a muchos cuerpo a cuerpo con sus enemigos, y después de haberlos vencido, hubo algunos que se vistieron con sus despojos.

Desde entonces, o sea, desde el 12 de aquel mes, la epidemia se declaró en el ejército: el 16 llegó a Praga; el 19, a Varsovia, y esta capital, víctima a un tiempo de la peste y de la guerra, pierde millares de sus habitantes, y trasmite el contagio a otros pueblos de aquella nación desgraciada.

De Polonia pasó a Prusia desde fines de mayo, y ya en agosto habían sido infestados desde Varsovia hasta el golfo de Dantzick los pueblos que se hallan a las márgenes del Vístula. El 15 de este mes entró en

Custrin, y el 29, en Berlín; y aunque reinó cerca de seis meses en esta capital, la mortandad fue comparativamente muy corta, pues que a las 16 semanas aún no habían perecido 1 500 personas. Según el informe oficial de la Academia de Medicina de Berlín, murieron 20 000 habitantes en las ciudades de la Prusia, y 80 000 en los pueblecillos y campos.

La Galitzia fue invadida desde enero de 1831; pero las precauciones que se tomaron y los fríos del invierno, impidieron su propagación. Mas, sus habitantes no gozaron por largo tiempo de este beneficio, porque introducido el mal por unos fugitivos de Polonia, hizo una nueva explosión en el próximo verano, inundando sus poblaciones. Lemberg, su capital, fue asaltada a mediados de mayo. También entró en Hungría, y este reino y la provincia de Galitzia son los dos países de Europa donde el cólera ha causado más estragos. La población de la Galitzia, al tiempo de la invasión, era de casi 3 millones, y a mediados de noviembre ya había tenido 259 805 enfermos, y perecido de este número 97 654. En la Hungría enfermaron hasta mediados de abril 558 339 personas, y de ellas murieron 237 408. Apoderado el cólera del Danubio, ya no fue posible contenerle, y Viena, la capital del imperio austríaco, empezó a sentir sus estragos desde el 1º de septiembre de 1831; pero, aunque el mal se radicó por algunos meses haciendo dos erupciones, solamente contó 3 000 muertos.

Turquía tampoco se libertó de los horrores de la peste. Las provincias europeas de Moldavia, Valquia y Bulgaria fueron recorridas con gran mortandad. Jassy, capital de Moldavia, con la escasa población de 30 000 almas, hubo día de enterrar 300 cadáveres; y en la ciudad de Bucharest llegaron a morir de 400 a 500 personas diarias.

Avanzando hacia el Oeste, el cólera pasó de Prusia a la ciudad de Hamburgo, y de aquí fue introducido en la Gran Bretaña por un buque que llegó a Sunderland en octubre de 1831. Aunque ya fría la estación, la enfermedad se radica, y extendiéndose en el rigor del invierno por Inglaterra, Escocia e Irlanda, no perdona a Londres, Edimburgo, Dublín y otras ciudades principales. Los que han estudiado la historia del cólera, saben que la Gran Bretaña es uno de los países donde ha causado menos estragos, y no se oirá sin asombro, que la gran capital de Londres con una población de 1 474 000 habitantes, solamente hubiese perdido 3 242.

Si de las islas británicas volvemos al continente europeo, observaremos que la enfermedad corrió de Prusia al reino de Hanover, y de Austria al de Baviera. Aproximándose cada vez más a las fronteras de Francia, todo anunciaba que en breve entraría en esta nación: y ya a fines de febrero de 1832 había llegado casi a las márgenes del Rhin. Pero ya fuese que desde aquí hubiese dado un gran salto, ya que atravesando, como es más probable, el canal de la Mancha, hubiese llegado a Calais

desde Inglaterra, lo cierto es que el 26 de marzo apareció repentinamente en París con gran asombro de sus habitantes. Desde entonces vuela por los departamentos de Francia, e invadiendo la Bélgica por el Norte para de allí pasar a Holanda, por el Sur y el Este se propaga a varios puntos; pero caprichosa en su carrera, quiso respetar los Alpes y los Pirineos, deteniéndose a sus pies. Suiza e Italia, España y Portugal, Dinamarca, Suecia y Noruega son las únicas naciones de Europa que hasta ahora se han escapado: ¡y plegue al Cielo que más felices que las otras, puedan alejar de sus pueblos tan terrible calamidad!

Buscando siempre el cólera nuevas víctimas que inmolar, atraviesa los mares que le separaban del Nuevo Mundo; y conducido desde Dublín por un buque que llegó a Quebec, apareció en esta ciudad a principios de junio de 1832. De allí pasó inmediatamente a Montreal y a otros puntos del Canadá, y siguiendo la línea de las comunicaciones, penetró en los Estados Unidos de Norteamérica. La ciudad de Nueva York fue invadida desde fines de junio, pero oculto el mal por algunos días, no se descubrió hasta el 3 de julio. Perecen allí más de 2 000 personas; pero antes de matarlas, se esparce por una muchedumbre de pueblos y ciudades, y en poco tiempo recorre los Estados de Pensylvania, Maryland, Virginia, las dos Carolinas y otros, llegando por último a Nueva Orleans en noviembre del mismo año de 1832. Duró en esta ciudad como tres semanas, pero desarrolló tanta fuerza, que mató 3 000 personas sobre poco más o menos.

Desde que Norteamérica fue atacado, nuestros temores crecieron sobremanera: mas, algunas medidas sanitarias que se tomaron, fueron suficientes para impedir que en medio de nuestras continuas comunicaciones con aquellos países infestados, el mal arribase a nuestras costas. Desaparece en unos puntos, afloja sus fuerzas en otros, dormita en muchos durante el invierno; pero tomándose estas alternativas engañosas como señales inequívocas de su absoluta extinción, nosotros abrimos de par en par nuestras puertas, cuando aún vivía en el corazón de aquella república el monstruo que nos había de tragar. Cuba levanta sus cuarentenas el infausto 2 de febrero de 1833, y mi patria tiene que llorar a pocos días sobre millares de víctimas. Permítame usted, caro amigo, que suspenda la pluma por un rato sobre materia tan importante, y que manteniendo en expectación su justa curiosidad, examine, antes de trazar la funesta historia de nuestros males, algunos puntos que servirán para ilustración de usted y para prueba de mis razones.

Duración y repetición del cólera

Desde la aparición de esta enfermedad en la India, en junio o agosto de 1817, hasta principios de junio de 1833 en que todavía destroza

la isla de Cuba, van corridos casi 16 años. Pero se observa, que durante todo este período, no ha permanecido incesantemente en un país, sino que después de haberlo azotado por algún tiempo, o se retira para no volver a él, o solamente suspende sus rigores para atacarle de nuevo.

En la India parece que ha echado profundas raíces, pues desde que allí nació, repite anualmente sus ataques causando más o menos estragos. En las ciudades que componen las tres presidencias en que está dividido aquel país, ya se contaban hasta el año de 1830, 433 irrupciones, a saber: 200 en las de la presidencia de Bengala; 178 en las Madras; y 55 en las de Bombay. Esta ciudad y la de Calcuta han sido atacadas 15 veces en el discurso de los 15 años que tiene el cólera de existencia. Madras, Pondichery, Benares, Dacca y otros pueblos la han visto renovar en varios años. Las islas Filipinas la sufrieron en 1820, 1821, 1822, 1823 y 1830; pero Casas observa en su Memoria, que nunca se propagó en ellas con tanta rapidez como en el primer año de su invasión. La China, la Persia, y otras naciones del Asia, han sido también el teatro donde el cólera ha hecho muchas veces sus destrozos, y de 1817 a 1830, este formidable azote ha corrido de Sur a Norte un área de 2 250 leguas, y de más de 2 000 de Oriente a Poniente.

El período de cada irrupción en las ciudades del Asia, y principalmente en las de la India, ha sido desde cinco hasta poco más de 100 días; pero ordinariamente ha durado 40. Sin embargo, en Agra, Shiras, Bassora y en otros muchos parajes solamente fue de 18 a 20. En las ciudades muy populosas ha reinado 60; y en Calcuta no se extinguió sino después de 104.

La invasión de Egipto fue en 1831; y la duración del cólera en los lugares invadidos no pasó de 40 días. No tenemos noticias de que haya reaparecido; pero, si no se toman precauciones, es muy probable que haga una nueva irrupción, porque infestada la Siria que ha sido el teatro de las batallas entre las tropas turcas y egipcias, ambos ejércitos han contraído la enfermedad.

En cuanto a la duración del cólera en Europa se deben distinguir tres períodos: 1º El de su duración en cada nación. 2º El de su duración en cada ciudad; y 3º el de su duración media en cada país. Al trazar la historia de esta epidemia, manifesté que no se había introducido en Europa hasta 1830: ahora se verá con toda exactitud la época de sus invasiones, los lugares primitivamente invadidos, y su duración en los países atacados. Moreau de Jonnés ha publicado a principios de este año tres tablas, que son las mismas que se insertan a continuación. He aquí la primera:

<i>Países</i>	<i>Época de su introducción</i>	<i>Lugares por donde primero ha entrado</i>	<i>Duración de su existencia</i>
Imperio Ruso	13 de junio de 1830	Derbent	2 año 6 meses
Polonia	marzo de 1831	Horodla	1 año 10 meses
Imp. de Austria	3 de mayo	Tarnopol	1 año 8 meses
Prusia	27 de mayo	Plau	1 año 7 meses
Turquía europea	julio	Ronstchoult	1 año 6 meses
Alemania	7 de octubre	Hamburgo	1 año 3 meses
Gran Bretaña	13 de octubre	Sunderlan	1 año 3 meses
Francia	15 de marzo de 1832	Calais	10 meses
Bélgica	21 de abril	Courtrai	9 meses
Holanda	25 de junio	Scheveling	6 meses

Para la mejor inteligencia de esta tabla conviene advertir, que el período que se señala a cada una de las invasiones, no es el de la duración absoluta del cólera en cada uno de los países atacados, sino el del tiempo corrido en algunos de ellos desde el principio de la invasión hasta enero de este año, fecha en que escribía Moreau de Jonnés. Hago esta advertencia, no sólo porque este autor dice que todavía reinaba en aquel mes en algunas ciudades de Francia y en otras partes del Norte de Europa, donde las autoridades ocultaban su existencia, sino porque yo mismo he leído en gacetas inglesas de este año, que el cólera había continuado y reaparecido en las islas británicas y particularmente en Irlanda.

Es asunto de gran momento el saber si repetirá en Europa lo mismo que en Asia. El tiempo es todavía muy corto para decidir, puesto que desde su primera irrupción hasta la fecha apenas han corrido tres años, y el resultado de 1833 influirá mucho en la resolución de problema tan importante. Mientras llega tan fausto o funesto día, siendo muy probable que sea funesto, consolémonos por ahora con saber, que invadido el Norte de Europa en 1830 y 1831, la epidemia no ha hecho nuevas irrupciones en aquella dilatada región; y que en las capitales de San Petersburgo, Moscú, y Varsovia desapareció absolutamente desde 1831.

Moreau de Jonnés observa, que comparando la tabla anterior con la duración del cólera en el Asia, no podrá menos de notarse, que al paso que se va separando de su origen, y extendiéndose al Oeste, el período de su existencia va haciéndose más corto. Aunque la observación es cierta en general, con todo, no es tan exacta como se supone, porque de la misma tabla aparece, que siendo la Polonia, Prusia y Austria países más occidentales que la Turquía europea, en ésta había durado menos que en aquéllos. Las islas británicas son la nación más occidental de la Europa, y aunque fueron invadidas desde octubre de 1831, todavía en enero de este año existía en varios pueblos de Irlanda; pero la Bélgica y la Holanda que están más al Oriente, fueron visitadas, aquélla en abril y

ésta en junio de 1832; y en verdad que a los pocos meses de su invasión ya no se hablaba de cólera en ellas.

La duración de cada una de las irrupciones del cólera en las ciudades de Europa es generalmente mucho más larga que en Asia. Así se comprueba con la tabla siguiente:

	<i>Días</i>		<i>Días</i>
Edimburgo	323	Arcángel.....	110
París	283	Hamburgo	107
Glasgow	277	Bruselas	102
Dublín	250	Sheffield	100
Londres	250	Moscú ¹	100
Varsovia	230	La Haya	80
Wilna	227	Rotterdam	72
Hull	200	Amsterdam	65
Berlín	164	Praga, 1 ^a irrupción	45
Albo	150	2 ^a ídem	122
Viena, 1 ^a irrupción	140	Revel	50
2 ^a irrupción	120	Magdeburgo	41
Gante	140	Memel	40
Konigsberg	133	Lubeck	35
Dantzick	132	Roulers (Bélgica) ..	27
Stettin	130		

Esta tabla manifiesta que Edimburgo es la ciudad de Europa donde el cólera ha durado más, y Roulers en la que menos. Por consiguiente, la escala que ha corrido la duración de la peste en las ciudades de Europa varía desde 27 hasta 323 días; esto es, desde poco menos de un mes hasta más de diez y medio. En las villas y pueblos de Europa, y particularmente en las ciudades invadidas en vísperas de invierno, ha cesado pronto; pero en las populosas, y con muchas comunicaciones, ha prolongado su existencia, pues regularmente no ha desaparecido antes de 100 días.

Moreau de Jonnés ha sacado el término medio de la duración del cólera en las ciudades principales de cada nación europea invadida por este mal; y el resultado aparece en su tercera y última tabla.

	<i>Días</i>		<i>Días</i>
En Rusia	100	En Inglaterra	130
En Polonia	70	En Escocia	100
En Austria	100	En Irlanda	180

1 Así lo dice Moreau de Jonnés, pero la *Revista Trimestre de Londres* asegura que duró cinco meses.

En Prusia	100	En Bélgica	90
En Alemania	80	En Holanda	70

Los fenómenos que en su duración presenta el cólera en Asia, Europa y América, no se pueden explicar de un modo satisfactorio. Véese en Asia con una tendencia a perpetuarse, pues que repite con frecuencia sus ataques, haciéndolos anualmente en algunos parajes: mas, al mismo tiempo se observa que quiere alejarse, porque pronto se retira de los pueblos invadidos. En Europa, al contrario, parece que quiere ausentarse, porque en los países que ha abandonado una vez, no se ha vuelto a presentar; mas, por otra parte, se empeña en permanecer, prolongando su duración en las ciudades invadidas. ¿Por qué en las del Asia, donde hay menos policía y conocimientos, donde el cólera tiene tanta fuerza, se detiene muchísimo menos que en las de Europa donde hay tantos recursos para combatirle, y donde no presenta en general un carácter tan atroz? Al contemplar esta diferencia, el entendimiento lucha por encontrar su causa, y se ve como impelido a decir, que quebrantadas por el poder humano, pero no destruidas las fuerzas de la epidemia, ésta va disputándole terreno, y arrancándole por grados las víctimas que pretende libertar: mas, en Asia, cuyos hijos son tan inferiores a los de Europa, el mal no tiene contrario, y entregado a su furor, corre pronto sus períodos, llegando en breve a su término. Pero esta razón no cabe, cuando se reflexiona lo que ha sucedido en América. Ya hemos visto cuán rápidamente han pasado sus irrupciones en Quebec y Montreal; y en los Estados Unidos donde las luces están tan derramadas, donde hay más policía que en casi todas las naciones de Europa, y donde la masa del pueblo vive con más comodidad que en todas ellas, la duración de sus ataques en las ciudades populosas ha sido muy cortas con respecto a las de Europa. ¿Por qué, pues, tanta variedad? Ni el clima, ni el terreno, ni el género de vida, ni la ilustración de los pueblos, nada puede resolver el enigma. Mil dificultades asoman la cabeza por todas partes, y confundida la mente humana, no palpa sino tinieblas.

¿Mas, se perpetuará el cólera en el mundo, o desaparecerá dentro de algún tiempo? Nadie puede resolver esta cuestión. De las pestes que han invadido a los hombres en el transcurso de los siglos, la viruela, el sarampión, la plaga, la sífilis se han transmitido de generación en generación, y convirtiéndose en funesto patrimonio de la especie humana. Pero otras han desolado la tierra por algún tiempo, y desaparecido después, o para siempre, o para volver a visitar a los mortales en otra época muy remota. A cual de estas especies pertenezca el cólera, reservado está en los profundos designios de la Providencia.²

2 Si esto se ignoraba cuando escribí esta *Carta* en 1833, ya hoy se sabe, que el cólera se ha hecho endémico en la India, y que ha repetido sus irrupciones, no sólo en varios países del Asia y África, sino en Europa y en América.

Influencia del cólera en las castas, sexos, edades y diferentes estados de la vida

Todas las excepciones que hasta aquí se han hecho acerca del cólera, han sido desmentidas por su misma historia. Nada hay más falible que las reglas y proposiciones absolutas que se quieren establecer en una enfermedad tan caprichosa: así es, que los seres que han sido respetados en un país, en otros han sido víctimas.

CASTAS

Habiendo el cólera recorrido ya las cuatro partes del mundo, todas las razas de que se compone la especie humana, han estado sometidas a su influjo, no sólo en su país natal, sino también en extraño suelo. En Asia han perecido indistintamente los naturales y los europeos. En Europa han sido sacrificados muchos de sus hijos. En África, esto es, en el Egipto, han muerto los indígenas a millares, habiendo sucumbido también algunos europeos residentes. Lo mismo ha sucedido en las islas de Francia y de Borbón; y cuando el cólera atravesó los mares, y se presentó en el Nuevo Mundo, los europeos y los americanos, ya blancos, ya negros, fueron atacados en Quebec, en Montreal, Norfolk, Nueva Orleans y en otros pueblos de Norteamérica. Entró la epidemia en la isla de Cuba, ¿y qué es lo que hemos visto en ella? Hemos visto al blanco y al negro, al cubano y al europeo, hundirse juntos en la huesa.

Pero en medio de la generalidad con que este azote descarga sus golpes, todavía se conoce que hay castas menos perseguidas. El mal parece que respeta, hasta cierto punto, a los europeos y sus descendientes, pero que se encarniza contra los asiáticos y africanos. ¿Y nacerá tan notable diferencia de una predisposición funesta que la naturaleza ha dado a estos últimos? ¿Será que la suma de conocimientos que posee la raza europea, le proporcione ventajas sociales con que hacer frente a la enfermedad, y ya que no puede destruirla, puede a lo menos debilitarla? Para graduar con exactitud el influjo de ambas causas, sería preciso poner a los asiáticos y africanos bajo de las mismas circunstancias en que viven los europeos; pero como esto no es asequible, debemos atenernos a conjeturas más o menos fundadas. Que los climas de Asia y de Europa son diferentes, nadie lo negará; y si es verdad que esta causa influye poderosamente en modificar las enfermedades, se convendrá también en que, aun prescindiendo del distinto grado de ilustración en que se hallan ambos continentes, la constitución física debe influir ya en favor, ya en contra de los individuos. Se sabe que cuando el cólera entró en Calcuta la vez primera, respetó a los europeos; y aunque al año siguiente los invadió, parece que les tuvo alguna consideración. No pre-

tendo sacar de aquí ninguna consecuencia favorable para ellos, pues su corto número en proporción a los indios, su género de vida y sus decursos pueden explicar muy bien la diferencia que se notó. Por otra parte, hay hechos contrarios que casi destruyen las razones que pudieran alegarse en su abono como favorecidos del clima. El ejército del general Hastings perdió en pocos días millares de ingleses, y los golpes que han experimentado en la India otros cuerpos europeos, claramente manifiestan, que, aunque la fatiga de las marchas propenda a su mortandad, el europeo cuando no está auxiliado de las reglas de higiene, sucumbe lo mismo que el asiático.

Triste observador de los estragos del cólera en la raza africana, puedo hablar de ella con mejores fundamentos que la asiática. No cabe duda en que parte de la mortandad que ha experimentado en nuestro suelo, proviene de la escasez e inmoralidad en que vive gran número de ellos; pero cuando se reflexiona que muchos, así libres como esclavos, gozan de más comodidades que un número considerable de blancos, y que en medio de la juventud y robustez, y de todos los auxilios que sus familias o sus amos les han prodigado, han sido cruelmente sacrificados por la enfermedad, hay alguna razón para sospechar, a lo menos hasta ahora, que en la constitución de la raza africana parece que existe algún principio predisponente para el cólera. Pero todavía este mal, como si se complaciera en quebrantar todas las reglas que se le quieren prescribir, viene a ofrecernos una anomalía aun en esa misma raza. Se nos dice por los autores, que el cólera generalmente se ceba en las personas débiles y achacosas: así lo hemos visto; pero también hemos observado, que cuando ha invadido los ingenios, muchas y muchas veces ha sacado sus víctimas de lo más florido de los negros, dejando ilesos a los que por sus años y mísera condición ya la muerte reclamaba.

Soy el primero en reconocer el poderoso influjo de la ilustración; pero no me parece muy exacto erigir en principio, como algunos lo han hecho, que cuanto más difundidas están las luces en un pueblo, tanto menor es el número de individuos atacados, y al contrario. Grande, incalculable es el poder de la ilustración; pero medir por él sólo los estragos de una peste, prescindiendo del influjo del clima, de las localidades y de un cúmulo de circunstancias que reagravando a veces el mal, suelen ser engendradas por esa misma ilustración, es cerrar los oídos a la voz de la experiencia. ¿Son los húngaros y los hijos de la Galitzia menos civilizados que las hordas semibárbaras que pueblan muchas provincias de la Rusia? Y si no es así, ¿por qué la epidemia fue más cruel entre los primeros que entre los segundos? ¿Es París menos ilustrada que las demás capitales del continente europeo? ¿No saca por el contrario grandes ventajas a casi todas ellas en punto a civilización, y mucho más en materias de medicina? Y entonces, ¿por qué trastorno de principios la

epidemia, atacó y mató proporcionalmente más gente en París que en Londres, Viena, Berlín y otras capitales de Europa? ¿Hay en Nueva Orleans y en La Habana menos luces esparcidas, que en muchos de los pueblos centrales de Europa? Y si tal no es, ¿por qué ha sido la peste tan benigna con ellos, y tan cruel con los orleaneses y los habaneros? ¿No se ha visto, con frecuencia, que a los mismos pueblos del Asia sujetos a sus repetidos ataques, el cólera a veces los ha atacado ligeramente, y otras los ha despedazado con furia? ¿Y podrán estos contrastes explicarse por sólo el influjo de la ilustración?

Verdad es que ésta facilita grandes recursos en todas las calamidades; pero de aquí no se sigue necesariamente la pronta aplicación de sus medidas redentoras. Para esto se requiere actividad y patriotismo; y si faltan estos elementos de la felicidad social, bien puede ser, como desgraciadamente sucede, que un país de menos saber tome mejores medidas sanitarias que otro que raye en el cenit de las ciencias. Convengamos, pues, en dar a la ilustración todo lo que con razón se debe, pero nunca extendamos su imperio hasta una esfera donde no alcanza.

SEXOS

Generalmente se ha observado, que el cólera ataca más a los hombres que a las mujeres. Esto no se puede atribuir a la desproporción de los sexos, porque, aunque según los censos de muchos países nacen más hombres que mujeres, éstas en el decurso de la vida exceden en número a aquéllos. Los recios trabajos, las guerras, los naufragios, y las penas capitales que casi siempre recaen sobre el sexo fuerte, menguan constantemente la población masculina, y dan muchas veces a la femenina una preponderancia numérica. Sin pretender generalizar esta proposición, hasta saber que es cierta respecto de casi toda la Europa, que es cabalmente donde los estragos del cólera se han observado con más inteligencia que en Asia. Atendiendo, pues, a la diferencia numérica de los sexos, la mortandad de los hombres, lejos de ser mayor, debiera ser menos que la de las mujeres.

Prescíndase, si se quiere, de toda diferencia numérica; concédase además que no sólo nacen, sino que también existen en todos los países más hombres que mujeres; esto todavía dista mucho de la explicación del fenómeno; porque siendo aun entonces muy corta la desproporción de los sexos, la mortandad también debería de serlo; y a la verdad, que las tablas necrológicas dan una enorme diferencia. En Astracán se observó, que fueron atacadas muy pocas mujeres, aun con respecto a lo que comúnmente sucede; mas, en Oremburgo ocurrió todo lo contrario, pues ellas fueron las más expuestas a los rigores de la enfermedad; y en San Petersburgo hubo también en proporción a los sexos muchos me-

nos hombres muertos que mujeres. Prescindiendo de estas y otras excepciones que pueda haber, es positivo, que la enfermedad tiene cierta tendencia a invadir a los hombres más que a las mujeres. Si esto proviene del distinto temperamento de los sexos, o del género sosegado de vida de ellas, o de ambas causas reunidas, son cosas que se infieren, pero que no se saben con certeza. Recorriendo la historia de las pestes, el mundo presenta fenómenos contradictorios. Gentilis hace mención de una que apenas tocó a las mujeres, dirigiendo casi siempre sus ataques contra los hombres robustos. Botero refiere otra que solamente invadió a los jóvenes. Dionisio de Halicarnaso habla de otra que sólo atacó a las solteras. La peste que sufrieron los rusos en 1738 respetó a los niños que no pasaban de 8 años; pero asaltó particularmente a las muchachas que habían entrado en la pubertad y a las mujeres embarazadas: siendo muy digno de notarse que no eran invadidas, cuando no pasaban de tres meses; pero de las que estaban más adelantadas, abortaron y murieron muchas.

EDADES

Como el cólera ataca indistintamente a los adultos de todas las edades, no debe hacerse más diferencia que respecto de los niños, en quienes se observa generalmente que hace menos estragos. Broussais dice, que la epidemia los ataca, cuando sube a un grado muy intenso, y así ha sucedido en La Habana, pues no empezaron a morir hasta que tomó mucha fuerza. En algunos puntos de Europa, han sido a veces más, a veces menos. En Dantzick, casi la mitad de los muertos fue de personas que no llegaban a 14 años. En Francfort perecieron más de dos tercios, pues de cada 33 muertos, 24 eran niños. De éstos se compuso la quinta parte de la mortandad general en Berlín, y la sexta en Posen.

CLASES Y PROFESIONES

La gente pobre, así por su muchedumbre como por la falta de recursos, ya para precaverse y curarse, ya para huir de los lugares infestados, es la que en general sufre más el rigor de la epidemia. Hay, sin embargo, países, donde los ricos han sido más perseguidos: así sucedió en Dantzick, cuya población fue atacada en todas sus clases; y también en Viena, cuya mortandad entre los ricos y nobles fue extraordinariamente en proporción a su número.

Los médicos y los asistentes de los hospitales, a veces han sufrido mucho, como se verá más adelante, y a veces muy poco o nada. Los zapateros y tejedores fueron de las clases que más sufrieron en Königsberg. Los alfareros de Posen tuvieron mayor mortandad respec-

tiva. Los empleados en la construcción de pozos, en las preparaciones mercuriales, y los carboneros que se creyeron exentos del cólera, han perdido el privilegio que se les quiso dar, pues han sido atacados como las demás clases. Respecto de los carboneros y caleros, tenemos en La Habana repetidos ejemplos, así en los blancos como en los negros; y aun algunos han sido atacados en el acto mismo de apagar la cal. Aun las personas empleadas en la extracción del gas cloro y en hacer sus preparaciones han experimentado algunas veces los rigores de la epidemia. Los militares ingleses e indígenas han sufrido mucho en la India; pero en Europa ordinariamente ha sucedido lo contrario con las tropas europeas. Parece a primera vista que no debiera acontecer así, porque viviendo amontonados, y dándose muchos soldados a vicios que se consideran como los mejores predisponentes para contraer el cólera, ellos debieran ser los más perseguidos; pero el hecho es, que generalmente salen mejor librados que muchas de las otras clases de la sociedad. Sin duda influye en esto la regularidad de sus comidas, y la severidad de la disciplina militar, pues ésta hace cumplir estrictamente todas las medidas sanitarias que se crean conducentes para su preservación. Esta causa deriva mucha fuerza de lo que sucedió en Berlín y en otras ciudades de Europa, donde se observó durante la epidemia, que el número de enfermos y de muertos era mayor en los martes, miércoles y jueves que en los demás días de la semana, a consecuencia de los desórdenes que cometían los operarios los domingos y los lunes. Con todo, en algunas ciudades no ha dejado la tropa de padecer, pues en Königsberg, la parte decimatercia de los enfermos, y la decimoctava de los muertos fueron militares; y en Dantzick, pertenecían a esta clase la quinta parte de los enfermos, y la séptima de los muertos.

Las personas dadas a la bebida están muy expuestas a ser atacadas del cólera, y en todos los países donde abunda su número, ha perecido gran parte. En La Habana, donde felizmente la embriaguez no es vicio popular, no hemos tenido hechos suficientes para decidir, si los ebrios han muerto en mayor porción que los que pertenecen a otras fracciones del pueblo: antes parece, que atendido su número, que sin duda es muy corto para una ciudad de más de 100 000 almas, perecieron menos de los que debieron morir según las reglas generales. A mí siempre me ha llamado la atención, que en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos de Norteamérica, donde el vicio de la bebida reina en la masa del pueblo, los estragos del cólera hayan sido menores que en otros países donde no se consumen tantos licores. No ignoro que la epidemia ha sacrificado allí a muchos ebrios; pero al mismo tiempo observo, que sus ataques no guardan proporción con el total de su población, ni tampoco con el del número de personas entregadas a la

bebida. Así me parece, que aunque la buena policía y gobierno de aquellas dos naciones son contra-causas poderosas que neutralizan los desórdenes que acarrea la botella en la epidemia del cólera, todavía se ha dado al uso de los licores una influencia exagerada, pues que al hablar de ellos se prescinde de la varia acción que ejercen los climas, y del distinto temperamento que éstos y otras causas producen. Acaso se han confundido los males de la bebida en sí con las miserables consecuencias que arrastra; pero si éstas se separan de aquélla, para poder apreciar su verdadero influjo, quizás se encontraría, que llevo algún fundamento en las dudas que aquí expongo.

Influencia del cólera en los animales

La acción mortífera de esta enfermedad se ha extendido también a ellos en algunos países. En muchos gobiernos de Rusia y provincias de Polonia, y en toda la Galitzia perecieron millares de bueyes, vacas y caballos. Lengua negra y muy hinchada, sed ardiente y diarreas de color negro, tales eran los síntomas de la enfermedad en estos animales. En Prusia murieron muchos pollos y pichones; y en Berlín, muchos estanques quedaron sin los peces que los habitaban. En Liverpool se notó que desaparecieron casi todas las moscas, y en las cercanías de París murieron muchas aves. Según dice Ranken, se observó en algunas partes del Asia donde reinaba el cólera, que los camellos y cabras eran atacados de violentas diarreas. En una de las últimas invasiones del cólera en la provincia de Ghilan perteneciente a la Persia, todos los huevos de los gusanos de seda fueron destruidos. En La Habana y en algunas haciendas vecinas, han muerto, aunque en corto número, algunos caballos, perros, gallinas y otras aves; siendo de advertir, que algunos de estos animales murieron antes de haberse declarado la epidemia en la especie humana. Estos hechos guardan semejanza con los de otras pestes que han invadido también a hombres y animales. En el cólera se ha observado, que los animales domésticos han sufrido más que los salvajes; y la diferencia puede consistir, ya en el género de vida de unos y otros, ya en que viviendo los primeros en los recintos infestados por el hombre, están mucho más expuestos que los segundos a la acción mortífera de la peste.

Conjeturas sobre las causas del cólera

Todas las que se han hecho hasta aquí, se pueden reducir a la tierra, a la atmósfera y a los astros. Las examinaré una por una, a fin de que se conozca que nada es más fácil que precipitarse en el error, cuando se corre en pos de la verdad.

EMANACIONES DE LA TIERRA

Piensen algunos, que exhalando ésta ciertos efluvios o vapores, ha dado origen al cólera. Cuando hablan de vapores, entiéndase que no se contraen a los que emite la tierra continuamente de su superficie, sino a otros venenosos que arroja de sus entrañas; y les parece que confirman su opinión, trayendo ejemplos de algunos países donde se han sentido terremotos a tiempo de ser visitados por el cólera, como dicen que sucedió en la India en 1820, en la Arabia en 1822 y en la Siria en 1823.

En cuanto a los vapores, lo primero que ocurre inquirir es ¿quién ha probado su existencia? Y dado que existen, resta todavía averiguar, si tienen la propiedad que se les atribuye, porque la coincidencia de dos cosas no es razón concluyente para que una se suponga causa de la otra.

Los terremotos, que se mencionan por algunos partidarios de esta opinión, prueban cabalmente todo lo contrario. Tembló la tierra en la India en 1820; ¿pero no apareció el cólera en ella desde 1817? Tembló en la Arabia en 1822; ¿pero no se presentó en ella desde el verano de 1821? Tembló en la Siria en 1823; ¿pero no estalló en ella desde 1822? Si los temblores hubiesen precedido a la aparición del cólera, ya tendrían algún pretexto los partidarios de esta opinión; pero habiendo sido muy posteriores a ella, no cabe razón que los justifique. Y si esto no basta para convencerlos, ¿por qué los países perseguidos de terremotos, y que por lo mismo están más expuestos a la exhalación nociva de los internos efluvios de la tierra, no han experimentado todavía la epidemia, a pesar de haber recorrido ya gran parte del mundo en el transcurso de 16 años? ¿Hay por ventura porción alguna de nuestro globo más agitada en sus entrañas por la fuerza de los terremotos, que la América española? ¿Y se ha presentado el cólera por eso en alguna de sus dilatadas regiones? La Islandia y otros países del septentrión que coronan la tierra con los fuegos que arrojan de sus volcanes, ¿por qué no han experimentado ya la funesta visita del atroz enemigo que nos devora? Y en sentido contrario, ¿por qué han caído bajo su azote algunos países donde nunca o rara vez tiembla? ¿Por qué Francia, sin preceder ni acompañar ningún temblor, fue invadida del cólera en marzo de 1832, y su país vecino la Italia, donde se sintieron en el mismo mes y año, ni entonces ni después ha sido atacada? ¿Por qué fue a buscar para su cuna un suelo bajo y anegadizo, y no los áridos y encumbrados terrenos, expuestos continuamente a las conclusiones de la naturaleza? ¿Por qué no ha ido a fijar su mansión en los países mineros, donde las entrañas de la tierra son un laboratorio constante, y donde las materias que en ella se encierran, tienen tantos respiraderos por donde desahogarse?

Mas, aun prescindiendo de estas consideraciones, yo no puedo concebir como proviniendo el cólera de emanaciones terrestres, sea tan

lento en su carrera. La velocidad de un temblor es prodigiosa, y en una hora se propaga a largas distancias. Los efluvios que originan el cólera, deben salir entonces por cuantos conductos encuentren, e infestando repentinamente un gran espacio, el mal hubiera de atacar en un mismo día a muchos parajes distantes entre sí. ¿Pero es esto lo que sucede? ¿No vemos que invade un pueblo, y que allí permanece días y semanas sin tocar a ninguno de los puntos inmediatos? ¿Cómo puede explicarse que la tierra vaya arrojando sus hálidos venenosos con tanta lentitud y en tan cortos espacios, que atacado hoy un punto, otro cercano no lo sea hasta de aquí a diez días, otro que le sigue hasta 15, y así sucesivamente? Confieso que cuanto más pienso en esta materia, tanta menos entrada puedo darle en mi entendimiento. ¿Pues qué?, ¿los terremotos y las erupciones que hoy presenta la tierra, son nuevos en la naturaleza? ¿Han producido por ventura en otros tiempos los males que hoy afligen a la especie humana? Y si pueden producirlos, ¿qué anomalía, qué trastorno general ha sucedido, que en medio de la diversidad de materias que componen las distintas regiones de nuestro globo, en todas ellas se estén exhalando 16 años ha vapores de una misma naturaleza, pues que no hay lugar donde no produzcan los mismos efectos, y exhalándose de un modo tan lento e incompatible con las violentas causas que debieran arrojarlos?

AIRE

Aunque esta causa influye en el hombre de varios modos, y es origen fecundo de muchas enfermedades, su influencia debe limitarse a los casos que apoya la razón y demuestra la experiencia. Que modifique los efectos del cólera, ya aumentándolos, ya disminuyéndolos, bien entendido lo tengo; pero que sea la causa primaria de donde nazca la enfermedad, he aquí lo que no puedo admitir. Examinemos la cuestión por partes, y veamos el grado de fuerza que merece.

Calórico, o temperatura del aire

Si se consultan las observaciones termométricas hechas en varios países, antes y al tiempo de reinar el cólera, no se encuentra nada que justifique la conjetura de que este agente sea su causa. Si nace del mucho calórico, sus estragos debieran limitarse a los países muy calientes, reapareciendo en las épocas calurosas. Si proviene de una baja temperatura, entonces debiera reducirse a los lugares fríos y templados, invadiéndolos en el invierno. Pero la enfermedad ataca en todos tiempos y a todos los países; y su historia nos enseña, que si en la India causó grandes desastres a los 106 grados del termómetro de Fahrenheit, en

Java casi a los 100, y en Mascate a los 122, sus fuerzas no se quebrantaron en las frías montañas de Himalaya, ni en las regiones heladas de la Rusia. No hay en la naturaleza una causa más constante que el calórico, y expuesto siempre el hombre a su acción, es muy extraño que esas mismas afecciones a que tan acostumbrado está, hayan venido a producir en la presente centuria un efecto tan singular. A pesar de las temperaturas, la enfermedad corre sus períodos; y entre los muchos ejemplos que pudiera citar, límitome a los dos siguientes. En Varsovia, hubo en abril, con una temperatura baja, más muertos que nunca; y en julio, con otra mucho más alta, menos que en abril, pero más que en los meses intermedios. En La Habana empezó con una temperatura algo templada, ésta se mantuvo casi uniforme durante los primeros días, pero el mal se aumentó. Reventó después un noroeste, bajó y subió el termómetro; mas, el cólera, a pesar de estas mudanzas, creció más y más cada vez. Llegó por fin a su punto extremo, empezó a disminuir, y aunque la temperatura aumentaba con la estación, la epidemia seguía declinando.

Es, pues, forzoso confesar, que el calórico no es el principio creador de esta enfermedad; pero al mismo tiempo se debe reconocer, que modificando la causa que produce el cólera, a veces influye en aumentar, y otras en retardar y aun impedir sus progresos, pues en algunos parajes ha enfrenado su furor durante el invierno, y en los países asiáticos donde se ha hecho endémico, repite sus ataques desde abril y acaso antes, hasta la entrada de los fríos. Pero esto no es tan constante como algunos pretenden, porque en Rusia continuó sus destrozos durante el invierno; y en el de 1831 a 1832 se fue acercando a las fronteras de Francia, en tales términos, que ya en febrero casi había llegado a las márgenes del Rhin. En la Gran Bretaña atacó en octubre, y siguió extendiéndose por todas partes, sin que los fríos pudiesen contenerla.

Peso de la atmósfera

Las observaciones barométricas no indican que el peso atmosférico haya aumentado ni disminuido; y todas las que se han hecho en varios países desde la aparición del cólera hasta la fecha, dan las fluctuaciones medias de costumbre. Si se dice, que aunque el barómetro no indique esas ligeras variaciones, no por eso se infiere que el hombre deja de sentirlas, entonces es menester que se explique, ¿cómo estando él acostumbrado a experimentar otras mucho mayores, pues que en los países situados fuera de los trópicos, la escala barométrica marca en sus oscilaciones una diferencia de dos y tres pulgadas; cómo, repito, puede sentir la máquina humana aquellas que son tan ligeras, y no estas que son tan considerables? Que fluctuaciones atmosféricas de gran momento no produzcan en el hombre efectos notables, y que otras imperceptibles le

quiten la vida, es uno de aquellos milagros que la naturaleza rechaza, y la sana razón condena. Lo cierto es, que ora suba, ora baje el barómetro, el cólera invade, mata y se retira; y que ni los valles profundos donde el aire pesa mucho, ni la cumbre de las montañas donde pesa poco, se escapan de este azote universal.

Humedad atmosférica

Si el cólera solamente hubiera atacado los climas húmedos, ya entonces habría algún indicio para atribuir a ella su origen; pero cuando aparece en los tiempos más secos y en los lugares más áridos, es preciso convenir en que fuera de la humanidad hay una causa que produce la epidemia. Cualquiera que sea el estado higrométrico de un país, no por eso se ha libertado de la invasión del cólera. En las regiones ecuatoriales donde la evaporación media anual es de 80 pulgadas, en los países tropicales del Asia donde es de 70, y en la Rusia donde solamente es de 20, en todos ha causado indistintamente grandes estragos. Y para no dejar entre nosotros ninguna duda, nos atacó en los meses más secos del año, según aparece de las tablas meteorológicas impresas al fin del número octavo de la *Revista Cubana*, y de las luminosas y profundas observaciones que por encargo del Excmo. señor D. Mariano Ricafort hizo acerca de ellas D. José de la Luz, las cuales también se han publicado en las páginas de la misma *Revista*.

Si la humedad es la causa primaria del cólera, ¿por qué no ha existido desde siglos anteriores? ¿Por qué no nació en Cuba en los lugares pantanosos y enfermizos del interior y de las costas poco pobladas? ¿Por qué nos invadió en la estación más seca del año, sin aguardar a que las abundantes lluvias humedeciesen nuestra atmósfera y remojasen nuestros sedientos terrenos? Cuando se observa que han sido respetados de la epidemia general países húmedos donde reinan enfermedades, hijas peculiares de la humedad, como la *malaria* o fiebres intermitentes en Roma y otras partes; cuando se observa, que en la misma India existen parajes donde estas fiebres son mortíferas, y que el cólera, o no repite en ellos sus ataques, o si los hace, no es con tanta fuerza como en otros secos: cuando se observa, en fin, que reinando el cólera en una nación, como aconteció en Prusia, hubo en septiembre de 1831 pueblos con fiebres intermitentes, pero sin cólera; otros con ella, pero sin fiebres; y otros con las dos enfermedades a un tiempo; es forzoso concluir, que la cruel epidemia del siglo XIX no trae su origen de la humedad atmosférica, ni tampoco de las fétidas exhalaciones de los sitios pantanosos. Abs-teniéndome de hacer nuevas reflexiones, me contentaré con transcribir lo que el doctor Scott dijo en un informe al gobierno de Madras, en un tiempo en que aun no existían hechos tan claros sobre esta materia.

“En las tablas meteorológicas, así dice, se verá que las alturas medias del barómetro y del termómetro nunca variaron de una manera importante desde 1815 hasta 1821. En 1817 la enfermedad no apareció. En 1818 se presentó en las partes más septentrionales. En algunos parajes el tiempo era entonces húmedo; en otros seco. En algunos reinaban las lluvias periódicas ordinarias. El cólera progresaba en todas situaciones, y no se extendió a los puntos más meridionales hasta 1819, cuando pudo decirse que las irregularidades de las estaciones anteriores ya no producían efecto. Después de haber vuelto las estaciones a su orden regular, de haber prevalecido un estado enteramente opuesto al de 1818, esto es, una estación de una seca extraordinaria causada por la falta de lluvias de los vientos del nordeste, el cólera desgraciadamente ha continuado todavía, esporádicamente en todas partes, y epidémicamente y con mucha severidad y mortandad en muchas de las tropas en marcha. Por tanto, si la irregularidad de las estaciones en 1817 y 1818 han dado origen al cólera, concebimos que solamente puede ser de un modo indirecto y desconocido para nosotros; y su continuación, después de haberse hecho epidémico, parece que no está unida en lo principal con ningún estado sensible del tiempo”.

Electricidad

Ved aquí la causa a que muchos atribuyen el cólera morbo; y aunque nadie está más dispuesto que yo a reconocer el papel importante que este agente poderoso representa en la naturaleza, todavía no puedo seguir la opinión de los que así piensan, pues que no existen hechos ni sólidas razones en que apoyarla. Si requerimos las máquinas y los instrumentos inventados para descubrir y graduar la electricidad, el físico no responde desde su gabinete, que nada ve, nada observa en abono de tal conjetura. ¿En qué, pues, se fundan entonces para afirmar lo que no saben? Recorramos brevemente las razones que presentan.

1^a Dicen algunos que las máquinas eléctricas no se cargan en tiempos coléricos. Equivócanse enteramente, pues se cargan lo mismo que en tiempos no coléricos; y si hay en esto alguna diferencia, proviene únicamente del estado más o menos seco de la atmósfera, y de otras circunstancias harto conocidas de los físicos. Mas, quiero concederles que las máquinas no se carguen. ¿Qué se infiere de aquí? Infiérese, según ellos, que la atmósfera tiene muy poca electricidad; y partiendo de este dato, se dan la enhorabuena, creyendo haber encontrado la causa de la enfermedad. ¡Engañoso raciocinio! La máquina eléctrica cuando se carga, recibe la electricidad, no del aire sino de la tierra. Si se aísla enteramente de ella, cesan al punto los fenómenos eléctricos que produce; si se restablece la comunicación, renacen al instante los efectos in-

terrumpidos: luego, el aire no es quien provee a la máquina de electricidad; y no proveyéndola, la abundancia o escasez del fluido eléctrico que contenga, poco o nada influirá en el experimento que se cita. No niego empero por esto, que el aire deje de influir muy directamente en las máquinas eléctricas; pero esta acción es conservadora y no proveedora: se reduce a mantener por medio de su sequedad y peso la electricidad acumulada en el conductor de la máquina. De aquí es, que cuando una bien acondicionada no se carga, la nulidad o debilidad de sus efectos debe atribuirse a la humedad y poco peso de la atmósfera, pero no a la falta de electricidad en ésta.

2ª El cólera ataca los parajes húmedos y pantanosos. Esto, en concepto de los partidarios del sistema eléctrico, es, porque los vapores acuosos van cargados de electricidad, y puesta en contacto con el ser humano, produce el mal. Pero éste, ¿no respeta a veces esos parajes húmedos y pantanosos, como veremos después? ¿No ataca también los secos y aun los desiertos? ¿Las aguas corrientes y estancadas no han exhalado en todos tiempos vapores impregnados de electricidad? Y si así ha sucedido, ¿por qué solamente ahora, y no en el transcurso de tantos siglos se ha presentado la desastrosa epidemia? ¿No sería más racional decir que, si el cólera es muy destructor en muchos países húmedos, es porque la humedad desentona nuestra máquina y la predispone a sentir los efectos de la causa oculta que produce el mal?

3ª Los vestidos de lana son saludables en los días aciagos del cólera: conducen muy mal el fluido eléctrico: y como éste es el principio que engendra a aquél; he aquí bien clara la utilidad de la ropa de lana, pues que impide que la electricidad se escape fácilmente de nuestro cuerpo. Tal es otra de las razones que alegan.

Cierto es, que los vestidos de lana son saludables; pero muy poco discernimiento se necesita para conocer, que su virtud salutífera consiste en que preservan de la humedad atmosférica, en que abrigan muy bien el cuerpo, y en que manteniéndole siempre seco y en calor; la transpiración se conserva expedita; cosas que por experiencia precaven de los ataques de la enfermedad. ¿Y saben los *electricistas* los errores a que los conduce su misma doctrina? Véanse aquí patentes. El primero es el pensar, que al hombre, vestido de lana, la atmósfera no le roba la electricidad que le falta; pero teniendo al descubierto las manos y la cara, y estando el aire en contacto con estas partes, ¿no se escapará por ellos el fluido eléctrico para establecer el equilibrio perdido? Figurémonos una barra de metal u otro cuerpo conductor de la electricidad; supongamos que para impedir que la pierda, se le cubre de lanas, dejándole, sin embargo, desnudo por algún paraje, ¿se piensa por esto, que si dicho cuerpo se pone en comunicación con otro sediento de su electricidad, ésta no se derramará, a pesar de aquellos ropajes, por el punto que

se dejó descubierto? Pues lo mismo con corta diferencia sucedería respecto del hombre. Consiste el segundo error en que los vestidos de lana que se recomiendan como preservadores de la electricidad humana, producirían un efecto contrario. ¿No mantienen el cuerpo en constante transpiración? ¿No comprueba la experiencia que los vapores alteran el estado eléctrico del cuerpo de donde salen? Y si lo alteran, ¿no nos exponemos, como sucede en muchos casos, a que pierda parte de su fluido eléctrico? Y perdiéndolo, ¿no caen en abierta contradicción consigo mismo, recomendando como conservador de la electricidad humana, lo que cabalmente la arranca del cuerpo donde se quiere mantener?

4ª En algunas partes del cuerpo, y principalmente en los pies y manos de algunos muertos del cólera, se han observado contracciones semejantes a las del galvanismo. Confieso que de cuantas razones se alegan, ésta es la única que tiene algún fundamento: pero me parece que queda muy debilitada si se reflexiona: 1º que las contracciones solamente se notan en un cortísimo número de cadáveres respecto del total de coléricos: 2º que resta probar si son producidas por la electricidad, o por otro estímulo que excita las partes que se mueven; y 3º que, aun cuando efectivamente procedan del fluido eléctrico, todavía no se infiere que éste sea la causa primaria de la enfermedad, pues muy bien puede acontecer, que siendo otro su origen, los efectos eléctricos que aparecen, sean el resultado del trastorno general de la máquina y de la alteración de sus líquidos. Esto, y nada más, creo que es lo que sucede. A juzgar por analogía, yo diría que esas mismas contracciones que suelen observarse después de la muerte de algunos coléricos, prueban que la electricidad no es la causa inmediata del cólera. Los que sucumben heridos del rayo, caen en una inmovilidad absoluta, y los animales que el físico y el químico sacrifican al golpe de sus aparatos eléctricos, no dan después de expirar ningún síntoma de vida. ¿Por qué, pues, no sucede lo mismo en todos los infelices inmolados por el cólera? Guardémonos, guardémonos de sacar consecuencias sobre un punto tan incomprendible al hombre. La esfera de la electricidad abraza toda la naturaleza. La atracción universal es quizás un efecto de ella, o quizás ella misma puesta en constante acción de un modo invisible para nosotros. Mas, porque su imperio se extienda a tan anchos límites; porque nosotros no entendamos los medios de que se vale para producir sus grandes fenómenos, ¿atinaremos con la verdad, suponiéndola autora de una epidemia que no puede explicarse por los principios eléctricos?

Los partidarios de esta opinión hablan vagamente de electricidad. No dicen si la atmósfera está cargada positiva o vitreamente, negativa o resinosamente en los días que preceden y acompañan el cólera. No prueban si la atmósfera comunica al hombre su electricidad, o si, por el contrario, la quita: en una palabra, nada fijan, ni nada cierto establecen.

Mas, para negar su influencia como causa eficiente de la enfermedad, hasta contemplar, que siendo los fenómenos eléctricos tan variables según las alturas y profundidades de los países, las estaciones y climas, la sequedad y humedad de la atmósfera y de la tierra, y otras circunstancias que todavía el hombre no sabe apreciar, el cólera no se presentaría en todos los tiempos ni en todas partes a despecho de una causa tan variable, y que a veces, lejos de favorecer, contraría su aparición. Ora se considere la atmósfera en tiempos coléricos cargada de electricidad positiva o negativa, ora pasando repentinamente de un estado a otro, o produciendo por esto tan extraña impresión en el ser humano; todavía no puedo concebir como el mal asalte tan en silencio, se fije en un punto por muchos días, y haga sus nuevas irrupciones con tanta lentitud. Ningún cuerpo es más veloz en su carrera que el fluido eléctrico, ni ninguno lucha con más empeño por restablecer su equilibrio. ¿Y cómo suponer un trastorno tan extraordinario en sustancia tan poderosa, sin que las nubes se despedacen, arda el cielo en sus incendios, retumbe la tierra con sus rayos, y se estremezca la naturaleza? Pero lejos de presenciar tan terríficas escenas, una suave temperatura, un viento el más apacible, un cielo claro y sereno, un aire seco y confortador, tales son los risueños indicios que muchas veces se presenta la traidora enfermedad. Todo parece que respira entonces vida y alegría, y en medio del contenido general esparcido por la naturaleza, el hombre, sólo el hombre miserable es víctima de la muerte.

Vientos

Ninguna causa dista más que ésta del origen del cólera. Recorriendo la rosa de los vientos, no se observa que la epidemia sea compañera de ninguno en particular. Aquellos que se distinguen en un país por sus buenas cualidades, aquellos que son el feliz precursor de la salud y la vida, esos mismos han reinado por muchos días; y lejos de poder atajar la violencia del enemigo, parece que le han dado nuevas alas para que más se extendiese. Sin salir a lugares extraños, nuestra desolada Cuba nos presenta ejemplos de tan amarga verdad. Entró la peste, y pasaron algunos días después de invadida La Habana, sin que sus estragos se sintiesen en Regla, Guanabacoa y otros pueblos inmediatos. Soplaban con frecuencia las brisas más agradables; bañaban todos esos puntos antes que la capital; sus habitantes, empero, vivían, cuando nosotros moríamos a centenares. Atácalos al fin el contagio, desarrolla entre ellos sus fuerzas, enérvase entre nosotros; y cuando en medio de estas alternativas volvemos los ojos para encontrar algún indicio en la mutación de los vientos, la experiencia nos dice con voz muy alta, que los sures secos de la estación y la brisa consoladora reinaban en todos esos luga-

res. ¿Y se podrá decir que procede del viento una enfermedad, que reinando un mismo viento, aparece en un corto recinto, ya invadiendo unos puntos, ya retirándose de otros, ora encarnizándose aquí, ora perdiendo su furor allá? Cuando en la Siria y el Egipto soplan los vientos calientes del desierto, aquellos vientos venenosos que impregnados de gases nocivos llaman *mofeta* los árabes, todos los animales sometidos a su influencia experimentan en todas partes sus perniciosos efectos. ¿Por qué, pues, no sucede lo mismo respecto del cólera morbo? ¿Por qué se detiene tanto en su marcha, y no sigue la rápida carrera del viento? ¿Por qué no se propaga siempre en su dirección, y no que muchas veces toma un rumbo contrario a su curso? No, no puede ser; la causa del cólera morbo no depende de los vientos.

Alteración química del aire atmosférico

Ésta resultaría, si se aumentase o disminuyese el número de sus principios constitutivos, o si permaneciendo los mismos, variase la proporción en que se hallan. Que no se ha aumentado ni disminuido, ni tampoco alterado sus proporciones, aparece de los diferentes análisis que se han hecho en varios lugares infestados. Omitiendo fracciones, 21 parte de gas oxígeno, y 79 de azoe en volumen, con una corta cantidad de gas ácido carbónico sujeta a variaciones, tales son los principios y la razón en que siempre se han encontrado en los valles profundos y en la cumbre de los montes en el estío y en el invierno, en el Ecuador y junto al polo, en el antiguo y en el nuevo continente. A las orillas del Ganges, cuna fatal del cólera, se ha recogido y analizado el aire, pero se ha encontrado tan puro como el de los parajes más saludables. Cuando en abril de 1832 caían en París más de 800 víctimas por día, también se analizó el aire en los 12 barrios de la ciudad, pero toda la delicadeza y sagacidad de los químicos franceses no pudo descubrir la más leve partícula extraña que pudiese alterar su pureza.

¿Qué, pues, se infiere de aquí? ¿Qué no existen en la atmósfera partículas o miasmas capaces de producir la enfermedad que padecemos? Dios me libre de sacar tal consecuencia. Cuando se contempla en la imperfección de nuestros sentidos, en lo grosero de los instrumentos de que nos valemos para investigar la naturaleza, en la prodigiosa divisibilidad de la materia, y en los escasos medios de análisis que actualmente tenemos para descubrir los elementos que la constituyen, una justa desconfianza debe presidir a todas nuestras operaciones; y lejos de afirmar, que ciertos corpúsculos no existen en la naturaleza, debemos concluir, que siendo inexactos nuestros medios de investigación, es muy probable, y en muchos casos cierto, que no hemos podido descubrir su existencia. Sé muy bien, que sin la intervención de miasmas, los princi-

pios constitutivos de la atmósfera pueden por sí solos producir sensaciones extrañas y enfermedades ya por un cambio de temperatura, ya por otras alteraciones que experimenten; pero cuando se analiza el aire de las mortíferas llanuras de Cayena, y el de las *lagunas Pontinas* en Italia, y no se encuentra en él ninguna partícula que pueda indicar su estado de insalubridad, ¿quién podrá decir sin temor de equivocarse, que en aquella atmósfera no existe ningún vapor que se haya escapado a los recursos de la química? La fetidísima atmósfera de algunos hospitales, y la de los cadáveres expuestos al aire libre o encerrados de intento en una pieza, han sido también analizadas; pero ni se ha notado alteración en la cantidad de sus principios constitutivos, ni tampoco descubierto ningún corpúsculo extraño. Sin ser, pues, partidario de ninguna opinión, la experiencia me autoriza a decir, que el aire atmosférico contiene sustancias que se esconden a nuestros sentidos, y que probablemente en estos principios ocultos yacen las semillas del mal que nos destruye.

Bichos o pequeños insectos venenosos

Muchos siglos antes de haberse inventado el microscopio, pensaron algunos que el aire contenía insectos, que por su pequeñez se escapaban al sentido de la vista; y a ellos atribuyó Marcos Varron el origen de las enfermedades. Sin dar a esta opinión tanta amplitud, algunos hombres de mérito la han adoptado entre los modernos, atribuyendo las pestes a los insectos que a veces pueblan los aires; y cuando entre sus partidarios se cuentan Alessandri, Reaumur, y nuestro eruditísimo Feijóo, y en algunas universidades de Italia se ha sostenido que de esos animalillos procede la peste de Oriente, no debe causar extrañeza que de ellos se haga provenir también por algunos el origen del cólera morbo. Sin afirmar, pues, ni negar lo que pueda ser, me limito a decir que no es improbable que así sea. ¿Se duda de la existencia de tales animalillos? Pues, nada es más posible. ¿Se inquiere el modo de transmitirse? Pues, nada es más fácil, porque adheridos a las personas y efectos, pueden viajar con el hombre. Esto cuadra muy bien con los hechos ya comprobados: 1º que independientemente de la dirección de los vientos y de otras afecciones atmosféricas, el cólera invade y se extiende en todos países y estaciones: 2º que la epidemia siempre sigue las líneas de comunicación ya por agua, ya por tierra. Su propagación en los lugares invadidos, puede consistir en la reproducción de su especie; y la cesación del mal, tal vez nacer de su transmigración o muerte, pues hay insectos de corta vida. Si se me pregunta como dañan al hombre, puedo responder, que introduciéndose por los poros, adhiriéndose a la superficie del cuerpo y derramando alguna sustancia venenosa, entrando por la boca o la nariz

en el acto de la respiración, asentándose sobre los alimentos que nos han de nutrir, o mezclándose con el agua o con otros líquidos que hemos de beber.

La invisibilidad o extrema pequeñez de estos insectos, nada prueba contra su existencia. Al hablar de la naturaleza química del aire, manifestó cuan errónea es semejante opinión; y lo que entonces dije respecto de los corpúsculos inanimados, es también aplicable a los seres vivientes. El microscopio ha abierto un nuevo mundo a los ojos del hombre; y aunque la fuerza de este instrumento no puede revelar a nuestros torpes sentidos los prodigios de la creación, hasta lo que nos enseña para que nuestro entendimiento pueda formar alguna idea del inmenso poder de su autor. Malezieux descubrió con un microscopio unos animalillos 27 millones de veces menores que un arador. Lewenoeck observó otros, cuyo diámetro era 1 000 veces más pequeño que el de un grano de arena común; y calculando sus magnitudes respectivas, resultó, que cada animalillo era 1 000 millones de veces más grande que el grano de arena. Tan admirable era su pequeñez, que según dice el físico Beudant, se podían sostener millares de ellos en la punta de una aguja. Wolfio refiere haber visto en un grano de polvo 500 huevos, de los que nacieron otros tantos animalillos: y yo pudiera también seguir refiriendo a usted otros casos; pero, como se hallan en varios autores que están a su alcance, en ellos podrá usted ver otros ejemplos tan instructivos como curiosos. Entiéndame usted bien, amigo mío; yo no creo que los insectos son la causa del cólera: enunció solamente una opinión, y no teniéndola por absurda, he manifestado en su apoyo las razones que me han ocurrido. Raciocinar, no es creer; yo pruebo la posibilidad de una causa, pero no afirmo su existencia.

INFLUENCIA DEL SOL Y DE LA LUNA

No ha faltado quien atribuya a estos astros la causa del cólera, pero Scott ofrece contra ella la prueba más convincente que puede darse por medio de unas tablas que arregló, colocando de tal manera 120 ataques epidémicos de la enfermedad, acaecidos en distintos lugares, y casi 8 000 casos de cólera en los hospitales, que cada uno de los días del mes lunar tiene al margen su mortandad respectiva. Una ojeada que se eche sobre estas tablas, bastará para conocer, que ni el sol ni la luna influyen en los ataques epidémicos ni en los casos individuales del cólera.

COMETAS

A estos astros, que en tiempos pasados se les consideró como funestos precursores de grandes calamidades en la naturaleza y en la política, se ha atribuido también por algunos el origen de la epidemia terrible

que nos devora. Cuando las leyes que mantienen la armonía del universo, eran un misterio para el hombre, y supuso que los cometas vagaban por la inmensidad del espacio, y que sus apariciones eran la triste señal de las desgracias con que el cielo quería afligir a la tierra. Pero descúbrense la atracción universal, calcúlense sus leyes, y desde aquel día el errante cometa queda encadenado a nuestro sistema planetario. Desaparecieron entonces los temores, hijos de la ignorancia y la superstición; pero la antorcha de las ciencias, alumbrando el camino que habían de correr aquellos astros, puso de manifiesto otros peligros, que si no son probables, por lo menos no son imposibles. Los astrónomos anunciaron para 1832 la aparición de dos cometas; y como uno de ellos se había de aproximar a la tierra en su carrera, algunos periódicos de Europa se atrevieron a decir que estos dos cuerpos chocarían. Muchos se alarmaron con tan triste vaticinio; mas, otros le miraron como una novelería de ignorantes gaceteros. Entretanto, el cólera que años antes había estallado en Asia avanza hacia la Europa, entra en ella, la recorre; y el hombre que siempre está dispuesto a leer en los cielos la explicación de los fenómenos cuyas causas no conoce en la tierra, en medio de su temor y su ignorancia, contempla a la epidemia como el mensajero funesto del choque tremendo que había de experimentar la tierra en 1832. Así pensaron muchos; y aunque nuestro despreocupado pueblo jamás ha creído que el cólera trae su origen de tan remoto principio, no estará demás hacer algunas breves reflexiones para impedir que algunos, extraviados por los mismos conocimientos que poseen, den a los cometas una influencia que no tienen.

De dos maneras pueden ellos influir sobre la tierra: o por su fuerza atractiva, o por la emisión de sus vapores. Probemos que ni una ni otra causa influyen en la que producen el cólera ni otra peste.

El número de cometas descubiertos desde principios de la era cristiana llega a casi 500, y según las observaciones que se han podido hacer, aparecen por término medio más de dos al año. Ahora bien: si de ellos nacen las pestes, ¿por qué la tierra no las experimenta continuamente? Se dirá, que es necesario que se acerquen a ella, pues no influyen cuando pasan a grandes distancias. Acérquense enhorabuena; pero entonces, ¿por qué no hubo cólera morbo en aquellas épocas en que se aproximaron? ¿Y por qué lo ha habido desde 1817 sin la inmediación de ellos?

Ese mismo cometa que tantos temores ha causado, no es huésped nuevo para los hombres. Visítalos con frecuencia; es uno de los tres, cuyos giros periódicos en torno del sol están bien conocidos;³ y llámasele

3 Cinco son hoy los cometas, cuyo giro periódico está bien determinado.

1º El de *Halley*, que hace su revolución en el espacio de 75 a 76 años, y que apareció por última vez en 1835.

el *cometa de los seis años, nueve meses*, porque éste es el tiempo que emplea en hacer su revolución; y siendo tan corto su período, ¿cuántas y cuántas no habrá hecho en el transcurso de los siglos, sin incomodar en ninguna de ellas con sus maléficas influencias a los míseros mortales?

La lentitud con que marcha el cólera morbo, es incompatible con la rapidez de los astros. Los estragos de un cometa, cuya acción alcanzase hasta nuestro globo, aparecerían simultáneamente en distintos y lejanos países. Si vivimos bajo el siniestro influjo de algún cometa, ¿por qué el cólera no se ha sentido en Cuba de un golpe, desde las costas del mar del Norte hasta las costas del mar del Sur, y desde la punta de Maisí hasta el cabo de San Antonio?

Pero aun se puede decir, que los cometas influyen en la peste por medio de sus efluvios. Veamos cómo. Estos astros son generalmente un punto más o menos brillante, llamado *núcleo*, y envuelto en una nebulosidad que casi siempre se extiende en forma de cola luminosa. Esta cola, que a veces se divide en dos y hasta en seis, como sucedió con un cometa que apareció en 1744, se compone de una materia tan enrarecida, que al través de ella pueden verse los planetas y las estrellas. Tan grandes suelen ser las colas, que las últimas partículas visibles de la del cometa de 1680 distaban de su número más de 41 millones de leguas, y las de 1789 más de 16.⁴ Se sabe, por otra parte, que la atracción está en razón directa de la masa e inversa del cuadrado de la distancia; y como la masa de los cometas es poca, porque casi son un conjunto de vapores, resulta que es muy débil la fuerza con que atraen a cada partícula de la cola, particularmente a las que se hallan distantes. En estas circunstancias, bien puede ser que la tierra, cuya densidad es mayor que la de algunos cometas, entre en la nube dilatada de vapores que forman la cola; o que atrayéndolos, sin entrar en ella, con más fuerza que el cometa a que pertenecen, caigan sobre nuestro globo, y ya por su naturaleza particular, ya por las nuevas combinaciones que puedan formar, den origen a epidemias.

Nadie negará la posibilidad de estos sucesos; ¿pero se ha probado su existencia? ¿Ha coincidido la época de las pestes con la aparición de cometas cercanos a la tierra y que arrastran larga cola? Anunció algu-

4 La cola del cometa de 1680 ocupaba un espacio de 90 grados, la del de 1790 formaba un arco de 97 grados, y la del de 1618 se extendió hasta 104 grados.

2º El de *Encke*, llamado ordinariamente *cometa de corto período*, porque gira en torno al sol en 1 207 días.

3º El de *Biela*, que emplea en su revolución seis años nueve meses.

4º El de *Faye*, que gira casi en siete años y medio.

5º El de *Vico*, descubierto en Roma por este astrónomo en 1844, y cuya revolución se hace en cinco años y medio.

nos de ellos a los habitantes del Asia el principio funesto del cólera en 1847? Y si tales vapores han existido, ¿por qué se ha de suponer que son mortíferos, y no salutíferos o indiferentes a los habitantes de nuestro globo? Caro amigo, el campo de las conjeturas filosóficas es inmenso; pero ellas nacen del cerebro del hombre, y no del seno de la naturaleza. Yo creo, que las que se han formado acerca del influjo de los cometas en las epidemias, han tomado su origen en los extravíos de aquél, y no en las lecciones de ésta.

Pero si el cólera no proviene de ninguna de las causas mencionadas, ¿de dónde trae entonces su origen? ¿Será de algún gas nuevamente desenvuelto, o de miasmas hasta ahora desconocidos que reproduciéndose continuamente, se han ido propagando por toda la tierra? Bien puede ser, pero no lo afirmo. Lo único que creo es, que su causa es uniforme y trasmisible: uniforme, porque, a pesar de la diferencia de climas y de la diversa constitución de los individuos, los caracteres principales de la enfermedad han sido siempre los mismos en Asia y en Europa, en África y en América: trasmisible, porque se comunica de los infestados a los no infestados. Este último punto está íntimamente unido con la gran cuestión del contagio, cuestión que paso a examinar en la siguiente pregunta:

¿El cólera es contagioso?

Para que no divaguemos, es preciso fijar el sentido de las palabras. El nombre *contagio* se deriva de las voces latinas *con* y *tango* que significa *tocar una cosa con otra*. De aquí es, que *contagio* quiere decir *contacto*, o tocamiento mediato o inmediato de un producto mórbido que propaga ciertas enfermedades. Distínguese el *contagio* de la *infección*, en que ésta se trasmite por *miasmas*, y el *contagio* por *virus*, palabra latina que significa *veneno*; pero cuya naturaleza desconocida es todavía un misterio para la medicina. Esta ciencia nos dice, que el *virus* se comunica por *contacto inmediato* o *frotación* como la sífilis; por *inoculación* como la viruela; y por el *intermedio del aire* y de otras sustancias, como en la escarlatina, sarampión, tos ferina, y otras enfermedades. Yo no vendré a discutir aquí acerca del modo de comunicarse el cólera. Lo que sí quiero es, que la realidad de las cosas no se sacrifique a los hombres, y que prescindiendo de la etimología de las palabras, se atienda al fondo de las ideas que nos han de conducir al acierto, y no a los inexactos sonidos que nos pueden precipitar en el error. Bajo de esta explicación, cuando hablo del cólera como contagioso, entiéndase que quiero decir: *una enfermedad que se trasmite, que se comunica de los infectados a los no infectados, sea del modo que fuere esta transmisión o comunicación*. Tal es mi creencia sobre este particular; y las pruebas en que me fundo, aparecerán en las siguientes proposiciones.

I

Cuando el cólera ha invadido algún país, siempre se ha propagado en él, siguiendo la dirección de los caminos reales, el curso de los ríos navegables, y el de las demás líneas de comunicación por donde transita el hombre. Probemos esta proposición con la marcha de la enfermedad.

Nacido el cólera, según la opinión más acreditada, en el delta del Ganges, prontamente llegó a las márgenes de este río caudaloso, y conducido por los botes que navegan en él, fue recorriendo gradualmente los pueblos de ambas orillas hasta la distancia de 400 leguas. El Betiva, el Gogra, el Chamboul y el Jumna, que son sus ríos tributarios, también le llevaron al interior: y de Allahabad, punto de confluencia del Jumna y del Ganges, se propagó a los distritos regados por las aguas de los otros ríos que desembocan en los ya mencionados. Extendiose igualmente a muchos puntos por el Burhampouter y por el famoso Indo o Sind.

En la presidencia de Madras siguió los caminos reales, atacando sucesivamente a los pueblos principales por donde pasó; y según informe presentado al gobierno de aquel país, recorrió en la parte oriental de la península, las ciudades situadas desde Aska a Palamcotah con una regularidad asombrosa, así en el tiempo como en la distancia. Partiendo de Nagpour, atacó en su marcha los pueblos del tránsito hasta que llegó a Jalnah. De este punto salen tres caminos reales, y esparciéndose por todos tres, invadió sucesivamente las ciudades de la carrera. Por el que conduce a Panwel, encontró con las montañas de Chautz; pero cruzándolas por un desfiladero como si estuviera animado de cierto instinto para no apartarse de las huellas del hombre, llegó a aquella ciudad, y de allí pasó a Bombay. Tal fue la marcha con que se propagó el cólera en la India. Pero, ¿cuál es la razón porque siguió el rumbo de los caminos y el curso de los ríos por donde se hacen las comunicaciones con el interior del país? ¿Por qué fueron casi exclusivamente invadidos los pueblos situados junto a los caminos y márgenes de los ríos, dejando salvas tantas y tantas poblaciones como tiene la península de la India?

En el Asia oriental se propagó también siguiendo los medios de comunicación. Penetró en el interior del imperio Birmán corriendo por el río Irawaddy. En el reino de Siam entró por el Melnam, y en la Cochinchina, por el Kambdoja. Como la China y la Tartaria son países muy pocos conocidos, no es posible trazar en ellos su marcha. Retrocederé pues al Asia occidental, y allí encontraré abundante materia con que ilustrar el asunto que me propongo.

Llevado el cólera a la Persia por el puerto de Bender-Abouschir, o Gambrom, tomó el camino de las caravanas, y con ellas se introdujo suce-

sivamente en Schiras, Yezd, Ispahan y Teherán.⁵ De aquí se extendió por los caminos hasta las orillas meridionales del mar Caspio; y como de estos puntos partiese para invadir la Rusia por la provincia de Astracán, es muy importante trazar la marcha que siguió. Presentáronsele tres rutas para introducirse en ella, una por las comunicaciones marítimas del Caspio, y dos por tierra desde la Georgia hasta el gobierno del Cáucaso. De ésta, una corre por la costa pasando por todas las ciudades marítimas desde Baku hasta Kizlar; y desde aquí hasta Astracán; y la otra se dirige, al interior, atravesando por Tabris, Erivan, y Tiflis, capital de la Georgia. De Tiflis sale un solo camino que cruza por el monte Cáucaso por el único paso que existe, paso que se distingue con el nombre de Puertas del Cáucaso. Los documentos oficiales, publicados por el Gobierno ruso, prueban indudablemente, según dice el doctor Lichtenstadt, que el cólera pasó de la Georgia a la provincia de Astracán *por los únicos tres medios de comunicación que existen entre los dos lugares*. De las márgenes del Caspio atacó en el verano de 1830 las ciudades de Amol y Reshd, y desoló a Tabriz o Tauris por segunda vez. A mediados de junio, la enfermedad estalló primero en la provincia de Chirwan, y de allí gradualmente se difundió por la provincia de Baku y Kuba, y por otros pueblos hasta el círculo de Elisabetopol. De aquí corrió por las orillas del Kur, y se presentó en las inmediaciones de Tiflis el 27 de julio. De Tiflis pasó a los pueblecillos situados al pie del Cáucaso, en el mismo camino recto que conduce a las *puertas* de aquel monte, y tocando todos los puntos intermedios, apareció en Mozdok, Zerdrin y Kizlar, al otro lado de la cordillera.

Por el golfo Pérsico entró en Bassora, y de allí subió por el Tigris hasta Bagdad, y por el Éufrates hasta la ciudad de Anah sobre los confines del desierto de Siria. En ella se detuvo, y desapareció hasta que al año siguiente tomó el derrotero de las caravanas, pasando por Mosul, Diarbekir, Orafa y Bir, y entrando por fin en Alepo. El cónsul francés dice, que la aparición del cólera en cada uno de estos puntos coincidió con la llegada de las caravanas. De Alepo siguió, por una parte, la marcha de éstas, entrando en Famia, Hama y Damasco; y, por otra, se extendió, vuelta arriba de las costas del Mediterráneo hasta Adana, y vuelta abajo hasta San Juan de Acre.

De la Arabia atravesando desiertos, los peregrinos de la Meca le introdujeron en Egipto por el istmo de Suez; y corriendo por el camino del Cairo, entró en esta capital. De ella se difundió con los fugitivos por el Nilo, hasta que a pocos días llegó a Damietta, Roseta y Alejandría; y siguiendo las mismas aguas río arriba fue atacando los pueblos situados en sus márgenes.

5 Teherán, habiendo cerrado sus puertas, se salvó al principio de la peste, pero abriéndolas de nuevo, el contagio la invadió.

Invasada la ciudad de Astracán, el cólera penetró en el corazón de la Rusia por las aguas del Volga, cuyo río caudaloso riega las provincias más pobladas del imperio. Cuando llegó a Zaretsin, se dividió en tres ramales, tomando simultáneamente los tres caminos que de aquella ciudad salen para el Norte, para el Sur y para el centro de la Rusia, destruyendo a un tiempo las provincias septentrionales, centrales y meridionales. Pero sin abandonar nunca el curso del Volga, fue invadiendo sucesivamente las ciudades y provincias hasta llegar a las inmediaciones de Moscú. Los ríos Don y Dnieper sirvieron también para conducirlo a otros lugares. El Dwina occidental y oriental, llevando con sus corrientes los botes infestados que salían del interior de la Rusia, fueron el vehículo por donde se trasmirió hasta Riga en las costas del Báltico, y hasta Arcángel en el mar Blanco; de suerte que desde estas playas hasta el Carpio, la enfermedad atravesó todo el imperio, conducida siempre por las comunicaciones de los ríos.

Apestanda la Polonia por las tropas rusas que marchaban para oprimir a un pueblo desgraciado, Praga y Varsovia fueron invadidas, y corriendo desde entonces por las aguas del Vístula, las naves que bajaban hasta el golfo de Dantzick, derramaron el contagio por el resto de Polonia, y le introdujeron en la Prusia. De Custrim pasó a Berlín, parte por el río Oder, y parte por el canal que comunica con él y con aquella capital, siendo sus primeras víctimas algunos de los boteros que traficaban entre los dos puntos. De Berlín se extendió por el río Spree, y siguiendo el curso de las embarcaciones que navegan en el Elba, fue visitando progresivamente los pueblos situados a sus márgenes hasta entrar en Hamburgo.

Marchando por los caminos reales, atacó al Austria por la provincia de Galitzia, y ganando las aguas del Theis y de sus ríos tributarios, visitó los pueblos de sus márgenes. Entra por fin en el Danubio; y apoderado ya de esta gran vía de comunicación, van cayendo sucesivamente Pest, Buda, Presburgo, Viena y otras ciudades del Austria.

Un buque de Hamburgo llévole a Sunderland, puerto de Inglaterra, en octubre de 1831. De allí se difundió por todo el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, y atravesando el canal de la Mancha, llega a Calais, y se presenta en París, en marzo de 1832.

Cuando invadió América del Norte por el río San Lorenzo apareciendo en Quebec, capital del Canadá, introdújole un barco apestando, procedente de Dublín; y para extenderse en las vastas regiones del Nuevo Mundo, no escogió otro camino que las aguas de aquel río. Los botes de vela y remo, y los buques de vapor que continuamente navegan en él, tocando en muchos puntos de las márgenes del Canadá y de los Estados Unidos, fueron esparciendo la enfermedad. De Quebec pasó a Montreal, pero no inmediatamente, sino invadiendo antes a Santo Tomás, Bertier,

Sorel y otros lugares intermedios, situados a la una y a la otra banda del San Lorenzo. De Montreal subió por el mismo río a Cornwall, Prescott, Ogdensburgo y Kingston, atacando no sólo a estos pueblos, sino a la tripulación y pasajeros de los botes que navegan entre estos puntos y Montreal. De Kingston situado en el término oriental del lago Ontario, origen del San Lorenzo, fue la enfermedad visitando a Coburgo, York y otros puntos de aquel pequeño mar donde navegan varios vapores. De él se extendió a Búfalo, ciudad plantada al principio del lago Erie; y como de allí salen casi diariamente vapores para Detroit, también se presentó la enfermedad en el territorio de Michigan.⁶

Después de presentar estos hechos, ¿cómo puede explicarse, sin admitir el contagio, que el cólera siempre se difunda por caminos reales y ríos que sirven de medios de comunicación? ¿Cómo, que si sólo se le presenta un camino, solamente avanza por él; si éste se divide en dos o más ramales, él también se divide en otros tantos; si tiene que salvar montañas, y en éstas no hay más que un solo paso para el hombre, el cólera es la única senda que sigue? ¿Cómo, que si los ríos por caudalosos que sean, no tienen comunicaciones, entonces no se propaga por ellos, siendo así que cuando las hay, es el medio indefectible de que se sirve para esparcir sus estragos? ¿Cómo, en fin, aparece siempre en su marcha, ya por agua, ya por tierra, compañero inseparable del hombre, sin elegir nunca para senda de sus invasiones, ni los bosques ni los montes a donde no penetra la planta humana? Estas razones cobrarán más fuerza cuando se pruebe la siguiente proposición:

II

Cuanto más fáciles y frecuentes son los medios de comunicación de un país, tanto más pronto se propaga el cólera en él.

En la península de la India, que así por los ríos caudalosos que la bañan, como por pertenecer a los ingleses, es el pueblo del Asia que en punto a comunicaciones se acerca más a la civilización europea, la enfermedad corrió de Norte a Sur, 300 leguas en nueve meses; y atravesó en un año toda la península de oriente a occidente desde la bahía de Bengala hasta la de Cambay, cuya distancia es de 450 leguas. En Persia, donde las comunicaciones son menos frecuentes y más lentas, la enfermedad no anduvo en la línea que más se extendió, sino 300 leguas en un año; pero en el Caspio, donde la navegación las facilita, se presentó el 15 de junio de 1830 en Baku, ciudad situada a las orillas de aquel mar; e invadiendo los pueblos marítimos, llegó a los 44 días a Gourieff, que dista más de 200 leguas de aquel punto. En Egipto corrió por el Nilo en

⁶ Ya no es territorio, sino Estado de la Confederación Norteamericana.

mes y medio el espacio de mucho más de 400 leguas, comprendido entre Syut y los puertos del Mediterráneo. Cuando invadió la Rusia por Oremburgo, su marcha fue muy lenta en esta provincia casi despoblada; pero cuando en julio de 1830 entró por Astracán, entonces se precipitó como un torrente por el Volga y sus ríos tributarios, inundando 12 gobiernos con una extensión de 46 500 leguas cuadradas, y subiendo hasta el Tver en poco más de dos meses a la distancia de 550 leguas. Extendiose con igual rapidez por las márgenes del Dnieper y del Don hasta Woroneje, y sin detenerle los fríos del invierno, a los seis meses de su invasión ya había recorrido el espacio de 700 leguas, atravesando la Rusia desde la provincia del Cáucaso hasta los gobiernos del Tver y Joroslav.

Las continuas relaciones que existen entre los distintos pueblos de Europa, llevaron en poco tiempo la enfermedad por un rumbo hasta las islas británicas, y por otro hasta las fronteras de Italia y de España; y a pesar de los medios con que intentaron atajarla, triunfó de todos ellos, pues en el corto período de 20 meses recorrió la Europa desde la embocadura del Volga hasta las costas occidentales de Irlanda, y desde las aguas del mar Blanco hasta las faldas de los Pirineos.

Se ha observado en Asia, que el cólera generalmente suspende sus estragos en el invierno; de aquí fue, que al notar Moreau de Jonnès, que aquella epidemia no cesaba en Moscú a pesar de los fríos rigurosos de la Rusia, creyó hallar la explicación de este fenómeno en el uso de las pieles de los habitantes de aquella ciudad, y en la temperatura caliente que mantienen las estufas y chimeneas; pero a mí no me parece satisfactoria esta razón, porque lo mismo ha sucedido, no ya en ciudades particulares, sino en naciones enteras, y en naciones donde se usan pocas pieles. Opino, pues, que el fenómeno se debe atribuir a otras causas, ya que tal vez será la principal, el rápido e incesante comercio que tienen entre sí las naciones europeas.

En octubre de 1831 se presentó en la Gran Bretaña: ¿pero qué sucedió, no obstante de estar ya en la fría estación? Sucedió, que sin embargo del aseo y admirable policía de ese pueblo, el cólera se difundió por todas partes en los meses más rigurosos del invierno: ¿y a qué atribuir su propagación? Quizás no me engañaré, si digo, que al tráfico inmenso de los pueblos de la Gran Bretaña. Es muy digno de llamar la atención, que siendo el cólera en el Asia de un carácter más atroz que en Europa, que habiendo en ésta mucha más policía y medios infinitamente superiores con que combatirle, y que siendo los inviernos de los países europeos invadidos mucho más fuertes que los asiáticos, pues que en la India, propiamente hablando, no hay inviernos, es muy digno de llamar la atención, repito, que el cólera regularmente enfrene su furia en el Asia en la estación de los fríos, y que en Europa invada y continúe sus

ataques sin detenerse en su carrera. Cuando queremos levantar el velo que cubre esta enfermedad misteriosa, sombras y tinieblas nos rodean por todas partes; pero si decimos, que trasmitiéndose por medio del comercio humano, y que siendo éste incomparablemente mayor en Europa que en Asia, el mal no daba allí treguas, ¿no percibimos un rayo de luz, aunque no baste para conducirnos a la resolución del problema, por lo menos nos alumbra algún tanto el tenebroso camino que pisamos?⁷

Norteamérica, país que excepto la Gran Bretaña, tiene más comunicaciones internas que todas las naciones del mundo, ofrece un ejemplo muy convincente de la verdad que estoy probando. El 8 de junio estalló en Quebec, y ya el 6 de julio había llegado al fuerte Gratiot, hacia el noroeste, a mucho más de 300 leguas de Quebec. Aunque en la ciudad de Nueva York no se declaró hasta el 3 de julio, sin embargo, empezaron a ocurrir algunos casos desde el 27 de junio; y como su entrada pudo hacerse por varios caminos, la senda más corta nunca sería menos de algunas 200 leguas. A fines de julio o principios de agosto se extendió hasta Norfolk; de suerte que en menos de dos meses recorrió de Quebec hacia el Sur la distancia de más de 300 leguas, y hacia el noroeste la de más de 300 en sólo 28 días. En noviembre apareció en Nueva Orleans; y como aún no hubiesen pasado cinco meses desde su invasión en Quebec, resulta que viajó en tan corto tiempo desde un extremo a otro de la República en la dirección de Norte a Sur la distancia de más de 800 leguas.

Si no es contagioso, ¿por qué su marcha lenta o rápida en un país están en razón directa de la lentitud o rapidez de las comunicaciones humanas? Si depende de la atmósfera o de otras causas, ¿por qué todas ellas ligan su carrera a los pasos del hombre; y olvidándose enteramente de su influjo propio, vuelan, si el hombre vuela; y se retardan, si el hombre se retarda? Todo esto nos anuncia que el mal avanza con las comunicaciones; y pues ellas son el medio de propagarlo, fundada es la consecuencia de que su naturaleza es contagiosa.

III

El cólera en su marcha jamás ha saltado por encima de naciones dejando las más cercanas, y atacando las más remotas respecto de la línea en que corre.

De la India se propagó por el Asia oriental entrando primero en el reino limítrofe de Aracan, y después en Siam, en el imperio Birmán, en Camboya, y Cochinchina. De éste pasó a la China, nación fronteriza; y

⁷ Las posteriores invasiones del cólera en la Europa occidental, han probado ya, que él se propaga y generaliza en invierno mucho menos que en verano.

de la China a la Mongolia. De Bombay fue llevado al golfo Pérsico; y atacadas a un tiempo la Persia y la Arabia, recorrió sucesivamente varias provincias de la Turquía asiática hasta llegar a Egipto. De los puntos infestados del Asia y contiguos a la Rusia pasó a este imperio, de él se propagó a la Polonia, al Austria, y a las provincias limítrofes de la Turquía europea; de Polonia corrió a Prusia, y de Prusia a Holanda. De la Galitzia invadió el reino de Hungría, y del de Hungría el de Baviera. De Hamburgo atravesó el mar vecino, y entró en las islas británicas, de donde fue llevado a Francia, y traído después al Nuevo Mundo; y apareciendo primero en las posesiones inglesas del Canadá, pasó de ellas a los Estados fronterizos de la República Americana. Si esta enfermedad no es contagiosa, si depende de circunstancias atmosféricas o de otras causas físicas, ¿por qué sigue por mar y tierra, la marcha regular de las comunicaciones, de manera, que en algunos casos se puede pronosticar con acierto, hasta su aparición en un país? Desde que se observó el orden en que avanzaba en el Norte de Europa, muchos creyeron que Francia sería invadida en marzo de 1832, y funestamente el pronóstico se cumplió.

Pero dirase, que esta enfermedad algunas veces no ataca los lugares más cercanos a una ciudad infestada, sino que salta de uno a otro dejando puntos intermedios; y tal ha sido su capricho en ciertos casos, que ha formado un círculo recorriendo muchos pueblos de un distrito, y volviendo después a los que creían haber escapado. Pero como esta irregularidad solamente se nota en cortos recintos, y no en grandes espacios, pues siempre se le ve correr de distrito en distrito y de nación en nación, es menester que haya motivos particulares que produzcan esta diferencia. Y sin duda que se encuentran muy poderosos con sólo reflexionar. 1º Que la inmediatez de un pueblo no apeestado a otro que ya lo está, hará que los habitantes de aquél tomen para preservarse más precauciones que los de pueblos distantes, pues el peligro no es tan inminente. 2º Que los que huyen de una peste, procuran alejarse todo lo posible del lugar ya invadido, y no deteniéndose en el pueblo más cercano a éste, pasan a otro más distante, a donde la confluencia de personas procedentes del punto infestado puede introducir la peste fácilmente. 3º Que marchando el cólera con el hombre, es muy regular que ataque de preferencia a los lugares que tengan relaciones con los infestados; de suerte que, dados dos pueblos, de los cuales uno diste media legua o un cuarto de legua de otro apeestado, pero con el que no tenga ningunas o muy pocas relaciones; y otro que diste cuatro, seis, diez o más, pero con el que se halle en comunicación continua, claro es que el primero podrá libertarse del contagio, cuando ya el segundo esté devorado de la peste. 4º y último. Que si a esto se agrega, como dice un escritor, la acción de otras circunstancias sobre la población de un distrito, tales

como la situación saludable de una ciudad particular, la limpieza o desaseo de algunos pueblos, y la abundancia o pobreza de sus habitantes, tendremos causas suficientes que expliquen la propagación irregular del cólera en algunos cortos recintos. Pero estas consideraciones no son aplicables a su marcha de nación en nación, pues las necesidades mercantiles y los medios de satisfacerlas favorecen la regularidad del movimiento en todas ellas, aunque el modo particular de propagarse pueda variar en cada una.

IV

Cuando el cólera ha invadido un país por la vez primera, siempre se ha presentado por las costas o fronteras, atacando al principio un corto espacio, pero espacio que ha estado en comunicación con lugares infestados.

Empezando por las islas más occidentales del mar de la India, se observa que en la de Francia o Mauricio atacó primero por Puerto Luis, y en la de Borbón por la ciudad de San Dionisio, cuyos dos puntos se hallan sobre la costa y tienen relaciones mercantiles con la India. En la isla de Ceilán apareció primero en Jaffnapatan, y después en Colombo, pueblos marítimos muy cercanos a la costa de Coromandel con la que están en comunicación; pero es de notarse, que distando entre sí estos dos pueblos más de 80 leguas, no pudo descubrirse, a pesar de todo el empeño del gobierno, ni un solo caso de cólera en ningún punto intermedio. En Sumatra fue Achem el primer puerto invadido, Batavia en la isla de Java, y Manila en las islas Filipinas. Si se recorren todas las demás que han sido visitadas por el cólera, aparecerá, que un punto marítimo en comunicación con país apestado, ha sido siempre el primer invadido.

En la Arabia entró por Mascate, puerto que de algunos años a esta parte tiene bastante comercio en las costas occidentales de la India; y en la Persia por Bender-Abouschir o Gambron, plaza muy importante del golfo Pérsico por sus relaciones comerciales. El istmo de Suez fue el primer punto atacado. En Rusia apareció primero en la ciudad de Oremburgo, donde la introdujeron los apestados kirghis-cosacos, y también entró por otros puntos del mar Caspio. En Polonia empezó, según Moreau de Jonnés, por Horodla junto a las fronteras. En Austria por Tarnopol, ciudad también casi fronteriza en la provincia de Galitzia. En la Turquía asiática por Bassora, que por su intermediación y comunicación con el golfo Pérsico, y por estar sobre las márgenes del río Éufrates, se puede considerar como marítima. Así también debe serlo Hamburgo, que fue el punto de Alemania donde primero apareció. En Holanda entró por Cheveling, pueblo de pescadores; en Bélgica, por Courtray a

poca distancia de la frontera de Francia, y en ésta, por el puerto de Calais. Las islas británicas recibieron por Sunderland la peste importada de Hamburgo. En el Nuevo Mundo se presentó por la primera vez en Quebec, ciudad que se comunica con el mar por el majestuoso San Lorenzo. Finalmente, el primer punto atacado en la isla de Cuba ha sido La Habana, y de aquí se ha difundido a otros, siguiendo las comunicaciones marítimas y terrestres.

Estos hechos dan margen a serias reflexiones acerca de la naturaleza contagiosa de la enfermedad. Y si no ¿por qué en los continentes o naciones no se presenta a un tiempo por varios puntos, ocupando un gran espacio, como parece que debiera ser, si dependiese de causas atmosféricas? ¿Por qué su entrada la hace siempre por las fronteras o lugares a ellas inmediatos, y lugares que han estado en comunicación con países infestados? ¿Por qué en las islas ha invadido siempre por las costas, sin consideración ninguna a su sequedad, altura, ventilación y demás causas que a veces influyen en su salubridad? ¿Por qué nunca ha sacado primero la cabeza por el centro de las naciones o de las islas, o por parajes poco poblados, montuosos y de poca o ninguna comunicación, cuando éstos generalmente son los más a propósitos para verificarse las grandes afecciones atmosféricas, pues que a ellos contribuyen los inmensos bosques, las copiosas lluvias, la abundante evaporación y otras circunstancias que en muchos casos dan a esos sitios un carácter insalubre, y a veces mortífero?

Como argumento contra los hechos y reflexiones anteriores podrá alegarse la opinión común de que el cólera se presentó en Francia, primero por el centro que por las fronteras, puesto que París fue el primer punto atacado. Así se creyó al principio por algunos; pero investigaciones posteriores han manifestado, que el puerto de Calais frente a las cercanas costas de Inglaterra fue el primer lugar de Francia donde el cólera estalló. Mas, aun cuando así no hubiese sido, la anomalía aparente que se cita, sirve para confirmar la naturaleza contagiosa de la enfermedad. Cuando ella entró en París, ya había penetrado en Londres; y como el viaje de esta capital a la de Francia se hace en un día, desembarcando en Calais, nada extraño es que el contagio fuese llevado a París, o por los pasajeros, o por sus efectos, o de otro modo cualquiera, y que allí se comunicase sin ofender a los mismos importadores, pues más adelante se verá que esto ha sucedido algunas veces.⁸

Aun prescindiendo de estos medios de introducir una peste, todavía puede aparecer en el centro de un país, y a grande distancia de los pun-

8 Hoy, con la rapidez de las comunicaciones, bien pueden los viajeros procedentes de un país apestado introducir el cólera en las ciudades internas de una nación, sin que estalle primero en sus fronteras.

tos donde reina, sin que pierda su carácter contagioso, porque los animales pueden contraerla y transmitirla a los hombres. El padre Kircher hablando de una peste, refiere que el portero de los jesuitas de Roma fue invadido de ella por haber dado un puntapié a un perro que la tenía; y en otra ocasión, un cuervo que cayó muerto en una plaza pública de una ciudad de Italia, comunicó la peste a todos los niños que jugaron con él, propagándose después a toda la ciudad. La larga distancia que medie entre el punto repentinamente atacado y los lugares donde reina la epidemia, no puede servir de obstáculo, pues las aves corren con su rápido vuelo muchas leguas en pocas horas. Algunos ejemplos podría citar de su gran velocidad, pero me bastará el de un halcón de Enrique II rey de Francia, el que habiéndosele escapado, fue cogido a las 24 horas en la isla de Malta a 270 leguas del punto de donde partió. Si se considera que los halcones no vuelan de noche y que es probable que entre la llegada del fugitivo a la isla y su captura hubiese transcurrido algún tiempo, entonces se formará una idea de la rapidez de su vuelo.

La muchedumbre de hechos contenidos en las proposiciones anteriores, me parece que dan sobrado fundamento para concluir que el cólera es contagioso. Pero queriendo dar a esta materia toda la fuerza de que es susceptible, añadiré nuevos datos que prueben: primero: Que individuos y países no infectados, puestos en comunicación con otros infectados, contraen la enfermedad; y segundo: Que individuos y países rodeados de la infección, pero sustraídos de todo trato con los apestandos, se han escapado del mal. En obsequio de la claridad, llamemos *positivo* al primer género de pruebas; y *negativo* al segundo.

Pruebas positivas del contagio

Empecemos por las tropas, las cuales a veces han recibido, y otras comunicado la enfermedad a los lugares por donde han pasado.

Un regimiento de caballería que salió de Elora donde no había cólera, llegó a una villa donde reinaba; y habiéndose alojado un escuadrón en un templo viejo, por haber perdido sus tiendas, el cólera se declaró en el regimiento antes de haber salido de la villa: pero el escuadrón fue el que tuvo casi todos los enfermos.

Un destacamento de Meerut entró en la ciudad de Delhi apestanda entonces. Contrae la enfermedad, sigue su marcha, mézclase con otro cuerpo, y también se la comunica.

El regimiento 34 que adquirió la peste en el camino de Bellary a Bangalore, fue trasmitiéndola a todos los pueblos por donde pasaba; y cuéntase entre otras cosas, que un soldado indio que viajaba de Bangalore a Nundrigog, en cuyos dos lugares no existía el cólera, fue atacado al pasar por el campamento del regimiento 34, y murió.

Los cuerpos que salieron de Madras para reforzar el sitio de Chanda en 1818, contrajeron la enfermedad al pasar por un pueblo apestado en las inmediaciones de Nagpor; y en su regreso a Madras fueron esparciendo el mal por todos los puntos donde marcharon.

Las tropas de Nagpor acampan en Gaongong, pueblo infestado, y el mismo día adquieren la enfermedad.

Seis meses había que no se presentaba en Gooty ni un solo caso de cólera. Llega el primer batallón del regimiento 16º que a la sazón experimentaba gran mortandad, e inmediatamente reaparece, comunicándose también a los pueblos adyacentes. Contrájola asimismo un destacamento de artillería, que hallándose en el mejor estado de salud, acampó en el terreno que acababa de dejar el primer batallón del regimiento 8º donde existía la enfermedad. Cuando ocupó sus posiciones, aun yacían tendidos en el campo los cadáveres de algunos soldados.

En noviembre de 1818 hallábase acampado sin novedad el ejército inglés en Terayt: reúnesele un destacamento que adquirió la epidemia al pasar por Jumna donde a la sazón reinaba, y cunde por todo el ejército con gran destrozo.

En mayo de 1819 llegó apestado a Hydrabad un destacamento de tropas europeas. Acampa a casi 200 varas frente a los cuarteles de artillería, y la enfermedad se presenta en este cuerpo que hasta entonces se había conservado sano.

Las tropas rusas, que desde los apestados gobiernos de Kursk y Tchernigov marcharon contra la infeliz Polonia, infestaron las ciudades rusas por donde pasaron: introdujeron el mal en aquella nación, y después del combate glorioso de Iganía, los soldados polacos contrajeron la peste, y la llevaron a Varsovia. Ni es éste el único ejemplo de contagio que ofrecen los valientes polacos. Sauvé, cirujano francés que estuvo muchos años al servicio de Polonia, refiere, que habiéndose alojado el ejército en las barracas de los soldados rusos, y acostándose en la paja donde ellos habían dormido, el cólera atacó de nuevo a los polacos. Pudiera citar otros hechos; pero bastando los mencionados, los omito en obsequio de la brevedad.

Respecto de los casos en que las tropas son invadidas por haber entrado en un lugar apestado, podrá decirse que adquieren la enfermedad, no porque sea contagiosa, sino porque sometidos a las mismas influencias atmosféricas que los habitantes del país infestado, deben experimentar efectos semejantes. Pero qué se responderá cuando se pregunte, ¿por qué las tropas apestadas transmiten su enfermedad a los pueblos sanos por donde pasan? ¡Qué!, ¿las circunstancias atmosféricas en los países varían con la entrada de una compañía o de un batallón? Lo que hay de verdad es, que cuando el cólera invade las tropas, las persigue por muchos días y largas distancias, aunque muden de posi-

ción y de clima; y que los lugares por donde pasan, no sólo son partícipes de sus estragos, sino que son primeramente atacadas por los puntos más cercanos al rumbo que llevan las tropas.

Sin recurrir a éstas, bien pudiera formarse un largo catálogo de los casos en que individuos han recibido y comunicado la enfermedad; pero hallándose esparcidos muchos de ellos en el discurso de esta carta, me abstendré de reproducirlos, limitándome a presentar algunos ejemplos más.

El doctor Blumenthal refiere el caso de una mujer que atacada del cólera parió una niña invadida también de la misma enfermedad; y que salvada la madre, pereció la niña.

En un puesto militar de la India se observó, que habiendo pasado un caballero parte de una noche con un colérico, fue atacado al día siguiente. Asistieronle dos oficiales, y fueron también invadidos; pero nadie más en todo el cuerpo experimentó la enfermedad. Cuando se reflexiona que entre muchas personas, ninguna padece sino solamente aquellas que se pusieron en comunicación inmediata con un colérico, este caso no deja de ofrecer una conjetura bastante fuerte a favor de la naturaleza contagiosa del cólera.

Majana fue el primer ingenio de La Habana donde se declaró la epidemia; ¿pero cómo apareció? Sacan del depósito de la Junta de Fomento, donde ya existía el cólera, un negro perteneciente a aquella finca; llega a ella, atácale la enfermedad, muere, la comunica a los compañeros, y de allí se propaga a otros ingenios del partido de Guanabo.

A varios puntos de la jurisdicción de La Habana ha sido llevado el cólera por los arrieros que han venido a la capital durante la epidemia. Que ellos hubiesen contraído el mal con su entrada en un pueblo infestado, puede explicarse muy bien, ya se admita, ya se niegue el contagio; pero que retirándose del foco de infección, comuniquen la enfermedad a personas que distan muchas leguas de él, es un hecho que comprueba la naturaleza contagiosa del cólera.

Hubenthal dice, que habiendo un labrador de Arkatal, en los límites de la Persia, ido a visitar a un tío suyo en la villa de Neskutshne, fue invadido del cólera la noche de su llegada. Las cuatro personas que le asistieron, enfermaron al día siguiente, y tres de ellas murieron. La policía tomó inmediatamente las precauciones más acertadas para contener los progresos de la epidemia, y surtieron tan buen efecto que desapareció enteramente. Si la enfermedad consiste en la atmósfera, ¿por qué no fue atacado ninguno de los del pueblo que respiraba el mismo aire? y ¿por qué solamente fueron invadidos los que asistieron a un colérico?

No puedo pasar en silencio una observación importante; y es que, cuando el cólera invade una casa, casi nunca se limita a una persona, sino que se comunica a otras. “Yo a lo menos, dice Broussais, no tengo

ejemplo de que se halla circunscrito a un solo individuo. No pretendo por esto que deje de haber alguna excepción; pero a lo menos poseo muchas contrarias: cuando se me ha llamado a una casa para algún colérico, he tenido por cierto hallar dos, tres o cuatro al siguiente día o al tercero. De aquí es preciso deducir, que hay infección y comunicación del cólera a las personas que asisten y tienen relaciones inmediatas con el enfermo. Por otra parte, se ven personas en la misma casa, bajo las mismas influencias que no se contagian; pero también se advierte, que se declara en la misma casa, en diferentes pisos y en diferentes familias, cuyo género de vida no es el mismo; en fin, parece que en las casas atacadas hay una cosa particular que predispone al cólera”.

En algún país se ha comprobado más lo que dice Broussais, que en La Habana. Ejemplos hay de casas que solamente han tenido un colérico, pero casi siempre se ha verificado lo contrario. Muy común ha sido ver cuatro y seis cadáveres en una familia, y en algunas ha sido la mortandad tan espantosa, que han perecido 10 y hasta 13 individuos; y hubo una de distinción, en que murieron *11 personas en el espacio de 36 horas*.

La navegación suministra un cúmulo de casos en favor del contagio. En las pequeñas embarcaciones que de Panwell pasan con frecuencia a la isleta de Bombay, llegó un hombre con el cólera, y desde entonces se propagó allí la enfermedad. En la isla de Francia la introdujo la fragata inglesa *Topacio* que tuvo en la navegación varios casos coléricos. A la de Borbón le llevó el *Pic-Var* procedente de la de Francia donde reinaba el cólera, por medio de un contrabando de esclavos que desembarcó el 7 de enero junto a la ciudad de San Dionisio. El 14 del mismo mes perecieron en ella ocho esclavos, y el número de muertos se aumentó en los días posteriores. En agosto de 1820, el *Leandro* que salió de Pondichery lugar apestado, tocó en el puerto de Trincomale, dejó en él varios marineros atacados del cólera, y la isla de Ceilán fue invadida por segunda vez.

El 3 de julio de 1830 se presentó en un buque de guerra que de Baku, puerto infectado, había arribado a Astracán: el 20 fueron invadido tres hombres en esta ciudad, y el 27 atacó los suburbios. El 29 de julio llegó a Tchernoï-yar una barca con un marinero enfermo de cólera: el 8 de agosto apareció la epidemia en la ciudad, y de allí se propagó a los pueblos vecinos. Aquí debo observar, que la primera víctima en uno de éstos fue un soldado que llevó unos presos a Zaretzin, donde contrajo la enfermedad, y al retorno fue atacado de ella. Tampoco omitiré, que los dos primeros casos que ocurrieron en Kramoi-yar a poca distancia de Astracán, fueron un soldado y una mujer que acababan de llegar de este último punto.

En San Petersburgo le introduce un barquillo que bajó el Neva. En él apareció el primer colérico, y los dos segundos fueron un negociante

que visitó el buque, y un guarda que se puso a bordo para cortar toda comunicación. A Riga le llevaron los marineros enfermos, que procedentes de los países apestados de la Rusia, bajaron por el Dwina con un convoy de centenares de botes cargados de comestibles. El ruin interés de algunos hombres, que muchas veces sacrifican la salud de los pueblos a su utilidad personal, trató de ocultar aun por medios criminales el germen de la peste. Válese de las sombras de la noche, arrojan al agua las víctimas que perecen; pero el contagio, más poderoso que ellos, rompe al fin por todas partes, y descubre los manejos de la codicia más detestable.

Los individuos primeramente atacados en Berlín fueron tres boteros de los que navegan en el canal que va a esa ciudad, y que habían llegado de puntos donde ya existía el cólera. En Sunderland es importado por un buque de Hamburgo que tuvo en la navegación algunos marineros muertos de cólera; y cuando estalló en aquella ciudad, los primeros enfermos vivían junto al muelle.

La fragata inglesa *Wellington* salió de New Ross cargada de colonos irlandeses para Quebec. Antes de desembocar el río Barrow, se declara el cólera en ella; intimidándose los pasajeros, desembarcan por las márgenes del río, y en todos los pueblos a donde entran, aparece el cólera inmediatamente después de su llegada. En Quebec le introdujo el bergantín *Carricks* de Dublín, cuya ciudad padecía el cólera al tiempo de su salida. Cuarenta y dos pasajeros murieron en la travesía, y apenas fondea en las aguas del San Lorenzo, cuando la epidemia invade las costas del Canadá. Finalmente, a Nueva Orleáns le lleva el vapor *Constitución*, que tuvo cinco coléricos durante su navegación en el río Misisipi.

Y a la vista de hechos tan decisivos, ¿se negará todavía que el cólera es contagioso? Yo observo, que por más estrechas que sean las comunicaciones entre dos países no infectados, la epidemia nunca aparece en ellos, sean cuales fuesen sus climas, estaciones, y circunstancias atmosféricas; yo observo, que los mismos países exentos de la enfermedad, la contraen, luego que se ponen en comunicación con lugares infectados; yo observo, en fin, que a la llegada de un buque con enfermos coléricos, se sigue la aparición del mal en el puerto de su arribo. Que una nave salga de Dublín, ciudad apestada, que se lance al ancho mar, que allí la invada el cólera; que variando de vientos, de calor, de humedad, y de otras circunstancias atmosféricas, la enfermedad le persiga por muchos días, renovando constantemente sus víctimas; que después de haber atravesado centenares de leguas llegue a un nuevo clima donde sus habitantes gozan de salud; que el mismo día o a pocos de su llegada, éstos empiecen a padecer un nuevo mal; pero que cabalmente es el mismo que han sufrido los desgraciados huéspedes que acaban de tocar en sus playas; y que estos casos se repitan en otros muchos lugares, es por

cierto una serie de coincidencias, que solamente se pueden explicar por la naturaleza contagiosa de la enfermedad.⁹

Pruebas negativas o aislamiento

Cuando en 1821 reinaba la epidemia en Persia, Teherán, su capital, cortó toda comunicación con los países infectados, y tomando las caravanas que habían de pasar por ella, el derrotero de Yerd, esta ciudad quedó apestada, y libre Teherán.

La historia de la enfermedad comprueba, que los mismos países que se han preservado de ella mientras no han tenido comunicación con los infectados, han sido atacados luego que la han permitido. En 1822 y 1834 se vio el Egipto amenazado del cólera que desolaba las provincias limítrofes de la Siria. En la primera época cerró sus puertas, y se salvó; mas, en la segunda las dejó abiertas, y fue invadido. En 1823 la Europa estuvo a punto de serlo por Astracán; pero cortada toda comunicación, se escapó. Aquella ciudad fue asaltada de nuevo en 1830; pero no habiéndose tomado entonces las mismas precauciones, la epidemia se difundió por casi toda la Europa. Teherán se preservó en 1821 por un completo aislamiento. En 1829 descuida estas medidas, y hela ya víctima de la peste. La Galitzia fue invadida en enero de 1831: aislose el mal, y Austria se salvó, pero introducido de nuevo y propagado a mediados de aquel año por los fugitivos de Polonia, recorrió todo el imperio.

Cuando la isla de Francia o Mauricio fue apestada en 1819 por un barco procedente de Ceilán, el gobernador que no creía en el contagio de la enfermedad, la dejó propagar por toda la isla, causando su desolación. Con tan triste ejemplo, el gobernador de la isla de Borbón estableció rigurosas cuarentenas, y aunque fueron burladas en 1820 por la malicia de los contrabandistas negreros, que introdujeron la peste en la ciudad de San Dionisio, se destinó un hospital para los enfermos, y se cortó toda comunicación con el interior del país. El resultado fue, que en toda la isla solamente fueron atacados 256 individuos, de cuyo número murieron 178. ¿Cuál es la razón porque dos islas que no distan sino 40 leguas entre sí, que tienen un mismo clima y casi la misma especie de población, el mal se propaga en una con mortandad espantosa, y en la otra apenas toca a un cortísimo número de sus habitantes, sepultándose en el mismo recinto donde apareció? Entre varias causas que pudo haber, una de ellas fue el *aislamiento*, el *aislamiento*.

9 Esto escribí yo en 1833; y hoy en 1858, son ya tan innumerables las pruebas de que el cólera se trasmite de los lugares apestados a los que no lo están, que sólo podrán negar tan patente verdad los muy ignorantes, los obstinados, o aquellos que deseen singularizarse por la rareza de sus ideas.

En medio de la mortandad espantosa de la isla de Francia, las haciendas que se aislaron, y entre ellas algunas de mucha consideración, se salvaron de la epidemia.

A pesar de las comunicaciones que tienen los buques de la India con el cabo de Buena Esperanza, y de la intermediación a este punto de las islas de Francia y de Borbón, el cólera nunca ha podido penetrar en él. Esto se atribuye con sobrada razón al rígido sistema de cuarentenas que allí se observa.

En un *informe de Madras* se leen estas notables palabras: “Las tripulaciones de los buques, y las tropas que se hallan a bordo, nunca han experimentado un ataque de cólera, hasta que no se han puesto en comunicación con la playa”.

Todas las haciendas, jardines y pueblos, que se aislaron durante la epidemia que reinaba en Astracán, se preservaron de ella.

Cuando el cólera se paseaba por las ciudades que se hallan en las márgenes del Volga, Sarepta se aisló de todas ellas, y aunque rodeada por todas partes de la enfermedad, el contagio la respetó.

En medio de la horrible mortandad de Manila en 1820, las tripulaciones de los buques, privadas de toda comunicación con la ciudad, conservaron su buena salud. Con las mismas precauciones, dice Moreau de Jonnés, se salvó el pueblo *Cavite*, situado en la bahía de Manila a dos o tres leguas de la capital.

Cuando el cólera reinaba en Alepo en 1822, Mr. Lesseps, cónsul de Francia, convidó a todos los europeos, para que le acompañasen a su quinta, situada en las inmediaciones de aquella ciudad. Encerráronse en un jardín, levantaron una muralla alta, abrieron un foso, y a pesar de haber más de 200 personas entre naturales y europeos, y de la variedad de su temperamento y género de vida, ninguna fue atacada de la epidemia, que asolando los contornos de esta pequeña colonia, en solo Alepo había matado 4 000 personas.

El cónsul francés de Lattaquia se encerró también en esta ciudad con todos los europeos; y sometiendo a una rigurosa cuarentena todo lo que entraba en su casa, el cólera los respetó. Estas medidas se tomaron en varios pueblos del Mediterráneo, y siempre produjeron los mismos felices resultados.

El doctor Hawkins dice en su *Historia del cólera en Rusia*, que en Caramala Gubeewa, varios labradores rusos que vivían a unas cien varas de la villa, se encerraron en sus chozas al primer rumor de haber aparecido la enfermedad en sus inmediaciones; y habiendo establecido una rigurosa cuarentena durante el tiempo que aquélla reinó, todos se preservaron.

Cinco meses estuvo Moscú bajo el azote de la epidemia. El vasto establecimiento, que compone la academia de cadetes de aquella ciu-

dad, cerró sus puertas; y en medio de la mortandad general ni un solo individuo fue atacado.

El caso que voy a referir tiene en mi concepto una fuerza extraordinaria. El hijo de un aldeano, cochero de un noble ruso, murió del cólera. Su padre que vivía en una aldea del gobierno de Pensa en Rusia, fue al lugar donde había muerto el hijo para recoger los efectos que éste había dejado. Volvió a su casa, se puso la ropa del difunto, y usándola uno o dos días, fue atacado del cólera, y murió. Tres mujeres que le habían asistido durante su enfermedad, y lavado el cuerpo después de muerto, también fueron invadidas, y perecieron dos: mas, antes de expirar la última, llegó un médico para socorrer a los habitantes de la aldea; y viendo que la enfermedad se difundía por el rumbo donde habían ocurrido los cuatro casos, hizo barrear la calle para impedir absolutamente toda comunicación entre las dos partes de la aldea. Hecho esto, el resultado fue: que en la parte de la aldea en que estalló la enfermedad, hubo más de 100 casos de cólera, de los cuales murieron 45; pero no se presentó ni un solo del otro lado de la barricada.

Presos encerrados en cárceles de altos muros, se han escapado del cólera, en medio de pueblos infectados.

En La Habana, hemos visto, que los cuatro monasterios de Santa Clara, San Teresa, Santa Catalina y Santa Úrsula, situados en barrios diferentes, no han sido invadidos de la epidemia, a pesar de que la muerte recorría día y noche sus alrededores. Cuéntase un solo caso en Santa Teresa; pero ¿en quién ocurrió? Cabalmente en la ropera, persona muy expuesta a recibir el contagio por medio de los vestidos que recibía. Y no se diga que se han preservado por ser corto el número de las monjas, pues en el monasterio de Santa Clara donde yacen encerradas como 100 personas, no ha ocurrido ni un solo caso. Esto es tanto más de notar, cuanto que dentro de sus muros habitan muchas criadas, y todas de color; gente que más que ninguna otra ha sufrido en esta tierra los destrozos de la epidemia. Bien conozco que habrá influido mucho el arreglo y la tranquilidad de espíritu de estas buenas religiosas; pero muchas familias, en quienes además de concurrir tan favorables circunstancias, están compuestas de un número mucho más corto de personas, ¿no han visto entrar por sus puertas la funesta plaga, y difundir la consternación en sus pacíficos hogares?

Quando el cólera ha llegado a las fronteras de un país que tiene comunicación con los lugares apestados, pasa a él sin detenerse; pero si hay cordones sanitarios, o no entra, o si entra, es después de largo tiempo. La Silesia está lindando con la Polonia; y aunque apestada esta nación, aquella provincia se salvó por largo tiempo, valiéndose de cordones sanitarios.

También se establecieron en el camino de Moscú a San Petersburgo; mas, no en el de Saratow: el cólera se introdujo en San Petersburgo por esta ruta, y no por la primera.

Atacada Berlín, se aislaron muchos de sus establecimientos públicos, y el cólera los respetó.

Weisdo se aisló completamente, y aunque a poca distancia de Riga que estaba apestada, se preservó de la epidemia. La Galitzia es uno de los países de Europa que más ha sufrido; pues con todo, ninguno de los muchos pueblos que se aislaron completamente, fue atacado del cólera. Aun en Lemberg, su capital, donde de cada 13 personas murió una, y de cada nueve fue una invadida, la princesa Lobkowitz, aislándose en su palacio, libertó a su familia y a su servidumbre.

El doctor Trachez, uno de los médicos nombrados por el Gobierno francés para observar el cólera en Polonia, publicó en su informe una tabla, de la que aparece que el número de enfermos y muertos en varias ciudades de Europa, fue mucho mayor en las que los sanos tuvieron libre comunicación con los apestados, que en las que se prohibieron estas relaciones. He aquí un extracto de la tabla:

		<i>En cada mil habitantes</i>		
En los primeros 42 días de la epidemia	Lemberg.....	79,98	38,87	En estas ciudades los enfermos estuvieron en comunicación con los sanos
	Riga.....	108,75	45,50	
	Mittau.....	65,42	33,50	
	Moscú.....	14,87	7,43	
	Dantzick.....	10,75	7,98	
				Severamente aislados
				Casas cerradas
En los primeros 32 días	Brody.....	193,29	73,62	Comunicados
	S. Petersburg.....	22,19	11,33	Comunicación con personas sanas
	Dantzick.....	8,77	6,32	Casas cerradas
	Elbing.....	12,23	7,95	

Argumento contra el contacto

I

Algunos se han acostado en la misma cama con los coléricos: otros se han puesto sus vestidos, y aun varios médicos han gustado la materia de los vómitos, e inoculándose con la sangre de los enfermos, sin que hayan contraído el cólera.

Para que una enfermedad ataque a un individuo, no basta que exista la causa que lo produce; es preciso, además, que aquél esté predispu-

to para recibirla; y si falta este requisito, no por eso se dirá que la causa no existe, ni que deja de ser contagiosa, sino que su influjo no alcanza a personas, que por circunstancias particulares no están dentro de su esfera. Aun cuando no existiese esta razón, todavía prueban muy poco los experimentos atrevidos de los médicos que se han inculado, pues para que tuviesen alguna fuerza sería preciso saber, primero: si el contagio está en la materia de los vómitos o en la sangre, porque puede consistir en efluvios que exhale el cuerpo, ya por el cutis o respiración, ya por una u otra parte: y segundo, que aun cuando existiese en aquellas sustancias, resta averiguar si se ha tomado la cantidad suficiente, pues para ser afectado de un veneno no siempre basta tomarlo, sino tomarlo en la dosis suficiente. Magendie observó, que cuando inyectaba en las venas a los animales la cantidad de dos a cuatro onzas de sangre colérica, se producían los síntomas del cólera; pero cuando era menor, entonces no se obtenía ningún resultado. Si la enfermedad que se presentaba en los animales inyectados, era o no cólera; y si los efectos de la inyección en ellos se pueden extender al hombre por analogía, son puntos no decididos: quédense, pues, en la clase de conjeturas, pero conjeturas que se encaminan a debilitar la fuerza del argumento.

Aun cuando el contagio existiese en la sangre o en los vómitos, y estas circunstancias se tomasen en cantidad suficiente, no se sabe todavía si la inoculación es el modo de transmitirlo, pues hay contagios que no se comunican de este modo. Y si tanto se ignora en esta materia, ¿por qué se ha de fallar con tanta arrogancia en cosas que se esconden a la inteligencia humana? Yo siempre he celebrado la circunspección con que el doctor Broussais se expresa en su Memoria sobre el cólera morbo; y ya que su opinión es la de un juez tan calificado, tengo el gusto de transcribir sus palabras: “Hay personas que se han inoculado con la sangre de los coléricos, otras que la han gustado y tragado, y otras que han impregnado sus vestidos con los excrementos de los coléricos: algunos han tenido el valor de acostarse a su lado en la misma cama y bajo las mismas sábanas; en fin, se ha hecho todo género de ensayos de esta naturaleza, y los que han practicado las experiencias, no han contraído el cólera; pero es de advertir, que los hombres que han hecho estos ensayos, eran hombres de valor; *porque según todas las probabilidades, si iguales experiencias se hubiesen hecho por personas pusilánimes, es probable que se hubieran infestado*”.

Mas, a pesar del valor, el doctor Scoutetten de Berlín refiere un caso que el doctor Calcagno repite en su tratado sobre el cólera morbo, impreso en La Habana. El doctor Galow médico de Berlín no creía en el contagio. Untose en los labios sangre de un muerto colérico, sacada del corazón; restregose el día después la frente con el sudor de otro enfermo; retirose a su casa, acostose a dormir en un sofá, pero al despertar,

se sintió invadido de la enfermedad, y murió en pocas horas. Cito este caso, no porque yo lo tenga como decisivo, sino porque siembra algunas dudas sobre la cuestión que debato: y digo que no es decisivo, porque bien pudo el doctor Galow ser atacado de resultas de sus experimentos, o de la influencia general de la epidemia reinante a que otros muchos estaban expuestos sin hacer ningún ensayo. Si se pudiera probar que el doctor Galow solamente fue invadido por la acción de la sangre y sudor que se untó, su muerte sería un ejemplo victorioso; ¿pero hay quien pueda asegurar que, aun cuando no hubiese hecho ningún experimento, el cólera no le habría atacado?

II

Si el cólera fuera contagioso, los médicos y asistentes de los hospitales serían invadidos en una proporción mayor que las demás clases de la sociedad.

Aunque siempre fuese cierto lo que tan generalmente se enuncia, no por eso faltarían razones con que resolver el argumento, sin que la enfermedad perdiese su carácter contagioso. Todos convienen en que la gente pobre es la que más sufre los ataques de la epidemia por falta de recursos para tomar medidas preventivas, que son el mejor y único remedio conocido contra esta enfermedad. Los médicos, por su posición social, gozan de comodidades, y el buen régimen de conducta a que casi necesariamente los obliga su misma profesión, debe darles hasta cierto punto una garantía contra los ataques de la peste. Los practicantes y asistentes de los hospitales se hallan, en cuanto a recursos para preservarse, casi en igual grado; de suerte que, generalmente hablando, se pueden considerar como una de las fracciones del pueblo menos expuestas a los tiros de la enfermedad. Enseña también la experiencia, que el terror es una de las causas que más predisponen para contraer el cólera; pero ninguna persona debe estar más exenta de él que los médicos y muchos de los asistentes de los hospitales, porque la costumbre de ver enfermos de todo género, los familiariza con los peligros de las enfermedades, y les da aquella impavidez, tan necesaria en los días de calamidad. No quiero decir, por esto, que todos, todos los médicos están comprendidos en esta regla: hablo solamente en general, pues sé muy bien que, en sonando la campana de la muerte, hay facultativos que tiemblan como el hombre más pusilánime.

Pero si, a pesar de todas estas garantías se quebranta el escudo que parece debiera cubrirlos, ¿qué dirán los que infundadamente les han dado la prerrogativa de invulnerables? Registremos los documentos, leamos los informes de algunos médicos ingleses residentes en la India, examinemos las relaciones que nos han transmitido otros facultativos

sobre los estragos de esta enfermedad, y ellos nos ofrecerán pruebas abundantes de los ataques que han sufrido en Asia y en Europa. Limitémonos, pues, a presentar hechos, y dejemos que por sí hablen.

Mr. Craw médico de la India dice, que el hospital del regimiento 65 tenía 30 empleados, y que todos fueron invadidos. En el hospital de Seroor fueron también atacados casi todos en una semana. En la presidencia de Bombay enfermaron 33 facultativos, y de este número perecieron 13; y para no repetir casos referentes a las posesiones británicas de la India, basta decir, que los asistentes de los coléricos fueron invadidos en mayor proporción que el resto de los habitantes.

En el lazareto de San Dionisio en la isla de Borbón murieron todos los asistentes, excepto dos esclavos; y en el hospital hubo también gran mortandad entre ellos. En las pequeñas islas de Ormus y de Kismé, los médicos y cirujanos fueron las primeras víctimas. Tiflis perdió, mucho antes de terminar la epidemia, la mitad de sus médicos. En Astracán padecieron también algunos de ellos, y en el hospital murieron muchos de los asistentes. En Jassy solamente sobrevivió uno a la epidemia; y en Bucharest perecieron casi todos. A los 41 días de haberse presentado el cólera en San Petersburgo, ya habían sido invadidos 25, y muerto nueve de los 246 que entonces contaba aquella capital; y de los muy pocos que residían en Cronstadt, ya habían perecido cuatro. En Moscú fueron atacados un 40 % de médicos y cirujanos. En Saratow, los cuatro que había, fueron invadidos desde el principio, y murieron tres. En Polonia, hubo gran número de enfermos entre los médicos, asistentes y demás empleados de los hospitales. En proporción a su número, los médicos sufrieron más que las otras clases en las capitales de Austria y de Prusia. Finalmente, Broussais vio en París, que cinco enfermeras de coléricos fueron atacadas en menos de 24 horas. Así pudiera yo ir acumulando nuevos casos; pero los expuestos bastan para probar la falsedad del argumento que con frecuencia se repite.

Para formar ideas exactas sobre esta materia, nunca se debe prescindir del poderoso influjo de la predisposición. Olvídense de ella los que comúnmente dicen: *“el cólera no es contagioso, porque no se me ha pegado, a pesar de haber tenido coléricos, o de haberlos visitado”*. Los que así discurren, no reflexionan, que las enfermedades contagiosas no lo son en igual grado, pues unas se transmiten con más facilidad que otras; ni que, aun cuando lo fuesen sin diferencia alguna, es imposible que sean atacados todos los individuos puestos en comunicación con los coléricos. Pues que ¿son iguales todas las naturalezas? ¿No vemos diariamente que una misma causa aplicada a distintos seres, obra en ellos de diverso modo, produciendo a veces aun efectos contrarios? Por vía de ejemplo puedo citar uno muy común entre nosotros. El guao, cuya planta es bien conocida en la isla de Cuba, inflama extraordinariamente la

piel de unos; muy poco la de otros; y nada la de algunos. ¿Y se dirá por eso, que el guao aplicado a la superficie del cuerpo humano no tiene propiedad de inflamarla? Pues lo mismo sucede respecto de la naturaleza contagiosa del cólera, aunque haya muchos individuos, que puestos en contacto con los coléricos, no reciban de ellos la infección.

III

Se ha dicho también que la peste de Oriente, y la viruela, que son contagiosas, no siguen los períodos regulares de aumento, madurez, declinación y extinción, sino que van aumentando hasta que ya no encuentran víctimas, o son reprimidas por algunos medios más poderosos que ellas. De aquí infieren, que si el cólera fuera contagioso, se iría reproduciendo de los efluvios o secreciones de los individuos afectados, y no correría los períodos regulares que se le observan.

Este argumento es muy defectuoso por dos razones. Primera: porque se quieren someter a una misma marcha pestes que, siendo muy diferentes en su naturaleza y en sus efectos, no sería extraño que siguiesen distintas reglas. El mundo ha sido testigo de centenares de epidemias, y en ellas ha tenido campo para observar las variedades que en todos los tiempos ha presentado. Segunda: porque la irregularidad no es un carácter tan distintivo de las enfermedades contagiosas, como erróneamente se pretende. La peste de Oriente, las viruelas, y otras epidemias reconocidas por tales, no son tan caprichosas en su carrera: antes al contrario, siguen una marcha regular, y para mejor probarlo, dejaré que hablen por mí Volney, en su *Viaje a Egipto y Siria*, y los revisores de la *Revista Trimestre de Londres*.

El primero dice: “La peste ofrece variedad de fenómenos a cual más dignos de notarse. En Constantinopla reina durante el estío, y se debilita o concluye en el invierno. En Egipto sucede cabalmente al revés; reina en el invierno, y junio siempre acaba con ella. Esta contrariedad aparente se explica por el mismo principio. El invierno la destruye en Constantinopla, porque el frío es muy riguroso; el verano la enciende, porque el calor es húmedo, a causa de los mares, bosques y montañas circunvecinas. En Egipto el invierno fomenta la peste, porque es húmedo y suave, el estío la aniquila por ser cálido y seco; opera sobre ella como sobre las carnes a las que no deja corromper. El calor no es dañino sino en tanto que se junta a la humedad”.

Los revisores de la *Revista Trimestre de Londres* se expresan en los términos siguientes:

“Es imposible abrir un libro que contenga pormenores de la *plaga*, viruela, escarlatina y sarampión, sin notar que cuando son epidémicas, siguen una marcha regular de aumento, madurez, y extinción. La *plaga*

de Londres en 1665 empezó en una familia en Westminster, aumentó gradualmente, se extinguió aparentemente en el invierno, y revivió en la próxima primavera. La de Marsellas estalló primero entre unos carretilleros, de quienes se propagó la infección. Los primeros siete capítulos de Russell, que contienen la historia de diferentes irrupciones de la *plaga* en distintos lugares, están llenos de hechos que contradicen la aserción de que no sigue períodos regulares. Sydenham que vio la *plaga* de 1665, y que vivió antes que se practicase la inoculación, describe la viruela como apareciendo a veces en un grado muy remiso, o no existiendo absolutamente; empezando después a presentarse a la aproximación del equinoccio de primavera, extendiéndose más y más cada día, llegando a ser epidémica casi al otoño, abatiendo a la entrada del invierno, y volviendo otra vez en el verano. El sarampión de 1670, dice el mismo médico, empezó muy temprano, esto es, al principio de enero, y aumentando diariamente, llegó a su altura en marzo: después declinó gradualmente, y se acabó en julio próximo”.

Al leer los dos párrafos anteriores, nadie negará, que enfermedades reconocidas por todos como contagiosas, guardan un orden regular en su incremento, declinación y extinción; y siendo la falta de él, el apoyo en que algunos se fundan para negar la naturaleza contagiosa del cólera, tienen que caer en el terrible dilema, o de negar su carácter contagioso a la viruela, el sarampión, y a otras enfermedades, o de concedérselo también al cólera, a pesar de la regularidad que sigue en sus períodos.

IV

Algunos pueblos cercanos a otros inficionados, y que han estado en comunicación con ellos, se han libertado de la epidemia. Ved aquí un argumento que se repite con frecuencia, y que se tiene como incontestable; pero veamos si lo podemos responder.

Para que un lugar sea apestado, no basta que esté en comunicación con otro donde reine la epidemia: es preciso además que sea llevada a él, que encuentre sujetos predispuesto a recibir el contagio, y circunstancias favorables para propagarlo. Nadie duda que el fuego quema; pero si se esparce sobre cuerpos incombustibles, se apagará sin producir un incendio: caiga, empero, una sola chispa sobre un suelo regado de pólvora, y al punto se seguirá una violenta explosión. Así como existe *predisposición individual*, paréceme que puede decirse con bastante exactitud, que también la hay *local*; y que así como muchas personas quedan ilesas, aun viviendo en medio de la peste, del mismo modo hay lugares que se escapan de ella, a pesar de tener comunicaciones con los pueblos infestados. ¿Pero de dónde nace, que ciertos lugares resistan al contagio? Ved aquí lo que no se sabe.

Entre las circunstancias que pueden influir, una sola me atrevo a indicar, a saber, el estado atmosférico; pues aunque niego el influjo de la atmósfera como causa primaria del cólera, jamás negaré su acción como causa secundaria o modificadora. Sentadas estas ideas, es muy fácil concebir que un pueblo puede conservarse sano, aun teniendo relaciones con otro pueblo apestado, ya porque no haya contraído la enfermedad ninguno de los individuos que van a él, ya porque lo resistan las circunstancias meteorológicas, geológicas, o de otra especie que nos son desconocidas. Russell prueba con muchos hechos, que países atacados de la peste de Oriente, han tenido relaciones con otros sin transmitirles el contagio. Y si esto sucede respecto de una enfermedad cuya naturaleza contagiosa está generalmente admitida, ¿por qué se ha de decir que el cólera no lo es, fundándose en la razón de que a veces no se propaga a pueblos con quienes se está en relación? Dentro de los muros de las mismas ciudades invadidas existen individuos y familias que recorriendo las calles, y aun visitando los enfermos, se preservan de la peste. Pero si hallándose en comunicación tan estrecha, pueden pasearse triunfantes, ¿por qué no también cantar victoria ciertos pueblos, que respecto de una nación pueden equipararse a los individuos y familias de una ciudad? Porque el cólera no es contagioso, me responderán, y porque únicamente proviene del estado atmosférico. ¿Pero no respiran todos la misma atmósfera? ¿No están sometidos a ella incesantemente? Y siendo así, ¿por qué no enferman todos? Es, pues, forzoso confesar, que si muchos resisten a ella, a pesar de su incesante acción, con mayor motivo se salvarán a la causa contagiosa del cólera que parece no ser tan constante ni tan extensa: no tan constante, porque el aire está obrando sin cesar sobre nuestro cuerpo, así interior como exteriormente: no tan extensa, porque la atmósfera existe en todas partes, y los corpúsculos o miasmas que la infestan, por abundantes que sean, hállanse esparcidos en ella, sin formar tanta cantidad de materia venenosa.¹⁰

Invoquemos los hechos en apoyo del raciocinio, y la cuestión recibirá todo el grado de claridad de que es susceptible. El médico inglés Haygarth en su *Investigación acerca del modo de prevenir la viruela*, enfermedad que todos reconocen como contagiosa, trae un pasaje en que describe una irrupción de las que reinaron epidémicamente en Chester en 1777, y en la que se verifican todos los fenómenos que mu-

10 Ora se considere el cólera como *contagio*, ora como *infección*, importa saber, que aunque el número de inspiraciones que el hombre hace, y la cantidad de aire que consume por minuto, varía con la edad, con los individuos, y con otras circunstancias; se calcula, que absorbe en un día, por término medio, 3 500 litros o decímetros cúbicos de aire. Eso prueba la enorme cantidad de veneno que inspira el hombre en tiempos epidémicos.

chos consideran como incompatibles con la naturaleza contagiosa del cólera. Helo aquí literalmente traducido:

“La viruela fue epidémica en Chester desde mayo de 1777 hasta enero de 1778, esto es nueve meses, particularmente los seis últimos, en cuyo tiempo observé atentamente sus progresos. 1º Al principio fueron atacadas dos o tres familias, no vecinas inmediatas, sino que vivían en el mismo barrio de la ciudad. 2º Después fueron invadidos los niños de un barrio, pero la enfermedad no se difundió en ellos como de un centro. 3º En ninguna parte de la ciudad se extendió uniformemente de un centro, sino que se propagó en alguna callejuela, donde todos los niños de una vecindad jugaban juntos. 4º Después fueron acometidos los niños pobres en varias partes de la ciudad, a distancias considerables, y en algunos parajes, a media milla unos de otros. 5º Todavía en noviembre no habían sido apestadas muchas partes de todas las calles principales; pero en diciembre y enero la enfermedad invadió a muchos que se habían escapado cuando estuvo en su vecindad algunos meses antes. 6º En Hambridge que es una parte de Chester, separada del resto de la ciudad por el río Dee solamente, no fueron atacados durante la epidemia sino unos siete niños, aunque gran número de ellos son muy propensos en aquella parte a contraer la enfermedad. 7º En la calle del Rey, que está en el centro de la ciudad, de 24 niños que nunca habían padecido la enfermedad, solamente dos fueron atacados en una misma casa. 8º Durante el estío y el otoño de 1777, mientras la epidemia era general en Chester; una o más familias de muchos de los pueblos circunvecinos, como Cristleton, Barrow, Tarvin, etc., y algunas ciudades más grandes como Nantwich, Neston, etc., fueron visitados por la viruela; sin embargo, la enfermedad no se difundió generalmente en ninguna de estas poblaciones. Como el estado del aire y el veneno varioloso fueron en estos lugares los mismos que en Chester; ¿por qué el aire de ellos no fue igualmente infestado que el nuestro? 9º En Frodsham empezó la viruela en mayo, y gradualmente se fue aumentando hasta hacerse *notablemente epidémica en una parte por varios meses; con toda, casi la mitad de la ciudad todavía se conservaba enteramente desinfectada el 18 de noviembre de 1777*. Por el contrario, en Upton, pueblecillo a dos tercios de legua de Chester, de 24 niños que nunca habían sido atacados de la enfermedad, todos, excepto uno, que ciertamente estuvo también expuesto al contagio, padecieron la enfermedad en menos de dos meses. Daré la causa de la rápida propagación en las mismas palabras del cirujano Mr. Edwards, habitante muy instruido del lugar. ‘La enfermedad no ha sido propagada por el aire o contigüidad de casas, sino que ha aumentado en proporción a la comunicación que las familias han tenido entre sí: ningún cuidado se tuvo en impedir su propagación, sino, al contrario, parece que había un deseo general en que todos los niños la contrajesen’ ”.

Y después de haber visto que la viruela salta de un punto a otro, aun a larga distancia, que vuelve a los parajes de donde se había retirado, y que ataca a los que antes no había invadido; después de haber visto que reinando en la mitad de una ciudad, la otra mitad se conserva ilesa por muchos meses, a pesar de estar en íntima comunicación, y de ser la viruela una enfermedad contagiosa, ¿se dirá que el cólera no lo es, porque presenta los mismos fenómenos?

V

El cólera ha entrado en países donde había cuarentenas; luego no es contagioso.

El cólera no ha entrado, respondo yo, valiéndome del mismo raciocinio, en países donde ha habido rigurosas cuarentenas; luego es contagioso. Pero aun cuando hubiese entrado, poco prueba el argumento. Las cuarentenas casi nunca son lo que deben ser, ni aun cuando sean lo que deben, casi nunca puede lograrse un aislamiento perfecto, particularmente si ocupan por tierra una línea extensa, y están en la frontera de naciones que tienen mucha comunicación entre sí. Un militar desertor, un ciudadano fugitivo, un astuto contrabandista, un cúmulo de sucesos que ocurren frecuentemente en el discurso de la vida, burlan a cada paso la vigilancia del hombre. Los cuadrúpedos, las aves mismas susceptibles del contagio, volando por encima de las bayonetas que forman los cordones sanitarios, pueden introducir la peste en los países mejor defendidos. Volney, hablando de la de Levante, nos dice en su *Viaje por el Egipto y la Siria*, que los europeos residentes en El Cairo se preservan del contagio, encerrándose con sus familias, pero que una vez pasó un gato por las azoteas de una casa a las viviendas de unos negociantes franceses, y comunicó la peste a dos de ellos, de los cuales uno murió.

Aun sin estas casualidades, bien puede transmitirse una epidemia, cuando está muy difundida; pues a la manera que un gran incendio ya no encuentra límites que puedan contenerle, así también una peste muy derramada en un vasto continente, romperá por todas partes, e invadirá aun los parajes mejor resguardados. Contagiada la atmósfera, el viento podrá arrojarla sobre los países vecinos, y burlándose entonces la naturaleza de las cuarentenas la peste estallará. Esto, sin embargo, no es lo común, pues la experiencia enseña, como ya hemos visto, que los países que han establecido buenas reglas sanitarias, o se han preservado de la enfermedad, o caso de ser atacados, ha sido por haberse quebrantado las cuarentenas. No se diga, pues, por más tiempo, que éstas son inútiles, porque sino siempre pueden contener la peste, impídenla muchas veces, sobre todo, cuando las comunicaciones de un país apestado con el que no lo está, se hacen por mar. Nuevos argumentos contra el

cólera pudiera reproducir aquí; pero siendo más débiles que los anteriores, no debo detenerme en ellos por más tiempo.

Después de haber expuesto los hechos y razones que inducen a creer que el cólera es contagioso, es natural inquirir: Primero: *por cuántos medios se trasmite*; y segundo, *qué tiempo puede correr entre el momento en que un cuerpo recibe el germen de la enfermedad, y los primeros síntomas de su aparición*.

Medios de trasmisión

En cuanto a la trasmisión, tres medios se pueden señalar; a saber, el hombre, los animales y los objetos inanimados. En el hombre se pueden distinguir cuatro estados: el de enfermedad, el de muerte, el de convalecencia, y el de salud. En el de enfermedad no cabe duda que comunica el contagio, porque frecuentemente se ve, que a la llegada de un cólerico a un país sano, sigue generalmente la epidemia. En el de muerte, no tenemos datos tan positivos, pues lo único que se sabe es, que de los empleados en los cementerios y en las funciones a ellos anexas, a veces mueren muchos, a veces pocos, y a veces ninguno. El doctor Labrosse asegura, que todos los presos de la cárcel de San Dionisio en la isla de Borbón, empleados en conducir los cadáveres al cementerio, murieron del cólera. Mr. Jameson dice, que un soldado indio murió de la peste, y que los cinco compañeros que le llevaron a enterrar, todos fueron invadidos la noche siguiente, y murieron. En Buda murieron casi todos los carretoneros y sepultureros; pero estos casos y otros semejantes caen en el escollo de que, como todos los habitantes de un país infestado están más o menos expuestos a la causa que produce la epidemia, no se puede saber si aquellas personas han bebido el contagio de los cadáveres, o de la causa general predominante.

Si un convaleciente del cólera conserva todavía las semillas del mal, es punto no decidido. Casos hay, sin embargo, en que esto parece cierto, pues el cólera se ha presentado en países sanos después de haber llegado un buque que, si a su arribo al puerto ya no tenía ningún enfermo, los tuvo antes en la navegación. Así sucedió con la fragata inglesa *Topacio* que llegó a la isla de Francia, con algunos convalecientes. Éstos saltaron en Puerto Luis; y aunque el cólera estalló allí tres semanas después, se cree con bastante fundamento que ellos fueron sus introductores. Esto, con todo, aún deja en pie de duda de saber, si la enfermedad se introdujo por los convalecientes o por los efectos del buque.

En cuanto a la trasmisión del cólera por una persona sana, o aparentemente tal, no creo que haya imposibilidad. Bien puede uno recibir el contagio en sus vestidos o de otro modo, llevarlo a otra parte, y transmitirlo sin que experimente sus síntomas fatales, ya porque su constitución

tenga fuerzas para sacudir el mal, ya porque no haya tenido tiempo todavía para hacer en él su explosión. Las comparaciones con otras enfermedades, acaso más contagiosas que el cólera, esparcirán un rayo de luz sobre esta región tenebrosa. Russell, que como residente en Alepo escribió acerca de la peste de Oriente, dice: “los proveedores, empleados por las familias encerradas, frecuentemente llevan la plaga a sus casas algún tiempo antes que ellos mismos sean invadidos. Una persona empleada por mí para traerme noticias, y para visitar algunas veces las casas contagiadas, comunicó la plaga a su mujer, quedando él sano durante la peste”.

Al testimonio de este observador distinguido, agregaré como muy singular el caso que refiere Mead en su Discurso sobre el contagio pestilencial. En 1577 estaba reunido en el castillo de Oxford uno de los tribunales de la nación inglesa; y así los jueces como todos los circunstancias que ascendían a 300, murieron por un vapor venenoso, que, según algunos, salió de la tierra: pero el lord Bacon, aquel hombre tan profundo en sus conocimientos, como infame en su conducta, al observar, que sólo quedaron ilesos unos reos que de la cárcel fueron conducidos a aquel sitio, creyó con razón, que la catástrofe nació de miasmas llevados allí por ellos.

Acerca de la trasmisión del cólera por medio de los animales, nada cierto se sabe: que a veces lo contraen y mueren, es una verdad: que lo transmiten a individuos de su especie, parece comprobado por muchos hechos; pero que les comuniquen a otros seres, no pasa de conjeturas.

Cuando se ha visto, que el cólera se ha introducido en algunas islas y en otros parajes, sin haberse descubierto ningún enfermo, a bordo de los buques que han arribado a ellos, temeridad sería negar que se transmite por medio de cuerpos inanimados. Esta consideración, unida a la marcha de las caravanas que en su rastro han ido sembrando el cólera, y su reaparición en algunos puntos, después de haber estado adormecido por algún tiempo, dan bastante materia para concluir, que los objetos inanimados pueden transmitirlo a los seres vivientes. Pero asimismo parece, que no se comunica con tanta facilidad como por el hombre. Algunos hechos vienen en apoyo de esta opinión; mas, no me fundaré yo, en que habiendo aparecido el cólera en la India desde 1817, y teniendo la Gran Bretaña un vasto comercio con ella, el mal nunca penetró allí por esta vía. Esto proviene de que la larga distancia que media entre los dos países, destruye con el tiempo el germen del contagio; pues hemos visto, que mientras la Inglaterra se preservaba, algunas islas vecinas a los puntos apestandos del Asia, tragaron el veneno introducido en los efectos mercantiles. Fundareme sí en otros hechos observados hasta aquí.

Del 1º de junio al 31 de diciembre de 1834 entraron en Inglaterra, de los puertos del Báltico invadidos del cólera, 732 buques cargados de lino

y cáñamo. Durante este tiempo arribaron también otros muchos con lana y pieles; pero ni entre los marineros ni entre ninguna de las personas empleadas en los lazaretos para abrir y ventilar estos géneros, apareció caso alguno de cólera. ¿Mas, se inferirá de aquí, que dichos géneros no adquieren el contagio, ni pueden transmitirlo? Guardémonos de sacar tan absurda consecuencia. Lo único que podemos decir, si queremos acertar, es, que en esos casos, los miasmas coléricos no se adhirieron a las mercancías, o que si se adhirieron, muy pronto fueron esparcidos en el aire perdiendo su fuerza mortífera; o que, finalmente, las personas que estuvieron en contacto con ellos, no se hallaban predisuestas para contraer la enfermedad.

No puedo omitir otros hechos interesantes, mencionados por la Junta Central de Sanidad de Londres. Observa esta corporación, que a los muelles, donde se descarga el lino y el cáñamo en San Petersburgo, llegaron en la primavera y el estío de 1831 millares de toneladas procedentes del interior de Rusia, donde reinaba el cólera, al tiempo de salir aquellos géneros para la capital. Pues, a pesar de esto, cuando el cólera estalló en San Petersburgo, las personas empleadas en reconocerlos y clasificarlos, y que generalmente pasaban la noche en medio de los fardos, no fueron, ni los primeros atacados, ni los que sufrieron tan severamente como otras clases de la población. Lo mismo sucedió en todas las cordelerías de San Petersburgo, y en la manufactura imperial del lino de Alejandrowsky.

Parece, pues, inferirse de todos los hechos y reflexiones anteriores, que el hombre vivo es el mayor vehículo del cólera; que si los muertos lo transmiten, no es con tanta generalidad; que aunque los animales lo contraen y comunican a los de su especie, su influencia en el hombre es probable, pero no cierta; y, finalmente, que los objetos inanimados, si bien pueden transmitirlo, no poseen esta funesta propiedad en grado tan eminente como el hombre vivo.

Pero ¿qué tiempo puede correr entre el momento en que un cuerpo recibe el germen de la enfermedad, y los primeros síntomas de su aparición? He aquí el segundo punto que resta examinar.

Un cuerpo de tropas auxiliares en la India al mando del coronel Adams, llegó en estado de salud a las inmediaciones de un pueblo invadido del cólera, y la misma noche de su llegada enfermaron 70 soldados, y murieron 20 al siguiente día. Sin duda, que la fatiga de las marchas hizo que el mal estallase desde el instante en que empezó a ejercer su influencia sobre individuos tan predisuestos. Las tropas de Nagpore fueron también invadidas el mismo día que acamparon en Gaongoug, pueblo inficionado. Un destacamento de Meerut entró en Delhi, y a los dos días apareció el mal en algunos soldados.

En el sangriento combate de Igania, que duró todo el día 10 de abril y parte de la noche, las tropas rusas comunicaron el contagio a las polacas; y los primeros enfermos aparecieron el 12 en la noche.

Un regimiento de tropas que desembarcó en Madras, en el mejor estado de salud, después de 48 días de navegación del cabo de Buena Esperanza, empezó a ser atacado al tercer día de su desembarque.

La Comisión Médica de Génova, enviada a Viena y Hungría, fundándose en largas observaciones y en la experiencia personal que adquirió en las cuarentenas del cólera, asegura en sus informes al Gobierno sardo, que las personas que han absorbido el germen del mal, son generalmente atacadas antes de los tres días, y siempre antes de los cuatro. Proposición enteramente falsa según se probará más adelante.

La Comisión Médica de Londres, que fue a San Petersburgo a observar el cólera en esta capital, dice, que según sus observaciones, el tiempo transcurrido entre una sola exposición al contagio y el subsecuente desarrollo del mal fue de uno a cinco días. Pero a mí me parece que todo esto es inexacto, porque en una ciudad apestada, casi nunca es posible determinar el momento preciso en que uno contrae la enfermedad. ¿Se llamará *momento preciso* aquel en que alguno caiga enfermo en una casa, y desde entonces se suponga que ya han tomado el contagio los demás que viven en ella? Nada más erróneo. ¿Se llamará *momento preciso* aquel en que se lleve un individuo a los hospitales, para hacer experimentos, se le someta allí a varias pruebas, luego se le retire, y si tiene después la desgracia de que le ataque el cólera, se cuente como período de incubación el término transcurrido entre la hora en que se le hicieron los experimentos, y el instante fatal de ser invadido? Nada en verdad, más falible. Un hombre puede permanecer largo tiempo en el foco más inmundo de infección, sin ser tocado de la peste; pero apartándose de este lugar, si se predispone al día siguiente o después, la enfermedad podrá asaltarle aun en medio de las más fragantes aromas. Creo, por tanto, que para que esas observaciones fuesen decisivas, sería preciso que los sujetos saliesen de los pueblos apestados, y se embarcasen o marchasen a otros donde no haya reinado la epidemia: porque entonces si les ataca, ya tenemos un punto fijo donde empezar a contar el tiempo transcurrido entre la invasión del mal y el momento de la partida del individuo atacado. Y todavía así, no se logra la exactitud posible, porque bien pudo el enfermo haber absorbido el germen del contagio antes de su partida: pero al fin, de cualquier modo que fuese, siempre sería útil conocer el resultado.

De algunos casos que he procurado recoger, claramente aparece, que las semillas del mal pueden permanecer en el hombre sin causar efectos sensible hasta 15 días, y aun cerca de un mes.

Del 26 de mayo al 24 de septiembre de 1831, llegaron a Inglaterra de los puertos infectados del Báltico 18 buques; y habiendo tenido cada uno un enfermo o más de cólera en su pasaje, el mayor número de ataques ocurrió antes de los cuatro días, contándose solamente uno al sexto de la partida.

La fragata inglesa *Bruto* salió de Liverpool, ciudad entonces apesada, el 18 de mayo de 1832 con colonos para Quebec, y el primer caso de cólera no se presentó hasta el 27; es decir, que de la salida del buque a la aparición de la enfermedad corrieron diez días.

En uno de los informes rusos está consignado el hecho de que habiendo salido dos personas de Oremburgo, donde reinaba la epidemia, y llegado a Uralsk donde no existía, hicieron una cuarentena de 14 días; pero pasado este término, fueron atacados y murieron.

En otro informe dirigido al Gobierno inglés desde San Petersburgo por uno de sus médicos comisionados, se lee el siguiente párrafo que a la letra transcribo:

“Por el mes de noviembre del año pasado, cuando el cólera epidémico estaba declinando en Casan; y cuando se estaban reuniendo de diferentes partes del imperio los presos que se habían de transportar a Siberia, varios de ellos fueron enviados de Casan a Perm, adonde llegaron casi en *25 días*. Todos estaban sanos al tiempo de su partida: ninguna contingencia ocurrió en el camino: el cólera no existía en parte alguna del país por donde pasaron; y cuando llegaron a Perm, ciudad principal del distrito o gobierno de aquel nombre, la enfermedad no se conocía *allí*, porque nunca había llegado. Para que no pasasen por la ciudad, fueron llevados a la cárcel haciéndoles dar un rodeo. Pocos días después de su llegada, el cólera estalló entre ellos, se comunicó a los otros presos de la cárcel, y murieron unos 15. Las otras personas atacadas fueron solamente dos soldados, uno de los cuales estuvo de centinela en la puerta de la cárcel, y el otro acompañó al cementerio los cadáveres de algunos presos. En virtud de las precauciones que tomó el gobierno de la ciudad y distrito, el cólera nunca apareció fuera de la prisión, y la ciudad quedó libre de la enfermedad”.

El párrafo que acabo de copiar, prueba tres cosas: 1º Que el cólera es contagioso, porque se comunica de persona a persona. 2º Que también lo es, porque cortándole toda comunicación, se extingue sin propagarse. 3º Que su germen puede conservarse por muchos días, sin enfermar al individuo que lo lleva consigo.

Ni se crea que ésta es una anomalía de la que puede inferirse cosa alguna contra la naturaleza contagiosa del cólera. Enfermedades que poseen este carácter en el punto más elevado, presentan iguales fenómenos. Russell, tantas veces citado en esta carta, porque su nombre es inseparable del de la peste de Oriente, se expresa así: “De lo que he

observado en Alepo, estoy inclinado a pensar que la plaga rara vez está oculta más de diez días, pero mayor experiencia se necesita para determinar una materia de tanta importancia”.

Todavía son más concluyentes las observaciones hechas con la viuela, en cuya enfermedad se puede saber con exactitud el momento en que se trasmite el contagio por la inoculación. El barón Dimesdale, que en el siglo pasado se ocupó mucho en este género de experimentos, logró saber que de los inoculados que llegaban a infestarse, en unos aparecían los síntomas a los seis, y en otros, a los 14 o 15 días. Ignorándose, pues, la naturaleza del cólera, y pudiendo modificarse de mil maneras, según el clima y la constitución de los individuos, ¿quién puede fijar todavía con precisión el tiempo que podrán estar ocultas sus semillas sin brotar en el cuerpo humano?

Mortandad causada por el cólera en diferentes naciones

Moreau de Jonnés y otros escritores han computado la mortandad general. Yo repetiré lo que ellos dicen; pero sin darle crédito a todo.

De agosto de 1817 a mayo de 1834 ha habido en Asia y en Europa 656 irrupciones del cólera, sin contar con las que han acaecido en los países bárbaros del Asia, y de las que no se ha podido tomar una noticia exacta. Moreau de Jonnés calcula, que en este período de 14 años, han muerto en la India 35 millones de habitantes, que es decir, dos y medio por año: pero queriendo limitarse a números bajos, los reduce a 18 millones; y como la población de la India se computa en 110,¹¹ resulta, que ha perdido en 14 años casi la sexta parte de sus habitantes. No falta quien disminuya todavía este número, pues en una Memoria en que se habla extensamente del método curativo seguido por Mr. Cravier médico de Pondichery, la mortandad de toda la India desde 1817 hasta 1825 solamente se eleva a 4 millones y poco más de medio; y suponiendo exageradamente, que en los seis años restante hasta 1831 hayan perecido 4 millones más, tendremos que la mortandad de la India, que, Moreau de Jonnés hace subir en 14 años a 14 millones por el cálculo más bajo, apenas llega según otros, por el cómputo más exagerado, a poco más de 8 millones y medio. En la Arabia pereció un tercio de los habitantes de las ciudades atacadas. En la Persia, un sexto de los mismos. En Armenia, un quinto. En la Mesopotamia, de un tercio a un cuarto. En la Siria, un décimo. De 16 000 atacados en la provincia del Cáucaso perecieron 10 000. En Tíflis murieron tres cuartas partes de los enfermos, y dos tercios en Astracán. En mayo de 1831 ya había

11 En 1857, la población de toda la India se computó en 180 millones.

perecido la vigésima parte de las provincias rusas atacadas. Finalmente, Moreau de Jonnés, después de haber calculado la mortandad de la India en 18 millones, dice, que la del resto del mundo desde la China hasta Varsovia se puede considerar en 36 millones, que reunidos a la suma anterior, dan un total de 54 millones de personas destruidas por el cólera desde agosto de 1817 hasta mayo de 1831.

Yo no negaré que una peste pueda arrebatarse del número de los vivos esos millones, y cuantos más se quiera. ¿Pero dónde están los datos en que se funda Moreau de Jonnés para elevar a 56 millones la mortandad causada por el cólera en el espacio de 14 años? Yo creo que esto no puede saberse ni aun aproximadamente. Padrones con que se llenan los libros, nos dicen que la India, abrazando bajo este nombre los territorios más acá y más allá del Ganges, tiene 110 millones de habitantes; la China, según el lord Macartney, 333; la Persia, 20; la Arabia, 10; y así sucesivamente; mas, ¿quién podrá mirar estas cifras ni aun como resultados aproximados, cuando en unos países son inexactísimos los censos, y en otros no existen, porque los pueblos que gimen bajo el pesado yugo de la religión de Mahoma, tienen preocupaciones supersticiosas contra la costumbre de empadronar? Y no sabiéndose su población respectiva, ¿cómo asegurar que en este país, por ejemplo, pereció la tercera parte de los habitantes, y en aquél, la quinta? y dado que la supiesen ¿cómo han podido averiguar la mortandad de cada pueblo, cuando no existen tablas necrológicas que den razón de los muertos?

Los mismos reparos se pueden hacer contra las 150 000 personas que se supone perecieron en Egipto; pero no son aplicables a la mortandad de algunas naciones de Europa, porque en ellas se sabe, con la exactitud que permiten estas materias, no sólo el total de habitantes, sino el de víctimas inmoladas por el cólera. Por más empeño que he puesto en encontrar estados que representen la mortandad de las naciones europeas invadidas de la epidemia, mis esperanzas se han frustrado; y aunque he conseguido noticias fidedignas acerca de algunas ciudades, ellas no son tan satisfactorias en cuanto al total de muerte en las distintas naciones. Puedo, sin embargo, decir, que en 1830 fueron atacadas en Rusia 54 000 personas, y de ellas murieron más de 31 000: pero como el cólera continuó sus destrozos en aquella nación en 1831, resulta que el dato es parcial, y, por consiguiente, inexacto. En Prusia, cuya población es de cerca de 13 millones, perecieron 100 000 habitantes; esto es, 1 por casi cada 130. La Hungría y la Galitzia han sido, los países de Europa más azotados del cólera; la primera con una población de casi 10 millones tuvo 537 199 enfermos, y 237 066 muertos; y la segunda con mucho menos de la mitad, 260 083 coléricos, y 97 789 muertos. Francia, que inscribe en sus padrones 33 millones de individuos, tuvo desde el principio de la epidemia en enero de 1832 hasta el 1º de enero de 1833, 229 534

coléricos, y de ellos 94 665 muertos. Los enfermos respecto de la población fueron 0,69 %; los muertos respecto de la misma 0,28 %; y los muertos respecto de los enfermos 40 %. En varios puntos invadidos en la Gran Bretaña, durante los ocho primeros meses, hubo 22 744 enfermos y 12 158 muertos, siendo así que su población es de 22 millones. Recopilando estos datos que he podido recoger acerca de la Europa, formaré la tabla siguiente:

	<i>Casos</i>	<i>Muertos</i>
Rusia, en los cinco primeros meses	54 000	31 000
Prusia	«	100 000
Hungría	537 199	237 006
Galitzia	260 083	99 789
Francia	229 534	94 665
Gran Bretaña en varios puntos invadidos durante los ocho primeros meses	22 744	8 910
Londres durante toda la epidemia	«	3 248
	1 103 560	574 678 ¹²

Historia de la aparición del cólera en la isla de Cuba en 1833

Preservados de la invasión de esta enfermedad durante la época en que reinaba con fuerza en los Estados Unidos de Norteamérica, muchos se daban el parabién de que ya no visitaría nuestras playas; y persuadidos, por una parte, a que el mal había cesado enteramente, y deseosos, por otra, de favorecer los intereses del comercio, se suspendieron las cuarentenas desde el 2 de febrero. Los que conocen el carácter traidor de la enfermedad; los que sabían que aun no estaban ahogadas en aquella nación las destructoras semillas del contagio; los que contemplaban en la facilidad con que podían ser introducidas en nuestro suelo, pues que solamente se hallaban de nosotros a la distancia de cuatro o cinco días de navegación; todos estos se penetraron desde entonces de los más fundados temores; y cumpliéndose sus tristes vaticinios, La Habana fue víctima de la epidemia en el mismo mes de febrero.

El primer caso de cólera de que se tuvo pública noticia, y que alarmó a los habitantes de esta capital, ocurrió el 25 de aquel mes en un catalán

12 Al hablar de la población de Francia y de otras naciones de Europa, no se olvide que yo escribía en 1833.

llamado don José Soler, que vivía en el barrio de San Lázaro en la alameda de extramuros; o sea, calle del Prado. A poca distancia de la habitación de Soler, fue atacada una mulata en el mismo día 25; y ya en el anterior había perecido una negra de la misma enfermedad, sin que hubiese trascendido al público la causa de su muerte. Díjose casi desde el principio, y repítese generalmente como cosa cierta, que algunos días antes de haber ocurrido estos casos, existía en el mismo barrio de San Lázaro un barracón de negros recién introducidos de África, y que casi todos murieron infestados del cólera. Este hecho, y la coincidencia de haber estallado la epidemia por el mismo punto donde se hallaban aquellos africanos, dio origen al rumor popular de que estos infelices habían sido los introductores de tan cruel enfermedad. Si acerca de este punto se han hecho las indagaciones necesarias, confieso que han sido tan secretas, que, a pesar de mis esfuerzos por saber qué pasos se dieron, y cuáles fueron sus resultados, me hallo en tan completa ignorancia como los demás habitantes de La Habana. Véome, pues, reducido a buscar la verdad en otras fuentes, y valiéndome para encontrarla de los sanos principios de la crítica, mis conjeturas, aunque destituidas del prestigio que pudiera darles el nombre de la autoridad, no por eso tendrán menos fuerza, pues que van grabadas con el sello de la imparcialidad y la razón.

¿De dónde vino el cólera a La Habana? ¿Fue traído de África o de los Estados Unidos? Éstas son preguntas que todos se hacen, pero que se responden con variedad, pues unos dicen que del primer punto, y otros que del segundo. Ilustremos la materia, y tratemos de fijar la opinión pública.

Yo no creo que el cólera fue introducido de África. Que existiese un barracón de negros apesados, es un rumor popular; y aun cuando no quedase duda alguna en esto, todavía se ignora, si la peste fue el cólera y otra enfermedad de las que comúnmente padecen los africanos, pues muchas veces hemos visto arribar a nuestras costas cargamentos apesados, y morir gran parte de ellos. Admitase que fuese el cólera: aun resta probar que lo hubiesen importado los negros, porque es muy factible que lo contrajesen después de su desembarco, máxime cuando su naturaleza enflaquecida y postrada con las privaciones y crueldades que sufren en la navegación, se halla altamente predispuesta para adquirir el mal.

Poco importa decir, que no existiendo entonces ningún caso de cólera, sería imposible que se hubiese presentado en ellos; porque, en primer lugar, ¿quién responde de que antes de haberse difundido la falta nueva de su existencia entre nosotros, no hubiese estado oculto por algunos días sacrificando en silencio esta o aquella víctima? ¿No sucedió así en Nueva York, donde habiendo ocurrido los primeros casos desde el 27 de junio, estuvo el pueblo en completa ignorancia de la aparición del mal hasta el 3 de julio? Y si esto sucede en países donde se aguardaba de

un día a otro la llegada de tan formidable enemigo, y donde la publicidad es el elemento de sus acciones, ¿qué no sería de un pueblo que muchos consideraban exento de todo peligro, y en donde se ha contraído el funesto hábito de hacer un misterio aun de las cosas más sencillas? Es verdad, que durante la epidemia llegaron a las costas de la jurisdicción de La Habana algunos cargamentos de negros que perecieron a pocos días de haber desembarcado; pero nunca debe olvidarse, que en nuestro suelo fue donde contrajeron la enfermedad, y que como los atacaba con violencia, formaban un foco de contagio que reagrandando el mal en los puntos donde se hallaban, iban sucesivamente difundiéndolo por los lugares de su tránsito. De aquí los justos temores de los habitantes del campo a los contrabandos de negros, y de aquí también la resistencia que algunas veces opusieron a su desembarco. Resistencia digna de elogio, y que ojalá siempre se hiciera, pues con ella no sólo aseguraríamos a la patria un sólido porvenir, sino que lavaríamos el pecado que nos envilece a los ojos del mundo.

Si estas consideraciones no bastan, téngase presente, que el cólera no ha visitado todavía las costas africanas del lado del Atlántico. Apareció en Egipto en 1831; extendiose hasta las playas del Mediterráneo; pero no sabemos que se hubiese internado. Quizás atravesaría los desiertos, e invadiría las regiones centrales; pero si vive en ellas, aún no se había presentado a principios de este año en la colonia de Sierra Leona, en Liberia ni en las demás partes de las costas occidentales. Si a estas noticias se agrega el hecho positivo, de que posteriormente han llegado sanos, varios cargamentos que han salido de distintos puntos del África, se acabará de conocer, que los tristes africanos no han sido los introductores del cólera morbo en Cuba.

Yo creo firmemente que nos vino de nuestros vecinos los norteamericanos. Siguen algunos la opinión contraria, y fúndanse, en que habiendo aparecido el cólera en La Habana a fines de febrero, y no existiendo ya entonces en los Estados Unidos, imposible era que nos fuese de allí introducido. Que no existía, así esfuerzan su argumento, consta de un oficio en que el señor Cónsul General de España cerca de aquella república, participó la cesación del cólera en ella. Para responder con exactitud, transcribiré las palabras del acta de la Junta de Sanidad de La Habana del 26 de enero de este año (1833), en que se dio cuenta de ese oficio, y la que se publicó en el *Diario del Gobierno* del 2 de febrero.

“Por último se dio lectura a dos oficios, uno del señor Cónsul General de los Estados Unidos de América, en que noticiaba a S.S. que en ningún puerto de aquella república existía ya la enfermedad del cólera epidémico, ni otra alguna contagiosa; y que el rumor que había corrido de haberse introducido en Móvila, no ha sido confirmado, y creía que carecía de fundamento”.

Lo que de esto únicamente se infiere, según el Cónsul General, es que ya el cólera había cesado en los *puertos* de aquella nación; pero como los puertos no son más que una parte de ella, es muy mala consecuencia el inferir que también hubiese cesado en todos los Estados Unidos. Y ni aun su lenguaje es decisivo, respecto de todos los puertos, porque no se desmiente el rumor del cólera en Móbila, sino que se limita a manifestar, que “*no había sido confirmado, y creía que carecía de fundamento*”. Pero dese al testigo del señor Cónsul toda la interpretación que se quiera: eso nada vale contra la terrible verdad de que el cólera, desde que invadió en Norteamérica en junio de 1832, ha permanecido en él hasta la fecha. He aquí las pruebas de esta aserción:

El Correo Semanal e Investigador de Nueva York en el número correspondiente a la semana que corrió desde el 17 hasta el 23 de febrero de 1833, inserta una noticia sacada de la *Gaceta de Quebec* del mismo mes. Tales son sus palabras: “La *Gaceta de Quebec* dice, que no hay duda en que la semana anterior ocurrieron en Montreal varios casos de cólera, de los que dos o tres fueron fatales. La experiencia y el carácter de la persona que ha dado la noticia como asunto de deber público, es digno de todo crédito. A la verdad que no es nada improbable ni extraño que la enfermedad reaparezca aquí, como en otros países, y así en el invierno del Canadá, como en el de Moscú”. Tenemos, pues, el gran dato de que en una ciudad fronteriza a los Estados Unidos resucitó el cólera en medio de los fríos más rigurosos; y como en aquella estación está helado el río San Lorenzo, que es el único que abre a Montreal su comunicación con el mar, es forzoso concluir que las mal ahogadas semillas del contagio se conservaban todavía, o en el mismo Canadá a que pertenece aquella ciudad, o en la república de los Estados Unidos. Pero esto, se dirá, da una conjetura, mas, no un hecho convincente de su existencia en ellos, que es lo que nos interesa saber. Pues véase aquí probado lo que se quiere negar:

En la misma acta ya citada, de la Junta de Sanidad de La Habana, y que se publicó, como he dicho, en el *Diario* del 2 de febrero, se dice lo siguiente: “Se leyó por el vice-secretario el oficio del señor Cónsul General de España en los Estados Unidos de América dirigido al Excmo. señor Presidente, participándole que había llegado a su noticia haber muerto en la ciudad de Boston el 1º de diciembre 19 personas del cólera maligno, como igualmente que aún no se había extinguido esta epidemia en Nueva Orleáns?”

En el mismo *Correo Semanal e Investigador de Nueva York*, se publicó el siguiente anuncio: “sentimos saber, que esta terrible enfermedad [el cólera] *todavía se prolonga en los Estados del Oeste*. En Nashville, en el Estado de Tennessee, ocurrieron *nueve* casos el día 21 de enero; y en la semana anterior, la Junta de Sanidad de aquella ciudad dio parte

de diez casos, y seis muertos". Yo llamo muy particularmente la atención sobre las palabras *todavía se prolonga*. Esto dice claramente, no que la enfermedad hubiese desaparecido y presentándose de nuevo en los Estados del Oeste, sino que desde su invasión hasta las últimas fechas había permanecido en ellos. Ni se crea que el cólera de Nashville se redujo a ocho o diez días en que hubiesen ocurrido algunos casos sueltos, sino que alargó su duración, pues todo lo que nos dicen las gacetas de Nueva Orleáns, es, que el 11 de febrero iba cediendo. Otros periódicos de los Estados Unidos anunciaron también desde principios de marzo, que en el mismo Tennessee, en el distrito de Gallatin, se habían presentado varios casos de cólera.

El que existía en Attacapas, se fue desenvolviendo, y después de haber tomado un aspecto serio en Franklin, todavía el *Boletín de Nueva Orleáns* del 22 de marzo nos asegura, que *continuaba sus destrozos* en las parroquias de San Martín y Santa María. Finalmente, la fragata *Cincinnati* que salió de Nueva York para Nueva Orleáns a principios de febrero, fue invadida del cólera a los cuatro días de su salida, y el 11 y el 12 de aquel mes tuvo diez marineros enfermos. Estos hechos reunidos en la reaparición del cólera en Nueva Orleáns y a los estragos que está causando en varios puntos de aquel Estado, bastan para probar que desde junio del año pasado en que entró en el Norte de América, hasta la fecha en que escribo esta carta, el formidable azote del siglo XIX no ha salido de aquel vasto territorio. Y al contemplar las continuas comunicaciones que tenemos con los Estados Unidos, y la existencia del cólera, no sólo en las fronteras del Norte, sino en las costas de la Luisiana, ¿habrá quien pueda negar que nos vino de aquellos países?

No faltará quien lo niegue; y para ello preguntarán, ¿dónde está el buque apestado que de allí entró? Como ya no había cuarentenas, no se pudo saber cuál fue; pero es una verdad, que en un barco procedente de Portland, de Newport, o de Boston, murió después de su arribo a La Habana, un marinero atacado de cólera la semana antes de haber estallado aquí. Bien conozco que contra esto se podrá decir: 1º que no habiendo cólera en aquellas tres ciudades, mal podría introducirlo ningún buque procedente de alguna de ellas; y 2º que la navegación por corta que se suponga, será de 10 o 12 días, en cuyo tiempo hubiera debido aparecer el cólera a bordo, y no después de tan largo término.

En cuanto a lo primero, hay quien crea que en Portland, existían entonces algunos casos de cólera. De Boston ya se ha visto, que el 4 de diciembre murieron 19 personas; y es muy probable que en enero y principios de febrero hubiese todavía algunos casos. Si el buque, pues, salió de alguno de los puertos apestados, ya queda, sino destruido, por lo menos muy debilitado el primer argumento; pero como no sé fijamente si partió de Portland, de Boston o de Newport, me desentenderé de

esta razón, y avanzaré por otro lado. Para que un buque pueda llevar el cólera a un país, ¿es necesario que el puerto de donde sale, esté actualmente apestado durante la epidemia, y sólo en estos últimos días es cuando muy efectos que se envían? ¿No puede tocar en algún paraje donde exista o haya existido el mal, y tomar allí su germen? ¿No puede contraerlo aun en alta mar, poniéndose en comunicación con otra nave que encuentre? ¿No acabo de citar el ejemplo de la fragata *Cincinnati* que salió en febrero de Nueva York para Nueva Orleáns, y en la navegación se declaró el cólera? ¿Pero existía entonces en Nueva York? Dios nos libre de responder por la afirmativa; y no quedándonos más recurso, confesemos a nuestro pesar, que un buque puede introducir el cólera en un país, sin que el puerto de donde procede, se halle apestado al tiempo de su salida.

En cuanto a lo segundo, esto es, que siendo 10 o 12 días el término más corto de la navegación de aquellos puntos a La Habana, el cólera debió de haberse declarado a bordo; es muy fácil responder: 1º Que bien pudo haberse declarado, manteniéndose oculto por la falta de cuarentena, y haberse presentado después en el puerto el nuevo caso de que llevo hecha mención. 2º Que si este mismo caso, a pesar de haber ocurrido entre nosotros, permaneció ignorado durante la epidemia, y sólo en estos últimos días es cuando muy pocas personas han tenido conocimiento de él, ¿con cuánta más razón no estaría oculto lo que pudo pasar en alta mar, y cuando habría interés en esconder esos mismos sucesos? 3º Que habiendo manifestado en las páginas anteriores de esta carta, que el hombre puede llevar consigo el germen del cólera por más de 25 días, sin atacarle los primeros síntomas, debe, desde luego, cesar la imposibilidad que se quiere suponer con una navegación de 10, 15 o 20 días.

Pero no valgan las razones que he expuesto; y aun créase, si se quiere, que el marinero, lejos de ser el introductor de la peste, la contrajo en esta ciudad: todavía no se infiere de aquí, que ella hubiese dejado de venir de los Estados Unidos.

¿No pudo entrar en nuestro territorio por medio de los efectos mercantiles? Sin haber aparecido ningún enfermo a bordo de los buques, que de los países vecinos ya apestados llegaron a varios pueblos del Asia, el cólera los invadió. Así se introdujo en las islas de Ceilán, Sumatra, Java, Penang, Singapore, las Molucas, Luzón, Ormus, Kirmé, y algunos puntos del continente. ¿Habría, pues, quien niegue entre nosotros, que se pudo introducir del mismo modo? Esto sería el colmo de la obstinación. Cuando se reflexiona que jamás el cólera ha atacado ningún país, sin que éste haya tenido antes relaciones con otro apestado; cuando se reflexiona que antes y al tiempo de aparecer en La Habana, existía en algunos puntos de los Estados Unidos, y que varios de éstos, como es el de la Luisiana, no sólo se hallan a muy corta distancia de esta capital,

sino que tienen con ella continuas comunicaciones; cuando se reflexiona que, a pesar de tan activo comercio, nos preservamos de la epidemia, mientras se guardaron las cuarentenas, y que nos vimos asaltados por ella, luego que se suspendieron; cuando se reflexiona, en fin, que el pueblo de Matamoros situado en las costas del golfo de Méjico, y que tiene relaciones mercantiles con los norteamericanos, pero ninguna con la costa de África, ha sido también invadido y experimentado muchos estragos, y que el mal ha reaparecido en Nueva Orleáns y otros pueblos de la Luisiana; es necesario confesar, que la irrupción del cólera en la isla de Cuba trae su origen de los Estados Unidos de Norteamérica.

Introducido ya el cólera en La Habana, su propagación fue gradual, pues no tomó un carácter formidable hasta el 3 de marzo en que se enterraron 56 cadáveres en el Cementerio General. A nuestros médicos cupo el honor de conocer la enfermedad desde los primeros casos que se les presentaron, y más felices en su pronóstico que los facultativos de otros países, dieron una alarma oportuna para que los habitantes se preparasen. Aunque en los primeros días gran parte del pueblo no creyese en la existencia del cólera, nunca atribuyó las muertes casi repentinas que ocurrían a la maldad de algún envenenador, ni al influjo de causas siniestras. La Habana, afortunadamente, no ha visto en su seno los tumultos populares que agitaron a San Petersburgo en los días aciagos del cólera, ni tampoco las sangrientas escenas que deshonraron a París, asesinando en las calles a los inocentes que la furia popular designaba como autores de sus desgracias. No, nuestro pueblo ha sufrido en silencio los horrores de la epidemia más destructora que se encuentra en sus anales; y cuando el número de víctimas que diariamente espiraban, llevaron al corazón de todos el triste convencimiento de que el cólera nos había invadido, levantó con resignación los ojos al cielo, y adorando los decretos de la Providencia, unos buscaron asilo en los pueblos y campos vecinos, y otros esperaron la muerte sentados en sus hogares. Cuando se apagó el incendio que devora las fértiles regiones de esta Isla sin ventura; cuando las noticias que puedan reunirse, prestaren material para trazar el cuadro de nuestras desgracias, quizás entonces escribiré una página que agregada al pequeño volumen de nuestra historia, consignará a la posteridad la justa alabanza de las buenas acciones y la severa reprobación de las malas. Entretanto, mi pluma se limitará más bien a dar un bosquejo, que no una noticia completa de los estragos del cólera en La Habana y en algunos de los parajes ya invadidos.

Mortandad en La Habana, ocasionada por el cólera en 1833

Los datos acerca de la mortandad de La Habana se derivan de tres fuentes: 1º de los estados de los comisarios de barrio intramuros, y de

los capitanes de partido extramuros; 2º de los asientos y cartas de oficio de las parroquias; 3º de los cementerios. Comparando estas noticias, se halla una diferencia muy notable en los resultados; pero entre todas, las que más se aproximan a la verdad, son las de los cementerios. Al principio puse gran empeño en recoger los estados de los comisarios; mas, cuando tuve en mi poder nueve de los 16 barrios en que está dividida la parte intramuros de La Habana, y vi que solamente elevaban la mortandad a 688 personas, conocí que estaba perdiendo el tiempo, y que debía ocurrir a otras fuentes. Los estados de las tres capitanías principales de partido de la población extramuros, aunque no representan toda la mortandad que hubo en ellos, merecen, sin embargo, alguna consideración; y así me parece conveniente insertarlos aquí.

Partido de San Lázaro desde el 25 de febrero hasta el 15 de abril

Totales	Blancos		Pardos y morenos libres		Pardos y morenos esclavos		Negros emancipados		Total general
	Varones	Hembras	Varones	Hembras	Varones	Hembras	Varones	Hembras	
	251	191	102	141	264	159	46	13	
	442		243		423		59		1 167

Como éste fue el barrio donde el cólera se desenvolvió primero, es importante saber la marcha que siguió en los primeros días.

<u>Días</u>	<u>Muertos</u>	<u>Días</u>	<u>Muertos</u>
Febrero 25	2	Marzo 1	12
26	0	2	8
27	2	3	10
28	4	4	17
.....		5	23

La mayor mortandad del barrio de San Lázaro fue el día 22 de marzo, y llegó a 60.

Partido de Guadalupe desde el 3 de marzo hasta el 27 de abril

	<u>Blancos</u>	<u>Pardos</u>	<u>Moreno</u>	<u>Total</u>
Adultos	175	64	642	881
Párvulos	123	34	116	273
	298	98	758	1 154

La mortandad mayor de Guadalupe fue el 23 de marzo en que ascendió a 97.

Como los dos barrios o partidos de San Lázaro y Guadalupe componen la parroquia de la Salud, resulta, que atendiendo a los dos estados anteriores, la mortandad que hubo en ella, fue de 2 324: pero con la notable diferencia, que siendo casi iguales los números que indican los muertos de cada uno de los dos barrios, pues que solamente varían en 13, y computándose la población de San Lázaro en un tercio menos que la de Guadalupe, ya se conoce cuán atrozmente ha sido castigado aquel barrio.

Jesús María desde 1º de marzo hasta 21 de abril

	<u>Blancos</u>	<u>Pardos</u>	<u>Moreno</u>	<u>Total</u>
Adultos	209	73	613	895
Párvulos	102	32	114	248
	<u>311</u>	<u>105</u>	<u>727</u>	<u>1 143</u>

La mortandad que consta de los asientos y cartas de oficio parroquiales, está muy lejos de la *verdad*; porque, habiéndose dado sepultura a muchos centenares de cadáveres sin participarlo a las parroquias respectivas, en éstas solamente aparece un resultado parcial, siendo, por consiguiente, erróneos cuantos cálculos se formen sobre bases tan falibles. Esto no obstante, incluyo un estado de las parroquias, el cual deberá considerarse más bien como una noticia curiosa, que como un resumen de la mortandad.

	<i>Blancos</i>		<i>Libres de color</i>		<i>Esclavos</i>		<i>Total general</i>
	<i>Varo-nes</i>	<i>Hem-bras</i>	<i>Varo-nes</i>	<i>Hem-bras</i>	<i>Varo-nes</i>	<i>Hem-bras</i>	
Catedral desde 3 de marzo hasta 17 de abril inclusive..	66	32	25	36	136	71	366
Santo Ángel desde 1º de marzo hasta 13 de abril inclusive.....	39	38	48	104	47	60	336
Santo Cristo desde 3 de marzo hasta 16 de abril.....	42	53	56	86	100	88	425
Espíritu Santo desde 28 de febrero hasta 19 de abril inclusive.....	81	127	68	204	130	158	768
Jesús María desde 1º de marzo hasta 20 de abril.....	153	185	231	388	123	116	1 196
Guadalupe desde 25 de febrero hasta 22 de abril inclusive ¹³	485	422	383	477	456	297	2 520
Cerro desde 4 de marzo hasta 18 de abril ¹⁴	30	16	94	4	127	9	280
Jesús del Monte desde 4 de marzo hasta 14 de abril	39	30	13	12	53	17	164
Ntra. Sra. del Pilar desde 3 de marzo hasta 24 de abril inclusive.....	87	122	55	106	67	49	486
	1 022	1 025	973	1 417	1 239	865	6 541
Totales generales.....	2 047		2 390		2 104		6 541

Los días de mayor mortandad que hubo en las parroquias según sus libros, fueron:

	<i>Días</i>	<i>Muertos</i>
Catedral	29 de marzo	29
Santo Ángel	28 «	40
Espíritu Santo	18 «	46
Santo Cristo	27 «	44
La Salud	22 «	157
Jesús María	27 «	78

13 Del total de esta parroquia se ha deducido un corto número de personas que se sabe murieron de otras enfermedades.

14 El gran número de gente de color que aparece en la parroquia del Cerro, proviene de que allí se tomó razón de los negros muertos en el depósito de la Junta de Fomento, los cuales ascendieron a 124 desde el 4 de marzo que fue cuando estalló allí la enfermedad, hasta el 13 de abril.

Cerro y Jesús del Monte	19	«	21
Nuestra Señora del Pilar	19	«	33

Si estos resultados fueran exactos, o por lo menos discrepases poco de la verdad, yo haría con gusto algunas comparaciones; pero cuando a estas cifras es preciso añadir algunos centenares, que por la incertidumbre de las clases que representan, vienen a trastornar todos los cálculos, ¿qué será de las operaciones aritméticas que se funden en elementos tan inciertos? Yo podría formar una serie de columnas llenas de guarismos que aparentasen exactitud matemática; pero cuando se acercase a examinarlas un hombre de buen sentido, al instante me diría: “*En vano trabajaste, tus cálculos son absurdos*”. Pasemos, pues, a los cementerios, que son, sin duda, los que más se aproximan a la verdad.

Cementerio general desde el 25 de febrero hasta el 20 de abril

Días	Blancos		De color		Total general
	Adultos	Párvulos	Adultos	Párvulos	
Feb. 25	8	3	5	5	21
26	5	3	6	3	17
27	4	2	5	1	12
28	9	1	24	3	37
Marzo 1	7	1	20	7	35
2	6	«	13	2	24
3	11	2	40	3	56
4	12	4	51	3	70
5	24	6	50	5	85
6	27	10	56	13	106
7	15	8	79	8	110
8	20	6	86	5	117
9	31	7	90	12	140
10	38	6	84	8	136
11	36	8	129		179
12	32	6	87	12	137
13	39	6	103	11	159
14	33	8	89	10	140
15	32	13	146	14	205
16	38	10	111	16	175
17	39	16	112	9	176
18	47	28	171	18	264
19	44	24	160	17	245
20	38	16	156	17	227

222\ OBRAS

	21	34	24	115	26	199
	22	78	27	209	19	333
	23	60	22	215	17	314
	24	57	20	162	43	252
	25	54	20	165	22	261
	26	72	39	183	30	324
	27	46	21	102	12	181
	28	59	19	82	15	175
	29	30	14	53	16	110
	30	31	5	51	12	99
	31	17	8	23	9	57
Abril	1	25	8	23	4	60
	2	16	6	23	6	51
	3	12	2	17	7	38
	4	12	5	14	2	33
	5	10	1	5	6	22
	6	10	6	12	3	31
	7	6	2	7	5	20
	8	6	4	2	4	16
	9	10	6	7	3	26
	10	3	3	3	2	11
	11	5	3	8	2	18
	12	8	5	11	7	31
	13	1	4	14	3	22
	14	7	3	14	3	27
	15	7	3	10	4	24
	16	4	3	11	4	22
	17	4	«	7	2	13
	18	6	«	3	2	11
	19	6	5	4	2	17
	20	2	5	8	3	18
		<hr/>	<hr/>	<hr/>	<hr/>	<hr/>
Totales	1 293	484	3 436	473	5 686	

Corren por la ciudad algunos estados manuscritos de la mortandad del Cementerio General que no concuerdan con éste; mas, yo le doy la preferencia: 1º porque cualquiera que se tome el trabajo de examinar aquello, encontrará algunas veces que la suma total de la mortandad diaria no conviene con las distintas partidas que la componen; y 2º porque la mayor discrepancia entre mi estado y los otros se halla en los últimos días de febrero, días en que, como todos saben, empezó el cólera, y en que fueron muy raros los que murieron de él. El 25 solamente murieron dos en el barrio de San Lázaro: el 26 ninguno, y no

puede decirse que perecieron en otra parte, porque el cólera aún no había salido de aquel recinto. El 28 ya ocurrieron más casos; pero nunca para exagerar tanto la mortandad. En fuerza de estas razones, ¿cómo podrá creer que el 25 de febrero se enterraron en el Cementerio General 31 cadáveres; el 26, 69; el 27, 28; y el 28, 81, que es cabalmente la mortandad que señalan aquellos estados? El que aquí inserto, es copia fiel del que conserva el capellán de aquel lugar, quien habiendo permanecido en él durante toda la epidemia, tuvo por estas circunstancias y por el ejercicio de sus funciones, la mejor ocasión de adquirir noticias exactas.

La Marina perdió 63 hombres. De estos, 45 murieron en el pontón Teresa, se enterraron en su cementerio particular. Los 18 restantes, que expiraron en el hospital de San Ambrosio, fueron sepultados en el Cementerio General.

Estado general de los cadáveres enterrados en el cementerio de los Molinos del Rey desde el 27 de marzo hasta el 11 de abril inclusive

Días	Blancos				De color				Total general
	Adultos varones	Id. hembras							
Marzo 27	32	«	6	«	100	«	15	«	153
28	38	«	18	«	134	«	16	«	206
29	27	15	15	12	62	31	11	8	181
30	6	14	4	8	35	47	8	12	134
31	19	14	6	10	51	35	5	7	147
Abril 1	15	15	8	6	28	30	13	7	122
2	14	13	8	7	22	31	6	4	105
3	13	12	9	5	11	27	4	4	85
4	5	3	8	3	10	16	3	2	50
5	5	11	5	8	13	20	5	3	70
6	8	10	3	2	13	17	10	5	68
7	2	3	3	3	10	16	3	8	42
8	6	1	2	4	4	8	2	3	30
9	3	3	4	2	6	13	2	4	37
10	3	«	«	«	3	4	1	«	11
11	3	«	1	«	6	«	«	«	10
Totales	199	114	100	70	508	295	104	61	1 451

El 18 de marzo se abrió en el Arsenal un hospital para hombres. La mortandad empezó el 20 de aquel mes, y cesó el 19 de abril inclusive. El total ascendió a 62 blancos, 67 libres de color, y 105 esclavos; es decir, a 234. De este número se enterraron, unos en el Cementerio de la Marina, desde el 20 hasta el 24 de marzo; otros se quemaron desde el 25 hasta el 30; y otros se sepultaron en el Cementerio General o en los Molinos desde el 31 hasta el 19 de abril. Hallándose los cadáveres que

vinieron a éstos, incluso en los estados anteriores, se deben rebajar del total, y como ascienden a 52, los 182 restantes forman un nuevo estado que contribuye a aumentar la mortandad. Helo aquí:

	<i>Libres de</i>			
	<i>Blancos</i>	<i>color</i>	<i>Esclavos</i>	<i>Total</i>
	—	—	—	—
Sepultados en el Cementerio de Marina desde el 20 hasta el 24 de marzo	47	22	37	76
Quemados desde el 25 hasta el 30 de marzo	29	31	46	106
Totales	46	53	83	182

En Casa Blanca se hizo un cementerio para los que allí muriesen, y desde el 17 de marzo en que se abrió hasta el 17 de abril, día en que se hizo en este mes el último entierro, hubo 14 blancos y 38 de color, formando el total de 54.

En el cementerio del Cerro no sólo se sepultan los cadáveres de esta parroquia, sino también los de la del Pilar; y así los estados de él, como los de Jesús del Monte, concuerdan con los asientos de las parroquias respectivas. Mas, es preciso confesar, que ni aquéllos ni éstos dan una noticia exacta de la mortandad en los días de la epidemia, ya porque muchos cadáveres no fueron llevados a los cementerios, ya porque otros fueron enterrados sin haberse podido tomar constancia de su muerte. No habiendo, pues, diferencia alguna entre los asientos de estas tres parroquias y los de sus dos cementerios, no repetiré lo que he dicho en el estado general de aquéllas.

Haciendo un resumen por colores de toda la mortandad de La Habana, según los estados de los cementerios, se obtiene el siguiente resultado:

	<i>Blancos</i>	<i>De color</i>	<i>Total</i>
	—	—	—
Cementerio general	1 777	3 999	5 686
Molinos	483	968	1 451
Cementerio de Marina, los del pontón Teresa	15	«	45
En el mismo cementerio, parte de los muertos del hospital del Arsenal	47	59	76

Quemados del mismo hospital	29	77	106
Casa Blanca	13	38	51
Cementerio del Cerro	255	511	766
Jesús del Monte	69	95	164
	<hr/>	<hr/>	<hr/>
	2 658	5 657	8 345

Pero esta suma no da todavía la verdadera mortandad de La Habana. Los centenares de cadáveres que durante muchos días se llevaron al Cementerio General, no daban tiempo para contarlos, así fue, que las guardias que día y noche velaban a la puerta de aquel recinto, recibían los muertos según las papeletas que les entregaban; y como muchas veces, a los carretones ya cargados de cadáveres se les echasen algunos nuevos sin el requisito de la papeleta; he aquí que necesariamente hubo algunas omisiones; y no temo incurrir en ningún exceso, si las computo en 100. Ya he dicho, que en los cementerios de las parroquias del Pilar, Cerro, y Jesús del Monte, tampoco se pudo tomar razón de todos los muertos; y allí, sin duda, el número fue proporcionalmente mayor, pues hubo día de aparecer diez cadáveres arrojados al cementerio del Cerro, y a los que se dio sepultura, sin haberse asentado en los libros. Para corregir, pues, estas omisiones, añadiré solamente, por un cálculo bajo, el número de 50, que viene a ser un poco más del 5 % sobre el total que aparece de los estados de aquellas tres parroquias: y si reunimos esta cantidad a la anterior de 100, el gran total se elevará a 8 465.

Aún es preciso hacer otra consideración. Durante la epidemia salieron de La Habana millares de personas, cuyo número no me atreveré a fijar, por ser materia muy incierta; y como éstas se sustrajesen del influjo de la epidemia en la capital, claro es, que recayendo entonces su acción destructora sobre menor número de individuos, sus víctimas ya no pudieron ser tantas, como si todos los vecinos de esta ciudad hubiesen permanecido en ella. Si se pudiera saber cuántos se ausentaron, sería muy fácil llegar a un resultado exacto, rebajando aquel número del total de la población y estableciendo después las proporciones entre los restantes y la mortandad general. Mas, ya que esto no es dable, es preciso llenar este vacío del modo que se pueda; y creo que en parte se logrará, haciendo una distinción entre *mortandad en La Habana*, y *mortandad de los vecinos de La Habana*. Me explicaré.

Por mortandad *en La Habana*, quiero decir, la que ha habido en la misma ciudad, limitando su población a las personas que permanecieron en ella, durante la epidemia: y por mortandad *de los vecinos de La Habana*, aquella que no sólo comprende a los que se quedaron en ella, sino a los que salieron a los campos y pueblos inmediatos. Porque a la verdad, si alguno de éstos ha muerto del cólera, aunque fuera de la capital, ¿deja ésta por eso de haber perdido una parte de los individuos que

componían su población? Si no se hubiesen ausentado de ella, es innegable que hubiera perecido mayor número; porque Guanabacoa, que fue el asilo general de las familias de La Habana, no sufrió, proporcionalmente hablando, tantos estragos como la capital. Además de que es bien sabido, que muchas personas que contrajeron el cólera en ella, fueron a exhalar el último suspiro a Guanabacoa. Lo único que resta averiguar, es el número de personas que murieron fuera de La Habana, y, por fortuna, aquella villa nos ofrece un dato muy importante, pues habiéndose tenido el cuidado de clasificar los muertos de su población y los de otros puntos que se refugiaron a ella, se encuentra en el estado general de su mortandad desde el 11 de marzo hasta el 8 de mayo una partida de 127, perteneciente a los que no eran vecinos suyos; y muy bien puede suponerse, que casi todos eran de La Habana. Si a este número se agregan algunas personas que también murieron en los pueblos y campos a donde huyeron, no se exagera nada en decir, que más de 150 habitantes de La Habana perecieron fuera de ella en los días de la epidemia, resulta, pues, que desde el 25 de febrero hasta el 22 de abril, La Habana perdió 8 615 personas.

Según el censo de 1827, La Habana, entendiendo por tal la parte intramuros, Casa Blanca, La Salud, San Lázaro, Jesús María, Horcón, Cerro y Jesús del Monte, tenía 92 225 almas de población permanente, dividida en 44 087 blancos, y 48 138 de color. Comparando la población blanca con los muertos blancos, resulta una pérdida de 6,2 %.

La población de color con los muertos de color da 11,7 %.

El total de la población con el total de muertos, ascendente a 8 315, da 9,01 %.

Mas, como aquel censo computa la guarnición y los transeúntes en 18 000, y en la mortandad general no se ha hecho deducción de ellos, es preciso agregar esta cantidad a la población permanente para elevar el total a 110 225, que comparado con los 8 315 muertos, da una pérdida de 7,5 %.

Pero el número 8 315 no da el total de los vecinos de La Habana que perecieron durante la epidemia: es preciso agregarle los 150 cadáveres en que computo las omisiones del Cementerio General, del Pilar, Cerro y Jesús del Monte, y los 150 que murieron fuera de La Habana. Estas dos partidas reunidas a la primera, forman la suma de 8 645, que comparada con los 110 225 de población, da 7,8 %.

Tal es el resultado que se saca, suponiendo que el censo de 1827 represente la verdadera población de La Habana; pero con el respeto debido a la autoridad que le mandó formar, y con una justa consideración a las personas que se encargaron de reunir sus materiales, séame permitido disentir de las cifras que contiene, y elevar la población de La Habana por un cálculo prudente a 120 000 almas. Según este cómputo, la mortandad general de 8 315, viene a ser de 6,9 %, y la de 8 613, de 7,1 %.

No se crea, empero, que todos los muertos que indican estos números, han sido sacrificados por el cólera. Perdido entre nosotros el dato precioso de los casos de esta enfermedad, no sabemos cuántas fueron las personas invadidas, ni tampoco las que murieron. Así es, que en los censos necrológicos aparecen confundidos los cadáveres del cólera con los de otras enfermedades. ¿Y será posible entresacar aquéllos de éstos, y formar un estado, que contenga solamente la mortandad causada por el cólera? Veamos si podemos acercarnos a la verdad en asunto tan complicado.

La mortandad media en La Habana en los cinco años anteriores, contando solamente con el Cementerio General desde el 25 de febrero hasta el 20 de abril, y con la parroquia del Pilar desde el 3 de marzo hasta el 22 de abril inclusive, se computa en 680. Rebajando este número de la mortandad causada por la epidemia, el total queda reducido a 7 935. Esta disminución sería mayor, si se hubiese incluido también la mortandad media de las parroquias del Cerro y Jesús del Monte en el quinquenio anterior; pero como es de poca consideración, no altera mucho los resultados.

Aunque estos números tuviesen toda la exactitud posible, caeríamos, por otra parte, en un escollo insuperable. Cuando el cólera invade con fuerza, muchas de las enfermedades ordinarias degeneran en ella; de manera, que la mortandad media de un país, ya no puede servir para trazar la línea divisoria entre los muertos de la epidemia reinante y los de las enfermedades comunes.

Complicanse más los datos si se reflexiona, que la degeneración de éstas, a veces es mayor; y a veces menor, pues no es tan cierto, como generalmente se cree, que cuando reina el cólera, casi todos los enfermos mueren al fin de ella, aunque hayan sido otros los principios de las dolencias. En París hubo día de fallecer de enfermedades ordinarias el mismo número de gente que en tiempos comunes. Del 1° al 2 de mayo murieron 38 coléricos y 71 de otros males, que es la mortandad ordinaria de París. Del 2 al 3 hubo 119 cadáveres, y los coléricos no pasaron de 40. En Nueva York, del 28 de julio, mes en que se declaró el cólera, al 4 de agosto en que todavía reinaba con fuerza, murieron 580; de éstos fueron de cólera 383, y los restantes, de otras enfermedades. Del 4 de agosto al 11 del mismo mes hubo 467 muertos, y de ellos 281 de cólera. El obispo Heber en su viaje a la India refiere, que en 1824 y 25, años de su residencia allí, el cólera y las fiebres intermitentes reinaban a un tiempo en aquel vasto territorio. Lo mismo observó en Prusia el doctor Becker de Berlín, según se ha dicho ya en otra parte de esta carta. Finalmente, en la Arabia hacia las costas del mar Rojo, el pueblo sufrió mucho en 1831 del escorbuto, fiebre y cólera morbo que le atacaron simultáneamente.

En medio de la incertidumbre en que nos hallamos para averiguar el número de coléricos que perdió La Habana; y atendiendo, por otra parte, a que los ataques de la epidemia fueron tremendos entre nosotros, y que por la observación de los facultativos, casi todas las enfermedades comunes degeneraron en cólera, me aventuro a decir, que una décima parte de los que mueren ordinariamente, vendría a escapar de la epidemia. Pero antes es menester rebajar de toda mortandad, los cadáveres que positivamente se sabe que fueron coléricos; tales son, los 33 de la Marina, los 183 del hospital provisional de mujeres, los 234 del de hombres en el Arsenal, los 191 de la tropa de línea, y los 124 del depósito de la Junta de Fomento; que es decir, 765. Queda, pues, reducido el gran total de muertos a 7 850; y deduciendo de aquí, por una parte, el décimo en que computo la mortandad causada por las enfermedades ordinarias y añadiendo, por otra, los 765 colérico antes rebajados, sacaremos un total de 7 830 coléricos.

Mas, sea de esto lo que fuere, no se piense que aquí cesó ya la mortandad en La Habana. Los estados que empiezan el 25 de febrero, y acaban del 17 al 22 de abril, solamente representan los estragos del período más calamitoso que sufrimos; pero el cólera todavía no ha desaparecido de entre nosotros. A fines de abril ocurrieron muy pocos casos: en mayo tuvo sus alternativas; y en junio ha continuado con más fuerza que en el mes anterior. Los estados del Cementerio General dan una idea del aumento y declinación del cólera desde que se cantó el *Te Deum* el 20 de abril hasta el 30 de junio.

	<u>Días</u>	<u>Muertos</u>	<u>Días</u>	<u>Muertos</u>
Abril	21	14	4	8
	22	11	5	10
	23	9	6	6
	24	8	7	13
	25	9	8	8
	26	12	9	7
	27	13	10	9
	28	10	11	9
	29	13	12	13
	30	13	13	11
		—	14	12
		112	15	13
		—	16	11
Mayo	1	10	17	7
	2	7	18	10
	3	15	19	11

20	11	9	22
21	11	10	19
22	15	11	16
23	14	12	16
24	20	13	23
25	15	14	14
26	16	15	18
27	18	16	8
28	10	17	23
29	17	18	12
30	17	19	16
31	20	20	24
		21	25
	374	22	28
		23	26
Junio 1	11	24	15
2	10	25	22
3	25	26	14
4	9	27	15
5	7	28	14
6	28	29	14
7	28	30	17
8	22		
			541

En mayo de 1832 se enterraron en el Cementerio General 425 cadáveres, esto es, 51 más que en mayo de este año; y a no haber sido por los casos de cólera que se presentaron, la mortandad habría bajado más, pues disminuida la población, y destruidos por la epidemia casi todos los enfermos y demás gente en quienes se ceban las enfermedades ordinarias, éstas habrían encontrado poco pábulo durante algún tiempo.

En junio de 1832 murieron, según los asientos del Cementerio General, 363; mas, en el mismo mes de este año hay un exceso de 178: consecuencia necesaria de la gran sequía que hemos pasado en la ciudad, de los calores extraordinarios que hemos sufrido, y del incremento que tomó el cólera por estas o por otras causas.

Cuántas sean las nuevas víctimas de esta enfermedad, no se sabe a punto fijo. Desde el 25 de abril al 24 de junio inclusive ha llegado a mi noticia la muerte de 43 personas en la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe. Y si esto ha sido en una sola, ¿qué no será en las demás? Bien podemos decir, que desde el 20 de abril hasta el último de junio han muerto del cólera en toda La Habana, por un cálculo bajo, 250 personas, que agregadas a la mortandad general, forman el total de 8 865; y

comparado con los 92 225 de la población permanente del censo de 1827, da poco más de 9,6 %; con la de 110 225 a que asciende la totalidad de dicho censo, 8,04 %; y con la de 120 000 almas, poco más de 7,3 %.

Aquí tiene usted, amigo mío, la mortandad de La Habana, sino por término fijo, a lo menos muy aproximado a la verdad. Quizás se podrá haber deslizado alguna leve equivocación en estos cálculos; pero si la hubiere, reservo rectificarla en el siguiente número de la *Revista*. Circulan sobre este punto noticias muy exageradas. Citan estados de 11 086 muertos, y aun de 17 585; pero la mortandad que indican, no sólo se refiere a La Habana, sino a varios pueblos y campos de su distrito. Una reflexión muy sencilla basta para salir del error. El estado que contiene los 11 086 muertos, empieza el 25 de febrero y acaba el 30 de abril inclusive. El de los 17 585 empieza también el 25 de febrero, pero acaba el 31 de mayo. Ahora bien: si hasta el 30 de abril solamente habían muerto 1 186, ¿cómo pudo llegar la mortandad en La Habana el último de mayo a más de 17 000, cuando la epidemia perdió sus fuerzas desde abril, y de entonces acá ha sido muy corto el número de muertos en la ciudad?

Mas, antes de soltar de la mano los censos necrológicos de ella, daré a usted algunas breves noticias que considero importantes. Ya he dicho, que los militares sufren gradualmente menos estragos del cólera que otras clases de la sociedad: pues esto también se ha verificado en nuestro suelo. De la tropa de línea que guarnece esta plaza, murieron desde el 25 de febrero hasta el 16 de abril inclusive.

Estado Mayor	7	oficiales	7	
Habana	3	oficiales y	42	de tropa 45
España ¹⁵	1	jefe y	37	ídem
Primero de Cataluña	«	19	ídem
Voluntarios de mérito ...	«	15	ídem
Lanceros del Rey	«	8	ídem
Barcelona	1	oficial	16	ídem
Corona	«	16	ídem
Brigada de Artillería	1	jefe	19	ídem
	13		172	185

Agregando a este número un jefe de milicias de infantería, otro de caballería, y cuatro oficiales del depósito de transeúntes, tenemos un total de 191. Si la tropa de línea de esta plaza se computa en 6 500 hombres, y la comparamos con los 191 muertos, la mortandad que se saca, es de poco más de 2,9 %. Mucho ha influido en este resultado el estable-

15 Es de advertir, que de resultas de un fuego que hubo en la ciudad en los días de la epidemia, este batallón tuvo 49 enfermos, y de ellos murieron 17.

cimiento de hospitales en los cuarteles, y la prolija asistencia que se dispensaba en cada cuerpo a los que eran invadido del mal. La tropa de línea que guarnece La Habana, ofreció en los días calamitosos de la epidemia un rasgo digno de elogio. Excitada por el Excmo. señor gobernador y capitán general D. Mariano Ricafort, puso a disposición de S.E. algunos millares de pesos en calidad de donativo para socorrer a los infelices que perecían por falta de socorro; y La Habana, en medio del luto que la cubría, tuvo el consuelo de ver; que la tropa que se alimentó de la sustancia del pueblo, derramase parte de esta misma sustancia en el seno de sus hijos necesitados. Esta acción generosa honrará siempre al jefe que la promovió, y a los súbditos que la ejecutaron.

La *Casa de Beneficencia* contaba el 1º de marzo de este año 424 personas de todas clases. De las 73 del departamento de niños salieron para sus casas 45, y de los 28 restantes murieron 18. Del departamento de niñas en que había 116, salieron 37, y de las restantes, solamente murieron dos. El de hombres dementes tenía 92, y perecieron 25; y el de mujeres 48, de cuyo número murieron 11. Mortandad extraordinaria: y que no puede atribuirse al terror que el cólera les infundiera. Finalmente, de las 424 personas de este establecimiento, o mejor dicho de las 342 que quedaron dentro de sus muros, perecieron 68.

El hospital de San Lázaro, donde parece que el mal había de causar muchos estragos por la naturaleza de la enfermedad que padecen los leprosos, nos ofrece una prueba demostrativa de todo lo contrario. Cuando el cólera rompió allí, había 126 personas, y de éstas, 102 eran enfermos. Con todo, solamente murieron 12 durante la epidemia, o mejor dicho, del 11 al 29 de marzo; y aun se cree fundadamente, que no todos perecieron de ella. Esto es tanto más de notar, cuanto los leprosos salen a la calle según lo permiten los reglamentos de la casa, y cuando ésta se halla a muy poca distancia del Cementerio General, y al costado de la calle por donde pasaban diariamente centenares de cadáveres.

Por último, amigo mío, cerraré el triste cuadro de la mortandad de La Habana con el estado de los que diariamente se enterraron en todos los cementerios.

Mortandad diaria en todos los cementerios según sus estados¹⁶

	<i>Días</i>	<i>Muertos</i>	<i>Días</i>	<i>Muertos</i>
Febrero	25	21	27	12
	26	17	28	37

16 Aunque la mortandad se extiende hasta el 22 de abril, se advierte que la de este día y la del anterior solamente comprende la de la parroquia de Nuestra Señora del Pilar.

Marzo	1	35	28	435
	2	21	29	325
	3	57	30	261
	4	80	31	224
	5	108	Abril 1	196
	6	118	2	167
	7	131	3	143
	8	120	4	96
	9	156	5	104
	10	160	6	114
	11	216	7	73
	12	174	8	52
	13	193	9	69
	14	153	10	32
	15	241	11	35
	16	202	12	38
	17	208	13	27
	18	296	14	34
	19	303	15	27
	20	267	16	26
	21	260	17	20
	22	388	18	13
	23	376	19	18
	24	326	20	18
	25	303	21	2
	26	396	22	2
	27	389		
				8 315

La máxima mortandad de París, cuya capital cuenta una población de 700 000 a 800 000 almas, fue el 9 de abril, y ascendió a 861. La de Nueva York, con más de 200 000, llegó a 108 el 24 de julio. La de Filadelfia, con más de 160 000, subió solamente a 71 el 6 de agosto. Mas, La Habana, la infeliz Habana enterró el 28 de marzo 435 cadáveres, contando sólo con los estados de los cementerios. Para que se conozca toda la fiereza con que el cólera nos ha invadido, he formado una

Tabla que contiene la mortandad de algunas ciudades de Asia, Europa, África y América

	<i>Población</i>	<i>Casos</i>	<i>Muertos</i>	<i>Por ciento</i>
	-	-	6 000	50
Jessora	-	-	6 000	50
Banda	20 000	-	10 000	50

Benares	582 000	-	15 000	2,5
Erivan	-	-	-	20
Tíflis	-	-	-	20
Manila	150 000	-	14 000	9,7
Basora	-	-	-	30
Bagdad	-	-	-	30
Trípoli	-	-	-	0,5
Shiras	40 000	-	16 000	40
San Petersburgo	448 000	13 152	9 258	2,06
El número de casos respecto de la pobla- ción fue de	-	-	-	2,9
El número de casos respecto de los muertos	-	-	-	70,3
Moscú desde el 16 de septiembre hasta 3 meses después	250 000	8 130	4 385	
Enfermos respecto de la población	-	-	-	3
Muertos respecto de ídem	-	-	-	1,17
Varsovia desde el 12 de abril hasta el 21 de julio de 1831	100 000	4 065	2 144	
Muertos respecto de la población	-	-	-	2,1
Enfermos respecto de los muertos	-	-	-	62
Muertos respecto de los curados	-	-	-	75
.....	-	-	-	13
Lemberg	42 000	4 666	3 230	
Enfermos respecto de la población	-	-	-	11,1
Muertos de ídem	-	-	-	7,6
Konigsberg	60 000	1 714	1 034	
Enfermos respecto de la población	-	-	-	2,8
Muertos de ídem	-	-	-	1,7
Riga	40 000	-	1 538	3,8
Tilsit	9 000	-	219	2,4
Posen	16 000	363	275	

Casos respecto de la población	-	-	-	2,2
Muertos respecto de la población	-	-	-	1,7
Dantzick	60 000	3 333	1 000	
Casos respecto de la población	-	-	-	5,5
Muertos respecto de la población	-	-	-	1,6
Viena	300 000		3 000	1
Amsterdam	200 000	-	800	0,25
París por el cálculo más bajo	700 000	-	21 212	3
Londres	1 474 000	-	3 248	0,2
Cairo	200 000	-	32 000	16
Cairo (según Volney) .	250 000	-	32 000	13
Quebec desde 8 de junio hasta 5 de julio	37 000	-	1 421	3,7
Nueva York desde 3 de julio hasta 17 de agosto	214 000	-	190	0,9

De la tabla anterior aparece, que Banda y Shiras son las ciudades que más han padecido, y Londres, Nueva York, y Amsterdam las que menos. Las razones que he expuesto en las páginas anteriores de esta carta, me hacen desconfiar de los números que indican la mortandad de algunos pueblos del Asia.

Mortandad en varios pueblos y campos de la Isla

De La Habana se difundió el cólera a otros pueblos y campos de la Isla. En Regla se presentó el 12 de marzo, y el 7 de mayo ya habían muerto 258 personas, sin contar con las que han sucumbido después. He aquí el estado de su mortandad:

	Adultos varones	31	
BLANCOS	Ídem hembras	37	
	Párvulos varones	30	112
	Ídem hembras	14	
	Adultos varones	10	
	Ídem hembras	12	

PARDOS	Párvulos varones	3	26
	Ídem hembras	1	
	Adultos varones	52	
	Ídem hembras	58	
MORENOS	Párvulos varones	7	120
	Ídem hembras	3	
			<hr/>
	Total		258

El estado anterior comprende la mortandad desde el 12 de marzo hasta el 7 de mayo en que se declaró oficialmente su cesación; pero como antes de la primera fecha hubo algunos casos, y han ocurrido otros después de la segunda, bien puede computarse el número de muertos en 280.

En Guanabacoa ocurrió el primer caso el 11 de marzo en un negro que el mismo día había llegado de La Habana; y desde entonces hasta el 8 de mayo, en que oficialmente se dijo que había cesado, murieron 474 personas.

Así consta del estado siguiente:

	Adultos varones	60
BLANCOS	Ídem hembras	36
	Párvulos varones	28
	Ídem hembras	10
	Adultos varones	234
	Ídem hembras	82
DE COLOR	Párvulos varones	18
	Ídem hembras	6
		<hr/>
	Total	474

Debo observar: 1º Que como el mal no cesó enteramente el 8 de mayo, sino que continuó por algún tiempo más, la mortandad es mayor. 2º Que del total de 474 se deben rebajar 127 a que ascienden los que de La Habana y otros puntos murieron en Guanabacoa. Hecha esta deducción, todavía la cantidad restando no indica el número de coléricos, pues que no se hizo ninguna diferencia entre éstos y los que murieron de otras enfermedades. Para aproximarse en lo posible a la verdad, debo sustraer también la mortandad ordinaria de Guanabacoa; y como en los dos meses de marzo y abril de los cinco años anteriores, ha sido de 58 por término medio, el total de coléricos muertos es de 289. Suponiendo que Guanabacoa tenga 11 000 almas, resultará que ha perdido 2,6 %.

Pero es preciso considerar, que muchos de los que en tiempos ordinarios mueren de las enfermedades comunes, perecen del cólera en los días de la epidemia, según he dicho respecto de La Habana: así es, que lo menos en que debe computarse la disminución de la mortandad por causas ordinarias, es en $\frac{2}{3}$; y como he fijado en 58 la dicha mortandad de Guanabacoa para los dos meses de marzo y abril, he aquí que el total de muertos de cólera se eleva casi a 328, que respecto de la población dan una pérdida de 2,9. No partiendo estos cálculos de bases fijas, sería ridículo someterlos a una precisión matemática.

De fines de marzo al 20 de mayo, la mortandad de la villa de Güines y sus jurisdicción fue la siguiente:

	Varones adultos	64	
BLANCOS	Ídem párvulos	39	
	Hembras adultas	63	202
	Ídem hembras	36	
	Varones adultos	587	
	Ídem párvulos	82	
DE COLOR	Hembras adultas	278	1 011
	Ídem hembras	64	
	Total		1 213

En la segunda mitad de marzo empezó el cólera en el partido de Managua. El 16, pasó por el pueblo de este nombre para su finca, huyendo de La Habana, el licenciado don Bartolomé Vilá; pero como ya llevaba en su cuerpo las semillas del contagio, pereció el 18 del mismo mes. El 21 se encontró muerto a un esclavo suyo, y sucesivamente murieron otros que se tuvieron por coléricos. Atacado de la enfermedad un individuo que se hallaba en el campo, pasó a curarse a la población; y he aquí que desde entonces se introdujo en ella.

Para no caer en equivocaciones, es preciso advertir, que la jurisdicción eclesiástica del partido de Managua no abraza el mismo territorio que la civil; pero ambas contienen las siguientes fincas:

Potreros	59
Cafetales	4
Ingenios con inclusión de algunos demolinos	9
Estancias	191
	<hr/>
	263

Antes de la aparición del cólera se computaban en todo el partido 1 462 negros, a saber: 976 varones, y 486 hembras. La mortandad general causada por el cólera en todo él, aparece de los estados siguientes:

Jurisdicción eclesiástica y civil

	Adultos varones	9	
BLANCOS	Ídem hembras	5	
	Párvulos varones	2	19
	Ídem hembras	3	
	Adultos varones	56	
	Ídem hembras	41	
DE COLOR	Párvulos varones	1	100
	Ídem hembras	2	
EN CUATRO	Adultos varones	81	
INGENIOS	Ídem hembras	15	
	Párvulos varones	8	104
	Ídem hembras	«	
	Total		223

De Matanzas hablaría largamente, si los límites de esta carta me lo permitiesen. Básteme decir, por ahora, que habiendo aparecido los primeros casos desde el 4 de marzo en tres negros esclavos que trabajaban en el barrio de Yumurí, fue aumentándose cada día hasta llegar a un grado espantoso; y aunque hace algún tiempo que abatió sus fuerzas, todavía el 10 de junio se enterraron 13 coléricos, y hoy mismo no está exenta la infeliz Matanzas del formidable enemigo que la ha despedazado. Háblase de la mortandad con mucha divergencia: quien la disminuye hasta 700, quien la eleva a 2 000; ora éste la computa solamente en 1 000; ora aquél la fija en 1 500; pero en el conflicto de tantas opiniones, yo me atrevo a decir que ya Matanzas se tendría por muy dichosa, si su mortandad no hubiese pasado de un millar. De los pueblos de Cuba atacados hasta ahora, ninguno, ninguno ha sufrido tantos estragos como Matanzas, y las escenas horribles que se representan en las pequeñas poblaciones de su distrito, destrozan el corazón del hombre que las contempla. Víctimas y más víctimas caen unas en pos de otras; y cuando al aspirar revuelven sus ojos para ver si hallan en torno suyo un médico, un socorro, un amigo que los consuele, sólo encuentran por compañero a la muerte que los aguarda al pie de su inhumado lecho.

Los ingenios de Matanzas han sido también ferozmente azotados. Los 18 que hay en los partidos de San Andrés y las Sabanillas, ya habían perdido a principios de junio más de 700 negros. Ignoro todavía la mortandad de seis; pero la de los 12 restantes ha variado de un 23 a casi 60 %; siendo de advertir que el ingenio Santo Domingo, de don Domingo Aldama, cuyos negros eran los mejores de todas aquellas fincas, perdió más que ninguno, pues de 130 murieron más de 75.¹⁷

No es dable calcular desde ahora las terribles consecuencias que el cólera ha de producir entre nosotros. En los países recargados de población, y cuyos elementos sociales no son tan heterogéneos como los de la isla de Cuba, las pestes, aunque contrarias a los individuos a quienes destruye, son favorables a la masa de la población, porque pereciendo solamente vidas y no capitales, éstos se reparten en menor número de personas, al paso que también se aumentan los medios de subsistencia; y como ésta es la palanca principal de la población, claro es, que a la mortandad causada por una peste, se sigue un aumento rápido de aquella. Mas, esto no puede suceder en Cuba, porque cuando mueren esclavos, no sólo mueren hombres, sino que perecen capitales, pertenecientes a familias; y como éstas libran en ellos su subsistencia, quedan arruinadas y confundidas en la miseria. Más de 10 000 esclavos llevamos ya perdidos, y las 500 000 cajas de azúcar en que se computaba para este año la producción de La Habana y Matanzas, quizás vendrán a reducirse a 400 000, o a menos. Valuados los primeros a 300 ps., uno con otro, asciende a 3 000 000; y el déficit de las segundas a 20 ps. caja, esto es, 18 para el propietario, y 2 para la aduana, carretoneros, etc., suben a 2 000 000. ¿Qué será de nosotros si el cólera se encarniza de nuevo, o si después de extinguirse, repite sus ataques en los años venideros? Esto me conduce a la siguiente pregunta:

¿Muerto que haya el cólera en Cuba, si es que llega a morir, resucitará para atormentarnos?

No se espere de mí respuesta decisiva: ¿ni quién será tan osado que pretenda darla en materia tan incierta? Al ver que la isla de Cuba se halla en las regiones tropicales del septentrión, y que la cuna fatal del cólera está situada a la misma latitud que aquella isla, muchos creen que si como este azote recorre anualmente la India, así también repetirá sus ataques en Cuba.

Es verdad, que la posición geográfica es uno de los elementos principales a que se debe atender para juzgar del clima de un país; y como

17 Acerca de la mortandad de esclavos de otros partidos, véase el estado que publico al fin de esta carta.

Cuba se halla dentro de los trópicos, parece que hay razón para concluir, que tiene el mismo clima que muchas partes del Asia. Pero si se considera, que un cúmulo de circunstancias influyen esencialmente en alterar y aun destruir los efectos que nacen de la situación geográfica, la identidad de climas que de ellas se quiere inferir, nos conducirá a graves errores. No es mi intención decir, que el clima de Cuba sea contrario al de la India. Si en ésta hay calor, también lo hay en aquélla; si en ésta hay un contraste entre los rigores del sol ardiente del día y la grata temperatura de la noche, en aquélla también lo hay; pero como la identidad de clima entre dos países, no tanto proviene de que haya en ambos, calor, lluvias y humedad, cuanto de los grados en que estas cosas se encuentren, combinadas con los vientos reinantes, con la naturaleza de los terrenos, el estado de cultivo y de población, la situación insular o continental, la vecindad o larga distancia de los mares; he aquí como países, que al parecer debieran tener climas semejantes, son diferentes entre sí. Compárense todas estas circunstancias, y desde luego se conocerá que la isla de Cuba y las tierras continentales de la India no son tan semejantes en su clima, como a primera vista parece. Aun en aquellos fenómenos en que más concuerdan, todavía se nota diferencia. Muchos años pasan sin que suba el termómetro en La Habana a 92 grados de Fahrenheitd, que son 33,33 del centígrado; y en Santiago de Cuba suele subir hasta 34 grados; pero en algunas partes de la India comúnmente pasa de 100; y cuando el cólera atacó al ejército inglés en 1817 en las alturas de Bengala, el termómetro indicaba de 106 a 112 grados, y el higrómetro de 90 a 100. En Cuba casi siempre soplan los vientos *alisios*, llamados *brisas* vulgarmente; pero en las regiones tropicales de la India reinan los *monzones*, que son unos vientos periódicos que soplan del sudoeste desde abril a octubre, y del nordeste desde octubre a abril. Esto basta para conocer, sin agregar nuevas razones, que no habiendo tan estrecha semejanza entre los climas de Cuba y de la India, la repetición anual del cólera en este país no puede dar fundamento sólido para concluir que lo mismo debe suceder en Cuba.

La experiencia de las islas esparcidas en aquellos mares nos da un resultado consolatorio. Invasidas fueron muchas desde los principios del cólera; pero a mi noticia no ha llegado que la epidemia haya repetido en ellas, a excepción de la de Ceilán y las Filipinas. En la primera apareció en 1819, y fue introducido segunda vez el año de 20 por un buque apestado. En las segundas se declaró el 1820, y repitió en 1821, 22, 23 y en septiembre de 1830; pero nunca se propagó con la fuerza y rapidez que al principio.

Nuestras esperanzas se deben aumentar, cuando contemplamos, que muchas de aquellas islas están muy inmediatas a un vasto continente, donde el cólera se ha hecho endémico; que tienen relaciones mercanti-

les con sus puertos; y que ni el régimen de vida de sus habitantes, ni las medidas sanitarias de sus gobiernos propenden a impedir la reaparición del mal en ellas. Con todo, tan poderoso parece que es el influjo de las causas locales, que abandonado el hombre a ellas, fía enteramente su salvación a los esfuerzos de la naturaleza. Lejos de nosotros el ejemplo de tan imprudente conducta, y más lejos todavía el que pensemos entregarnos a los delirios halagüeños de una vana confianza. Delante de los ojos debemos tener siempre la terrible verdad de que el cólera no respeta climas, y que en los cálidos donde ha llegado a entrar, repite con frecuencia sus ataques. Cierto es, que contribuye a tan funesto resultado la indolencia de los gobiernos del Asia y la barbarie de aquellos pueblos; pero nadie se atreverá a negar la acción poderosa del clima, así en esta como en otras enfermedades.

INFLUENCIA QUE SE DA A LAS LOCALIDADES

Al ver que el cólera ha destrozado en su marcha algunos países, pero que ha sido menos severo con otros, se han formado las más extravagantes conjeturas, y convirtiéndose en realidades las ilusiones de la fantasía. Si nos preguntamos ¿cuál es la influencia de las localidades en el cólera morbo? Responderemos con la experiencia, que nada sabemos. Los pueblos situados a las orillas del mar son invadidos lo mismo que los que distan centenares de leguas de la costa. Si los lugares bajos son el teatro de la epidemia, sus escenas también se representan en los países elevados. En Asia subió a Cathmandou que se halla en los montes de Himalaya, a 8 000 pies sobre el nivel del mar. Recorrió los pueblos de la mesa de Malwah a la altura de 3 000. Causó estragos horribles en el país elevado del Dekkan, sin perdonar a la ciudad de Poonah a 2 000 pies sobre el nivel del mar. Invadió a Erzerum en Armenia, situado a 7 000. En la isla de Ceilán se remontó hasta Candy que está encumbrado más de 2 000 pies; y trepando por el Cáucaso, se precipitó sobre las llanuras de la Rusia.

Países húmedos y pantanosos han sido desolados; pero sus rigores también se han sentido en los parajes más secos. Éstos fueron atacados en Hungría en la misma fuerza que aquéllos. Ya se sabe que Calcuta, cuyo suelo es bajo y húmedo, ha padecido mucho; pero Madras, donde el terreno se compone de peña y arena, y cuya sequedad, según la expresión del obispo Heber, es tanta, que la gente puede vivir y dormir sin peligro en el suelo, ha sido y es una de las ciudades de la India más atormentadas del cólera. En la ciudad de Mascate, donde la única agua que se encuentra, es la de los pozos profundos que se hacen para remediar las necesidades de la población; en los demás puntos de la Arabia, cuya árida península no tiene ríos, bosques ni pantanos; y en la ciudad

de Cocu-Chotou situada en el gran desierto de Cobi, el cólera causó una mortandad espantosa.

Para no caer en la misma equivocación que estoy deshaciendo, es preciso advertir: 1º que no son húmedos todos los países que contienen aguas corrientes y estancadas; y 2º que todos los húmedos no son siempre los más perseguidos del cólera. En cuanto a lo primero, puede un país abundar de aguas, y no ser húmedo su clima, ya porque sea corta la evaporación, ya porque aunque sea mucha, el aire puede venir de un punto muy seco, y renovándose continuamente, disipar los vapores que se formen, llevándolos a otras partes. Entre los ejemplos que pudiera citar, me contentaré con el del Egipto, cuyo clima en general es muy seco, y en donde el cólera atacó con una fuerza extraordinaria. “Quizá, dice Volney, juzgarán algunos, que el Egipto, en razón de los calores y de ese estado pantanoso que dura tres meses, sea un país insalubre. Cabalmente esto fue lo primero que me ocurrió a mi llegada; y al ver después en El Cairo las casas de nuestros negociantes situadas a lo largo del *kalidj*, donde yace el agua estancada hasta abril, me confirmé más en mi juicio, y me persuadí que los hálitos acuosos debían causarles muchas enfermedades; pero la experiencia desmiente esta presunción: las emanaciones de las aguas posadas, tan nocivas en Chipre y en Alejandreta, no producen daño alguno en Egipto. La causa me parece ser la continua sequedad de la atmósfera, mantenida, ya por la vecindad del África y de la Arabia, que sin cesar absorben la humedad, ya por las corrientes perpetuas de los vientos que no encuentran obstáculos. En comprobación, las carnes que se exponen al viento norte, aunque sea en el estío, lejos de corromperse, se resecan y endurecen como guijarro. En los desiertos se encuentran cadáveres desecados, tan ligeros, que un hombre levanta fácilmente con una mano toda la osamenta de un camello”.

Para probar lo segundo, esto es, que todos los países húmedos no son siempre los más azotados del cólera, basta el ejemplo de la Holanda. Caudalosos ríos, lagos y canales bañan su superficie, y aun el terreno de algunas ciudades populosas está casi cubierto por las olas del mar; ¿pero cuáles fueron los estragos del cólera en esta nación inundada? Entre todas las del continente europeo, ella y la Bélgica han sido las que menos han sufrido. ¿Mas, en qué consiste que otros países húmedos han sufrido tanto? Yo no pretendo explicarlo; pero sí me atrevo a indicar como concausas, la clase de alimentos, el género de vida, el aseo, cierto estado particular del aire que nos es desconocido, y un cúmulo de circunstancias ocultas que pueden combinarse para aumentar o disminuir los efectos de la enfermedad. El poder de la naturaleza y el poder del hombre a veces trabajan de consuno, y a veces se ponen en lucha abierta. Si el cólera entra en un clima que favorece su acción destructora, y

no es combatido por las causas que pueden debilitarse, sus estragos no tendrán término; pero cuando el hombre se prepara para resistirle, aunque no logre vencerle, por lo menos quebrantará sus fuerzas. No quiero decir por esto, que siempre que el cólera invade un país, y causa en él poco daño, es porque los recursos del hombre han disminuido sus efectos perniciosos: sé muy bien, que el cólera, así como las demás enfermedades, tiene diversos grados de intensidad, y que prescindiendo de toda precaución humana, un pueblo puede ser invadido débilmente, mientras otro lo sea con fuerza asoladora.

Todavía es imposible saber cuál es la influencia de los terrenos húmedos en la propagación del cólera. ¿No difieren ellos en su naturaleza? ¿No son a veces meros depósitos de agua, y a veces pantanos que pueden tener distintas sustancias de putrefacción? ¿No podrán exhalar, ora vapores acuosos solamente, ora vapores combinados o mezclados con efluvios o gases de diferentes especies? Y en medio de tanta variedad, ¿no producirán distintos efectos en la máquina humana? y siendo ésta modificada por los alimentos, la educación, y tantas, y tantas, tantas causas como influyen en convertir al hombre en un *proteo* físico y moral, ¿no habrá pueblos que vivan bien en las mismas circunstancias en que otros perecerían? Aun la misma naturaleza nos ofrece ejemplos que están en contradicción con las ideas de salubridad comúnmente recibidas. Cuando el obispo Heber visitó en 1825 la isla de Ceilán, observó con asombro, en su viaje de Colombo a Candy, que no es en los parajes más húmedos e incultos donde las fiebres intermitentes reinan con más fuerza, sino en las márgenes de los ríos, cuyas aguas cristalinas corren rápidamente sobre un lecho de rocas.

A pesar de estas reflexiones, como los terrenos húmedos generalmente influyen en dar al clima un carácter húmedo; y como parece que la humedad atmosférica favorece la propagación del cólera, en igualdad de circunstancias deben preferirse los lugares secos. Respecto de la humedad atmosférica existen hechos que pueden ilustrar la materia. Es bien sabido, que el cólera ataca principalmente de noche y por la mañana; ¿mas, será esto, porque difundidos con el calor del día los efluvios que ocasionan la enfermedad, se condensan y bajen en mayor cantidad hacia la superficie de la tierra, durante la noche y mañana? Bien puede ser; pero siendo la humedad más sensible en esas horas que en las demás, ¿no predispondrá los cuerdos para recibir el mal, o no se desenvolverá éste con más energía para hacer sus ataques? Es innegable que las sustancias animales y vegetales se disuelven con la humedad atmosférica más fácilmente que sin ella. El alcanfor se volatiliza más pronto en tiempo húmedo que seco. Lo mismo sucede con las piedras calizas que se queman, pues arrojan el ácido carbónico en tiempo más breve. Las cloacas y demás lugares inmundos son más fétidos en los

días calurosos antes de la lluvia que después de ella; y la razón es, porque la atmósfera está entonces cargada de humedad. He aquí también por qué las flores huelen más por la noche y por la mañana que después que levanta el sol.

Pasando de la humedad a la naturaleza de los terrenos, se encuentran también algunas falsas teorías. Hay quien crea, que siendo secos los terrenos de formación antigua y primitiva, el cólera apenas se propaga en ellos; pero además de que la experiencia contradice estas ideas, el fundamento en que se apoyan es falso, pues ya se ha visto que el cólera no se limita a los lugares húmedos. Tampoco gozan de privilegio los parajes que contienen aguas minerales, pues sin salir de esta Isla, Guanabacoa, San Pedro y Madruga, que son puntos elevados y muy secos, nos ofrecen una prueba de lo contrario. Al ver que los pueblos y haciendas de la jurisdicción de La Habana, situados en tierra colorada, no fueron invadidos del cólera al principio de la epidemia, hubo algún motivo para pensar que estaban exentos de ella; pero cuando se empezó a difundir, muy pronto se conoció que atacaba los ingenios, sitios y cafetales, ora plantados en tierra negra, ora en tierra colorada. Sin embargo, todavía se nota que su propagación no es tan general ni sus estragos tan grandes como en otros terrenos; ¿pero no provendrá esto, de que siendo cafetales casi todas las fincas que se hallan en tierra colorada, el trabajo no es tan recio como en los ingenios de la misma tierra, y los negros, por consiguiente, tiene más fuerza para resistir el mal? Por lo menos, en algunos ingenios de tierra colorada ha dado con tanta ferocidad como en los de tierra negra. Aún no es llegado el tiempo de sacar conclusiones generales: el cólera sigue corriendo nuestros pueblos y campos; y presentando cada día nuevos fenómenos, va destruyendo los cálculos y las esperanzas que se habían formado. En Siria, el territorio de Alepo hasta Antioquía ofrece un terreno semejante al colorado de la isla de Cuba; el cólera, sin embargo, atacó furiosamente aquellas ciudades y otros puntos del territorio. Parece, pues, que si el calor es toda la salvaguardia que se da, quebrantados están los títulos en que se funda.

MEDIDAS QUE SE DEBEN TOMAR EN CUBA CONTRA EL CÓLERA

No ofreciendo hasta ahora ninguna garantía el clima ni los terrenos, es forzoso que los busquemos en nuestros propios recursos. Mas, no vendré yo a escribir aquí un código sanitario, enumerando una por una todas las precauciones que se deben tomar. Usted no las ignora, mi buen amigo; y conoce tan bien como yo, que para libertar a ese pueblo de la calamidad que le amenaza, de nada vale publicar reglamentos, si éstos no se ejecutan con anticipación. Hechos son hechos, y papeles son pape-

les. Éstos sirven muchas veces para alimentar la vanidad y otras pasiones rastreras; pero aquéllos y sólo aquéllos son los que siempre socorren las públicas necesidades. Hay, sin embargo, algunas medidas que nunca me cansaré de recomendar, y ojalá que se cumplieran en todos los puntos de la Isla.

Sea una de ellas el *reunir fondos* del gobierno o de la caridad pública, para emplearlos, no tanto en auxiliar a los enfermos pobres, cuando en *prevenir que éstos sean atacados del mal*. Aquí, aquí está el blanco a donde deben dirigirse todos nuestros esfuerzos. Nómbrense en cada barrio, o en cada manzana, o en cada cuadra, si menester fuere, vecinos honrados y amantes de la humanidad, para que visiten las chozas del infeliz, examinen sus necesidades, les extiendan una mano generosa, y los salven de la muerte. De este modo se disminuirá el número de enfermos, y con su disminución se impedirá hasta cierto grado las terribles consecuencias que pesan sobre los pueblos heridos de la peste. Digna es de imitación la conducta que se observó en Frankfort, ciudad de más de 60 000 almas, situada en las márgenes del Maine. Cada calle tenía su comisión de cólera, compuesta de dos o tres habitantes que merecían la confianza pública. Éstos visitaban diariamente todas las casas para ver si sus piezas estaban blanqueadas, para remover todas las inmundicias y aun las frutas y demás vegetales corrompidos, y para hacer que en cada casa hubiere a lo menos una tina de estaño donde bañarse. Repartiose entre los pobres un alimento sano; diéronseles vestidos de lana con que cubrirse; erigiéronse varios hospitales; preparose toda clase de medicinas; asignáronse médicos a cada cuartel; y en una palabra, se hizo todo lo que dicta la prudencia humana. ¿Cuál, pues, fue el resultado, cuando el cólera invadió a Frankfort? Fue cual debía esperarse de tanta vigilancia y esmero, pues autor hay que asegura, que ha sido uno de los pueblos del continente europeo que ha sufrido menos estragos.

Y sin ir a buscar ejemplos lejanos, Filadelfia puede también tomarse por modelo. El gobierno pagaba hombres para que cuidasen día y noche del aseo de la ciudad: sus calles, no se regaban, sino que se fregaban diariamente: por toda ella se prepararon hospitales: las gacetas y los carteles daban al pueblo consejos saludables, indicándoles el régimen que debían guardar; y convertido el gobierno en padre amante de su pueblo, daba a los pobres los socorros necesarios para precaverlos de la peste. Ésta, al fin, entra en Filadelfia; mas, a pesar de hallarse en un terreno bajo, de estar entre dos ríos caudalosos, y de contener una población de 162 000 almas, el día de más mortandad fue de 71. Si no se hubieran tomado tan saludables medidas, ¿cuál habría sido la suerte de Filadelfia? Lo mismo pudiera decir de Boston y de otros pueblos de los Estados Unidos.

Al recomendar el aseo personal y doméstico, no se extienda usted a sacar la consecuencia, de que todos los países limpios siempre sufrirán menos que otros sucios. En esto hay mucha variedad; y bien puede suceder, que por causas particulares, uno de éstos salga mejor librado que otro de aquéllos. Lo que yo quiero decir a usted es, que en igualdad de circunstancias, los pueblos aseados experimentan en general menos estragos que los inmundos; y que si la inmundicia no perjudica en algunos casos, por lo menos nunca aprovecha en los días de epidemia. Hízome grande impresión lo que dice el doctor Reimann, director de la policía sanitaria de San Petersburgo, recomendando el aseo; pues en un pueblo inmediato a Rusia, compuesto casi todo de puercos judíos, de poco más de 800 que fueron atacados, murieron 700. No ignoro que en el Indostán, patria del cólera, el baño no sólo es un deber religioso, sino un placer corporal; pero esta ventaja, ¿no se halla más que compensada con la desnudez del pueblo, la mala calidad de los alimentos, las malas habitaciones, la humedad y otras causas que favorecen los progresos de la epidemia?

Observo, amigo mío, que al hablar usted del aseo, ostenta una confianza ilimitada en el *uso de los cloruros*, y piensa que con ellos, ya está exento de la peste; pero oiga usted mis ideas, y acaso convendrá conmigo. La utilidad de estas preparaciones consiste en el desprendimiento de un gas llamado *cloro*, que tiene la notable propiedad de descomponer las fétidas partículas que exhalan ciertas sustancias. Esta descomposición purifica la atmósfera; y de aquí el uso general de los *cloruros*, como desinfectantes, desde que Fourcroy aplicó como tal el cloro, en 1791. Yo también lo recomiendo; pero mi razón todavía no queda enteramente satisfecha con la idea de que este gas neutraliza las causas que producen el cólera.

Que destruye el mal olor, es una verdad comprobada por la experiencia; ¿pero hiede por ventura la atmósfera de los lugares infestados por el cólera? No. ¿Depende su causa de partículas animales y vegetales? Se ignora. Y aun cuando se supiese, ¿podrá decirse, no siendo fétidas, que son de la misma naturaleza que las fétidas? Y si no lo son, o si por lo menos, se duda que lo sean ¿podrá afirmarse en lógica rigurosa, que el cloro obra del mismo modo sobre unos que sobre otros? Bien conozco que la analogía es una de las razones más poderosas de la física y de la química; pero la analogía en algunos casos es el recurso a que el hombre apela para cubrir su ignorancia, y no sería difícil de probar, con la historia de las ciencias, que, a veces, la analogía del hombre es la invención de su cerebro, mas, no la verdad de la naturaleza.

Si del raciocinio paso a los hechos, mi desconfianza se aumenta. Yo he leído en autor fidedigno, que los empleados en las preparaciones del cloro que en Europa se consideraran al principio como exentos de la

enfermedad, fueron después víctimas de ella: yo he visto entrar el cólera y apoderarse de varios miembros de algunas familias, en casas altas, secas, muy aseadas, y en que día y noche se exhalaban sin cesar porciones considerables de gas cloro: yo he sabido que personas aisladas, y que vivían, si puede decirse así, envueltas en una atmósfera de cloro, han inspirado con él, el germen de la muerte. ¿Y a dónde ha volado en tales casos la virtud desinfectante de este gas? En la ignorancia absoluta en que estamos de las causas del cólera, ¿quién puede adivinar la influencia que ella y el cloro tienen entre sí? ¿Quién decir, si esta misma influencia es favorable o contraria al nacimiento y desarrollo de la enfermedad? En medio de tanta oscuridad, ya que se usa el cloro en los días de epidemia, debe ser con cierta medida, pues siendo un gas que cuando se respira puro, origina la muerte; si impregnado de aire atmosférico no conduce inmediatamente a este resultado, por lo menos cuando se halla en porción excesiva, causa tos, sequedad en la nariz, irritación en la tráquea-arteria, opresión en el pecho, y a veces dolor de cabeza y fiebre. Conviene guardar un justo medio para no caer en un escollo por huir de otro; y la mejor regla que se puede dar es, que el olor del cloro, se sienta, pero no incomode en la pieza donde se esparce.

Gran empeño se debe poner en *impedir toda reunión de un concurso numeroso*, luego que aparezca en ese pueblo el primer caso de cólera. Si es verdad que la elevación de temperatura favorece su propagación, no se podrá negar, que aumentando el calórico por el hacinamiento de cuerpos humanos, la epidemia se desenvolverá con más fuerza. Todos convienen en que la transición repentina de una atmósfera caliente a otra fresca, predispone a la enfermedad; y he aquí lo que sucede en nuestro clima, principalmente si las reuniones son de noche. Debe también en tiempos de peste tenerse mucho cuidado en conservar la atmósfera lo más pura que se pueda; pero encerrada mucha gente en las iglesias, en los teatros o en otros parajes, el aire no puede renovarse libremente. El oxígeno, que, por una parte, consumen las luces; los gases y vapores, que, por otra, se forman en el acto de la combustión; y, sobre todo, la cantidad de gas ácido carbónico que engendra la respiración, dan a la atmósfera, junto con las causas anteriores, un carácter muy dañoso en los días de epidemia.

Muchos hechos pueden citarse en comprobación de esta verdad. Existen en el Indostán algunos templos y lugares santos donde se congregan los peregrinos para solemnizar los ritos de su religión: pero estas reuniones, dando pábulo a la enfermedad, han multiplicado el número de sus víctimas. Cuando estalló en Tiflis, capital de la Georgia, el pueblo aterrorizado acudió a las procesiones y a otras ceremonias religiosas; mas, la reunión de un gentío inmenso favoreció los progresos del mal. ¿Quién causó las escenas espantosas de Arafat y la Meca en 1831?

Los peregrinos que se congregaron en las ciudades de Arabia para cumplir con los preceptos de la religión de Mahoma. Las juntas políticas que se celebraron en París, mientras el cólera reinaba, siempre aumentaron sus estragos. Y sin ir a buscar ejemplos de fuera, Guanabacoa nos ofrece algunos, pues se notó, que las procesiones y reuniones en las iglesias propendieron a desenvolver el mal. No permita Dios que semejante conducta tenga imitadores en los demás pueblos de Cuba. Enhorabuena que se implore la protección del cielo en los días de calamidad; enhorabuena que se le rindan fervientes adoraciones desde el silencio de los hogares, o desde el retiro de los templos solitarios; pero las efusiones públicas de la piedad, y la pompa solemne de un culto religioso, resérvanse para tiempos de menos turbación y conflicto.

Dirase, que influyendo las afecciones morales en el orden físico del hombre, es necesario reanimar en medio de las epidemias el espíritu abatido del pueblo; y que esto se conseguirá, abriendo los teatros, y permitiendo todo género de diversiones. Tales son los ecos de las teorías; pero una voz más profunda resuena en el fondo del corazón humano. En las horas de tribulación y calamidad, el hombre ni busca los atractivos de la escena, ni apatece los encantos del estrado. Pensando en la muerte que por todas partes le rodea se olvida de los placeres; y sin poder elevar su contrastado espíritu a la esfera de donde ha caído, no pide sino consuelos. Vayan en buena hora a los teatros y públicos divertimientos los que heridos de la peste, reciban sus golpes con blanda mano; pero nosotros, que hemos apurado el funesto cáliz de la amargura; nosotros, que por días y noches enteros, hemos visto nuestras calles henchidas de los carros fúnebres que conducían a nuestros difuntos hermanos a la mansión de la muerte; nosotros no podíamos tener corazón sino para sentir y llorar.

Otra de las precauciones indispensables es el *establecimiento de rigurosas cuarentenas* para todos los buques procedentes de países apestados o sospechosos. En este punto es preciso que haya una firmeza, una severidad inflexible. Cuando se trata de la salud del pueblo, todos los intereses deben callar; y mucho más, cuando nuestra posición insular alza contra el cólera una barrera para protegernos del contagio de los países apestados. Leamos, releamos mil y mil veces las disposiciones que el Gobierno Supremo tomó para impedir la entrada del cólera en España, desde que allí circuló el rumor de haber invadido a Portugal. Con fecha 28 de enero de este año manda S.M. entre otras cosas, que si el general en jefe del ejército de observación en la frontera de Portugal tuviese motivos fundados para temer que no sean vanas las sospechas de la aparición del *cólera* en Oporto, adopte con la mayor celeridad en su distrito las disposiciones más eficaces y enérgicas, para que ninguna persona, por elevado que sea su rango, pueda internarse en el reino, sin *sujetarse antes a una*

observación de 15 días en Portugal y otros 15 en la raya de España, en el lazareto provisional que se establezca al efecto.

Para hacer S.M. esta saludable prevención, no aguardó a que el mal estallase en Portugal; bastole un rumor popular, y encarga que con sólo motivos fundados para temer, se cierren las puertas del reino, y a nadie se permita la entrada sin hacer antes una rigurosa cuarentena.¹⁸ *Cuarentenas*, mi buen amigo, *cuarentenas*: de ellas depende la salvación de ese pueblo. Nosotros estamos aquí llorando con lágrimas de sangre los tremendos efectos de su suspensión. ¿Pero se remediarían los estragos con nuestro tardío arrepentimiento? No se deje usted alucinar con las vanas declamaciones de que las cuarentenas destruyen el comercio entre nosotros: por el contrario, ellas lo favorecen, porque impide el trastorno de sus bases: lo aseguran, porque alejan la peste; y alejándola, se conservan ilesos los esclavos y capitales que constituyen nuestra riqueza. ¿Qué hubiera perdido La Habana con la continuación de las cuarentenas? Una cantidad muy insignificante, nacida solamente de la corta demora en el rápido giro de las operaciones mercantiles. ¿Pero qué ha perdido ahora con la introducción del cólera? Al sacar la cuenta, la pluma se cae de esta trémula mano. Los pueblos más comerciantes del mundo, los que mejor entienden sus intereses, como son los ingleses y los norteamericanos, establecen sus cuarentenas; y Nueva York, que es hoy la tercera plaza mercantil del mundo, las conserva en todos tiempos desde junio hasta octubre para todos los buques procedentes de las Antillas y de las costas hispanoamericanas donde reina la fiebre amarilla. Quebec, Quebec misma, esa ciudad fatal por donde primero invadió el cólera al Nuevo Mundo, desengañada de la ligereza que cometió, ha establecido desde mayo de este año un sistema riguroso de cuarentenas; y si las medidas que ahora exige, las hubiese adoptado antes, la América no tendría que llorar la desgracia de tantos hijos.

Como en materias de interés, los hechos son más fuertes que los raciocinios, daré a usted una demostración de que las cuarentenas de La Habana no perjudicaron nuestro comercio. Ni los precios de los frutos bajaron en virtud de ellas, ni la entrada de los buques se disminuyó. Que los precios no bajaron, público y notorio es; y aun cuando hubiese habido alguna pequeña diferencia, todos saben que procedería de causas que no tienen relación con las cuarentenas. Que el número de buques hubiese disminuido, es tan falso, cuanto las entradas excedieron a las de años anteriores en que no había cuarentenas. Formando un pe-

18 Fueme preciso invocar el nombre y la autoridad del monarca para que el Censor de imprenta me permitiese hablar sobre cuarentenas, pues éstas habían sido suspendidas por el influjo del conde de Villanueva, intendente de La Habana, personaje entonces muy poderoso, no sólo en Cuba, sino en España.

queño estado de los meses en que generalmente vienen más buques a comprar nuestros frutos, se obtiene una completa demostración.

<u>Años</u>	<u>Ene.</u>	<u>Feb.</u>	<u>Mar.</u>	<u>Nov.</u>	<u>Dic.</u>
1881	98	103	110	52	79
1832	111	113	114	84	105
1833	118	133	«	«	«

De este estado aparece que en noviembre y diciembre de 1832 en que existían cuarentenas, entraron más buques que en noviembre y diciembre de 1831 en que no las había; y que en enero y febrero de este año y del pasado llegaron muchos más que en los mismos meses de 1831 en que tampoco las hubo.

Aún tenemos otra causa que es y debe ser objeto de los temores de las personas sensatas. A varios puntos de nuestras costas arribaban *cargamentos de negros africanos*. Su introducción clandestina burla todas las medidas sanitarias, y a ella se debe muchas veces la aparición de la viruela, del sarampión, y sabe Dios de cuántas otras dolencias que aquejan la especie humana. Es verdad, que el cólera no ha entrado todavía en las costas occidentales del África; ¿pero quién negará la probabilidad de que las invada, cuando se hallan en relación con tantos países infestados, y particularmente con nosotros, que quizá tendremos la desgracia de ser sus introductores en aquella región desventurada? Y si tal llega a suceder, ¿qué será de sus habitantes, y que será de nosotros, que arrancándolos de sus hogares, los traeremos a infestar nuestros pueblos y nuestros campos? Aun sin suponer que la peste los ataque en su propio territorio, ¿no corremos el inmenso riesgo de que, arribando sanos a nuestras playas, pisen las cenizas del incendio que nos ha devorado; y que saltando una chispa, prenda de nuevo en su naturaleza predispuesta, y encendiéndose otra vez la llama fatal, arda Cuba por largo tiempo hasta convertirse en pavesas?

Tremenda es la crisis en que nos hallamos. Males físicos nos destruyen, y males de otra especie amagan los restos de existencia que nos pudieran quedar. Un torrente despeñado por la naturaleza y por la política viene sobre nosotros. Nuestras fuerzas son insuficientes para resistirle. La voz de la razón, las lecciones de la experiencia, los cálculos del interés, todo se junta para decirnos, que la marcha que llevamos nos conduce a la perdición. Si pasada esta primera borrasca, el cólera repite, ¿qué será de nuestra agricultura? Y sin agricultura, ¿qué será de nosotros? Pero aun sin cólera, ¿qué será de nosotros, vuelvo a decir, cuando rompa la nube que se están tendiendo sobre los campos de Cuba? Los esfuerzos de una nación poderosa, apoyados en la opinión general

de la Europa, ahogarán nuestras débiles voces; y volviendo entonces de su delirio los que se han alimentado de quimeras, reconocerán la amarga verdad, de que si hubiéramos promovido la introducción de otros brazos, cesarían los temores del porvenir, florecería la agricultura, los padres de familia morirían con el consuelo de dejar a su posteridad un patrimonio seguro; y sentada la patria sobre bases sólidas e indestructibles, premiaría con el lauro de la inmortalidad a los hijos que le dieran una existencia perdurable.

Nota primera a la carta sobre el cólera

París, mayo 30 de 1858

El Gobierno francés acaba de publicar una obra interesante acerca del movimiento de la población en Francia, en 1854; y al examinar las causas de la extraordinaria mortandad acaecida en ese año, cuéntase el cólera como una de ellas.

Tres veces ha sido la Francia atacada por el cólera. La primera estalló en enero de 1832, en cuyo mes, la mortandad general excedió en 16 000 a la de igual mes del año anterior. Llegó a su máximo en abril, en que reinaron fuertes calores, pues hubo 28 125 muertos más que en abril de 1831. La mortandad colérica bajó en mayo a 21 867. En junio sube a 24 500. En julio sólo alcanza a 47 795. En agosto declina a 9 265; y en septiembre, último mes de la epidemia, se detiene en 1 700.

La segunda invasión comenzó en marzo de 1849, en cuyo mes murieron más de 3 000 personas. Los meses más terribles fueron junio, agosto, y septiembre, pues en el primero perecieron 32 227; en el segundo, 29 415; y en el tercero, 35 637. Desde entonces, la epidemia entró en el período de declinación, y ya en diciembre sólo murieron 6 614.

En la tercera invasión, los primeros casos de cólera se presentaron en noviembre de 1853, y continuaron repitiéndose durante el invierno hasta que en mayo del 54 ya tomó la enfermedad un carácter epidémico. Llegó a su mayor fuerza en agosto; y aunque empezó a disminuir desde septiembre, siguió haciendo víctimas hasta los primeros meses de 1855.

La última epidemia fue más funesta que las dos anteriores, pues el número de muertos, en la de 1832, se calcula en 102 735: en 110 110 la de 1849; y en 150 000 la de 1854.

Comparando la mortandad de este último año, con la de 1853, aparece que el cólera hizo sus mayores estragos en las personas de 20 a 50 años de edad, y principalmente entre las de 20 y 30: resultando lamentable, pues privó a la nación de sus brazos más útiles para el trabajo.

Así en la epidemia de 1854, como en las dos anteriores, se observó, que murieron más personas del sexo femenino que del masculino.

ESTADO

que manifiesta las dotaciones de las fincas que han sufrido el cólera, en los partidos de Madruga, Pipián, la Nueva Paz, y la parte del de San Nicolás, pertenecientes a la Jurisdicción de La Habana, con el número de enfermos y muertos que ha habido en cada una de ellas hasta el 4 de septiembre del presente año de 1833

Clases de haciendas	Dotación		ENFERMOS				MUERTOS				Total de muertos	Partidos
	Adultos		Párvulos		Adultos		Párvulos					
	Varones	Hembras	Varones	Hembras	Varones	Hembras	Varones	Hembras				
Ingenio.....	241	99	129	39	4	5	51	12	1	2	66	
Idem.....	113	7	44	4	«	«	18	1	«	«	19	
Idem.....	157	52	39	19	«	1	16	8	«	1	25	
Idem.....	116	«	60	«	«	«	13	«	«	«	13	
Idem.....	145	50	36	13	4	1	10	3	2	1	16	
Idem.....	135	35	56	11	3	1	28	6	«	«	34	232 Madruga
Idem.....	150	58	50	8	«	«	22	4	«	«	26	
Idem.....	225	78	67	25	1	1	16	7	«	«	23	
Idem.....	68	15	50	5	«	2	24	3	«	«	27	
Castelal.....	30	12	6	1	«	«	1	1	«	«	2	
Idem.....	77	80	41	49	5	11	19	15	3	4	41	
Ingenio.....	70	24	36	4	«	1	14	3	«	1	18	
Idem.....	100	92	75	79	4	5	20	16	«	«	36	
Idem.....	42	33	24	8	«	«	12	1	«	«	13	
Idem.....	40	27	15	11	1	8	9	1	«	«	10	
Idem.....	162	128	61	48	13	15	42	21	6	5	74	
Idem.....	22	12	16	5	«	«	9	4	«	«	13	
Castelal.....	55	53	16	19	17	«	6	6	5	6	23	
Idem.....	21	10	5	2	«	«	3	2	«	«	5	
Idem.....	23	5	10	1	«	«	6	«	«	«	6	
Potrero.....	«	«	1	«	«	«	1	«	«	«	1	
Idem.....	6	2	4	1	«	«	1	1	«	«	2	
Idem.....	2	1	1	1	«	«	1	«	«	«	1	
Idem.....	6	2	«	1	«	«	1	«	«	«	4	
Idem.....	13	4	2	2	«	«	1	«	«	«	2	
Idem.....	4	2	«	«	«	«	2	«	«	«	2	
Idem.....	19	6	12	«	2	«	«	«	2	«	2	
Idem.....	10	4	«	«	«	«	2	«	«	«	2	
Idem.....	13	2	6	«	«	«	4	«	«	«	2	
Ingenio.....	137	78	70	37	«	«	41	25	«	«	66	66 La Nueva Paz
Totales	2 216	971	989	391	54	51	390	141	19	20	570	

NOTAS. 1.º La parte del partido de San Nicolás que pertenece a La Habana, solamente tuvo un muerto blanco en un sitio. 2.º De la suma de las dotaciones de las fincas de la Jurisdicción de Madruga que han sufrido el cólera, comparada con la de la mortandad que han experimentado, resulta que la pérdida ha sido de un 18,020 p. %, la de Pipián de un 20,623 p. % y la de la finca que lo ha sufrido en la de la Nueva Paz, de un 30,690 p. %. 3.º En este estado no se incluye la mortandad del castelal La Granja, porque a la fecha en que se nos remitió, aún no había cesado en él la epidemia, pero ya llevaba perdidos diez negros varones y ocho hembras.

Observese igualmente, que si el cólera tuvo más fuerza en las dos epidemias anteriores, también se extendió menos, y por eso la mortandad en 1854 fue mayor que en 1849 y 1832. En estos dos años, apenas sufrieron los campos, pues casi toda la intensidad del mal se reconcentró en las ciudades; mas, en 1854, aquéllos y éstas fueron azotados indistintamente. De los 86 departamentos en que se divide la Francia, el cólera sólo invadió 44 en 1832; 49 en 1849; y 80 en 1854. La región central es la que siempre ha sufrido menos; mas, la del este, nordeste y sudeste padeció mucho en 1854.

Si en 1832 sólo fueron invadidos 44 departamentos; 49 en 1849; y 80 en 1854, esta doble extensión de la epidemia se puede explicar por el diferente estado de las comunicaciones en esos años. En 1832, Francia carecía de caminos de hierro; tenía muy pocos en 1849; pero en 1854 ya casi toda estaba cortada por ellos. El cólera, pues, encontró entonces vías fáciles para propagarse y esta propagación es en mi concepto uno de los innumerables argumentos que prueban la naturaleza contagiosa de la enfermedad.

Nota segunda a la carta sobre el cólera

COMETAS DE REVOLUCIÓN PERIÓDICA CONOCIDA

En una nota a la página 175 de este tomo, dije, que son cinco los cometas, cuyo giro periódico estaba bien determinado: a saber, el de *Halley*, el de *Encke*, el de *Biela*, el de *Faye* y el de *Vico*. Ahora vuelvo sobre este punto, porque conviene aclararlo y aun rectificarlo.

El cometa *Halley* hace su revolución en torno del sol en 76 años y un mes; y desde el año 11 de la era cristiana al de 1835 en que apareció por la última vez, se ha presentado 24 veces a la tierra. Cuando digo, que este cometa acaba su revolución en 76 años y un mes, me refiero al término medio que da las siete apariciones que ha hecho desde 1378, y que han sido en el orden siguiente:

	Años	Meses
De 1378 a 1456 empleó en su revolución	77	7
De 1456 a 1531	75	2
De 1531 a 1607	76	2
De 1607 a 1682	74	11
De 1682 a 1759	76	6
De 1759 a 1835	76	8

Tal es, en números redondos, la marcha del cometa *Halley* en sus seis últimas revoluciones.

El cometa de *Encke*, fue descubierto por Pons, en Marsella, el 26 de noviembre de 1818. Llamósele, empero, de *Encke*, porque este astrónomo de Berlín fue quien calculó su órbita; y como emplea en correrla tres años 3 meses, dásele también el nombre de cometa de *corto período*.

El de *Biela* fue descubierto por este astrónomo en Johannisberg, el 27 de febrero de 1826, y diez días después por Gambart, en Marsella. Este último calculó sus elementos parabólicos, y reconociendo sus anteriores apariciones, predijo que las futuras se harían en seis años, nueve meses. En estas y otras buenas razones fundose Arago para llamar al cometa, no de *Biela*, sino de *Gambart*; pero el uso general de los astrónomos ha sancionado ya el primer nombre.

Las observaciones que se hicieron en 1826, condujeron al resultado de que este cometa, en su próxima aparición de 1832 chocaría con la tierra; pero cuando todos los elementos conocidos se sometieron a un nuevo cálculo, entonces se vio cuan infundado eran esos temores, pues que el cometa, en su menor distancia de la tierra, debía siempre hallarse a más de 20 millones de leguas.

Faye descubrió en París el 22 de noviembre de 1843, el cometa que lleva su nombre. Calculó, además, los elementos de su órbita, y desde entonces se sabe, que hace su revolución en siete años y medio.

El cometa de *Vico*, fue así llamado por el astrónomo jesuita que lo descubrió en Roma el 22 de agosto de 1844. Al principio, sólo visible con el telescopio, fue después a simple vista. Faye calculó en Francia los elementos de su órbita, y como debía de reaparecer a los cinco años y medio, se le contó en el número de los cometas periódicos.

¿Pero se ha vuelto a presentar? Esperósele en la primavera de 1850; mas, considerándosele, no tan ventajosamente situado como en 1844, no fue posible descubrirlo con los mejores telescopios ni en Europa, ni en América. Creyose que aparecería en el verano de 1855, y que aún no se le podría observar a simple vista, pues según los cálculos de Brunnow, el 6 de agosto debía hallarse a su más corta distancia del sol; pero todas las esperanzas de los astrónomos quedaron frustradas, pudiendo tenerse ya por cierto, que ha desaparecido del sistema celeste.

¿Mas, cómo se explica esta desaparición? Oigamos a Mr. Babinet miembro de la Academia de Ciencias del Instituto de Francia.

“En el momento que un cometa baja hacia el sol para casi rasar su superficie, la materia ligera que compone aquel astro, se alarga en virtud de la acción del sol, que no dobliga igualmente todas las partes de que se compone el cometa; y como esta masa muy ligera no tiene mucha fuerza para retener enérgicamente sus diversas partes, resulta, que ellas ceden con desigualdad a la influencia del sol que las dilata en colas, en cabelleras, y en apéndices muchas veces múltiples. Como estas colas se forman a expensas de la sustancia misma del astro, es evidente, que si

después de formadas, su atracción no es bastante fuerte para reunir de nuevo sus partículas separadas, el cometa perderá una parte de su masa, la que quedará diseminada en polvo en el espacio celeste. Si por la acción del sol el cometa se ha prolongado mucho, podrá suceder que toda su masa, así diseminada, no pueda reunirse en un solo globo, y que la concentración de las partículas materiales se haga en torno de dos o muchos centros diferentes de atracción. Es, pues, muy natural, que el cometa se divida entonces en dos, en tres, en cuatro, como probablemente ha sucedido con el cometa de *Biela*. Esto debe acontecer con más frecuencia en los cometas de corto período, que no tienen el tiempo de llamar hacia ellos sus elementos separados por la acción del sol, mientras que para el cometa de *Halley*, por ejemplo, que emplea por término medio 76 años en hacer su entera revolución, estos elementos esparcidos tienen el tiempo de gravitar los uno hacia los otros. Es también evidente, que un cometa muy pequeño, cuya atracción es poco fuerte, estará mucho más expuesto a perecer por diseminación que una masa más considerable que tuviere la fuerza de retener o de llamar las partes que se hubiesen alejado¹⁹.

Dado que los cometas se compongan, como cree Babinet, de una ligera nebulosidad, la explicación de la desaparición de *Vico* no puede ser más satisfactoria.

Ni es éste el único cometa que ha desaparecido; que también se echa menos el de 1770, llamado *Lexell* por el astrónomo que calculó su órbita, y al que suelen darle los ingleses el nombre de *cometa perdido*. Si este cometa, que debía hacer su revolución en cinco años y medio, no se ha vuelto a ver, no debe atribuirse a su total destrucción como la de *Vico*, sino a que habiéndose acercado a Júpiter, la fuerza atractiva de este gran planeta perturbó sus órbita, y lo hizo invisible a los habitantes de la tierra.

Si la extraordinaria desaparición de *Vico* ha disminuido el número de los cometas periódicos, otro acontecimiento no menos extraordinario parece que viene a compensar esa disminución, pues que el cometa de *Biela* se ha dividido en dos fragmentos.

El 21 de diciembre de 1845 aún no había observado Encke en Berlín ningún indicio de separación en el cometa de *Biela*; pero el astrónomo Hind ya había notado dos días antes una especie de protuberancia hacia el Norte. Donde primero se vio la separación fue en los Estados Unidos el 27 de diciembre, y después en Europa en enero de 1846; habiendo permanecido visibles los dos fragmentos o cometas, el más pequeño hasta fines de marzo, y el más grande hasta el 24 de abril.

19 Babinet: *Études et lectures sur les sciences d'observation*, t. IV. "L'Astronomie en 1855".

Plantamour calculó las distancias reales a que los dos cometas se hallaban entre sí, del 10 de febrero al 22 de marzo. La del primer día fue de 60 260 leguas, y la del segundo de 62 030; pero la mayor de todas ascendió a 63 250, habiéndose verificado el 3 de marzo. Cuando el padre Sechi, astrónomo de Roma, observó en la segunda mitad de septiembre de 1852 la reaparición de los dos fragmentos de *Biela*, ya estaban mucho más separados que en 1846, pues que la distancia era de 500 000 leguas. Esto autoriza a concluir, que del cometa de *Biela* se han formado ya dos.

De la división de los cometas no es éste el único caso que registra la astronomía en sus anales. Ephoro, orador e historiador griego, nos dice en su *Historia del Peloponeso*, que en el año 371 antes de la era cristiana un cometa se dividió en dos, tomando cada uno una dirección diferente. Dividióse también el segundo cometa que apareció en 1618, según lo comprueban las observaciones de Kepler, Blancanus, y otros en varios países. Y si de la Europa pasamos a China, veremos en las traducciones de algunos documentos importantes, hechas por Eduardo Biot, que los astrónomos de esa nación observaron en el año 896 de nuestra era tres cometas apareados, que recorrieron juntos sus órbitas, y que no podían ser otra cosa que partes o fracciones de un solo cometa.

Noticia sobre algunos trabajos científicos que se hicieron en La Habana, durante la primera aparición del cólera en ella, en 1833

Además de la *Carta* que precede, y que se publicó en La Habana, como he dicho ya, en el número 8º de la *Revista Bimestre Cubana*, hubo otros escritores muy dignos de mencionarse.

Cuando estalló el cólera en La Habana, el Real Protomedicato de aquella ciudad nombró una comisión para que observase los fenómenos meteorológicos que acaeciesen durante la epidemia. Esta comisión se compuso de don José de la Luz y Caballero, del presbítero don Francisco Ruiz, catedrático de filosofía en el Colegio Seminario de San Carlos,²⁰ del doctor en medicina don Antonio Noval, y de don José Antonio Saco. Con este motivo, el capitán general don Mariano Ricafort pidió al mencionado don José de la Luz las observaciones meteorológicas hechas durante la epidemia, y que se las acompañase de las reflexiones que juzgase convenientes sobre el estado de la atmósfera para ilustrar la cuestión del cólera morbo. El señor Luz satisfizo inmediatamente los deseos de la primera autoridad de la Isla; pero queriendo completar su

²⁰ Este hombre respetable, uno de mis más fieles amigos, y que tan gratos recuerdos ha dejado en el corazón de cuantos lo trataron, cesó de existir desde el año de 1857.

trabajo, puso, al imprimirlo, una advertencia que ahora debo insertar. Dice así:

“La indispensable precipitación con que hubo de extenderse el oficio siguiente, y el fin para que se escribió, fueron causa de que el autor no hiciera más que *indicar* rápidamente sus ideas en muchos lugares. Mas, ahora que se destina a la prensa este trabajo, de muy buena gana lo refundiría completamente, si no se lo estorbara el carácter oficial que desde un principio hubo de llevar. Para suplir, pues, estos vacíos, se han esparcido algunas notas en el discurso de la memoria que se hallarán a continuación”.

Esas notas y ese oficio se publicaron en el número 8° de la *Revista Bimestre Cubana*, y entrambos pueden considerarse como uno de los trabajos más profundos y que más honor hacen a la pluma de Luz Caballero.

Publicose también un *Tratado completo del cólera morbo pestilencial* por el doctor don Juan Francisco Calcagno: y al mencionarlo en el citado número 8 de la *Revista*, me expresé del modo siguiente:

“Tal es el título de un opúsculo que se ha publicado en La Habana durante la epidemia que acabamos de pasar. Si los límites de la *Revista* nos hubieran permitido formar un juicio crítico de él, habríamos tenido la satisfacción de generalizar por medio de ella las doctrinas que contiene, y de pagar a su autor el tributo de justicia a que le hacen acreedor su aplicación y laboriosidad, por haber formado, como dice él mismo, un conjunto de lo mejor y verdaderamente útil que se encuentra en los autores que han escrito sobre la materia.

”El doctor Calcagno divide su tratado en tres secciones. En la primera traza la historia general del cólera, y examina su modo de propagarse. En la segunda, describe los síntomas de la enfermedad, y refiere las observaciones que se han hecho sobre los cadáveres y sobre las causas y naturaleza del mal, exponiendo también los métodos curativos seguidos en distintos países. En la tercera trata de las medidas sanitarias que deben tomar los gobiernos y los particulares para preservarse del cólera morbo. Del mérito de la segunda sección, a los médicos toca juzgar, pues nosotros que no lo somos, nos limitamos a decir en cuanto a la primera y tercera, que su lectura ofrecerá ideas muy luminosas en la historia de la enfermedad”.

Injusto sería yo, si pasase en silencio otro trabajo importante que no se imprimió, mientras permanecí en La Habana. Yo no puedo asegurar, si fue el gobierno o el Protomedicato, quien nombró una comisión de facultativos para que informase acerca del cólera en La Habana. Tampoco sé cuántos fueron los individuos nombrados; pero lo que me consta, es que los distinguidos doctores don Nicolás Gutiérrez y don Agustín Abreu fueron miembros de ella, y también autores del informe que se

presentó. Creo que éste llegó a manos del general Ricafort, y que él lo elevó al gobierno de la metrópoli, donde tal vez se conservará inédito en algún archivo; pero acabo de saber, que todo o parte de él se imprimió en La Habana en el *Repertorio Médico Habanero*, cuya publicación empezó en noviembre de 1840, y concluyó en 1843.

**CONTESTACIÓN DE DON JOSÉ ANTONIO SACO
A UN ARTÍCULO PUBLICADO EN EL *NOTICIOSO*
Y *LUCERO DE LA HABANA*, DEL 1º DE AGOSTO
DE 1833, EN QUE SE IMPUGNA ALGUNOS PUNTOS
DE SU CARTA SOBRE EL CÓLERA MORBO**



Habiendo ya hablado en esta *Carta* contra la suspensión de las cuarentenas en La Habana, medida dictada, según indiqué ya, a influjo del conde de Villanueva, intendente de aquella ciudad, no era de esperar, que este punto hubiese pasado en silencio. Un escrito que se había empeñado en captarse la benevolencia de aquel personaje, se apresuró a complacerle; y dando a luz su impugnación, arrancó de mi pluma el papel que ahora reimprimo, y que por la lentitud de una escrupulosa censura no apareció en el *Diario de la Habana* hasta el 8 de agosto de 1833.

Cuando la salvación de toda España depende del cumplimiento de lo mandado por S.M. en la parte sanitaria, no basta ser vigilante, sino inexorable.

(Palabras de la Junta Superior de Sanidad de Andalucía)

Copiar y extractar algunos trozos del número 8º de la *Revista Bimestre Cubana*, hacer un débil y ridículo esfuerzo para impugnar el benéfico sistema de cuarentenas, y defender un cuaderno intitulado *Tablas necrológicas*; he aquí las materias que componen el artículo que sobre la *Revista Cubana* se publicó en el *Noticioso* y *Lucero de la Habana* del 1º del corriente mes. Algo pudiera decir acerca de la primera parte: mas, perdonando a su autor las faltas que ha cometido, volveré exclusivamente mi atención a los dos últimos puntos.

La pluma que escribió el artículo a que contesto, se empeña en probar con sofismas que no debe haber cuarentenas; pero como la resolución de esta materia depende de la naturaleza contagiosa o no contagiosa del cólera morbo, evidente es, que a la abolición del sistema de cuarentenas debe preceder el convencimiento o manifestación de que la enfermedad no se comunica de países infestados a países sanos. Lleva-

do de estos principios, yo procuré en mi *Carta sobre el cólera*, destruir todas las conjeturas formadas acerca de la causa primaria de esta plaga; y después de haber probado con hechos y racionios la falsedad en que se fundan tan cacareadas opiniones, pasé a manifestar, que el cólera es contagioso, no en el sentido que se comunica por contacto, pues que sobre este particular nada decido, sino en el de que es una enfermedad que “*se trasmite, se comunica de los infestados a los no infestados, sea del modo que fuere esta transmisión o comunicación*”.

Tan claro lenguaje rompe los grillos con que quisieran aprisionarme los que no creen en el contagio, pues mis palabras me presentan un vasto campo donde correr gritando siempre *cuarentenas*, aun cuando la opinión general de los médicos se pronunciase contra el carácter contagioso de la enfermedad. Sentada mi creencia, traté de fundarla en mi *Carta*, y siguiendo paso a paso la marcha de la peste, no sólo manifesté con hechos y reflexiones, que en todos los países del mundo visitados hasta hoy por ella, su introducción se debe a la comunicación de los infestados con los sanos, sino también que se preservaron de sus estragos, los que tomaron medidas enérgicas para libertarse: respondí después a los argumentos principales que se proponen contra el contagio; y por último pasé a recomendar la necesidad de las cuarentenas. Por esta breve relación se verá, que cuando clamé por aquella medida de salvación, fue después de haber estudiado detenidamente la materia, y de haber empleado en ella no menos de 32 páginas de la *Revista*. El público, pues, tenía derecho a esperar, que el hombre que se presentase a combatir las cuarentenas, empezaría por destruir el edificio levantado por el Editor de la *Revista*; pero declamar vagamente contra ellas, y hurtar el cuerpo a la cuestión fundamental, confesando *que no se atreven a entrar en ella*, es lo mismo que pretender tomar una plaza por asalto, huyendo de los cañones que la defienden. Conténtase, sin embargo, el articulista con decir, que los que siguen la opinión del no contagio “alegan otros tantos hechos y racionios que creen igualmente concluyentes”; pero como esto es hablar con *generalidades*, y yo soy amigo de *particularidades*, le pido que entre en pormenores, y que me presente *esos otros tantos hechos y racionios igualmente concluyentes*.

Aunque el articulista no pretende entrar en la cuestión del contagio, me dispara contra él como argumento triunfante, el pasaje siguiente de la nota sexta al oficio de mi amigo don José de la Luz. Dice así:

“¿Cómo en la ciudad de Santiago, a cinco leguas de La Habana, atravesada no menos que por dos caminos frecuentadísimos, sobre todo durante la epidemia,²¹ no se ha presentado hasta ahora el enemigo, y esto

21 Nos consta que ha habido día durante la epidemia de pasar más de 200 personas, muchas de ellas de la capital, sólo en la tienda del Rincón.

habiendo invadido puntos intermedios y comarcas? Tampoco ha visitado el Bejucal, una legua más adelante, y si bien apareció muy a los principios en San Antonio, a dos más allá, fue tan efímera y benigna su influencia, que no pasé de un par de días con otros tantos casos”.

Cuando esto se imprimió en la *Revista*, el autor de las notas y yo creíamos, según las noticias que nos habían dado, que Santiago no había cerrado sus puertas a los viajeros que salían de La Habana durante la epidemia; pero mejor informado después, he sabido por un sujeto fidedigno, y que está instruido de lo que ocurrió en aquel pueblo por ser vecino de él, que a ninguna persona que salía de La Habana se le permitía pasar por Santiago, a no ser que fuese a permanecer en él; en cuyo caso se le obligaba a guardar una rigurosa cuarentena en una casa destinada al efecto. Hago esta advertencia, así por el amor que profeso a la verdad, como para que se conozca que cambiadas las circunstancias, la no aparición del cólera en Santiago, lejos de ser un argumento contra el contagio, ofrece un nuevo ejemplo en su favor, pues que por medio del aislamiento se preservó de sus ataques. Relajáronse, sin embargo, aquellas medidas saludables, introdujéronse unos negros apestados, y he aquí, que ya aquel pueblo gime bajo tan terrible azote. Mas, aun cuando nada de esto hubiera ocurrido, ¿piensa el autor del artículo del *Lucero* que me cogería de nuevo ese argumento? Si él hubiera leído mi *Carta* con cuidado, ya habría visto que yo mismo presenté una objeción semejante, y que bien o mal procuré contestarla en la *Revista*. Para mejor convencerle, transcribiré lo que allí dije:

“Algunos pueblos cercanos a otros inficionados, y que han estado en comunicación con ellos, se han libertado de la epidemia. Ved aquí un argumento que se repite con frecuencia, y que se tiene como incontestable; pero veamos si lo podemos responder.

”Para que un lugar sea apestado, no basta que esté en comunicación con otro donde reine la epidemia; es preciso además que sea llevada a él, que encuentre sujetos predispuestos a recibir el contagio, y circunstancias favorables para propagarlo. Nadie duda que el fuego quema; pero si se esparce sobre cuerpos incombustibles, se apagará sin producir un incendio: caiga, empero, una sola chispa sobre un suelo regado de pólvora, y al punto se seguirá una violenta explosión. Así como existe *predisposición individual*, paréceme que puede decirse con bastante exactitud, que también la hay *local*; y que así como muchas personas quedan ilesas, aun viviendo en medio de la peste, del mismo modo que hay lugares que se escapan de ella, a pesar de tener comunicaciones con los pueblos infestados. ¿Pero de dónde nace, que ciertos lugares resistan al contagio? Ved aquí lo que no se sabe.

”Entre las circunstancias que pueden influir, una sola me atrevo a indicar, a saber, el estado atmosférico; pues aunque niego el influjo de la

atmósfera como causa primaria del cólera, jamás negaré su acción como causa secundaria o modificadora. Sentadas estas ideas, es muy fácil concebir que un pueblo puede conservarse sano, aun teniendo relaciones con otro apestado, ya porque no haya contraído la enfermedad ninguno de los individuos que van a él, ya porque lo resistan las circunstancias meteorológicas, geológicas, o de otra especie que nos son desconocidas. Russell prueba con muchos hechos, que países atacados de la peste de Oriente, han tenido relaciones con otros sin transmitirles el contagio. Y si esto sucede respecto de una enfermedad cuya naturaleza contagiosa está generalmente admitida, ¿por qué se ha de decir que el cólera no lo es, fundándose en la razón de que a veces no se propaga a pueblos con quienes se está en relación? Dentro de los muros de las mismas ciudades invadidas existen individuos y familias que recorriendo las calles, y aun visitando a los enfermos, se preservan de la peste. Pero si hallándose en comunicación tan estrecha, pueden pasearse triunfantes, ¿por qué no también cantar victoria ciertos pueblos, que respecto de una nación pueden equipararse a los individuos y familias de una ciudad? Porque el cólera no es contagioso, me responderán, y porque únicamente proviene del estado atmosférico. ¿Pero no respiran todos la misma atmósfera? ¿No están sometidos a ella incesantemente? Y siendo así, ¿por qué no enferman todos? Es, pues, forzoso confesar, que si muchos resisten a ella, a pesar de su incansante acción, con mayor motivo se salvarán de la causa contagiosa del cólera que parece no ser tan constante ni tan extensa: no tan constante, porque el aire está obrando sin cesar sobre nuestro cuerpo, así interior como exteriormente: no tan extensa, porque la atmósfera existe en todas partes, y los corpúsculos o miasmas que la infesten, por abundantes que sean, hállanse esparcidos en ella, sin formar tanta cantidad de materia venenosa.

”Invoquemos los hechos en apoyo del raciocinio, y la cuestión recibirá todo el grado de claridad de que es susceptible. El médico inglés Haygarth en su *Investigación acerca del modo de prevenir la viruela*, enfermedad que todos reconocen como contagiosa, trae un pasaje en que describe una irrupción de las que reinaron epidémicamente en Chester, en 1777, y en la que se verificaron todos los fenómenos que muchos consideran como incompatibles con la naturaleza contagiosa del cólera. Helo aquí literalmente traducido:

”La viruela fue epidémica en Chester desde mayo de 1777 hasta enero de 1778, esto es, nueve meses, particularmente los seis últimos, en cuyo tiempo observé atentamente sus progresos. 1º Al principio fueron atacadas dos o tres familias, no vecinas inmediatas, sino que vivían en el mismo barrio de la ciudad. 2º Después fueron invadidos los niños de un barrio; pero la enfermedad no se difundió en ellos como de un centro. 3º En ninguna parte de la ciudad se extendió uniforme-

mente de un centro, sino que se propagó en alguna callejuela, donde todos los niños de una vecindad jugaban juntos. 4º Después fueron acometidos los niños pobres en varias partes de la ciudad, a distancias considerables, y en algunos parajes, a media milla unos de otros. 5º Todavía en noviembre no habían sido apestadas muchas partes de todas las calles principales; pero en diciembre y enero la enfermedad invadió a muchos que se habían escapado cuando estuvo en su vecindad algunos meses antes. 6º En Hambridge, que es una parte de Chester, separada del resto de la ciudad por el río Dee solamente, no fueron atacados durante la epidemia sino unos siete niños, aunque gran número de ellos son muy propensos en aquella parte a contraer la enfermedad. 7º En la calle del Rey, que está en el centro de la ciudad, de 24 niños que nunca habían padecido la enfermedad, solamente dos fueron atacados en una misma casa. 8º Durante el estío y el otoño de 1777, mientras la epidemia era general en Chester, una o más familias de muchos de los pueblos circunvecinos, como Cribleton, Barrow, Tarvin, etc., y algunas ciudades más grande como Nantwich, Neston, etcétera, fueron visitados por la viruela; sin embargo, la enfermedad no se difundió generalmente en ninguna de estas poblaciones. Como el estado del aire y el veneno varioloso fueron en estos lugares los mismos que en Chester, ¿por qué el aire de ellos no fue igualmente infestado que el nuestro? 9º En Frodsham empezó la viruela en mayo, y gradualmente se fue aumentando hasta hacerse *notablemente epidémica en una parte por varios meses; con todo, casi la mitad de la ciudad todavía se conservaba enteramente desinfectada el 18 de noviembre de 1777*. Por el contrario en Upton, pueblecillo a dos tercios de legua de Chester, de 24 niños que nunca habían sido atacados de la enfermedad, todos, excepto uno, que ciertamente estuvo también expuesto al contagio, padecieron la enfermedad en menos de dos meses. Daré la causa de su rápida propagación en las mismas palabras del cirujano Mr. Edwards, habitante muy instruido del lugar: ‘La enfermedad no ha sido propagada por el aire o contigüedad de las casas, sino que ha aumentado en proporción a la comunicación que las familias han tenido entre sí: ningún cuidado se tuvo en impedir su propagación, sino al contrario, parece que había un deseo general en que todos los niños la contrajesen’ ”.

Y después de haber visto que la viruela salta de un punto a otro aun a larga distancia, que vuelve a los parajes de donde se había retirado, y que ataca a los que antes no había invadido; después de haber visto que, reinando en la mitad de una ciudad, la otra mitad se conserva ilesa por muchos meses, a pesar de estar en íntima comunicación, y de ser la viruela una enfermedad contagiosa, ¿se dirá que el cólera no lo es, porque presenta los mismos fenómenos?

A las razones expuestas en mi *Carta*, añadiré otra que me parece importante. Supóngase que todo lo dicho no sea suficiente para explicar el fenómeno que nos ocupa: ¿se inferirá de aquí que el cólera no es contagioso? Jamás debe confundirse la existencia de una cosa con la capacidad del hombre para comprenderla o explicarla. Éste puede ignorar, como ignora muchas veces, las causas que producen un efecto, y los modos con que un cuerpo puede obrar en otros cuerpos; mas, porque todo esto se escuda a nuestro flaco entendimiento, ¿se dirá que tales cosas no existen en la naturaleza? ¿En qué ciencia, en qué ramo del saber humano no se encuentran a cada paso mil prodigios que el hombre no puede explicar? Y porque a tanto no alcancen sus débiles luces, ¿se afirmará que no existen esos prodigios, cuando por otra parte hechos numerosos atestiguan su existencia? Pues, ni más ni menos sucede con la naturaleza contagiosa del cólera. Ejemplos repetidos prueban que participa de tan funesta propiedad, y este o aquel fenómeno incomprendible a la capacidad humana, sólo debe arrancarnos la humillante confesión de nuestra impotencia para penetrar sus arcanos, sin que nos propasemos a despojar al cólera de una cualidad que siempre le acompaña, y que sin duda es su más terrible distintivo.

Dice el articulista, que médicos célebres de varias naciones creen que el cólera, la fiebre amarilla y otras enfermedades no son contagiosas. Esto es repetir lo que todo el mundo sabe; pero no añadir ni un grano de peso a la cuestión que se debate. En materias controvertibles, no debe atenderse al número de los opinantes, sino a la fuerza de los hechos en que se fundan para pensar de aqueste o del otro modo; y si el articulista hubiera presentado los que tiene para decidirse por la opinión contraria, el público entonces habría podido compararlas con las que he dado en la *Revista*, y graduar si son dignas de desecharse las mías por las suyas. Yo le convido a que haga un examen severo de la parte de mi *Carta* en donde se trata del contagio; y ya que es de contrario sentir, desbarate con hechos o con razones, o como Dios le diere a entender, todo lo que allí he consignado, pues a la verdad, que entrar en luchas literarias desentendiéndose de los fundamentos en que estriba la obra que se quiere impugnar, no es muy honroso al campeón que se presenta en la palestra a disputar la victoria.

Afirma el articulista que no debe haber cuarentenas. Despojemos sus sofismas del follaje que los cubre, y el miserable esqueleto aparecerá en sus más horribles formas. Fúndase, 1° en la incertidumbre de la naturaleza coantagiosa del cólera, 2° en que las cuarentenas sólo producen gastos y mortificaciones a los pueblos, 3° en que nunca han sido suficientes para impedir la introducción de las enfermedades contagiosas, 4° en que inspiran al pueblo un terror profundo por la idea de contagio que envuelven.

I. Incertidumbre de la naturaleza contagiosa del cólera

Asegura el articulista, que en semejante estado la prudencia aconseja que no haya cuarentenas. ¡Con que la prudencia aconseja que entre dos partidos, uno que conduce a la vida, y otro que arrastra a la muerte, aquél se abandone y éste se abraza sin vacilar! Así lo proclama a la faz de un pueblo un hombre que aparenta defender los intereses de ese mismo pueblo. Lo que aconseja la prudencia humana, es que, cuando se presentan bienes y males, aquéllos se escojan y éstos se desechen; y si por todas partes solamente ocurren inconvenientes, que se sometan todos a un juicio severo e imparcial, y se elija aquel partido que cause menos daños. Esto y no otra cosa es lo que aconseja la prudencia. ¿Qué se diría del hombre a quien se propinase una copa, y sospechando él que estaba envenenada, la apurase hasta las heces, tan sólo por la razón de dudar, si puede o no causarle la muerte? Suicida, y no prudente, debería llamarse tal hombre.

Figurémonos además dos padres de familia, que recogidos en sus casas con sus esposas y sus hijos, quieren libertarse de los malhechores que infestan una ciudad: figurémonos que en las tinieblas de la noche tocan a sus puertas personas desconocidas, suplicando que se les de entrada so pretexto de reposar de la fatiga; figurémonos que alarmada una de las familias, su padre, antes de acceder al favor que se le pide, mantiene su puerta cerrada, y asomándose por un postigo de la ventana, trata de inquirir quiénes son; pero no pudiendo saber si es gente buena o mala, les dice que aguarden hasta que pueda reconocerlos con la luz del día; y cerrando otra vez la ventana, se retira a su alcoba para consolar a su familia. Mas, supongamos que el otro padre, a pesar de ignorar si los que han tocado a su puerta son hombres de bien o malhechores, se tira de la cama desde que oye el primer toque, y lanzándose a la puerta en medio de los lamentos y alaridos de su angustiada familia, la abre de par en par, y da entrada a las personas desconocidas; mas, éstas apenas pisan los umbrales, cuando cargan de recio sobre los miembros de la afligida familia, hiriendo a unos, matando a otros, y esparciendo en los demás el luto y la desolación. A vista de escenas tan desastrosas, ¿cuál de los dos padres, pregunto yo, cuál de los dos ha procedido conforme a los dictámenes de la prudencia? ¿Será aquel que supo preservar a su familia por haberse mantenido encerrado durante la duda que le asistía; o el que necio y ligero se dejó arrastrar de la incertidumbre, trayendo sobre su familia tan terrible calamidad? No imprudente debe llamarse, sino parricida, el hombre que de tan brutal manera compromete la vida de una familia que por los títulos más sagrados está obligado a conservar; y no de otra manera, aunque sí, bajo de circunstancias todavía más agravantes, incurriría también en la misma nota de

parricida del hombre público, que atropellando tan poderosas consideraciones, hundiese al pueblo en los horrores de la peste.

Verdad es, que no está acorde la opinión de los médicos en cuanto a la naturaleza contagiosa de algunas enfermedades; pero cuando de las opiniones se pasa a los hechos, se observa, que los gobiernos de las naciones europeas y americanas, desechando todas las teorías, y atendiendo únicamente a la salvación de sus pueblos, establecen cuarentenas desde el momento en que temen la introducción de alguna peste. A juzgar por las reglas del articulista, los gobiernos más sabios del mundo, no sólo han despreciado los consejos de la prudencia, sino ocasionado a sus pueblos uno de los daños más enormes. Cuando el lector repasare estos renglones, solamente le suplico, que contemple por un instante en la conducta que siguen las naciones más ilustradas del orbe; y que comparándola con las máximas del escritor del *Lucero*, decida si éstas o aquéllas deben ser la norma de las acciones de un pueblo.

Nuestro formidable antagonista, recogiendo todas sus fuerzas lógicas como para dar una carga decisiva, nos dice con cierto aire de triunfo, que *“en los Estados Unidos de América, país donde se ha estudiado a fondo y por una larga serie de años la fiebre amarilla, los médicos contagionistas están con los no contagionistas en razón de 4 a 81”*. De aquí quiere inferir, que siendo incierta la naturaleza contagiosa de esa enfermedad, no debe haber cuarentenas para el cólera. La primera inexactitud con que se tropieza en este pasaje, es que, se equipara el cólera con la fiebre amarilla, siendo así, que de que haya pocos o muchos médicos que crean o no en el contagio de ésta, nada se deduce respecto de aquélla, porque bien pudiera ser que la fiebre amarilla fuese contagiosa sin serlo el cólera, y al contrario. La segunda inexactitud consiste, en que el articulista no ha advertido el abismo en que se ha precipitado. Si de la incertidumbre de la naturaleza contagiosa de una enfermedad quiere inferir que no debe haber cuarentenas, ¿cómo explica el hecho de que, a pesar de creerse generalmente en los Estados Unidos que la fiebre amarilla no es contagiosa, el sabio gobierno de aquella nación impone cuarentenas a todos los buques procedentes de los países en que reina esa enfermedad? Y si tales medidas exige por el remoto evento de que pueda ser contagiosa, ¿qué no será respecto del cólera, cuyo azote considerándose allí por muchos como contagioso, se comunica de un punto a otro con la mayor facilidad, y cuyos estragos, así en su extensión como en su intensidad, son incomparablemente mayores que los de la fiebre amarilla? No queda, pues, más recursos a nuestro articulista sino decir, o que el Gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica no entiende las reglas de la prudencia, o que él mismo se ha traspasado el corazón con las armas que empleó para ofenderme.

II. Las cuarentenas sólo producen gastos y mortificaciones a los pueblos

Si el articulista, antes de asentar una proposición tan errónea como antisocial, hubiera reflexionado por un instante en las funestas consecuencias que envuelve, sin duda se habría abstenido de trasmitirla a la prensa. ¿Por qué no leyó lo que sobre cuarentenas dije en mi *Carta*? y si lo leyó, ¿por qué lo pasa tan en silencio? ¿Por qué no se dignó de examinar mis razones para que, confutándolas, hubiese obtenido una victoria completa? Mas, ya que nada de esto ha hecho, véome en la necesidad de reproducirlas, no sólo para que sirvan de respuesta a la falsa proposición que combato, sino de estímulo al articulista para que me manifieste su juicio acerca de ellas; y si no fuere favorable, espero que las impugne, no con vagas declamaciones según tiene de costumbre, sino con hechos y raciocinios.

“Otra de las precauciones indispensables es el *establecimiento de rigurosas cuarentenas* para todos los buques procedentes de países apestados o sospechosos. En este punto es preciso que haya una firmeza, una severidad inflexible. Cuando se trata de la salud del pueblo, todos los intereses deben callar; y mucho más, cuando nuestra posición insular alza contra el cólera una barrera para protegernos del contagio de los países apestados. Leamos, releamos mil y mil veces las disposiciones que el Gobierno Supremo tomó para impedir la entrada del cólera en España, desde que allí circuló el rumor de haber invadido a Portugal. Con fecha 28 de enero de este año manda S.M., entre otras cosas, que si el general en jefe del ejército de observación en la frontera de Portugal tuviese motivos fundados para temer que no sean vanas las sospechas de la aparición del *cólera en Oporto*, adopte con la mayor celeridad en su distrito las disposiciones más eficaces y enérgicas, para que ninguna persona, por elevado que sea su rango, pueda internarse en el reino, sin *sujetarse antes a una observación de 15 días en Portugal y otros 15 en la raya de España, en el lazareto provisional que se establezca al efecto.*

”Para hacer S.M. esta saludable prevención, no aguardó que el mal estallase en Portugal; bastole un rumor popular, y encarga que con sólo motivos fundados para temer, se cierren las puertas del reino, y a nadie se permita la entrada sin hacer antes una rigurosa cuarentena. *Cuarentenas*, mi buen amigo, *cuarentenas*: de ellas depende la salvación de ese pueblo. Nosotros estamos aquí llorando con lágrimas de sangre los tremendos efectos de su suspensión; ¿pero se remediarán los estragos con nuestro tardío arrepentimiento? No se deje usted alucinar con las vanas declamaciones de que las cuarentenas destruyen el comercio entre nosotros: por el contrario, ellas lo favorecen, porque impiden el trastor-

no de sus bases: lo aseguran, porque alejan la peste; y alejándola, se conservan ilesos los esclavos y capitales que constituyen nuestra riqueza. ¿Qué hubiera perdido La Habana con la continuación de las cuarentenas? Una cantidad muy insignificante, nacida solamente de la corta demora en el rápido giro de las operaciones mercantiles. ¿Pero qué ha perdido ahora con la introducción del cólera? Al sacar la cuenta, la pluma se cae de esta trémula mano. Los pueblos más comerciantes del mundo, los que mejor entienden sus intereses, como son los ingleses y los norteamericanos, establecen sus cuarentenas; y Nueva York, que es hoy la tercera plaza mercantil del mundo, las conserva en todos tiempos desde junio hasta octubre para todos los buques procedentes de las Antillas y de las costas hispanoamericanas donde reina la fiebre amarilla. Quebec, Quebec, esa misma ciudad fatal por donde primero invadió el cólera al Nuevo Mundo, desengañada de la ligereza que cometió, ha establecido desde mayo de este año un sistema riguroso de cuarentenas: y si las medidas que ahora exige, las hubiera adoptado antes, la América no tendría que llorar la desgracia de tantos hijos.

”Como en materias de interés, los hechos son más fuertes que los raciocinios, daré a usted una demostración de que las cuarentenas de La Habana no perjudicaron nuestro comercio. Ni los precios de los frutos bajaron en virtud de ellas, ni la entrada de los buques se disminuyó. Que los precios no bajaron, público y notorio es; y aun cuando hubiese habido alguna pequeña diferencia, todos saben que procedería de causas que no tienen relación con las cuarentenas. Que el número de buques hubiese disminuido, es tan falso, cuanto las entradas excedieron a las de años anteriores en que no había cuarentenas. Formando un pequeño estado de los meses en que generalmente vienen más buques a comprar nuestros frutos, se obtiene una completa demostración.

<i>Años</i>	<i>Enero</i>	<i>Feb.</i>	<i>Mar.</i>	<i>Nov.</i>	<i>Dic.</i>
1831	93	103	110	25	79
1832	111	113	144	84	105
1833	118	133	«	«	«

”De este estado aparece, que en noviembre y diciembre de 1832 en que existían cuarentenas, entraron más buques que en noviembre y diciembre de 1831 en que no las había; y que en enero y febrero de 1833 y de 1832 llegaron muchos más que en los mismos meses de 1831 en que tampoco las hubo”.

Cuando yo escribí la *Carta* sobre el cólera, pensé que estas razones bastarían para desengañar a los alucinados que hablan por rutina contra las cuarentenas; pero, pues, hay hombres que arrastrando el senti-

miento público, se atreven a asegurar que tales medidas sanitarias, *sólo producen gastos y mortificaciones a los pueblos*, forzoso es preguntarles. Cuando por medio de las cuarentenas se aleja la peste de un país, y se salvan de la muerte 50 o 100 000 personas, ¿se dirá que aquéllas sólo producen gastos y mortificaciones a los pueblos? Cuando las cuarentenas se guardan en Francia, Alemania, España, Italia, Gran Bretaña, Estados Unidos de Norteamérica y en otras naciones civilizadas, ¿será posible que todas estén pecando contra sus intereses, y que se obstinen en seguir, según las máximas del articulista, unas medidas que *sólo producen gastos y mortificaciones a los pueblos*? Cuando el terrible azote se ha descargado ya sobre casi todas esas naciones y el tempestuoso horizonte se ha serenado en ellas, ¿por qué, lejos de abolir las cuarentenas como ruinosas a sus intereses, vuelven y vuelven a ellas en las horas de conflicto como a la única áncora de su salvación? ¿Por qué los pueblos que sin cuarentenas fueron sorprendidos de la peste, las establecen ahora y las cumplen rigurosamente? ¿Por qué, en medio del clamor universal por *cuarentenas* que resuenan en los pueblos del viejo y nuevo continente, en medio de las enérgicas medidas con que el augusto monarca de las Españas las recomienda como el más eficaz preservativo de la peste, en medio de las lágrimas con que los habitantes de esta malhadada Isla suspiran por ellas, por qué, en fin, repito, se levanta entre nosotros una voz, que oponiéndose a la práctica general de las naciones, resiste a un tiempo a las órdenes supremas del gobierno, e insulta con su lenguaje la desgracia de sus hermanos?

III. Las cuarentenas nunca han sido suficientes para impedir la introducción de las enfermedades reputadas por contagiosas

Proposición tan falsa como con tanta arrogancia expresada, pocas veces se encontrará en papeles destinados a circular entre hombres sensatos; y no contento el articulista con aplicarla al cólera, la extiende a las demás enfermedades, que, aunque contagiosas, él no reputa por tales. Que las cuarentenas han impedido en muchos casos la introducción del cólera, aparece de la muchedumbre de hechos que he citado en la *Revista*; mas, ya que el escritor del *Noticioso* y *Lucero* no se hace cargo de ellos, es preciso reimprimirlos para condenarle a perpetuo silencio.

“Cuando en 1821 reinaba la epidemia en Persia, Teherán, su capital, cortó toda comunicación con los países infestados, y tomando las caravanas que habían de pasar por ella, el derrotero de Yerd, esta ciudad quedó apestada, y libre Teherán.

”La historia de la enfermedad comprueba, que los mismos países que se han preservado de ella mientras no han tenido comunicación con los

infestados, han sido atacados luego que la han permitido. En 1822 y 1831 se vio el Egipto amenazado por la peste que desolaba las provincias limítrofes de la Siria. En la primera época cerró sus puertas, y se salvó; mas, en la segunda las dejó abiertas, y fue invadido. En 1823 la Europa estuvo a punto de serlo por Astracán; pero cortada toda comunicación, se escapó. Aquella ciudad fue asaltada de nuevo en 1830; mas, no habiéndose tomado entonces las mismas precauciones, la epidemia se difundió por casi toda la Europa. Teherán se preservó en 1822 por un completo aislamiento. En 1829 descuida estas medidas, y hela ya víctima de la peste. La infeliz Galitzia fue invadida en enero de 1831: aislose el mal y Austria se salvó; pero introducido de nuevo y propagado a mediados de aquel año por los fugitivos de Polonia, recorrió toda el Austria.

”Cuando la isla de Francia o Mauricio fue apestada en 1819 por un barco procedente de Ceilán, el gobernador que no creía en el contagio de la enfermedad, la dejó propagar por toda la isla, causando su desolación. Con tan triste ejemplo, el gobernador de la isla de Borbón estableció rigurosas cuarentenas, y aunque fueron burladas en 1820 por la maldad de los contrabandistas negreros, que introdujeron la peste en la ciudad de San Dionisio, se destinó un hospital para los enfermos, y se cortó toda comunicación con lo interior del país. El resultado fue, que en toda la isla solamente fueron atacados 256 individuos, de cuyo número murieron 178. ¿Cuál es la razón por qué dos islas que no distan 40 leguas entre sí, y que tienen un mismo clima y casi la misma especie de población, el mal se propagase en una con mortandad espantosa, y en la otra apenas toca a un cortísimo número de sus habitantes, sepultándose en el mismo recinto donde apareció? Pérceme que todos responderán: *el aislamiento, el aislamiento.*

”En medio de la mortandad espantosa de la isla de Francia, las haciendas que se aislaron, y entre ellas algunas de mucha consideración, se salvaron de la epidemia.

”A pesar de las comunicaciones que tienen los buques de la India con el cabo de Buena Esperanza y de la inmediación a este punto de las islas de Francia y de Borbón, el cólera nunca ha podido penetrar en él. Esto se atribuye con sobrada razón al rígido sistema de cuarentenas que allí se observa.

”En un *informe de Madras* se leen estas notables palabras. ‘Las tripulaciones de los buques y las tropas que se hallan a bordo, nunca han experimentado un ataque de cólera, hasta que no se han puesto en comunicación con la playa’.

”Todas las haciendas, jardines y pueblos que se aislaron durante la epidemia que reinó en Astracán, se preservaron en ella.

”Cuando el cólera se paseaba por las ciudades que se hallan en las márgenes del Volga, Sarepta se aisló de todas ellas, y aunque rodeada por todas partes de la enfermedad, el contagio la respetó.

”En medio de la horrible mortandad de Manila en 1820, las tripulaciones de los buques, privadas de toda comunicación con la ciudad, conservaron su buena salud. Con las mismas precauciones, dice Moreau de Jonnès, se salvó el pueblo Cavite, situado en la bahía de Manila a dos o tres leguas de la ciudad.

”Cuando el cólera reinaba en Alepo en 1822, Mr. Lesseps, cónsul de Francia, convidó a todos los europeos, para que le acompañasen a su quinta, situada en las inmediaciones de aquella ciudad. Encerráronse en un jardín, levantaron una muralla alta, abrieron un foso, y a pesar de haber más de 200 personas entre naturales y europeos, y de la variedad de su temperamento y género de vida, ninguna fue atacada de la epidemia, que asolando los contornos de esta pequeña colonia, en sólo Alepo había matado 4 000 personas.

”El cónsul francés de Lattaquia se encerró también en esta ciudad con todos los europeos, y sometiendo a una rigurosa cuarentena a todo lo que entraba en su casa, el cólera los respetó. Estas medidas se tomaron en varios pueblos del Mediterráneo, y siempre produjeron los mismos felices resultados.

”El doctor Hawkins, dice en su *Historia del cólera en Rusia*, que en Caramala Gubeewa, varios labradores rusos que vivían a una cien varas de la villa, se encerraron en sus chozas al primer rumor de haber aparecido la enfermedad en sus inmediaciones; y habiendo establecido una rigurosa cuarentena durante el tiempo que aquélla reinó, todos se preservaron.

”Cinco meses estuvo Moscú bajo el azote de la epidemia. El vasto establecimiento que compone la academia de cadetes de aquella ciudad, cerró sus puertas; y en medio de la mortandad general ni un solo individuo fue atacado.

”El caso que voy a referir, tiene en mi concepto una fuerza extraordinaria. El hijo de un aldeano, cochero de un noble ruso, murió. Su padre que vivía en una aldea del gobierno de Pensa, en Rusia, fue al lugar donde había muerto el hijo para recoger los efectos que éste había dejado. Volvió a su casa, se puso la ropa del difunto, y usándola uno o dos días, fue atacado del cólera, y murió. Tres mujeres que le habían asistido durante su enfermedad, y lavado el cuerpo después de muerto, también fueron invadidas y perecieron dos; mas, antes de expirar la última, llegó un médico para socorrer a los habitantes de la aldea; y viendo que la enfermedad se difundía por el rumbo donde habían ocurrido los cuatro casos, hizo barricar la calle para impedir absolutamente toda comunicación entre las dos partes de la aldea. Hecho esto, el resultado fue, que en la parte de la aldea en que estalló la enfermedad, hubo más de 100 casos de cólera, de los cuales murieron 45, pero no se presentó ni uno solo del otro lado de la barricada.

”Presos encerrados en cárceles de altos muros, se han escapado del cólera, en medio de pueblos infestados.

”En La Habana hemos visto los cuatro monasterios de San Clara, Santa Teresa, Santa Catalina y Santa Úrsula, que situados en barrios diferentes, no han sido invadidos de la epidemia, a pesar de que la muerte recorría día y noche sus alrededores. Cuéntase un solo caso en Santa Teresa; ¿pero en quién ocurrió? Cabalmente en la ropera, persona muy expuesta a recibir el contagio por medio de los vestidos que recibía. Y no se diga que se han preservado por ser corto el número de las monjas, pues en el monasterio de Santa Clara donde yacen encerradas como 100 personas, no ha ocurrido ni un solo caso. Esto es tanto más de notar, cuanto que dentro de sus muros habitan muchas criadas, y todas de color; gente que más que ninguna otra ha sufrido en esta tierra los destrozos de la epidemia. Bien conozco que habrá influido mucho el arreglo y la tranquilidad de espíritu de estas buenas religiosas; pero muchas familias, en quienes además de concurrir tan favorables circunstancias, están compuestas de un número mucho más corto de personas, ¿no han visto entrar por sus puertas la funesta plaga, y difundir la consternación en sus pacíficos hogares?

”Cuando el cólera ha llegado a las fronteras de un país que tiene comunicación con los lugares apestados, pasa a él sin detenerse; pero si hay cordones sanitarios, o no entra, o si entra, es después de largo tiempo. La Silesia está lindando con la Polonia; y aunque apestada esta nación, aquella provincia se salvó por largo tiempo, valiéndose de cordones sanitarios.

”También se establecieron en el camino de Moscú a San Petersburgo; mas, no en el de Saratow: el cólera se introdujo en San Petersburgo por esta ruta, y no por la primera.

”Atacada Berlín, se aislaron muchos de sus establecimientos públicos, y el cólera los respetó.

”Weisdo se aisló completamente, y aunque a poca distancia de Riga que estaba apestada, se preservó de la epidemia. La Galitzia es uno de los países de Europa que más ha sufrido; pues con todo, ninguno de los muchos pueblos que se aislaron completamente, fue atacado del cólera. Aun en Lemberg, su capital, donde de cada 13 personas murió una, y de cada nueve fue una invadida, la princesa Lobkowitz, aislándose en su palacio, libertó a su familia y a su servidumbre”.

Ni me limitaré a los casos anteriores sobre el cólera: que también quiero presentar algunos sobre otras enfermedades, para acabar de confundir al *anticuarentenista escritor*.

Ruffi dice en su historia de Marsella, que esta ciudad fue atacada 20 veces de la peste desde el año 49 antes de la era vulgar hasta 1729. Se ha notado que el mayor número de invasiones ocurrió en los siglos xv, xvi y

XVII, pues se cuentan en ellos 16. Su frecuente aparición nació del aumento de las relaciones mercantiles en el Levante, y de los establecimientos sucesivos de los franceses en aquella región; pero el comercio que era el introductor de la peste, también le encontró el remedio, pues habiendo observado los negociantes franceses establecidos en Alejandría y en El Cairo, que los monjes cophtos, aislados de la peste, se preservaban del contagio, ellos también se aislaron, y obtuvieron los mismos felices resultados. Estas noticias llegan a Europa, Marsella y otros puntos establecen cuarentenas, y desde entonces se salvan. Según informe de las personas encargadas de la policía sanitaria de Marsella, la peste de Levante ha aparecido muchas veces en el lazareto de aquella ciudad desde 1720; pero siempre ha sido ahogada en él, sin haberse extendido a la población. Y con hechos tan positivos, ¿se negará todavía la utilidad de las cuarentenas? M. Deidier, probando que la peste de Marsella en 1720 había sido efecto del contagio, refiere que los habitantes que fueron admitidos en la abadía de San Víctor, y todos los conventos reclusos se libertaron de ella.

Oigamos como habla Volney sobre la peste de Levante en su célebre viaje al Egipto y la Siria:

“Algunos han querido asentar entre nosotros la opinión de que la peste era originaria del Egipto; pero esta aserción, fundada en vagas preocupaciones, parece desmentida por los hechos. Nuestros negociantes establecidos en Alejandría hace tantos años, aseguran de concierto con los egipcios, que la peste jamás viene de lo interior del país,²² sino que primero se presenta sobre la costa de Alejandría; de aquí pasa a Roseta, después al Cairo, luego a Damietta y, finalmente, al resto del Delta. También han observado que siempre es precedida de la entrada de algún buque procedente de Esmirna, o de Constantinopla; y que si ha sido violenta en alguna de estas ciudades en el verano, crece el peligro para la suya en el invierno entrante. Parece demostrado que su foco es Constantinopla, que allí se perpetúa por la ciega negligencia de los turcos, la cual llega al colmo; pues se venden públicamente los muebles de los apestados. Las embarcaciones que van luego a Alejandría, nunca dejan de traer abastos, y vestidos de lana comprados en esas ventas, cuyos géneros son expendidos en el *bazar*, o *mercado público*, desde donde propagan el contagio al instante: los griegos que hacen este comercio, son casi siempre las primeras víctimas: poco a poco van cundiendo la epidemia por Roseta, hasta que, finalmente, llega al Cairo, siguiendo el camino trillado por las mercancías. Al momento que se decla-

22 Próspero Alpino, médico veneciano, que escribía en 1591, dice asimismo, que la peste no es oriunda del Egipto; que de donde viene es de Siria, de Grecia y de Berbería; que los calores acaban con ella, etc. Véase su obra de *Medicina Aegiptiorum*, p. 28.

ra, los negociantes europeos se encierran en sus *kans*, o *haciendas* con sus familias, y no comunican más con los de afuera. Los víveres, depositados a la puerta del *kan*, los recibe un portero, que los coge con tenazas de hierro, y los sumerge en un barril de agua destinado al intento. Si se quiere hablar con ellos, se mantienen siempre retirados, de modo que no pueda hacer contacto con sus vestidos, ni aun alcanzarles el aliento; con tales precauciones logran preservarse de la peste, a menos que no se infrinja en algo este arreglo. Hace algunos años que, habiendo pasado un gato por las azoteas a las viviendas de nuestros negociantes del Cairo, comunicó el contagio a dos de ellos, de los cuales uno murió”.

Y con hechos tan decisivos, ¿se negará que las pestes se introducen? ¿Se negará la necesidad de las cuarentenas? Si la peste, que es tan común en Egipto, es mucho más rara en Siria, esto no sólo proviene de la diferencia de clima, sino de que son muy pocos los buques que de Constantinopla van allí en derechura.

El mismo autor se expresa así más adelante:

“La creencia arraigada en el fatalismo, y mucho más la barbarie del gobierno, han estorbado hasta aquí a los turcos precaverse de esta plaga tan horrorosa: sin embargo, el buen suceso con que han visto coronados con esmero y prolijidad de los francos, ha causado bastante impresión a muchos de ellos de algún tiempo a esta parte. Los cristianos del país que tratan con nuestros negociantes, de muy buena gana se encerrarían lo mismo que ellos; mas, para esto sería menester permiso formal de la Puerta”.

Quizás leería este pasaje el articulista, y penetrado de su sabiduría, desea que vivamos a la turca; pero no a la turca de estos últimos años, sino de tiempos anteriores, pues, según un célebre autor, ya “la mayor parte de los musulmanes empiezan a entregarse con menos seguridad al fatalismo; y si en Constantinopla y Esmirna no toman ninguna medida para precaverse de la peste, otras muchas ciudades toman semi-precauciones que podrán después ser mejor ordenadas. Efectivamente, Volney, contrayéndose a este particular, dice:

“Que el gobierno de Túnez ha adoptado la medida de los lazaretos hace algunos años; pero la policía turca es en todas partes tan detestable, que no debemos prometernos el mejor resultado de semejantes establecimientos, a pesar de su extrema importancia para el comercio y para la seguridad de los Estados del Mediterráneo. El año pasado tuvimos de ello una triste prueba: cundió en Túnez una peste tan violenta, cual jamás se había experimentado, y fue llevada por buques procedentes de Constantinopla, que habiendo sobornado los guardas, entraron fraudulentamente, sin hacer cuarentena”.

Estos y otros muchos hechos que pudiera citar, han desengañado a los hombres juiciosos, y hécholes clamar por las medidas sanitarias. “En

Europa, así se explica el *Diccionario de Ciencias Médicas*, obra compuesta por los primeros facultativos de Francia; en Europa, la rígida observancia de los sabios decretos sobre sanidad es el único medio de prevenir la peste; y se puede esperar, con razón, que mientras estos decretos se observen escrupulosa y rígidamente, jamás aparecerá esta enfermedad en nuestros países”. Y hablando en otra parte de los lazaretos, dice así:

“Los lazaretos se hallan ordinariamente en la inmediación a los puertos de mar, y principalmente en las costas del Mediterráneo a causa del comercio de Levante. A estos establecimientos y a las leyes sanitarias que se guardan en ellos, con más o menos rigor, deben los países meridionales de Europa el no ser ya afligidos en lo interior de sus territorios durante las últimas pestes, y la España entera el haber podido evitar las terribles epidemias de fiebre amarilla que han desolado una parte de este reino”.

Tan penetrados están los pueblos de la necesidad de las medidas sanitarias, que muchos médicos las recomiendan aun en aquellos casos en que creen que la enfermedad no es contagiosa. Yo no puedo menos que transcribir lo que la Sociedad Médica de Nueva Orleans dice en la *Relación sobre la fiebre amarilla* publicada en 1818, a pesar de que los autores no la reputan por contagiosa. “Esta enfermedad de naturaleza endémica, ha llegado a ser epidémica, por un conjunto de circunstancias que han favorecido su desarrollo y progresos; ella no ha sido contagiosa, pero se concibe que semejante a otras afecciones, puede adquirir este carácter funesto. En fin, el Estado de la Luisiana debe alejar, por medio de establecimientos sanitarios, todos los azotes morbíficos que la marina de todos los pueblos está pronto a introducir a cada instante”.

Y no contenta todavía con esto, aconseja la misma Sociedad en el compendio de sus trabajos, la traslación y aislamiento del cementerio, y la construcción de un lazareto. La comisión de la facultad médica de París, consultada por el Ministro del Interior, respondió en 1818, “que era necesario continuar tomando contra la importación de la fiebre amarilla, las precauciones ya establecidas en todos los puertos de mar europeos”.

Haya pues cuarentenas, y háyalas, porque son necesarias para la seguridad de los pueblos; pero cúmplanse como deben cumplirse. Por fortuna vivimos en una isla, y apartados por los mares de los países que nos pueden infestar, no corremos el peligro de las naciones que habitan en un continente, donde esparcido el contagio, ya es muy difícil contenerle. Saquemos, pues, partido de las ventajas que nos da la naturaleza, y viviremos menos desgraciados.

IV. La idea del contagio inspira al pueblo un terror profundo: luego no haber cuarentenas

¡Peregrina lógica! ¡Bello modo de discurrir! El pueblo cree que hay contagio y le teme; mas, para curarle sus temores, el articulista desea que se le ponga en libre comunicación con los países infestados. Pero él me dirá, que lo que quiere es, que al pueblo no se le diga que la enfermedad es contagiosa para no alarmarle. Acerca de esto me ocurren algunas reflexiones.

1ª El terror del pueblo no tanto nace de la idea del contagio, como de la muerte que le amenaza, sea o no contagiosa la enfermedad; y esto se comprueba con la experiencia del género humano. Reine una epidemia mortífera, y péguese o no se pegue, se la teme en razón del número de víctimas que sacrifica. Aparezca otra muy contagiosa, pero que respeta la vida de los hombres; y el pueblo no temblará como en las circunstancias anteriores. ¿Ha habido entre nosotros alguna epidemia más general que la llamada el *dengue* en 1828? Familias enteras enfermaron, quedáronse muchas casas sin criados que las sirviesen, rara fue la persona que se escapó de la enfermedad; mas, a pesar de haberse visto La Habana convertida en un hospital general, sus habitantes no se alarmaron, porque muy pronto conocieron que la epidemia no era mortífera. Supóngase que todos hubiesen creído que el *dengue* era contagioso, ¿se habrían por esto consternado, cuando contaban con la seguridad de su vida, y con los leves y cortos padecimientos que generalmente causaba? No, por cierto. La idea, pues, del contagio no es la que principalmente contribuye a aterrar al pueblo, sino la espantosa de la muerte pronta y terrible con que nos devora la enfermedad que nos asalta.

2ª Aun suponiendo que para tranquilizar al pueblo se le diga que una enfermedad no es contagiosa, no por eso se le ha de entregar al peligro, privándole de los medios que puedan resguardarle. Si se desea seguir el sistema del engaño, hágasele creer, en buena hora, que el cólera no es contagioso; pero imítese al mismo tiempo la prudente conducta de los médicos, que ocultando a los enfermos la gravedad de sus males, y representándoles como leves los que a veces son mortales, no los dejan abandonados a tan funesta ilusión, sino que procuran atajar la enfermedad valiéndose de los medios que el arte les sugiere. Cuando el pueblo ve que se toman medidas para preservarle, lejos de desalentarse, se anima; y si hay alguna por la que claman acordes, contagionistas y no contagionistas, sin duda es la de cuarentenas.

3ª No puede ser conveniente engañar al pueblo, haciéndole creer que no es contagiosa una enfermedad que lo es. Esto engendra una falsa confianza, que produciendo el abandono de todas las medidas de seguridad, acarrea al pueblo males mayores que los que se quieren evitar.

El general de un ejército, que rodeado de enemigos, hiciese creer a sus soldados que nada tienen que temer, y que depongan las armas con que pueden defenderse, ¿no se expone a ser atacado y destruido en justa recompensa de su criminal abandono? Pues, ved aquí lo que aconseja nuestro famoso articulista.

4ª La opinión del contagio debe inspirar al pueblo menos terror que la del no contagio. En las enfermedades contagiosas, el hombre tiene recursos para alejar la peste: puede huir del lugar infestado; puede aislarse de la manera que le plazca y preservarse de un modo u otro; pero cuando el mal reina en la atmósfera, entonces no hay seguridad en ningún paraje. De día y de noche, en la calle y en la clausura más estrecha está expuesto a todas horas a ser víctima del mal: y en tales circunstancias, ¿qué recursos le quedan al pueblo para salvarse de él? Ninguno, ninguno absolutamente. Pero en las enfermedades contagiosas y que no dependen de afecciones atmosféricas, puede interponer las cuarentenas y salvarse.

En vano exagera el articulista los horrores del desamparo. No tema, no, que los hijos abandonen a los padres; los padres, a los hijos; los esposos, a las esposas, ni los hermanos a los hermanos. Tiernos y entrañables sentimientos dominan el corazón humano, y la horrible epidemia que acabamos de pasar, ofrece numerosos ejemplos de familias, que íntimamente persuadidas de la naturaleza contagiosa del mal, antes que ausentarse del lado de tan caros objetos, prefirieron morir con ellos tendidos en un mismo lecho. Estos dulces afectos a que el hombre sacrifica tantas veces su vida, la idea consoladora que sin *predisposición* no atacan las enfermedades, y la diaria experiencia de que salen ilesos muchos de los que están en íntima comunicación con los enfermos, son contrapesos que debilitan los motivos que pudieran inducir a muchos a tomar el partido de la fuga. Y si se reflexiona, que en los pueblos civilizados, en los gobiernos bien constituidos se toman medidas para socorrer al infeliz, ya se conocerá cuan exagerados son los males que nos anuncia el intimidado articulista. Pero lo que debe llamar mucho la atención de mis lectores, es el contraste de sentimientos que nos presenta en su papel. El mismo hombre que ahora se nos muestra tan solícito por la salud del pueblo; el mismo que ahora se empeña en que no se turbe el sosiego de los tímidos con la mala noticia de que el cólera es contagioso; ese, ese mismo hombre, olvidado de tanta filantropía, pide abiertamente la extinción de las cuarentenas para que la peste acabe de devorarnos.

A las enfermedades contagiosas que el articulista no tiene por fatales, las califica de epidémicas; esto es, según su lenguaje, “dependientes de una causa general cualquiera que sea, que obra uniformemente sobre una porción más o menos extensa de la superficie de nuestro globo, y que puede dilatarse a otras regiones o concentrarse en un pequeño

territorio". Contra esto solamente se me ocurren dos leves reparos. Primero, que el articulista no sabe lo que quiere decir *epidemia*, porque este vocablo no se puede emplear como contrario a la palabra *contagio*. *Epidemia* no es otra cosa sino una enfermedad que ataca a un tiempo a muchos individuos, sea o no contagiosa: por consiguiente, el contraste u oposición que se forma entre enfermedades contagiosas y epidémicas, es un absurdo. Segundo, que el articulista habla de una causa general cualquiera que sea; pero no se digna de mencionarla, ni menos de exponer alguna conjetura que le dé visos de realidad. Decir que las enfermedades epidémicas dependen de una causa general cualquiera que sea, y decir esto para combatir la opinión del contagio sólidamente establecida con hechos y con razones, es una de las *nadas* más grandes con que se puede embarrar el papel. Déjese usted, pues, de generalidades, Señor Articulista, hable más contraído a la cuestión, y ya entonces le podremos tomar el pulso.

Supone, que cuando en La Habana se suspendieron las cuarentenas, el cólera estaba *adormecido en todos los países con los cuales tenemos relaciones mercantiles*. Falso. Despierto y muy despierto estaba todavía en la nación que más temores debía inspirarnos, en la de nuestros vecinos los norteamericanos; y aunque es verdad que el Excmo. señor Gobernador y Capitán General permitió que se levantasen las cuarentenas, fue porque, según los documentos oficiales recibidos de los Estados Unidos, y por haber venido ya las patentes limpias, creyó de buena fe que había desaparecido enteramente. Con muchos hechos he probado en mi *Carta* que aun en los rigores del invierno mantuvo erguida la cabeza en varios puntos de aquella república; y las tristes escenas que se representaron en los Estados de Tennessee y la Luisiana, imponen un imperioso silencio a los que pretenden negar tan dolorosa verdad.

"¿Pero podíamos haber continuado, así prosigue el autor; aquel sistema indefinidamente? ¿No se nos presentaba este terrible dilema, o perecer de miseria, o exponerse a una enfermedad contagiosa, dado que efectivamente lo sea?"

Sin perecer de miseria y sin exponerse a recibir la enfermedad contagiosa, bien pudieron haberse continuado las cuarentenas por todo el tiempo necesario, haciendo las modificaciones que dictasen las circunstancias. Viene un buque de un país donde no hay cólera, permítasele franca entrada: existen algunas sospechas, póngasele en observación: procede de un lugar apestado muy distante de nosotros, tómese en cuenta el tiempo que ha pasado en la mar, y si durante la travesía no hubiese tenido novedad, su cuarentena no sea tan larga como la de otro que haya tenido enfermos. Viene, en fin, de un paraje vecino apestado, cuarentena rigurosa con él; y si en la navegación o en nuestros puertos hubiese tenido enfermos, aíslesele completamente. De este modo pro-

ceden todos los gobiernos sabios que se interesan por la salud de sus pueblos; y de este modo también nosotros pudimos haber procedido sin caer en los horrores de la miseria. Todo lo contrario confirma la experiencia entre nosotros. Por más de un año vivimos con cuarentenas, y lejos de haberse disminuido el número de buques en los meses de más ocurrencia, hubo más entrada que en los correspondientes a épocas en que no había cuarentenas. Ya hemos pasado por éstas que también por los rigores de la peste. El público tiene delante de sí los hechos y puede juzgar con exactitud. ¿A quién de nosotros arruinaron las cuarentenas durante su existencia? ¿A quiénes costaron la vida? ¿Cuáles fueron las familias que se hundieron repentinamente en la miseria? Pero, ¿cuál es el cuadro que se nos presenta con la invasión del cólera? Propietarios arruinados, ancianos desvalidos, viudas llorosas, huérfanos inconsolables, respondió, respondió por mí al hombre que insulta la humanidad, asegurando que para alejar la miseria de los pueblos, nos debemos exponer a los horrores de una peste.

Levántame el articulista un falso testimonio cuando valiéndose de mi dicho, quiere dar a entender que en mi concepto, los males causados por la peste en la isla de Cuba, son fáciles de reparar. Cabalmente dije todo lo contrario, y para evitar siniestras interpretaciones, transcribiré el párrafo en que hablé de la materia.

“No es dable calcular desde ahora las terribles consecuencias que el cólera ha de producir entre nosotros. En los países recargados de población, y cuyos elementos sociales no son tan heterogéneos como los de la isla de Cuba, las pestes, aunque contrarias a los individuos a quienes destruye, son favorables a la masa de la población, porque pereciendo solamente vidas y no capitales, éstos se reparten en menor número de personas, al paso que también se aumentan los medios de subsistencia; y como ésta es la palanca principal de la población, claro es, que a la mortandad causada por una peste, se sigue un aumento rápido de aquélla. Mas, esto no puede suceder en Cuba, porque cuando mueren esclavos, no sólo mueren hombres, sino que perecen capitales, pertenecientes a familias; y como éstas libran en ellos su subsistencia, quedan arruinadas y confundidas en la miseria”.

Este párrafo también ha sido objeto de la censura de nuestro juicio-articulista, y torciendo su sentido, saca de él varios sofismas. En primer lugar, mide con una misma vara a todos los países, mientras que yo distingo a los que tienen esclavos, de aquellos en que nos los hay, y aun respecto de éstos distingo también a los que no están recargados de población de los que lo están. En los primeros países, el hombre es propiedad de otro; mas, no en los segundos; de aquí es, que dije entonces y repito ahora, que cuando mueren esclavos, no sólo se pierden vidas sino capitales. Mas, replica el articulista, en segundo lugar, “que la muerte

de un hombre libre acarrea siempre la pérdida de un capital proporcionado a su industria y habilidad, pues si la muerte de un esclavo que da 5 reales diarios de jornal, se valúa en una pérdida de 500 pesos, la de un hombre que gane 100 pesos de sueldo mensual equivale a la destrucción de un capital de 3 200 pesos”.

El primer sofisma que aquí se comete es, que se confunden las palabras, *capital*, *industria*, en una cuestión en que representan cosas diferentes. La palabra *capital*, así como otras muchas, tiene un sentido muy vago; pero hay casos en que es preciso darles una significación limitada, y precisa, fijando el verdadero sentido de lo que se quiere decir. Por esto es, que no sólo en el lenguaje vulgar, sino en el económico-político y en el jurídico, *capital* e *industria* se consideran como cosas diferentes. Dase el nombre de *capital* en el lenguaje vulgar a los bienes materiales, al dinero y otros fondos más o menos transmisibles; y el de *industria* a la habilidad o capacidad de hacer tal o cual cosa. Los *capitales* pasan de unos a otros, y no se destruyen por sola la muerte del poseedor o propietario: la *industria* es intrasmisible, y perece con el individuo que la posee; pues lo único que se hace en las operaciones de la vida, es vender o alquilar sus servicios; mas, no manejar la facultad que los produce. Hasta ahora, a nadie le había ocurrido llamar *capitalistas* a los artesanos y jornaleros sólo por razón de sus industrias: sin embargo, ya desde hoy podrá dárseles este nombre, según el lenguaje correcto de nuestro castizo articulista. Ábranse las obras de economía política, y por donde quiera se tropezará con la diferencia entre *capital* e *industria*, y entre *capitalistas* y *hombres industriosos*, y si de los libros de esta ciencia pasamos a los de derecho, las leyes nos dicen, que entre los varios modos de hacer compañías, uno de ellos es, poniendo un socio el *capital*, y otro sólo la *industria*. Es pues claro, que confundir estas dos palabras, es cometer un error muy grosero. Y a vista de esto, ¿qué fuerza puede tener la cuenta que nos saca el articulista sobre los jornales de su esclavo que vale 500 pesos, ni sobre los 100 pesos mensuales que gana un hombre industrioso? Lo que sí debió haber considerado es, que cuando muere éste, el valor de su industria no lo pierde ningún propietario, porque ninguno lo ha comprado; y si bien la sociedad queda privada de un individuo, esta pérdida es en los países recargados de población, que fue a los que especialmente me contraje cuando escribí sobre este particular, esta pérdida, repito, es fácil y prontamente reparada por otros que ejercen la misma industria, pudiendo ser esto en algunos casos con ventaja notable de la misma sociedad. ¿Pero sucedería lo mismo, si el hombre industrioso pasase a la esclavitud? En tal caso, su muerte no sólo privaría de su industria a la sociedad y a su amo, sino que causaría a éste un perjuicio directo, haciéndole perder el capital en que compró esa misma industria. ¡Cuán distinta, cuán distinta sería hoy la suerte de

nuestros hacendados, si en vez de brazos comprados se sirvieran de asalariados! La muerte de éstos solamente podría privarles por un muy corto tiempo de los servicios de su industria, sin comprometerles su propiedad: pero la de aquéllos, los empobrece y arruina. Así lo conocen todos, y así lo deploran muchos. No crea, pues, el articulista, no crea, según le plugo expresar, “que las reflexiones del Editor de la *Revista*, son la sátira más amarga de varios ricachos holgazanes que se creen sujetos de mucha importancia porque poseen algunos centenares de millares de pesos, y cuya muerte no produce otro efecto apreciable que la simple traslación de capital de una manos a otras”. El Editor de la *Revista* se complace en saber que varios de esos mismos ricachos hacen justicia a sus sentimientos, y que lejos de mirar en sus escritos las sátiras amargas, que con sus empañados ojos descubre el articulista, leen en ellos las efusiones más puras de un corazón que jamás se ha humillado ante el poder, ni servido de vil instrumentos a las pasiones de un perverso.

El haber dicho yo, que cuando muere un esclavo, no sólo perece un hombre, sino que se pierde un capital, ha causado grande escozor a nuestro articulista; y así es que le oímos prorumpir azorado: “Ésta es la primera vez que se han valuado a más alto precio los esclavos que los hombres libres”. Yo comparé los efectos que bajo un punto económico produce la muerte en unos y otros; pero no me extendí a evaluarlos. ¿De dónde, pues, se infiere que yo tasé a los esclavos en más alto precio que a los libres? Ésta es una suposición muy gratuita; pero pues la ha querido hacer el articulista, dígole, ya que lo ignora, que a veces los esclavos valen más que los libres. Si uno de éstos, dado a vicios y maldades, se compara con un esclavo industrioso, ¿quién duda que éste vale mucho más que aquél?

Nota también el articulista algunas faltas de lenguaje en la *Carta* del Editor de la *Revista*. La primera es “la palabra *plaga* tomada en sentido absoluto como sinónima de peste, lo cual es un puro anglicismo, pues en castellano no se dice nunca *la plaga* sino *una plaga*”.

La palabra *plaga* tomada en sentido absoluto como sinónima de peste no es un *puro anglicismo*, sino un *puro castellanismo*. El Diccionario de la Academia Española, explicando las diferentes acepciones en que se toma la palabra *plaga*, dice en una de ellas: “*plaga*, la calamidad grande que ordinariamente envía Dios a las provincias, reinos o lugares en castigo y pena de sus culpas; como la langosta, *peste*, etc.” Luego *plaga* usada en lugar de *peste* es palabra muy castellana.

¿Y en qué se funda nuestro remilgado crítico para decir que en castellano nunca se dice *la plaga* sino *una plaga*? Si nos diera algunas razones, ya sería menos descabellada su pretensión; pero querer que a su voz inclinemos la cabeza cuando le acabamos de coger un punto en con-

tra, es una majadería que por más indulgencia que tengamos, debe ser castigada con un par de palmetazos. Es la *Biblia*, señor crítico, el libro que tengo en las manos; pero está traducida al castellano por el reverendísimo padre Felipe Scio de San Miguel, obispo electo en Segovia; abro por el Éxodo, que es el segundo libro de los que componen el Viejo Testamento, y en la cabeza del capítulo 11, me encuentro con estas palabras: “*Manda Dios a Moisés que despojen a los egipcios. Se anuncia y describe la muerte de los primogénitos que fue la décima y última plaga*”. Ahora bien, se sabe por reglas gramaticales, que el artículo *la* siempre acompaña a los nombres sustantivos, pero jamás a los adjetivos; de suerte, que cuando se encuentra precediéndolos, es porque el adjetivo se halla antepuesto al sustantivo. Resulta, pues, de esta explicación, que las palabras *la décima y última plaga*, colocadas en el orden gramatical, deberían leerse, *la plaga décima y última*. En el mismo libro, al capítulo 12, versículo 13, dice Dios: “...Y veré la sangre, y pasaré más allá de vosotros: ni habrá en vosotros *la plaga destruidora*”. ¡Qué tal, señor *Grammatista*! ¿Se puede o no se puede decir *la plaga*?

Consultemos al maestro don Tomás Iriarte, cuyo voto es irrecusable en materias de lenguaje. En sus lecciones de historia y geografía se expresa así:

“Padebió Egipto diez terribles plagas, de las cuales la primera fue convertirse las aguas en sangre; la segunda, una multitud de ranas; la tercera, otra multitud de mosquitos que perseguían a hombres y animales; la cuarta, unas moscas de gran tamaño; la quinta, una horrible mortandad de ganados; la sexta, úlceras o llagas que atormentaban así a los brutos como a los hombres; la séptima, granizo con truenos y rayos; la octava, una infinidad de langostas; la nona, espesas nieblas”.

Aplicado aquí lo que ya hemos dicho acerca del artículo *la*, cuando precede a los adjetivos, tendremos que Iriarte repite en un solo párrafo los vocablos *la plaga* no menos que nueve veces.

El tomo 5º del Diccionario de la lengua castellana de la primera edición en 1737, después de dar la significación de la palabra *plaga*, trae una cita en que sanciona el uso de este vocablo con el artículo *la*. Dice así: “Convencido con esto el Rey, le vino a dar licencia para que le sacase al desierto en que había de sacrificar, con condición que no pasase de allí adelante, y rogase a Dios que cesase *la plaga* de las moscas”.

Otros ejemplos y aun algunas razones pudiera alegar; pero la cosa es tan clara y de tan poco momento, que no vale la pena de que nos detengamos más en ella. Pasemos, pues, a la segunda y última falta, que consiste en el uso de la frase, *las personas dadas a la bebida*. Dice el apuntador, que “ésta es una frase expresiva si se quiere; pero vulgarísima, y poco digna de figurar en una obra científica y literaria”. ¡Cuántos absurdos en pocas palabras! Un nuevo artículo necesitaría para demos-

trarlos completamente; mas, no debiendo malgastar mi tiempo, me contentaré con hacer algunas breves indicaciones. ¿Por qué no se manifiesta si la vulgaridad de esta frase consiste en algunas de sus palabras o en el conjunto que la forman? ¿Por qué no se la sustituyen palabras no vulgares, y se nos dice el modo de presentarla elegante? ¿Acaso las frases comunes están proscritas de los escritos científicos y literarios? Citemos algunos ejemplos que justifiquen el uso de la frase que se nos tacha.

En el Diccionario de la primera edición ya citada se lee lo siguiente:

“*Darse*. Vale también entregarse o inclinarse a alguna cosa: como a la virtud, al vicio, al juego, etc. Ribadeneira Fl. Sanct. Vida de San Gerónimo. Quiso quedar libre para poder en la soledad llorar sus pecados, y para *darse* más enteramente al estudio, de las divinas letras”.

Solís en su historia de Nueva España, lib. 3, cap. 17, dice: “Entre aquella desordenada licencia con que *se daban* al vicio”.

Hable Jovellanos en su excelente *Memoria sobre las diversiones públicas de España*.

“Así que, no se conserva memoria alguna que yo sepa de semejantes juegos en el tiempo de su dominación, ni la historia los presenta en la paz *dados a otra diversión que la caza*. Ni es tampoco probable que se introdujese en unos tiempos, en que nobleza y plebe andaban muy fatigadas en la guerra, y en que eran demasiado breves los períodos de la paz *para darse a pasatiempos más estudiados...* y el pueblo que apenas conocía otra profesión, *dado a arrendar sus ganados...* La nobleza pasaba en la caza los breves intervalos de paz que permitía la dura condición de los tiempos: *dada también al ejercicio y estrépito de las armas...* En un día festivo, claro y sereno, el esparcimiento y la cesación del trabajo hacían su mayor delicia, y si en él *se daba a la carrera, al asalto y a la lucha*”.

Innumerables citas de este tenor pudiera acumular; pero cuando un Solís y un Jovellanos usan con frecuencia la frase que se me tacha en obras que los han inmortalizado ¿qué caso deberá hacer del presumido *maestríco* que quiere darme lecciones de lenguaje culto y elegante?

Háblase también de las *Tablas necrológicas*; y al ver el empeño que se pone en defenderlas, bien pudiera sospecharse que los Editores de aquel periódico no son los padres del artículo que firman. Para lavarlas de las manchas que tanto las afean, no su autor, sino su padrino nos dice magistralmente, que “las operaciones estadísticas se apoyan siempre sobre datos más o menos aproximados, y que la exactitud matemática se reserva para los cálculos y deducciones subsecuentes”.

Dos proposiciones ha sentado el autor, y cabalmente ha cometido otros tantos errores. Es falso que *todas* las operaciones estadísticas se apoyan *siempre* sobre datos más o menos aproximados. Muchos casos

hay en que esto es lo que sucede; pero hay otros en que se llega a un resultado exacto. El número de casas de una ciudad con la distinción de si son altas o bajas, el de los ingenios, cafetales, y otras fincas, el de los buques que anualmente entran en un puerto, el de las tropas que guardan una plaza, los gastos que se hacen para sostener varios ramos de la administración pública, y otros objetos que pueden contarse como pertenecientes a la estadística, se saben y pueden saber con exactitud en todos los países donde se pone algún cuidado en recoger esta especie de noticias. Ni es menos falso decir que la exactitud matemática se reserva para los cálculos y deducciones subsecuentes: porque si los datos que sirven de base a las operaciones son falsos, ¿cómo pueden ser exactas las consecuencias que se fundan en ellos? Las operaciones aritméticas que se hagan, podrán ser exactas; pero como éstas son los medios de llegar a los resultados mismos, éstos serán falsos siempre que también lo sean las bases en que se apoyan. Cuando Feuillé hizo unas malas observaciones barométricas en el pico de Tenerife, el célebre Bernouille publicó un trabajo matemático bastante exacto sobre los resultados y aplicaciones de estos hechos; pero habiéndose descubierto después que eran falsos, el edificio levantado se desplomó repentinamente.

Supone el articulista, que yo aspiro a que haya una exactitud matemática en la averiguación de los muertos en una epidemia, que él califica de cruelísima y de corta duración. A lo que yo aspiro es, a que se trabaje por llegar a la exactitud matemática en los casos que se pueda; y si no se puede, que tratemos de aproximarnos a ella; y si aún esto no se pudiere conseguir, que ofrezcamos nuestros resultados como inexactos, absteniéndonos de entrar en cálculos erróneos, y de darles en aire de verdad para engañar a los que no han tenido ocasión de examinar los datos fundamentales.

Pone gran empeño el articulista en aproximar la mortandad que aparece de las *Tablas necrológicas* a la que saqué yo; y después de decirnos que el autor de ellas obtuvo un total general de 8 253, prosigue así: “al cual debemos añadir todavía los 51 muertos del Cementerio de Casa Blanca, y tendremos finalmente 8 304, que sólo defiere en 11 de la suma sacada por el Editor de la *Revista*”. ¡Qué caída tan atroz ha dado nuestro articulista! y el porrazo ha sido tan fuerte, que habiéndosele caído la máscara, aparece al descubierto en el lance en que más oculto debía estar; pero dejémosle seguir haciendo el papel de incógnito, y que permanezca escondido detrás de las cajas de la imprenta del *Lucero*. Vamos, pues, al caso. Se dice que al total general de 8 253 se deben añadir los 51 muertos del Cementerio de Casa Blanca; ¿pero quién dice esto?, ¿los editores del *Lucero*? Si son ellos, es preciso preguntarles, ¿con qué autoridad se atreven a tocar las *Tablas necrológicas*, sin permiso de su autor? ¿No fueron ellas en días pasados muy elogiadas en el *Lucero* por

el mismo autor del artículo que impugno? ¿Se hizo entonces mención de los 51 muertos de Casa Blanca? ¿Por qué, pues, sale ahora con una novedad que debe lastimar la delicadeza literaria del autor de las *Tablas*? Y aseguro que da lastima, porque con la adición de los 51 muertos de Casa Blanca no sólo manifiesta al público que el autor de las *Tablas* anduvo muy descuidado en su formación, puesto que se le pasaron por alto nada menos que todos los muertos de un cementerio, sino que las proporciones y trabajos aritméticos de las Tablas quedan alterados con la aparición de los 51 difuntos de Casa Blanca. Mejor hubiera sido que el articulista no hubiese turbado el reposo de sus cenizas, y que antes de evocarlos de las tumbas en que duermen, hubiese repasado las tablas para no caer en tan palpables contradicciones. Los 51 muertos de Casa Blanca no pueden agregarse bajo de ningún pretexto al total de los 8 253 que dan las *Tablas*; porque habiéndose formado éstas según las partidas y cartas-oficios de las parroquias, aquéllos fueron incluidos en la mortandad de la Catedral en donde se tomó razón de ellos mucho antes que el autor de las *Tablas* hubiese ido a sacar las noticias que necesitaba: por consiguiente, la adición que ahora se hace, es una duplicación de los mismos muertos de Casa Blanca.

Últimamente, señores Editores del *Lucero*, ya que ustedes tuvieron la condescendencia de firmar un artículo sobre la *Revista Cubana*, o mejor dicho contra la *Carta* de su Editor, y que en él se muestra tanto empeño por defender las *Tablas necrológicas*, tengan ustedes la bondad de decir en mi nombre a su autor y a su padrino, que las *Tablas* son erróneas en sus bases, erróneas en sus aplicaciones, y erróneas aun en las operaciones aritméticas; y que si quieren las pruebas de esta aserción, me lo avisen por medio de algún periódico, pues en esta y otras materias semejantes estaré siempre dispuestos a complacerles.

JOSÉ ANTONIO SACO.

**EXAMEN DE LAS TABLAS NECROLÓGICAS
DEL CÓLERA MORBUS EN LA CIUDAD
DE LA HABANA Y SUS ARRABALES, FORMADAS
A EXCITACIÓN DEL EXCMO. SEÑOR INTENDENTE
DEL EJÉRCITO CONDE DE VILLANUEVA,
POR DON RAMÓN DE LA SAGRA
(Habana, Imprenta del Gobierno, Capitanía General y
R.S.P. por S.M., 1833.)**



Un cuaderno compuesto de 45 tablas y de tres hojas de introducción; he aquí los materiales que constituyen las *Tablas necrológicas* de don Ramón Sagra. Es innegable que su autor ha tenido gran paciencia y laboriosidad en su formación; pero también lo es, que el resultado no ha correspondido a sus intenciones, pues por donde quiera que se abra el cuaderno que vamos a revisar, se encontrarán observaciones inexactas y cálculos erróneos. Si la materia no fuese importante, dejaríamos correr en silencio las equivocaciones que contienen las *Tablas necrológicas*; pero habiéndose ocupado tanto la atención pública acerca de su objeto, y refiriéndose a un suceso que nuestros descendientes recordarán con asombro, la *Revista Cubana* faltaría a su deber, si no levantase la voz en tan graves circunstancias. Empecemos, pues, nuestra tarea, y sea la imparcialidad, la imparcialidad que siempre nos ha caracterizado, el móvil que dirija nuestra pluma.

Tablas necrológicas del cólera morbus es el título que da el autor a su cuaderno. Si hubiese dicho *cólera morbo*, entonces habría usado de un nombre castellano, pues la palabra *morbus* es puramente latina; y como las tablas están escritas en lengua nativa, aquella voz nunca debió haber entrado ni al principio ni en ninguna otra parte del cuaderno. Su nombre, pues, sea en lo sucesivo: “*Tablas necrológicas del cólera morbo y no del cólera morbus*”.

Para la formación de ellas prefirió el autor las noticias sacadas de los asientos parroquiales, y fundose principalmente para esta preferencia en que los estados de los cementerios, “solamente indican el número absoluto, bajo una clasificación de blancos y de color, párvu-

los y adultos, varones y hembras demasiado vaga”. A primera vista, esta razón parece muy satisfactoria, pues que los estados de los cementerios no contienen las circunstancias de la edad, del estado, etc., de cada uno de los muertos; pero cuando se reflexiona en la naturaleza del trabajo que el autor se propuso desempeñar, se descubre la debilidad de su fundamento. Si los asientos parroquiales no discordasen de los estados de los cementerios, entonces habría sido indiferente que no los hubiese tomado en consideración; mas, prescindir enteramente de ellos cuando exceden a las noticias de las parroquias en casi 800 muertos, y cuando contienen algunas clasificaciones importantes, es querer alejarse del grado de certidumbre a que nos permiten llegar los datos de esta especie. Es verdad, que los cementerios no habrían suministrado al autor materia para formar las minuciosas clasificaciones de que tanto abundan sus *Tablas*, pero pudo haber determinado con más exactitud no sólo el número de cadáveres ya blancos, ya de color, ya párvulos, ya adultos, sino también el de la mortandad diaria durante la fuerza de la epidemia.

Tratando todavía de disculpar su omisión con respecto a los estados de los cementerios, dice en otra parte de su introducción: “Como el principal resultado a que iba destinado este trabajo no era el de averiguar el número absoluto de muertos del cólera, sino las proporciones entre los sexos, castas, etc., creo que no pueden influir en aquél de una manera notable, las omisiones de cartas de oficio para algunos enterrados en los cementerios”.

Si el principal resultado que se propuso el autor, fue el de averiguar las proporciones entre los sexos, castas, etc., ésa es cabalmente la razón más poderosa que existe para que se hubiese empeñado en determinar *el número absoluto* de muertos, pues siendo éste el dato fundamental de donde habían de partir todas las operaciones, sería imposible que pudiese haber exactitud en las proporciones que buscaba, desentendiéndose del total que las había de formar. Si un hombre tratase de repartir una cantidad entre cierto número de individuos, y deseando que la división fuese exacta, dijese que su objeto principal era el de averiguar la parte que a cada uno debía caber, mas no el total que se había de repartir, ¿qué concepto formaríamos de semejantes operaciones? El mismo sin duda a que nos induce el autor de las *Tablas necrológicas*.

Las palabras *algunos enterrados* de que usa en el párrafo que acabamos de transcribir, dan a entender, que la diferencia que aparece entre los asientos parroquiales y los estados de los cementerios no es corta, o de poca consideración: pero en realidad no lo es, pues él mismo confiesa que éstos exceden a aquéllos en 704; cuyo número influye de una *manera notable* en alterar los resultados que se obtienen de la suma 7 549, sobre la cual funda el autor todos sus cálculos.

Como prueba que hace de la mortandad fija el número de blancos en 2 365; y aunque a esta suma se agreguen los 114 muertos en los cuarteles, las fortalezas y el pontón, cuya partida pone al autor por separado, el total nunca será sino 2 479, cantidad inferior a la de 2 658 que aparece de los estados de los cementerios. Mayor es la diferencia que resulta en el número de personas de color, pues elevándose solamente a 5 070, consta de los cementerios que murieron 5 667.

En la página quinta de la Introducción dice, que el número de niños que fallecieron hasta la edad de 10 años durante la epidemia llegó a 948. Si hubiera seguido los estados de los cementerios, habría notado que dos de ellos solamente, a saber, el Cementerio General y el de los Molinos, presentan nada menos que la suma de 1 292.

La tabla que contiene el resumen de la mortandad general por días, toda está equivocada desde el principio al fin; y cualquiera podrá convencerse, comparándola con la que se ha publicado en el número 8º de la *Revista Cubana*. Bástanos, pues, decir, que habiendo acaecido la mayor mortandad el 28 de marzo, el señor Sagra la fija en 374 cadáveres, siendo así, que en ese funesto día se enterraron en los cementerios 435. Si éstas son las noticias que nos dan las *Tablas necrológicas*, mejor sería que nunca se hubiesen publicado.

El poco aprecio con que miró el señor Sagra los estados de los cementerios, le hace incurrir en otra falta; y sin entrar en pormenores, nos asegura, que el número de fallecidos que de ellos aparece, asciende a 8 254. Transcribamos aquí el resumen publicado en el número 8º de la *Revista*, y veremos que aquella cantidad está equivocada.

Cementerio General.....	5 686
Molinos	1 451
Cementerio de Marina, los muertos en el pontón Teresa y parte del hospital del Arsenal	91
Quemados del mismo hospital	106
Casa Blanca.....	51
Cerro	766
Jesús del Monte.....	164
	<hr/>
	8 315

Aunque esta suma solamente difiere de las del señor Sagra en 62, basta para probar que no examinó con detención los elementos que le sirvieron para la formación de sus *Tablas*.

Si contemplamos las clasificaciones que hizo, muy pronto se advertirá, que, por una parte, omitió algunas, que si no son necesarias por lo menos son útiles; y que, por otra, abrumó al lector con una muchedum-

bre de divisiones tan frívolas como inconducentes. ¿Se encuentra en las *Tablas* algún estado que contenga la mortandad de la tropa de línea? ¿Se encuentra alguno que hable de la pérdida que sufrió la Marina? Pues ved aquí clasificaciones que el señor Sagra omitió, pero que se han hecho y deben hacerse en todos los países, que desean saber los estragos causados por el cólera.

Que son frívolas e inconducentes muchas de las que contiene el cuaderno que revisamos, aparece de la simple inspección de sus páginas. Ni basta decir que así se da mayor grado de exactitud a los trabajos de esta naturaleza. Las clasificaciones deben tener su término. Llevadas hasta cierto punto, sirven para dar orden y claridad; pero cuando traspasan sus límites, recargan los trabajos literarios de divisiones inútiles, se introducen en ellos la confusión. En vano nos advierte el autor de las *Tablas*, que observaciones estadísticas como las suyas, solamente tiene noticias de que se hayan hecho en el barrio de Luxemburgo en París. Pues que ¿piensa que ni en América ni en Europa ha ocurrido jamás a ningún gobierno, ni escritor la idea de formar estados sobre el cólera en el orden que los suyos? Si no existen de esa manera, es porque todos están convencidos de su inutilidad; pero inutilidad que desgraciadamente no previó el autor de las *Tablas*.

Bien podría perdonársele la futilidad de algunas clasificaciones en obsequio de su exactitud; pero cuando les falta esta cualidad esencial, no nos es permitido sancionarlas con nuestro silencio. Una de las divisiones que hace el autor, es por edades, llenando con ella no menos que nueve tablas: empieza desde 0 a 1 año, sigue de 1 a 3, de 3 a 5, de 5 a 7, y, por fin, llega hasta la edad de 90. ¿Mas, cuál es el resultado de clasificaciones tan minuciosas? Ved aquí los defectos que contiene.

1º No guarda uniformidad, porque en unas tablas el período de 0 a 7 años está dividido en cuatro clases, a saber, de 0 a 1, de 1 a 3, de 3 a 5, de 5 a 7; y en otras solamente contiene una clase, esto es, de 0 a 7. Tampoco la guarda, porque en el resumen que se hace de la mortandad por edades, se omiten tres de las clases particulares, a saber, de 0 a 1, de 1 a 3 y de 3 a 5. Ciertamente es, que el autor las comprende bajo la clasificación general de 0 a 7; pero con el hecho de no expresarlas, ya da una prueba bien clara de la poca importancia que le merecen.

2º El total de muertos que aparece de los asientos parroquiales, es casi 800 menos que el de los cementerios; y como las edades solamente se pudieron averiguar consultando aquéllos, es claro, que en semejante clasificación no se contó con el número de exceso que ofrecen los cementerios.

3º Aun cuando el total de muertos hubiese solamente sido el que resulta de los asientos parroquiales, todavía sería inexacta la clasificación, porque de aquel mismo total hubo 2 105 cadáveres, cuyas eda-

des no se pudieron determinar. Si esta suma se agrega a la de 704 en que el autor de las *Tablas* computa el exceso de los cementerios sobre las parroquias, tendremos 2 809 muertos, cuyas edades no se pudieron averiguar; y como el gran total que aparece de las *Tablas* es de 8 253, he aquí que la edad de más de una tercera parte de los cadáveres quedó indeterminada. Y bajo de tales circunstancias, ¿cuál es el crédito que merecen unas clasificaciones, que aunque se fundasen en los datos más exactos, siempre pecarían de minuciosas e inútiles? ¿Cómo se pudo concebir, que se llegarían a obtener resultados verdaderos sobre un punto tan incierto?

Aun prescindiendo de los obstáculos que a la averiguación de las edades presentaba la muchedumbre de cadáveres, la sola consideración de que muchos de éstos eran africanos, bastaba para convencer a cualquier de la imposibilidad de conseguir un resultado satisfactorio. Porque, ¿cómo saber la edad de unos hombres, cuyo nacimiento ignoramos? ¿Apelaríamos a las apariencias físicas? Nada a la verdad más falible, pues la constitución, el género de vida, la clase de alimentos, la raza a que pertenecen, producen tan notables alteraciones, que a veces los jóvenes tienen el aspecto de ancianos. Buffon y Mungo Park aseguran, que la longevidad es muy rara entre los africanos, pues envejecen desde una edad muy temprana; y Bruce dice, aunque con alguna exageración, que una mujer de Shungalla está a los 22 años más llena de arrugas y acabada, que una Europa a los 60. Y si esto sucede en los que gozan de salud, ¿qué no será en aquellos que de la vida pasan a la muerte, a una muerte que trastornando las facciones, nos ofrece el ejemplo de la transformación más horrorosa? Convengamos, pues, en que la clasificación por edades que hace el autor de las *Tablas* es inexacta en todas sus partes; y que aun cuando no lo fuese, algunas de sus divisiones serían inconducentes e inútiles.

Llevando adelante su deseo de clasificar, nos dice al fin de la Introducción: “El pormenor de las noticias que he extractado, ofrece la patria de los fallecidos, y pareciéndome a lo menos curioso, si no llega a ser útil para lo sucesivo, la consignaré aquí”. Consignola en efecto, y por fruto de su consignación nos encontramos con una muchedumbre de clases, que a su inutilidad reúnen la inexactitud. La inexactitud, porque ha omitido algunas, y porque los números que representan las que ha expresado, difieren mucho de la realidad: la inutilidad, porque, ¿de qué provecho puede servirnos la noticia de que han muerto tantos franceses, tantos alemanes, etc., si no sabemos el número que de ellos existía entre nosotros? De este modo solamente podríamos hacer comparaciones, y averiguar su mortandad respectiva, que es la única que puede darnos útiles resultados. Decir, por ejemplo, que murieron 20 franceses y 10 alemanes, y asegurar por esto que la mortandad entre aquéllos fue

mayor que en éstos, es exponerse a una mala consecuencia: así que, para caminar sobre un terreno firme, no basta enunciar el número absoluto de los muertos, sino que es preciso añadir el total de los vivos, pues, a pesar de que 20 es mayor que 10 absolutamente hablando, si los franceses que existían en La Habana al tiempo de invadirnos el cólera, eran 100, ejemplo, y los alemanes 30, la mortandad entre aquéllos habría sido solamente la quinta parte; mas, entre éstos, la tercera.

Al tender la vista sobre la clasificación que hace acerca de los oriundos de la Península, tropezamos con una falta muy reparable; y consiste en que no considera a los *portugueses* como extranjeros, sino como españoles. Es verdad, que España y Portugal, geográficamente tomadas, forman una península; pero en el sentido político son naciones diferentes, y cuando en Cuba se dice la *Península*, entiéndese que sólo se habla de España. Que el señor Sagra no considera a los *portugueses* como extranjeros, sino como españoles, pruébase con la lista que ha publicado, pues nos dice que murieron, andaluces 78, gallegos 67, castellanos 19, asturianos 15, *portugueses* ocho, valencianos nueve, navarros cinco, etcétera. Al ver a los *portugueses* figurando entre los asturianos y valencianos y demás hijos de otras provincias de España, estamos autorizados para concluir que el autor de las *Tablas* considera a los *portugueses* como españoles, y que borrando a Portugal del catálogo de las naciones, lo ha convertido en provincia de España.

Pruébase también con la enumeración que hace de los extranjeros que murieron. Oigámosle con sus mismas palabras. “En 43 extranjeros que dan las partidas como fallecidos, fueron respectivamente franceses 10, norteamericanos ocho, italianos siete, ingleses cuatro, alemanes cuatro, suizo uno, holandés uno, sueco uno, y griego uno”. Aparece, pues, claramente, que aquí no se menciona a los *portugueses*, y como el pasaje anterior está exclusivamente destinado a hablar de los extranjeros, el silencio del autor indica, que en su concepto son españoles.

Pero estos y otros pecados capitales pudieran perdonarse, si el prurito de clasificar no se extendiese hasta el extremo de decirnos: “Finalmente en 2 583 negros africanos muertos del cólera, eran

”De nación carabalí	536
Conga	457
Gangá	285
Lucumí	258
Mandinga	213
Mina	128
Arará	49
Macuá	20
De nación indeterminada	637”.

Clasificaciones de esta especie son insoportables en trabajos que deben tener algún grado de exactitud; y nos fundamos para proscribir las en las siguientes razones:

1ª El número de muertos que contiene cada una de esas clases, es muy inferior al que realmente hubo en cada una de ellas.

2ª Aun cuando representasen el total verdadero, el número de 637 indeterminados que hubo, trastornaría todos los cálculos, pues es cabalmente la cuarta parte del total de los 2 583 africanos.

3ª Que aun cuando no hubiese algunos determinados, todavía no se podría llegar a resultado alguno; porque no expresándose el número de los que de cada nación existían antes de la epidemia, es imposible hacer comparaciones, y, por consiguiente, saber, si los congos, por ejemplo, sufrieron más que los carabalíes, o al contrario.

4ª y última: que aun prescindiendo de todas las inexactitudes anteriores, la misma materia en sí presenta dificultades que impiden aun la aproximación a la verdad. ¿De qué manera averiguar la patria de los distintos africanos que vienen al Nuevo Mundo? Conducidos muchos de ellos de las regiones interiores del África hasta las costas del Atlántico, amontonados allí con los de las naciones litorales, vendidos a centenares, transportados después a la América, y repartidos, por fin, en lotes, van pasando de mano en mano, sin que se conserve ningún vestigio del nombre de la nación a que muchos pertenecen. Y si en medio de tanta incertidumbre, no es posible, ni aun en tiempos de bonanza, averiguar la patria de tantos africanos como han llegado a nuestras playas, ¿cómo pretender averiguar en días tan turbulentos como los que afligieron a La Habana durante los rigores de la epidemia?

Aún no contento el señor Sagra con todas las clasificaciones que ha hecho, exclama con dolor: “No he podido hallar noticias sobre las profesiones de los individuos muertos, su género de vida, su domicilio, etc.” ¿Con qué no ha podido hallar noticias sobre su domicilio? Y La Habana, ciudad donde vivían y murieron, ¿no era el lugar de su domicilio? El autor parece que solamente entiende por tal, el nombre de las calles y el número de las casas donde cada uno habitaba; y a la verdad, que si hubiese podido averiguarlos, le aconsejaríamos que, en vez de haber escrito unas *Tablas necrológicas*, hubiese trabajado un plano de la ciudad con todas las casas de intra y extramuros, pues únicamente de este modo hubiera podido conseguir el objeto que se proponía. Y si además de haber averiguado las profesiones de los individuos muertos, también hubiese adquirido las noticias que deseaba sobre su género de vida, ¿a dónde habríamos ido entonces a parar? Seguramente que el cuaderno de las *Tablas necrológicas* se habría transformado en una masa enorme de cuentos y biografías.

Al examinar los resultados de las 14 comparaciones que hace entre la mortandad y la población respectiva de cada casta, condición y sexo, hallamos muchos defectos que notar.

1º Omitió insertar los números a que ascienden las 14 clases en que se divide la población. Este dato es necesario, no sólo para saber cuáles son las bases de donde ha partido, sino también para juzgar del mérito de las operaciones aritméticas.

2º Dícenos, que para estas comparaciones se sirvió del censo hecho en 1828. El señor Sagra está equivocado. El censo a que alude, ya estaba concluido en 1827; y nadie mejor que él debiera de saberlo, pues que como historiador *económico y político* y estadístico de la isla de Cuba ha tenido bastante ocasión de examinarlo.

3º En el número 8º de la *Revista Cubana* nos expresamos así: “Con el respeto debido a la autoridad que mandó formar el censo de 1827, y con una justa consideración hacia las personas que se encargaron de reunir sus materiales, séame permitido dudar de las cifras que contiene”. Efectivamente, todos los que conocen algún tanto la ciudad de La Habana, nota que es muy bajo el cómputo de la población hecho en aquel censo. Por tanto, los cálculos que se funden en él, han de ser equivocados; y tal sin duda es la suerte que ha cabido a los del autor de las *Tablas*. Pero en vano me censuran, responderá éste: “yo he dicho en ellas, que aunque los números del censo se han reputado como *mínimos*, existiendo también omisiones en los de la mortandad, por el cólera, no puede ser muy notable el error que resulte de compararlos”. Si las omisiones de aquel censo fuesen proporcionales a las de la mortandad, quizás entonces tendría alguna fuerza la razón que alega: y digo, que quizás entonces, porque, aunque el error pudiese quedar compensado en la comparación general que se hiciese de un total con otro; esto es, el de la población con el de la mortandad, todavía no se podría salvar cuando se descendiese a las comparaciones particulares; porque haciendo el autor 14 clases, bien puede ser, como realmente es en algunos casos, que recayendo las mayores omisiones del censo, por ejemplo, en las clases A, B, C, las de la mortandad sean en las clases D, E, F, y no pudiendo haber entonces compensación en las clases respectivas, el resultado de las comparaciones particulares es erróneo.

4º El censo que sirvió de base a estos cálculos, se hizo en 1827. De entonces acá han transcurrido seis años; y como en este tiempo se ha aumentado la población de La Habana, era muy natural, que el autor de las *Tablas* hubiese tratado de hacer, si no en las clases particulares, por lo menos en los totales, alguna comparación entre la mortandad y la población que aproximadamente tendría La Habana cuando fue invadida del cólera. El aumento proporcional que indican los censos anteriores y otras noticias de esta especie le hubieran servido para este trabajo.

5° y último: el total de muertos, que dividido en 14 clases, tomó el autor por base de sus comparaciones, es inferior en número de casi 800 a la cantidad que debió tomar.

Después de estos cálculos inexactos, pasa a comparar la mortandad entre los sexos en tiempos comunes, deducida del quinquenio de 1825 a 1829, y la que acaeció durante el cólera, sirviéndose para estas operaciones de varios estados, que según nos dice, se hallan en su *Historia económico-política y estadística de la isla de Cuba*. Mas, a pesar de que invoque el nombre pomposo de este libro, nos vemos forzados a repetir, que estas nuevas proporciones contienen también varias faltas.

1^a El quinquenio que se toma por base, está ya algo distante. En vez de 1825 a 1829, debía ser de 1829 a 1832 inclusive. De esta manera, el autor se hubiera apartado menos de la verdad, pues la población de La Habana en el primer período es inferior a la del segundo.

2^a La mortandad del quinquenio de 1825 a 1829, solamente comprende, según aparece de los mismos estados que citamos, los muertos enterrados en el Cementerio General; es decir, los pertenecientes a las cuatro parroquias de intramuros, y a los de Nuestra Señora de Guadalupe, y Jesús María; pero la mortandad durante el cólera, no sólo contiene la de esas seis parroquias, sino la de Nuestra Señora del Pilar, del Cerro y Jesús del Monte. Habiendo, pues, en uno de los períodos de la comparación, tres parroquias más que en el otro, ya se infiere cuál será la exactitud de los resultados.

3^a Aunque para el cómputo de la mortandad en tiempos comunes no tome el autor todas las parroquias, sino solamente seis; se observa, sin embargo, que desde el principio hasta el fin del período que abraza, incluye a las seis sin omitir ni un solo día la mortandad de cada una de ellas. Mas, en el cálculo que hace para el cólera, cuyo término reduce en sus *Tablas* a 54 días, no comprende todas las parroquias desde el primero hasta el último, sino que el 26 de febrero empieza solamente por una, el 27 sigue con dos, el 28 cuenta tres, y hasta el 2 de marzo no las incluye todas. De aquí resulta, que la mortandad que acaeció en las parroquias desde el 26 hasta el 2, no se ha tomado en consideración; y, por consiguiente, aunque corta, manifiesta que en las *Tablas necrológicas* se cometieron inexactitudes que fácilmente pudieron evitarse. Nada importa decir, que no se empezó a contar con todas las parroquias desde el 16 de febrero, porque todavía el cólera no se había declarado en ella, pues en las *Tablas* se contiene la mortandad general sin hacer distinción alguna; y si para salir de este apuro, se quiere sostener lo contrario, entonces caemos en el escollo de que una parte de las *Tablas* solamente abraza la mortandad del cólera, y otra, la general causada por todo género de enfermedades.

4^a La mortandad que indican los asientos parroquiales en tiempos comunes, es exacta, pues a ningún católico se da entonces sepultura sin

que se tome razón de su muerte en la parroquia respectiva. Mas, esto no sucedió durante la fuerza del cólera; y de aquí nació la diferencia de casi 800 de exceso que ofrecen los estados de los cementerios sobre los asientos parroquiales; exceso de que ha prescindido el autor de las *Tablas* en esta comparación, y la que por lo mismo es errónea.

Aunque ya es tiempo de pasar al examen de las operaciones aritméticas, nos detendremos todavía en hacer algunas breves observaciones sobre varios puntos que no pudiendo enlazarlos bajo de un plan general, los iremos tocando en el orden que nos fueren ocurriendo.

Se dice, que el objeto de las *Tablas* es dar noticia de las circunstancias de los fallecidos, durante la *existencia activa* del cólera en La Habana; o sea, desde el 26 de febrero hasta el 20 de abril. ¡Existencia *activa* del cólera! Pues qué ¿tienen por ventura las enfermedades existencia *activa* y *pasiva*? En estas cosas no hay medio. O existe la enfermedad, o no existe, y si existe, ha de ser activamente, esto es, atacando a los vivientes, pues sólo en el caso imposible de que éstos obrasen sobre aquélla, podría decirse que una enfermedad existe *pasivamente*. Suprímase, pues, en lo adelante la palabra *activa*, y léase tan sólo *durante la existencia del cólera*.

Equivócase también cuando supone, que esta enfermedad empezó el 26 de febrero. La Habana se alarmó desde el 25 con los casos de don José Soler y una mulata; y muchos saben, que desde el 24 pereció una negra del cólera. Verdad es, que la diferencia es de un día o dos; pero este corto término basta para probar que en las *Tablas necrológicas* se ha cuidado poco de la exactitud.

En uno de los párrafos de la Introducción se dice, “que las aserciones de muchos negros, al ver los síntomas y la muerte rápida de sus compañeros, inducen a sospechar que este mal es conocido en el África”.

Si el autor ha procurado seguir la marcha del cólera desde las orillas del Ganges, y al mismo tiempo confiesa que el Egipto es parte del África, entonces no debe *sospechar*, sino *afirmar*, que el cólera es conocido en aquel continente; pero si por África solamente quiere dar a entender, como parece fue su intención, aquellas regiones habitadas por negros, su *sospecha* es la más infundada que se puede formar. Bien sabido es, que aquéllos son muy propensos a la diarrea, y al ver que ésta siempre acompaña a los coléricos, nada es más natural que el que unos hombres ignorantes confundiesen un mismo síntoma con enfermedades diferentes. Si el autor de las *Tablas* hubiera reflexionado, que, a pesar del comercio de negros que por tantos años ha tenido la América con África, el cólera no se ha presentado en ella hasta en estos dos últimos años; si hubiera reflexionado, que las personas empleadas en las innumerables expediciones que han salido para las costas africanas, jamás han hecho mención de tal enfermedad; si hubiera,

en fin, reflexionado, que todos los viajeros que de algunos años a esta parte han recorrido distintas partes del interior de aquel continente, guardan acerca de este punto el más profundo silencio, seguramente que se habría abstenido de consignar en sus *Tablas* una conjetura tan destituida de fundamento.

Bien pudiéramos seguir todavía indicando nuevas faltas; pero no queriendo incurrir en la nota de severos, nos apresuramos a manifestar los errores que aparecen en las operaciones aritméticas.

Íntimamente convencidos de que nada es tan fácil como el cometer equivocaciones en trabajos de esta especie, estamos acostumbrados a mirarlas con la mayor indulgencia; pero cuando el autor no sólo las rehúsa, sino que salvando *cinco* erratas, *únicas* que cree haber cometido, se lisonja victoriosamente de la exactitud de sus resultados, entonces hay derecho para examinarlos; y atribuir los errores que encuentren, o a ignorancia, o a descuido. A ignorancia en el señor Sagra, en materia tan sencilla, no lo atribuiremos por cierto; pero sí a un gran descuido. Juzguémosle, pues, con sus mismas palabras. Dice así: “Para evitar equivocaciones ajenas en esta complicada y minuciosa tarea, *me propuse desempeñarla, sin el auxilio de persona alguna*, extractando *por mí mismo* 7 435 partidas y cartas de oficio, y verificando todos los cálculos que suponen los estados, cuya formación *tampoco he confiado a escribiente*. El método de nobles sumas que he seguido comparando las que se hallen en los extremos de las líneas horizontales y de las columnas, me permitía descubrir cualquiera equivocación y por esta causa juzgó este trabajo *exento de errores de cálculo*”.

Examinemos, pues, y veamos si está exento de tales errores.

En la tabla *a-2*, que es la *segunda* del cuaderno, correspondiente a la mortandad diaria de la Catedral, con distinción de castas, condiciones y sexos, se lee el *total general* del día 7 de abril la suma de *tres* muertos; pero repasando todas las columnas en que está comprendida la mortandad de aquel día, solamente se hallan *dos*, a saber, una mujer blanca y un negro libre. En la misma tabla y día, penúltima columna que consiste el total de mujeres, se comete otra equivocación, pues se ponen *dos* en lugar de *una*.

En la misma tabla se da como total general del día 14 de abril el número *uno*; mas, debe ser *tres*, puesto que de las columnas 2^a y 9^a, aparece, que en aquel día murieron *una* mujer blanca, y *dos* negros esclavos. El total de varones correspondiente al mismo día, también está equivocado, según se ve en la columna antepenúltima, pues se puso *cero* en vez de *dos*.

El total general del 15 de abril es *cero* en lugar de *dos*; y el total de varones correspondiente al mismo día también es *cero*; pero debió de ser *dos*, pues otros tantos fueron los negros esclavos muertos.

Al fin de esta tabla se encuentra en la columna de los negros esclavos varones que murieron en la Catedral desde el 2 de marzo hasta el 17 de abril la suma de 129 para los varones, y la de 70 las hembras; pero ambas están equivocadas, pues la primera debe ser de 133, y la segunda de 69, según aparece de las tablas *a-1* y *a-2*; o sea, la primera y segunda del cuaderno.²³

Queda, pues, demostrado, que la segunda tabla del cuaderno contiene ocho errores. Procedamos al examen de otras.

La *a-4*, en que se habla de la mortandad del Espíritu Santo, presenta en el total general para el 15 de abril la suma de *dos*; pero como en ese día no hubiese muerto sino una mujer blanca, la suma debe ser *uno*.

El total general que ofrece la misma tabla para el 18 de abril, es cuatro; mas, como solamente hubiesen perecido *dos* negras libres, he aquí que debe ser *dos*.

El total general de la misma tabla para el 19 de abril es *dos*; pero como no murió sino *una* negra libre, el resultado debe ser *uno*.

El total general de la mortandad diaria de dicha tabla y de la anterior que forma parte de ella, está representado por 754; mas, la cantidad que aparece de sus números es 758.

Aparece, pues, que en la tabla cuarta se han cometido *cuatro* errores.

En la tabla *a-6* correspondiente a la mortandad del Santo Cristo, se advierten tres equivocaciones. La primera consiste en que la suma de la columna de los negros esclavos varones de esa tabla y de la anterior *a-5*, se fija en 100, debiendo ser 110.

La segunda equivocación aparece en la suma del total de varones, pues se puso 198 en vez de 208.

La tercera equivocación se descubre en la suma del total general por días; pues expresándose por 426, debe ser 436.

En la tabla *a-9*, que contiene la mortandad diaria de Jesús María, se representa por 22 el total de varones muertos el día 26 de marzo, siendo así que hubo 23.

En el total general de la misma tabla se indica por el número 55 la mortandad de dicho día; pero debe ser 56. — Así lo manifiestan las cantidades que se hallan en la línea horizontal del mencionado día 26 de marzo.

En la tabla *a-171*, columna antepenúltima, se dice, que el total de varones muertos el 23 de marzo en la parroquia de Guadalupe, fue de 58, habiendo sido de 59. Véanse los números de la línea horizontal de aquel día.

23 Cuando publiqué el “Examen de las tablas necrológicas” en el número IX, de la *Revista Bimestre Cubana*, inserté una por una las partidas que formaban muchas de las sumas equivocadas. Ahora las he suprimido, contentándome con ofrecer sólo los resultados, pues lo que en 1834 me fue necesario para convencimientos del público, ya hoy no lo es.

El total de mulatos esclavos varones, representado en la tabla es de 113; pero debe ser de 114. Examinense las cantidades parciales de la línea horizontal perteneciente a dicho 23, y se advertirá el error.

En la misma tabla se fija en 50 el total de varones muertos el 24 de marzo; pero fueron 54, según indica la línea horizontal de aquel día.

El total general de muertos que se dan en dicho día, es de 111; pero debe ser de 112, según resulta de las diferentes partidas que lo forman.

El total de mulatos esclavos varones, representado en la tabla *a-12* es de 13; mas, revisando todos los números de esa columna y los de la correspondiente que se halla en la tabla anterior *a-11*, resultan 15.

En la columna antepenúltima de la tabla *a-16* de los hospitales reales y provisionales, se expresa el total de varones muertos el día 18 de abril por tres, debiendo de ser cuatro, pues las cantidades parciales dicen que murieron *tres* varones blancos, y *un* mulato libre. El total general de ese mismo día se representa por tres; mas, debe ser cuatro por la razón que se acaba de exponer.

El total 26 que al fin de la tabla *a-16* aparece como resultado de los números comprendidos en la columna destinada a los mulatos libres varones, y en la correspondiente de la tabla anterior *a-15*, debe ser 27. Véase la tabla.

El total que se da en ella a la mortandad de los negros libres varones, es de 213; pero el que resulta de los números de esa tabla y de la anterior *a-15*, es de 223.

El total general que se saca de la mortandad de las referidas tablas *a-15* y *a-16*, es de 907; pero como dos de las sumas parciales que lo forman, están equivocadas, puesto que acabamos de manifestar, que la de 26 que presenta a los mulatos libres varones, debe de ser 27; y la de 213 que comprende a los negros libres varones, debe ser de 223, el total general que resulta no es 907, sino 918.

La tabla *b-5*, en que se manifiesta la mortandad de Jesús María, por edades, castas, condiciones y sexos, tiene cuatro equivocaciones. Helas aquí todas.

<i>Blancos</i>		<i>Totales</i>	
<i>Varones</i>	<i>Hembras</i>	<i>Varones</i>	<i>Hembras</i>
20	20	20	45
19	13	48	33
11	3	13	14
6	5	19	13
6	7	16	18
7	9	22	27
3	14	20	44

	12	30	83	135
	20	25	73	122
	24	14	77	82
	9	19	40	61
	6	11	12	28
	2	8	7	28
	2	4	3	9
	4	5	23	32
	<hr/>	<hr/>	<hr/>	<hr/>
Suma por el autor				
de las <i>Tablas</i>	153	185	507	689
Corrección	151	187	505	691

La tabla *b-7*, correspondiente a la mortandad por edades, castas, etcétera, de los hospitales reales y provisionales, da por total general de muertos *indeterminados* la suma de 885; pero como las cantidades que la forman, son 333 varones y 54 hembras, debe ser solamente de 384.

El total general que se saca de los muertos de todas las edades en la misma tabla, es de 907. Este resultado es exacto, si se atiende a las cantidades de la línea horizontal que indica los diferentes totales; pero si se compara con las de la columna que representa el total general de cada una de las edades, castas, etc., aparece un error muy grave. Así lo comprueban los números de esa columna.

	5
	7
	11
	31
	165
	111
	80
	70
	26
	13
	5
	884
	<hr/>
Suma por el autor de las <i>Tablas</i>	907
Corrección	1 407

La tabla *d-c*, en que se habla de la mortandad por estados y sexos, en la parroquia de Guadalupe, representa por 90 la de las viudas debiendo ser 190.

En la tabla *d-4*, donde se manifiesta la mortandad por estados y sexos en el Santo Ángel, se dice que el total de mujeres solteras es de 87 cuando es 97.

En la tabla *d-7*, relativa a la mortandad por estados y sexos en Nuestra Señora del Pilar, Jesús del Monte y Cerro, se expresa por 289 el total de hombres solteros, cuando es de 279.

En la tabla *d-8*, que contiene el resumen de la mortandad general por días y sexos, se lee lo siguiente:

	<u>Días</u>	<u>Varones</u>	<u>Hembras</u>	<u>Total</u>	
Febrero	26	3	1	5	Corrección 4
	27	4	3	6	Ídem 7

Últimamente, la tabla *d-10*, destinada al resumen de la mortandad por edades, castas, condiciones, y sexos, ofrece también errores. El total de varones que se saca, es de 4 609; pero ya sea que se compare con las cantidades de la línea horizontal, ya de la columna que contiene las sumas de los varones de todas las edades, siempre da un resultado falso.

Cantidades o totales de varones de la línea horizontal

	1 450
	225
	30
	983
	1 384
	<hr/>
Suma por el autor de las <i>Tablas</i>	4 609
Corrección	4 069

Totales de varones de la columna

606
95
114
152
555
400
337
235
117
51

	20
	1 387
	<hr/>
Suma por el autor de las <i>Tablas</i>	4 609
Corrección	4 069

El total general que se saca de dicha tabla, es de 8 253; pero como es un resultado del total de varones, del total de hembras, y de la cantidad 704 que en concepto del señor Sagra representan las omisiones de las parroquias, el error que se comete, es muy grave. He aquí la demostración.

Total de varones	4 609
Ídem de hembras	3 480
Omisiones	540
	<hr/>
Suma por el autor de las <i>Tablas</i>	8 253
Corrección	8 793
Diferencia	540

Tales son los resultados a que nos ha conducido el examen de las *Tablas necrológicas*. Las observaciones que hemos hecho, y los errores que hemos anotado, merecen que el autor los mire con alguna consideración; y si aprovechándose de nuestras advertencias, se determinare a refundir su cuaderno, limpiándole de los borrones que ahora manchan sus páginas, será para entonces un trabajo digno del objeto de que trata y del público a quien se consagra.

SOBRE LOS CIEGOS



Manifestación al público de los administradores de la institución de la Nueva Inglaterra para la educación de los ciegos, Boston, 1833

Adress of the Trustees of the New England institution for the education of the Blind to the public, Boston, 1833

Al reimprimir este artículo, que se publicó en el número IX de la *Revista Bimestre Cubana*, correspondiente a enero de 1834, bien pudiera yo hacer muchas alteraciones y adiciones; pero me abstengo de ellas, porque quiero darles un carácter histórico, marcando el estado o condición que en 1833 tenían las instituciones de los ciegos en Europa y en América.

El objeto del pequeño cuaderno que tenemos delante, y del que vamos a dar una breve idea, es llamar la atención de los habitantes de la Nueva Inglaterra, y particularmente de los de la ciudad de Boston hacia una institución que ya por sus miras benéficas, ya por ser la primera que existe en los Estados Unidos, reclama el patrocinio de todos los que allí se interesan por la doliente humanidad. Antes de hacer este llamamiento público, las personas que hoy alzan la voz recomendando la importancia y necesidad de este establecimiento, enviaron a Europa un sujeto digno de tan honrosa confianza para que examinase las instituciones que allí existen; y después de haber vuelto enriquecido con un caudal de observaciones, procedieron a plantear su benéfica obra, reservando anunciarla al público para cuando ya se hubiesen empezado a recoger algunos frutos. “Los administradores, tales son sus palabras, tienen ya la satisfacción de anunciar, que su establecimiento ha estado en actual ejercicio por espacio de cinco meses; y que sus más fervientes esperanzas acerca de la capacidad de los ciegos para recibir educación, han sido plenamente realizadas con los progresos de los seres interesantes que están a su cuidado”.

Si tratáramos de probar la aptitud que éstos tienen para adquirir conocimientos, no sólo ofenderíamos la humanidad, sino que insultaríamos la desgracia de unos infelices que deben por tantos títulos excitar nuestra compasión. La historia nos presenta ejemplos de ciegos, que pueden mirarse como muestras portentosas de lo que alcanza el genio del hombre aun en las circunstancias más tristes de la vida; y sin dejar correr la pluma en materia de suyo tan interesante, nos contentaremos con citar algunos casos. Como los sentidos se rectifican al paso que se ejercitan, se ha visto con asombro, que un ciego ha podido distinguir los colores por medio del tacto. *León Africano* y otros autores hacen mención de un ciego que servía de guía para conducir a los comerciantes por las arenas y desiertos de la Arabia; y en las *Transacciones de la Sociedad de Manchester* se refiere un caso no menos maravilloso, el cual repetiremos en la mismas palabras del doctor Bew.

“Juan Metcaff, natural de las inmediaciones de Manchester, donde es bien conocido, cegó desde una edad tan tierna, que ignoraba enteramente lo que era luz y sus varios efectos. Este hombre pasó de carretonero la parte más joven de su vida, y a veces también de guía en los caminos intrincados durante la noche, o cuando las sendas estaban cubiertas de nieve. Por extraño que parezca a los que tienen vista, la ocupación que él ha tomado desde entonces, es todavía más extraordinaria, pues es una de las últimas a que pudiéramos suponer que un ciego se dedicara. Su actual ocupación es la de trazar y reconocer los caminos reales en los parajes difíciles y montañosos. Con sólo el auxilio de un bastón largo, he encontrado varias veces a este hombre, atravesando los caminos, subiendo precipicios, explorando valles, e investigando su extensión, forma y situación del modo que más cumple a sus designios. Los planos que forma, y los cómputos que hace, están trabajados de un modo peculiar a él, y cuya idea no puede explicar bien a otros. Sin embargo, su capacidad en este punto es tan grande, que está constantemente empleado. La mayor parte de los caminos del Pico de Derbyshire han sido por su dirección, particularmente los de la vecindad de Buxton: y ahora está construyendo uno nuevo entre Wilmslow y Congleton, con la mira de abrir una comunicación con el gran camino de Londres sin necesidad de pasar por las montañas”.¹

No entraremos en todos los pormenores del cuaderno que revisamos, porque muchos están al alcance de nuestros lectores; pero sí nos contraeremos a aquellos puntos que son a nuestro juicio dignos de su atención.

Los ciegos por enfermedad o accidente son mucho más numerosos que los de nacimiento; y la frecuencia del mal varía en diferentes cli-

1 Después de este artículo daré una idea del extraordinario ciego Serrano nacido en Bayamo, villa del departamento oriental de la isla de Cuba.

mas. En la parte de la zona templada contigua a la tórrida es muy común; pero va siendo menor al paso que nos acercamos a los polos. Por censos exactos que se han hecho en algunos países de Europa, se sabe que su número es muy grande; y que aunque no expuestos a la expectación pública, existen en casi todos los pueblos y ciudades. En la Europa central hay un ciego por cada 800 habitantes. En algunas provincias austríacas se ha averiguado con exactitud que hay uno por cada 850. En Zurich uno por cada 747, avanzando hacia el Norte, entre los 50 y 70 grados de longitud se hallan en menor proporción. En Prusia hay uno por cada 900, y en Dinamarca uno por cada 1 000. Egipto es el país donde abundan más los ciegos, y se puede calcular sin temor de equivocación, que hay uno por cada 300 personas. Volney en su viaje a aquel país, nos da una idea de la extensión del mal, y de las causas que en su concepto le producen. Sus observaciones nos parecen tan interesantes que dejaremos hablar al autor en su propio lenguaje. Dice así:

“El mal que más llama la atención es la multitud prodigiosa de vistas perdidas o viciadas: llega a tal grado, que paseándome muchas veces por las calles del Cairo, entre 100 personas que he encontrado, 20 eran ciegas, 10 tuertas, y otras 20 tenían los ojos encendidos, purulentos o manchados. Casi todo el mundo lleva vendas en los ojos, indicio cierto de una oftalmía naciente o en estado de convalecencia; pero lo que más me ha maravillado es ver la frialdad o la apatía con que sufren una desgracia de tanta consideración: ‘estaba escrito’ dice el musulmán: ‘Dios sea loado!’ ‘Dios lo ha querido’ exclama el cristiano, ‘ibendito sea!’ Esta resignación es sin duda el mejor y único recurso luego que llegado el mal: mas, por un abuso funesto a la humanidad, impidiendo investigar las causas de la dolencia, ha venido a ser otro azote no menos cruel. Entre nosotros ha sido tratada la cuestión por algunos médicos; mas, como hayan ignorado las circunstancias del caso, no han podido menos de aventurar especies demasiado vagas: tratemos de presentar los datos fundamentales, a fin de contribuir a la solución del problema.

1º “Las fluxiones de ojos y sus consecuencias no son peculiares al Egipto; también en Siria se adolece de ellas; pero con esta diferencia, que se hallan menos extendidas; y es de observar que sólo se padecen en la costa del mar.

2º “La ciudad del Cairo, siempre rebosada de inmundicias, está más expuesta que todo el resto de Egipto;² el pueblo más que las personas acomodadas; los naturales más que los extranjeros; y por rareza son atacados los mamelucos. Finalmente, los campesinos del delta son más propensos que los árabes beduinos.

2 Debe advertirse, que los ciegos de los pueblos acostumbran establecerse en la mezquita de las *Fores* (el-Azhar), donde tienen una especie de hospital. La voz *lazareto* me parece que sale de *el-Azhar*.

3º "Las fluxiones no tienen estación fija, por más que haya dicho Próspero Alpino; es una endemia común a todos los meses y a todas las edades.

"Discurriendo sobre estos preliminares, me ha parecido, que no podía atribuirse como causa principal a los vientos del mediodía; porque en tal caso la epidemia debería ser peculiar al mes de abril, y los beduinos serían atacados lo mismo que los campestres: tampoco puede atribuirse al polvo fino esparcido en el aire, pues las gentes del campo están más expuestas a él que los vecinos de la ciudad: el hábito de dormir en las azoteas parece una causa más eficaz para producir esta dolencia; pero dicha causa ni es única ni simple; porque en los países internos y lejos del mar, como en el valle de Balbek, el Diarbek, las llanuras de Hauran y en las montañas se acuestan a la intemperie, sin que la vista sufra nada. Luego si en El Cairo, en todo el delta y sobre las costas de la Siria es peligroso el dormir al raso, es indispensable que la atmósfera adquiera alguna cualidad nociva por la proximidad del mar: esta cualidad, sin duda, es la humedad, que combinándose con el calor, viene a ser entonces el origen de las enfermedades. Las propiedades salinas de este aire que tanto se observan en el delta también contribuyen a ello por la irritación y picazones que causan en los ojos, como lo he experimentado yo mismo; por último, el régimen de los egipcios me parece ser uno de los agentes más poderosos. El queso, la leche cortada, la miel, el agraz, las frutas verdes, las legumbres crudas, que son el sustento ordinario del pueblo, producen en el bajo vientre cierta perturbación, que según observan los prácticos, extiende su influencia hasta la vista: entre estos alimentos, las cebollas crudas de que abusan, tienen una virtud peculiar para irritarla, según me lo han hecho notar en mí mismo los frailes de Siria. Unos cuerpos alimentados de este modo, abundan en humores corrompidos, que buscan sin cesar por donde evacuarse. Apartados de las vías internas por el continuo sudor, brotan por la superficie exterior, y se fijan donde hallan menos resistencia. Es regular prefieran la cabeza, porque como los egipcios se la rasuran semanalmente y se la cubren con un ropaje excesivamente cálido, la hacen el foco principal de la transpiración. Ahora bien, por leve que sea la impresión del frío que recibe esta cabeza al descubrirse, se interrumpe la transpiración, y refluye a los dientes, o con más facilidad a los ojos, respecto de que son partes menos resistentes; y estas fluxiones reiteradas debilitan el órgano y acaban por destruirle. Esta indisposición transmitida por la generación, llega a ser una nueva causa de la enfermedad; y de aquí proviene que los naturales estén más expuestos que los extranjeros. Es tanto más probable que la excesiva transpiración de la cabeza sea uno de los agentes principales de estos desórdenes, cuanto los antiguos egipcios, que la

llevaban cubierta, no han sido citados por los médicos como tan perseguidos de oftalmía;³ y los árabes del desierto que se la cubren muy poco, señaladamente en la infancia, están así mismo libres de este achaque”.

Todavía no existe en los Estados Unidos de Norteamérica ningún censo que manifieste el verdadero número de los ciegos. Los administradores de la institución de que hablamos, han conocido por experiencia su inexactitud sobre este particular, pues ciudades pequeñas que no pasan de 2 000 almas, y a las que el censo solamente señala uno o dos ciegos, han resultado con cuatro, cinco y seis. Fundados, pues, en las noticias que han adquirido, no dudan afirmar, que en los Estados Unidos viven *más de 8 000 personas privadas de la vista*. No se crea, empero, que el laudable fin de aquellos hombres benéficos es encerrar a los ciegos infelices en un costoso edificio para que vivan en la inacción a expensas de la caridad pública: sus deseos se encaminan a objetos más laudables, a enseñarles una ocupación o industria para darles una subsistencia independiente, y que lejos de ser una carga, se conviertan en miembros útiles a la sociedad.

Cuarenta años ha que se hicieron los primeros ensayos para educar a los ciegos. El abate Haüy nos presentó tan benéfico ejemplo, enseñando en su propia casa a sus hijos que gemían bajo de esta enfermedad; y tan importantes fueron sus resultados, que el gobierno de Francia le empleó para fundar una institución en París. Fundada que fue, llamole a S. Petersburgo con el mismo fin el Emperador de Rusia; y después de haber planteado allí su sistema, estableció en Berlín una escuela. Aquí inventó el método de imprimir en caracteres en relieve para hacerlos tangibles y sensibles a los ciegos; hizo mapas, notas de música, y otras cosas, las cuales quedaron en un estado muy imperfecto por haberle sorprendido la muerte en medio de sus tareas. Establecieronse después instituciones semejantes, en Amsterdam, Viena, Dresde, Londres, Edimburgo, Glasgow, Liverpool y otros lugares; y existentes todas, se hallan en un pie más o menos brillante, según aparece del precioso informe que extendió el doctor Howe después de haber concluido la comisión que le encargaron los administradores del establecimiento que hoy da materia a este artículo.

“Las instituciones europeas, dice Howe, para la educación de los ciegos, se pueden dividir en dos clases: unas establecidas y costeadas por los gobiernos; y otras fundadas y mantenidas por los esfuerzos caritativos de los individuos. Éstas son mucho más útiles que aquéllas.

”El fin de estas instituciones es dar a los ciegos los medios de sostenerse; y esto se consigue con más o menos éxito. Yo he visitado todos los establecimientos de Europa destinados a la educación de los ciegos; y

3 Sin embargo, la historia observa que muchos de los faraones murieron ciegos.

en todos he hallado mucho que admirar e imitar; pero también mucho que desechar”.

La institución de ciegos en París, fundada por Haüy, es la más antigua de Europa: pero, aunque excelente para aquellos tiempos, porque apenas existían otras, hoy se halla en el mismo estado en que la dejó su fundador. Sostiene y educa casi 100 jóvenes ciegos; y como no hay otra en toda Francia, el resultado es que de cada 300 ciegos uno sólo es el que recibe educación. El defecto capital de este establecimiento consiste en la diversidad de ocupaciones a que se destinan los alumnos, y el empeño que se pone en que hagan cosas maravillosas pero inútiles. Así es, que después de pasar siete años en la institución, y de destinar cinco horas diarias a las ocupaciones mecánicas, salen sabiendo muy poco de ellas, puesto que al fin del año que emplean en aprender una cosa, ya se les ha olvidado casi todo lo que alcanzaron en otros ramos del año anterior. Dáseles también a todos una misma educación intelectual, sin atender a las necesidades de cada ciego; y un muchacho pobre que ha de ganar un sustento, tejiendo o dedicándose a otra ocupación semejante, estudia las matemáticas y la literatura lo mismo que otra que tenga recursos para seguir la carrera de las letras. En la institución de París hay más ostentación que en ninguna otra, y se la ha considerado como la mejor de Europa, pero “si el árbol se ha de juzgar por su fruto y no por sus flores y follaje, entonces se formará de ella una opinión muy distinta”. Sin embargo, en medio de estos defectos no han dejado de salir algunos jóvenes útiles a la sociedad; y entre otros se cuenta Mr. Paigne, que habiéndose presentado como candidato en el certamen público de los premios de matemáticas ofrecidos en París, tuvo la gloria de llevárselos todos, y de haber sido nombrado catedrático de la Universidad de Angers.

Cinco establecimientos de esta especie existen en Alemania. El de Dresde está muy abandonado, y basta decir, que no se enseña a leer ni escribir a los discípulos. En Viena hay uno que se halla en buen estado; y en Berlín, otro, bajo la dirección del distinguido profesor Zeune. En éste, así como en otros bien gobernados, se pone gran empeño en enseñar música a los ciegos: pues, además de la capacidad que tienen para este arte encantador, les abre recursos para ganar la vida, y pasar contento los ratos tristes y solitarios de su amarga condición. Enséñaseles también geografía, historia, lenguas, matemáticas, y otros ramos, sin descuidar al mismo tiempo el aprendizaje de varios oficios. Esta institución prospera a la sombra de algunos particulares que la sostienen con un celo laudable; pero este mismo celo a veces los extravía, y les hace cometer faltas que solamente pueden evitarse, sometiéndolos a algunas teorías al crisol de la experiencia. La enseñanza tiene ciertos escollos que la práctica solamente indica; y uno de los inconvenientes de la seducto-

ra uniformidad en los planes de instrucción pública, consiste, en que a los profesores se les atan las manos, y se les obliga a enseñar, no según les manda su experiencia, sino según las reglas muchas veces equivocadas a que se les quiere sujetar.

Como el tacto es el sentido de que se sirven los ciegos para leer, las letras de los libros de la institución de Berlín están formadas con puntas de alfileres; pero siendo costoso este modo de imprimir, es muy escaso el número de libros.

La institución de Londres para los ciegos indigentes es, en concepto del doctor Howe, un establecimiento que merece grandes elogios por los beneficios que produce. “El espectáculo más agradable, que se puede presentar, es el de tantos jóvenes ciegos, reunidos en sus talleres, todos limpiamente vestidos, y con un semblante risueño, empleados en sus diferentes oficios, y todos ganando con su propio trabajo gran parte de su subsistencia. En vez de aquel ser solitario y desvalido que vemos con tanta frecuencia, el ciego nos presenta aquí el espectáculo de un joven activo, industrioso y feliz, que encontrando una ocupación constante en el ejercicio de sus facultades físicas, y siendo estimulado por la esperanza de hacerse independiente de la caridad, no tiene tiempo ni ocasión para lamentar su suerte, ni para hacer comparaciones desagradables entre él y los que le rodean”.

En esta institución solamente se admiten los ciegos necesitados, a quienes no se da ninguna educación literaria, pues excepto algunas nociones de música, solamente se les enseñan cosas mecánicas. No aplaudimos este sistema exclusivo; pero atendida la calidad de las personas que se educan en la institución de Londres, reconocemos que trae muchos menos inconvenientes que el método contrario seguido en París.

Howe asegura, que de todos los establecimientos que vio en Europa, el de Edimburgo es el que más se aproxima al gran objeto de las escuelas de ciegos, esto es, a ponerlos en aptitud de sostenerse por sí mismos en el discurso de la vida. Es verdad, que esta institución no tiene la magnificencia que la de París, ni que cuenta con los 60 000 francos de renta anuales que el Gobierno francés señala a la suya; pero en ella se practican las ocupaciones más útiles, y recibiendo una suma de dinero proporcional al trabajo que hacen, hay algunos que ganan diariamente todo lo que necesitan para su subsistencia. Muchos viven al lado de algún amigo, van diariamente a la institución, trabajan en ella, y perciben un salario conforme a las tareas que desempeñan.

“Las esteras y colchones, dice Howe, que salen de la institución de Edimburgo hechas enteramente por los ciegos, son sin disputa mucho mejores que ningunas otras de la ciudad, y, por consiguiente, se venden a un precio más subido. Los discípulos se ocupan también de hacer cestos, cuyo trabajo, aunque aseado y agradable, no es tan provechoso como los

otros. Ellos manifiestan gran ingeniosidad, y hacen cestos muy finos y difíciles, pero éste es un ramo en que tienen que competir desventajosamente con las personas que gozan de vista. Uno de los grandes defectos del sistema generalmente seguido en Europa, es el empeño de contrabalancear la natural enfermedad del discípulo por medio de la ingeniosidad, paciencia y excesiva delicadeza de sus otros sentidos, y de querer que compita con personas sanas, a pesar de la ventaja que éstas le llevan. Mas, éste no debe ser el principio que sirva de guía: antes al contrario, concediendo como debemos conceder, que las personas de vista buena tienen una inmensa ventaja sobre los ciegos en todas las obras de mano, debemos tratar de emplearlos en aquellas ocupaciones que menos necesita del uso de la vista. Hay algunas, como el tejido y otras, en que un ciego puede trabajar casi tan bien como uno que vea; pero en la edad presente, la introducción de las máquinass ha sustituido en gran manera a esta especie de industria. En la construcción de esteras, un ciego casi puede competir con un hombre que tenga vista; y, por tanto, se le debe enseñar como medio de hacerse útil y necesario a otros; pues, a pesar de todos los esfuerzos de las personas caritativas, esta clase desgraciada permanecerá en una situación precaria, mientras no llame la atención por la utilidad que produzca: los hombres son caritativos por impulsos o accesos solamente; pero el interés personal nunca duerme, y si los ciegos pueden apelar a éste, bien pueden estar seguros de que serán oídos”.

La escuela de Glasgow es nueva, y todavía muy inferior a la de Edimburgo, en punto a educación intelectual. En Liverpool hay otra que se distingue por la preferencia que se da a la música, y por el aprovechamiento de sus discípulos. Éstos dan conciertos públicos, y sacan de utilidad 3 500 ps. al año.

La institución de la Nueva Inglaterra, aprovechándose de la experiencia de las naciones europeas, ha empezado ya sus tareas: y sin seguir un espíritu de rutina, adopta lo que juzga más conveniente, y desecha lo que considera perjudicial. La enseñanza de los ciegos está confiada a maestros ciegos. Uno de éstos es un joven educado en la institución de París, versado en el estudio de los clásicos, en el de la historia, matemáticas, y otros ramos que honrarían a personas de su edad que gozasen de las ventajas de la vista. El otro es un artesano, discípulo de la institución de Edimburgo, y que enseña varias artes. El doctor Howe y los administradores de la institución de la Nueva Inglaterra recomiendan la utilidad de que sean ciegos los maestros de estos establecimientos, y se fundan en la razón de que ninguna persona pueda entender y superar tan bien las dificultades que ha de encontrar un ciego en su aprendizaje, como uno que tropezó con ellas, y tuvo que vencerlas por sí mismo. “Yo considero, dice Howe, una escuela de ciegos sin maestros ciegos, como necesariamente imperfecta”.

Finalmente, para que formemos alguna idea de los frutos que promete la institución de la Nueva Inglaterra, terminaremos este pequeño artículo con las palabras de los individuos a quienes está encargada la administración de tan benéfico establecimiento. “Plenamente satisfechos los administradores de la capacidad de los ciegos para recibir educación, se determinaron a probarla por medio de un experimento, antes de hacer una excitación pública: así es, que después de haber vuelto su agente de Europa con los maestros ciegos, tomaron siete ciegos de diferentes partes de este Estado, que contaban desde 6 hasta 20 años de edad. Estos muchachos tomados al acaso, hace casi cinco meses que se están instruyendo, y pueden leer correctamente con los dedos en los libros impresos para su uso: aprenden aritmética más pronto que la generalidad de los otros niños: adquieren ideas más correctas y exactas de geografía en los mapas destinados para ello que los que tienen vista, puesto que carecen del auxilio de los nombres escritos: sus progresos en música son muy notables; y por lo que respecta al trabajo manual, algunos de los discípulos ya pueden hacer mocasines⁴ y esteras de puerta, tan fuertes y durables, tan hermosas en la apariencia, como las que se hacen y venden en nuestras tiendas”.

El ciego Serrano en Cuba

En Bayamo, villa situada en el departamento oriental de la isla de Cuba, nació en la última o penúltima decena del pasado siglo don Mariano Serrano. Vástago de una familia muy decente y acomodada, tuvo la desgracia de ser atacado de la viruela, a pocos años de edad; y si bien escapó con la vida, reventáronsele los ojos, quedándole dos profundas cavidades, que nunca ocultó con espejuelos. Este hombre, a quien yo conocí desde niño, es por su tino admirable, uno de los ciegos más extraordinarios que se pueden presentar; y para darle a conocer, basta la enumeración de algunas cosas que no sólo le vi yo hacer, sino todos los habitantes de Bayamo.

Este ciego, que no sé si ha muerto ya, salía diariamente a la calle; pero jamás, con lazarillo, pues su única guía era un bastón que llevaba en la mano. De este modo visitaba las familias de su amistad, y recorría toda la población; y aunque ésta, cuando él cegó, no pasaría de 20 000 personas, estaba derramada sobre una superficie cuatro o cinco veces más grande que la que ocupa en Europa un número igual de habitantes.

A los inconvenientes de la distancia se le juntaba otro mayor, cual es, la tortuosidad o irregularidad de las calles; pero tanta era su destreza, que sin tropezar, ni titubear, doblaba las esquinas, y entraba en cuantas casas quería. Si las personas de su amistad mudaban de habitación, él

4 Asi se llama una tela a manera de sarga.

seguía visitándolas, sin necesidad de que nadie le condujese, ni aun la vez primera, a la nueva morada.

En Bayamo, para dar salida de los patios a las aguas llovedizas, se construyen caños subterráneos que las derraman en la calle, y salen por su boca con tanta fuerza, que excavando a veces el terreno al pie de ella, suelen quedarse estancadas, formando charcos. Una tarde que había llovido, hallábase uno de éstos delante de la casa de una tía mía, a cuya puerta jugaba yo con otros muchachos. Alcanzamos a ver a Serrano que venía en línea recta sobre el charco; y deseosos de que se mojase los pies, hicimos el más profundo silencio. El ciego prosiguió su marcha con paso firme; casi al emparejar con nosotros se sonrió, y sin tocar el agua con el bastón, apoyó la punta de éste del otro lado del charco, y dando un salto, pasó sin mojarse con gran asombro nuestro.

¿Cómo pudo saber este ciego, que allí había un charco de agua? Sólo de dos modos, y cada uno, a cual más extraordinario: o conociendo a palmos las calles de Bayamo; o teniendo un olfato tan delicado, que el olor del agua le advirtiese su presencia. De que esto último puede suceder, refiere un caso de que fui testigo.

A dos leguas de Bayamo, corre un riachuelo llamado *Mabay*, que hace grandes y repentinas avenidas. Mi padre tenía un esclavo criollo, hijo de padres también criollos, que siempre le acompañaba en sus viajes al campo. Un día en que de éste volvía a la población con tiempo muy asentado, luego que llegaron a cosa de un tercio de legua de *Mabay*, el esclavo empezó a decir, que le olía a agua, y que creía que *Mabay* estaba crecido. Como el tiempo estaba claro y sereno, y durante algunos días no había caído ni una gota de agua en aquella comarca, mi padre no prestó atención a lo que el esclavo decía; pero éste, al paso que se iban acercando al riachuelo, se confirmaba más y más en su primera idea; y cuando llegaron a él, se conoció, que el olfato no había engañado al esclavo. La experiencia enseña que este sentido se embota generalmente con la civilización, mientras que se afina, y a veces de un modo prodigioso, en hombres y tribus salvajes. Pero volvamos a nuestro ciego.

Él no sólo andaba a pie, sin guía ni compañero, sino también a caballo montando indistintamente los propios y ajenos, así en los campos, como en la población.

En las fiestas de San Juan y Santiago que se celebran en Bayamo, y en las que entonces corrían desafortadamente por las calles millares de personas a caballo, Serrano tomaba parte, sin que le arredrasen los peligros ni las desgracias que a veces ocurrían. De este hecho, la población entera de Bayamo me sirve de testigo.

Encontre también un día, a cuatro leguas de la población, yendo sólo, en un caballo negro, para una hacienda de su padre. Contaba yo esto a un médico francés amigo mío, don Luis Bertot, casado con una señora española de Santo Domingo, y establecido en Bayamo con toda

su familia; y después de haberme oído, me refirió asombrado lo que una noche le sucedió con Serrano.

Como rara es la casa de alto que hay en Bayamo, Bertot habitaba en una baja. Cenaba con su familia en la sala, cuya puerta principal daba a la calle. Oyó venir por ella un caballo a toda brida, que el jinete empezó a recoger, según que se acercaba a la casa, y parando de repente, y aun llegando a meter el caballo la cabeza en la puerta, Bertot ve y oye a Serrano que le decía: “Señor don Luis, en mi casa hay un enfermo de mucha gravedad. Hágame usted el favor de ir allá ahora mismo”, y obtenido que hubo una respuesta favorable, volvió la rienda, y se marchó a escape en rumbo de su casa, que estaba algo distante, y en calle diferente de la del médico.

Que este ciego recorriese a pie calles de Bayamo, e hiciese visitas, bastante asombroso es: mas, al fin, él podía medir con sus pasos las distancias que andaba. Pero en el presente caso, ¿cómo pudo, corriendo a caballo, graduar con tanta precisión la distancia que media entre su casa y la del médico? Y no se diga, que el caballo le conduciría; porque ni Serrano tenía caballo particular, pues que montaba en cualquiera, o aun cuando lo hubiese tenido, él jamás había visitado la casa de Bertot, siendo por lo mismo imposible, que el caballo hubiese atinado con ella.

Últimamente, hallándose una vez en la hacienda de su padre, hizo que un negro de su confianza le mancarnase dos yuntas de novillos; y como deseaba venderlos sin noticias de su padre, fue a ocultarlos con el criado en la espesura de un monte. Seguro ya de su presa, se marchó a buscar comprador, y cuando lo hubo encontrado, volvió sólo con éste a enseñarle el paraje donde estaban los novillos.

Otros rasgos admirables de don Mariano Serrano pudiera yo consignar aquí; pero bastan los mencionados para que se le tenga por uno de los ciegos más extraordinarios. Su nombre y sus prodigios solamente son conocidos de los habitantes de Bayamo; pero la memoria de tal hombre exige un recuerdo especial, para que no quede como hasta aquí sepultado en el olvido.

CLIMA DE LIMA Y SUS INFLUENCIAS EN LOS SERES ORGANIZADOS



El breve examen que hice de la obra, cuyo título pongo a continuación, se publicó en el número IX de la *Revista Bimestre Cubana*, correspondiente a enero de 1834.

Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre, por el doctor don Hipólito Unanúe, catedrático de prima de medicina en la Real Universidad de San Marcos, director del colegio de medicina y cirugía de San Fernando, protomédico del Perú, etc. Segunda edición en Madrid, Imprenta de Sancha, año de 1815. Con las licencias necesarias.

No esperen nuestros lectores que de la obra, cuyo título acabamos de estampar, hagamos un análisis riguroso. Nuestro intento no es otro sino dar a conocer un libro, que, aunque pequeño en volumen, es grande por la variedad e importancia de las materias que encierra. Desde que en 1806 apareció en Lima por la vez primera, empezó a llamar la atención en todas las personas que le pudieron leer, pues que hallaban en él desenvueltos los fenómenos naturales de un país, que agitado frecuentemente por la violencia de los terremotos, no experimenta las fuertes lluvias de los trópicos, ni el poder destructor de los rayos. Los justos elogios que se hicieron a esta obra, no quedaron confinados acá en las regiones del Nuevo Mundo; tributáronse también en el viejo continente, y desde la capital de España se alzó una voz, cuyos ecos nos complacemos en poder repetir en Cuba.

“Las observaciones, tales son las palabras del no. 14 del *Memorial Literario de Madrid* del 20 de mayo de 1820, las observaciones publicadas por el doctor Unanúe no sólo tienen el mérito de la originalidad, sino el de haber tratado esta materia con un orden científico, y cuando no más, con tanta filosofía crítica como la que tienen los escritos de esta clase publicados en Europa, a lo menos lo que yo conozco. Divide su obra en tres secciones; en la primera trata de la historia del clima de

aquella región; en la segunda, de las influencias de aquél sobre los seres organizados; y en la tercera, de la que tiene sobre las enfermedades”.

“En estas observaciones se nota lo versado que está su autor en las ciencias naturales, y también que no le son extrañas las humanidades; pero lo que se advierte con más particularidad, es el caudal de buenos conocimientos anatómicos y médicos de que está adornado, y la mucha erudición, con particularidad de los autores ingleses. Es preciso confesar, no obstante, que el castellano es incorrecto, y que suele a veces el autor exaltar su imaginación, de tal modo, que en las narraciones emplea el estilo propio de las descripciones poéticas, y asimismo las frases son algunas veces anglogálicas, más bien que castellanas. Sin embargo, consideramos que su autor es digno de los elogios de todos los hombres instruidos y de la veneración de los sabios; y no dudamos afirmar, que es uno de los mejores tratados que sobre este particular se han escrito en nuestros días; y que nos deberíamos dar por muy satisfechos con tal que le imitara alguno de nuestros profesores ilustrados y que gozan de la pública reputación.

”Concluiremos, pues, nuestro juicio con decir, que es a la verdad muy extraño, que llevando nosotros a los peruanos muchos siglos adelantados en la ilustración, y bastantes años en la erección de cátedras de todas clases, se haya publicado el primer libro de esta clase en Lima, y no en Madrid”.

Antes de pasar adelante, debemos hacer dos advertencias. Sea la primera, que el autor no solamente procuró corregir la segunda edición, sino que le agregó dos secciones más: a saber, una sobre los medios de curar las enfermedades del clima; y la otra sobre la constitución médica de Lima en el año 1799. Sea la segunda, que, aunque una que otra vez disentimos de las opiniones del autor, no emplearemos nuestro tiempo en combatir las, pues ni son de mala trascendencia, ni el plan que nos hemos propuesto es confutar errores o deshacer equivocaciones, sino presentar algunas muestras de la obra, para que se pueda conocer su mérito.

Empieza el autor haciendo unas ligeras observaciones sobre la influencia de la luz solar, considerada como uno de los principales estímulos externos de la vida del hombre; y cuando llega a contemplar su acción en la región de los trópicos, hace una pintura animada de las costas del Perú. Dice así:

“Pero el Divino Arquitecto arregló de manera los planos de la formación de la tierra, que el hombre en el centro mismo de la zona abrazada goza, no sólo de los más dulces temperamentos, sino lo que es aún más asombroso, sufre los eternos fríos de los polos. En esta parte de la zona ardiente, que corre por la costa del Perú del Ecuador al trópico de Capricornio, vemos al oriente levantados los enormes cerros de la cordillera de los Andes, desde cuyas faldas a la eminencia se sustituyen por grados todos los climas del universo. Los calores que abrasan en los

valles, van perdiendo su actividad a proporción que se sube; y el vigor y producciones del reino vegetal variando y disminuyéndose, hasta encontrar en las cimas páramos helados, en donde no puede habitar ningún viviente. Así debe más bien aplicarse a los Andes, que al Sannine o Líbano lo que de éste cantan los poetas árabes: *que tiene la cabeza coronada del Invierno, adornada la espalda de la Primavera, que el Otoño reposa en su seno, y que duerme a sus plantas el Estío.*

”La falta comprendida entre aquella gran sierra y el océano Pacífico, que con la latitud de 20 leguas más o menos forma la costa del Perú, siendo la más baja, goza con todo un temple suave y agradable. Concurren a proporcionárselo su situación encerrada entre la cordillera y un gran mar, los vientos australes que son en ella perennes, y la inmediación del sol, que sin las circunstancias anteriores haría quizás inhospitables nuestras arenas. El soplo de los sures que corren una gran superficie marítima trae a estos llanos el frescor y la humedad. Presto el calor del clima la reduce a vapores, que cerrados por la cordillera y sus ramos, queda formado, sobre la costa un toldo o tejido de nubecillas, que defendiéndonos del sol, nos hace disfrutar en casi todo el año un temple de primavera. En el centro de este feliz pedazo del globo está el valle ameno de Lima, sitio de la rica y culta capital del Perú”.

Si tratáramos de la historia política de este lugar, omitiríamos los pormenores de su descripción topográfica; pero revisando una obra sobre el clima de un país que presenta las anomalías más extrañas en el orden natural, no sólo haríamos defectuoso este artículo, sino en gran parte inútil a nuestros lectores, pues que carecerían de las noticias necesarias para entender las causas que producen los fenómenos meteorológicos. Digamos, pues, con nuestro autor que

“Lima, ciudad la más rica y célebre de la América meridional, está situada a los 12° 3'15" de latitud austral: 70° 50' 50" de longitud al meridiano de Cádiz. Su situación es austro-occidental, pues por el oriente y norte la abrigan los cerros, quedando descubierta a los vientos al sur y occidente.

”Todos aquellos cerros son ramas de la gran cordillera de los Andes, cuyo cuerpo pasa N.S. por el oriente a 20 leguas de la capital. Las ramas orientales descienden en degradación de N. a S., formando valle a sus espaldas hasta acercarse a los muros de la parte alta de la ciudad. Las del norte acompañan de E. a O. la orilla derecha del Rimac con más o menos inmediación; y después de separarse formando un semicírculo espacioso, para dar lugar al valle de Lurigancho, enfrente de la parte alta de Lima, revuelven tocando el principio del arrabal de S. Lázaro con la falda del cerro de S. Cristobal, por cuyo pie entra el Rimac separando esta población de la principal. Al cerro de S. Cristóbal continúan encadenándose los de los *Amancaes*, y bordeando los confines del arrabal mencionado, finalizan con él hacia el O.: a cuyo rumbo se distingue

una serie de colinas, que por descender a espaldas de la anterior, parece nacer de ella, y la va cerrando en forma de semicírculo, hasta terminar en la derecha del Rimac a $\frac{3}{4}$ de legua de la ciudad, demarcando con su extremo el punto preciso del ocaso del sol en el solsticio de invierno, visto desde el puente. Las cimas de S. Cristóbal y los *Amancaes* son las más altas de estas sierras. La primera tiene 470 varas de elevación, y la segunda 960 sobre el nivel del mar.

”Por el O. mira la ciudad al mar Pacífico, que dista de ella dos leguas; y volviendo la vista al S.O., se descubre la isla de S. Lorenzo, que demora entre el ocaso equinoccial y del solsticio del estío. Pasando al sur se encuentra en la costa con *Morro Solar* o de los Corrillos, cuya medianía dista $\frac{1}{4}$ de milla de la plaza de Lima. De allí para el E. se van levantando varias colinas de arena, que creciendo gradualmente van a unirse con las ramas de la cordillera. Éstos son los límites que ciñen la vista al extenderla sobre el ameno y espacioso valle de Lima”.

El terreno de la ciudad es un plano inclinado de oriente a occidente, cuya elevación central es de 170 varas sobre el nivel del mar. El fondo del terreno del valle de Lima y de toda la costa es firme; pero desde cierta profundidad hasta poco más o menos de dos pies de la superficie ya se encuentran sobrepuestas varias capas de arena y de guijarros, que están cubiertas por otras de tierra vegetal de una fecundidad prodigiosa.

El autor entra en muchas consideraciones acerca de la atmósfera de Lima. Ella es opaca, nebulosa y poco renovada, lo que depende, en gran parte, de la situación de la ciudad. “Ceñida, como dice él, por la serranía del norte, se apoyan contra ésta, formándole un toldo, todos los vapores que se levantan de la costa y de la transpiración feraz que la rodea: y como el sur por lo común sopla con poca fuerza, no puede hacer que los vapores sobrepujen las cumbres de los cerros. De aquí se origina que los rayos del sol disipen con más facilidad las nieblas de los lugares circunvecinos que los de Lima, y, por consiguiente, los inviernos sean en aquéllos más templados que en ésta. Aun en el rigor del estío, mirándola desde los campos donde se presenta un cielo limpio. Así es, que si en lo más fuerte de los calores y del día sucede algún eclipse que debilite la acción del sol, al punto nuestra atmósfera se cubre de nubes. Todo esto manifiesta la cantidad de vapores acuosos que nadan sobre nuestras cabezas. Por estas causas, la atmósfera de Lima se halla en una variación continua. El horizonte amanece cubierto de nieblas que no dejan percibir muchas veces los objetos, aun los que están en la capital: conforme entra el día, se levantan estas nieblas, queda descubierto el campo; y cubierto el cielo de nubes, se hace más o menos visible el sol. Al caer éste a su ocaso, vuelven las nieblas a extenderse sobre la tierra, viniendo del sur empujadas por el suave sople de este viento. Si exceptuamos algunos días del fin del estío en que el sol alumbra de lleno, y

otros de invierno en que se halla todo nublado, el resto del año es una seguida alternativa entre la luz y las sombras”.

Las observaciones meteorológicas hechas por el autor manifiestan, que la variación anual del termómetro de Reaumur es regularmente de 9 grados, siendo de 13 sobre cero el frío más intenso, y de 22 el máximo de calor. Se dice, *regularmente*, porque ha habido casos en que el termómetro ha llegado a 24 grados. Las variaciones más notables en el discurso del año se verifican a la entrada y salida del estío. En los días nublados, la variación diurna es poco sensible; pero aquellos en que luce el sol, es de un grado, subiendo dos tercios hasta la 1 de la tarde, y un tercio más hasta las 4 que es la hora de la mayor altura. Durante la noche, el termómetro baja poco más o menos el mismo espacio que ha subido en el día, y este descenso es mayor o menor, según se acerca la estación del invierno o estío; o sea, los períodos en que la atmósfera de Lima llega a su máxima y mínima temperatura.

La altura barométrica es regularmente de 27 pulgadas, 4 líneas; y su variación en todo el año es sólo de 2 a 4 líneas, subiendo en 2 en el estío, y bajando las mismas en el invierno. La mayor alteración que observó Unanú en el barómetro, acaeció el 30 de abril de 1808, en cuya mañana subió de 2 a 3 líneas, y a la sazón en que soplaban el sur más fuerte que hasta entonces se había experimentado en aquella ciudad. En ella notó el célebre Humboldt por vez primera, en diciembre de 1802, que las oscilaciones barométricas guardan en la zona tórrida un orden periódico y constante en el curso del día y la noche. Llega el barómetro a su mayor altura a las 9 de la mañana: entre esta hora y las 12 se mantiene casi estacionario: luego sigue bajando hasta las 4 de la tarde en que llega a su mayor descenso. Vuelve a subir hasta las 11 de la noche, en que torna a bajar hasta las 9 de la mañana. Tan arregladas son estas oscilaciones, en el concepto de Humboldt, que observando la altura de la columna barométrica, se puede pronosticar la hora del día y de la noche con la misma exactitud que un reloj.

El sur es el viento reinante en la costa de Lima, y el norte sopla con interrupción, alternando según las horas del día y las estaciones del año. La marcha diurna de los vientos en aquel país se hace en dirección contraria a la que lleva el sol. A su salida sopla por lo regular del ocaso un suave noroeste a sudoeste que constantemente va corriendo al sur según que aquel astro se aproxima al meridiano; y cuando llega al ocaso, se inclina al sudeste, formando la brisa hacia las cinco de la tarde; la cual cesa a media noche, y se prepara de nuevo el viento de occidente. La mayor fuerza del sur es de las 11 del día a las 2 de la tarde; pero su polo es suave y grato. En el curso del año se observa, que las calmas mayores del sur son en las inmediaciones del equinoccio de marzo. En las variaciones de la luna, en los solsticios, y en el equinoccio de sep-

tiembre sopla con violencia desde que empieza a caer la tarde hasta las 10 de la noche en que cesa. “Su fuerza, dice Unanú, en el solsticio de junio, rompiendo los vapores, forma el *veranito de S. Juan*. Su soplo activo en el equinoccio de septiembre y solsticio de diciembre parece destinado a elevar la masa de vapores y acopiarlos en la sierra, pues el primer repunte de nuestros ríos es a principios de octubre, por lo que se llama *cordonazo de S. Francisco*. Este cordonazo, cesa luego, porque también calman los sures hasta el solsticio, en que recuperando su vigor, se entablan las lluvias de la sierra”.

Cuando sopla el norte, empieza entre 1 y 2 de la mañana, y acaba regularmente de 9 a 10. Es suave y frío, y, por consiguiente, condensa los vapores acuosos que flotan en la atmósfera de aquel país. Nace de aquí, según el autor, que cuando sopla con alguna interrupción en los fuertes colores y calmas del estío, condensa los vapores de la costa, enrarecidos por la fuerza del sol, y empujándolos a la sierra, la lluvia es muy abundante en ella. Pero si sopla con repetición, disminuye el calor del estío, se nubla todo el horizonte, el otoño se anticipa en la costa, y prometiendo un invierno húmedo, en ella, hace que escaseen las lluvias en la sierra. Hay casos, aunque muy raros, en que se levanta el norte entre 9 y 11 de la mañana: entonces se disipan los vapores, el sol aparece, y se limpia el cielo aun en medio del invierno; pero al siguiente día amanece más cerrado, en especial, si sopla el sudoeste. El norte, dice Unanú, lastima la cabeza; de aquí es que los que padecen de ella, pueden desde su cama indicar la hora en que comienza.

Es bien extraño, sin duda, que un país situado en la zona tórrida, cubierto de nubes en mucha parte del año, bañadas sus costas por el vasto mar Pacífico, y teniendo a sus espaldas una elevada cordillera, cuyas cimas yacen envueltas en masas enormes de un hielo eterno, es bien extraño, repito, que casi nunca reciba en su seno el influjo benéfico de la lluvia, sino bajo la forma de una llovizna ligera, a la que los naturales dan el nombre de *garúa*. Tan importante fenómeno no sólo llama la atención del físico que procura investigar los arcanos de la naturaleza, sino que llena de asombro la mente de los hombres vulgares. Sigamos, pues, paso a paso a nuestro autor, hasta que lleguemos con él al conocimiento de las causas que producen un efecto para muchos incomprensible.

“Mucho se ha escrito sobre la causa de no llover en Lima y esta costa del Perú, sino luna ligera garúa o llovizna: y excelentes filósofos han ejercitado su ingenio en inventar sistemas que la expliquen. Reunamos los hechos que nos ofrece la observación, que ellos mismos aclararán el misterio.

1º. Entre abril y mayo empiezan las garúas de Lima, y siguen con más o menos interrupción hasta noviembre. En el resto del año repiten en las variaciones de la luna.

"2º. En el estío suele acontecer el que llueva hacia las 5 de la tarde, pero entonces es lluvia gruesa, y dura poco.

"3º. Por los años de 1701-20-28-91 llovió tan copiosamente en la costa abajo, o los valles, en las noches del estío, que se siguieron muchos daños, porque precipitadas las lluvias en torrentes que no seguían las veredas de los que bajan de la sierra, arruinaron los sembrados y echaron por tierra los edificios.

"Los vientos suaves que corren por la mañana del ocaso, y por la tarde del sur, son los que traen las neblinas, y cubren de ellas el horizonte. Entonces la lluvia que se siente, es propiamente un rocío copioso, o unos mal formados vapores, que conforme los empuja el aire sobre la tierra y colinas, las van humedeciendo. Los nortes cuando soplan con viveza, levantan aquellas neblinas a alguna altura del suelo, y reuniéndolas en nubes espesas, llueve una garúa gruesa. *Cuanto más frecuentes los sures en invierno y primavera, más neblinas y lloviznas; cuanto más activos los nortes, menos nieblas, y más gorda la garúa.*

"En los años en que han sobrevenido las grandes lluvias de las cabecezas de la costa, se ha notado, que eran fuertes los calores, soplaban con viveza los sures, y a ocasiones se alternaban y encontraban con los nortes. Según estas observaciones, parece que, como estamos situados a las costas de un grande océano, y rodeados de cerros por el oriente y norte, nos arrastran los vientos del S. y O. una porción de vapores de la superficie del mar; y que hallándose distante el sol de nuestro cenit en el otoño e invierno, no es suficiente su calor para volatizarlos, y para que, según las leyes de la gravedad recíproca de los cuerpos, asciendan a la parte alta de la atmósfera. Quedan, por consecuencia, agazapados contra la tierra, humedeciéndola con un rocío, que como sus gotitas no encuentran espacio en su descenso para reunirse, no forman lluvia gruesa.

"Soplando el norte en dirección contraria al sur, levanta las neblinas del suelo, las une y condensa a mayor altura, pero sin que excedan la que tienen nuestros cerros inmediatos. Así la garúa que cae entonces, es más gruesa, porque descendiendo sus gotas de mayor altura, pueden reunirse unas a otras.

"Aunque en el solsticio de junio y equinoccio de septiembre toma tanta fuerza el soplo del sur que rompe la atmósfera, y disipa los vapores empujándolos a la sierra; como luego afloja, esto mismo motiva el que amontone más vapores sobre los llanos, entonces bastantes fríos por la frecuencia con que corren los nortes a la mañana.

"En el tiempo del estío, la acción del sol es fuerte, la evaporación marítima, en consecuencia, muy abundante. *En el estío, cuanto mayor el calor en la costa, tanto más abundante la lluvia en la tierra.* Pero como los vapores son muy volatizados, van a parar a la parte más alta de la atmósfera, y superan las cimas de las cordilleras, donde condensa-

dos con el frío, vierten la enorme cantidad de agua que ha pasado sobre nuestras cabezas, sin que pudiésemos percibirla por lo atenuado de sus vapores. En estas circunstancias, si al caer el sol, no ha podido pasar de Lima algún nubarrón que va a la sierra, se condensa con el fresco de la noche, y cae una lluvia gruesa, por descender de mucha mayor elevación que en invierno, a causa del calor que eleva los vapores.

”Si a los fuertes calores se juntan frecuentes y recios vientos del sur; a las masas de vapores que eleva la acción solar, se une la que arrastran los vientos australes corriendo por las espaldas del océano. En este caso están reunidas las fuerzas evaporantes de los vientos y del sol, y ambas concurren a elevar y empujar las nubes espesas a la sierra; pero como la acción solar se disminuye en el ocaso, y el sur a las 10 de la noche, suelen en estas circunstancias quedar estancadas muchas nubes a la altura media de la cordillera y sus ramas, y entonces descargan los torrentes de agua que inundan los valles. Si a los calores y sures fuertes se juntan los nortes, las lluvias son mucho más copiosas, por la mayor conglobación y densidad que adquieren las nubes del austro, reprimidas y enfriadas por el bóreas. Si, lo que rarísima vez sucede, después de bien cargada la atmósfera sigue el S.E. soplando de noche con alguna viveza, y el N.O. se adelanta, en este caso las nubes son desalojadas de la cordillera a la costa, y recibidos por el N.O. se forman las tempestades de relámpagos, truenos y rayos, que llenan de consternación a los habitantes de estos valles, por no estar acostumbrados a oírlos.

”Concluyamos, pues, que tres agentes concurren a formar la lluvia de los valles, y que según la diversidad con que obran en su combinación e intención, se diversifica la forma de la lluvia. La llovizna es debida al soplo de los vientos australes y débil acción del sol: la garúa gorda al soplo de S. y N., faltando la acción solar. Las lluvias y tempestades extraordinarias de estío a la combinación de los tres agentes en su mayor actividad”.

Un rayo, relámpago es un meteoro tan extraordinario, en Lima y sus inmediaciones que su vista o su estruendo ponen en consternación a los habitantes de aquella comarca. Hubo un tiempo en que Unanú pensó, que este fenómeno dependía: 1º del estado contrario en que se hallan la atmósfera de la costa y de la cordillera, pues suponiendo a aquélla positivamente electrizada, y a ésta negativamente, los vapores llevan la electricidad a la cumbre de las montañas donde con frecuencia se ve la imagen de un combate eléctrico; 2º de la estrechez de la faja comprendida entre el océano y la cordillera, pues cuando es dos veces más ancha que aquella en que está situado el valle de Lima, entonces hay una atmósfera muy dilatada sobre la costa, y no pudiendo estar igualmente electrizada, truena y relampaguea en ella, como acontece del Ecuador hacia el trópico de Cáncer.

“Tal era mi modo de opinar, así se explica el autor, hasta que el estío de 1803 me enseñó, que la causa principal de no tronar en esta parte del Perú consistía en no soplar vientos encontrados, ni haber el calor suficiente para producirse este fenómeno. El estío mencionado ha sido sumamente caluroso desde sus principios: el termómetro de Reaumur señaló el grado 24 por muchos días: las calmas fueron continuas en enero y febrero. Por consiguiente, la evaporación marítima, la transpiración de animales y plantas, y las exhalaciones de los cuerpos que se pudrían, eran abundantísimas. La atmósfera estaba con todo despejada, aun en las noches, y era escasa la lluvia en la sierra. La fuerza del calor impedía la formación de las nubes, hasta que empezando a soplar los nortes en las mañanas de los últimos días de febrero, condensaron los vapores, se nubló el cielo, y se siguieron copiosísimas lluvias en la sierra en todo marzo y principios de abril. Comenzando a debilitarse en este mes la acción solar, por su tránsito a las regiones boreales, y creciendo el frío de otoño, quedó sobre la costa una gran cantidad de vapores muy espesos, que del lado de la cordillera formaban una faja de nubes oscuras.

”La tarde del 19 de abril aparecieron por el austro algunas nubes negras de aspecto tempestuoso. Cerrose con la noche la atmósfera, y comenzó a relampaguear a las 7. El S. cambió al S.E. y siguió soplando más allá de la hora en que cesa: y empujadas las nubes al N.O. se aumentaban los relámpagos, conforme se aproximaba la hora en que comienza a soplar el viento de este lado. A las 11 y media, un relámpago iluminó la atmósfera, llenó de claridad las habitaciones oscuras, y siguióse un trueno formidable: a las 12 repitió el segundo, y cerca de la 1 de la mañana tronaron los más inmediatos. Después siguieron algunos otros truenos que por la costa se alejaban al N. La nube eléctrica, y que hizo las explosiones más inmediatas pasó entre el extremo inferior de la ciudad, y la costa con la dirección del S.E. al N.O., estando el cielo despejado en muchas partes. En la costa llovió algo, y casi nada en la ciudad, en cuyos suburbios corrían despavoridos sus habitantes a la vista de un fenómeno que nunca observaron sus mayores. Siguióse a esta tronada cesar la lluvia de la sierra y comenzar abundantísima la garúa de la costa: cuyas colinas y cerros se vistieron de tantos y tan hermosos pastos, que en 30 años no se contaba otros de *lomas* tan frondosas. Me parece que el frío anualmente aminora la cantidad de calor en todo el globo, y que para restaurar el orden primitivo hay un período de estíos muy calurosos en ambos continentes. En principios del siglo pasado y del presente han sucedido los más notables de esta costa del Perú. Así, en el año de 1701 tronó y relampagueó en la ciudad de Trujillo, y en el de 1803, en la de Lima”.

Después de haber hablado acerca de los relámpagos y truenos, pasa el autor a tratar de los temblores de tierra tan frecuentes y peligrosos en aquella región. Oigámosle:

“Si el cielo no nos asusta con los rayos que atemorizan nuestras serranías, éstas en Cange rarísima vez sienten las violentas convulsiones con que nos aflige la tierra. El fenómeno terrible de los temblores es más frecuente entre la primavera y el estío, que en el resto del año, en el cual, si acontecen, es por el otoño. Sus horas son las de la noche: dos a tres horas pasado el ocaso del sol, y al apagarse la luz zodiacal, y con más frecuencia en torno de la aurora. Los antiguos comparaban estas partes del día con el otoño y primavera: y la acorde verificación de los temblores entre estas estaciones y aquellas horas, da valor a la comparación.

”El curso de los temblores es S.N. siguiendo la cadena de los cerros. Una triste experiencia ha manifestado que sus más violentas concusiones guardan un período de medio siglo en el espacio, que corre del Ecuador para el trópico de Capricornio, y que se suceden con cierto orden del trópico al Ecuador. Esto lo confirman las épocas de los terremotos, que de la conquista acá se han experimentado en Quito, Arequipa y Lima”.¹

El autor observó, que los días muy varios son los más expuestos a temblores, y que por eso ocurren entre la primavera y el estío, y en el *veranito de San Juan* que allí es en el otoño. También notó, que la frecuencia de pequeños temblores en primavera es indicio de que las entrañas de la tierra se van descargando parcialmente, y que así hay menos recelos de grandes terremotos; pero si vienen unos tras otros en cortos intervalos, es señal de que sucesiva y parcialmente se van inflando muchos combustibles, y que al incendio de su gran depósito ha de seguir un violento terremoto.

Unanúe refiere el curioso no menos que importante hecho, de que el terremoto de 1687 esterilizó los campos para el trigo por el espacio de 20 años; y que las semillas de las cañas que prosperaban con lozanía hasta echar espigas, se convertían después en un polvillo negro, y las cosechas quedaban perdidas. Más extraño es todavía lo que sucedió en parajes más remotos. Trujillo, que se halla a 100 leguas al norte de Lima, y donde apenas se sintió el ruido de aquel terremoto, experimentó también sus maléficas influencias, las cuales se extendieron hasta Paíta a 200 leguas de distancia. Los campos, que eran los graneros de toda aquella costa

1 Período de los grandes temblores del Perú.

<i>Arequipa</i>	<i>Lima</i>	<i>Quito</i>
1582	1586	1587
1604	1630	1645
1687	1687	1698
1715	1746	1757
1784	1806	1797

hasta Panamá, y que llegaban a dar 200 fanegas por una, quedaron tan estériles, que no rendían ni aun la misma semilla que en ellos se sembraba. ¿Pero a qué causa deberá atribuirse este fenómeno? ¿Sería, porque los terremotos hubiesen debilitado la virtud nutritiva de la tierra, o porque a ellos hubiese seguido algún trastorno en las estaciones? A esta última opinión se inclina Unanúe por parecerle más fundada.

Muy poco nos detendremos en considerar el influjo que ejerce aquel clima en los vegetales. El terreno es muy fértil en general, y la vegetación es prodigiosa en los valles. En las inmediaciones de Lima hay algunos, que sin más riego que las avenidas del estío y sin más lluvia que las nieblas y ligeras lloviznas que caen de mayo a octubre, producen semillas en todo el año, rindiendo desde 60 hasta 100 por una. Unanúe opina, aunque erróneamente, que la costa del Perú se asemeja mucho en clima y terreno al bajo Egipto. Las avenidas del estío empapan la tierra a manera del Nilo, cubriéndola de un limo gredoso de mucho gluten. Esta tierra es arrastrada por las lluvias de las faldas de los Andes, y cree que contiene mucha materia animal por la muchedumbre de palomillas que la acompañan. Retiene el agua con tenacidad, y la suministra lentamente a las plantas frondosas que crecen en ella. Los habitantes de los valles de Chilca Asia, de la Imperial, y otros se aprovechan de las avenidas para regar sus áridas campiñas, empapándolas por 24 horas, y arándolas y sembrándolas al fin del estío. La humedad de la tierra, y las neblinas y lloviznas del invierno bastan para que el labrador recoja una cosecha abundante.

Aun en medio de arenales estériles que no riega el cielo ni raudal alguno, se ven en las costas del Perú, heredades de ricas vides y de muchas semillas que fructifican prodigiosamente. Formando aquel terreno un plano inclinado que corre de las cordilleras al mar, muchas aguas descienden subterráneamente a cierta distancia de la superficie: de manera, que todo el trabajo del labrador consiste en separar las arenas, haciendo unas pozas hasta que se encuentre con humedad. El autor dice “que próximo al puerto de Pisco está el valle de *Hoyas*, así nombrado, porque sus muchas y excelentes viñas están plantadas en unas pozas, que formaron a mano los antiguos indios, separando y abriendo las arenas que cubren la costa: y como naturalmente se infiere, sus vinos son de un gusto exquisito. Los andenes y graderías formadas en las sierras para hacerlas cultivables, y las hoyas de la costa son unos monumentos que manifiestan la grande aplicación y pericia de los antiguos peruanos en la agricultura”.

¿Y qué no diremos ni una palabra acerca de la diversidad de temperamentos y producciones de la tierra que bajo una misma latitud nos presenta la gran cordillera de los Andes? Escuchemos al autor.

“Cuatro zonas pueden distinguirse en ellos: 1^a La ardiente. 2^a La templada. 3^a La fría. 4^a La glacial. La primera corre al pie de los An-

des desde las llanuras que se hallan casi al nivel marítimo hasta cerca de 4 000 pies sobre él. En todo el año varía el termómetro de Reaumur de los 16 a los 24°, y se puede tomar el grado 20 por el que indica su temperatura media. La humedad que acompaña al calor en estas tierras bajas, las hace productivas de densas y elevadas selvas, de flores y resinas aromáticas. Aquí está la patria donde llegan a su perfecta maduración las plantas americanas, y de países ardientes. He aquí los sitios feracísimos de América, donde, como dice Pombo, la naturaleza está siempre en acción.

”La segunda zona comienza desde los 4 000 pies de elevación hasta cerca de los 12 000. La temperatura se halla entre 9° y 16° y su temple medio es de 13° que forman el de primavera y otoño, según se halla más alta o más baja. En este benigno clima, los granos y plantas europeas crecen y producen con igual fertilidad que el maíz americano: y se presenta aquel país *feliz, donde la naturaleza en sus liberalidades, o por mejor decir en sus profusiones, copia la imagen del Paraíso terrenal.*

”Entre los 12 y 15 000 pies de elevación está la zona fría. Aquí el aspecto del país es enteramente diferente del que se presenta en los climas inferiores. Todo lo que en él se produce, es de estatura pigmea, pobre y miserable. La extrema Siberia y Kamtchatka no tienen que envidiar, dice el ilustre Haenk, a los habitantes de las cumbres del Perú. Éstos son una nación de esquimales de estatura pequeña, de un color tostado por el frío, ojos pequeños y plegados al canto externo, y la frente corta y poblada de pelo; y a quienes la pródiga naturaleza dotó de estas facciones del rostro para defender sus ojos del reflejo que causan las nieves en los rayos solares: y para libertarlos con la agudeza y perspicacia de su vista de los frecuentes riesgos que se encuentran en las ásperas breñas y precipicios en que moran. El termómetro en la estación seca de mayo, junio y julio señala el grado de congelación, en la lluviosa sube a los 8° sobre el hielo, y su temple medio puede reducirse a 4° de calor. La vegetación manifiesta igualmente la inclemencia del temperamento en que se halla. Los arbustos que allí nacen, son leñosos, resinosos, y cubiertos de cortezas firmes, para que puedan sostenerse contra el frío.

”De los 15 a los 21 000 pies, en que terminan los más altos picos de los Andes, corre una zona glacial, que siguiendo la dirección de la cordillera para uno y otro polo, va descendiendo con su limbo inferior, a proporción que se retira de la línea. Al atravesar los trópicos baja a los 13 000 pies. A los 45° de latitud está sólo a los 8 o 9 000 pies de elevación; y a los 60 o 70 toca la superficie del globo, demarcando en todo su círculo el término de la vegetación y la vida. En la cima de los Andes, lo mismo que en el polo, habitan y braman los vientos impetuosos.

"Nimborum patria, loca foeta furentibus austris.—Virg".

El amor patrio no ciega al doctor Unanúe. Reconoce, que el Perú no es a propósito para alimentar las muchas especies indígenas de animales que habitan en los bosques de la América septentrional, ni tampoco para multiplicar las trasplantadas de Europa en aquel número prodigioso que pacen en los dilatados campos de Chile y Panamá. Hállanse, sin embargo, en sus costas y montañas muchas tribus hermosas, cuya descripción ocupará algún día las páginas de la historia natural. Al descubrimiento del Perú se encontraron varios cuadrúpedos indígenas, cuyas principales familias son el paco² (*Camellus peruvianus*), el alco (*Canis americanus*), el puma león (*Felis puma*), el uturunco o tigre (*Felis onsa*), el ucumari u oso (*Ursus americanus*), y la taruca (*elaphus*). Acerca de estos animales, Unanúe nos da noticias muy curiosas.

"La Divina Providencia, que ha proporcionado a sus criaturas racionales en todas las partes del globo todos los medios para subsistir y cumplir los trabajos a que los destinaba, dio al indio habitante de los Andes, un don precioso en los pacos. Sus lanas le visten, sus carnes le alimentan: el veloz huanacu, y la tímida vicuña le recrean, y entretienen en la caza; y la llama y la alpaca conducen con seguridad sus haberes por entre las angostas y ásperas sendas de la serranía del Perú. El pescuezo largo y levantado de estos animales, su cara adornada de hermosos ojos, el urcu o penacho de su frente, y el paso sosegado con que camina mirando a todas partes, hace muy vistosa su marcha, en la que se colocan en línea recta lo mismo que si fueran tropas disciplinadas.

"El alco es compañero fidelísimo del indio: su estatura es mediana, y tiene por lo general todo el cuerpo cubierto de lana negra, menos entre el pecho y la cola en que es parda. Estos perros son muy sentidos, y avisan con sus ladridos cualquier novedad que ocurra alrededor de la casa, o del hato; y también embisten con fuerza a las personas que no conocen. Hay de estos unos pequeños perritos, semejantes a los nuestros de faldas, que cargan las indias sobre sus *quipes* y abrigan en su seno, los cuales por ser taciturnos, han dado ocasión a que crean algunos que los *alcos* no ladran, y que, por tanto, no pertenecen a la clase de los perros.

"Los *pacos* y el alco habitan en las sierras: los domesticados descienden con sus amos a la costa, paran poco, y se regresan, porque no soportan ninguno de ellos el calor, a causa de la *caracha* o sarna que les acomete, y mata, efecto del mayor aumento de la circulación en la su-

2 *Paco* o carnero de lana larga, palabra derivada de *Ppaco* (rubio, bermejo), por ser éste su color más sobresaliente. *Alppa-co*, carnero de la tierra; tiene la lana larga y muy suave, y es menos propio para la carga. *Llama de Llamsccani*, carnero de trabajo: tiene la lana corta y áspera, y es el más alto y fuerte, y más a propósito para cargar.

perficie, y falta de transpiración por la densidad de su cutis. Tan hermosos son los ojos de las llamas y de las tarucas en las sierras, como pequeños y plegados al ángulo externo los de los indios, que moran en ellas, quienes por este medio se libertan, según hemos dicho antes, de los riesgos de los precipicios por donde viajan, y de las impresiones fuertes de los reflejos de los rayos solares por la nieve, que en el pueblo blanco, y habitantes de la costa tienen los ojos grandes causan el *zurumpe*, que es una molesta oftalmía.

”La *tarúca* o *ciervo*, y el *puma* o *león* soportan el temperamento de la sierra, y el de la costa, y así peregrinan del uno al otro: los venados andan en tropas, y los leoncillos separados unos de otros. Los venados son de mediana estatura, y tienen hermosa cornamenta. Son de veloz carrera, y hacen la diversión de los cazadores que los acosan con perros: el *oturuncu* o *tigre*, el *ucumari* u *oso*, no habitan a este lado, sino al oriente de las montañas de los Andes con otras muchas y diferentes fieras”.

De los cuadrúpedos extranjeros, el ganado lanar se multiplicó prodigiosamente en las grandes dehesas que hay en la cima de los Andes, y las ovejas de excelentes lanas abundan en las vastas regiones del Callao. Los burros, vacas y caballos que pacen en las costas y valles, son corpulentos y gallardos; pero los que habitan en la cima de la cordillera, son pequeños, y de un pelo suave y espeso con que los cubre a naturaleza para defenderlos de los rigores del frío. El ganado vacuno criado en las montañas no puede resistir el temperamento cálido de las costas; y si baja a ellas, *se toca*; esto es, se atonta y muere prontamente. El hígado de estos animales se encuentran endurecido, y como si se hubiese pasado por ascuas de fuego. En el estío, su muerte es todavía más pronta que en el invierno.

Muchedumbre de pájaros cubren las playas del mar Pacífico; pero ninguno de ellos es tan digno de admiración como el cóndor de los Andes. Veamos cual nos lo describe Unanúe, y como remonta su vuelo, ya para servir de guía a las aves inferiores, ya para hacer ostentación del poder y majestad conque hiende las regiones etéreas.

”Entre los pájaros, las gaviotas, garzas y patos, y algunas otras familias descienden a la costa, por el otoño, de las lagunas, de la sierra, y permanecen en ella hasta la entrada del estío, en que regresan. Para emprender este viaje se levantan a la mañana en partidas numerosas, y como a poco espacio tropiezan con los cerros altos que no las dejan pasar; se elevan remolinándose, y formando con su vuelo unas curvas espirales hasta que superadas las cumbres pueden seguir el viaje en línea recta.

”Es frecuente ver colocarse en medio de las espiras un cóndor, o para servir de conductor, o para hacer alarde de la poderosa fuerza con que se remonta el mayor, y más vigoroso de los volátiles. En su aspecto exterior lleva el macho muchas señales de dignidad, que le diferencian

de la hembra; tales son la cresta que le sirve de corona, el cutis floja negruzca, que se pliega sobre la cabeza, y recogíendose para atrás en forma de rizados, figura una peluca; y las manchas que le cubren las alas, que recogíendose sobre la espalda del ave cuando se para, figuran una capa. Véase la excelente Memoria de los señores Humboldt, y Bonpland sobre la historia natural del cóndor, impresa en París en 1807. Santiago de Cárdenas, más conocido con el nombre de Santiago el volador, observó por muchos años el vuelo del cóndor con el designio de imitarle, y dejó escrito un tomo en cuarto, que ha depositado en la biblioteca del colegio de San Fernando.

”En esta obra distingue tres diferencias de cóndores: 1^a *Moromoro* con golilla y capa de color de jerga, o ceniciento: tiene de envergadura de 13 a 15 pies. Éste es el más fuerte, y el que extendiendo las nerviosas alas hace alarde de bregar contra el viento, balanceándose majestuosamente sin aletear, y al que particularmente se le atribuye, que arrebatando los recién nacidos corderillos, se los pone sobre la espalda, afianza con el pico vuelto hacia atrás, y luego emprende el vuelo huyendo con su presa, 2^a cóndor de golilla y capa musga, color de café claro: tiene de envergadura de 11 a 13 pies, es ligero y atrevido; 3^a cóndor de capa y golilla blanca, tiene de envergadura de 9 a 11 pies, y es el más hermoso y numeroso de la especie. Habita el cóndor en los altos picos de los Andes, y según las observaciones de Santiago, hace diariamente dos viajes a la costa en busca de alimento, lo que denota su velocidad prodigiosa. En la anatomía que hicimos de esta ave, no encontramos, ni vaso aéreo que comunicase al pulmón con la sustancia esponjosa de las clavículas; ni comunicación del buche a la tráquea. La cavidad interior del pecho está rodeada de una pleura fina y transparente, que forma varias celdillas: los pulmones bajan hasta el vientre, y están adherentes por su parte posterior a las costillas y espinazo, en cuya unión se hallan éstas perforadas, y con comunicación a lo interior de su cuerpo esponjoso. El tejido del pulmón es poroso, y así, luego que se sopla por la tráquea y se le infla, despidе mucho aire que llena todos los encondrijos grandes y pequeños que le rodean, y también los huecos del esternón y costillas. Las enjundias del cóndor son un excelente resolutivo en los tumores duros de los pechos, y de otras partes del cuerpo; y los peruanos le atribuyen además tantas virtudes cuantas los europeos al chibato, del que dice uno de sus médicos que *totus est medicamentosus*”.

Indios, blancos y negros son las razas del Perú, como de otras partes de América; pero mezcladas entre sí, han dado origen a castas intermedias que varían mucho en su color. Las dos tablas que siguen, manifiestan todas las alteraciones que la especie humana ha experimentado en aquel país.

*Observaciones del color primitivo y regresos hacia él
en sus degeneraciones*

<i>Enlaces</i>				
<u>Varón</u>	<u>Mujer</u>	<u>Hijos</u>	<u>Color</u>	<u>Mezcla</u>
Europeo	Europea	Criollo	Blanco	
Criollo	Criolla	Criollo	Blanco	
Blanco	India	Mestizo	Blanco	
Blanco	Mestiza	Criollo	Blanco	
Blanco	Negra	Mulato		1/2 Neg. 1/2 Bl.
Blanco	Mulata	Cuarterón		1/4 Neg. 3/4 Bl.
Blanco	Cuarterón	Quinterón		1/8 Neg. 7/8 Bl.
Blanco	Quinterón	Blanco		
Negro	India	Chino		

Salta-atrás o degradaciones del color primitivo

<u>Enlaces</u>		<u>Hijos</u>	<u>Mezcla</u>
Negro	Negra	Negro	
Negro	Mulata	Zambo	3/4 N. 1/8 B.
Negro	Zamba	Zambo prieto	7/8 N. 1/16 B.
Negro	Zamba prieta	Negro	15/16 N. 1/16 B.
Negro	China	Zambo	

Unanúe hace algunas observaciones acerca de las propiedades que caracterizan a muchas de estas castas; pero nos parece que da al clima más influjo del que realmente tiene, sin tomar en cuenta las causas políticas y morales que tanto han predominado en aquellos habitantes. Cuando trata de las enfermedades del ánimo, considera a los indios como muy sujetos a la melancolía; ved aquí como se expresa:

“Si se contemplan las maneras y sentimientos generales que han dominado en todos los tiempos en los aborígenes del Perú, se les ve profundamente marcados con el sello de este último temperamento. El aire es triste, los modales tímidos, los pasos lentos, y aman la soledad y los colores sombríos con preferencia a los vivos y relucientes. Su imaginación tiene las excelentes dotes que hemos referido, y es débil la estructura de sus cuerpos. Aunque hijos del sol por situación y creencia, la variedad del clima les oculta por la mayor parte la clara brillantez de sus rayos, trasmitiéndolos desmayados la interposición de los vapores, y a manera de la luz pálida que debe acompañar a las meditaciones melancólicas.

”Como la música es el lenguaje más significativo de los sentimientos del ánimo, la de los peruanos es acaso la más patética de cuantas ha originado la pura expresión de la tristeza. Verdad es que tienen los tonos alegres y danzas animadas de un placer festivo; pero el *yaraví* es la canción favorita. Parece que desplegaron todas las fuerzas de su ingenio para copiar en estas elegías su índole, y su corazón naturalmente sensible y apesarado.

”Los asuntos de la composición son por lo común infortunios de amor o de la suerte. El idioma conciso, dulce y sembrado de interjecciones de dolor, les da una forma armoniosa, tierna y penetrante. Los sentimientos salen con todo el fuego del pecho en que se forman, y abrasan con su calor a quien los oye. Los instrumentos cuya melodía acompaña los melancólicos cantares, son la flauta, la alta noche, sus sombras negras, y su silencio tétrico. En medio de esta escena propia del luto y del llanto, se oyen aquellos irresistibles ayes, que arrancan las lágrimas de los ojos a los mismos que no entienden el idioma en que se cantan”.

Si fuéramos a recorrer el largo catálogo de las enfermedades que padecen los habitantes de aquel país, seguramente que convertiríamos este artículo en un tratado de medicina. Pasarémosla, pues, en silencio, y si alguna que otra vez nos detenemos, sea solamente en aquellas que puedan interesar a la generalidad de nuestros lectores.

Parece que la primavera es en Lima la estación destinada a dar origen a las enfermedades del año, pues en ella no sólo se presentan las que le son peculiares y terminan a su fin, sino que también indica las epidemias que le han de seguir. No puede, pues, decirse de ella el *ver saluberrimum et minimé exitiale* de Hipócrates. El catarro es una enfermedad muy común en aquellos países, que a veces ha degenerado en una epidemia mortífera: así sucedió en todas las provincias del Sur en 1720, debilitando las fuerzas, y causando dolores muy agudos, especialmente en el costado, esputos de sangre, respiración difícil, y poca fiebre. En 1759 repitió esta enfermedad con los mismos síntomas, aunque con menos estragos: bien que, es de notar que en ambas épocas, el catarro estuvo principalmente confinado a las sierras, o parte interna del Perú. En 1749 apareció también en Lima, y causó bastante mortandad. Pero el sarampión es, en concepto de Unanúe, la enfermedad que ha atacado con más frecuencia y generalidad, convirtiéndose en epidemia muy peligrosa. Según las noticias que pudo encontrar, se desenvolvió con toda fuerza en los años 1628, 1634, 1635, 1693, 1784, 87 y 95, habiendo arrastrado muchas víctimas al sepulcro en 1693, 1787 y 1795. Así en esta, como en las demás pestilencias, la mortandad en los indios ha sido comparativamente mucho mayor que en los blancos, negros y demás castas: y aunque tanta desgracia proviene principalmente, como cree Unanúe, del abandono y miseria en que viven, debe también atribuirse

a que en ellos, como originarios del país, abunda más la cólera y es mayor la relación de las fibras y la debilidad nerviosa. Decía el doctor Bueno, célebre facultativo de aquel país, que el *indio tiene los huesos duros y las carnes blandas*. Con dificultad se les rompe la cabeza de un garrotazo, pero la menor fiebre los debilita en extremo. El catarro los conduce a la tisis, las disenterías les son casi incurables, las tercianas los postran, y las viruelas y el sarampión los destruyen.

Afligen también a los peruanos otras dos enfermedades endémicas: el *pasmo* y las *berrugas*. Nada diremos de la primera, porque es dolencia igualmente común entre nosotros; mas, respeto de la segunda, repetiremos lo que ha escrito el autor:

“Las berrugas son endémicas en las cabeceras de los valles circunvecinos de esta capital, las cuales son unas quebradas situadas al pie de la cordillera. Entre día hace en ellas mucho calor, por su profundidad y falta de ventilación, viéndose allí circundado el ambiente por cerros muy elevados, y por la noche causa un frío fuerte, por la inmediatez de la cordillera, el S.E. o viento serrano que sopla a estas horas. Los que no teniendo el cuerpo abrigado, pasan del calor de las quebradas al frío de la serranía, o se exponen a éste aligerando la ropa, por la sofocación que causa el temple entre día, contraen unos dolores semejantes a los reumáticos y gálicos, los cuales, al cabo de más o menos días, terminan en un brote de berrugas de diferente magnitud, que por lo regular arrojan sangre y se caen, o se estirpan ligándolas. Si, como opinan un sabio americano, esta enfermedad es el germen de la lue venérea, la inclemencia del frío sobre el cuerpo acalorado daría origen a este mal impuro. Para castigar los ardores de Venus, no podían encontrarse remedios más a propósito que el hielo, y las nieves de los Andes”.

El *asma* que oprime el pecho de algunos hijos de nuestra Cuba, es dolencia muy común en Lima. “En las gentes jóvenes, así se explica Unanúe, es seca, convulsiva, gravísima: en las ancianas, húmeda y más tolerable. Les acomete a media noche al empezar el soplo del Norte: presagia la accesión el desvelo en las noches anteriores. El paroxismo comienza con fuerza, el enfermo demanda aire, se ahoga, y entre día se serena: en la noche siguiente se agrava y termina por lo regular de las 24 a las 40 horas por un blando sudor. El vientre constipado fomenta esta enfermedad, pero es difícil en la accesión poner una ayuda al paciente, pues al primer movimiento parece que se sofoca; no obstante, en las horas de algún reposo, que son las de la mañana, se tantea con suavidad ejecutarlo. El pueblo resiste la sangría, porque dice que hace retornar los períodos, y tiene muchas veces razón por la debilidad que induce, pero con frecuencia se hace necesaria sin contar con el pulso, que se pone tanto más débil cuanto es mayor la opresión y angustia que impiden la circulación de la sangre por el pecho. Precaven los retornos

de este mal: primero, dormir en habitaciones situadas en el campo, aunque entre día se esté en la ciudad; segundo, evitar los refriós; tercero, tener una terciana, y el uso de la quina. Alivian en la accesión: primero, el vientre expedido; segundo, el baño tibio de pies; tercero, el cuarto espacioso para que haya bastante aire; cuarto, el ponche tibio; quinto, la sangría; sexto, el vejigatorio; séptimo, la mistura antimonial, es decir, media dracma de vino emético en cinco onzas de agua, y 20 gotas de láudano: de esta porción se toma una cucharada en cada tres o cuatro horas, y encima se bebe un cocimiento emoliente diaforético, como es el de malvas y flor de saúco, o de borraja; octavo, en lugar de la mistura antimonial puede darse una cucharada del jarabe de meconio a la mañana, y otra a la noche, porque suele surtir buen efecto conciliando el sueño. La enfermedad regularmente se resiste a estos, y a cuantos remedios tiene la medicina, y sólo cede completamente transportándose el paciente al temperamento de la sierra. A pesar de ser tan grave la accesión, es muy raro que el enfermo perezca en ella; pero arrastra para él y su familia la vida más triste de este mundo. No cuenta con una hora segura de placer; esta noche se ríe, se divierte, y prepara una buena hora a su familia para el día siguiente, pero a la fatal hora de la 1 de la noche el asma le ataca, recuerda despavorido, y cree sofocarse”.

Si el *cólera morbo* que ha desolado el Asia, consternado la Europa, y afligido ya una parte de América es o no la misma enfermedad que de antiguo se conoce en el Perú, que lo resuelvan los facultativos. Apartándonos de esta cuestión, solamente nos reducimos a decir, que cuando en el Perú son fuertes los calores en el estío, y van acompañados de sudores copiosos, entonces se experimentan insultos frecuentes causados por una dolencia que en aquel país se llama *cólera morbo*, y cuyos síntomas y métodos curativos nos describe Unanúe en los términos siguientes:

“El *cólera morbo*, que vulgarmente se llama *lipiria*, es un mal frecuente en nuestro clima en la estación del estío, por el abuso que se hace de las bebidas fermentadas, frutas y comidas en un tiempo, en que con el sudor se hallan debilitadas las fuerzas digestivas del estómago, las que siendo menores, luego que en la noche cesa la acción muscular con el sueño y reposo de la cama, es en esta hora cuando acomete. Principia por un mareo al que se siguen vómitos y evacuaciones copiosas, sudor frío, calambres, y la muerte, si no ha podido detenerse en su progreso. Los que quisieren precaverse de este funesto accidente, deben evitar los excesos mencionados, y acostarse con el estómago desembarazado; mas, si se sintiesen recargados de alimentos que no han podido digerir, o incomodados con agrio fuerte, deben procurar arrojar los alimentos indigestos, moviendo el vómito por medio del agua tibia, y estimulando las fauces con los dedos, o con alguna pluma: o en lugar de mover el vómito, pueden hacerse echar un par de lavativas purgantes, y luego

tomar un par de jícaras de agua caliente con azúcar y algún estomacal, como la flor de manzanilla, triaca, corteza de naranja, etcétera.

”Si esto no se ha practicado, y el cólera morbo sobreviene en un grado remiso, la indicación es disolver los humores del estómago y expelerlos, tomando con abundancia en bebida, y por ayudas, agua de pollo u otra equivalente, y después que se juzgue el estómago descargado, se usará la bebida estomacal indicada.

”Mas, si el cólera morbo ha sobrevenido con violencia, y el enfermo ha arrojado mucha cantidad de humores por arriba y por abajo, el remedio pronto para sacarle del conflicto en que se halla, es hacerle beber agua helada con nieve bien sea natural o de pollo, sola, o en forma de limonada, y también puede tragar nieve mojada. Es buen remedio para contener el vómito el antiemético de Lázaro Riberio, que consiste en disolver un escrúpulo de sal de tártaro en media onza de agua, y al dar ésta al enfermo se la añade una cucharada de zumo de limón, para que la trague en el acto de la efervescencia, y se repite según lo que exigiere el caso. En su lugar, he administrado la siguiente composición: de jara-be de limones una onza, de sal de ajénjos un escrúpulo, de láudano 20 gotas, se mezcla y se da a cucharadas, bebiendo encima el agua de nieve. Entre los alimentos, el que mejor soportan los estómagos en esta situación, es el de mazamorra delgada de reciente.³

”Las piernas y brazos se enjugan con paños calientes ahumados con almáciga, romero, etc. a fin de que el calor estimule los vasos de superficie, y les haga restaurar el tono y tensión que han perdido”.

El rápido examen que hemos hecho de la obra del doctor Unanúe, ha encendido en nosotros el deseo de analizar algunos trabajos sueltos que de tiempo en tiempo se han publicado acerca del clima de la isla de Cuba... ¡Ojalá que pudiéramos reunirlos, y formando de ellos un solo cuerpo, levantar a nuestra patria un monumento a nombre de las ciencias!

³ Así se llaman en Lima las mazamorras o majarettes hechos de maíz fermentado.

NECROLOGÍA



Una de las víctimas del cólera en La Habana, en 1833, fue el teniente coronel de artillería don José María Callejas. Nacido en Cuba, y ligado conmigo por vínculos de sangre, tuve el honor de conocerle y tratarle; y su familia, movida de estas consideraciones, me rogó que escribiese el siguiente rasgo necrológico que se publicó en el *Diario de la Habana* del día 31 de marzo de 1834.

Al aniversario de la muerte del señor coronel de infantería,
teniente coronel del Real Cuerpo de Artillería
y comandante de la brigada de este departamento
don José María Callejas, acaecida en 31 de marzo de 1833

Finis vitæ eius nobis luctuosus, amicis tristis.
TÁCITO, en la vida de Julio Agrícola.

Recomendar después de la muerte las virtudes de los hombres que han sido útiles a la patria, no sólo es permitir al corazón un desahogo por la pérdida que lamenta, sino un acto solemne de justicia con que se premia el mérito de las buenas acciones. La fama póstuma, aunque nombre vano para los espíritus mezquinos, ha sido siempre uno de los mayores estímulos, que encendiendo las almas grandes, las ha elevado a las virtudes más sublimes y a los hechos más gloriosos. Verdad es que los aplausos con que celebramos a los muertos, no pueden penetrar hasta el fondo de los sepulcros do duermen sus cenizas; pero la consideración de que estos aplausos se tributan a su memoria más allá de la tumba, y que la posteridad se encarga de repetirlos para inmortalizarlos en el transcurso de los siglos, es un sentimiento generoso que inflama los corazones, y que debe fomentarse como uno de los principios más sólidos sobre que descansa la felicidad de los pueblos y la gloria de las naciones. Tales son los motivos, que en el triste aniversario de la muerte de Callejas, me hacen romper el silencio que hasta aquí he guardado: y ya que un distinguido militar lloró con expresivos acentos la pérdida de

su compañero y amigo, y que el horror de los estragos que desolaron la patria, me obligó a enmudecer en aquellos infaustos días; justo es que yo también como pariente y amigo riegue hoy algunas flores sobre su sepulcro, y consagre a su amistad esta pequeña ofrenda.

En San Luis del Caney, pueblo poco distante de Santiago de Cuba, patria de sus antecesores, nació don José María Callejas y Anaya el 1º de agosto de 1782. Si después de haber fenecido su carrera, no hubiese dejado en pos de sí un recuerdo durable de las virtudes que le adornaron, quizás entonces cedería yo a una preocupación tan propia de la vanidad humana como contraría a la filosofía; y buscando en su claro linaje atavíos engañosos con que engalanarle, le sacaría a figurar en la escena del mundo. Pero los méritos de Callejas no necesitan del ajeno brillo que pudiera darles el nombre de sus ascendientes, y mi pluma consagrada en este día a pagarle una deuda de amistad, se guardará de ofenderle con la alabanza de su alcurnia.

Imbuido desde tierna edad en los deberes de un buen ciudadano, conoció que para ser útil a su patria, debía elegir alguna carrera. El brillo de las armas que tantas veces deslumbra a la inconsiderada juventud, y que la hace correr en pos de sus banderas, no fue, por cierto, el motivo que indujo a Callejas a seguir la profesión militar. Razones de otro linaje, principios de honor acrisolado, fueron los únicos resortes que movieron su corazón; y empuñando la espada, no para verter injustamente la sangre de sus semejantes, sino para sostener sus derechos y asegurar la paz del Estado, sentó plaza de cadete en el regimiento 7º de Cantabria el 21 de noviembre de 1797. Embarcose con su cuerpo para España, y entrando en el colegio militar de Zamora, su aprovechamiento e irreprochable conducta le elevaron al grado de subteniente en agosto de 1803. Deseando ensanchar la esfera de sus conocimientos, continuó de alumno en aquel colegio, hasta que examinado en el facultativo de artillería de Segovia, y obtenido una honrosa aprobación, fue promovido en 1805 a teniente de aquel real cuerpo con opción a la plana mayor facultativa, y con destino a las compañías veteranas de este departamento.

Obstáculos que no es del caso mencionar, retardaron su embarque para esta Isla; y hallándose todavía en la Península cuando las huestes formidables de Napoleón invadieron su territorio, voló al instante a las filas del honor, inscribiéndose entre los valientes defensores de la patria. Peleó denodadamente por ella, y los riesgos a que se vio expuesto, fueron en parte recompensados por la Junta Gubernativa de Galicia, que le confirió en septiembre de 1808 el grado de capitán de infantería. Más necesaria que allí su presencia en otros puntos, fue trasladado a la plaza de Cádiz; y ora desempeñando comisiones facultativas, ora haciendo otros importantes servicios, fue nombrado en septiembre de 1809 ayudante mayor de la brigada de este departamento. Diose a la vela

para su destino en 1810; y después de su arribo a esta ciudad, sirvió la oficina del detalle del cuerpo hasta el 1º de febrero de 1811, en que ascendió a capitán de la plana mayor facultativa.

Al paso que el tiempo transcurría, Callejas se iba colmando de distinciones y honores; pero adquiridos por sus servicios, y no por los ruines medios de la adulación o el favor. En 1812 reconoció el torreón y las baterías de los puertos del Mariel y Batabanó; y habiendo levantado los planos de sus nuevas formas, propuso con acierto todo lo necesario para ponerlos en el estado de defensa en que hoy se hallan. En mayo de 1815 obtuvo el grado de teniente coronel de infantería. En noviembre del mismo fue nombrado comandante interino de artillería de Santiago de Cuba; y movido, por una parte, del deseo de desplegar sus talentos en aquel nuevo teatro, y arrastrado, por otra, de los impulsos con que el corazón le llamaba a visitar los patrios lares después de tan larga ausencia, pasó a ocupar inmediatamente el puesto que se le había confiado. Allí era de ver el celo y energía con que se entregó al desempeño de sus funciones. Apenas pisara las riberas de aquella ciudad, cuando tiende la vista por todas las dependencias de su destino; y conociendo el abandono en que yacían los puntos más importantes, se apresura a sacarlos de la mísera condición a que los había reducido la injuria de los tiempos. Sobre nuevas cureñas monta la artillería de los castillos del Morro y Aguadores de aquella ciudad: artilla las baterías de la Estrella y Sardineros; arregla los almacenes de la plaza; corta los abusos que reinaban en ellos; enseña la nueva táctica de infantería a la compañía veterana y de milicias; perfecciona a entrambas en el servicio de cañón de plaza, en el de mortero y otros ramos facultativos: pone en el más brillante estado de defensa a los puertos de Baracoa, Cabañas, Manzanillo, y demás de aquella provincia que se hallaban expuestos a ser la burla de los enemigos; introduce por la vez primera las cureñas de costa, cuya construcción fue hasta entonces allí desconocida: hace, en fin, una muchedumbre de cosas, que, aunque dignas de referir, alargarían demasiado los términos en que debe encerrarse esta breve necrología.

Ni fueron éstos los únicos servicios que prestó Callejas durante su residencia en aquel destino. Nombrado vocal de la Junta de Fomento e Industria establecida en Santiago de Cuba el 17 de junio de 1821, manifestó en todas las circunstancias el celo que le animaba por la prosperidad y engrandecimiento del país que le vio nacer, y a ese celo sin duda se debe el utilísimo proyecto que después se ha realizado de dar dirección a las aguas potables de aquella ciudad. Pero ya es tiempo de que arranquemos para siempre a Callejas de la tierra de sus antepasados, y que trasladándole de una vez a La Habana, sigamos más de cerca todos los pasos de su carrera hasta verle hundir en el sepulcro.

Restituido, por fin, a esta capital, no cesó jamás de ocuparse en el adelantamiento de su profesión, y sus esclarecidos servicios le granjea-

ron en octubre de 1823 el empleo de teniente coronel de artillería. La importancia del castillo de San Juan de Ulúa, último punto a donde se retiraron las armas españolas que por tres siglos habían dominado el imperio de Moctezuma, reclamaba la presencia de un oficial como Callejas; y destinado a mandar la artillería, se embarcó en diciembre de 1824. Todos saben los tristes sucesos de aquella época memorable, y nadie ignora, que después de un dilatado bloqueo, y de haber luchado el valor español con los horrores del hambre y de la peste, cayó al fin aquella fortaleza bajo las garras del águila mejicana. Once meses de privaciones y trabajos quebrantaron la salud de Callejas; pero la quebrantaron en tanto grado, que se vio en la dura necesidad de permanecer por algún tiempo en Veracruz, hasta que restablecido de sus males, pudo volver al seno de su angustiada familia. Ya por entonces adornaban su pecho las cruces de San Hermenegildo y de Isabel la Católica; y los insignes servicios que tan heroicamente acaba de hacer en aquel castillo, no menos desgraciado que glorioso, fueron algún tanto remunerados con la cruz de segunda clase de San Fernando.

Aunque debilitada su constitución con las semillas de la enfermedad que allí contrajo, jamás se entibieron ni su celo ni su constancia. Continuando con honor en su carrera, alcanzó en octubre de 1830, el grado de coronel de infantería: en julio de 1832, se encargó por real orden del mando interino de la brigada de este departamento; y en febrero de 1833, ya en vísperas de morir, se le confirmó la comandancia en propiedad.

¿Mas, se creerá que aquí termina el catálogo de sus merecimientos? No, por cierto: que si ya le vimos sereno y alentado en medio del estruendo del cañón y del furor de los combates; también se nos presenta ahora trocando la espada por la pluma, y discurrendo tranquilo en el bufete sobre objetos tan varios como útiles a la patria.

Regístrense los periódicos de esta ciudad, y en los diarios de julio de 1811, se encontrará el luminoso discurso sobre la utilidad del estudio de los jóvenes militares y sobre un nuevo establecimiento militar. Poco después publicó unas observaciones muy juiciosas sobre la introducción de la nueva táctica en esta Isla, y deshizo los reparos que siempre se levantan contra todo género de novedad, por ventajosa que sea. Más adelante consagró sus tareas a la explicación de las láminas del primer artículo correspondiente al tratado de Morla. En tiempos sucesivos formó el proyecto de un Diccionario de artillería, y excitado por la invitación que el Supremo Gobierno hizo a todos los inteligentes de la nación, para que concurriesen con sus luces al proyecto del arreglo del ejército, elevó sus ideas al Ministerio de la Guerra, en 30 de noviembre de 1820. Durante su residencia en Santiago de Cuba, hizo sobre la calidad del cobre y la resistencia de las maderas de esta Isla, una serie de experimentos tan acertados como sencillos, y cuya utilidad es tan clara, que yo malgastaría el tiempo deteniéndome a recomendarlos. En

1824 insiste en el deseo de que se estableciese un colegio militar en las islas de Cuba y Puerto Rico. Los cohetes a la Congreve, acerca de los cuales hicieron los disidentes mejicanos algunos ensayos en Veracruz, llamaron al punto el talento observador de Callejas, y nombrado por el señor subinspector de artillería para hacer algunas pruebas sobre tan incendiarios proyectiles, presentó un consorcio de un benemérito jefe y de un hábil oficial del ramo, una Memoria que fue altamente aprobada. La Sociedad Económica de La Habana, deseando aprovecharse de sus conocimientos, le incluye en el número de sus miembros; y si las rectas intenciones bastasen siempre para producir el bien, ninguno por cierto se hubiera presentado en mejores títulos en aquella asamblea patriótica. Asiste después a la formación de la estadística cubana con los vastos conocimientos que le habían proporcionado sus largas observaciones en diversos puntos de la Isla, y con la muchedumbre de noticias importantes, que sacó del polvo de los archivos de Santiago de Cuba, donde estaban sepultadas desde fines del pasado siglo. La Junta de Fomento e Industria de aquella ciudad se enriquece con sus ilustradas y patrióticas producciones. También reforma los equivocados planos de ella y de esta capital. Acomete, en fin, la grande obra del Diccionario enciclopédico militar, que con 19 láminas exactamente delineadas, ocupó los últimos cuatro años de su laboriosa vida; pero antes de llevar al cabo tan importante trabajo, la muerte le sorprendió, desbaratando sus proyectos, y frustrando las esperanzas de sus compañeros y amigos.

Si de la vida pública en que por tantos años figuró, pasamos a contemplarle en sus relaciones domésticas, encontraremos un modelo digno de ser imitado. Su conducta jamás se apartó de las máximas que prescribe la santa moral de Jesús. Constante y tierno con su adorada esposa, mostró en todos tiempos la mayor solicitud por labrar su felicidad. Digno padre de diez hijos, los amaba con aquel cariño que la naturaleza sabe inspirar en los corazones sensibles, y queriendo legarles después de sus días el indestructible patrimonio de las virtudes, cifró todo su empeño en dar a la patria ciudadanos honrados y buenas madres de familia. La muerte vino a privarle del consuelo de ver coronados sus deseos, y precipitándole en el sepulcro junto con las víctimas que a centenares devoraba entonces la plaga asoladora, su alma voló a descansar en el seno de la eternidad, dejándonos acá en la tierra los despojos mortales que la cubrían. Venid, esposa desventurada, prendas queridas del corazón de Callejas, venid todas a llorar sobre estos restos preciosos; venid a cumplir con la triste ceremonia que vuestro dolor os impone en este día; y después de haber regado con nuestro llanto la losa de su sepulcro, permitid que mis lágrimas se mezclen con las vuestras, y que aceptando la fúnebre recordación que hoy consagro a su memoria, os consoléis con saber, que vuestro esposo y vuestro padre vive y vivirá en los anales de la patria y en el corazón de sus amigos.

SOCIEDAD FILARMÓNICA



Por complacer a una señora de mi amistad publiqué el siguiente articulillo, en el *Diario de la Habana* del 4 de abril de 1834.

Quejas de un socio de la Sociedad Filarmónica

Creo que nadie me disputará el derecho que tengo para reclamar justicia; pero despojándome de estos títulos, quiero que solamente se me escuche en el suave acento de las quejas.

Quéjome de la música que siempre ha tocado desde el primero hasta el último baile de la Sociedad. Señoras y caballeros se lamentan amargamente de la mala ejecución de sus piezas; ¿pero cuál es la medida que se ha tomado para complacerlos? Ulpiano y siempre Ulpiano. Ya que la música se paga con el dinero de los socios, debe consultarse al gusto de ellos; y si una no les agrada, que se busque otra; y si ni ésta tampoco, que venga otra y otra hasta que al fin queden complacidos, o por lo menos se vea, que los señores directores han hecho cuanto de su parte está para remover fundadas quejas.

Quéjome del mal suelo de la sala de baile, porque se levanta un polvillo colorado, que siendo un principio de desaseo, perjudica la salud, y mucho más todavía a los zapatos y medias de las señoras que danzan. En toda sala destinada a bailar, lo primero que debe hacerse es preparar el piso del modo más conveniente; y no deja de ser bien reparable, que cuando se han invertido centenares y hasta quizás millares de pesos en balcones de hierro y otras obras que nada importan a los socios, el piso de la sala del baile permanezca en tan deplorable estado, y tanto más deplorable, cuanto los bailes son la principal, sino la única diversión que hasta ahora ha proporcionado esa casa. Si pues existen fondos considerables, constrúyase desde luego un buen piso de caoba o de otra noble madera, que reuniendo la duración a la hermosura, sea digno de las bellezas que en aquel estrado se presentan.

Quéjome de que, no habiendo podido darse bailes durante los meses en que nos afligió la terrible epidemia que hemos pasado, y dándose sola-

mente uno desde que empezó el luto nacional, cuya duración se ha de prolongar hasta junio, quéjome, repito, de que no se haya dado, ni menos trate de darse, un solo concierto, o de proporcionar a los socios alguna recreación compatible con las actuales circunstancias.

Quéjome de que en ese último baile, a pesar del largo tiempo transcurrido sin que hubiésemos tenido otro, a pesar de los fondos considerables que deben existir, y a pesar de hallarnos en aquellos días celebrando la proclamación de la Augusta Isabel II, no se hubiese brindado ni aun a las señoras un refresco o un suspiro. No nos quedó, pues, más recurso, que aguantarnos a palo seco, o navegar comprando el viento.

Quéjome de que, debiendo invertirse parte de la suscripción en los bailes que mensualmente habían de darse, y no habiendo podido verificarse, ni tampoco sustituido ninguna diversión equivalente, se haya cobrado, se cobre y siga cobrando íntegra la suscripción como si efectivamente se dieran las funciones que no se dan. Así sucedió durante los meses del cólera, y así está sucediendo con el luto, y parece que sucederá hasta que acabe. Yo creo, que bien pudo haberse adoptado alguno de estos dos partidos: o rebajar la suscripción, limitándola a la cantidad precisa para el sostenimiento de la Sociedad, y luego que cesaran las causas de esta medida, elevar de nuevo la suscripción a su precio primitivo; o supuesto que antes del luto existían ya fondos cuantiosos, haber eximido enteramente a los socios del pago de la suscripción; pues para estos y otros casos debe servir el dinero con que han contribuido los miembros de la Sociedad.

Quéjome, en fin, de que contando ya ésta 18 meses de existencia, no se haya dado a los socios ninguna noticia del estado de los fondos. A los que leyeren estas quejas, ruégoles encarecidamente que no perviertan el sentido de mis palabras. Satisfecho y muy satisfecho de las personas que manejan los caudales de la Sociedad Filarmónica, me complazco en tributarles públicamente el homenaje debido a su integridad y pureza; pero estas bellas cualidades que los adornan, jamás podrán relevarlos de la deferencia y consideración que se debe a los socios que tan generosamente depositaron en ellos su confianza.

RUINAS DEL PALENQUE EN LA AMÉRICA CENTRAL



En las noticias y variedades científicas y literarias de la *Revista Bimestre Cubana*, perteneciente a enero de 1834, publiqué un corto artículo sobre las ruinas del *Palenque*. Ahora lo reimprimo, refundido, con las adiciones que me sugirió en 1856 la lectura de los manuscritos que acerca de ellas se conservan en la riquísima biblioteca del Museo Británico de Londres.

Alguna idea teníamos ya de estas célebres ruinas por los informes que nos habían dado algunos hijos de Guatemala; y las noticias que se comunicaron al Liceo de Historia Natural de Nueva York el 23 de septiembre de 1833, son dignas de la atención de los hijos del Nuevo Mundo.

El doctor don Francisco Corroy, vecino de Tabasco, en su tercera carta al doctor Akerly de Nueva York, fecha 30 de noviembre de 1832, escribe lo siguiente:

“Yo estaba en el Palenque en mi tercera visita, explorando estas ruinas admirables, cuando el 21 de julio de 1832 recibí su carta de marzo... Es imposible dar a usted en una carta los pormenores de las cosas tan maravillosas, descubiertas en esta ciudad arruinada. Por ahora, solamente puedo decir a usted, que desde septiembre de 1819 hasta fines de octubre de 1832 he estado trabajando constantemente en recoger los materiales y en preparar una obra que he de publicar. Los materiales son abundantes, y formarán dos volúmenes en forma de cartas, que dedico a usted, y cuyo homenaje le suplico se sirva aceptar. Ni don Antonio del Río ni ningún otro ha dado una descripción de estas ruinas como la que yo tengo... Poseo muchos ídolos, y algunos de ellos están formados de tierra cocida, otros de piedra, uno de una materia que se supone ser petrificación de jaspe o de mármol, y otro de oro, pero desgraciadamente para mí, su valor es solamente de cuatro pesos.

”Tengo también un plano del palacio principal de las ruinas, el cual es más grande que las Tullerías de París”.

El doctor Corroy cree, que las tribus que habitaron esas ruinas, se componían de fenicios, egipcios, griegos, árabes, chinos y otros asiáti-

cos. Cuales sean los fundamentos de esta creencia, ni Corroy los supone, ni en esta breve noticia hay tiempo para examinarlos.

El Palenque está situado en la provincia de Chiapa en una llanura elevada, y sus ruinas son de una gran ciudad construida de piedra, y que yace bajo un espeso bosque.

Se ignora el nombre antiguo de esta ciudad; pero los escritores y nuevos habitantes del país la llaman *Ruinas del Palenque*, cuya denominación se deriva de un establecimiento cercano. El doctor don Pablo Félix Cabrera, natural de Guatemala, se ha empeñado en probar que el nombre antiguo de esa ciudad era *Huchuett-Tapallan*; y el profesor Rafinesque, que también ha examinado sus ruinas, la llama *Otulum*, cuyo nombre todavía se da a un arroyo que corre en aquellas inmediaciones.

No es de ahora que el *Palenque* ha sido objeto de la más laudable curiosidad. Luego que el señor Estachería, capitán general de Guatemala, tuvo en 1875 noticia del descubrimiento de las ruinas cerca del pueblo del Palenque, mandó reconocerlas; y concluido que fue este trabajo, lo elevó al gobierno de S.M. El marqués de Sonora, en carta fecha en el Pardo a 1º de marzo de 1786, dijo a don Juan Bautista Muñoz, que el Presidente de Guatemala en cartas de 13 de febrero y 26 de agosto de 1785 había dado cuenta de haberse descubierto en la provincia de Ciudad Real de Chiapa las ruinas de una gran ciudad, acompañando el expediente original con cuatro planos relativos al citado descubrimiento, los cuales él remitía a Muñoz por orden del rey, para que en su vista informase lo que juzgase conveniente.¹

El 7 de marzo del mismo año de 1786 extendió Muñoz su informe, del que se conserva una copia en la preciosa colección de manuscritos del Museo Británico de Londres;² y en él dice: que los reconocimientos hechos por el teniente Calderón y el arquitecto Bernasconi son de alguna utilidad: que por esas ruinas se pueden averiguar los orígenes y la historia de los pueblos americanos: que ellas demuestran la veracidad de los conquistadores e historiadores primitivos españoles en orden a los edificios hallados en Nueva España y sus cercanías, especialmente en la parte meridional: que no es improbable, que aquella ciudad fuese la capital de una gran potencia algunos siglos antes de la conquista: que en la provincia de Yucatán se encontraron también ruinas de grandes edificios, cubiertas de tierra, y sosteniendo árboles de maravillosa grandeza: que entre los zapotecas, al occidente de Chiapa, se halló aún en pie el gran pueblo de Mixtlan, cuyo templo aventajaba en arquitectura

1 Museo Británico M.S. Vol. *Descubrimientos en el pueblo del Palenque*, N. 17 571 —Plut. CXCVIII-C.

2 Museo Británico M.S. Vol. 17 571, intitulado *Descubrimientos, etc.* —Plut. CXCVIII-C.

al de Méjico, y que hacia el oriente, a poco de entrar en la provincia de Honduras, se hallaron vestigios de otra gran población con soberbios edificios, adornados de estatuas y relieves muy parecidos a los que ahora se han descubierto, según consta de la relación que de aquello hizo en 1576 el licenciado Palacio, oidor de Guatemala.³

A consecuencia del informe de Muñoz, se mandó por Real Orden de 15 de marzo de 1786, que se hiciese nuevo reconocimiento; y para verificarlo, nombró Estachería en 1787 al capitán de artillería don Antonio del Río, quien empezó sus trabajos el 6 de mayo de aquel año. Terminados que fueron, presentó su informe, y el doctor Cabrera, en el comentario que le puso, se expresa así:

“Antonio del Río, capitán de artillería; fue enviado, en virtud de una orden de S.M. Carlos II, fecha 15 de marzo de 1786, por S.E. don José Estachería, capitán general de Guatemala, y examinar las ruinas de una ciudad de muy grande extensión y antigüedad, cuyo nombre se ignoraba, y que se había descubierto en las cercanías del Palenque, distrito del Carmen, frente a Chiapa; y en ella encontró edificios magníficos, templos, torres, acueductos, estatuas, jeroglíficos, y caracteres desconocidos que han resistido la injuria del tiempo y el transcurso de los siglos, y de los cuales sacó muchos planos y dibujos”.

El informe de Del Río se tradujo del español al inglés junto con el comentario de Cabrera, y ambos se imprimieron en Londres en 1822. Desde entonces, los sabios de Europa desearon adquirir más noticias acerca de estas ruinas; la Sociedad Geográfica de París ofreció un premio de 4 000 francos a la mejor relación que de ellas se presentase; y en estos últimos años se han publicado obras interesantes sobre tan curiosos descubrimientos.

Ni son éstas las únicas ruinas que se encuentran en aquellas regiones de la América. Las que existen en Yucatán se llaman *Casas-Piedras*; y a 20 leguas al Sur de la ciudad de Mérida se hallan varios de estos edificios de piedras, de los cuales, sin duda tuvo noticias Del Río, cuando dice: “Uno muy grande ha resistido la injuria del tiempo, y aun se conserva en buen estado: los naturales le dan el nombre de *Oxmotal*. Está situado en una eminencia de 20 varas de altura, y tiene 200 en cada frente. Los aposentos, el corredor exterior, las columnas con figuras de medio relieve, y decoradas con serpientes, lagartos, etc., son de estuco, y detrás de ellas hay estatuas de hombres con palmas en las manos en el acto de tocar tambores y de danzar, asemejándose en todo a las que se observan en los edificios del Palenque”.

Estas y otras ruinas, al Este y al Oeste del Palenque, indican la existencia y destrucción de un pueblo, que levantó y habitó estos edificios

³ Después de este artículo imprimiré la relación de Santiago Palacio.

de piedra mucho tiempo antes del descubrimiento de Colón, pues cuando los españoles conquistaron aquella parte del Nuevo Mundo, vieron que algunos de sus edificios todavía no arruinados, estaban habitados por hombres, que ni los construyeron, ni menos sabían dar razón del pueblo que los levantó y adornó, ni de la época de su construcción. El padre Roca, en carta que el 27 de noviembre de 1793 escribió de Guatemala a don Miguel José de San Juan, le repite las palabras que pronunció don Fernando Gómez de Andrade cuando visitó las ruinas del Palenque. “Son fábricas de mucha solidez, de mucho arte, y que manifiestan peinar muchas más canas que la situación de estos que llamamos naturales en estas tierras; porque hay bóveda de edificio, donde se ha criado cedro, que dos hombres no pueden abarcar su tronco”.

RUINAS DEL COPÁN



Carta del licenciado Palacio a Felipe II, escrita en Guatemala el 8 de marzo de 1576¹

En el primer lugar de la provincia de Honduras, que se llama Copán, están unas ruinas y vestigio de gran población de soberbios edificio de tanto arte, y suntuosidad: es ribera de un hermoso río, tan bárbaro ingenio como tienen los naturales de aquella provincia, edificio de tanta arte i suntuosidad: es ribera de un hermoso río i en unos campos bien situados i estendidos, tierra de mediano temple, harta de fertilidad, e de mucha caza e pesca.

En las ruinas dichas hay montes que parecen haver sido fechos a manos, i en ellos muchas cosas de notar. Antes de llegar a ellos, está señal de paredes gruesas, i una piedra grandisima en figura de águila, y fecho en su pecho un quadro de largo de una vara, i en él ciertas letras que no se sabe que sean.

Llegados a las ruinas, está otra piedra en figura de gigante, dicen los indios antiguos que era la guarda de aquel santuario: entrando en él se halló una cruz de piedra de tres palmos de alto con un brazo quebrado.

Más adelante van ciertas ruinas i algunas piedras en ellas labradas con harto primor; y está una estatua grande de más de cuatro varas de alto labrada como un obispo vestido de pontifical con su mitra bien labrada i anillos en las manos. Junto a ella está una plaza muy bien fecha con sus gradas a la forma que escriben del Coliseo romano, i por algunas partes tiene 80 gradas, enlosada i labrada por cierto en parte de mui buena piedra e con harto primor: están en ella seis estatuas grandísimas, las tres de hombres armados a lo mosaico con ligagambas e sembradas muchos labores por las armas; i las otras dos de mugeres con buen ropage largo, i tocaduras a lo romano; la otra es de obispo que parece tener en las manos un bulto como cofrecito: devían de ser ídolos, porque delante de

1 Esta carta es copia de la que existe en la Colección de Manuscritos de la Biblioteca del Museo Británico.

cada una de ellas había una piedra grande que tenía fecha una pileta con su sumidero donde degollavan los sacrificados corría la sangre: también tenían sendas cazolejas donde sacrificaban con sus sahumeros, i en medio de la plaza había otra pila mayor que parece de bautizar, donde ansimesmo devían de hacer en común sus sacrificios. Pasada esta plaza se sube por muchas gradas a un promontorio alto que debía de ser donde hacían sus mitotes i rictos: parece fue hecho i labrado con mucha curiosidad, porque aun siempre se hallan allí piedras mui bien labradas. A un lado de este edificio aparece una torre o terrepleno alto que cae sobre el río que por allí pasa; hace caído i derrumbado un gran pedazo, i en lo caído se descubrieron dos cuevas debajo del dicho edificio mui largas y angostas, i fechas con harta curiosidad: no he podido averiguar de que servían i para que se hicieron: hai una escalera que baja hasta el río por muchas gradas; i sin lo dicho muchas cosas que demuestran haver havido allí gran poder e concurso de hombres e pulicía, i mediana arte en la obra de aquellas figuras i edeficios. He procurado con el cuidado posible saber por la memoria derivada de los antiguos, qué gente vivió allí, e qué saben y oyeron de sus antepasados: no he hallado libros de sus antigüedades, ni creo que en todo este destricto hai más que uno que yo tengo: dicen que antiguamente había venido allí i fecho aquellos edeficios un gran señor de la provincia de Yucatán, a que al cabo de algunos años se bolvió a su tierra e lo dejó solo e despoblado; i esto parece que de las patrañas que cuentan es la más cierta, porque por la memoria dicha parece que antiguamente gente de Yucatán, conquistó y sujetó las provincias de Ayajal, Lacander, Verapaz i la tierra de Chiquimula i esta de Copán i ansi la lengua Apai que aquí hablan, corre y se entiende en Yucatán i las provincias dichas. Y ansi mesmo parece que el arte de los dichos edeficios es como la que hallaron en otro los españoles y que primeramente descubrieron la de Yucatán a Tabasco, donde hubo figuras de obispos, hombres armados, i cruces, i pues en ninguna parte se ha hallado tal si no es en estos lugares dichos: parece que se puede creer que fueron de una nación los que hicieron lo uno y lo otro.

TÍTULO DEL PRIMER LIBRO EN QUE EL NUEVO MUNDO SE DIO EL NOMBRE DE AMÉRICA



Ilacómilo (Martin), seudónimo por Waldsemüller

Cosmograpioe introductio, cum quibusdam geometrioe ac astronomic principiis, ad eam rem necessariis.—Insuper quatuor Americi Vespucci navigationes. (Introducción a la cosmografía, con algunos principios de geometría y astronomía, necesarios para ella.— Además, las cuatro navegaciones de Americo Vespucio.)

Este libro se dio a luz en Saint Dié (*oppido divi Deodati*), en el año de 1507.¹

¹ Saint Dié es una ciudad de Francia que se halla en el departamento de Vosges.

SOBRE SALUDOS AL CASTILLO NUEVO DE LA HABANA



La copia de la siguiente Real Cédula, expedida en el Pardo a 13 de julio de 1579, la saqué de la biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid.

El Rey. Por cuanto Nos hemos mandado hacer una fortaleza en la villa de La Habana en la isla de Cuba para la defensa y seguridad, e que sean amparados, y defendidos de corsarios los navíos que surtieren en aquel puerto, es nuestra voluntad, que las naos, flotas y armadas, que en él entraren, guarden en el hacer las salvas la orden siguiente.

Primeramente, que todos los navíos que vinieren de alta mar para entrar en el dicho puerto sean obligados a tirar dos tiros en llegando al Morro de la Atalaya, para que se entienda que son amigos, y entrando dentro del puerto hagan salva cuando llegaren a la fortaleza con otras tres piezas, y si no trajeren artillería, hagan humada guindamaina en la tela de gavia mayor, la una vez llegando al Morro descubriendo la fortaleza, y otra vez en emparejando con la fortaleza.

Ítem, que ningún navío, ni vaxel sea osado de entrar por el puerto de noche, ni salir del puerto sin surgir fuera de la boca del puerto, y enviar la barca a dar aviso a la fortaleza qué navío es, de dónde viene; y si entrare o saliere de noche, incurra en pena de 30 ducados, e que la fortaleza pueda abatir con las piezas, que quisiere, e sea a su daño.

Ítem, que si fuere armada real, que la Capitana en llegando al Morro de la Atalaya ya tire un pieza, en cuando llegare a la fortaleza tire tres piezas: e la fortaleza salude otras tres; y si fuere flota, la Capitana llegando al Morro de la villa tire dos piezas, y llegando a la fortaleza tire tres piezas; y la fortaleza le salude con dos.

Ítem, que ningún navío solo, ni en flota, ni en armada, no surja, ni eche ancla para quedar desde la fortaleza hasta el Morro de la vela; sino que todos pasen desde la fortaleza para la bahía dentro del puerto, e dejen vacío e descombrado toda la mar del puerto, desde la fortaleza a la boca para que pueda la fortaleza guardar los navíos que estuvieren dentro del puerto, e batir, e echar en fondo los corsarios, que entraren

por el puerto a dentro: porque si surgen los navíos hasta la boca del puerto no podría la fortaleza, teniendo los navíos delante, hacer daño a los que entraren, sin dar a los que allí estuviesen surtos. Y esto se guarde infaliblemente, so la pena, que le pusieren, para reparos, y municiones de la fortaleza; al que fuere inobediente la fortaleza le tire a los árboles.

Ítem, que al salir del puerto los dichos navíos saluden a la fortaleza a lo menos con dos piezas, y los capitanes hagan lo mismo: salva al mar, y al salir, y la fortaleza a ellos.

Ítem, todos los cables, anclas, mástiles, palos, maderas, que quedaren perdidos en el puerto, así en la mar, como en la tierra, y el navío o navíos que se fueren, o lo dejaren perdidos: que la fortaleza lo pueda recoger, e sacar a su costa, o sea de la dicha fortaleza, para reparos de ella. E para que lo susodicho sea público, y notorio, e se guarde, y cumpla, como se contiene en esta nuestra Cédula, mandamos, que sea pregonada en la ciudad de Sevilla, y la villa de La Havana, y en los demás puertos de las nuestras Indias, para que ningún general, capitán, ni almirante de los navíos de nuestra armada, e flotas, ni de otro ningún navío que navegare para aquellas costas pueda dello pretender de ignorancia. Fecha en el Pardo a 13 de julio de 1579 años.—Yo el Rey —Por mandato de su Majestad.—Antonio de Erazo.

MILICIAS EN CUBA



Reglamento para la guarnición de La Habana, castillos
y fuertes de su jurisdicción.—De orden de S.M., Madrid.
En la imprenta de Juan de Ariztia. Año de 1719.
Folio de 26 páginas

Por este reglamento se trató de regularizar el servicio de la plaza de La Habana, los castillos y fuertes de su jurisdicción. Se dispuso, que la guarnición se compusiere de un batallón de siete compañías de infantería, inclusa una de granaderos, más, una de caballos y otra de artilleros, con los oficiales de estado mayor competentes.

El artículo 12 dispone que, por la dificultad que hay en obtenerse reclutas, se permite, que en cada compañía de infantería y de artilleros, haya 20 soldados, hijos de la Isla, que sean descendientes de España, con la calidad de ser solteros, sin oficio, y que vivan en el cuartel.

Este *Reglamento* se conserva en Madrid, en la biblioteca de la Academia de la Historia, estante 4º, gr. 3ª, D. no. 88.

En el tomo XIX, página 273, de la *Miscelánea, Colección de Ayala*, existente en la biblioteca particular de S.M. la reina de España, se halla también un manuscrito en cinco fojas en folio, cuyo asunto es el siguiente:

“Relaciones de los géneros, calidad, divisa, y colores de los uniformes de los oficiales y soldados de todos los cuerpos y tropas de infantería, caballería, dragones, y milicias de la isla de Cuba y plaza de La Habana, y respectivos valores que se han calculado tienen por clases: formadas, la una por el inspector de las mismas tropas don Juan Dabau; y la otra por el comandante de artillería don Vicente Garcini; y remitidas por el Gobernador y el capitán general don Diego José Navarro en cumplimiento de Real Orden de 1º de mayo de 1779”.

EL OBISPO MOREL Y LA COLECCIÓN DE AYALA



Relación, en 1757 de la visita eclesiástica de la ciudad de La Habana y su partido en la isla de Cuba, hecha y remitida a S.M.C. (que Dios guarde) en su Real y Supremo Consejo de las Indias, por el doctor don Pedro Agustín Morel de Santa Cruz, obispo de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad de Santiago ed la misma isla.
Manuscrito¹

A pesar de mis esfuerzos, nunca pude ver en Madrid el original de esta *Relación*, que existiera en el archivo de la Secretaría del Consejo de Indias; ni tampoco la copia que sacó de ella para su *Colección*, en 1729, don Manuel José de Ayala, del dicho Consejo, la cual se halla en el tomo 2º de su *Miscelánea*, y comprende desde la página 16, hasta la 71.

Esta *Colección* se compone de 52 tomos en folio, comprehensivos de discursos, descripciones, derroteros, proyectos, etc. Hay además 88 tomos en folio grueso de reales cédulas, decretos, órdenes, reglamentos, oficios, consultas, y pareceres.

Esta preciosa *Colección* para hoy, o por lo menos, pocos años ha, en la biblioteca particular de la Reina, en su palacio de Madrid, bajo la jurisdicción del Mayordomo de dicho palacio, siendo entonces bibliotecario el presbítero don Miguel Salvá.

El mismo Ayala “puso 4 500 notas en las 6 251 Leyes y 191 autos acordados, que contienen los 4 tomos de la *Recopilación de Indias*, acerca del origen o motivo de su establecimiento, ampliación, restricción o derogación e inteligencia de dudas consultadas; corrigió los anacronismos de sus citas marginales; explicó las voces con que están vestidas algunas leyes que no se hallan en los diccionarios; y añadió la concordancia con las de Castilla, partida, fuero, y ordenamiento, y con las ordenanzas del ejército y armada: de modo, que esta obra es la historia de la legislación indiana”.

1 La vida del obispo Morel se publicó en las Memorias de la Sociedad Económica de La Habana, en el número perteneciente a mayo de 1847.

Este trabajo lo hizo Ayala sobre un ejemplar de las Leyes de Indias de la edición de 1774, divididos los cuatro tomos en ocho volúmenes. Este ejemplar *único*, costó en Madrid 100 pesos, en enero de 1848, al siempre memorable cubano don Domingo del Monte, quien poco antes de su muerte lo regaló al señor don Bernardo de la Torre.

EL TERREMOTO DE 1766 EN SANTIAGO DE CUBA, Y LA PASTORAL DEL OBISPO MOREL



He aquí el título de este documento:

Carta pastoral del Illmo. Sor. Obispo de Cuba a su diócesis, con motivo del terremoto acaecido en la ciudad de Santiago, y lugares adyacentes. En el año de 1766. Con licencia. Impresa en la Havana, en la imprenta del Cómputo Eclesiástico. Cuaderno en 4º de 11 páginas.

Fue autor de esta Pastoral el obispo doctor D. Pedro Agustín Morel de Sta. Cruz. Como documento histórico revela este papel varios hechos de importancia para el conocimiento íntimo de su época. En primer lugar, es una de las raras muestras que nos quedan del arte tipográfico en aquel tiempo en Cuba; y nos descubre la existencia de otra imprenta en La Habana, fuera de la de la Capitanía General. Además, en la Pastoral se indica el día en que aconteció el terremoto de Santiago de Cuba que fue la noche del 11 de junio, con las circunstancias de extenderse a la villa de Bayamo y demás lugares de su jurisdicción: la catástrofe fue horrorosa, pues en pocos momentos redujo a un montón de ruinas muchos edificios, y causó algunas muertes.

Algunos creen que las últimas vibraciones del terremoto se extendieron hasta La Habana. De las fervorosas declamaciones del venerable Prelado contra los pecados reinantes en aquellos tiempos, puede barruntarse el estado de las costumbres, y el espíritu de la sociedad que alcanzaron nuestros abuelos; pero en grave error incurriríamos, si tomásemos a la letra las exageraciones de la Pastoral, arrancadas sin duda por el terror que aquella catástrofe había infundido en todas las almas.

“La funesta irrupción de los ingleses (dice S. Illma.) que padecemos en el año de 62, con ser así que se ven todavía las manchas de la sangre derramada, y se mantienen abiertas las llagas hechas en el corazón de este público; con todo no se encuentran en él señales algunas de su reforma. Podrá ser que los vicios decretasen alguna suspensión de armas al tiempo que los viciosos las tenían en las manos para disputar su vida y su fortuna. Pero no es así; que éste fue un breve paréntesis, que pare-

ce sirvió más bien de reposo a una maldad ya cansada, para volver con mayor ímpetu a sus antiguos desórdenes... La pompa, el lujo, las galas y demás superfluidades del adorno exterior, se mantienen en todo su punto, aun cuando desangrados los caudales, apenas pueden suministrar lo necesario. Con el pretexto de moda, se canonizan todas las profanidades de los trajes, de suerte que ya no se sabe que decencia christiana es esta en que va cabiendo cuanto la vanidad inventa de telas, alhajas, colgaduras, carrozas, etc. Y lo más lamentable es que no sólo *los ricos vistén púrpura y comen espléndidamente*, como el del Evangelio, sino que los empeñados, los quebrados y aun los pobres tienen a menos valer, que otro les aventaje en el brillo del hábito y la simetría de las mesas.

”El espíritu de disensión que engendra los litigios, las riñas y los odios, de que abunda esta ciudad, tan lejos está de enflaquecerse que más bien se ha recrudecido, y saca la cabeza triunfante, en medio de tantos males que nos cercan. Todos los días se ven nacer nuevos pleitos, y levantarse facciones dentro de las familias hasta armarse los hijos contra los padres, romperse los lazos de la fraternidad, y aflojarse los del santo matrimonio, abusando, para todo esto de las acciones y derechos que nos conceden las leyes santas, para reprimir los verdaderos desórdenes, y redimirse los inocentes de las opresiones de la injusticia. El poderoso chupa la sangre del pobre, se engrosa con el sudor de su frente, se hace fuerte con sus jornales, falta a la fe de los contrarios, traspasa el término de los plazos, extuerce unas usuras desmedidas, y nada perdona por apagar una infame sed del oro, y todo lo logra impunemente con mantener unos pleitos de por vida, de que no se desenvuelven los nietos. Los pobres, acosados de semejantes tiranías, se entregan al ocio, y no trabajan, sino es en vencer sus necesidades con los hurtos, las rapiñas, contemplaciones criminales y juramentos falsos; y en vez de acudir a Dios por el socorro, lo hacen insensibles a sus clamores por la impaciencia con que los levantan y la impuridad del corazón de donde salen. De la incontinencia no hay que decir, sino que parece que se han franqueado las puertas a la disolución, y que se ha roto de una vez aquella barrera, que tiene levantada entre los dos sexos las leyes naturales del pudor, las civiles de la honra, y las divinas de la honestidad. El galanteo, el cortejo, las conversaciones amorosas del estrado, los bailes, de manejo más inmediato y bullicioso, están admitidos como unos rasgos de marcialidad, política y buena crianza; y lo peor es, que a vueltas de estos desenfadados, lo tienen para condenar la compostura, el recato y la modestia, como unos golpes broncos de gente, que resiste la cultura, cortesía y civilidad...”

Concluye el santo Obispo proponiendo a sus ovejas extraviadas, para expiación de sus culpas, una procesión solemne de penitencia, en que depuestas las galas del mundo, se presenten vestidos de *saco y cilicio*, rociados de sangre y ceniza. La fecha de esta Pastoral, es en *nuestro*

palacio de esta ciudad de la Havana en 5 de julio de 1766. La firma + Pedro Agustín obispo de Cuba. Por mandato del obispo mi Señor + doctor Juan García Barreras, pro secretario.

El raro y curioso ejemplar de donde tomé los fragmentos anteriores, pertenecía a mi difunto amigo don Domingo del Monte, y éste lo hubo de la gentil cortesía del erudito don Francisco Adolfo Varnhagen, secretario entonces de la Legación del Brasil en Madrid.

En la biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid, bajo la rúbrica “Jesuitas” legajo 22, se halla un papel de 8 hojas en folio, que contiene 66 octavas, y cuyo título es el siguiente:

“Tragicómica descripción, que bosqueja la momentánea desolación lamentable de la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de la isla de Cuba, causada por el horrendo terremoto, acaecido a las 11 y 50 minutos de la noche del miércoles 11 de junio de 1766”.

Del mérito poético de esta composición, podrá juzgar el lector por la primera octava que inserto:

*Si Enéas, de Troya monarca esclarecido,
En triste llanto su sesión termina,
Al referir del reino la gran ruina
En los estrados de la reina Dido:
¿Qué hará mi numen de angustias poseído
Si de la pluma el vuelo infausto inclina
A bosquejar de Cuba la derrota,
Siendo de ella el más fino compatriota?*

Después de las octavas sigue un pliego con décimas al mismo asunto. Empieza así:

*En un minuto, ¡qué horror!
Que en junio el once tembló,
Cuba en su noche se vio
Con el estrago mayor:
La tragedia del dolor
Vieron todos sus vivientes,
Muertos, muchos inocentes,
Y en su universal rotura
Fue de muchos sepultura
Y un campo raso de gentes.*

Santiago de Cuba y su jurisdicción es un país donde tiembla la tierra con mucha frecuencia; pero desde 1766 nunca se han sentido conmociones tan violentas, ni que tanto hayan consternado a sus habitantes como las que acaecieron en agosto de 1852.

SIMULACRO



Bloqueo y sitio de Atarés plaza supuesta: verificado en La Habana el 12 de abril de 1773. Dispúsole el señor marqués de la Torre, su gobernador y capitán general, etc., a quien lo dedica su más reverente súbdito Francisco Loiset. Con licencia de los Superiores. En La Habana en la imprenta de don Blas de Olivo, el mismo año. Folleto en 4^o de 16 páginas.

El autor celebra en 32 octavas el simulacro de bloqueo dispuesto por el marqués de la Torre contra el castillejo de Atarés. Como composición poética es muy mala; ni invención, ni pensamientos, ni imágenes: los versos carecen de armonía, y el lenguaje es pedestre. Se conoce que en aquella época se había extinguido ya el estro que animaba en el siglo anterior al poeta canario Silvestre Balboa, vecino de Puerto Príncipe, cuando cantaba con tan buena gracia a Jácome Milanés y demás héroes de Bayamo, mi tierra, vencedores del pirata francés Gilberto Girón.¹ El plan del simulacro fue el siguiente: la guarnición compuesta de 5 000 hombres se dividió en dos cuerpos: el uno, que componía el ejército sitiador, desembarca, y acampa inmediato a las playas. El marqués de la Torre recorre a caballo con 12 edecanes a la 1 y media del día el campamento sitiador: el ejército se embosca en los uveros: salida de la plaza en solicitud de forraje y víveres: hacen alto las tropas y toman la eminencia: extienden sus partidas de resguardo: empiezan la fagina: los atacan las partidas del enemigo. Se empiezan a retirar los del forraje: sale a la campaña el destacamento enemigo en tres columnas: se apodera de la llanura: forma una columna: despliega en batalla y ataca al cuerpo de la plaza: trascienden a ella los víveres, mientras los cuerpos se baten. Sigue el uno su retirada: toma otra altura, y el enemigo intenta cortársela. Pasa los puentes en tres columnas. Tiene la caballería su escaramuza para facilitárselos. Forma luego en batalla este cuerpo ata-

1 El poema que transcribe el obispo Morel en la *Historia*, inédita, de la *Isla y catedral de Cuba*. En el número 2 del *Plantel*, periódico mensual de La Habana en 1838, se publicaron algunos trozos del poema.

cado. Pasa los puentes el enemigo, y finge que va a cortar la retirada. El cuerpo de la plaza toma una casa que fortifica, y defiende una compañía de granaderos. Mayor número de tropa la ataca fuertemente. Capitula la casa pidiendo ventajas. Son negadas: ellos se obstinan, y los modera la persuasión del marqués de la Torre. Vuelven a capitular. Se les concede salir prisioneros de guerra. Bátense los dos cuerpos, y el de la plaza se parapeta de una calzada, que le disputa el enemigo, a quien, por fin, la cede. Segunda escaramuza de la caballería. Hace fuego Atarés. Teme el ejército, y levanta el sitio. Se unen las tropa, y desfilan ante el virrey don Pedro de la Cerda, que se hallaba de paso en La Habana.

El autor es probablemente el mismo don Francisco Antonio de Loiset, natural de San Cristóbal de la Laguna, en Canarias, y vecino de La Habana, que en 1760 propuso al gobernador don Juan de Prado, entrar de cadete en la milicia, e ir a su tierra, autorizado, a fin de reclutar soldados, naturales de allí, para la guarnición de La Habana.

RAZÓN DE LOS CRONISTAS DE LAS INDIAS



Según consta en las secretarías del Consejo de Indias

Juan López de Velasco	22 de	octubre	de 1571
Licenciado Arias de Loyola	10 de	octubre	de 1591
Pedro Ambrosio Onderiz	19 de	septiembre	de 1595
Antonio de Herrera	20 de	mayo	de 1596
Licenciado Pedro de Valencia	11 de	mayo	de 1607
Licenciado Luis Tribaldos de Toledo	12 de	junio	de 1625
Don Tomás Tamayo de Vargas	27 de	marzo	de 1635
M ^o Gil González Dávila	23 de	octubre	de 1643
Licenciado Antonio León Pinelo	9 de	julio	de 1658
Señor don Antonio Solís	13 de	enero	de 1661
Doctor don Pedro Fernández del Pulgar	21 de	enero	de 1677
Don Félix Lucio de Espinosa	23 de	junio	de 1686
Don Luis de Salazar	30 de	septiembre	de 1691
Don Miguel de Herrero y Ezpeleta	8 de	febrero	de 1736
Don Lorenzo Boturim y Benaduci	10 de	julio	de 1747
M ^o fray Martín Sarmiento	1 ^o de	agosto	de 1750
La Real Academia de la Historia	18 de	octubre	de 1755

COSMÓGRAFOS DE INDIAS



Según consta en las secretarías del Consejo de Indias

Pedro Ambrosio de Onderiz	9 de	septiembre	de 1591
Doctor Cerrofino: italiano	30 de	septiembre	de 1595
Andrés García Céspedes	15 de	mayo	de 1596
Doctor Juan de Cedillo	5 de	febrero	de 1611
El Colegio Imperial de Madrid	10 de	septiembre	de 1628
M ^o Carlos de la Reguera (jesuita)	22 de	abril	de 1633
P. Juan Carlos de la Talle	20 de	noviembre	de 1638
P. Pedro de Ulloa	26 de	octubre	de 1715
P. Alejandro Bruneto	13 de	septiembre	de 1722
M ^o Nicasio Gramatici	13 de	febrero	de 1727
M ^o Manuel de Campos	23 de	diciembre	de 1728
M ^o Carlos de la Reguera	22 de	abril	de 1733
P. Pedro Fresneda	3 de	febrero	de 1743
M ^o Juan Wendlingen	1 ^o de	febrero	de 1750
M ^o Cristiano Rieger	11 de	enero	de 1761
Colegio de la Compañía de Jesús	22 de	agosto	de 1765
Don Juan Bautista Muñoz	28 de	octubre	de 1770

NOTICIAS ACERCA DE LA COLECCIÓN DE MUÑOZ



En 7 de julio de 1779 se mandó a don Juan Bautista Muñoz por Real Orden, escribir la historia de América, franqueándose al mismo tiempo todos los papeles y documentos necesarios. Por Cédula de 27 de marzo del año de 1781 se le habilitó para registrar todos los archivos, oficinas y bibliotecas, tanto del gobierno, como de corporaciones civiles y religiosas. En su virtud visitó, con poco fruto, la secretaría del Consejo de Indias y otros depósitos de papeles existentes en Madrid; pasó después a Simancas, y en aquel archivo descubrió, según su propia expresión, “un tesoro, que así puede llamarse, un cúmulo de papeles originales de toda especie, como sepultado allí, de que no se tenía idea. Intentar escribir la historia de América sin este auxilio, añade, fuera veleidad pura”. Animado con tan feliz hallazgo, pasó a Sevilla, donde dice, que halló más de lo que se había prometido; registró el archivo antiguo de la Casa de Contratación, el de la Ciudad, de la Cartuja de las Cuevas, y otras comunidades, y las bibliotecas de varios particulares, entre otras la rica en manuscritos del conde del Águila. En Cádiz completó la parte de papeles antiguos que faltaban en el archivo de la Contratación, sacándolos del de la Contaduría Principal de la Audiencia de Indias.

Visitó con utilidad la Torre do Tombo, o Archivo General de Portugal, situado en San Benito de Lisboa. Recorrió, en fin, varias partes de la Península, donde dice que encontró “papeles preciosos, algunos originales, por lo común copias o auténticas de mano segura”.

Al mismo tiempo logró “gran número de relaciones e historias particulares inéditas, escritas por hombres fidedignos, autores o testigos de los hechos, otros contemporáneos que bebieron las noticias en la misma fuente, otros, en fin, poco posteriores, a cuyas manos llegaron los papeles originales que después se han perdido”. Para ello recorrió también las bibliotecas reales de Madrid y del Escorial, la del monasterio del Monserrate de Madrid, los colegios de San Bartolomé y Cuenca en Salamanca, el de San Gregorio de Valladolid, la catedral de Palencia, el Sacro Monte de Granada, los conventos de San Francisco de Tolosa en Guipúzcoa, de Santo Domingo de Málaga, de San Acacio, San José y San Isidro del Campo de Sevilla.

Con tan prodigioso cúmulo de documentos y noticias empezó a escribir la historia del Nuevo Mundo, y en 1793 publicó el primero y último tomo, pues murió en 1799. No es del caso formar el juicio crítico de esa obra; pero como quiera que se la juzgue, la verdadera gloria de Muñoz consiste en la inmensa *Colección* que formó, y que es uno de los tesoros que encierra la biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid.

**ADICIÓN A LA PÁGINA 442 DEL TOMO I, DE ESTA
OBRA, EN QUE SE HABLA DE LA FECUNDIDAD
DE ALGUNAS MULAS EN CUBA**



Después de impreso aquel tomo, he hallado entre mis papeles otro caso de aborto de una mula en Cuba. Acaeció en la villa de Guanabacoa el 21 de noviembre de 1832, y dióse noticia de él en el *Diario de la Habana* de 1º de diciembre del mismo año. He aquí lo que entonces se publicó:

“El día 21 de noviembre, en la villa de Guanabacoa, como a las 3 de la tarde, una mula color valla de veta, cabos negros, de seis y media cuartas de alto y 6 años de edad, perteneciente al capitán D. Santiago Ganusa, vecino de esta ciudad, abortó un feto que indica ser hembra y de casta mular: aquélla se halla en poder de su dueño, y éste, conservado con la preparación necesaria en la tienda de albeitería frente a la caja de agua de la puerta de Tierra correspondiente a D. Manuel Deu, subdelegado del Real Protoalmeiterato de Madrid, el cual se hizo cargo de dicho fenómeno por encontrarse casualmente en la expresada villa y haber sido llamado al efecto. El que guste cerciorarse de la verdad, puede pasar a la citada tienda, donde se manifestará gratis al público por el espacio de otros 15 días en vista de la mucha concurrencia, a fin de que todos queden complacidos.—Habana y noviembre 24 de 1832.—(*Remitido*)”.

Agregando, pues, este caso a los cuatro que mencioné en la referida página 442, resulta, que del 13 de febrero de 1795 al 21 de noviembre de 1832, han sido fecundadas cinco mulas en Cuba.

ADVERTENCIA



Debo advertir, que los dos artículos que empiezan en la página 19 de este tomo, fueron publicados en 1832 en el número VII de la *Revista Bimestre Cubana*. Si al reimprimirlos no lo dije, fue por una omisión involuntaria.

ÍNDICE ONOMÁSTICO



—A—

- Aberdeen, lord: 130.
Abreu, Agustín: 256.
Achard: 19, 20.
Adams, coronel: 206.
Águila, conde del: 358.
Agustín, san: 86.
Alcántara, Pedro: 41, 42.
Aldama y Arechaga, Domingo de: 137, 238.
Alessandri: 173.
Alfonso de Souza, Martín: 29.
Alfonso, José Luis: 137.
Alpino, Próspero: 272, 304.
Álvarez Cabral, Pedro: 29.
Akerly, doctor: 339.

364\ OBRAS

Antonio: 33.
Antonio, san: 79.
Arabin, capitán: 61.
Arago, Francisco: 253.
Arango y Parreño, Francisco de: 65, 84, 137.
Areteo de Capadocia: 143.
Arguot, Mauricio d': 83, 104.
Arias de Loyola, Juan: 356.
Ariztia, Juan de: 348.
Arlington, lord: 92.
Aróztegui, Martín de: 63.
Arrabida, Antonio de: 33.
Arrate y Acosta, José Martín Félix de: 63.
Artigas, José Gervasio: 39.
Ayala, Manuel José de: 348, 349, 350.

—B—

Babinet, Jacques: 253, 254.
Bacon, Francis: 205.
Balbi, Adriano: 58.
Balboa, Silvestre: 354.
Baker, negrero: 63, 134.
Barón. Ver Humboldt, Alejandro de.
Barros, João de: 59.
Becker, doctor: 227.
Bernasconi: 340.
Bernouille: 283.
Bertot, Luis: 310, 311.
Beudant, Francisco Sulpicio: 174.
Bew, doctor: 302.
Biela: 176, 252, 253, 254.

- Biot, Eduardo: 255.
 Blancanus: 255.
 Blumenthal, doctor: 189.
 Boccacio, Juan: 144.
 Bonaparte, Napoleón: 20, 34, 333.
 Bonpland, Aimé: 326.
 Botero: 161.
 Boturim y Bonaduci, Lorenzo: 356.
 Braganza, casa de: 33.
 Broglie, duque de: 105, 108.
 Brosse, Guido de la: 204.
 Broussais, Francisco: 143, 144, 161, 189, 190, 196, 198.
 Bruce: 289.
 Bruneto, Alejandro: 357.
 Brunnow, Francisco Federico Ernesto: 253.
 Bueno, doctor: 329.
 Buffon, Jorge Luis Leclerc (conde de): 289.

—C—

- Cabeza de Vaca, Álvar de Núñez: 56.
 Cabrera, Pablo Félix: 340, 341.
 Calcagno, Juan Francisco: 196, 256.
 Calderón, teniente: 340.
 Callejas y Anaya, José María: 332, 333, 334, 335, 336.
 Camoens, Luis Vaz de: 29.
 Campos, Manuel de: 357.
 Capitán General. Ver O'Donnell y Jorris, Leopoldo.
 Cárdenas, Santiago de: 326.
 Carlos II de España: 340, 341.
 Carlos III de España: 95, 133.
 Carlos IV de España: 33.

366\ OBRAS

- Carlos V de España: 118.
Carlos II de Inglaterra: 94.
Carlota Joaquina: 33.
Carvalho y Mello, Sebastián José: 30.
Casa Enrile, marqués de: 63, 134.
Casas, médico: 146, 154.
Casas, Bartolomé de las (fray): 91, 132.
Castillo, Bernardino del: 84.
Cerde, Pedro de la: 355.
Cedillo, Juan de: 357.
Cerrofino: 357.
Clement, M.: 21.
Clerc, Clement M.: 30.
Colón, Cristóbal: 29, 342.
Cooper, Tomás: 46.
Cortés, Hernán: 84.
Correa de Cerda: 57.
Corroy, Francisco: 339, 340.
Cravier, doctor: 209.
Craw: 198.
Crespel, M.: 20.
Cristo, José del: 84.
Cromwell, Oliverio: 92.
Congreve, William (sir): 336.

—D—

- Dabau, Juan: 348.
Daubré, Paul: 105.
David: 143.
Dawson, negrero: 63, 134.
Deidier, M.: 272.

Deu, Manuel: 360.

Dido: 353.

Dimesdale, barón de: 209.

Dionisio de Halicarnaso: 161.

Dios: 69, 92, 93, 118, 119, 126, 139, 140, 157, 172, 216, 217, 247, 249, 263,
280, 281, 303, 313, 324, 349, 352.

Divina Providencia. Ver Dios.

Divino Arquetipo. Ver Dios.

Doctor. Ver Agustín, san.

DuGauy-Trouin, René: 30.

Dumont: 23.

—E—

Editor. Ver Saco, José Antonio.

Edwards: 202, 262.

Edwards, Bryan: 12, 58, 67, 71, 92, 93, 94, 120.

Elío, Francisco Javier de: 39.

Emperador. Ver Pedro I de Brasil.

Encke, Juan Francisco: 175, 252, 253, 254.

Eneas: 33, 353.

Enrique, príncipe: 59.

Enrique II de Francia: 187.

Ephoro: 255.

Erazo, Antonio de: 347.

Ezpeleta y Enrile, Joaquín de: 135.

Espinosa, Félix Lucio de: 356.

Estachería, José: 340, 341.

Excmo. Señor Gobernador y Capitán General. Ver Ricafort y Palacín de la
Barca, Mariano.

—F—

Fahrenheit, Daniel Gabriel: 165, 239.

Farquhar: 148.

368\ OBRAS

- Faye, Hervé: 176, 253.
Feijóo, Benito Jerónimo (fray): 173.
Felipe II de España: 343, 346, 347.
Felipe V de España: 62.
Fernández del Pulgar, Pedro: 356.
Fernández, Dionisio: 59.
Fernández, Santiago Atanasio: 3, 4.
Fernando, san: 335.
Ferreti, Juan Agustín de: 139, 140.
Feuillé: 283.
Flinter, coronel: 84.
Fondesvilla y Ondeano, Felipe: 354, 355.
Fourcroy, Antonio Francisco (conde de): 245.
Francisca Catalina: 41.
Francisco I de Austria: 34.
Fresneda, Pedro: 357.

—G—

- Galatín, Alberto: 72.
Galow: 196, 197.
Gama, Vasco de: 28.
Gambart, Juan Félix Adolfo: 253.
Ganusa, Santiago: 360.
García Barreras, Juan: 353.
García Céspedes, Andrés: 357.
Garcini, Vicente: 348.
Gentilis: 161.
Gerónimo, san: 282.
Gibbon, Eduardo: 145.
Girón, Alberto: 354.
Gómez de Andrade, Fernando: 342.

Gómez Reynel, Pedro: 62.
 González, Antonio: 59.
 González Dávila, Gil: 356.
 Gramatici, Nicasio: 357.
 Gutiérrez, Nicolás José: 256.

—H—

Haenk, Tadeo: 323.
 Halley, Edmundo: 175, 252, 254.
 Hasting, general: 159.
 Haiy, Renato Jesús: 305, 306.
 Hawkins, doctor: 193, 270.
 Haygarth: 201, 261.
 Heber, obispo: 227, 240, 242.
 Hermenegildo, san: 335.
 Heriquez, Alfonso: 32.
 Hernández: 101.
 Herrera y Tordesillas, Antonio de: 91, 356.
 Herrero y Ezpeleta, Miguel de: 356.
 Hind, Juan Russell: 254.
 Hipócrates: 143, 328.
 Howe: 305, 307, 308.
 Hubenthal: 189.
 Humboldt, Alejandro de (barón): 28, 43, 58, 65, 67, 69, 70, 316, 326.
 Huskisson, M.: 13.

—I—

Ilacómile (Martín). Ver Waldsemüller, Martín.
 Iriarte, Tomás: 281.
 Isabel, infanta: 41.
 Isabel, *la Católica*: 335.
 Isabel II de España: 338.

—J—

Jameson: 204.
Jesucristo: 336.
Jesús. Ver Jesucristo.
Josefo: 143.
Jovellanos, Gaspar Melchor de: 282.
Juan VI de Portugal: 32, 33, 34, 35, 36, 38, 41, 49, 56.
Juan, san: 310.
Julio Agrícola: 332.
Junot, Andoche: 33.
Justiniano: 144, 145.

—K—

Kepler, Juan: 255.
Kircher, padre: 187.

—L—

Lavalleja, Juan: 39.
Lechevalier, Jules: 107, 122.
León Africano: 302.
León Pinelo, Antonio: 356.
Leopoldina, archiduquesa: 34, 36.
Lesseps: 193, 270.
Lewenoeck: 174.
Lexel: 254.
Lichtenstadt, doctor: 179.
Light: 122.
Lobkowitz, princesa: 195, 271.
López de Velasco, Juan: 356.
López de Gomara, Francisco: 84.
Luis XVI de Francia: 35.
Luz y Caballero, José de la: 167, 255, 256, 259.

Lynch, Tomás: 92.

—M—

Macarthey, lord: 210.

Magendio, Francisco: 196.

Mahoma: 150, 210, 247.

Malezieux, Emilio: 174.

Manuel, rey de Portugal: 29.

María de Gloria. Ver María de Gloria, Juana, Carlota, Leopoldina, de la Cruz
Francisca Javiera de Paula, Isidora, Micaela, Gabriela, Rafaela, Gonzaga.

María de Gloria, Juana, Carlota, Leopoldina de la Cruz, Francisca Javiera de
Paula, Isidora, Micaela, Gabriela, Rafaela, Gonzaga: 28, 41, 42.

Marialba, marqués de: 34.

María Luisa de Habsburgo: 34.

María I de Portugal: 32.

Margraff, Andrés: 19.

Martínez de la Rosa, Francisco: 132.

Martínez de Pinillos, Claudio: 248, 258.

Mead, Ricardo: 205.

Mehemet-Alí: 150.

Metcaff, Juan: 302.

Miguel: 28, 42.

Milanés, Jácome: 354.

Milius, Pedro Bernardo (barón de): 148.

Moctezuma: 335.

Moisés: 281.

Monarca. Ver Juan VI de Portugal.

Montbrion: 143.

Monte, Domingo del: 78, 350, 353.

Montgomery Martín, R.: 92, 93.

Moreau de Jonnés, M. Alex: 89, 121, 154, 155, 156, 182, 185, 193, 209, 210,
270.

372\ OBRAS

Moreau de Saint Mery, Mederico Luis Elías: 71, 120.

Morel de Santa Cruz, Pedro Agustín (obispo): 349, 351, 352, 353, 354.

Moultrie: 86.

Mungo Park: 289.

Muñoz, Bautista Juan: 340, 341, 357, 358, 359.

—N—

Navarro, Diego José: 348.

Normanby, lord: 122.

Noval, Antonio: 255.

—O—

Obispo de Cuba. Ver Morel de Santa Cruz, Pedro Agustín.

O'Donnell y Jorris, Leopoldo: 78, 137.

Oliván, Alejandro: 132, 133.

Olivo, Blas de: 354.

Onderiz, Pedro Ambrosio: 356, 357.

—P—

Pacheco: 132.

Paingeon: 306.

Palacio, Santiago: 341, 343.

Paula Marina: 41.

Pedro I de Brasil: 28, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 40, 41, 42.

Pedro Agustín. Ver Morel de Santa Cruz, Pedro Agustín.

Pedralvez Cabral. Ver Álvarez Cabral, Pedro.

Peralta, Gaspar: 62.

Peyrellade, Emilio: 3, 4.

Pitt, William: 12.

Plantamour, Emilio: 255.

Pombal, marqués de. Ver Carvalho y Mello, Sebastián José.

Pons, Juan Luis: 253.

Porter: 104.

Prado, Juan de: 355.

Prelado. Ver Morel de Santa Cruz, Pedro Agustín.

Príncipe de Beira. Ver Pedro I de Brasil.

Príncipe regente. Ver Pedro I de Brasil.

Procopio: 145.

Providencia. Ver Dios.

—R—

Rademack, Juan: 33.

Rafinesque: 340.

Ranken: 163.

Reaumur, Renato Antonio Forchault: 173, 316, 320, 323.

Reguera, Carlos de la: 357.

Reimann: 245.

Rey. Ver Felipe II de España.

Rey. Ver Juan VI de Portugal.

Ribeiro, Lázaro: 331.

Ribeiro, Manuel: 59.

Ricafort y Palacín de la Barca, Mariano: 137, 167, 231, 255, 256, 277.

Rieger, Cristiano: 357.

Río, Antonio del: 339, 341.

Rivera, Fructuoso: 39.

Robredo: 90.

Roca, padre: 342.

Romay y Chacón, Romás: 86.

Rondeau, José: 39.

Ruffi: 271.

Ruiz, Francisco: 255.

Russell, Henry Noris: 200, 201, 205, 208, 261.

Russell, John: 122.

—S—

Saco, José Antonio: 138, 139, 140, 255, 259, 280, 283, 284.

Sagra, Ramón de la: 284, 287, 288, 290, 291, 292, 295, 300.

374\ OBRAS

- Salazar, Luis de: 356.
Salvá, Miguel: 349.
Sancha: 312.
Sandoval, Alonso de (fray): 118.
San Juan, Miguel José de: 342.
Santiago, *el Volador*. Ver Cárdenas, Santiago de.
Santiago, san: 310.
Santo Obispo. Ver Morel de Santa Cruz, Pedro Agustín.
Sarmiento, Martín (fray): 356.
Sauvé: 188.
Scio de San Miguel, Felipe: 281.
Scott, doctor: 167, 174.
Scoutetten, Roberto José Enrique: 196.
Sebastián, san: 31.
Sechi, Angelo (padre): 255.
Serrano, Mariano: 302, 309, 310, 311.
Sismondi, Leonardo de: 143.
Soler, José: 212, 294.
Solís, Antonio: 356.
Solís y Ribadeneyra, Antonio de: 282.
Sonora, marqués de: 340.
Stanley, lord: 122.
Strangford, lord: 33.
Stuart, Carlos: 41.
S. Illma. Ver Morel de Santa Cruz, Pedro Agustín.
S.M. Ver Carlos II de España.
Sydenham, Tomás: 200.

—T—

- Tácito: 332.
Talle, Juan Carlos de la: 357.
Tamayo de Vargas, Tomás: 356.

Toledo, Luis Tribaldos de: 356.

Torre, Bernardo de la: 350.

Torre, marqués de la. Ver Fondesviela y Ondeano, Felipe.

Trachez: 195.

Trajano: 143.

Tucídides: 145.

—U—

Ulloa, Pedro de: 357.

Ulpiano: 337.

Unanúe, Hipólito: 312, 316, 317, 319, 321, 322, 324, 325, 327, 328, 329, 330, 331.

—V—

Valencia, Pedro de: 356.

Varnhagen, Francisco Adolfo: 353.

Varron, Marcos Terencio: 173.

Venus: 329.

Vespuccio, Americo: 345.

Vico, Francisco: 176, 253.

Vigodet, Gaspar: 39.

Vilá, Bartolomé: 236.

Villani, Juan: 143.

Villanueva, conde de. Ver Martínez de Pinillos, Claudio.

Villegagnon: 29, 30.

Vincent, Aristides: 20, 21, 23.

Virgilio: 33, 324.

Vives, Francisco Dionisio: 134.

Volney, Constantino (conde de): 28, 150, 199, 203, 234, 241, 272, 273, 303.

V.S. Ver Ferreti, Juan Agustín de.

—W—

Walsh, R. (reverendo): 28, 30, 33, 36, 40, 41, 42, 46, 53, 54, 56, 58.

376\ OBRAS

Waldsemüller, Martín: 345.

Wedlingen, Juan: 357.

Wilberforce, William: 59.

Wolfio: 174.

—Y—

Yanuaría: 41.

—Z—

Zuene: 306.

ÍNDICE



OBSERVACIONES SOBRE UN COLEGIO DE EDUCACIÓN FUNDADO EN LA CIUDAD DE PUERTO PRÍNCIPE, EN LA ISLA DE CUBA	3
ANÁLISIS POR DON JOSÉ ANTONIO SACO DE UN PAPEL INTITULADO: <i>STATE OF THE COMMERCE OF GREAT BRITAIN WITH REFERENCE TO COLONIAL AND OTHER PRODUCE, FOR THE YEAR 1831</i> . PUBLISHED IN LONDON BY TRUEMAN AND COOK	6
<i>MEMOIRE SUR LE SUCRE DE BETTERAVES, ADRESSÉ A M. D'ARGOUD, MINISTRE DU COMMERCE ET DES TRAVAUX PUBLICS, PAR LE SIEUR ARÍSTIDE VINCENT, FABRICANT, ETC. AOUT 1831</i>	19
ARTÍCULO DEL LUCERO DE LA HABANA DEL 6 DE AGOSTO DE 1832 INTITULADO: "AGRICULTURA Y COMERCIO DE LA ISLA; PRECIOS CORRIENTES DE LOS FRUTOS, E INFLUJO QUE EN ELLOS PUEDE TENER EL ESTABLECIMIENTO DE UN BANCO"	19
ANÁLISIS POR DON JOSÉ ANTONIO SACO DE UNA OBRA SOBRE EL BRASIL, INTITULADA: <i>NOTICES OF BRAZIL EN 1828 AND 1829 BY REV. R. WALSH AUTHOR OF A JOURNEY FROM CONSTANTINOPLE, ETC.</i>	28
LA SUPRESIÓN DEL TRÁFICO DE ESCLAVOS AFRICANOS EN LA ISLA DE CUBA, EXAMINADA CON RELACIÓN A SU AGRICULTURA Y A SU SEGURIDAD, POR DON JOSÉ ANTONIO SACO	78

Advertencias	78
PRIMERA PARTE. La abolición del tráfico de negros no puede arruinar ni atrasar la agricultura cubana	81
1º Dureza del trabajo de los ingenios	82
2º Sólo los negros pueden resistir los rigores del clima de Cuba	85
3º Carestía de los jornales	99
Disminución general de los esclavos en las colonias inglesas de América	110
Aumento que han tenido los esclavos en varias colonias, después de abolido el tráfico	111
Disminución de la población esclava con más hembras que varo- nes; y aumento, con más varones que hembras	113
SEGUNDA PARTE. La seguridad de Cuba clama urgentísimamente por la pronta abolición del tráfico de esclavos	116
APÉNDICE	132
RENUNCIA POR SACO A LA DIRECCIÓN DEL COLEGIO DE BUENA-VISTA, ESTABLECI- DO EN LA HABANA	138
Real Sociedad Patriótica. Inspección del colegio de Buena- Vista	138
Contestación de don José Antonio Saco al oficio anterior	139
PARA EL ÁLBUM DE UNA SEÑORITA DE LA HABANA EN 1832. LA MUJER	141
CARTA SOBRE EL CÓLERA MORBO ASIÁTICO	142
Origen del cólera morbo asiático pestilencial	142
Marcha o historia geográfica de la enfermedad	146
Duración y repetición del cólera	153
Influencia del cólera en las castas, sexos, edades y diferentes estados de la vida	158
Castas	158
Sexos	160
Edades	161
Clases o profesiones	161
Influencia del cólera en los animales	163

Conjeturas sobre las causas del cólera	163
Emanaciones de la tierra	164
Aire	165
Calórico, o temperatura del aire	165
Peso de la atmósfera	166
Humedad atmosférica	167
Electricidad	168
Vientos	171
Alteración química del aire atmosférico	172
Bichos o pequeños insectos venenosos	173
Influencia del sol y de la luna	174
Cometas	174
¿El cólera es contagioso?	177
Pruebas positivas del contagio	187
Pruebas negativas o aislamiento	192
Argumentos contra el contagio	195
Medios de trasmisión	204
Mortandad causada por el cólera en diferentes naciones	209
Historia de la aparición del cólera en la isla de Cuba en 1833....	211
Mortandad en La Habana, ocasionada por el cólera en 1833	217
Mortandad en varios pueblos y campos de la Isla	234
¿Muerto que haya el cólera en Cuba, si es que llega a morir, resucitará para atormentarnos?	238
Influencia que se da a las localidades	240
Medidas que se deben tomar en Cuba contra el cólera	243
Nota primera a la Carta sobre el cólera	250
Nota segunda a la Carta sobre el cólera	252
Cometas de revolución periódica conocida	252
Noticia sobre algunos trabajos científicos que se hicieron en La Habana, durante la primera aparición del cólera en ella, en 1833	255

CONTESTACIÓN DE DON JOSÉ ANTONIO SACO A UN ARTÍCULO PUBLICADO EN EL <i>NOTICIOSO Y LUCERO DE LA HABANA</i> , DEL 1º DE AGOSTO DE 1833, EN QUE SE IMPUGNA ALGUNOS PUNTOS DE SU <i>CARTA SOBRE EL CÓLERA MORBO</i>	258
I. Incertidumbre de la naturaleza contagiosa del cólera	264
II. Las cuarentenas sólo producen gastos y mortificaciones a los pueblos	266
III. Las cuarentenas nunca han sido suficientes para impedir la introducción de las enfermedades reputadas por contagiosas....	268
IV. La idea del contagio inspira al pueblo un terror profundo: lue- go no haber cuarentenas	275
EXAMEN DE LAS TABLAS NECROLÓGICAS DEL CÓLERA MORBUS EN LA CIUDAD DE LA HABANA Y SUS ARRABALES, FORMADAS A EXCITACIÓN DEL EXCMO. SEÑOR INTENDENTE DEL EJÉRCITO CONDE DE VILLANUEVA, POR DON RAMÓN DE LA SAGRA	285
SOBRE LOS CIEGOS	301
Manifestación al público de los administradores de la institu- ción de la Nueva Inglaterra para la educación de ciegos. Boston, 1833	301
El ciego Serrano en Cuba	309
CLIMA DE LIMA Y SUS INFLUENCIAS EN LOS SERES ORGANIZADOS	312
NECROLOGÍA	332
Al aniversario de la muerte del señor coronel de infantería, te- niente coronel del Real Cuerpo de Artillería y comandante de la brigada de este departamento don José María Callejas, acaecida en 31 de marzo de 1833	332
SOCIEDAD FILARMÓNICA	337
Quejas de un socio de la Sociedad Filarmónica	337
RUINAS DEL PALENQUE EN LA AMÉRICA CENTRAL	339
RUINAS DEL COPÁN	343
Carta del licenciado Palacio a Felipe II, escrita en Guatemala el 8 de marzo de 1576	343
TÍTULO DEL PRIMER LIBRO EN QUE AL NUEVO MUNDO SE DIO EL NOMBRE DE AMÉRICA	345
SOBRE SALUDOS AL CASTILLO NUEVO DE LA HABANA	346

MILICIAS EN CUBA	348
Reglamento para la guarnición de La Habana, castillos y fuertes de su jurisdicción	348
EL OBISPO MOREL Y LA COLECCIÓN DE AYALA	349
Relación, en 1757 de la visita eclesiástica de la ciudad de La Ha- bana y su partido en la isla de Cuba	349
EL TERREMOTO DE 1766 EN SANTIAGO DE CUBA, Y LA PASTORAL DEL OBISPO MOREL	351
SIMULACRO	354
RAZÓN DE LOS CRONISTAS DE INDIAS	356
COSMÓGRAFOS DE INDIAS	357
NOTICIAS ACERCA DE LA COLECCIÓN DE MUÑOZ	358
ADICIÓN A LA PÁGINA 442 DEL TOMO I, DE ESTA OBRA, EN QUE SE HABLA DE LA FECUNDIDAD DE ALGUNAS MULAS EN CUBA	360
ADVERTENCIA	361
ÍNDICE ONOMÁSTICO	363

José Antonio Saco y López (1797-1879) es el más polémico de todos los autores cubanos del siglo XIX. Toda definición conceptual de la historia de Cuba, pasa por una interpretación del controvertido bayamés. Nacido en la plenitud de la sociedad esclavista fue su crítico, y el más combativo opositor al comercio de esclavos. Sus escritos científicos se centraron en una propuesta metodológica para una sociología aún sin nombre y asideros, y para una nueva y moderna forma de hacer historia. Sus definiciones políticas marcan los análisis más coherentes y profundos de la política colonial española y del anexionismo pronorteamericano, pero también generan una visión parcial de la sociedad cubana.

Hombre de pensamiento, de creaciones intelectuales y de polémicas, Jose Antonio Saco —alumno, amigo y continuador de Félix Varela, y unido a José de la Luz y Caballero por identidad de ideas y sentimientos— antecedió desde su mundo al nuestro, cuando las luchas por la independencia y la igualdad social sepultaron con la sangre derramada en la manigua, el mundo del cual él fue su crítico. De ahí que prepara las bases ideológicas para el comienzo.

La edición para la Biblioteca de Clásicos Cubanos de sus *Obras* pone en manos del estudioso una colección de documentos agrupados en cinco volúmenes —tres publicados por Saco, así como la colección póstuma y el epistolario—, imprescindibles para entender la evolución política, social, científica y literaria cubana en su brotación originaria. A este conjunto le continuará la edición más completa hasta hoy de la *Historia de la esclavitud*.

JOSE ANTONIO SACO



13

**BIBLIOTECA DE
CLÁSICOS CUBANOS**

